

UNIVERSO DE FANTASÍA

EN LOS LIBROS

REINOS OLVIDADOS

Siempre Unidos, la isla de los elfos



ELAINE CUNNINGHAM

TIMUN MAS

Lectulandia

La explosión fue repentina, silenciosa y completamente devastadora. No hubo fragor ni vibración que hiciera temblar por empatía las torres de cristal de la ciudad, ni siquiera tembló el mosaico de piedras semipreciosas que pisaban los guerreros. Pero no hubo ni un solo elfo en la sala, ni en Siempre Unidos, que no lo notara ni dejara de comprender lo que significaba: los Círculos habían sido destruidos. La magia singular de Siempre Unidos se había desvanecido. De la mano de un bardo, seguimos paso a paso la historia de uno de los refugios más importantes de los elfos en los Reinos Olvidados: la isla de Siempre Unidos.

Lectulandia

Elaine Cunningham

Siempre Unidos

La Isla de los Elfos

ePUB v1.0

Garland 06.11.11

más libros en lectulandia.com

Los Reinos tienen un millar de historiadores, y este libro está en deuda con tres de los más relevantes. Muchas de las cosas buenas de esta novela son fruto de sus sugerencias y su investigación; los defectos son todos míos. En gratitud por su maestría y entusiasmo, dedico este libro a Steven Schend, precursor e historiador; Eric Boyd, la respuesta de los Reinos a Santo Tomás de Aquino; y a Moonson (Canción de Luna), sabio de Arabel, dondequiera que esté.

Tu en otro tiempo indignado estudiante, Danilo Thann, te envía saludos, sabio Athol del alcázar de la Candela.

Mi viejo amigo, me llena de satisfacción coger pluma y pergamino e iniciar una tarea que, en pequeña medida, quizá justifique todos los cuidados y esfuerzos que dedicaste a mi educación. Te doy las gracias por eso y por tu oferta de ayudarme en este nuevo reto.

Mi intención es recoger algunos relatos de sabios, bardos, guerreros y gobernantes, y convertirlo en algo parecido a la historia de Siempre Unidos, la isla de los elfos. Sin tu ayuda y tus contactos, nunca osaría abordar el tema de los poderosos, los famosos... y mucho menos el de los guerreros. Sin duda aquellos que no me conocen vacilarían antes de contribuir a una empresa tan ambiciosa; y los que me conocen... bien, basta decir que el mal ya está hecho. Tal vez el manto de tu excelente reputación me permitirá recoger los frutos de una credibilidad que no he sembrado.

Tal vez te estarás preguntando qué me ha llevado a emprender una tarea de tan ingentes proporciones como es escribir la historia de Siempre Unidos. Tengo tres razones.

Primera, creo que aun no hemos aprendido las lecciones que nos enseña la historia elfa. Pese a que la maravillosa isla de Siempre Unidos parece inviolada, ¿es realmente tan distinta de Illefarn, Keltormir o Cormanthyr? En otro tiempo estos grandes centros de la cultura elfa parecían eternos, y ahora no son más que leyendas. ¿Podemos esperar otra cosa para Siempre Unidos y para los elfos que han hecho de esta isla su hogar y su esperanza? Ojalá mis pesimistas opiniones no resulten proféticas. No obstante, los cambios suelen llegar cuando menos preparados estamos. En mi breve carrera como bardo he observado que, por lo general, los hechos sólo sirven para ocultar la verdad y, si finalmente se llega a ésta, es más probable que se escuche si se presenta en forma de relatos y canciones.

Como sabes, siempre me ha fascinado todo lo relativo a los elfos. Quizá recordarás que los únicos momentos en los que te daba un respiro y me olvidaba de mis lamentables traxadas con la magia eran cuando tus lecciones trataban del pueblo elgo. Poco después de que renunciaras a ser mi tutor, después de expresar el deseo de recobrar la paz de espíritu de que tus cejas y barba —por cuya pérdida me disculpo sinceramente, te doy mi palabra de que se suponía que esa tinta brillaba en la oscuridad, no estaba previsto que explotara cuando se la exponía a la luz de una vela— volvieran a crecer, me propuse aprender la lengua elfa. En el ínterin he

alcanzado un nivel de fluidez que me permitirá leer las historias, tradiciones y cartas que em envíes. Te aseguro que las trataré con muchísimo más cuidado que el que demostré por los libros de tradiciones de lady Cassandra de mi madre, y que los devolveré al alcázar de la Candela sin las acotaciones subidas de tono ni los dibujos al carboncillo que llenaban los márgenes de esos libros, exceptuando, claro está los que trataban de las leyendas y el saber popular de los elfos. Incluso entonces me daba cuenta de la magia única que poseían tales relatos, y los respetaba.

Mi última razón es la más íntima y personal. Por bendición de los dioses —aún no sé de cuáles—, mi amada esposa es una elfa de sangre real, y también hija de padres de distinta raza. Su mayor pesar, y por tanto el mío es que le haya sido negada su herencia elfa. Aunque mi historia no podrá devolverle sus derechos de nacimiento, es el único regalo que puedo hacerle, pues de nada le sirven a ella los objetos que mis medios me permiten adquirir. Las cosas que ella vllora no pueden comprarse en los bazares de Aguas Profundas y, desgraciadamente, tampoco abundan en ningún otro lugar: honor, coraje, tradición. Al disponerme a emprender esta tarea, tengo siempre delante de mí un retrato de esta fiel hija de Siempre Unidos, a la que amo por lo que tiene de elfa, y pese a ello.

¿Te parece contradictorio? A mí también, antes de conocer a Arilyn. Mi esposa es capaz de inspirar gran admiración y exasperación, en igual medida, y sospecho que lo mismo podrá decirse de la historia de sus antepasados. No obstante, pienso seguir el hilo de la historia de sus antepasados. No obstante, pienso seguir el hilo de la historia de los elfos de Siempre Unidos sin importar adónde me lleve, tan fielmente como esté en mi mano. Te lo juro por el misterio que me es más preciado: que la más hermosa y valiente de esas maravillosas y exasperantes criaturas pueda amar a un hombre como yo.

Recibe los saludos de este servidor de la verdad, la historia y la canción:

Danilo Thann

Preludio

Al filo del ocaso, 1371 CV

Muy por encima del mar Impenetrable, donde el aire era frío y enrarecido, la hembra de dragón plateado viraba, planeaba y danzaba. En sus varios siglos de existencia no había encontrado placer comparable al puro gozo de volar; a sentir ráfagas de aire y el delicioso cosquilleo de los cristales de hielo contra sus escamas.

Al sobrevolar una estrecha brecha en el manto de nubes, la hembra de dragón se percató de que no era la única criatura que volaba en ese espléndido día de otoño. Mucho más abajo, una bandada de blancas aves marinas volaban rozando las olas.

¿Aves marinas?

Sorprendida, la hembra de dragón se detuvo en el aire. ¿Qué hacía una bandada tan grande en alta mar, a tantos kilómetros de tierra firme, donde estaba el alimento? La curiosidad impulsó al leviatán a replegar las alas y lanzarse en picado. Después de atravesar como una exhalación la bruma y el vapor de las nubes, la dragona desplegó las alas justo antes de salir del banco de nubes, interrumpió el descenso en picado y trazó un círculo en la fina bruma para frenar. Había actuado por costumbre, ya que esconderse en las nubes era una precaución innecesaria en esas circunstancias, pues ni siquiera el ave marina de vista más aguda podría verla. Y si reparaba en ella creería que era una mancha plateada. Pero la dragona era una guardiana, y su labor era no ser vista.

La hembra escudriñó la insólita bandada. A esa altura se dio cuenta de que no estaba formada por pájaros, sino por barcos. Era una basta flota que navegaba rumbo al oeste, hacia Siempre Unidos.

—Podría atacar —susurró la dragona con ardor, aunque sabía que no podía hacerlo. Para empezar, eran demasiados, y su deber en tales casos estaba claro. El enorme reptil viró hacia el oeste y sus relucientes alas batieron el aire al remontarse por encima de las nubes, de vuelta al aire frío y seco, donde podía volar más rápidamente.

La dragona debía volar lo más velozmente que le permitiera su magia. El leviatán era la guardiana de Siempre Unidos desde hacía casi tantos años como reinaba la reina Amlaruil. Durante los siglos que llevaba vigilando, había visto cientos de barcos que trataban de llegar a Siempre Unidos. La mayoría de ellos yacían ahora en el fondo del mar. Pero esa bandada, esa flota, era una escuadra invasora de poder devastador. La dragona no encontraba ninguna otra explicación, ya que ni siquiera en el punto álgido de la Retirada de los elfos se habían unido tantas embarcaciones. Si sólo una décima parte de ellas superaba las protecciones de la isla, podían infligir un daño considerable a los defensores de Siempre Unidos.

La dragona volaba rauda hacia la isla de los elfos, al tiempo que trataba de comunicarse mentalmente con su compañero elfo, que se encontraba a kilómetros de distancia, para advertirle del peligro.

Silencio. Oscuridad.

Por un momento no pudo creerlo. Después de todo, Shonassir Durothil era un guerrero formidable, uno de los jinetes del viento más destacados de todo Siempre Unidos. La dragona había contactado con él muchas veces, incluso desde largas distancias como ahora. Si el elfo no contestaba era porque no podía, porque estaba muerto; el leviatán tenía esa certidumbre, y ello la sumía en la tristeza. No deseaba contemplar el rigor de la batalla, el tipo de enemigo capaz de enviar a Shonassir Durothil a Arvador antes de que él fuera por propia voluntad.

La dragona murmuró las palabras de un encantamiento que acelerarían su vuelo a la isla de los elfos. A los pocos segundos, la masa de nubes que sobrevolaba se convirtió en una mancha blanquecina. Pero, por rápida que fuera, tenía razones para creer que ya era demasiado tarde.

Shonassir Durothil había muerto en Siempre Unidos.

A muchos metros por encima de la cubierta del *Legítimo Soberano* un joven marinero se aferraba al borde de la cofa y escudriñaba el infinito mar, ajeno a la centinela alada que pasaba velozmente sobre el barco.

Los compañeros de Kaymid lo apodaban Barbilampiño, pues su cara era tan suave como un huevo acabado de poner. Pero, pese a su juventud, éste era su tercer viaje y se sentía orgulloso del lugar que ocupaba en el navío, el buque insignia de una poderosa fuerza de invasión. Además, como vigía, Kaymid sería el primero en divisar las legendarias defensas de Siempre Unidos.

Sólo pensarlo sentía un cosquilleo que le recorría la columna vertebral. No albergaba ningún miedo, pues ¿cómo podían fracasar? Kaymid conocía un maravilloso y peligroso secreto que auguraba en su mente una victoria segura. Esta aventura acabaría en un glorioso triunfo y entonces él exigiría su parte del botín, y algunas mozas elfas. Las batallas que les esperaban sólo avivarían su deseo de ambas cosas.

—Pronto —murmuró Kaymid con avidez, recordando las leyendas de taberna. Según los marineros que habían sobrevivido al viaje, es decir los que habían regresado, las defensas elfas empezaban en serio a quince días de navegación hacia el oeste desde Nimbral. Y ya faltaba poco para eso.

El joven marinero oteaba atentamente el mar, y sus ojos no se perdían detalle: la oscilante sombra alargada que el mástil del barco proyectaba en las olas detrás de ellos; los saltos y salpicaduras de una pareja de delfines que retozaban; el marinero calvo dormido en curbierta, con la cabeza apoyada en un cabo enrollado. Kaymid

estaba convencido de que nada escaparía a su vigilancia.

Pero, como para mofarse de sus presuntuosos pensamientos, una isla apareció ante su vista tan súbitamente como si un mago la hubiera sacado de su sombrero. Más allá, el marinero vio una segunda isla, y luego otra. ¡En realidad había un archipiélago! Y entre las islas asomaban recortadas peñas, semejantes a las láidas de una millar de incautos barcos.

—¡Peligro! ¡Peligro justo delante! —gritó Kaymid hacia cubierta con una voz aguda por efecto del repentino miedo—. ¡Tierra, bajíos rocosos!

En la cubierta el capitán agitó la mano, dándose por enterado, y soltó el catalejo que llevaba atado al cinturón, aunque más por costumbre que porque tuviera ninguna fe en la vehemencia del joven Kaymid. El capitán Blethis era hijo de marinero y nieto de pirata. El mar le corría por las venas; había sido su hogar durante casi sus cuarenta y pico años de vida, y era capaz de guiarse por las estrellas y los vientos mejor que cualquier otro. Según sus cálculos el *Legítimo Soberano* estaba en alta mar, a días de distancia de tierra. Tan seguro estaba de ello que apostaría su parte del tesoro de los elfos.

Blethis alzó el catalejo y entonces retrocedió, parpadeó y a continuación entrecerró los ojos para mirar más atentamente la imagen que revelaba. Verdaderamente había tierra delante de ellos, una barrera aún más peligrosa de lo que sugería el aviso de Kaymid. Los sesgados rayos del sol de última hora de la tarde encendían las islas: los bancos de arena eran de color rosa pálido y las rocas formaban un jardín mortal de crepusculares rojizos y anaranjados.

—¿Un arrecife de coral tan al norte? —murmuró Blethis incrédulo. El capitán giró sobre sus talones y ordenó a gritos a su tripulación que virara al norte.

—Anule esas órdenes.

Estas palabras fueron pronunciadas suavemente, pero por arte de magia se oyeron en toda la embarcación. Los marineros vacilaron y dejaron lo que estaban haciendo, divididos entre el peligro, visible ahora para todos, y el temor que les inspiraba quien había hablado.

De la bodega emergió una figura ágil y delgada, que se envolvía en una capa para protegerse del frío y de las salpicaduras del gélido mar.

—Sigue adelante —dijo con calma, dirigiéndose al timonel, inmóvil en su puesto—. No hay ninguna necesidad de alterar nuestro rumbo.

—¿Ninguna necesidad? —repitió Blethis sin dar crédito a lo que oía—. ¡Ese coral puede atravesar un barco más rápidamente que un hacha enana un pedazo de queso!

—Usted mismo ha señalado la improbabilidad de toparse con un escollo de coral en estas frías aguas —replicó la figura embozada—. No es más que una ilusión.

El capitán alzó de nuevo el catalejo para echar otro vistazo a la formidable barrera, y afirmó:

—A mí me parece sólida. ¿Está seguro de que no lo es?

—Totalmente seguro. Seguiremos adelante. Que el contramaestre transmita el mensaje a los demás barcos.

El capitán Blethis dudaba, pero se encogió de hombros y siguió las indicaciones de la figura. El capitán se lo jugaba todo —su posición, su parte del botín e incluso su vida—, pero sospechaba que su imprecioso pasajero tenía lo mismo en juego, o más.

Pese a ser el capitán del navío, Blethis era poco menos que un asalariado, ya que el barco que capitaneaba pertenecía al elfo. Seguramente todos los barcos de la flota le pertenecían.

El elfo. Blethis no salía de su asombro de que un elfo mandara una fuerza de invasión contra los de su propia raza. Aunque, después de todo, los humanos guerreaban sin parar entre ellos, y no debería sorprenderle que los elfos fuesen iguales. Pero le sorprendía. Claro que, en su barco y en otras naves, había otros elfos y, por lo que Blethis sabía, todos ellos estaban decididos a derrocar a la reina elfa y hacerse con el poder. A Blethis le parecía de perlas, sobre todo porque esos elfos compartirían los despojos de la guerra, y la gloria de la conquista, con sus aliados humanos.

Siempre y cuando sobrevivieran al viaje.

El capitán se dirigió a la proa del barco y contempló en silencio cómo se aproximaban al arrecife de coral. Algunos miembros de la tripulación prefirieron dar crédito a sus ojos antes que a las palabras del misterioso elfo noble y saltaron por la borda para tratar de llegar a nado a la costa.

—Déjalos —ordenó el elfo—. Muy pronto se darán cuenta de su estupidez y los barcos que nos siguen los recogerán.

Blethis asintió con aire ausente, los ojos fijos en los escollos que se acercaban. Instintivamente, se preparó para la primera sacudida, cuando la quilla rascara contra el coral sumergido, pero nada ocurrió. Casi sin atreverse a respirar, el capitán se mantuvo tenso y vigilante mientras el timonel iba sorteando las rocas de color sangre sin tocar ninguna. En realidad, no tocaba nada. Blethis no hubiera creído posible tal maestría en el arte de la navegación de no haber sido testigo de ella.

Pero había sido un esfuerzo inútil, pues en pocos segundos la primera de las islas se alzaba justo ante ellos; una costa rocosa que no dejaba lugar a la esperanza, dominada por una densa espesura. Estaban tan cerca que percibían incluso el penetrante olor de la tierra de marga y el profundo y entreverado perfume de la vegetación. Un insecto de gran tamaño voló a su lado sin hacer ruido alguno. Instintivamente, Blethis le dio un manotazo y falló.

De repente, un extraño aullido prolongado rasgó el tenso silencio; provenía del espeso bosque y les llegaba en espeluznantes oleadas. La llamada pronto fue coreada por otras criaturas de gran tamaño, a juzgar por sus bramidos, que resonaban con el

timbre de quien se relame por anticipado.

Blethis se estremeció. Había oído antes esos gritos, mucho tiempo atrás, cuando su barco se acercó demasiado a las costas de las selvas de Chult. Si el elfo se equivocaba, si el barco encallaba en esa escarpada costa, podían darse por muertos.

Para asombro y alivio del capitán, el barco atravesó la cala y las rocas y surco el «bosque» que poblaba la isla tan fácilmente como si cortara la niebla. Los colores de la formación de coral y el exuberante follaje se desvanecieron ante el barco y los atónitos marineros.

Blethis alzó una mano y contempló los dibujos que se proyectaban en ella. Eso le trajo a la memoria un lejano día de su infancia en el que, de pie en la base de un arco iris, contempló los colores que se derramaban sobre sus pies desnudos. Pese a su impresionante apariencia, el arrecife de coral no era más sólido que un arco iris.

—De modo que ésas eran las defensas de Siempre Unidos —murmuró.

La única respuesta del elfo fue una débil sonrisa.

—¡Se acerca tormenta! —gritó el joven vigía—. ¡Viene hacia nosotros y muy rápido!

Esta vez el catalejo no era necesario. La tormenta se aproximaba hacia ellos a una velocidad sobrenatural. Pocos segundos después de que Kaymid diera la alarma, el cielo se descubrió de furiosas nubes de color púrpura, que arrojaban rayos a unas olas de pronto encrespadas.

Un torbellino descendió de las nubes hacia el mar, seguido de otros, hasta llegar a la veintena. Las aguas hervían, al tiempo que hambrientas nubes se abalanzaban sobre las olas y los embudos se iban haciendo más oscuros y poderosos con la fuerza de las embravecidas aguas que succionaban. Las trombas empezaron a rodear la flota, como una manada de lobos.

—Dime que esto es otra ilusión, elfo —imploró Blethis.

—La tormenta es muy real —respondió el elfo arrebujándose en los pliegues de su capa—. Sigamos adelante.

El primer oficial, un fornido pirata cuyo rostro había adquirido un tono verdoso que ocultaba su herencia calishita, se tambaleó hacia el capitán y aferrándolo por el brazo lo urgió:

—Ya hemos tenido suficiente, Blethis. ¡Da la orden de dar media vuelta!

—¡Recuerda el tesoro! —le exhortó el capitán, al leer los ojos del pirata la intención de amotinarse. Blethis sabía que su primera oficial apostaba a las cartas, a los dados, a las peleas de gallos y sólo los dioses sabían a qué más, y también que tenía mala suerte en todos esos juegos. Por esa razón debía cantidades ingentes de dinero a personas dispuestas a emplear cualquier medio para cobrar. El capitán sabía que ese viaje era su última oportunidad.

—Los tesoros no sirven de nada a un hombre muerto —replicó el primer oficial.

Sus palabras no eran únicamente la admisión de que se encontraba en un buen aprieto, sino también una amenaza de muerte. El hombre soltó el brazo del capitán, se sacó un cuchillo curvo del fajín y lo levantó.

Mientras la hoja descendía hacia la garganta del capitán, el elfo pronunció una extraña palabra e hizo un leve gesto con uno de sus dorados dedos. Instantáneamente, todo el cuchillo, desde la punta al mango, se puso al rojo. El pirata, tras retroceder, erró el blanco. Al punto soltó el arma encantada con un aullido de dolor y agitó sus dedos chamuscados.

Blethis estrelló su puño en la cara del traidor y fue recompensado con un curjir de huesos. Entonces se dispuso a golpear de nuevo. Esta vez lanzó un gancho con el que le incrustó los huesos rotos en el cráneo.

El primer oficial murió al instante y cayó pesadamente en la cubierta. Blethis estuvo tentado de propinarle un par de puntapiés, por si acaso, pero el barco empezó a cabecear y bambolearse, y no estaba seguro de poder hacerlo sin caerse de espaldas.

—La tormenta no nos hará ningún daño —afirmó el elfo con calma, como si el intento de motín nunca hubiera existido—. Se debe a la mano de una diosa, una manifestación de Aerdrie Faenya, Señora del Aire y el Viento. Los barcos elfos pueden atravesar el temporal sin sufrir ningún daño.

Justo entonces, como para rebatir esas palabras, un relámpago iluminó el cielo y un ruido ensordecedor se impuso al rugido del viento, que iba en aumento. Blethis alzó el catalejo justo a tiempo de ver el mástil de un barco lejano que se astillaba y caía. Las velas engrasadas, que habían sido arriadas al primer signo de la tormenta, ya ardían. En pocos instantes el buque se convertiría en una antorcha. Blethis lanzó una mirada interrogadora al dueño del barco.

—Los barcos hechos por humanos nos han ayudado a llegar hasta aquí —explicó el elfo después de alzarse de hombros—. Ni siquiera los piratas más voraces de Nimbral atacarían una flota de estas proporciones. Algunos humanos se han convertido en alimento para las hambrientas criaturas del mar ya algunos barcos han sido entregados a Umberlee a modo de peaje, pero ahora nos aproximamos a nuestra meta y es hora de hacer una criba. La mayoría de las embarcaciones humanas serán destruidas mucho antes de llegar a Siempre Unidos.

Blethis se aferró a la batayola y trató de asimilar esa cruel declaración, así como el hecho de que iba a perder casi la mitad de la flota.

—Pero incluso así nos quedarían casi sesenta barcos elfos —insistió el capitán, levantando la voz para hacerse oír en medio de la tempestad—. ¡Es una fuerza de invasión! Sean o no barcos elfos, los habitantes de Siempre Unidos se darán cuenta de nuestras intenciones. ¡Ahora nuestras posibilidades de vencer son menores que cuando me contrató!

—Es usted más astuto de lo que parece, capitán Blethis —contestó fríamente el

elfo con su extraña sonrisa—. No se preocupe. No todos los barcos se dirigen al mismo puerto. El *Legítimo Soberano* sera una de las tres embarcaciones que atracarán en Leuthilspar, y le aseguro que la reina Amlaruil nos recibirá.

—Pues no iba tan desencaminado —soltó acaloradamente Blethis, al tiempo que empujaba al primera oficial con la bota—. Y no seré el ultimo en levantarme en armas para poner fin a este viaje. Si tiene alguna buena noticia, éste es el momento de comunicármela.

—Escuche, pues, y asi podra apaciguar los temores de la tripulación y concentrarse en su misión —respondió el elfo—. Uno de los elfos que van a bordo de este barco es Lamruil, el hijo menor de la reina Amlaruil y del difunto rey Zaor. Si todo ha salido como nuestros aliados planearon, es el único príncipe real vivo y, por lo tanto, el unico heredero al trono de Siempre Unidos. —El elfo hizo una pausa y una sombra de desagrado cruzó su rostro dorado—. Pese a que el príncipe Lamruil no es más que un insignificante jovenzuelo, su presencia en este barco nos confiere un enorme poder.

»A la reina no le quedará otro remedio que recibirnos —concluyó el elfo con sombría satisfacción—. El futuro de Siempre Unidos, sea cual sea, está en manos de su despreciable mocoso.

—Majestad, vuestros consejeros os aguardan en la sala del trono.

La reina Amlaruil asintió, pero sin apartar la mirada del rostro inmóvil de su hija primogénita.

—Ahora mismo voy —dijo con voz desprovista del más leve indicio de cansancio o dolor.

El cortesano hizo una reverencia y dejó sola a la reina con la princesa yacente.

Ilyrana, ése era el nombre que Amlaruil había impuesto a su hija muchos años atras, un vocablo que en lenguaje elfo culto significaba «ópalo de insólita belleza». Ilyrana era una niña preciosa, tanto como la piedra preciosa que le daba nombre: cabello blanco con reflejos de verde más pálido, cutis luminoso tan claro que al ruborizarse adquiría un tono azulado y grandes ojos solemnes que, segun la luz y su estado de ánimo, iban del color de las hojas de primavera al azul profundo del mar en verano. La reina se percató con añoranza de que Ilyrana seguía siendo bella incluso en el sueño de muerte que se había apoderado de ella desde la batalla, dos noches atras.

Al igual que la mayor parte de los clérigos del Seldarine, Ilyrana había ido a luchar contra el aterrador ser que el dios maligno Malar, Señor de las Bestias, había liberado en la isla de los elfos. Muchos sacerdotes y sacerdotisas cayeron en la batalla. Ilyrana simplemente se había marchado, aunque había dejado atrás su cuerpo. A Amlaruil no le sorprendió, pues su primogénita siempre había un no sé qué de

sobrenatural. Conociendo la total dedicación de Ilyrana a Angharradh —la diosa a la que servía—, la reina sospechaba que su hija había proseguido la lucha hasta su fuente original, y que en esos precisos momentos prestaba su apoyo a Angharradg. Si era así, la diosa contaba con una ayuda formidable.

Y si era así, era muy improbable que Ilyrana regresara. Pocos eran los elfos que podían conformarse con el mundo mortal después de vislumbrar Arvador, incluso en circunstancias tan funestas como las presentes.

Amlaruil susurró una plegaria y un adiós, y entonces se alejó de la cabecera de su hija. Todo Siempre Unidos la esperaba y no había tiempo para las tragedias personales.

La reina se dirigió rauda a la sala del trono. Una gran concurrencia la aguardaba: las supervivientes del Consejo de Matronas, representantes de todos los clanes nobles, líderes de los guerreros elfos, incluso algunas de las otras criaturas fantásticas que se habían establecido en Siempre Unidos y que luchaban del lado de los elfos. Todos se arrodillaron en presencia de la reina.

Como de costumbre, Amlaruil se inclinó profundamente ante su pueblo y les pidió que se levantaran para ocuparse de lo que tenían que tratar. Después de sentarse en el trono llamó a Keeryth Yelmobruno, el guerrero de la luna que comandaba las defensas de la isla, para que diera su informe.

Pero el destino no quiso que Keryth tomara la palabra.

La explosión fue repentina, silenciosa, y devastadora. No hubo un fragor sordo ni vibración que hiciera temblar por empatía a las torres de cristal de la ciudad, ni siquiera tembló el mosaico de piedras semipreciosas que todos pisaban. Pero no hubo ni un solo elfo en la sala, ni en Siempre Unidos, que no lo notara ni dejara de comprender lo que significaba.

Los Círculos habían sido destruidos. La magia singular de Siempre Unidos había desaparecido.

La encarnizada batalla por el dominio de la isla de los elfos se había prolongado durante cinco días. Ejércitos de monstruos emergieron del mar y descendieron de los cielos, magos humanos de poder indescriptible habían desafiado la red de magia elfa, barcos cargados con guerreros a caballo habían atacado la isla desde todos lados. Y lo que era peor, criaturas del averno habían hallado un camino hacia la isla, mancillaron el refugio que era Siempre Unidos y mataron a muchos de sus mejores defensores. Sin embargo, a pesar de estar exhaustos, los sitiados mantenían el ánimo.

Pero este último golpe era más de lo que podían soportar.

Moviéndose como en un sueño, la reina Amlaruil se levantó del trono y se acercó a una ventana. El panorama que se ofreció a sus ojos era de lo más extraño: las calles de Leuthilsparr, que momentos antes hervían de guerreros que se reunían para contrarrestar la enésima amenaza procedente de la costa, guardaban un completo

silencio. Los elfos se habían quedado inmóviles por un ataque de angustia.

Amlaruil levantó la vista hacia el norte. Allá a lo lejos, en los bosques más densos y antiguos de Siempre Unidos, solían erigirse hacia el cielo las agujas gemelas de las Torres del Sol y la Luna. Ahora habían desaparecido, y los archimagos de Siempre Unidos con ellas. Amlaruil se permitió un momento de duelo por la pérdida de quienes habían sido sus amigos durante siglos.

La reina se volvió hacia sus consejeros, quienes por una vez, se habían quedado sin habla. Todos sabían lo que significaba. Lo único que podía destruir las Torres era otro poderoso Círculo de archimagos y en aquella época en la que los poderes eran limitados y la magia desaparecía, solo podía crearse tal magia en Siempre Unidos. Acosados por todas partes, se habían mantenido firmes. El golpe devastador, el único para el que no estaban preparados, era esa traición.

Finalmente Zaltarish, el viejo escriba de la reina, puso palabras a la tragedia.

—Siempre Unidos está perdido, majestad —susurró—. El crepúsculo de los elfos ha llegado.

Primera Parte

Los hilos que tejen la leyenda

«Si me pides consejo —y lo has hecho— te diría que dejaras esa tarea en manos de tu tío Khelben. De vosotros dos, es el que más se lo merece. No obstante, puesto que no parece ser de naturaleza vengativa, puedes empezar esta historia por el principio. En mi opinión, no puedes contar la historia del pueblo elfo sin hablar de los dioses; yo he conocido a muchos elfos que te harían creer que hay muy poca diferencia entre ellos y los dioses.»

Extracto de una carta de Elminster del valle de las Sombras

Las guerras de los dioses

Antes del principio de los tiempos, antes de que el legendario reino conocido como Faerie iniciara su ocaso, existía el Olimpo.

El Olimpo, hogar de los dioses, era un lugar vasto y maravilloso; con mares límpidos de cuyas profundidades brotaba nueva vida, seres que a su debido tiempo poblarían los mundos que nacían bajo miles de soles; con verdes pastos tan fantásticamente fértiles como las mentes de los dioses que hollaban; jardines como vastas y espléndidas puestas de sol; y Arvador, el bosque en el que vivían los dioses elfos.

Y en Arvador buscaba refugio, herido, abatido y más cerca de la muerte de lo que nunca había estado un dios elfo.

Era Colleron Larethian, líder de los dioses elfos. Era ágil, dorado y hermoso pese a los estragos de la batalla. Aunque estaba gravemente herido, corría con una gracia y velocidad que un gato montés envidiaría. Pero su rostro mostraba una tensa expresión de frustración. Per su rostro mostraba una tensa expresión de frustración, y con una mano apretaba con fuerza una vaina vacía que llevaba a la cintura.

Corellon era un guerrero —el padre de todos los guerreros elfos—, y no deseaba otra cosa que quedarse y luchar hasta el final de la batalla. Sin embargo, su arma estaba hecha pedazos y él había jurado que no usaría su magia divina contra su enemigo. No tenía más remedio que huir, ya que si Corellon caía —él, que era la esencia de la fuerza, la magia y la belleza de los elfos—, el pueblo elfo estaría condenado.

Su único consuelo era que, por cada gota de su sangre que se vertiera, nacería un niño elfo. Así había sido en el pasado. No era la primera batalla que libraba con Gruumsh, y sospechaba que no sería la última

El combate se prolongaba desde el alba y pronto llegaría el ocaso. Ensoberdecido por los latidos de su propio corazón, el Señor de los Elfos buscó un lugar donde refugiarse y descansar unos momentos. Pero tales lugares no abundaban en el Páramo, donde sólo había colinas que se perdían en el infinito, mares poco profundos de turba y unos pocos árboles empecinados. Cerca de él crecía un ciprés bajo y contrahecho, cuyas ramas retorcidas y casi desnudas colgaban hasta el suelo.

Corellon se agachó para que lo acogiera la exigua combra y se dejó caer para descansar. Mientras lo hacía, sus ojos recorrían las colinas y trazaba planes para una batalla en la que aún no podía verse implicado. Desde luego, el Páramo poseía una cierta belleza austera, pero no era el lugar más adecuado para un dios elfo; Corellon

estaba fuera de lugar, y lo sabía.

El Olimpo no tenía límites finitos y englobaba los diferentes conceptos de lo que era el paraíso para cada pueblo. El Páramo había sido elegido como cortesía a otro dios, uno al que Corellon había llamado a parlamentar: Gruumsh, el principal dios de los dioses orcos.

Gruumsh estaba en su elemento en los escabrosos páramos, colinas y montañas de un centenar de mundos. El Señor de los Orcos nunca habría podido vencer a su homólogo entre los árboles de Arvador, pero allí la ventaja era suya. Y el entorno familiar parecía haberlo envalentonado; desde su primer golpe Gruumsh se había mostrado cada vez más seguro y había hecho gala de mayor decisión que nunca. Ahora, perseguía empecinadamente al dios elfo.

Corellon divisó a su enemigo, que salvaba rápidamente una distante colina. Gruumsh casi doblaba en altura los retorcidos árboles del Páramo, tenía un cuerpo musculado y llevaba una armadura de cuero gris casi tan resistente como una malla de factura elfa. Su hocico, semejante al de un oso, tembló mientras husmeaba el aire en busca del rastro del Señor de los Elfos, y la lanza de hierro le rebotaba en un hombro al caminar. El brutal dios sangraba casi tan profusamente como Corellon, pues el combate entre ambos había sido largo y feroz. La diferencia era que el Señor de los Orcos aún conservaba sus armas, mientras que los trozos de la espada de Corellon yacían diseminados entre los brezos.

Mientras contemplaba el avance del dios orco, Corellon comprendió por primera vez lo estúpido que había sido. Había invitado a Gruumsh al Olimpo para hablar de cómo poner fin a la devastadora guerra entre los orcos de Gruumsh y sus elfos, una guerra que amenazaba con rasgar el mismísimo Tejido del antiguo reino de Faerie. Corellon lo invitó, Gruumsh aceptó, y luego lo traicionó.

El Señor de los Elfos asumía su responsabilidad. Pese a que le hubiera gustado decir que había tratado a Gruumsh como a un enemigo honorable, demostrándole buena fe y esperando lo mismo de él, lo cierto es que no le sorprendió lo más mínimo que el Señor de los Orcos rompiera la tregua. De hecho, Corellon había renunciado a cualquier ventaja, porque nunca se le había pasado por la cabeza que podía perder una batalla.

Era orgulloso, quizá demasiado, tal como lo eran sus hijos elfos. Corellon conocía perfectamente la astucia y la ferocidad de su adversario orco y, no obstante, había confiado en su superioridad agilidad y en *Sahandrian*, su fabulosa espada. Aún no comprendía cómo el dios orco se las había ingeniado para atravesar el metal y vencer la magia de *Sahandrian* con una simple hacha oxidada que manejaba con una sola mano.

Finalmente, llegó a la conclusión de que había sido una traición; era la única explicación, ya que *Sahandrian* no era una espada normal y corriente. Él mismo la

había forjado; había trabajado muchos siglos para hacerla y encantarla. Y él no había sido el único dios que intervino en su creación. Sehanine Moonbow, la diosa elfa del claro de luna y los misterios, había dotado a su resplandeciente hoja de magia lunar, y puesto que la belleza es poderosa por sí sola. Hanali Celanil había convertido la empuñadora de una obra de arte repleta de gemas y trabajadas tallas. En la hoja había grabado runas que representaban, ya acaso capturaban, la fuerza imperecedera del amor elfo. Su amada Aurashnee, la diosa de los artesanos y del destino elfo, había tejido con sus propias manos la funa de seda de complejo diseño que iba dentro de la vaina de Corellon y lo envolvía en una red mágica.

Todas estas diosas tenían adoradoras entre el pueblo, y era posible que un alto clérigo se hubiera dado cuenta de la esencia mágica de su amada, y que hubiera vuelto este conocimiento en contra del dios de los elfos.

Pero ¿por qué? ¿Qué podría impulsar a un elfo a volverse contra sus propios dioses? Era una pregunta que Corellon nunca antes se había planteado, porque no había sido necesario. Pero ahora, mientras contemplaba el cielo púrpura del crepúsculo y el avance del Señor de los Orcos, lo obsesionaba.

La solitaria luna del Olimpo, una esfera ámbar que palidecía y adquiría una tonalidad plateada mientras ascendía, llegó a la cima de las colinas. La luz que emitía proyectaba una descomunal sombra que se extendía por delante del Señor de los ORcos. Al notarlo, Gruumsh dejó al descubierto sus colmillos en una salvaje mueca. Tanto la brillante luz de la luna como el terreno abierto eran sus aliados, pues le facilitaba la busca de su rival.

Un leve movimiento en el horizonte llamó la atención del dios orco. No era más que un resplandor, semejante a las luces multicolores que danzaban en los fríos cielos septentrionales en uno de los mundos favoritos de Gruumsh, pero reconoció de dónde provenía y sonrió. Sehanine.

Gruumsh odiaba a todas las deidades elfas y aborrecía sus hijos e hijas mortales —aunque no tanto—, pero abrigaba una especial animadversión por esa moza. Pese a ser menuda como una chiquilla, pálida como la luz de la luna y tan insípida como la carne sin sangre, la diosa Sehanine era un poderosa rival. Eso ofendía a Gruumsh. Las hembras orcas solían ser más bajas y más débiles que los machos y, por lo tanto, poseían mucho menos poder. Uno de los preceptos que aprendían los jóvenes orcos era: «Si Gruumsh hubiera querido que las mujeres mandaran, les hubiera dado músculos más grandes». Desde luego, no las habría equipado con la magia sobrentarual de Sehanine ni con esa sutil mente que ningún guerrero orco podía sondear. Corellon ya era bastante fastidioso, pero al menos Gruumsh sabía qué podía esperar de él: lucha directa, sangrienta y estimulante. Eso era lo que el Señor de los Orcos comprendía y respetaba.

El orco contempló con aprensión cómo las luces danzantes se unían y formaban

una esbelta figura femenina. Sehanine avanzó hacia él como una nube de luz, haciéndose más sólida a cada paso. La noche era su elemento, y ella parecía alimentarse de la luz de la luna y extraer poder de ella. En las manos portaba una brillante espada, con la punta hacia arriba.

Un algo inherente a los dioses dijo a Gruumsh que no era un arma normal y corriente. No, esa espada estaba viva. Estaba tan viva y resultaba tan problemática como cualquier mundo elfo, y todos los seres vivos que lo habitaban, y su poder era tan grande como el sol que calentaba ese mundo y los cielos que lo sostenían. El asombrado orco se fijó en las miles de diminutas estrellas que se arremolinaban en la maravillosa hoja y notó la magia que latía en ella y que la recorría como olas de un océano.

Era *Sahandrian*, la espada de Corellon. ¡Nueva e intacta por arte de magia!

La sorpresa se tornó al punto rabia, y Gruumsh lanzó un furioso bramido que resonó por el Páramo como un trueno. El momento de mayor orgullo del Señor de los Orcos fue cuando hizo añicos esa espada y vio cómo los refulgentes fragmentos palidecían y finalmente desaparecían. Pero una esmirriada elfa le había estropeado su gran triunfo. El odio que Gruumsh sentía hacia la diosa de la luna se multiplicó por mil, y lanzó a gritos un aterrador juramento de venganza contra ella y todos los elfos.

Pero Sehanine siguió caminando, sin dignarse siquiera a mirar al furioso Gruumsh. La diosa subió la colina, paso por su lado y empezó a descender hacia el valle, moviéndose a una distancia fácilmente alcanzable por una lanza.

El dios orco arrugó el ceño ante ese insulto tácito, cogió rápidamente la lanza que llevaba a la espalda y tomó impulso para arrojarla.

El leve sonido debió de alterar a su objetivo, pues la diosa se volvió hacia él con una expresión de ligero desdén. Entonces, a una velocidad increíble, apuntó a Gruumsh con la espada elfa como si se tratara de la vara de un mago. El arma lanzó una única pulsación de luz plateada, que envolvió al dios orco en una reluciente esfera. Cegado y gruñendo de rabia, Gruumsh cerró una mano y se golpeó los ojos con el puño para tratar de desterrar las estrellas que flotaban y giraban detrás de sus párpados.

Cuando el Señor de los Orcos recuperó la visión, la diosa ya estaba muy lejos del alcance de su lanza. Sehanine estaba de pie junto a un retorcido ciprés cuyas raíces se aferraban a la cima de la siguiente colina. El orco vio con consternación que no estaba sola; un guerrero dorado que le era muy familiar avanzaba rápidamente hacia ella. Sehanine se arrodilló ante él y le ofreció *Sahandrian*. Las luces que se arremolinaban dentro de la espada elfa llamearon y brincaron cuando su legítimo propietario la empuñó.

Gruumsh agitó su lanza, que ya no le servía de nada, y se puso a danzar de rabia.

—¡Truhán! ¡Cobarde! —gritó a voz en grito—. ¡Te he vencido en duelo y ahora te escondes detras de las faldas de una mujer! ¿Y tu juramento? ¡Prometiste que no usarías en mi contra ningún tipo de magia elfa, pero permites que esa bruja te ayude!

—No es cierto —replicó Sehanine con firmeza, y su voz argentina flotó por el valle que los separaba. La diosa se levantó e hizo frente al airado dios—. Tú rompiste la tregua, Gruumsh, y eso sera recordado por los tiempos. Corellon respeta vuestro trato y todos los principios de los tiempos. Corellon respeta vuestro trato y todos los principios de una batalla honorable. No lo venciste. La destrucción de su espada no fue una victoria suya. *Sahandarian* fue destruida por un elfo, por lo que al Seldarine le corresponde restaurar lo suyo.

Con estas crípticas palabras la diosa se volvió hacia Corellon. Sus ojos plateados recorrieron su cuerpo y se humedecieron al ver sus numerosas heridas. Sehanine enjugó las lágrimas, que le resbalaban por las mejillas, y extendió sus delicados dedos hacia el dios para tocar su rostro sangrante. Cuando sus lágrimas entraron en contacto con la sangre, adquirieron un resplandor mágico.

—Hijos de la luna y el sol —susurro Sehanine—. Contemplad, Señor, las almas de los elfos que todavía no han nacido. Ni siquiera la lucha contra un enemigos sin honor puede disminuir la magia que compratimos.

La diosa quiso decir más, pero la brillante luz de luna que la alimentaba de pronto se atenuó, al tiempo que se levantaba un viento que arrastraba una confusa masa de nubarrones que tapaban la luna. Sehanine echó un vistazo a sus espaldas. Como ya esperaba, el orco había aprovechado lo que le debió de parecer un momento de debilidad elfa para atacarlos.

—Matadlo, mi Señor —susurró Sehanine ferozmente, con una dura expresión en el rostro, y rozó la vaina de la espada de Corellon como si la bendijera. Cuando los nubarrones se abrieron, ella había desaparecido.

Corellon se tragó las palabras de agradecimiento y las cuestiones que ardía en deseos de preguntar. Más tarde buscaría a Sehanine, y ella le explicaría qué magia había empleado y la traición elfa a la que había aludido.

Pero, por el momento, bastaba con empuñar de nuevo *Sahandrian*. El dios elfos levantó su espada en alto, exultante por volver a tener la maravillosa arma en sus manos y por la perspectiva de reanudar el duelo. Con un sonoro grito, Corellon descendió corriendo la colina para enfrentarse al orco.

El encontronazo entre ambos dioses se produjo en el valle. La espalda elfa chocó contra la vara de hierro de la lanza del orco, y saltaron chispas semejantes a estrellas fugaces. Deliberadamente, Corellon permitió que su arma rebotara; sabía que no podía igualara ni tampoco contrarrestar la fuerza del ataque de Gruumsh. Su ventaja era la agilidad. Sin disminuir en ningún momento el impulso que llevaba, el elfo se agachó bajo las armas cruzadas. Se oyó el rechinar de metal contra metal cuando el

acero elfo se deslizo por la vara de la lanza, con intenciones mortales.

Gruumsh grió bruscamente la lanza hacia un lado y aparto el acero que lo amenazaba. Entonces, dio una vuelta sobre si mismo y retrocedió para mantenerse fuera del alcance del elfo. Al volverse hacia su rival, Gruumsh bajó el extremo romo de su lanza y, describiendo un arco, arremetió contra las botas que cubrían los pies del elfo.

Corellon dio unos gráciles pasos hacia atrás, justo lo que Gruumsh había esperado. El arma del orco era considerablemente más larga que la del elfo, y ni siquiera *Sahandrian* podía cortar lo que no alcanzaba.

Con una fiera sonrisa, el orco completó el barrido con la lanza, de modo que el asta quedara planta y la punta de hierro apuntara a la garganta de Corellon. Entonces Gruumsh embistió con todas sus fuerzas al tiempo que impulsaba la lanza.

Corellon no trato de detener la impetuosa embestida. Simplemente se agachó para esquivar la lanza y giró sobre sus talones para encararse con su enemigo, usando su velocidad para hacer más poderoso el arco que trazaba *Sahandrian*. La espada se hundió en la cadera del Señor de los Orcos. Gruumsh giró rápidamente, con la lanza hacia adelante, en toda su longitud, pero el elfo se le acerco, demasiado para que la punta afilada de la lanza pudiera tocarlo. Corellon arremetió con su espada y dio otro tajo en el costado del dios orco, antes de que el asta de la lanza se le clavara en las costillas.

El golpe arrojó al elfo al suelo, pero se levantó al instante y volvió a atacar. Sin embargo, Gruumsh había dejado de lado la lanza y ahora sostenía en una de sus poderosas manazas una daga, y en la otra el hacha con la que una vez ya había hecho pedazos a *Sahandrian*.

Durante largos momentos la lucha fue casi cuerpo a cuerpo, y el entrecocar y rechinar del metal contra metal resonó por el vigilante Páramo. En las manos del dios elfo *Sahandrian* giraba, daba estocadas y danzaba, moviéndose tan rápidamente que dibujaba lazos de luz en el aire. Esta vez la espada de Corellon aguantó y desvió el hacha del dios orco una y otra vez, sin que quedara ninguna marca en su reluciente filo.

Las sombras entrelazadas de los dioses enzarzados en la batalla se fueron haciendo más cortas a medida que la luna se elevaba en el cielo. Ahora Gruumsh jadeaba y oía un zumbido en los oídos, como si un enjambre de furiosos insectos revoloteara dentro de su cabeza. El orco era mucho más fuerte que su rival pero, por mucho que lo interara, no conseguía rebasar las defensas del elfo y golpear con toda su fuerza. Gruumsh tampoco era tan ágil como su enemigo y, pese a que el usaba dos armas y Corellon solo una, la hoja elfa lograba introducirse entre sus defensas una y otra vez. Tenía el costado cosido a cortes y la empuñadura del hacha le resbalaba por su propia sangre. El dios orco empezó a sospechar que la lucha que ya creía haber

ganado, la victoria que había obtenido por una mano traidora, se le volvería a escapar.

Como si también él notara el cariz que tomaba el duelo, Corellon arremetió, se agachó para esquivar el golpe del orco, saltó y apuntó con la espada de Gruumsh.

El orco supo de inmediato que no tenía ninguna opción de parar la estocada del elfo. Instintivamente, se inclinó y propulsó hacia arriba la daga para bloquear el golpe mortal. El acero elfo se clavó en el antebrazo de Gruumsh hundiéndose entre el radio y el cúbito. El orco se llevó el brazo al rostro.

Demasiado tarde Gruumsh se dio cuenta de que seguía empuñando la daga, Su propia arma le desgarró la estrecha frente. Gruumsh oyó el horrible sonido del húmedo metal atravesando el hueso y sintió que la resistencia cedía súbitamente cuando la hoja se deslizó hacia abajo. Entonces, todas las sensaciones se desvanecieron en una candente explosión de dolor.

Corellon saltó hacia atrás y liberó su espada del brazo del orco, para que la caída de su rival no lo arrastrara. Por un largo instante contempló a su adversario caído. El dios orco rodaba sobre sí mismo y se retorció en inmortal agonía en un suelo que daba claro testimonio de la batalla. Con las manos Gruumsh se tapaba los ojos, uno de los cuales estaba cegado por el copioso flujo de sangre que manaba de la herida de la cabeza, mientras que el otro estaba cegado para siempre. Exceptuando el ojo perdido, la mayoría de las heridas de Gruumsh sanarían, demasiado rápidamente en opinión de Corellon, pero por esa noche se había acabado la batalla.

El dios elfo envainó de nuevo a *Sahandrian*. Sus dedos tocaron piel y sintió una punzada de tristeza en medio de la euforia. Pese a que la victoria era suya, la maravillosa funda acolchada que Aurashnee había tejido para él —y que él llevaba en la batalla como prenda de amor— se había perdido durante el terrible duelo.

—Eres un perjuro, estás ciego y te he vencido —dijo Corellon fríamente—. Pero todo esto no es pago suficiente por lo que he perdido hoy.

El orco se limpió la sangre de la cara y con su único ojo sano miró de soslayo a su enemigo.

—No entientes nada, elfo —gruñó Gruumsh—. Y ni siquiera imaginas qué has perdido. ¡Ni siquiera conoces los nombres de tus enemigos! En cuanto a la derrota, ¡no la admito! Mátame ahora, si puedes, y tu puta plateada será testigo de que has ejecutado a un enemigo que estaba herido y desarmado.

Corellon levantó la mirada hacia la luna y supo que, al menos en eso, el orco debía la verdad. La diosa de la luna y los mistreios lo vería todo y su honor la obligaría a comunicar tal deshonrosa acción al Consejo del Seldarine. Aunque lo deseara, Corellon no podía matar al caído Gruumsh y, según los términos de su trato, tampoco podía expulsarlo del Olimpo si el orco no quería marcharse.

—Has hablado de otros —dijo el Señor de los Elfos echando un vistazo a las silenciosas lomas—, pero yo no veo a nadie dispuesto a recoger tus armas.

—Mientras te encuentres en el Páramo no necesito ayuda de nadie —afirmó el orco con una sonrisa de suficiencia—. e queda un largo camino hasta Arvador, elfo, y te tambaleas como un árbol joven en pleno vendaval. Vete si puedes, yo estaré cerca. Un ojo es más de lo que necesito para seguir un rastro por estas colinas. ¡Si sigues en pie cuando de contigo, lucharemos de nuevo, y si no, te mataré en el suelo!

Corellon fue incapaz de mofarse de esa infame promesa. La fiebre de la batalla ya casi se le había pasado y empezaba a sentir el dolor de sus heridas. Era posible que el orco, pese a estar gravemente herido, pudiera cumplir su promesa. Sin decir ni media palabra más Corellon dio media vuelta y marchó hacia Arvador.

La cortina de bosque que rodeaba Arvador era densa y profunda. Los extraviados podían caminar días y días por los bosques circundantes sin cruzar ni una sola vez sus límites, quizá sin ni siquiera darse cuenta de que el camino estaba bloqueado. Árboles milenarios cambiaban de posición para confundir a los caminantes; surgían sendas al azar que después desembocaban en una charca del bosque o en un lecho de helechos; los arroyos se convertían de pronto en vastas y profundas simas; de las densas y enmarañadas enredaderas brotaban espías o simplemente se negaban a separarse. Arvador era un refugio y una fortaleza.

Escondida entre las verdes sombras que rodeaban y protegían Arvador, una diosa elfa escrutaba los bosques desde las ramas más altas de un árbol. Sus delgados dedos negros aferraban la rama y su hermoso rostro reflejaba una funesta premonición.

Ya hacia tres días que Corellon Larethian, su amado y señor, había partido para reunirse con el dios orco, y Araushnee aguardaba con ansiedad el resultado de la entrevista. Ella tenía mucho que perder; quién sabe qué podría ocurrir en el Seldarine si Corellon no regresaba. Pese a que ninguno de los dioses elfos podía reemplazar a Corellon, seguro que muchos lo intentarían.

La relación de Araushnee con el líder del Seldarine era única. Corellon Larethian era el epítome del elfo: guerrero, poeta, mago, bardo, hombre y mujer. Pero desde la llegada de Araushnee había adoptado un único aspecto: el de un elfo dorado de sexo masculino. En ella había encontrado su pareja ideal: ella femenina, él masculino; ella artista, él guerrero, ella representante de los mistrios de la noche, él de la luminosidad del día. Aunque Araushnee no era más que una diosa menor, había cautivado a Corellon con su belleza, y el príncipe dios elfo la había convertido en su consorte. Araushnee le había dado hijos —dos gemelos que tenían la misma oscura belleza que ella—, y él le había otorgado nuevos poderes. Como amada de Corellon, Araushnee ocupaba un lugar de honor en el Seldarine y, por decreto del dios, controlaba el destino de los elfos mortales que compartían su oscura belleza. La diosa gozaba con ese poder y temía su pérdida al menos tanto como el resultado de la

batalla.

Su aguzado oído percibió un débil sonido, era el lejano crujir de la maleza al ser ahollada por unos pies calzados con botas. Ningún dios elfo armaría tanto ruido. Finalmente Araushnee tenía su respuesta.

La diosa se deslizó desde su atalaya al suelo en un hilo de magia. Sus chinelas se posaron sobre el suelo del bosque en silencio, pero antes de poder dar un solo paso hacia el victorioso orco, sus ojos vieron algo que no esperaba.

Corellon.

No la separaban del Señor de los Elfos más que una docena de pasos. Corellon avanzaba lentamente y se veía tan maltrecho como un suelo pisoteado por cientos de pies, pero aun así se movía por los bosques como un soplo de viento. La mirada de Araushnee se posó en su cadera. La funda que ella había tejido y encantado había desaparecido, pero la espada, *Sahandrian*, estaba intacta y la envolvía una invisible aura que llevaba el inconfundible toque de la magia lunar de Sehanine.

Los ojos carmesíes de Araushnee ardieron ante esa nueva injerencia de su rival en sus asuntos personales. Ofuscada por la rabia, la diosa se levantó una mano como si pretendiera borrar la obra de Sehanine. De las puntas de sus dedos de ébano brotó espontáneamente un estallido de magia que se convirtió en una vasta cortina, que bloqueó el bosque en todas direcciones, hasta donde la vista alcanzaba.

Corellon se detuvo, desconcertado ante la aparición de la reluciente barrera que le impedía, justamente a él el paso a Arvandor.

La inquietud se apoderó de Araushnee. Sin duda el dios sabría quién había levantado esa barrera y, por enamorado que estuviera de ella, lo consideraría un acto de traición. Además, por débil que estuviera, fácilmente eclipsaría la magia de una diosa menor. ¿Y qué sería entonces de ella? Condenada por un único impulso; todo su trabajo destruido.

Araushnee pensó rápidamente y empezó a tejer otro tipo de red. Salió de las sombras para que Corellon la viera, con una expresión de fingido alivio y bienvenida.

—Pasa, amor mío —dijo en silencio, transimitiendo esas palabras a la mente de Corellon—. A ti te permitirá pasar, pero detendrá al orco. Ven y cura tus heridas.

Araushnee sintió el estallido de gratitud y amor que Corellon le enviaba en respuesta, así como la sacudida de una oleada de fatiga abrumadora. Al notarlo, Corellon se desconectó de ella al punto y atravesó la telaraña de Araushnee con la misma facilidad con la que un halcón atraviesa una nube. Después de besar los dedos de su amada a modo de saludo, Corellon desapareció en la espesura en busca de los árboles de Arvandor.

Araushnee se quedó donde estaba. Por mucho que le desagradara la idea, tendría que hablar con Gruumsh, pues sólo él podría responder algunas preguntas.

La diosa no tuvo que esperar mucho. Al parecer, el dios orco había encontrado un

rastro elfo —a Araushnee no le importaba si era el suyo o el de Corellon—, y se aproximó a ella abriéndose paso como un loco entre la espesura.

Iba hacia la telaraña.

El orco cayó de bruces en ella. Gruumsh se debatió salvajemente, rugiendo y maldiciendo, pero sólo consiguió enredarse aún más. Procedente del bosque flotó la risa de Corellon, un sonido semejante a campanillas de oro, hermoso incluso cuando se mofaba.

El Señor de los Orcos redobló sus esfuerzos, pero estaba atrapado sin remedio. «Sin duda las defensas naturales de Arvador también lo hubieran detenido con o sin mi intervención», se dijo Araushnee con una irónica sonrisa. A Corellon no se le había ocurrido; los encantos de la diosa lo tenían tan encandilado que tan sólo era capaz de ver lo que ella quería.

—Estúpidos —siseó la diosa mientras contemplaba al cautivo y observaba al otro. Tras pronunciar este epíteto Araushnee se preguntó si el orco o el elfo merecerían algo mejor.

El dios de la caza

No era una empresa sencilla abandonar la condición de dios, adoptar forma de avatar y buscar un aliado divino en los desconocidos bosques de un mundo mortal. No era nada fácil, pero Araushnee sabía que tendría que pagar un precio por todo lo que se disponía a hacer.

La diosa elfa se deslizó silenciosamente por la floresta siguiendo hilos invisibles de magia que la conducían a un lugar de inusitado poder. El Tejido era fuerte en ese mundo. Era un lugar de singular belleza, con una única y vasta extensión de tierra colocada como una pieza de jade pulido sobre un mar de lapislázulo. Los dragones vagaban por los bosques y dominaban los cielos, pero esa tierra atraía a otras razas mágicas, como las abejas a la miel. Asimismo nacían nuevas razas, que se propagaban rápidamente. Incluso los dioses percibían las posibilidades que ofrecía ese floreciente mundo, y últimamente se había producido una auténtica migración de poderes, tanto mayores como menores. Araushnee confiaba en encontrar un aliado entre esos dioses, un aliado poderoso y maleable, para reemplazar el obstinado Gruumsh.

Después de ser derrotado por Corellon Larethian —por no hablar del ignominioso final de su aventura, atrapado en la telaraña de una diosa elfa como si fuera un mosca—, Gruumsh se había negado de plano a tener nada que ver con Araushnee y sus ambiciones. Ella era una elfa y, por tanto, una enemiga mortal, y no había más que decir.

Así las cosas, a Araushnee le alegró no tener que soportar el hedor del dios orco. Había otros seres a los que podría engañar, engatusar o seducir para que la complacieran. La diosa se concentró en las líneas de magia que se adentraban en el mismo corazón de esa tierra, hasta converger en una densa red que cubría un bosque milenario.

Era un bosque tan denso y frondoso como los de Arvador, y casi tan mágico. Enormes árboles custodios, que se confundían con los venerables árboles que los rodeaban, observaban a la diosa con la aparente indiferencia de los seres que han vivido mucho y que miden el tiempo en millones de años. Pequeños y gráciles unicornios se dispersaban a su paso y huían como asustados ciervos argentados. Pequeños puntos de luz sugerían la existencia de duendecillos o diminutos dragones, o quizá criaturas conocidas como fuegos fatuos. Pero, pese a todas las maravillas del bosque, también había abundantes pruebas de peligro: el lejano rugido de un dragón de caza, la pluma del ala de un grifo caída durante la muda, rastros en el suelo

pertenecientes a manticoras, o huellas dejadas por una banda de orcos.

Precisamente estos últimos eran los que más interesaban a Araushnee, ya que en todos los mundos que conocía, los orcos eran enemigos a muerte de los elfos. Sin duda, el dios o la diosa de esa tribu de orcos escucharía su propuesta, siempre que ella, como elfa, lograra hacerse oír por una divinidad orca.

Mientras la mañana aún era joven, el fino oído de Araushnee captó sonidos de batalla, hacia el norte, donde las cimas de las montañas se elevaban muy por encima de los árboles y desaparecían en las nubes que se estaban formando. A medida que fue acercándose pudo distinguir gritos de batalla lanzados por voces orcas, pero faltaba el entrechocar de metal y el estruendo de las armas que acompañaba la habitual manera de guerrear de los hijos de Gruumsh. De hecho, los sonidos de batalla parecían proceder de las montañas, muy por encima de los orcos, y parecían más propios de una competición entre dos osos dotados de fuerza sobrenatural que un duelo de orcos. Los negros nubarrones ocultaban a los titánicos luchadores, pero sus rugidos retumbaban como truenos y sus encontronazos hacían temblar el suelo que pisaba la diosa.

Araushnee vio que los orcos reunidos al pie de la montaña bailaban, gritaban y aullaban presos de un frenesí religioso, y se preguntó si las estúpidas criaturas se comportaban así cada vez que un tronada descargaba en la montaña. Quizás era mera coincidencia que esa particular manifestación se debiera a los dioses. Por lo que Araushnee sabía de los orcos, dudaba que fueran capaces de percibir la diferencia.

La diosa ascendió veloz y silenciosamente por la montaña, invisible en gran parte gracias a lo que había tomado prestado de la alcoba de su hija. La joven Eilistraee, conocida en el Seldarine como la Doncella Oscura, ya era una reputada cazadora. La habitual indumentaria de Araushnee consistía en vaporosos vestidos y delicadas chinelas, pero no eran las prendas más adecuadas para la tarea que tenía entre manos, ni para moverse por el agreste terreno de ese mundo. La diosa llevaba prendas de cuero de un marrón oscuro, calzaba botas que parecían absorber el sonido y se envolvía en una capa verde moteada que cambiaba de color para adaptarse al follaje que la rodeaba. Así vestida, Araushnee se acercó sigilosa a los combatientes, aunque tan furiosa era su batalla que, seguramente, sin tantas precauciones tampoco se habrían percatado de su presencia.

Era demasiado tarde para ver la batalla, pero la diosa asintió al ver al vencedor.

Malar, el Gran Cazador, estaba de pie sobre el cuerpo de un ser muy semejante a él y que se desvanecía rápidamente. Medía casi cuatro metros y poseía un fornido y musculoso cuerpo recubierto de un pelaje semejante al de un oso negro, y el aspecto general de un guerrero orco. Malar no tenía unos prominentes colmillos con los que agarrar y desgarrar a sus rivales, de hecho ni siquiera tenía hocico, sino simplemente una carnosa cavidad en el centro del rostro que hacía las veces de nariz y boca. Pero

se las arreglaba muy bien sin, ya que los cuernos que sobresalían de su maciza cabeza eran tan afilados como dagas. Además, cada una de sus curvas garras era tan grande como toda la mano de Araushnee. Sin embargo, Malar había pagado cara su victoria, pues su poderoso pecho subía y bajaba como las olas de un mar revuelto y respiraba fatigosamente por su cavidad bucal.

Araushnee cogió el arco de su hija, que llevaba al hombro, y puso en él una de las flechas encantadas de Eilistraee. La diosa elfa apuntó a su objetivo y aprestó el arma. Aunque su intención era hacer un trato con el dios, no se le escapaba la importancia de negociar desde una posición de aparente ventaja.

—¡Saludos, Señor de las Bestias, dios de la caza! —gritó Araushnee.

Malar se volvió rápidamente hacia el musical sonido de una voz elfa y adoptó la posición de combate: rodillas flexionadas y músculos preparados para saltar; brazos extendidos en una parodia de abrazo; y garras arqueadas, transformadas en terribles armas para desgarrar. El Señor de las Bestias entrecerró los ojos hasta que no fueron más que malignas rendijas, a través de las cuales contempló a la diosa elfa.

—¿Qué haces aquí, elfa? —gruñó con atronador retumbo—. ¡Este lugar no es para ti!

—No, es tuyo por derecho de conquista —respondió la diosa al tiempo que señalaba la cabeza del dios caído. A estas alturas poco quedaba del bestial avatar excepto una borrosa silueta gris—. Ése era Herne, ¿verdad? Le he visto fugazmente otras veces, en otros mundos. A mi parecer no es más que una burda copia de Malar.

El Señor de las Bestias dejó caer los brazos. Era obvio que desconfiaba de la elfa, pero deseaba oír más halagos.

—Ahora la tribu de orcos me sigue a mí —se jactó.

—No me extraña —repuso Araushnee, oculstando cuidadosamente el júbilo que sentía. ¡Malar era justamente lo que necesitaba! Un dios menor ambicioso y patéticamente ansioso por aumentar su influencia y poder. Y, lo más importante, era un cazador.

Araushnee cabeceó hacia los vagos restos de Herne y suspiró.

—Sea como sea, es una lástima —confirmó la diosa—. No me refiero a que Herne fuera vencido, eso no —se apresuró a añadir cuando un gruñido sordo se formó en la garganta de Malar—. Es una vergüenza que un cazador tan poderoso como el Señor de las Bestias desperdicie su talento con una presa tan fácil.

Al ver que el dios no se ofendía, Araushnee bajó un poco el arco y se acercó a él cautelosamente.

—Tengo una propuesta que hacerte, gran Malar, una oportunidad que nunca más se presentará a un cazador.

—Hay mucha caza en estos bosques —objetó el Señor de las Bestias, mirándola atentamente.

¿Ah, pero es que hay un desafío comparable a dar caza a un dios elfo en su propio bosque sagrado? Es un desafío que solamente el más grande de los cazadores se atrevería a asumir.

Malar pareció reflexionar sobre esto y sus propios ojos brillaron intensamente.

—¿Un bosque elfo dices? Un cazador sabio no suelta el cuchullo y corre a abrazar a un oso.

—Se trata de un oso herido.

—Pues aún peor.

—En cuanto a eso, mira y juzga por ti mismo. —Con un rápido gesto de su mano de ébano la diosa conjuró un orbe brillante y multicolor, y pidió al Señor de las Bestias que mirara dentro. En el globo se veía una diminuta imagen de Corellon Larethian, tan real (excepto en su tamaño) como si lo tuvieran delante. Era evidente que el dios elfo estaba gravemente herido; su piel ya no brillaba con la luz dorada, sino que se veía gris y demacrado. Corellon caminaba entre los árboles con pase lento, vacilante.

El Señor de las Bestias observó al dios elfo, calculó su estatura comparándolo con una mata de helechos dorados y finalmente admitió:

—Es pequeño.

—¡Y débil! Mira sus vendajes, húmedos y rojos.

El cazador contempló el orbe entrecerrando los ojos.

—Qué raro —comentó—. Tanta sangre y no deja rastro.

—¿Acaso esperabas otra cosa de un dios elfo? Incluso así, estoy segura de que Malar, el dios de la caza, es capaz de atraparlo. Piensa en ello. ¡Qué célebre serías si mataras al cabeza del panteón elfo!

—El bosque que me muestras es un bosque elfo —dijo Malar después de husmear—. Nunca he cazado tan cerca de Arvador.

—¿Acaso no tienes derechos de cazar donde te plazca? —preguntó la diosa, notando que Malar se sentía tentado. Araushnee hizo un gesto hacia el orbe, que en respuesta creció hasta llenar casi por completo el claro pisoteado durante la batalla—. Ésta es una puerta al Olimpo, gran Malar. Todo lo que debes hacer es cruzarla.

El Señor de las Bestias contempló con interés la escena que se desarrollaba dentro del orbe, pero aún dudaba.

—Tú eres elfa. ¿Qué te ha hecho ese dios elfo para que desees su muerte?

Araushnee creía conocer la respuesta que más complacería a Malar:

—Porque es débil —respondió con firmeza—. Y eso me ofende.

—Si es tan débil, ¿por qué no lo matas tú misma?

—Lo haría, pero los demás dioses del Seldarine aman a Corellon —repuso la diosa encogiéndose de hombros—. Nunca permitirían que mandara quien lo hubiera matado, y yo deseo mandar.

—Extraños estos dioses elfos —murmuró Malar—. La ley de la naturaleza es que mande el más fuerte. Cualquiera capaz de matar a ese dios merece ocupar su lugar, y si los elfos piensan de forma distinta es que realmente son débiles.

—No todos piensan así —lo corrigió Araushnee.

Los ojos color carmesí del cazador se encontraron con los de la diosa, y le tomó la medida.

—Tal vez debería matar a Corellon Larethian, a ti, y después probar suerte en tu panteón.

—Seguramente podrás matar a un dios elfo que está herido, ¿pero a todos a la vez? —se mofó Araushnee—. No, conténtate con el trofeo que ves ante tus ojos. Corellon es un premio mucho mayor que cualquiera que hayas conseguido hasta hoy.

Malar señaló con un gesto de la cabeza el pie de la montaña donde, por la algarabía, la celebración de los orcos debía de haber alcanzado un mortífero frenesí.

—Un dios necesita adoradores.

—Y los tendrás —dijo Araushnee, segura de que por fin había dado con el cebo que atraería a Malar a su red—. Los orcos valoran su fuerza: esa tribu te seguirá porque has vencido a su dios. ¿Cuántos orcos más se unirán a sus filas cuando sepan que has vencido donde Gruumsh el Tuerto fracasó?

—¿Ese elfo dejó tuerto a Gruumsh? —preguntó el Señor de las Bestias, con una nota de cautela en la coza, al tiempo que contemplaba la imagen de Corellon con nuevo respeto. Malar sabía perfectamente que Gruumsh, el dios principal de los orcos, era alguien que había de tener en cuenta.

—Es otra prueba de la debilidad de Corellon —se apresuró a argüir Araushnee—. Debió haberlo matado cuando tuvo la oportunidad. Yo lo hubiera hecho o, al menos, ¡lo hubiera castrado!

Al cazador se le escapó una áspera risita.

—Lo que yo quiero no es humillar a mis presas, sino destruirlas. Tu estilo no es el mío, elfa, pero no puedo negar que me atrae la idea. ¡Gruumsh castrado! La sutileza no es lo mío, pero incluso yo aprecio cierta ironía.

—Entonces ve, destruye y reclama tu trofeo —lo animó Araushnee, aprovechando el momento de macabra camaradería—. Y después tendrás lo que más deseas —añadió con voz sedosa y tentadora.

—¿O sea?

—Presas, presas que tentarán a los mejores cazadores de este mundo y que te ganarán nuevos seguidores. Elfos —dijo al fin—. Cuando yo mande en Arvador, enviaré tribus de elfos a este mundo. Los orcos los cazarán y, al hacerlo, seguirán a Malar, el mayor cazador de elfos de todos.

—¡Elfos! —bufó Malar—. Aquí ya no hay elfos. El Tejido es fuerte: donde hay magia siempre hay elfos.

La diosa disimuló rápidamente su sorpresa. No había notado la presencia de elfos en ese mundo, algo que cualquier miembro del Seldarine podía hacer fácilmente. Quizás había estado tan absorta en su tarea que se le había escapado su presencia.

—Pero los elfos de aquí son pocos y no tienen verdadero poder —dijo la diosa, esperando que realmente fuera así—. Yo enviaré clanes enteros, elfos que construirán ciudades y fabricaran armas mágicas. Tus primitivos orcos te buscarán con la esperanza de cazarlos. Te convertirás en un gran poder, en el dios de todos aquellos que odian y cazan a los hijos de Corellon.

Finalmente el Señor de las Bestias asintió.

—Iré —dijo simplemente, y entonces se introdujo de un salto en el globo brillante.

La visión que Araushnee había conjurado se disipó con un leve crujido. Cuando se hizo el silencio, el dios de la caza había desaparecido.

Una risa de triunfo nació en la garganta de Araushnee, se hizo más profunda hasta agitar su liso abdomen y creció más y más hasta desbordarse en carcajadas. La risa no cesaba, haciéndose cada vez más potente y turbadora hasta que pareció fundirse con el ulular del viento.

Abajo, en el valle, los feroces orcos detuvieron su orgía de sangre para escuchar el impío sonido y, por primera vez ese día, conocieron el auténtico miedo.

La larga noche de lucha había quedado atrás y la luz del sol que se filtraba por el dosel del bosque proporcionaba calor y fuerza al fatigado dios elfo. Pronto estaría en casa. Corellon percibía el cambio en el aire. Pronto estaría en casa. Corellon percibía el cambio en el aire y notaba el poder en el suelo que hollaba. Ya sentía la magia de Arvador que fluía por él, y aceleró el paso. Había vencido a Gruumsh, pero la batalla había suscitado demasiadas cuestiones que debían resolverse.

De un macizo de zumaques escarlata detrás de él brotó un ronco gruñido animal. Corellon se puso en tensión, atónito. No había oído acercarse ningún animal, y no conocía ningún animal en el bosque que fuera su enemigo. El dios elfo se volvió cautelosamente hacia el sonido, con la mano en la empuñadura de su espada, y justo entonces el follaje pareció estallar en una embestida brutal.

Un monstruoso ser peludo se abalanzó contra él, con los brazos extendidos y garras curvadas con las que agarrarlo. Corellon atacó y dio un tajo al sesgo a una de las curtidas palmas de la criatura. Antes de que la bestia pudiera reaccionar, el elfo se había alejado de un brinco.

—¡Malar! —le espetó, pues sabía del Señor de las Bestias, y nada bueno por cierto—. ¿Cómo osas cazar en un bosque elfo?

—Cazo donde me place —gruñó en respuesta Malar—, y a quien me place.

Al tiempo que decía esto, la bestia agachó la cabeza y se lanzó contra el elfo

como un cérvido a la carga. De la cabeza de Malar surgieron astas, cada una de las cuales se bifurcaron al instante en una veintena de puntas letales semejantes a dagas.

Corellon se mantuvo firme, agarró la espada firmemente con las dos manos y la impulsó contra los cuernos. Rápidamente giró para dar la espada a Malar y, acto seguido, se inclinó hacia adelante al tiempo que levantaba la espada, enredada en la cornamenta.

La increíble velocidad de la maniobra del elfo combinada con el impulso de llevaba Malar hicieron que su contrincante, que era mucho más pequeño, lo lanzara por los aires. El Señor de las Bestias aterrizó de espaldas con tanta fuerza que rebotó en el suelo. Corellon saltó al frente. Con un pie inmovilizó el brazo de Malar contra el suelo, y entonces apretó la punta de su acero contra la garganta cubierta de negro pelaje de su rival.

—Ríndete —exigió el Señor de los Elfos—, y podrás marcharte sin sufrir ningún daño.

Malar soltó un gruñido de desafío y con el brazo que tenía libre se dispuso a propinar un tremendo golpe a las piernas del elfo. Corellon paró el golpe con la espada y le cercenó un par de garras para curarse en salud. Rápidamente, el elfo invirtió la dirección de la estocada para hundir el arma en la garganta de Malar. Pero el Señor de las Bestias había desaparecido.

La punta de la espada de Corellon cortó la hierba aplastada y abrió un profundo surco en el suelo. Durante un segundo, el dios se tambaleó, y antes de que pudiera asentarse con firmeza en el suelo, alguien le atizó un golpe desde atrás que lo hizo salir disparado. Una risa grave y rasposa resonó por el bosque mientras el ágil elfo se hacía un ovillo y rodaba.

Ahora el dios elfo estaba enfadado. Una cosa era que Gruumsh lo desafiara allí (después de todo Gruumsh era el principal dios de su panteón, un dios poderoso y un adversario digno, aunque traicionero), pero Malar era un dios menor que buscaba adoradores entre las razas depredadoras de un centenar de mundos. Que un dios así lo desafiara era un insulto.

El elfo se puso en pie y giró sobre sus talones, empuñando la espada. Ante él flotaba un enorme miembro incorpóreo que parecía la pata delantera de la titánica pantera. Las garras eran aterciopeladas; Malar había golpeado a Corellon un malicioso gatito que jugara con un ratón.

Corellon cerro con fuerza la mano alrededor de la empuñadura de su arma. Dentro de *Sahandrian* las luces se arremolinaron y chisporrotearon en armonía con la cólera que sentía su dueño.

El dios elfo arremetió contra ese extraño enemigo. La espada giraba, se movía como una flecha, grabando profundas líneas en la pata del felino y haciendo volar mechones de pelaje negro. La risa de Malar pronto se convirtió en bramidos de ira y

de dolor. Las zarpas de la pantera también atacaban y trataban de desgarrar, pero no alcanzaron ni una sola vez al dios elfo. Corellon bailaba alrededor del miembro de Malar, hostigándolo y ofreciéndolo aberturas donde no las había para que el Señor de las Bestias atacara una vez y otra. El elfo se resarcía con creces de cada ataque fallido de Malar.

La furia que sentía éste y su incontenible instinto para matar matar lo impulsaron a seguir luchando, hasta que la sangre cubrió por completo su pelaje de pantera y la piel desgarrada, reelando tendones e incluso hueso. Pasaron largos minutos hasta que el Señor de las Bestias cayó en la cuenta de que actuaba guiado por el deseo de sangre en vez de por una estrategia sensata. Nuevamente el dios cambió de forma y un velo de total oscuridad envolvió al elfo.

Corellon se quedó helado a media estocada. No lo había sorprendido la subita noche que había caído sobre él —conocía las manifestaciones de Malar y ya lo esperaba—, sino por la sofocante sensación de maldad en la miasma que lo envolvía. Instintivamente, se precipitó hacia un lado, pero la nube que era Malar se movió con él. En la oscuridad resonó la risa profunda y desagradable, que hizo aún más intensa la sofocante mortaja de maldad.

Un fantasmagórico resplandor rojo cayó sobre el elfo. Corellon levantó la vista hacia los enormes ojos que flotaban cerca de la cresta de la nube. Sin vacilar, levantó su espada por encima de la cabeza y la lanzó hacia arriba con todas sus fuerzas. *Sahandrian* dio dos volteretas en el aire en una espiral de pura luz, mientras hendía la circundante maldad. La punta de la espada se hundió entre los ojos carmesíes de Malar.

Con un bramido de angustia y rabia que sacudió los árboles vecinos, el Señor de las Bestias desapareció.

Corellon parpadeó en la súbita claridad y al oír el zumbido que anunciaba el triunfante descenso de *Sahandrian* se apartó. La espada cayó al suelo con la punta hacia abajo y un ruido sordo.

Mientras limpiaba la espada de sangre, secreciones y tierra plegada, Corellon reflexionó sobre los combates que había vencido. Gruumsh había recibido una grave y perdurable herida, Malar había sido completamente derrotado y, al menos por un tiempo, expulsado. Ambas eran hazañas que serían recordadas en canciones y que darían pie a mil leyendas.

Pero Corellon no podía sentir orgullo ni alegría por esas victorias, pues tenía el presentimiento de que los que había conseguido ese día no era gloria sino nuevos y mortales enemigos para las demás deidades elfas y para sus hijos, los elfos mortales.

Un oscuro bordado

Araushnee se apresuró a regresar al corazón de Arvador, al bosque en el que vivía junto a sus hijos y Corellon Larethian. Pese a que regresaba al hogar, la diosa no estaba contenta; había presenciado la batalla entre Malar y Corellon a través de otro de sus orbes mágicos. En el curso de un solo día dos de los agentes que había elegido habían sido incapaces de acabar con Corellon. Una vez más el dios elfo, sin saberlo, había impedido que ella ocupara el lugar que le correspondía, a la cabeza del panteón elfo.

Pese a estar contrariada, a Araushnee le produjo un cierto alivio despojarse del atuendo de cazadora que había tomado prestado de su hija y ponerse un vaporoso vestido y delicadas chinelas, ambos tejidos por sus propias manos con la seda de araña más fina. La diosa entró en la alcoba de su hija sin llamar y dejó caer el equipo de caza en el suelo.

Pero, excepcionalmente, Eilistraee estaba en casa y se preparaba para participar en alguna fiesta en el bosque. La joven levantó la mirada de las botas que se estaba atando, sobresaltada por la interrupción. Sus ojos plateados se posaron en sus pertenencias desparramadas por el suelo, luego en la cara de su madre, y sintió una mezcla de placer y excitación.

—¡Oh, madre! ¡Has ido de caza! ¿Por qué no me dijiste que querías ir? ¡Podríamos haber ido juntas y pasárnoslo en grande!

—Sí, desde luego —pensó Araushnee en voz alta mientras que en su mente consideraba rápidamente las opciones. Necesitaba aliados y sería estúpido pasar por alto a quienes tenía más cerca.

Ciertamente, Eilistraee no hubiera sido su primera elección. La joven era temperamental y dada a los cambios de humor; un momento era una niña despreocupada que bailaba como un rayo o corría como un lobo plateado por el bosque, y al momento siguiente era tan seductora como una sirena o tan seria como un dios enano. Bueno, la chica estaba en una edad en la que esos cambios eran normales, se dijo Araushnee mientras observaba a su hija. Eilistraee ya no era una niña y, además, demasiado hermosa para su gusto, pues Araushnee no toleraba ninguna competencia, viniera de donde viniese. La joven diosa había heredado el rostro de su madre pero su cabello y sus ojos eran de un tono plateado que indefectiblemente le recordaba a su odiada rival, Sehanine Moonbow. Otra cosa que molestaba a la menuda Araushnee era que su hija era muy alta, aunque no podía por menos de admirar la fuerza y la gracia que poseían los largos brazos y piernas de

Eilistraee. Ningún dios del Seldarine podía vencer a la Doncella Oscura en una carrera, y pocos alcanzaban su pericia con el arco.

Sí, definitivamente había posibilidades en Eilistraee, concluyó astutamente su madre. Araushnee dudaba de que fuera capaz de inducir a su hija a ir abiertamente en contra de Corellon, pues adoraba a su padre. Sin embargo, era joven y su ingenuidad podía convertirse en una poderosa arma contra el Señor de los Elfos. Además, aparte de necesitar aliados, Araushnee también necesitaba chivos expiatorios. Eilistraee le serviría de un modo y otro.

—Tienes razón, mi valiente cazadora —dijo Araushnee con una calidez desacostumbrada y enlazando a su hija por la cintura—. Ya es hora de que cacemos juntas. Tengo un plan. Escucha y dime si te gusta...

En el Olimpo los días son largos, más largos que el paso de los años en algunos mundos. Pero a Araushnee ese día en particular se le hizo demasiado corto. La mañana fue un no parar. Primero no le quedó más remedio que recorrer todo el bosque con Eilistraee para informarse de las habilidades y costumbres de su hija, y tramar formas de volver ese conocimiento contra la joven cazadora.

Su otro hijo, Vhaeraun, también intervendría. Araushnee se pasó un buen rato instruyéndolo en su papel. No fue una tarea nada fácil, ya que todo el Seldarine estaba celebrando las dos victorias de Corellon Larethian. Por grande que fuera Arvandor, esquivar a varias docenas de deidades elfas no resultó sencillo, ni tampoco retener la atención de Vhaeraun: muchas jóvenes diosas, y también una o dos de las más maduras, urgieron al hermoso joven a unirse a la fiesta.

Finalmente, cuando el sol estaba en lo más alto, Araushnee dejó que Vhaeraun participara en la fiesta y ella fue en busca de Corellon, pues el dios se extrañaría si no lo hacía. Ambos posaron las horas más luminosas del día charlando y coqueteando, aunque ella tuvo que fingir una alegría que no sentía. Actuar como consorte nunca le había representado ningún problema, pero demasiadas cosas se habían roto y a Araushnee le costaba halagar y contar historias ingeniosas cuando su mente bullía con los detalles de la conspiración. Al cabo de un rato pudo escabullirse pretextando, entre sonrisas, que ya lo había acaparado demasiado tiempo y que los demás lo esperaban para festejar sus victorias. El plan había tramado Araushnee era brillante, pues todos los elfos, quizá con la única excepción de ella, valoraban la hermandad del Seldarine por encima de todas las cosas. Araushnee tenía que ir a algunos lugares y hacer cosas que nadie debía ver.

Los dioses elfos raramente salían de Arvandor, excepto para ocuparse de las necesidades de sus hijos elfos y alimentar sus artes, pero en esa larga tarde Araushnee viajó a multitud de lugares extraños y espantosos en busca de guerreros para la guerra que pronto iba a estallar. Los elfos constituían un pueblo antiguo, casi tanto como los

dioses que les habían dado vida, y muchas criaturas los envidiaban y odiaban. Araushnee llevo la semilla de la guerra a los dioses de todos esos pueblos: orcos, ogros, goblins, hobgoblins, monstruos, dragones del mal, criaturas del cielo y de los mares más profundos, e incluso seres de los planos elementales. Desde luego, no se les apareció en su forma elfa, pues eso sería exponerse a una muerte segura o, en su defecto, a que el Seldarine descubriera su plan. Para llevar a cabo esa misión Araushnee adoptó una nueva y letal forma, adecuada para sus talentos, y que los dioses malignos sabrían apreciar.

El sol se ponía ya sobre el bosque elfo cuando Araushnee regresó al Olimpo, satisfecha de lo conseguido. Pero su alegría se desvaneció al encontrarse en su propia casa a una visitante inesperada.

La forma translúcida de Sehanine Moonbow paseaba nerviosamente por el vestíbulo, presa de gran agitación. Cuando Araushnee entró, la diosa de la luna se detuvo y señaló a la diosa oscura con un dedo aún brumoso.

—Araushnee, te acuso de traición al Seldarine, de conspirar con orcos y crímenes aún peores —proclamó con voz argentina.

Una sombra de inquietud pasó por la mente de Araushnee. ¿Qué sabía Sehanine? Y lo más importante, ¿hablaba inducida por los celos o tenía pruebas concluyentes de su perfidia? Araushnee se cruzó de brazos, clavó la mirada en la brumosa diosa y dijo friamente:

—Ésa es una acusación muy seria. Y, además, peligrosa teniendo en cuenta que..., ¿cómo decirlo?, no eres tú misma.

La diosa de la luna hizo caso omiso de la amenaza y sacó de los pliegues de su vestido un objeto familiar. Era una funda acolchada hecha con la seda más fina, y trabajada con hilos de brillantes colores. Asimismo tenía bordada un complicado dibujo que mostraba a los dioses jugando en su bosque elfo. Alrededor de la escena, bordada con un arte sin igual, se veían runas de guarda y protección que sólo una diosa elfa podría haber creado. El corazón de Araushnee latió dolorosamente en su pecho al reconocer la funda encantada.

—Esto es tuyo, ¿verdad? Nadie más en Arvador podría hacer una labor tan maravillosa —dijo Sehanine sin ánimo de adularla.

—Esi ne convierte en una artista, no en una traidora —replicó Araushnee echando hacia atrás la cabeza—. Si tienes algo más que decir, dilo rápido y después vete.

—¿Cuándo hiciste esta bordadura? ¿Cuándo se liberó la magia de estas runas?

La diosa oscura frunció el entrecejo mientras reflexionaba sobre esas extrañas preguntas. Las runas y los símbolos de guarda eran similares a los que protegían de ataques. Corellon había luchado con Gruumsh durante toda la noche anterior y, ahora que lo pensaba, Araushnee había hecho casi todo el trabajo después de media noche, cuando la luna brillaba...

Sus ojos color escarlata se abrieron desmesuradamente cuando al fin comprendió; había trabajado cuando la luna relucía y el poder de Sehanine estaba en su apogeo.

—Tú notaste que había algo equivocado en la magia del bordado. Tú lo sabías, estoy segura de que lo sabías, pues juraría que incluso la luz de la luna te cuenta los secretos nacidos al amparo de la noche. Y, aun así, premitiste que tu señor fuera a la batalla con una prenda que lo condenaba al fracaso. ¡Si yo soy una traidora, tú también lo eres!

—Cierto que percibí tu animosidad —repuso Sehanine sacudiendo la cabeza—, pero creí que únicamente iba dirigida contra mí. Sólo lo comprendí cuando el ataque de Gruumsh desató tu maldición. Antes de que saliera la luna, cuando estaba demasiado débil para actuar, el orco destrozó la espada de mi señor y lo hirió gravemente.

—Y después, zorra entrometida, sólo tuviste que recoger los pedazos —espetó Araushnee airada—. Tú alejaste la funda de él, ¿no es cierto?

—¿Si no lo hubiera hecho, estaría seguro en Arvador?

Araushnee lanzó un silbido de rabia y frustración. La diosa de la luz de la luna era también la diosa de los misterios, y parecía ser capaz de desentrañarlos como de crearlos. Además, era poderosa, mucho más que Araushnee o, para ser más precisos, lo sería cuando la luna estuviera alta. Pero incluso ahora, cuando los últimos rayos del sol aún teñían los cielos sobre Arvador, la vítrea forma de Sehanine adquiría rápidamente sustancia y poder. Araushnee tenía que actuar o todo estaría perdido.

La diosa oscura extendió ambas manos y dejó que toda la fuerza de su rabia y sus celos alimentaran la magia que brotaba de la punta de sus dedos. Sedosos hilos de maligno poder rodearon a la diosa de la luna. Instantáneamente Sehanine quedó enredada en una telaraña mucho más resistente que la que había detenido la carga del poderoso Gruumsh el Tuerto.

Pero Araushnee no tenía suficiente con eso. Su cólera provocó una tempestad en miniatura, un viento que aulló y sopló una tempestad en miniatura, un viento que aulló y sopló furioso alrededor de los muros del vestíbulo hasta formar un remolino. El torbellino atrapó a la diosa de la luna, que se debatía, y la arrojó al mismísimo centro de la diminuta vorágine.

Eso era precisamente lo que necesitaba Araushnee. Nuevamente alzó las manos y nuevamente hilos de magia salieron despedidos hacia su rival. El viento los recogió, los hizo girar y los envolvió con fuerza alrededor de Sehanine, hasta que la diosa estuvo tan cuidadosa y firmemente recubierta como la oruga en su capullo.

Cuando estuvo satisfecha, Araushnee disipó la tempestad y contempló a su cautiva con una sonrisa en los labios. Sehanine era claramente visible entre las capas de mágica telaraña, pero no podía moverse ni hablar. A modo de precaución, Araushnee envió a la mente de su rival un insluto silencioso para regodearse de su

triunfo. Era como hablar con una piedra; ni siquiera la comunidad mental que compartían los miembros del panteón elfo podía penetrar esa red mágica. La captura de Sehanine era completa pero, por desgracia, también era temporal. La luna ascendente le proporcionaría unos poderes muy superiores a los de Araushnee.

La diosa oscuro envió una orden silenciosa dirigida exclusivamente a la mente de Vhaeraun, en la que le decía, en términos que no dejaban lugar a la discusión, que dejara inmediatamente lo que estuviera haciendo y volviera a casa enseguida.

Al poco rato (pues Araushnee le había insinuado qué le ocurriría si se entretenía demasiado) el joven dios entró en tromba en el vestíbulo. Los ojos se le salieron de las órbitas al contemplar a la diosa de la luna y comprender el precio que quizá tendría que pagar por atacar a una de las deidades elfas más importantes.

—¿Madre, qué has hecho? —preguntó consternado.

—No tuve más remedio. Sabe, o al menos sospecha, que la funda que bordé para Corellon arrebató la magia a *Sahandrian*. Pero, como una hermana honorable, me comunicó sus sospechas antes de acudir al Consejo del Seldarine —añadió con sonra—. Ahora sólo podrá llegar allí si se deja caer al suelo y se arrastra como una serpiente. ¡Casi estaría dispuesta a tolerar que el Consejo se inmiscuyera en mis asuntos para ser testigo de algo así!

Vhaeraun examinó de cerca la telaraña mágica que sujetaba a Sehanine.

—¿Aguantará hasta que la batalla finalice?

—No —admitió Araushnee—. No la hubiera atrapado si no hubiera sido tan estúpida de enfrentarse a mí, a mí, que soy su peor enemigo, cuando apenas tenía poder. Debes llevarla a un lugar en el que la luna no brille y asegurarte de que se queda allí hasta después de la batalla.

—¿Y entonces qué? —preguntó el joven dios en un tono muy similar al desdén de su madre—. ¿Realmente crees que podrás gobernar con la oposición de una diosa tan poderosa como Sehanine? Deberías matarla ahora, mientras está indefensa.

Araushnee adelantó una mano y le propinó un sonoro bofetón.

—No te atrevas a dudar de mi poder —le advirtió con una voz que rebotaba furia—. ¡Si eres tan ignorante como para creer que un dios puede matar fácilmente a otro, tal vez me equivoqué al hacerte mi confidente y compañero!

—¿Y qué hay de Herne? —insistió Vhaeraun, ansioso de salvar una pizca de su dignidad, aunque simplemente se tratara de llevar la razón en la discusión—. Me dijiste que Malar lo mató. ¿Y por qué lanzaste a Gruumsh y Malar contra Corellon si no había ninguna esperanza de triunfo?

—¿Realmente eres tan estúpido? —le espetó su madre—. Una cosa es destruir a un dios de otro lugar y otro panteón, ya que incluso entre los dioses hay cazadores y cazados, predadores y presas. Pero matar a un miembro de tu propio panteón es algo muy distinto. ¿Crees que si lo fuera no me habría hecho ya con el control de

Arvador?

El joven dios miró pensativo a su madre, acariciándose con cuidado la mejilla, que le escocía. Finalmente dijo:

—Si es como dices, tal vez deberías abandonar el Seldarine.

—¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho hoy? ¡Quiero mandar en el Seldarine!

—Pues inténtalo por la conquista y no con intrigas —sugirió Vhaeraun—. Has reunido un ejército para llevar a cabo tus designios. ¡Abandona el Seldarine y dirige tu propio ejército! ¡Imagínate al frente de una poderosa fuerza, líder del anti-Seldarine! —La voz del joven dios vibraba excitada, llenda del orgullo de quien admira sus propias visiones.

—¿Cómo es posible que tenga unos hijos tan idiotas? ¡Piensa! ¡Repasa la lista de los grandes y gloriosos generales que he reclutado!

La diosa oscuro guardó silencio y dejó que los nombres de los enemigos de Seldarine flotaran silenciosamente en el aire entre ellos. Estaba Maglubiyet, líder de los goblins; Hruggek, que guiaba a los goblins peludos en la caza y en la batalla; y Kurtulmak, líder del panteón kobold (a Araushnee no dejaba de asombrarle que los kobolds tuvieran un panteón). A ojos de los elfos, eran enemigos insignificantes. Algunos de los otros dioses que participarían en la inminente batalla eran bastante más poderosos, y la lista era muy larga, pero el ejército resultante era mucho menos que la suma de sus partes. Si Vhaeraun era tan estúpido que no veía esto, Araushnee haría bien en desembarazarse de él de inmediato.

Pero, para alivio de la diosa, una expresión de duda se apoderó de los trasgos del joven dios mientras consideraba a tales aliados.

—¿Ese ejército... puede ganar?

—Claro que no —repuso Araushnee con total franqueza—. Pero son dioses lo suficientemente fuertes y numerosos para hacer mucho daño. Y lo que es más importante, todos en Arvador verán ese ejército como la coalición de enemigos de los elfos. El Seldarine prevalecerá, pero la batalla será larga y habrá pérdidas por ambos lados. Tú y yo nos encargaremos de que Corellon Larethian sea una de ellas.

—Por supuesto nuestro dolor será desgarrador —añadió Vhaeraun con una astuta mueca.

—Naturalmente, y todos los dioses del Seldarine, aturdidos por la muerte de su amado Corellon, cerrarán filas en torno a su consorte y su heroico hijo. Una vez alcancemos el poder supremo, acabar con el Seldarine será un juego de niños. —Araushnee lanzó una inquisitiva mirada de soslayo a su hijo y le preguntó—: ¿Todavía deseas seguir adelante?

Ante la mirada de incompreensión de Vhaeraun, la diosa oscura apostilló:

—Después de todo, es tu padre.

—Y también tu esposo. Si hay una diferencia, por favor, explícamela. De otro modo dejémoslo en que eres mi madre y asunto concluido. —Vhaeraunb habló sin pelos en la lengua y las implicaciones eran duras. Instintivamente, el joven se apresto a soportar otra exhibición del genio de su madre. Pero, para su sorpresa, Araushnee rió encantada.

—Realmente eres hijo mío. Estoy segura de que interpretarás tu papel a la perfección, y no dudo de que desees gobernar conmigo cuando todo esto acabe. Ahora vete, deshazte de Sehanine y regresa tan rápido como puedas. El tiempo apremia. Necesito que lleves esta funa al Páramo para que Eilistraee la encuentre «casualmente» esta noche. La batalla empezará al alba.

Araushnee mantuvo su sonrisa mientras Vhaeraun le besaba la mejilla, y también mientras el dios ejecutaba la sencilla magia que le permitió reducir la diosa cautiva a un tamaño fácil de llevar y desapareció con ella por el porta recién conjurado, una puerta mágica que relucía como ópalo negro.

Tal vez el portal conducía a un mundo mortal en el que los soleados días duraban casi tanto como un día en el Olimpo, se dijo Araushnee, o tal vez a una cripta situada a gran profundidad en la que Sehanine yacería indefensa y privada de la luz de la luna hasta mucho después de la batalla por Arvador. No lo sabía, pero confiaba en que Vhaeraun encontraría un exilio adecuado para la rival de Araushnee. Después de todo, era su hijo.

Y justamente porque era digno hijo de su madre, la sonrisa de Araushnee se tornó en una expresión de inquietud en el mismo momento en el que el joven dios desapareció. La diosa veía con una claridad meridiana que alguien capaz de traicionar a su padre, muy probablemente se volvería contra su madre.

Por primera vez Araushnee se dio cuenta de lo sola que estaba en el camino que había elegido y tuvo un momento de arrepentimiento. Pero la sensación no duró y, cuando se fue, se llevó con ella algo más, una parte del corazón de Araushnee que había muerto lentamente, sin que nadie se apercibiera ni llorara por su pérdida. El frágil hilo de magia que la conectaba con los demás dioses del Seldarine y con sus hijos elfos finalmente se había roto. Fuera lo que fuese ahora Araushnee, lo único seguro es que ya no era realmente elfa.

«Que así sea», pensó la diosa. De todos modos ella sería la reina indiscutible de Arvador. Y, si no lo lograba, simplemente tendría que buscar un lugar en el que poder gobernar. Ella era lo que era, y ya no podía dar otro rumbo a su vida.

Los árboles de Arvador

En la larga y silenciosa hora previa al alba, los dioses de la alianza anti-Seldarine avanzaron sigilosos por el bosque que rodeaba Arvador. Nada les cortaba el paso. Las ladinas alucinaciones que desorientaban a los visitantes indeseados no funcionaban, y los escudos mágicos estaban bajados. Incluso los centinelas del bosque habían sido silenciados: los árboles custodios habían sido sumidos en un sopor mágico y los mismos pájaros estaban mudos.

No muy lejos de allí, en una arboleda a la que acudía todas las mañanas para recibir el nuevo día con música y danza, la diosa Eilistraee notó el silencio con perplejidad. A esa hora los pájaros ya deberían estar entonando sus cantos matutinos al sol y los ciervos pastando en los prados húmedos por el rocío.

La joven diosa dejó a un lado la flauta que pensaba tocar y cogió el arco que llevabab colgado del hombro. Pese a que nunca había encontrado ningún peligro en ese bosque, percibía que algo andaba mal. En el aire flotaba algo raro, una presencia intangible, pero tan fuerte que era casi como un olor. Instintivamente Eilistraee alzó la cabeza y husmeó el aire como un lobo.

Sí, notaba un olor que le resultaba muy familiar. Pese a que algunos de los dioses elfos aborrecían la muerte de cualquier criatura del bosque, otros, como Eilistraee, vivían en armonía con la naturaleza. De vez en cuando la joven cazaba como lo haría un halcón o un lobo. Eilistraee cazaba porque era parte del bosque y porque los elfos que habitaban las florestas de un centenar de mundos, y a los que ella consideraba sus protegidos entre los hijos de Corellon, lo hacían para conseguir alimento. Muchas veces, una de sus manos invisibles había mejorado la puntería de un arquero elfo o sus huellas habían dibujado el rastro que conducía a la presa. Eilistraee conocía muy bien el olor de la sangre.

La joven diosa corrió hacia donde procedía el olor, que se hacía más fuerte y fétido, hasta el punto de que casi le dejaba sin respiración y le revolvió el estómago. Otros olores mezclados con el de la sangre flotaban y pesaban en el húmedo aire de la mañana; el hedor de seres que Eilistraee nunca había visto, así como la sutil y persistente emanación del terror.

Pocos segundos después, la joven diosa contemplaba los restos destrozados de una de las criaturas más dulces del bosque. A través de las lágrimas que le empañaban los brillantes ojos, la diosa distinguió los cuerpos de una hembra de gamo y sus dos cervatillos. Por su aspecto, habían tenido una muerte lenta. En su pelaje pardo se distinguían numerosas heridas malintencionadas, la mayor parte de ellas

pinchazos que podrían haber sido causados por una espada o lanza. Pero también habían intervenido garras y dientes. No obstante, Eilistraee estaba segura de que no era obra de un animal, pues los animales de ese bosque sólo mataban para comer. Esa absurda carnicería era otra cosa, algo demasiado horrible para ser concebido. Quienquiera que lo hubiera hecho, había matado por el simple placer de matar.

De pronto Eilistraee supo qué era esa presencia que flotaba en el aire del bosque como una fétida neblina. Era algo con lo que nunca se había enfrentado, pero que reconoció: el Mal caminaba entre los árboles de Arvador.

La diosa apartó la vista de la macabra escena y sus ojos plateados escudriñaron el follaje pisoteado y empapado de sangre. Daría con el responsable y, entonces, lo llevaría ante el Consejo del Seldarine para que fuera juzgado. No le resultaría difícil seguirlo, pues no se había preocupado de ocultar su rastro. Los gamos formaban parte del ciclo de la naturaleza y, si los cuervos daban cuenta de sus restos, al menos sus muertes no habrían sido tan inútiles.

Muy pronto la diosa se dio cuenta de que el Mal calzaba más de un par de botas. Un ser había matado a los gamos, pero su rastro convergía con el de otro, y las huellas de ambos se confundían en una ancha franja de follaje destrozado y pisoteado.

La joven cazadora hincó una rodilla para estudiar el rastro. Por allí habían pasado muchos seres, demasiados para que pudiera diferenciar las marcas de cada uno. Asustada, la diosa puso una oreja contra el suelo; el sonido que oyó parecía un lejano trueno.

Eilistraee se puso de pie de un salto y trepó ágilmente a las ramas de un vetusto roble. De allí saltó a otro árbol y luego a otro, siguiendo el rastro de los invaosres. La joven tenía una vista aguda y avanzaba de árbol en árbol casi con tanta rapidez como en el suelo, por lo que pronto tuvo a los intrusos a la vista.

Eran un centenar, quizá más, y todos eran dioses. Eilistraee conocía a unos pocos: la descomunar criatura de pelaje rojo era Hruggek, el dios de los goblins peludos; la deidad goblin era una de esas cuyo nombre había oído, pero ahora no recordaba. El jefe era un cojeante Malar, tan cubierto de cicatrices y tan magullado que únicamente seguía adelante por pura maldad. Todos ellos iban mucho más armados de lo que requería la cacería, y avanzaban con funesta determinación para Arvador.

¿Cómo era posible? Tan sólo los elfos y otros pueblos nemorosos conocían el camino a Arvador. Otro misterio era cómo tan variopinto ejército podía patear el bosque, gruñendo, empujándose y dándose empujones unos a otros sin que el más mínimo ruido viajara por el aire y alertara de su llegada.

La desesperada diosa deseó que la luna brillara, pues Sehanine le había enseñado cómo viajar por sus tenues hilos de magia simplemente con el poder de la mente. La magia de Eilistraee no era gran cosa y se limitaba a cosas sencillas: conocimiento de

hierbas y curación, una comunión especial con las criaturas del bosque, y amor por la música y la danza. Nada de eso le sería ahora de utilidad, salvo acaso su habilidad como cazadora.

La joven sintió la tentación de descargar contra ese ejército una pequeña tormenta de flechas. Tenía un carcaj lleno de delgados proyectiles y una puntería sin igual que le permitiría abatir a veinte o más enemigos antes de que logran hacerla caer.

¿Pero entonces qué? ¿Qué sería de los demás dioses elfos cuando ese ejército los atacara sin previo aviso? Eilistraee logró contenerse. Ella era la hija de Corellon Larethian y su principal obligación era para el panteón elfo.

La joven apretó los dientes y voló por las copas de los árboles en cumplimiento de su deber. La diosa no podía evitar sentirse orgullosa por ser ella quien iba a dar la voz de alarma. Lo que le daba alas era la esperanza de que Corellon, el supremo guerrero elfo, la recompensaría permitiéndole luchar a su lado en la inminente batalla.

Estaba segura de que así sería, no sólo por su aguda vista y su pronta información. Eilistraee había pasado gran parte de la noche buscando la funda que su padre había perdido en el Páramo. Era un objeto que Corellon tenía en gran aprecio, pues era un regalo de Araushnee, y la llevaba siempre en la batalla como prenda de su amada. La joven se preguntó si su padre también la querría a ella un poco más cuando le devolviera tal tesoro.

Y así, fue una Eilistraee esperanzada y presa de excitación la que regreso a Arvador, pese al peligro que amenazaba el bosque que era su hogar.

Los dioses del Seldarine, venidos de un centenar de mundos distintos y de todos los rincones del sagrado bosque elfo, se reunieron rápidamente para hacer frente a la amenaza. Con ellos llegaron los dioses de otros pueblos mágicos, como duendes geniecillos, e incluso los dioses de la antigua Corte Faérica se embutieron en sus armaduras de batalla. También acudieron en ayuda de los elfos las deidades de los pueblos de los bosques: unicornios inmortales, centauros y faunos de mirada salvaje. Todos los poderes de Arvador unidos contra la amenaza. Seguros tras la cortina de magia protectora de Arvador, esperaron la orden de ataque de Corellon Larethian.

La primera en hacerlo fue Aerdrie Faenya, la diosa del aire. Al verla aparecer se quedaron mirando con la boca abierta. De la cabeza a la cintura, Aerdrie tenía la apariencia de una hermosa elfa de pálida piel cerúlea, ondeante cabello blanco y alas con plumas del color de las nubes estivales. Aerdrie no se movía sobre dos piernas sino en un remolino brumoso y con una gracia etérea y una velocidad insólitas para todos ellos. A los atemorizados invasores les dio la impresión de que el mismísimo cielo había caído sobre ellos y adoptado forma elfa.

Pero el delicado aspecto de Aerdrie era engañoso, pues de su mano extendida brotaron tempestuosos vientos y violentos rayos que obligaron a los atacantes a

retroceder tambaleantes y a aferrarse desesperadamente a las ramas azotadas por el viento. Por un instante pareció que la cólera de Aerdrie bastaría para borrar del mapa a los invasores.

Pero había otros dioses que deseaban poner a prueba sus poderes contra los elfos. Un gélido viento procedente del norte sopló como carro de combate, llevando con él a la diosa Auril. La diosa arrasaba tormentas de invierno, a cuyo lado los peores ataques de Aerdrie parecían suaves céfiros. Al paso de Auril los árboles temblaban, sus hojas se endurecían y se curvaban hacia dentro, como si buscaran el calor que conservaba el tronco.

Desesperada por proteger el bosque elfo de la letal escarcha de Auril, Aerdrie extendió sus alas y se elevó muy por encima de los árboles de Arvador. Entonces cayó en picado sobre la diosa invasora como un halcón. El encontronazo de las dos diosas provocó relámpagos y un atronador estruendo que sacudió las hojas de los árboles que fueron alcanzados.

Las dos diosas forcejearon en pleno aire como un par de panteras y fueron arrastradas por la vorágine de su batalla. Muy pronto sólo quedaron de ellas los remolinos nubosos de profundo color púrpura y livido tinte blanco que se alejaban por el lejano firmamento y los rayos que se arrojaban una a la otra como si fueran insultos.

La horda de invasores, súbitamente libres de los invisibles grilletes que formaban los vientos de Aerdrie, agrupó y atacó. Ante el horror de los dioses elfos, traspasaron fácilmente el muro de magia que protegía Arvador y cargaron contra los atónitos defensores, salvando rápidamente la distancia que los separaba.

Al presenciar esa profanación del bosque sagrado, Corellon Larethian recordó lo que Sehanine había dicho de su espada: que *Sahandrian* había sido destruida por una traición elfa. Era evidente que la diosa de la luna había dicho la verdad y que el mismo traidor actuaba de nuevo. Sólo un dios elfo podía alterar la magia que protegía Arvador. Muy probablemente, se dijo Corellon con tristeza, el traidor se encontraba entre las huestes que lo apoyaban.

Pero ¿quién era? Sehanine lo sabía, o al menos lo sospechaba, pero la diosa había desaparecido. Sólo se podía luchar, y tendría que hacerlo sin conocer el nombre de su enemigo más peligroso. De pronto se le ocurrió el espantoso pensamiento de que la misma Sehanine fuera la traidora. Ella había presenciado cómo Gruumsh casi lo derrotaba y le había entregado la espada para que siguiera luchando en vez de huir a Arvador. Además, Sehanine no estaba entre las fuerzas de Arvador.

Corellon inspiró hondo para calmarse y posó la mirada en el enemigo que sí podía ver. El Señor de los Elfos enarboló a *Sahandrian* y con el grito de «Por Arvador» cargó contra la multitud que les atacaba.

Los dioses elfos y sus cohortes lo siguieron, pero el lugar de honor, a su lado,

estaba reservado a su veloz y hermosa hija. Corellon se sentía orgulloso de Eilistraee por haber dado la alarma, y estaba encantado de que hubiera tenido la idea de buscar la funda de Araushnee en el Páramo. Ahora el dios supremo llevaba la prenda y le consolaba pensar que su amada Araushnee gozaba de la relativa seguridad de la retaguardia, desde donde lanzaba hechizos junto con otros dioses cuya fuerza era más mágica que militar.

Corellon se arriesgó a echar un vistazo de soslayo y vio a Araushnee un poco apartada de los demás dioses de magia, con las manos extendidas y los ojos carmesíes brillantes por el poder que se concentraba en ellos. Su hijo, Vhaeraun, custodiaba a su madre mientras ésta realizaba sus conjuros.

Entonces los invasores y los dioses elfos chocaron y ya no hubo tiempo para pensar. Corellon propinaba mandobles y estocadas rápido como una flecha, mientras que con la poderosa *Sahandrian* desviaba las hachas y picas del enemigo. Muchos dioses elfos ocuparon posiciones cercanas a él, pues los invasores tropezaban unos con otros, todos empeñados en atacar a su más poderoso enemigo. Eilistraee se batía junto a Corellon con una espada plateada y escalofriante ferocidad, pero la batalla pronto la arrastro, y la joven diosa se perdió en la confusa aglomeración.

Un desgarrador aullido nasal, que sólo podía proceder de Kurtulmak, llamó la atención de Corellon. El dios elfo lo miró y vio al dios kobold que se arrancaba una reluciente flecha negra del trasero. Corellon se fijó en el extraño ángulo del proyectil, casi vertical, y alzó la vista, al tiempo que instintivamente paraba el ataque de una daga. Eilistraee había terpado a un árbol y ya tenía otra flecha engra en el arco, presta para ser disparada. La joven dirigió a su padre una sonrisa que era al mismo tiempo traviesa y feroz, y entonces lanzó el proyectil hacia donde la lucha era más encarnizada.

Su objetivo era una deidad goblin menor que trataba de sorprender a Corellon por la espalda. Apretando una daga entre los dientes, el goblin avanzaba a gatas entre las piernas de un hobgoblin que luchaba casi cuerpo a cuerpo contra un centauro usando un bastón, muy cerca de donde se batía el Señor de los Elfos. La flecha de Eilistraee se clavó en las posaderas del goblin, cuya reacción fue dar un respingo. La cabeza del goblin chocó con la entrepierna del hobgoblin, que lanzó un agudo chillido de dolor e indignación. Encolerizado, se olvidó por completo del centauro y empezó a golpear a su aliado goblin. El centauro resopló indignado y se alejó al trote en busca de un oponente más digno.

Corellon se rió entre dientes, pero todo su regocijo desapareció al percatarse de que una herrumbrosa espada lo amenazaba después de atravesar el cuerpo del dios faérico que luchaba a su lado.

Rápidamente, tanto que los ojos apenas podían seguir sus acciones, Corellon agarró a su mágico aliado y tiró de él para separarlo de la espada. Para muchos dioses

esto supondría una muerte segura, pero era la única posibilidad de sobrevivir que tenía el hada. Para los de su especie el hierro era tan letal como el veneno para un humano.

Corellon percibió detrás de él un enfurecido relincho así como un ruido sordo y el crujir de huesos con el que unos cascos se abrían paso. Entonces se volvió y lanzó a su aliado herido sobre el lomo de la diosa pegaso. Sin detenerse a recobrar el aliento ni pensar, eludió la caída del dios orco cuyo cráneo había aplastado el caballo alado, giró sobre sus talones, se agachó bajo el arco trazado por la espada de hierro del orco e impulsó a *Sahandrian* hacia arriba. El Señor de los Elfos tiró de su arma para liberarla del abdomen del ogro y, con un floreo, paró la lanza de un hobgoblin. La batalla se prolongó de este modo durante toda la mañana.

Acosado por todos lados, Corellon siguió luchando al igual que todos los que defendían el bosque sagrado. De vez en cuando, una forma se desvanecía. Los dioses no mueren fácilmente, pero pocas veces se enzarzan en luchas tan cruentas como ésta. Hubo bajas en ambos bandos, y durante muchas horas el resultado final fue incierto.

Pero, finalmente, llegó el momento en que Corellon giró dispuesto a enfrentarse a su próximo atacante, y vio que ya no quedaba ninguno. Entre los árboles resonaban los sonidos de algunas escaramuzas aisladas; cerca de él un airado fauno saltaba sobre un goblin caído, sin duda ratuando en el trasero del dios las huellas de sus pezuñas; un ogro se tambaleaba como un loco por el cercano bosque, usando manos y garras para tratar de librarse de las pequeñas luces brillantes que lo perseguían como un enjambre de encolerizadas abejas. Eran duendecillos, se dijo Corellon, tan fieros e intrépidos como siempre. Pese a que el ogro se defendía desesperadamente, y más de una lucecilla parpadeó y se desvaneció, los duendecillos continuaban acosando al ogro con sus diminutas espadas.

La batalla casi había terminado; Arvador se había salvado. Corellon asintió satisfecho y envainó a *Sahandrian*. Cuando sus dedos rozaron el tejido de la funda bordada, sintió una extraña y hormigueante sensación en su mano. De pronto lo invadió una abrumadora premonición de maldad mucho más terrible que la bruma de oscuridad de Malar.

Instintivamente trató de huir, pero no podía. Entonces bajó la mirada y reparó en una sustancia viscosa de un horrible color verdusco que rezumaba del suelo y le impedía mover las botas.

—Ghaunadar —murmuró horrorizado el Señor de los Elfos. Ghaunadar era un antiguo mal elemental que nunca antes había hecho acto de presencia en el Olimpo. Sólo la existencia de auténtica maldad podía abrir la puerta de Arvador a tal poder. Corellon tuvo un momento de desesperación al darse cuenta de hasta dónde había llegado el traidor.

En ese momento el dios ogro que huía de los duendecillos vengadores pasó a toda prisa junto a Corellon. Los ojos amarillos del ogro se abrieron desmesuradamente al ver al elfo atrapado, e inmediatamente se oscurecieron con un ansia asesina y sueños de gloria. Sin hacer caso de las punzantes espadas de los duendecillos, el ogro alzó su mangual —que consistía en una gruesa cadena que terminaba en una bola de pinchos— y empezó a hacerlo girar en el aire a medida que se acercaba a Corellon.

El Señor de los Elfos buscó con la mirada a Araushnee y la triunfante expresión de su rostro le heló la sangre, de un modo que ni la nube de Malar ni el horror de Ghaunadar que se arrastraba hacia él podían haberlo hecho.

Antes de ser capaz de asimilar el golpe, un chillido de Eilistraee lo hizo apartar la mirada de la cara de satisfacción de Araushnee. El Señor de los Elfos alzó la vista justo cuando su hija disparaba una flecha que atravesó la garganta del ogro.

El bestial dios se detuvo, pero su mangual no. La cadena se le enrolló alrededor del cuello antes de que la bola con pinchos chocara contra su pecho. El contorno del dios ogro empezó a desvanecerse, aunque no antes de que otras dos flechas de Eilistraee se alojaran en su garganta.

Una cuarta flecha volaba ya. Corellon sintió otra vez la sensación de hormigueo que le transmitía la vaina de su espada y comprobó que el proyectil alteraba levemente su rumbo. Al darse cuenta de que la flecha de su hija iba hacia él, Corellon supo por qué su espada se había roto en la batalla con Gruumsh el Tuerto.

El devastador dolor de la traición de Araushnee le atravesó de parte a parte. El Señor de los Elfos ni siquiera sintió la flecha de su hija que le atravesaba el pecho.

Fin de la batalla; declaración de guerra

El ocaso ya había abandonado el bosque y la luna empezaba a aparecer justo cuando una Aerdrie Faenya, maltrecha pero victoriosa, voló de regreso al campo de batalla de Arvador. Había sido un día muy largo pero Auril, la Hacedora de Tormentas, había sufrido una derrota completa, cuyo precio era su eterno destierro del Olimpo. Desde este momento, la diosa del mal tiempo tendría que contentarse con conjurar el invierno en los mundos mortales. Ni que decir tiene que eso supondría un considerable aumento de las responsabilidades de Aerdrie, ya que debería asegurarse de que la diosa derrotada no concentraba su gélida cólera en el pueblo elfo. Aerdrie sospechaba que muchos de los dioses vencidos y desterrados se vengarían en los elfos mortales.

Mientras sobrevolaba el campo de batalla, Aerdrie comprobó con alivio que sus hermanos también habían triunfado. La mayoría de los invasores habían sido desterrados y, pese a que la zona de lucha se veía pisoteada y llena de sangre, estaba casi en calma. Los árboles de Arvador mostrarían las cicatrices de las tormentas de Auril por algún tiempo, pero todas las deidades del bosque se unirían para curar y limpiar la floresta. La hija cazadora de Corellon ya se había encaramado a un árbol y sin duda derramaba sobre sus ramas su magia sanadora.

La diosa descendió en picado hacia el Seldarine, que pronto se alzaría con la victoria, con la mente ya puesta en la inminente celebración. La mirada de Aerdrie se posó en la joven Eilistraee justo cuando la joven y sonriente cazadora disparaba una flecha negra. Horrorizada, Aerdrie vio que el proyectil se dirigía a Corellon Larethian, atravesaba el reluciente peto que protegía al Señor de los Elfos y lo lanzaba hacia atrás.

De la garganta de Aerdrie escapó un chillido semejante al de un súbito vendaval. La acción de Eilistraee tenía que ser una traición, pues todo el Seldarine conocía la habilidad de la Doncella Oscura con el arco.

La diosa del aire extendió ambas manos y de sus dedos surgió una tempestad de una furia que hubiera avergonzado a la misma Auril. La ráfaga de viento golpeó a la joven cazadora con tal fuerza que la derribó de la rama. Eilistraee cayó a plomo, rompiendo ramas secas a medida que caía. Por último, chocó contra el suelo y se quedó inmóvil.

Sin ni siquiera echar un vistazo a la joven diosa caída, Aerdrie se posó en el suelo y corrió a reunirse con los supervivientes del Seldarine, que se arracimaban alrededor de su líder muerto. Todos se apartaron para dejar paso a Araushnee y contemplaron

en respetuoso silencio cómo la diosa se arrodillaba junto a Corellon y lloraba la pérdida de su amado.

—No está muerto —dijo de pronto Hanali Celanil.

Araushnee alzó su rostro bañado en lágrimas que escondía entre las manos y clavó una mirada acusadora en la diosa de la belleza y el amor.

—¿Cómo es posible que tú, precisamente tú, te burles de mi dolor? ¡Mi amado ha muerto!

—Las flechas de la Doncella Oscura no pueden matarlo —insistió Hanali.

—No sé por qué Eilistraee ha hecho algo así, pero sé que su puntería es certera y que nunca ha fallado un blanco —replicó Araushnee.

Sin malgastar más tiempo en palabras, Hanali apartó a un lado a la consorte del dios supremo y se arrodilló junto a él. La armadura protectora de Corellon se abrió en cuanto la tocó.

—Tal como me imaginaba —murmuró Hanali, estudiando la gran cabeza de flecha alojada parcialmente en el pecho de Corellon—. Eilistraee cazaba ogros; esta flecha está pensada para perforar el pellejo de un ogro, pero es demasiado grande para deslizarse entre las costillas de Corellon. Está alojada aquí. Ayúdame —añadió dirigiéndose a Araushnee.

Entre las dos retiraron la flecha del cuerpo del elfo y atendieron sus heridas. Pero Corellon no revivía. Lo rodeaba un aura de paralizante desesperanza, como si el mal contra el que había combatido durante ese largo día lo hubiera helado. Las demás deidades iniciaron una salmodia, derramando sobre el Señor de los Elfos su poder sanador conjunto. Incluso Araushnee se sobrepuso a su dolor y sacó de los pliegues de su vestido una refulgente ampolla.

—Es una infusión preparada con agua de Elysium y hierbas curativas recogidas en el corazón de Arvador. Lo ayudará a recuperarse —dijo al tiempo que acercaba la ampolla a los labios de Corellon.

Lo cierto era que Araushnee se había preparado para esa eventualidad. Últimamente su «amado» le había dado suficientes pruebas de la tenacidad con la que se aferraba a su vida inmortal. Era posible que la pócima que contenía la ampolla no bastara para acabar con un Corellon herido, pero ciertamente lo sumiría en un sueño más profundo. Con un poco de suerte, y tal vez repitiendo las dosis, el Señor de los Elfos nunca despertaría. En el caso de que llegara a descubrirse la naturaleza de su sueño comatoso, Araushnee revelaría una verdad simple pero devastadora: había sido Eilistraee quien recogió las hierbas y preparó el brebaje. La joven cazadora había fabricado el veneno mortal para que los elfos mortales untaran sus flechas de guerra con él, pero eso sólo lo sabían ella y Araushnee. Dado que Eilistraee no podía hablar ni ahora ni durante un cierto tiempo —o acaso para siempre—, Araushnee no temía que esa parte del complot fuera descubierta. Y entonces, cuando ella pudiera disponer

del poder de Corellon...

Un haz de luz de luna tan afilado como un estilete la golpeó a la velocidad de un rayo, haciendo pedazos el sueño de victoria de la diosa y arrebatándole la ampolla de sus dedos de ébano. Sorprendida, Araushnee se alejó de Corellon y lanzó una maldición tan vil que las deidades elfas que entonaban sus cánticos enmudecieron.

La luz de luna que la había atacado se retiró y se atenuó. Entonces se extendió formando una bruma y adoptó una forma que Araushnee conocía perfectamente.

—¡Sehanine! —exclamó. Se puso en pie y se volvió contra su hijo, que todo el tiempo había permanecido a su espalda como un cuervo que acecha la oportunidad de conseguir comida. Instintivamente Vhaeraun reculó.

—¡Idiota! —le espetó Araushnee, con el rostro contraído por la rabia y la frustración—. ¡Es demasiado pronto, demasiado pronto! Un día más y habría tenido tanto poder que el Seldarine no habría podido hacer nada. Pero tú... ¡Nos has destruido a los dos!

La diosa oscura levantó una mano dispuesta a golpear a su hijo, pero Hanali Celanil le agarró la muñeca con una fuerza extraordinaria en alguien tan delicado.

—¡Ya basta! Tus propias palabras suscitan graves preguntas, Araushnee, y puedes estar segura de que hallaremos las respuestas. Ten presente que el Consejo considerará esas preguntas conforme a lo que has dicho y lo que hagas —dijo Hanali severamente.

Araushnee dio la espalda a su hijo y se desasíó violentamente de la diosa que la sujetaba. Entonces levantó la mirada hacia la bellísima faz de Hanali y se mofó:

—¿Y quién reunirá al Consejo? Ningún dios elfo posee el poder de Corellon y sólo él puede convocarlo. ¡Despiértalo si puedes o trágate tus acusaciones!

En respuesta, Sehanine Moonbow y Aerdrie Faenya se colocaron a los lados de Hanali. De las tres se elevó una luminosa neblina que adoptó la forma de una única diosa de increíble hermosura y poder sobrecogedor. Al contemplarla, Araushnee supo que tenía enfrente a su sucesora.

—Soy Angharradh —dijo la nueva diosa con una voz que era viento, luz de luna y música—. He nacido de la esencia de las tres mayores diosas elfas. Soy tres y soy una; tres para asegurarme de que la traición nunca más entre en Arvador, y una para estar al lado de Corellon.

Angharradh se inclinó, rozó con su mano la frente de Corellon y después su corazón. Las heridas del señor del dios supremo se cerraron y la oscura aura que lo rodeaba pareció disiparse. El dios abrió los ojos y los posó no en la espléndida Angharradh, sino en Araushnee. Su mirada expresaba una profunda congoja y una determinación igualmente intensa.

—Entre nosotros se ha introducido un gran mal —dijo en un seco susurro—. Por el bien del Seldarine y de nuestros hijos elfos, debemos hacerle frente. El Consejo

está convocado. Todo aquel que lo desee puede hablar libremente.

Sehanine se avanzó y contó su historia, empezando por sus sospechas sobre el bordado encantado de Araushnee. A continuación, relató que había presenciado el duelo entre Corellon y Gruumsh, y cómo *Sahandrian* se rompía. La diosa de la luna admitió haberse comportado como una estúpida al abordar a Araushnee y contó cómo cayó en la telaraña de la diosa oscura, la cual la entregó a Vhaeraun. En pocas palabras les narró cómo había escapado y el poder al que tuvo que renunciar para hacerlo.

Los miembros del Seldarine se quedaron en silencio mientras trataban de asimilar la espantosa declaración de Sehanine. Finalmente, Corellon habló:

—Todos habéis oído las acusaciones y habéis presenciado hechos inquietantes. Ahora debéis decidir qué destino merece Araushnee.

—Destierro —respondieron a coro, aunque pareció que la palabra la pronunciase una sola garganta.

Corellon contempló la pérfida mirada de ojos carmesíes de Araushnee, y le pareció increíble no haber visto antes la maldad que encerraban. La diosa permanecía tensa y desafiante, con los puños apretados a los costados y su esbelto cuerpo temblando por el esfuerzo que le costaba no abalanzarse sobre Corellon. ¿De dónde procedía tanta rabia, tan terrible ambición?

—¿Qué has hecho? —le preguntó el Señor de los Elfos—. ¿Qué esperabas ganar con tus acciones? Si te faltaba algo, sólo tenías que decirlo y yo te lo hubiera dado.

—Exactamente —gruñó Araushnee—. Tú me lo hubieras dado. ¡El verdadero poder no se da, se arrebató! Uno de tus «grandes regalos» fue que tuviera en mis manos el destino de seres mortales, ¿pero mandaba sobre mi propio destino? ¡Me tratabas como una posesión apreciada y mimada, pero te interponías en todo aquello que yo deseaba!

—No es cierto —protestó Corellon—. Siempre fui respetuoso contigo. Te amaba.

—Y vivirás para lamentarlo —repuso ella entre dientes.

El Señor de los Elfos meneó la cabeza perplejo y se volvió a su hijo:

—En cuanto a ti, Vhaeraun —añadió con voz triste—, aunque también hayas cometido traición, mereces distinta suerte. Eres joven y simplemente hiciste lo que tu madre te dijo. Es trágico que ese camino te condujera al mal. Debes aprender a pensar y vivir por ti mismo. Quizá, con el tiempo, puedas redimirte y reintegrarte a la hermandad de Arvandor. Pero, por el momento, deberás encontrar un lugar en un mundo mortal, y solo.

—Solo no —repuso Vhaeraun con firmeza—. Eilistraee conspiró con nosotros. Ella también merece compartir mi suerte.

—¿Eilistraee? No puedo creer que ella... —intervino Sehanine.

—¡Tú no estabas aquí! —la interrumpió duramente Aerdrie—. ¡Yo vi cómo

disparaba la flecha que derribó a Corellon! ¡Además, tal como ha dicho su madre, su puntería es infalible!

—¡No puedo creer que sea capaz de algo así! —dijo Corellon meneando la cabeza.

—¡Pues créelo! —siseó Vhaeraun, furioso de que Corellon sufriera tales dudas y angustia al pensar que su queridísima Eilistraee hubiera podido ponerse en su contra. ¡Pero, no le importaba llamar traidor a su hijo! Vhaeraun siempre había odiado a su hermana gemela más joven por ser la preferida. Ahora había llegado el momento de su venganza.

El joven dios se volvió hacia su madre. En sus ojos ardía tal animosidad que incluso Araushnee dio un respingo.

—Me prometiste poder y honor —susurró, para que sólo ella lo oyera—. Y en vez de esto lo he perdido todo. Por culpa de tus ambiciones me lo han arrebatado todo. Dame a Eilistraee y lo daré por bien empleado.

Araushnee miró de hito en hito a Vhaeraun y le pareció verse en un espejo. La diosa asintió casi imperceptiblemente.

—Vhaeraun dice la verdad —declaró—. Mis hijos me eran leales. Sea cual sea el castigo de Vhaeraun, lo justo es que sea compartido por Eilistraee. ¿Acaso no fue ella quien te devolvió mi funda encantada?

—¿Dónde está Eilistraee? —preguntó Corellon.

Aerdrie se ruborizó aunque, en su caso, sería más propio decir que una oleada de bochorno tiñó de azul su rostro de huesos altos y angulosos.

—Estaba segura de que te había atacado, señor, y descargué mi furia sobre ella. Cayó del árbol. Es posible que siga con vida, no lo sé.

—¡Buscadla! Atendedla —insistió Corellon.

El dios supremo contempló cómo varios dioses corrían hacia la maraña de pisoteada maleza y ramas caídas, desenterraban a la joven y le aplicaban su magia curativa.

Cuando los ojos plateados de Eilistraee se abrieron, buscó frenéticamente a su padre. Pese a la debilidad que la embargaba, nadie logró impedirle que fuera tambaleándose al lado de su padre.

Eilistraee se dejó caer de rodillas a su lado, cogió con ambas manos la mano que él le ofrecía y se la llevó a su mejilla oscura y ensangrentada.

—Mi flecha... —La emoción le impidió decir nada más.

—La culpa no fue tuya, hija mía —repuso Corellon—. Tú no sabías qué se ocultaba en el corazón de tu madre y tu hermano.

Eilistraee miró con ojos desorbitados por la impresión y el horror las oscuras caras de su familia. En ellas vio tal odio que se le escapó un débil grito de dolor.

—¿Qué será de ellos? —preguntó.

—Serán desterrados, cada uno al lugar que se merece.

La joven diosa asintió y se puso en pie.

—Yo iré con mi hermano.

—No es necesario —repuso Corellon.

—Sí lo es —insistió Eilistraee, y las lágrimas brotaron de sus ojos plateados—. Soy joven y mis poderes son limitados, pero a veces intuyo cómo serán las cosas en el futuro. A mi humilde manera yo puedo establecer un equilibrio. Eso es todo lo que veo... —La voz de la joven se fue apagando y cayó desvanecida al suelo, al lado de Corellon.

Por un momento el dios acarició el brillante cabello de su hija y contempló su rostro inmóvil con una mezcla de orgullo y pesar. Luego, levantó la vista hacia Vhaeraun y le dijo:

—Eilistraee ha elegido. Vete y llévatela. Pero te lo advierto, el día que levantes tu mano contra ella, será el último de tu vida. Te lo juro por todos los árboles de Arvador.

La cara de Vhaeraun se contrajo de odio y rabia, pero no le quedaba más remedio que obedecer. Corellon no dijo nada mientras el joven dios se echaba al hombro a su hermana gemela inconsciente y desaparecía. Entonces el dios supremo se puso en pie y miró a la que había sido su amada.

—Araushnee, el Seldarine ha dictado sentencia. Por tus acciones, por lo que te has convertido, te declaramos *tanar'ri*. Sé lo que debes ser y ve a donde debes ir.

Ante los horrorizados ojos de los dioses elfos, Araushnee empezó a cambiar de forma. Su esbelto cuerpo creció hasta límites monstruosos, y sus brazos y piernas se alargaron y se dividieron una y otra vez. Araushnee, la astuta bordadora y amante traicionera, era ahora un monstruo con forma de araña. Y lo más terrible era que, pese a conservar su belleza, su rostro estaba ahora desprovisto de toda gracia y retorcido por el odio.

Chillando como la criatura maldita en la que se había convertido, Araushnee avanzó hacia su antiguo enamorado. Pero los dioses elfos desenvainaron sus espadas para proteger a su líder.

—¡Quietos! —ordenó Corellon con una voz tan terrible que los dioses quedaron paralizados. Lentamente, con pesar, Corellon arrancó la execrable funda de su vaina y entonces sacó a *Sahandrian*. Espada en mano, se enfrentó solo con Araushnee.

La elfa araña se agachó amenazadoramente y empezó a dar vueltas alrededor de su presa. Corellon enarbolaba la espada, reacio a atacar primero. Su antigua consorte pronunció unas cuantas palabras sibilantes y luego escupió, arrojándole un chorro de luminoso veneno. El dios giró su arma y paró el chorro con la parte plana de la hoja. Se oyó un horrible siseo y un crujido cuando la ponzoña se topó con las defensas mágicas de *Sahandrian* y trató de anularlas. Pero *Sahandrian* resistió y el arco

defensivo que trazó Corellon con ella envió algunas gotas del veneno contra la misma Araushnee.

La antigua diosa lanzó un agónico chillido cuando el ácido le chamuscó el pelo y penetró en su cuerpo de araña. Se levantó sobre las cuatro patas traseras y gritó otro ensalmo. Entonces aparecieron en sus cuatro apéndices delanteros unas espadas curvas de letal aspecto. La araña arremetió contra Corellon, cruzando las espadas y haciéndolas entrechocar como si fueran dos gigantescas tijeras.

La espada mágica de Corellon centelleaba y efectuaba molinetes con hipnótica velocidad para defenderse de las cuatro armas enemigas. Durante la lucha, la cólera volvió espantoso el rostro de Araushnee. Ninguno de los dioses que miraban pudo determinar el momento exacto en el que desaparecieron los últimos vestigios de su hermosura elfa para convertirse por completo en araña. Súbitamente Araushnee se abalanzó sobre la garganta de Corellon, y sus mandíbulas chasquearon de placer.

Corellon colocó la espada entre los dos picos con los que la araña podía desgarrar a sus víctimas y desvió el ataque de su garganta. Entonces saltó hacia atrás, liberó el acero y lo alzó para contrarrestar la estocada de una de las espadas curvas. Corellon tan sólo quería detener el golpe pero notaba a *Sahandrian* extrañamente pesada, como si de pronto el arma cargara con unas opiniones y una determinación propias. La espada mágica se clavó más hondo en su enemiga y cercenó limpiamente el peludo apéndice.

Araushnee retrocedió chillando y agitando el muñón que chorreaba. Totalmente fuera de sí, atacó de nuevo con auténtico frenesí esgrimiendo tres espadas. *Sahandrian* entró en acción una y otra vez. En dos ocasiones más el entrechocar de las espadas y los lamentos de la *tanar'ri* herida resonaron por el vigilante bosque.

Pero ni siquiera así se daba por vencida. Araushnee lanzó otro hechizo; un hilo mágico, suspendido de un invisible gancho, brotó de su cuerpo y la elevó. La araña tomó impulso y se lanzó sobre Corellon, rezumando icor y enarbolando ante ella la única espada que le quedaba.

Corellon esquivó fácilmente el ataque. Pero al pasar volando junto a él, la *tanar'ri* lo agarró con las patas traseras y lo levantó del suelo. Corellon se columpió hacia atrás y chocó contra el tronco de un árbol. Una lluvia de hojas cayó sobre el claro, mientras la mandíbula del monstruo, semejante a un pico, buscaba de nuevo la garganta del elfo. Pero el dios todavía empuñaba con fuerza la espada. La impulsó hacia arriba, a través de las patas de la araña y la hundió en su protuberante cuerpo. Araushnee lo soltó de repente. Entonces, con un débil y lastimero gemido, voló fuera de su alcance suspendida de un hilo mágico.

Corellon se deslizó a lo largo del tronco del árbol y contempló desde el suelo, con el corazón encogido, cómo la criatura que había sido su amada se balanceaba lentamente adelante y atrás de su hilo de plata, sujetándose las mutiladas

extremidades contra su destrozado cuerpo. Pese a su horrorosa forma, a todos les recordaba a una niña elfa tratando de consolarse. Justo cuando Corellon creía que no podría soportarlo más, su aspecto cambió de nuevo y adoptó la hermosa y desafiante faz de Araushnee.

—Mátame —lo provocó con una voz atormentada por el dolor—. De otro modo nunca te librarás de mí; las patas ya me están creciendo de nuevo. Pero no puedes hacerlo, ¿verdad? ¡Incluso en esto te muestras débil! ¡Mátame si puedes, y acabemos de una vez!

Corellon levantó la espada por encima de su cabeza y la lanzó con todas sus fuerzas. Mientras *Sahandrian* giraba hacia la antigua diosa, el Señor de los Elfos contenía la respiración y confiaba en que el arma lo obedecería. Si *Sahandrian* seguía sus propias inclinaciones, Araushnee estaba perdida.

Pero la espada se limitó a cortar el hilo que mantenía a Araushnee suspendida en el aire sobre el suelo del bosque. Ella cayó, chillando de rabia.

Pero nunca llegó al suelo.

En el bosque se abrió un portal oscuro que giraba rápidamente sobre sí mismo. Era una puerta a otro plano. Araushnee cayó rodando al portal agitando las extremidades. Después de que hubo desaparecido, el Seldarine oyó un buen rato la voz de la antigua diosa que los maldecía y juraba vengarse de todo lo elfo. La voz se fue haciendo más y más débil, y se perdió en el aullido del viento del Abismo.

Cuando todo quedó en silencio y el espantoso portal se hubo desvanecido, la nueva diosa Angharradh se acercó a Corellon y le dijo en voz baja:

—No podías hacer nada más por ella. Araushnee se ha convertido en lo que era realmente y está donde debe estar. Ya ha acabado todo.

—No creo —repuso Corellon profundamente apesadumbrado y negando con la cabeza—. La batalla por el control de Árvandor ha acabado, y Araushnee y sus huestes han perdido. Pero temo por el pueblo elfo. La batalla acaba de comenzar.

A lord Danilo Thann de Aguas Profundas, Arpista y bardo, envía saludos Lamruil, príncipe de Siempre Unidos.

He leído tu reciente misiva con gran interés. La tarea que has emprendido y tus razones para hacerlo significan mucho más para mí de lo que te imaginas.

Quizá te sorprenda saber que no eres un completo desconocido para mí. Recuerdo haberte visto cuando se dictó sentencia contra Kymil Nimesin, aunque reconozco que me fijé más en tu acompañante que en ti. En esa ocasión me quedé sin habla por el parecido entre tu compañera Arpista, Arilyn, y mi hermana Amnestria. (No te esfuerces, porque no recordarás mi cara. Me cubría con una capa y capucha para ocultar mi identidad. Mi estatura y tamaño no delatan de inmediato mi naturaleza elfa, y los años que he pasado entre humanos me han enseñado a moverme e incluso hablar como ellos.)

Por aquel entonces no sabía, ni siquiera sospechaba, que Arilyn era la hija semielfa de Amnestria, y tampoco intuí que la hoja de luna de mi hermana está ahora en las capaces manos de Arilyn. Por desgracia, el juicio de lord Kymil se celebró a puerta cerrada, pues de otro modo me hubiera enterado de que ella, mi pariente, ayudó a llevar a ese traidor ante la justicia, y podría haberme dado a conocer a ella y a ti.

Recientemente, mi madre, la reina, me contó el gran servicio que prestó Arilyn a los elfos de Tethyr. Asimismo me habló del gran honor que me ha concedido Arilyn al nombrarme heredero de su espada. Adjunto a esta carta una nota personal para ella, que te ruego le entregues junto con mis mayores respetos y humildes gracias. Espero que, en un futuro cercano, podamos reunirnos para dar la bienvenida a Arilyn a la familia Flor de Luna, si bien con retraso y únicamente en mi nombre.

Pasemos ahora a la cuestión de tu carta, en la que me preguntabas por Kymil Nimesin. Hay mucho que puedo decirte.

Lord Kymil poseía muchas de las virtudes y cualidades que definen la nobleza elfa: linaje antiguo y honorable, habilidad en las artes de la guerra y de la magia, belleza física y gracia, así como un amplio conocimiento de las tradiciones y la historia elfa. Pocos elfos eran tan buenos espadachines como él, y en otro tiempo yo mismo me consideré honrado de poder estudiar a su lado. Asimismo gozaba de la fama de ser un experimentado aventurero. Hace años me sentí halagado cuando me pidió que lo acompañara a Faerun para buscar y recobrar objetos de tierras elfas perdidas. En ese tiempo yo no tenía ni idea de lo que realmente buscaba.

Como bardo, seguramente has oído algunas de las historias que se cuentan de los

hijos perdidos de Siempre Unidos. Uno de los mayores pesares de Siempre Unidos es que de los trece hijos que tuvieron la reina Amnestriay el rey Zaor, que se sepa, sólo dos siguen con vida. Es posible que queden otros, pero lord Kymil trató de despejar su camino buscando y destruyendo a todos los herederos al trono de Siempre Unidos.

¿Por qué entonces me respetó a mí? Tú, lord Thann, puedes entenderlo mejor que la mayoría. Como tú, yo soy el menor de muchos hermanos, y perdóname si te digo que la reputación que tengo entre mi gente deja tanto que desear como la tuya. Pero, a diferencia de ti, yo no soy un actor cómico que esconde sus talentos detrás de una máscara de frivolidad. (Mi madre, la reina, recibe puntual información acerca de los Arpistas y de sus métodos, y los elfos conocen tu obra. Sin duda, un consumado cantor de hechizos como tú encontraría muy divertidas algunas opiniones de algunos, que sostienen que es totalmente imposible que un mago humano lance hechizos musicales elfos.) A diferencia de ti, yo soy exactamente tal como parezco: nervioso, frívolo, bastante irreverente con las tradiciones, demasiado impetuoso, demasiado aficionado a las féminas (no sólo a las potenciales princesas elfas), demasiado enamorado del ancho mundo y de los pueblos que lo habitan. En resumen, un príncipe elfo muy poco apropiado. Lord Kymil vio en mí una herramienta que podría resultarle útil y nada más. Sin duda, también se hubiera desembarazado de mí cuando pensara que ya no le era útil.

¿Qué movía a Kymil Nimesin? Esa es una pregunta que ha preocupado a los sabios y filósofos elfos desde la muerte de mi padre, el rey. ¿Qué empujó a un noble elfo de gran talento y buena familia a rebelarse contra un clan real, por no mencionar a un rey elegido por los mismos dioses?

Yo lo veo más claro que muchos elfos pues he viajado mucho y, como tú, he amado a una mujer de sangre mezclada. Mi corazón se ha convertido en un arpa afinada para tocar melodías desconocidas para los trovadores de Siempre Unidos. Mis ojos ven el orgullo que aísla a los elfos del mundo y los condena a enfrentarse en una batalla sin fin unos contra otros.

Como bardo y estudioso de las tradiciones elfas, ya sabrás que las razas élficas han luchado a menudo. A lo largo de esos terribles siglos en los que las Guerras de la Corona asolaron al Pueblo, los elfos dorados trataron de acrecentar su poder conquistando comunidades de elfos plateados y verdes. Los elfos verdes se unieron a los elfos oscuros para repeler esa agresión y, finalmente elfos dorados, plateados y verdes se aliaron para expulsar a los oscuros de la faz de la tierra. Pero las Guerras de la Corona y otras batallas similares sólo narran una parte de la historia. Las diferentes razas élficas están enzarzadas en una batalla sutil y constante, más antigua que el inicio de la historia elfa. Si quieres entender a Kymil Nimesin y a sus seguidores, debes rebuscar en las tradiciones y leyendas del pasado, y estudiar el antiguo conflicto entre los plateados y los dorados. Ésos son los hilos que han tejido

la urdimbre de Siempre Unidos.

Al seguir la historia de los plateados y los dorados, ten siempre presente que el clan Nimesin es una rama menor del antiguo clan Durothil. Sólo eso explica muchas cosas.

Repito: Kymil Nimesin representa muchos de los valores de la nobleza elfa y, al mismo tiempo, ilustra los defectos más arraigados del Pueblo.

Preludio

El advenimiento de la oscuridad

Décimo día del mes de Alturiak, 1369 CV

Kymil Nimesin contempló por la ventana de su celda el inmenso vacío que se extendía más allá. En realidad, el vacío no era absoluto, pues en el cielo, de un profundo color zafiro, unos puntos de luz trémula brillaban cual estrellas. Para un elfo, la luz de las estrellas es tan importante como el aire que respira y ni siquiera los humanos que habían capturado a Kymil eran tan ignorantes o crueles como para privarlo de ella.

Sus otras necesidades también estaban cubiertas. De hecho, su «prisión» consistía en una serie de habitaciones perfectamente equipadas. Kymil vivía con relativa comodidad y tenía, además, extras de los que raramente gozaba un prisionero y traidor. Toda una pared estaba ocupada por estanterías llenas de libros de sabiduría popular y tradiciones, e incluso había un arpa elfa y una flauta de cristal encima de una mesa. También contaba con pergamino y tinta en abundancia, e incluso un elegante gato de ojos dorados para acompañarlo en su destierro de por vida. Sí, los Arpistas habían sido generosos.

Una vez más, en lo que ya se había convertido en costumbre, Kymil revivió el día en el que el detestable Tribunal de Arpistas, compuesto por humanos y mestizos, dictó sentencia. Lo declararon culpable del cargo de matar a veintisiete Arpistas y lo condenaron al exilio en un mundo mágico en miniatura, situado en un remoto y misterioso plano de existencia, muy lejos del mundo conocido por el nombre de Aber-toril. Los Arpistas habían decidido que ésta era la única manera de preservar su vida, pues muchos elfos de Aber-toril ardían en deseos de darle caza. Su mayor crimen —traición a la corona elfa— no entraba dentro de las competencias de los Arpistas. Kymil dudaba de que los elfos de Siempre Unidos hubieran sido tan clementes como los Arpistas, de haber tenido la oportunidad de juzgarlo.

Pero no había gratitud en el corazón del elfo. Los humanos que lo habían enviado allí eran débiles, estúpidos y no veían más allá de sus narices. Hallaría la manera de escaparse y, entonces, acabaría la tarea a la que había dedicado su vida, y para la que había nacido, había sido criado y entrenado.

Kymil evocó los rostros de los que habían declarado contra él en el juicio y soñó que se vengaba de cada uno de ellos. Era una letanía recurrente, que lo había sostenido en sus casi cinco años de cautividad.

Primero Arilyn, la Arpista semielfa que durante tanto tiempo había sido su herramienta involuntaria. Arilyn era la bastarda desdeñada del clan real Flor de Luna y heredera de una hoja de luna. Pero ella desconocía su origen real y no sabía cuál era

su sitio en un mundo en el que se suponía que humanos y elfos no debían conocerse, y mucho menos mezclarse. Kymil instigó el asesinato de su madre, la princesa Amnestria, que vivía de incógnito en el exilio, y la joven Arilyn se quedó sola y desamparada. Para asombro de Kymil, la hoja elfa aceptó a la mestiza como legítima heredera. No obstante, pronto se recuperó de ese insulto, y con la suficiente habilidad para incluir a Arilyn en sus planes. Fue fácil atraerla, entrenarla, hacerla sentir que tenía un lugar en el mundo y un propósito, y entonces usar los poderes de la espada de la joven para atacar a la familia que la había rechazado. Había una cierta justicia en ello que a Kymil le había parecido profundamente satisfactoria, por no hablar de la ironía.

Pero Arilyn no había opinado lo mismo.

Aún no comprendía cómo era posible que una simple mestiza lo hubiera derrotado. Como un hurón, Arilyn descubrió la verdad después de levantar una a una las capas del complot, dispersó su Guardia de Elite, destruyó a uno de sus cantores del Círculo más competentes y frustró su plan de atacar el corazón de Siempre Unidos. Pero lo que acaso más le dolía era que la mujer lo había derrotado en combate singular.

Por todo ello, Arilyn tendría una muerte lenta y dolorosa.

Pero antes la despojaría de toda pretensión de ser elfa, juró Kymil sombríamente. La obligaría a luchar contra nobles elfos y a contemplar cómo su hoja de luna se volvía contra ella. Llegaría el día en que vería cómo humanos y elfos, por igual, la marginaban por completo; vería cómo la devoción en los ojos del mago humano que tanto la amaba era reemplazada por la aversión y el rechazo; la vería convertida en el juguete de orcos y ogros. Y sólo entonces, Kymil empezaría a ser de verdad desagradable con ella.

Después de completar satisfactoriamente la destrucción de Arilyn, Kymil dirigiría su atención a Elaith Craulnober. No era sólo cuestión de venganza sino también de principios, ya que Elaith era un elfo gris y, además, un rufián. Elaith dirigía un poderoso imperio que se dedicaba a todo tipo de actividades delictivas, así como asuntos que, si bien no podían calificarse de criminales, eran muy turbios. El elfo gris era alguien que había que tener en cuenta en la gran Aguas Profundas. Kymil había contratado los servicios de Elaith en muchas ocasiones, normalmente cuando no quería ensuciarse él mismo las manos. Sin embargo, Elaith se había puesto de parte de Arilyn, apoyándose mutuamente, como acostumbra a hacer los elfos grises, y declaró contra Kymil. Era algo tan extraordinario que un elfo hablara en contra de otro, que las palabras de Elaith pesaron como una losa en el juicio. Y después estaba el asunto de los papeles que Elaith mostró y que relacionaban a Kymil con los malvados zhentarim. ¡Gracias a Seldarine que Elaith no descubrió qué se traía entre manos con ese poderoso grupo!

Después le tocaría a Lamruil, príncipe de Siempre Unidos. Oh sí, Kymil lo vio el día que leyeron la sentencia, aunque el estúpido trató de disfrazarse. Por mucho que ocultara su gracia elfa bajo una capa y cubriera sus delatoras orejas bajo una capucha, Lamruil era inconfundible. El joven príncipe era sorprendentemente apuesto, incluso para los cánones elfos. Poseía los ojos de los Flor de Luna —de un azul profundo y brillante, tachonados con luces doradas—, y había heredado la estatura y la fornida figura de su padre. Eran pocos los elfos que midieran metro ochenta, y Lamruil superaba esa altura. Por su estatura podía engañar a un observador menos atento, pero Kymil había estudiado a la «familia real» elfa y conocía muy bien a Lamruil. En realidad, lo conocía demasiado bien.

Kymil y Lamruil viajaron juntos durante años, y éste lo ayudó involuntariamente a buscar a los hijos perdidos de la dinastía Flor de Luna. Durante ese tiempo, el príncipe luchó al lado de Kymil, aprendió de él el arte del manejo de la espada y descubrió la fortuna perdida de los antepasados de Kymil. Pero a menudo parecía que al cachorro de elfo gris le interesaba más el alcohol y las mozas que sus aventuras compartidas. Desde luego, Lamruil mostraba un interés excesivo por los humanos y sus asuntos, y su jovialidad y desenfado disgustaban tanto a Kymil como una de esas trilladas baladas de taberna que tanto agradaban a los humanos y, a decir verdad, también a Lamruil. Ahora Kymil se ponía enfermo sólo de pensar que ese consentido e insulso principito podría tratar de recuperar parte del tesoro que habían ocultado en diferentes escondrijos en zonas agrestes de Faerun. Con ese tesoro Kymil pretendía financiar sus ambiciones contra Siempre Unidos.

Aunque, quizás al fin y al cabo, sería una suerte. Los labios apretados de Kymil se curvaron en una leve sonrisa. Su tesoro estaba bien guardado y dudaba de que Lamruil, a quien no interesaba la magia, fuera capaz de sobrevivir a un intento de recuperarlo.

En el fondo, Kymil lamentaría la muerte de Lamruil. El joven príncipe había sido un instrumento muy útil y podría serlo de nuevo. Lamruil estaba muy encariñado con su hermana Amnestria y se le había metido entre ceja y ceja dar con su hermana huida. Asimismo, ansiaba ver el ancho mundo y unir su suerte a la de un aventurero del renombre de Kymil. El chico había sido toda una fuente de información acerca de la familia real y un peón en la caza a muerte de la princesa Amnestria y de la espada que portaba. Lamruil fracasó en su búsqueda, pero Kymil no.

El asesinato de la princesa quedó impune durante mucho tiempo, el suficiente para darle confianza e incitarlo a no cejar en sus principales objetivos. Después de todo, Amnestria llevaba muerta más de veinticinco años y su padre más de cuarenta. Para Kymil ése era su mayor logro. Toda su vida —¡toda su vida!— había buscado el modo de romper las defensas de Siempre Unidos y destruir a los elfos grises pretendientes al trono. El hecho de que su familia viviera en un exilio secreto

dificultaba las cosas, pues Kymil no podía poner un pie en la isla sin alertar al poderoso elfo plateado que conocía sus secretos. Pero, finalmente, había encontrado la manera; descubrió la puerta elfa de la princesa Amnestria y envió por ella a un asesino a la ciudad real. La puerta elfa fue su triunfo, y también su perdición.

Pero una de las principales características de Kymil era su persistencia. Durante cinco años había pensado en cómo dar la vuelta a su fracaso. La puerta elfa había sido trasladada y los argénteos hilos del Tejido de magia cambiados de un modo que Kymil hubiera creído imposible. Sin embargo, incluso esto podía volverse contra los elfos reales.

Desde la muerte del rey de Siempre Unidos, Kymil se había dedicado al estudio de los viajes mágicos, y pocos elfos sabían tanto como él del tema. Llegado el momento, aplicaría esos conocimientos.

Y ésta no era su única especialidad. Uno de los miembros de la Guardia de Elite a quienes mató la mestiza fue Filauria Ni'Tessine, amante de Kymil y una cantora de Círculo de gran poder. Eran muchos los elfos que creían que ese antiguo don —un singular tipo de canción-hechizo capaz de aglutinar magias dispares— ya no existía, pero Kymil había buscado cantores del Círculo y los había entrenado para que tejieran magia de manera similar a como lo hacía un Centro, un poderoso hechicero que dirigía un Círculo de Archimagos. A lo largo de los años, la familia Nimesin y sus aliados habían construido su propia torre en Siempre Unidos. Era un círculo lo suficientemente poderoso como para desafiar al Círculo de Siempre Unidos y aislar a la isla del resto del mundo, dejándola incomunicada, presa dentro de su propio Tejido de magia.

—Los elfos de Siempre Unidos no quieren tratos con el mundo. Pues tendrán lo que desean, y lo que se merecen —murmuró Kymil.

Lo único que faltaba para llevar el proyecto a buen término era el propio Kymil. Si sólo lograra liberarse de esa prisión, pondría en marcha los planes que él y su clan habían tramado durante siglos.

Si sólo...

El elfo abandonó sus elucubraciones y la realidad de su encarcelamiento le oprimió el corazón como las garras de un halcón de caza. De sus labios brotó un grito de rabia y desesperación, un aterrador aullido tan preñado de cólera que él mismo sintió un escalofrío que le recorrió el espinazo.

El alarido resonó largo rato en la cámara, y los ecos fueron apagándose lentamente de un modo que recordó a Kymil las ondas que se forman en las aguas tranquilas cuando se arroja un guijarro.

Cuando todo se quedó en silencio, sucedió lo incomprensible: alguien —algo— respondió a su primitiva llamada.

Un olor nauseabundo se extendió por la cámara, y el dibujo de la delgada

alfombra de lana empezó a difuminarse al tiempo que una sustancia oscura y gelatinosa rezumaba del suelo procedente de las misteriosas profundidades. Kymil contempló horrorizado cómo la entidad Ghaunadar adquiría forma ante sus ojos.

Él elfo conocía la sabiduría popular y sabía tan bien como cualquier elfo vivo que Ghaunadar sólo acudía a la llamada de una maldad audaz y con mayúsculas. Hasta entonces Kymil siempre había juzgado sus ambiciones justas y correctas, pero la aparición de Ghaunadar era como mirarse en un espejo oscuro. El impacto de enfrentarse a su propia imagen fue más intenso que el miedo que le inspiraba el terrible Poder que se alzaba ante él.

Sin embargo, no podía compararse con el miedo que le causó la segunda y apabullante sorpresa. De la superficie en ebullición del Dios Elemental brotó una gran burbuja oscura, que parecía hacerse más y más maligna a medida que aumentaba de tamaño. Cuando reventó, Kymil creyó que su corazón también iba a estallar, pues ante él vio a aquello que para los elfos dorados era el máximo anatema:

Lloth, la diosa oscura de los drows.

La diosa encontró divertido su horror, y la sonrisa que se pintó en su bello rostro era incluso más espeluznante que la amenazadora presencia de Ghaunadar.

—Saludos, lord Kymil —dijo la diosa con voz musical y socarrona—. Tu llamada ha sido escuchada y tus métodos han sido aprobados. Si deseas unirme a aquellos que quieren mal a Siempre Unidos, te sacaremos de esta prisión.

Kymil trató de decir algo, pero comprobó que no podía. Entonces se humedeció los labios, que tenía tan secos como si fueran de pergamino, y lo intentó de nuevo. Pero las palabras que salieron de su boca no eran lo que había esperado decir:

—¿Podrías hacerlo?

—No dudes de mi poder —dijo entre dientes Lloth, y sus ojos carmesíes ardieron de cólera—. Cómo me gustaría ver un draraña dorado. ¡El primero! ¿Te gustaría que te transformara, Kymil Nimesin?

El elfo consideró con horror esa amenaza. Los sabios elfos afirmaban que Lloth era capaz de transformar a sus seguidores drows en espantosos seres que eran medio elfos medio arañas. No obstante, no sabía cuál era la posibilidad más terrible: ser transformado o haber caído dentro de la esfera de influencia de Lloth. Kymil nunca había considerado esta eventualidad y, al parecer, tampoco lo habían hecho quienes lo encarcelaron aquí. Pese a todos sus crímenes, nada en la vida de Kymil Nimesin sugería la posibilidad de que pudiera adorar a dioses ajenos al Seldarine. Pero allí estaba Lloth, de una indescriptible hermosura, y que llenaba la cámara con su irresistible y oscuro poder.

—No dudo de ti —logró decir el elfo.

—Bien —ronroneó la diosa—. Entonces escucha. Te liberaremos de esta cárcel a condición de que vayas a donde nosotros no podemos ir. Los dioses del Seldarine

no permitirán que nosotros ataquemos Siempre Unidos directamente, pero tú puedes reunir elfos que pueden hacerlo, y lo harán.

—Pero ¿cómo? —inquirió Kymil—. Hay pocos elfos en el mundo que no estén dispuestos a matarme con sólo verme.

—Hay otros mundos y muchos elfos que los habitan. —La diosa rió al ver la perplejidad que reflejaba el rostro de Kymil.

—Ah, los elfos de Faerie estáis tan enamorados de vosotros mismos, tan empeñados en pensar que sois el único Pueblo que habéis olvidado vuestra propia historia —se mofó Lloth—. Llegasteis a Toril como invasores, dispuestos a echar a los que llegaron antes que vosotros. ¿Crees realmente que sois los únicos elfos que piensan algo así?

Kymil se esforzó en considerar esa posibilidad.

—¿Elfos dorados? —preguntó al fin cautelosamente.

Lloth rió de nuevo, con alegría y sorna.

—Ah, realmente eres inestimable, y también predecible. Sí, hay elfos dorados en otros mundos. Te he preparado algo. Ven y mira.

Casi en contra de su voluntad, Kymil se acercó a la diosa. La borboteante masa de Ghaunadar se separó para permitirle el paso. Kymil la atravesó con cuidado y escudriñó el globo que Lloth había conjurado de la nada. La escena que vio lo dejó sin respiración.

En un cielo en completa oscuridad, que rivalizaba con la piel obsidiana de la diosa drow, se veían dos extrañas naves enzarzadas en mortal combate. Una, un navio graciosamente alado que parecía una colosal mariposa, estaba tripulada por elfos que hubieran pasado por parientes cercanos de Kymil. La otra nave era un navio fuertemente armado que hervía de seres semejantes a orcos pequeños, aunque hacían gala de una inteligencia y disciplina en la lucha que ningún orco de Toril podría igualar.

—Seros —explicó Lloth—. Son una raza de poderosos e inteligentes orcos de otro mundo. Luchan contra la Armada Imperial Elfa. Como ves, están a punto de vencer.

»¿Te gustaría conocer la naturaleza de ese barco mariposa y de los elfos que lo tripulan? —continuó la diosa en tono ligeramente burlón—. Son supervivientes de un mundo en llamas. Los seros invadieron su patria y la destruyeron. Ahora esos elfos buscan desesperadamente un nuevo hogar, y seguirían a cualquier elfo noble que les ofrezca uno, aunque para ello tengan que derrocar a un monarca. Eso es lo que hicieron tus antepasados cuando huyeron de un mundo moribundo. Y también lo harías tú si te vieras lanzado a un nuevo mundo. Los elfos como tú creen que pueden ejercer el poder por derecho divino.

A Kymil la cabeza le daba vueltas mientras observaba con atención la lucha a

vida o muerte que se libraba dentro del globo. Por extrañas que pudieran parecer al principio, la complejidad y las implicaciones del panorama que pintaba la diosa encajaban dentro de los esquemas mentales de Kymil. Después de todo, no era tan duro de aceptar.

—¿Qué tendría que hacer?

Lloth sonrió e hizo un veloz y rebuscado ademán con una mano. Una fétida humareda llenó la cámara, y de ella surgió una segunda deidad aterradora.

Kymil no era ningún cobarde, pero se encogió ante el poder maligno que era Malar, el Señor de las Bestias.

El avatar era enorme, medía dos veces más que Kymil, y estaba armado de terribles garras y cuernos con puntas largas y tan afiladas como espadas elfas. Un pellejo cubierto de pelaje negro lo protegía. Malar miró al elfo con una expresión de desdén en sus ojos carmesíes. Aunque en lo principal parecía un oso, el dios no poseía hocico ni morro visible. La carne sucia que cubría su única cavidad bucal se agitó cuando lanzó un resoplido de evidente desprecio.

Pero, a diferencia de su aliada drow, el dios bestial no perdió tiempo en saludar ni en provocar al elfo. Más alto aún que la delicada Lloth, Malar se inclinó y dio un golpecito al globo flotante con una de sus garras.

—Mira aquí, elfo —dijo con voz áspera y chirriante—. Otro barco elfo que partió de Arborianna antes de que ardiera.

Lleva a bordo unos cuantos seguidores míos (goblins, orcos de baja estofa) y lo impulsa un único mago elfo. No es demasiado grande y su armamento no basta para dar un giro a la batalla. Sin embargo, lleva a bordo un arma viva que puede destruir la nave scro. Un monstruo que matará sin descanso hasta no dejar a ninguno vivo. Tú le entregarás a mis seguidores para que se alimente y, después, lo soltarás en la nave scro. Los elfos te aclamarán como su salvador, pero asegúrate de matar primero al mago elfo, para que no te delate.

—¿Traicionarás a tus seguidores y me pides que yo haga lo mismo con uno de los míos? —preguntó Kymil con la mirada clavada en el dios.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando temió haber firmado su sentencia de muerte. Pero, para su asombro, ambos dioses prorrumpieron en risotadas. Incluso Ghaunadar se unió a las risas, si es que a eso se le podía llamar reír, pues su masa gelatinosa burbujeaba y reventaba en una macabra parodia de hilaridad. Finalmente el horrible coro cesó, Lloth se enjugó las lágrimas y dijo al desconcertado elfo:

—Un puñado de orcos y goblins son un precio muy pequeño a cambio de lo que nos darás. Acepta y te colocaremos en ese barco. El resto es asunto tuyo.

—¿Lideraré una invasión a Siempre Unidos? —preguntó Kymil aturdido.

—¿Acaso no es ésa tu intención? ¿No es ése tu sueño? Con la ayuda de los elfos

dorados de Arborianna no debería serte muy difícil suplantar al clan Flor de Luna y gobernar en Siempre Unidos.

—Para que el plan tenga éxito, tendré que ponerme en contacto con los pocos seguidores que me quedan, tanto en Siempre Unidos como en Faerun —dijo Kymil vacilante—. ¿Sería posible?

En respuesta, Lloth sacó un puñado de gemas de un bolsillo disimulado en los pliegues de su vestido de seda negra, y se las ofreció a Kymil.

—Supongo que sabes qué son; gemas de comunicación, muy parecidas a las que tú mismo has usado en el pasado. Dime con quién quieres ponerte en contacto y yo me encargaré de que una gema llegue a sus manos.

Kymil asintió pensativamente. Era un buen plan y podría funcionar. Reuniría apoyos de muchos bandos y después regresaría a Toril para liderar en persona la flota invasora de Siempre Unidos. Pero quedaba una pregunta sin respuesta; una pregunta de enorme importancia.

—¿Por qué apoyas mis ambiciones? —preguntó sin rodeos—. Yo diría que a los ojos de Lloth y Malar, tanto da un elfo como otro.

—A mí y a mis hijos nos ha sido negado Siempre Unidos —respondió la diosa, después de encogerse de hombros—; su reina es la mascota especial de Corellon. La alegría de ver a Amlaruil de Siempre Unidos destruida compensará cualquier alianza ignominiosa que pueda hacer. No te lo tomes a mal, gran Malar.

El Señor de las Bestias resopló, y a Kymil le dio la impresión de que pensaba lo mismo.

—No es eso lo único que me preocupa —prosiguió el elfo con cautela—. Cuando empieces a destruir Siempre Unidos, ¿podrás parar?

—Eres listo —lo elogió la diosa—. Como ya te imaginas, la respuesta es no. ¡Me encantaría hundir esa maldita isla en el mar! Pero me temo que ese placer tendrá que esperar. Aún no tengo suficiente poder para destruir Siempre Unidos. Sin embargo, haré lo posible.

Kymil se horrorizó ante la oscura y cruda ambición que revelaban las palabras de Lloth. No sabía qué ambiciones albergaba la diosa en su oscuro corazón y, en realidad, tampoco quería saberlo, pero por alguna razón creía en su palabra. Él mismo había tenido varios aliados inverosímiles, sólo para alcanzar sus objetivos, y se había comportado justamente con ellos mientras le eran de ayuda. Los ojos carmesíes de Lloth le devolvieron su propia determinación reflejada.

—Haré todo lo que quieras —dijo el elfo.

Segunda parte

Dorados y plateados

«Nadie, ni siquiera los sabios elfos más eruditos y venerables saben con seguridad cuándo y de dónde llegaron los primeros elfos a Toril. Pero se cuentan leyendas de un pasado muy remoto en el que los elfos huyeron a millares de un Faerie —ese país mágico que existe en las sombras invisibles de un millar de mundos—, devastado por la guerra.

Las canciones y las historias que hablan de esa época son tan numerosas como las estrellas. Pero ningún ser vivo podría ofrecer una historia que saciara a esos sabios que estudian el saber ancestral del mismo modo que un amante estudia la cara de su amada, o del mismo modo que los soñadores elevan la mirada al cielo nocturno y se maravillan.

Sin embargo, a veces, de los pequeños relatos surge un patrón, del mismo modo que con baldosines o teselas se hace un mosaico, o con miles de brillantes hilos que se entrelazan para dar lugar a un bordado.»

Extracto de una carta de Kriios Halambar, maestro luthier del Colegio Superior de Bardos de Nuevo Olamn,

Aguas Profundas

Tejiendo la telaraña

La Era de los Dragones

En la victoria fueron derrotados.

Los elfos de Tintageer —al menos los pocos que sobrevivieron al largo asedio, a la batalla subsiguiente y al terrible cataclismo mágico que puso fin a la misma— contemplaron, abrazados unos a otros, cómo el mar embravecido hacía añicos los últimos barcos invasores. La isla estaba libre de enemigos. Las furiosas aguas los habían arrastrado a todos en un ataque mágico cuyo poder superaba las expectativas de los que lo habían lanzado. Incluso ahora, la isla elfa se estremecía en violentas convulsiones, como si la misma tierra sintiera que el horror aún no había acabado o tuviera un presentimiento de catástrofe.

—¡Los árboles! —gritó de pronto una elfa, al tiempo que señalaba hacia la línea de flexibles palmeras en la playa, que se balanceaban frenéticamente.

Los otros supervivientes miraron, y un murmullo de consternación recorrió el maltrecho grupo. Antes de la batalla, las palmeras jalonaban la avenida que describía una curva y pasaba junto al templo de Angharradh. Esa avenida estaba antes a cientos de pasos de distancia del océano. Mientras los elfos miraban horrorizados, las olas rompían contra la costa y el agua subía más y más en dirección a los dibujos en forma de almendra grabados en los troncos de las palmeras.

—¡A la colina de la danza! ¡Deprisa! —ordenó un muchacho elfo. Su incipiente voz de barítono se quebró en la última palabra y se elevó hasta los tonos de una infantil y aguda voz de soprano.

Pero los elfos lo obedecieron al punto. Lo hubieran hecho aunque el razonamiento del muchacho no hubiera sido tan evidentemente acertado. Pese a que Durothil acababa de salir de la infancia, también era el hermano menor del rey, y el último de la familia real de Tintageer. Además, había algo en el joven príncipe que infundía respeto a pesar de su juventud y del timbre inseguro de su voz.

Los elfos dieron la espalda a la ciudad en ruinas y corrieron por los bosquecillos cubiertos de escombros que conducían a la colina de la danza. Era el lugar más elevado de la isla y sería el mejor refugio hasta que las aguas, anormalmente altas, se retiraran.

Al aproximarse a la cima, los pasos de los elfos se fueron haciendo más ligeros, y la angustia de sus semblantes desapareció. Ese lugar sagrado albergaba sus recuerdos más felices así como su magia más poderosa. Allí se reunían para celebrar el cambio de las estaciones, entonar las viejas canciones y bailar por el puro gozo de estar vivos,

para hacer acopio de luz de estrellas y tejlarla en maravillosos encantamientos que fortalecían al Pueblo o conferían magia a sus obras de arte.

Pero los elfos no pudieron recordar durante mucho rato las alegrías pasadas. El suelo empezó a temblar y, a continuación, sufrió una breve y violenta convulsión, como si algo lo angustiara.

Un inquietante silencio siguió al terremoto, que fue roto por un débil murmullo que procedía de algún punto lejano del océano. Los elfos volvieron la mirada al mar y comprendieron que los estremecimientos de la isla habían sido sus agónicos coletazos. Una enorme pared de agua se acercaba por el oeste.

Los elfos contemplaron en silencio cómo les llegaba la muerte.

—Tenemos que bailar —urgió Durothil, al tiempo que zarandeaba a la elfa que tenía más cerca y que parecía estar en trance. Bonnalurie, la última sacerdotisa de Angharradh que quedaba con vida, se lo quedó mirando un momento antes de que su mente, confundida por el dolor, captara el significado de las palabras del muchacho. Entonces, sus ojos brillaron y refulgieron con determinación. Juntos agruparon a los elfos y les expusieron su desesperado plan.

A indicación de la sacerdotisa, los supervivientes formaron un Círculo y empezaron a seguir los pasos de Bonnalurie, que ejecutaba uno de los hechizos elfos más potentes. Todos se unieron a la danza, incluso los niños y los heridos, aunque ignoraban la Alta Magia que el baile conjuraba, y que el riesgo que corrían ellos y la sacerdotisa era enorme.

Una vez que sus pupilos se habían fusionado por completo con el ritmo de la danza, Bonnalurie se puso a cantar. Su argentina voz de soprano resonó por la isla invocando el poder de su diosa, reuniendo los hilos de magia que emanaban de cada uno de los elfos y tejiéndolos en un único objetivo. La magia que creaba era una Busca, tan poderosa como para atravesar los velos que separaban los mundos, intentar localizar un lugar de poder semejante al del sitio donde estaban bailando y abrir un camino hacia ese mundo. En circunstancias normales, sólo los magos elfos más poderosos se habrían atrevido a lanzar un conjuro de ese tipo, y sólo con el apoyo del Círculo. Pese a que ella no era maga, Bonnalurie sabía más del Arte que muchos clérigos; comprendía la enormidad de la tarea que había emprendido y el precio personal que tendría que pagar. Y no sería la única: sólo unos cuantos de los elfos que bailaban podrían viajar con seguridad por el camino argénteo. En cuanto a los demás... Bueno, Bonnalurie necesitaba hasta el último aliento y la última pizca de magia que pudiera reunir para realizar su conjuro. Si fallaba, todos perecerían.

La magia atrapó a los elfos y éstos continuaron bailando casi en estado de éxtasis. Aunque no sabían qué hacían, cada uno de ellos hallaba su lugar dentro del dibujo que surgía de la danza. Uno tras otro, todos rompieron a cantar uniéndose a Bonnalurie y sumando a la magia de la sacerdotisa su propia esencia vital. Algunos

de ellos palidecieron hasta parecer espectros, como si la magia que tejían los consumiera, pero nadie titubeó. La canción que entonaban a coro desafiaba la inminente muerte. Y así siguieron bailando y cantando, incluso cuando el rugido del océano les impedía oír sus propias voces.

Una sombra cayó sobre los danzantes cuando el muro de agua tapó el sol del ocaso. Entonces el océano se abatió sobre la isla y arrojó a los elfos por el camino de plata que su magia había creado. El mar pareció seguirlos hasta allí, pues el estallido de poder que los arrastró los golpeó como olas oscuras y despiadadas.

Después de lo que le pareció una eternidad, Durothil aterrizó en una tierra desconocida, con tal fuerza que un dolor agónico sacudió hasta la última fibra de su cuerpo. El joven elfo trató de olvidarse del dolor, rodó sobre su espalda y se puso en cuclillas, la mano en la empuñadura de su daga. Sus ojos verdes recorrieron la zona en busca de peligro. Al no percibir ninguno, se obligó a pasar revista a los elfos que habían podido completar la mágica travesía.

Durothil no vio a Bonnalurie entre los aturcidos supervivientes, tampoco lo esperaba. La magia era algo natural para los elfos, como el aire que respiraban, pero pocos podían sobrevivir en el ojo de una tormenta tan enorme. La tarea de reunir y canalizar tanta magia exigía mucho esfuerzo, un entrenamiento intensivo y enorme disciplina. Un Círculo de Archimagos podía modelar y dirigir esas fuerzas y salir ilesos, pero Bonnalurie había actuado sola y había canalizado la tempestad mágica a través de ella misma, y ésta la había arrastrado.

Durothil se juró que los supervivientes de Tintageer llorarían la muerte de la sacerdotisa y ensalzarían su coraje y su sacrificio por el Pueblo. Pero no sería ahora y tampoco en muchos días. Durothil sentía en la garganta la presión de todos los cantos funerarios que había reprimido.

De todos los elfos de Tintageer, una isla que presumía de ser una de las civilizaciones más avanzadas y populosas de Faerie, menos de un centenar habían sobrevivido a la batalla y participado en la danza de la colina, y de éstos quedaban menos de la mitad. No era un inicio muy prometedor, pero estaban vivos y reconstruirían su civilización.

Durothil inspiró profundamente y contempló su nuevo reino. En su mente no había ninguna duda de que a él le correspondía el mando; era su derecho y su responsabilidad por nacimiento. Para bien o para mal, el bienestar de su gente estaba en sus manos. Pese a su juventud, se aseguraría de que prosperaran en esta nueva tierra.

Era hermosa, comprobó el elfo, tan agreste y escarpada como las legendarias tierras septentrionales de Faerie. La vista que se divisaba desde la pequeña y llana meseta, situada sobre una elevada montaña, dejaba sin aliento y agujoneaba la imaginación. Un gran número de enormes montañas, tan altas que sus cimas se

perdían en las densas nubes del crepúsculo, se alzaban como vigilantes centinelas al norte y al oeste, hasta donde a Durothil le alcanzaba la vista.

La mirada del joven elfo recorrió entonces la rocosa ladera que nacía a sus pies, y se detuvo en el espeso bosque de pinos que cubría la mayor parte de la montaña. En el valle, las plácidas aguas de un río, que serpenteaba a través de verdes prados, reflejaban los brillantes tintes rosa y dorados del crepúsculo.

Durothil cabeceó, volvió a inspirar hondo y se irguió para afrontar la tarea que tenía por delante. El joven notó que el aire era frío y vigorizante así como tenue, muy distinto a los vientos cálidos e impregnados de efluvios florales que acariciaban su isla, ahora desaparecida. Pero también ese aire estaba vivo y cantaba una magia que no era tan distinta de la que habían dejado atrás. El Tejido era fuerte en este nuevo mundo, y el joven ya entreveía cuál sería su lugar en él. Allí donde había magia los elfos prosperaban. Con el tiempo, ese lugar se convertiría en un hogar.

—Faerie —susurró Durothil, aunque pronunciando el nombre de su mundo elfo de un modo algo distinto, como si sonara «Faerun»; un nombre distinto y a la vez familiar. Entonces se volvió hacia su gente y se animó al percibir en algunos rostros su propia maravilla y reconocimiento.

Los supervivientes se pusieron manos a la obra conforme a las indicaciones de Durothil. Entre ellos había algunos sacerdotes menores y unos pocos magos, que se dispusieron a atender a los heridos con los ungüentos y los hechizos que les quedaban. Los que habían agotado su magia ofrecieron plegarias o, simplemente, trataron de consolar a los más afectados por la pérdida de su isla, así como a los que se veían más desorientados en el nuevo y extraño mundo que los rodeaba.

Y realmente era extraño, tuvo que convenir Durothil, pese a la tranquilizadora presencia del Tejido mágico. Incluso la piedra que hollaban sus pies era extraña. La meseta era sorprendentemente llana, casi tanto como un suelo artificial, y parecía estar formada por una sola roca. La piedra era resbaladiza y lisa, y brillaba como mármol pulido. No obstante, aquí y allí sobresalían sorprendentes protuberancias. Movido por la curiosidad, Durothil se acercó al borde de la meseta, sacó la daga del cinto y empezó a raspar una de ellas. La piedra era tan frágil como el cristal y se desprendía fácilmente, revelando una extraña forma carbonizada. Rápidamente Durothil desenterró un delgado tubo de metal.

Lo cogió y percibió el silencioso zumbido mágico que fluía por él. Al levantar el tubo le llamó la atención un destello de metal debajo, probablemente de una espada. Unos golpes más con la daga confirmaron sus sospechas; con ceño de perplejidad, Durothil alzó el tubo mágico hacia la débil luz y le dio vueltas tratando de averiguar qué era.

—Es una especie de brazalete —anunció una voz masculina con el singular acento de las remotas tierras septentrionales de Faerie. El que había hablado, un elfo

alto y pelirrojo, se inclinó y cogió el tubo de manos de Durothil sin molestarse en pedir permiso. Tras un breve examen añadió—: Diría que de factura elfa. Y la espada también.

Durothil se encogió de hombros, aunque sospechaba que el norteño tenía razón. Sharlario Flor de Luna era un mercader, o más probablemente un pirata, que había tenido la mala suerte de atracar en Tintageer pocos días antes de que atacaran las fuerzas invasoras. Sharlario no compartía la dorada y elegante belleza del pueblo de Tintageer; su tez era tan pálida como un pergamino, en marcado contraste con su brillante pelo rojo y sus ojos azules. Y si su aspecto era insólito, sus modales aún lo eran más. Sharlario era franco hasta la grosería y despreciaba las complejas costumbres y el estricto protocolo de la vida cortesana. Pero, en esos momentos, parecía compartir la curiosidad del joven príncipe por los objetos enterrados en la piedra.

—Un brazalete de metal, una espada... ¿Cómo habrán llegado hasta aquí? —De pronto se le pusieron unos ojos como platos, como si la respuesta lo hubiera golpeado en la cara. En un único movimiento rápido se puso de pie y giró sobre sus talones para mirar a los demás.

»Vosotros, sacerdotes, reunid a los niños —ordenó bruscamente con voz preñada de urgencia—. Todos los demás, descendid la montaña lo más aprisa que podáis. Buscad refugio, a ser posible cuevas, o en los árboles, si no hay más remedio. Ayudad a los heridos. ¡Vamos!

—¿Con qué autoridad das órdenes aquí? —preguntó Durothil indignado, agarrando del brazo al otro elfo.

El pálido norteño se sacudió la mano de Durothil que lo atenazaba y blandió la banda de metal carbonizada.

—¡Piensa un poco, chico! Una elfa llevaba ese brazalete y empuñaba esa espada. Murió en un estallido de calor que a ella la convirtió en cenizas y fundió la roca y el suelo. ¿Qué crees que lo causó?

Pese a la rapidez con la que hablaba Sharlario y su tono urgente, Durothil se lo quedó mirando en silencio. Los reyes elfos no hablan ni actúan precipitadamente, y el joven príncipe deseaba comportarse con dignidad. Asimismo se sorprendió pensando, justo entonces, cómo Sharlario había llegado a la conclusión de que el brazalete había pertenecido a una mujer.

—¿Es que no tienes ni idea de magia? —le espetó Durothil al fin—. En un duelo de hechizos entre magos que poseen el poder necesario...

Sharlario lo interrumpió con un seco y exasperado juramento:

—Basta de titubeos, chico; por aquí anda un dragón. ¡Da tú la orden de huir, si quieres, pero hazlo mientras tu gente aún vive!

Durothil abrió mucho los ojos cuando se le hizo la luz.

—Fuego de dragón —dijo mientras contemplaba la piedra de vitreo aspecto y comprendía el peligro que corrían.

—¡Haced lo que dice el pirata! ¡Deprisa! —gritó el joven a los elfos, que los miraban muy atentos, pasando por alto la ofendida mirada de Sharlario.

Mientras los demás se apresuraban a obedecerlo, Durothil hizo visera con una mano y dirigió la vista al oeste con ojos entrecerrados. Allí se alzaban los picos más escarpados, y a los dragones les gustaba construir sus guaridas en las montañas, o al menos eso decían las leyendas. En la isla en la que el joven príncipe había vivido toda su vida no había dragones, pero sí muchas leyendas. A decir de todos, los dragones eran seres que poseían una enorme magia y poder, por lo que era probable que el que había arrasado este lugar percibiera el hechizo que había transportado a los elfos hasta allí. Incluso era posible que ya estuviera en camino para investigar la intromisión.

Sí, ahí estaba: un puntito que iba haciéndose cada vez mayor en el dorado cielo del atardecer. Una inquietante figura con escamas encendidas, que refulgían a la luz menguante, volaba hacia ellos.

Durothil desechó el miedo que lo paralizaba y trató de calcular cuánto tardaría el dragón en atacarlos. Muy poco, concluyó sombríamente. Antes de que los elfos que huían pudieran alcanzar los árboles, el dragón los atraparía.

El joven príncipe desenvainó su espada, plantó los pies en el suelo y, blandiendo su acero, lanzó un desafío al viento, que cada vez era más intenso.

Una sola llamarada no podía fundir la roca, pensó Durothil. El dragón debió de arrojar su fuego contra la cima de la montaña durante bastante tiempo para dejarla tal como estaba ahora. Él se encargaría que el ataque del leviatán durara lo suficiente para dejarlo sin fuerzas y permitir que su gente pudiera escapar. Durothil ganaría tiempo para los elfos a cambio de atraer hacia él el fuego del dragón.

Al joven ni se le pasó por la cabeza intentar salvarse. Morir por su Pueblo era el deber final de un rey elfo.

Para su sorpresa, Sharlario Flor de Luna se quedó a su lado con la espada presta. Pero los fríos ojos azules del elfo de más edad no miraban al dragón, sino a una amenaza más inmediata.

Siete seres semejantes a elfos, pero con alas de águila, volaban hacia la cima carbonizada. Dos de ellos sostenían una red extendida y descendían hacia los dos defensores elfos con intenciones evidentes.

Antes de que Durothil pudiera reaccionar, Sharlario le dio un brusco empujón con el hombro para ponerlo a salvo. El joven elfo se tambaleó y se cayó por el borde del precipicio. Durothil rodó por la empinada ladera, agitando frenéticamente las manos para tratar de agarrarse a algo. Pero la piedra fundida que se había derramado en el último ataque del dragón había dejado la pendiente muy lisa y resbaladiza.

El elfo descendió dando tumbos, tan rápidamente como si se estuviera deslizando por una de las cascadas de Tintageer. Pero lo que lo aguardaba al final no era agua cálida y una suave rociada. Cuando finalmente la piedra lisa se acabó, Durothil rodó y rebotó por un terreno extremadamente accidentado. El joven percibió las peñas que se le acercaban como una mancha gris borrosa que daba vueltas, pero no pudo cambiar de dirección a tiempo.

No sintió que se detuviera sino una explosión de dolor que atravesó todo su cuerpo como una súbita luz cegadora. Gradualmente la luz se convirtió en el inmenso vacío gris de la inconsciencia. La última imagen que registraron sus ojos velados antes de hundirse en la bruma fue la de Sharlario, envuelto en redes y debatiéndose como un pez, antes de que los elfos alados se lo llevaran.

La rueda de las estaciones dio muchas vueltas antes de que el joven príncipe reencontrara a su gente.

Una partida de caza formada por elfos dorados se lo encontró en el corazón del bosque. Durothil estaba estudiando las plantas que crecían en lugares ocultos con una concentración que sugería que ése era su único pensamiento y preocupación. Los cazadores lo acribillaron a preguntas, pero Durothil no supo decir dónde había pasado todos esos años. Simplemente no lo recordaba; los años transcurridos no significaban nada para él, pues en su corazón y en su cabeza seguía siendo el mismo joven príncipe que había conducido a su gente lejos de la moribunda Tintageer.

Aunque le alegraba estar de nuevo entre sus congéneres, a Durothil no le gustaban los cambios que se habían producido en su ausencia, y tampoco acababa de sentirse cómodo en el lugar al que había ido a parar el Pueblo.

La magia que su gente invocó en la lejana Tintageer había sido una auténtica Busca. El hechizo había hallado un lugar de poder, una colina de la danza similar al cerro sagrado de su patria. Durante muchos siglos, un clan de elfos que tenían su morada en el bosque había reunido luz de estrellas y magia en la meseta situada en la cima de la montaña. Muchos de esos elfos perecieron un verano, abrasados por el aliento del dragón rojo que se denominaba a sí mismo Señor de las Montañas. Los supervivientes dieron la bienvenida a los recién llegados de Tintageer. Y éstos, orgullosos elfos dorados que habían poblado las tierras meridionales de Faerie, se mezclaron con ese pueblo salvaje.

Pero Durothil comprobó aliviado que no todos habían adoptado las costumbres nativas. Algunos de ellos evitaban con arrogancia el trato con los elfos silvanos y trataban de plantar las semillas de su magia, su arte y su cultura en el suelo del bosque. Por increíble que pudiera parecer, uno de ellos era Sharlario Flor de Luna.

El guerrero de cabello bermejo había sobrevivido y se había desposado con una elfa de Faerie, una devota sacerdotisa de Sehanine Moonbow. Entre los dos habían

engendrado una caterva de revoltosos elfos, la mayoría de los cuales habían heredado la pálida tez del padre y su cabello rojo. Todos los miembros del nuevo y floreciente clan, sin excepción, imitaban a su madre en la veneración de la diosa de la luz de luna, y los demás ya empezaban a referirse a ellos como «elfos de la luna».

En cuanto a Sharlario, hablaba a menudo de los avariels, los elfos alados que lo habían rescatado, así como de las maravillas de Aerie, el reino mágico oculto en la cumbre montañosa al que lo habían conducido. Sharlario relataba el servicio que había prestado a los avariels al luchar contra el dragón rojo y expulsarlo de las montañas del norte. Según contaba, los avariels no eran más que una de las muchas razas de elfos que habitaban ese nuevo mundo; había muchos otros diseminados por todo el bosque o viviendo en las cálidas tierras meridionales, e incluso en las profundidades marinas.

Esa experiencia había marcado el destino de Sharlario, o quizá tan sólo lo había confirmado. En su Faerie natal, él había sido un mercader que surcaba los mares, recogiendo noticias y transportando mercancías a lejanas tierras elfas. Aún seguía siendo un trotamundos, pues los relatos de los avariels habían inflamado su imaginación y no estaría satisfecho hasta ver con sus propios ojos todo Faerun. A menudo, él y sus hijos partían a explorar el nuevo mundo, buscando aventuras y a otros de su misma especie. Las historias que contaban a la vuelta eran fantásticos relatos, tan preciados que eran dignos de transmitirse de padres a hijos.

Los elfos escuchaban con agrado las historias de Sharlario, pero pocos creían en la existencia de los avariels. Ningún elfo del bosque había visto nunca un ser semejante, y la idea de que hubiera elfos alados parecía demasiado extravagante para ser cierta. Sharlario tampoco volvió a verlos, excepto cuando soñaba despierto. Pero eso no era óbice para que afirmara que los avariels seguían velando por él.

Durothil era el único que no se burlaba del elfo de la luna por sus fantasías, pues también él había visto a los elfos alados. No obstante, por un acuerdo tácito él y Sharlario nunca hablaron de ese día, ni de gran cosa más.

Cuando el príncipe regresó después de su larga e inexplicable ausencia, se encontró con que su gente se había adaptado a las costumbres del nuevo mundo y que ya no necesitaba ni quería un rey que los gobernara. No había ninguna corona por la que competir, pero Durothil nunca logró quitarse de encima la idea de que, seguramente, Sharlario habría sido su principal rival al trono. Y nunca podría olvidarlo.

La otra cuestión era la de sus años perdidos. A su pesar, Durothil comprendía perfectamente las fantasías del elfo de la luna. Ciertamente nunca vio a los guardianes avariels de Sharlario, pero a lo largo de las estaciones siguientes a menudo divisó fugazmente lobos plateados de tamaño anormalmente grande, que lo seguían por el bosque como sombras escurridizas. Durante el resto de su vida tuvo sueños poblados

por los aullidos nocturnos de los lobos y los vagos recuerdos de la bondad de unos elfos capaces de cambiar de forma que se llamaban a sí mismos lytharis. Esos fugaces sueños y la cicatriz que le atravesaba la coronilla, y que su espesa melena dorada ocultaba, eran los únicos vestigios de los primeros años que pasó en Faerun.

Con el transcurso de los años, Durothil se esforzó por dejar atrás las sombras de su pasado. Puesto que nadie iba a ofrecerle el trono, el elfo decidió concentrarse en el estudio del Arte y, pese a los intensos dolores de cabeza que lo atormentaban, llegó a convertirse en un maestro de la magia. El Tejido que había percibido a su llegada a Faerun acudía rápido a su llamada, y Durothil adquiría pericia y poder a marchas forzadas. Asimismo, poseía un vasto conocimiento sobre hierbas y pociones, quizás instintivo o acaso un legado de sus años perdidos, que le resultaba muy útil en su empresa. En pocas décadas Durothil se ganó la fama de ser el mago más poderoso de los bosques septentrionales.

Sharlario Flor de Luna seguía con su vida errante y muchas veces regresaba al bosque con mensajes de otros elfos que había encontrado. Algunos eran refugiados de Faerie o de otros mundos, pero también había seres extraños y primigenios que habitaban en los árboles o en las aguas, y que parecían haber nacido de la misma tierra. Pese a que muchos de esos clanes salvajes se mostraban cautelosos con los recién llegados, no suponían ninguna amenaza.

Y era una suerte, porque en Faerun ya se gestaba una guerra de cariz muy distinto.

En ese mundo de amplios espacios salvajes y pródigo en magia, los dragones dominaban los cielos y competían entre ellos por el control de los bosques y las montañas. Algunos dragones consideraban a los elfos ganado o alimañas a las que comerse o destruir a su antojo. Muchas comunidades elfas sirvieron para aplacar el apetito de los leviatanes y fueron borradas de la faz de Faerun, como lo fue la celebración en la colina de la danza, aquel verano de hacía tanto tiempo. El dragón al que los elfos verdes llamaban simplemente Señor de las Montañas se contaba entre los más voraces. Otros eran más benevolentes, aunque pocos se paraban a pensar en los pequeños seres que habitaban las tierras que habían ganado con tanto esfuerzo. Tenían otras preocupaciones, más graves: luchar contra otros de su especie.

Esas guerras de conquista eran feroces y encarnizadas, y cada primavera un puñado de dragones volaba hacia las frías tierras del norte, decididos a hacerse con la supremacía, o quizá desesperados por sobrevivir. Algunos de estos dragones empezaron a pensar en buscar otras vías.

Al comprender la naturaleza del conflicto, Durothil entrevio el camino por el que podría recuperar el poder que le correspondía por derecho de nacimiento y que le habían arrebatado. El elfo empezó a pasar cada vez más y más tiempo en la cumbre de la montaña en la que él y Sharlario habían hecho frente al temible Señor de las

Montañas. El dragón rojo había sido derrotado y desterrado. Pero regresaría, sin que los esfuerzos combinados de los elfos y los avariels pudieran impedirlo. Entonces reinaría en las montañas como antaño.

Y cuando llegara ese día, él, Durothil, se encumbraría en el poder merced a las alas de un dragón.

Hermano contra hermano

«Hay algunas cosas de las que uno nunca puede llegar a cansarse —pensaba Sharlario Flor de Luna—: las multicolores llamas de una hoguera encendida con leña seca, el placer de escuchar al primogénito cantar baladas de Faerie, que ya eran antiguas en tiempos de sus antepasados, y la atracción de lugares aún no vistos». Para Sharlario todas esas cosas eran bendiciones de los dioses. Pero aunque la noche era cálida y disfrutaba de esas tres bendiciones, el elfo de la luna no lograba concentrarse en la balada que su hijo cantaba acompañándose con una lira de plata.

Habían pasado casi tres siglos desde el día que un hechizo arrancó a Sharlario de Faerie y lo transportó a ese otro mundo. Era mucho tiempo, incluso para los cálculos elfos, pero los años habían pasado demasiado rápido. Sharlario suspiró y arrojó al fuego otra ramita gris y retorcida.

El ruido hizo levantar la vista a su hijo Cornaith, y la canción murió en su garganta al ver la expresión que se pintaba en el rostro de su padre. Instintivamente hizo enmudecer también las cuerdas de la lira.

—Pareces cansado, padre. ¿Quieres que calle para que duermas?

—Sí, hijo, estoy cansado —repuso el elfo de la luna con una media sonrisa—, pero dudo de que pueda hallar descanso en el sueño esta noche. El tiempo se acaba y aún queda mucho por hacer.

—Pero en este viaje hemos avanzado mucho —dijo el joven elfo muy serio—. No hace ni dos años que abandonamos las montañas y ya hemos establecido lazos diplomáticos con al menos diez comunidades de elfos verdes. Incluso tú debes reconocer que es un resultado notable. Estoy seguro de que contamos con los suficientes aliados para hacer frente a cualquier reto que se nos presente.

—Nunca has luchado contra un dragón —replicó Sharlario—. Y rezo para que nunca tengas que hacerlo, aunque me temo que es como rezar para que no llegue el invierno. El tiempo sigue su curso y los años de exilio del dragón están a punto de expirar. Estoy seguro de que regresará.

—Y lo echaremos de nuevo, como ya hiciste en una ocasión —dijo su hijo con determinación.

Sharlario no respondió; raramente hablaba de esa remota batalla, salvo para advertir a los demás elfos de que el dragón rojo había sido derrotado y no regresaría en mucho tiempo. Pocos de sus congéneres daban crédito a lo que contaba de los avariels, por lo que no tenía sentido entrar en detalles acerca del servicio que prestó a los elfos alados. Además, él tampoco quería. El precio por esa victoria fue enorme, y

pronto habría que pagar la deuda.

—¿Das crédito a lo que nos han contado sobre los ilythiiris? —preguntó Cornaith, al tiempo que desgranaba despreocupadamente una tonada con su lira—. Yo no puedo creer que los elfos del sur sean tan poderosos o ambiciosos como dicen. Y tampoco creo las historias de sus supuestas atrocidades.

—Créelas —proclamó una voz femenina desde las sombras que el fuego no lograba penetrar.

Ambos elfos dieron un respingo. Instintivamente Sharlario buscó la daga que llevaba al cinto y, mientras se ponía de pie cautelosamente, notó el embeleso en los ojos de su hijo, y lo comprendió perfectamente.

Cornaith amaba la música sobre todas las cosas y había más melodía en esa única palabra que en muchas tonadas y baladas. Como todos los elfos, Sharlario buscaba ávidamente la belleza, por lo que se sintió instintivamente atraído hacia la desconocida. No obstante, pronunció mentalmente un encantamiento para desviar ataques mágicos y no retiró la mano de la empuñadura de su arma.

—Si vienes en son de paz, te damos la bienvenida junto a nuestro fuego —la saludó.

Las sombras se agitaron y una elfa penetró en el círculo de la luz. Pese a que había sido diplomático durante siglos, Sharlario sintió que su boca se abría de sorpresa.

Su visitante era, sin duda, la criatura más hermosa que nunca hubiera visto. Tenía una faz elfa con rasgos angulosos y delicadamente moldeados, pero su tez era del color de una noche sin estrellas. También era más alta que cualquier elfo que Sharlario conociera (medía más de metro ochenta) y llevaba una vaporosa túnica corta que dejaba al descubierto sus largos brazos y piernas. Ésa y una capa negra con capucha era su única ropa. Excepto por sus grandes ojos plateados, que lo miraban con solemnidad, era la medianoche encarnada en una elfa. Sharlario tuvo la extraña sensación de que contemplaba una sombra hecha sustancia.

—Gracias por tu bienvenida, Sharlario Flor de Luna —lo saludó la elfa quedamente con su voz musical. Antes de que el elfo de la luna se recobrar de la impresión de oír su nombre en boca de la desconocida, ésta se desprendió de la capa. Una ondulada y brillante melena del color de la luz de las estrellas cayó sobre sus desnudos hombros negros. Un aura plateada envolvía su cabello; una maravillosa luz mágica que no era solamente el reflejo de la luz de las llamas.

Cornaith, que se había levantado al mismo tiempo que su padre para saludar a la visitante, hincó una rodilla. Su rostro rebosaba temor reverencial y miraba a la diosa de ébano, pues ciertamente era una diosa, como si ella fuera la respuesta a esa inefable pregunta que todas las almas se plantean.

—¿Milady, qué hemos hecho para merecer tal dicha?

—inquirió el joven elfo en tono grave y reverente—. ¿De qué modo podemos servirlos? ¿Podéis decirnos vuestro nombre?

La diosa posó la mirada en Cornaith y su sombría expresión se suavizó.

—Tu canción era maravillosa, Cornaith Flor de Luna. Me atrajo hasta aquí y alegró mi destierro. Responderé a todas tus preguntas, pero primero siéntate, te lo ruego. Esa roca sobre la que te arrodillas no debe de ser muy cómoda —añadió con una picara sonrisa.

Al ver que el joven vacilaba, la diosa se dejó caer en el suelo y se sentó con las piernas cruzadas, como haría una niña. Acto seguido lo invitó a sentarse, dando palmaditas en el suelo a su lado. Entonces miró al vigilante Sharlario enarcando una ceja.

—Mi nombre es Eilistraee, la Doncella Oscura, y no es preciso que me reverenciéis ni que me vigiléis —dijo suavemente—. Vengo como amiga y necesito amigos. Dejad a un lado vuestras armas y vuestro asombro, y hablemos. Hay cosas que debéis saber antes de enfrentaros a los ilythiiris.

La tristeza en la voz de la doncella afligió a Sharlario, que hizo lo que le pedía.

—Habéis hablado de destierro, señora. Perdonadme, pero nunca he oído tal cosa. ¿De dónde fuisteis desterrada y por qué, si se me permite preguntar? —inquirió el elfo de la luna.

—Hace poco; de las tierras meridionales —respondió la diosa—. Muchos de los elfos que habitan en ellas adoran a Vhaeraun. Supongo que no sabéis quién es: fue desterrado del Seldarine cuando Faerie aún era joven, y pocos del Pueblo conocen su nombre. Sus seguidores son como él: tan orgullosos que creen que han nacido para ostentar el poder y tan despiadados que aprovechan cualquier ocasión para conseguirlo. A medida que crecen en número, Vhaeraun se hace más poderoso. Con cada tribu que los ilythiiris esclavizan y cada ciudad que destruyen, la influencia de Vhaeraun se extiende como una mancha de sangre. Finalmente tuvo la suficiente fuerza para conseguir lo que más deseaba.

La diosa se quedó muda y contempló el moribundo fuego. Luego añadió:

—Vhaeraun me odia y ordena a sus fieles que hostiguen y destruyan a todo aquel que me siga. Le encantaría verme destruida, si tuviera suficiente poder. Todavía no lo tiene, pero incluso así debo huir.

—Si lo que necesitáis es seguidores, estad segura de que yo no temo a Vhaeraun —afirmó Cornaith muy serio.

—Pues deberías. —Eilistraee lanzó al joven elfo una intensa mirada—. Vhaeraun es un dios joven, pero es malvado y ataca al punto a todos aquellos que no le rinden homenaje. Pero no debéis hacerlo.

—No tengo ninguna intención —afirmó el elfo categóricamente—. Hasta esta noche no deseaba otra cosa que consagrarme a Sehanine Moonbow, como mi madre.

Eilistraee meneó la cabeza tristemente, rechazando la adoración que leía en los ojos del joven.

—Me siento honrada de que pienses en mí, Cornaith Flor de Luna, pero no abandones tu devoción por Sehanine. No, escucha —agregó, cortando sus protestas—: Los dioses perciben el tiempo de modos que tú no puedes comprender. Algunos de nosotros oímos ecos de cosas que aún no han ocurrido a los mortales, y yo preveo que la mayoría de los que me sigan serán desterrados, como yo. Serán elfos errantes que nunca hallarán el camino al hogar de los elfos.

—¡Elfos, excluidos de Arvador! —exclamó Sharlario—. ¡No puede ser cierto!

Los ojos plateados de la diosa se empañaron al apartar la mirada del aquí y ahora, para contemplar visiones que ningún mortal podía ver.

—No, no Arvador. Habrá otro hogar. Tiene que haber otro —dijo la diosa con voz cada vez más apasionada—. La tormenta se acercará, Sharlario Flor de Luna, cuando los hijos de un mismo padre se conviertan en los peores enemigos. Así ha sido, y así será una y otra vez. Las acciones de los dioses viajan por el tiempo, como ondas en el agua, y afectan a su Pueblo. Muy pronto los elfos mortales conocerán el dolor y la confusión que desgarró el Seldarine.

—Ese Vhaeraun tiene que ser muy poderoso para conducir a sus seguidores a un conflicto tal —comentó Sharlario con tono preocupado.

La diosa regresó a la realidad y susurró:

—Vhaeraun no. Vendrán otros dioses oscuros, y pronto.

La hermosa faz de Eilistraee reflejaba una honda preocupación. Ninguno de los dos Flor de Luna supo qué responder. Los tres se quedaron sentados largo rato en silencio, sólo interrumpido por el esporádico crepitar de las brasas, el suave gorjeo de criaturas de la noche y el murmullo del cercano mar.

—Hay algo más que debéis conocer y temer —añadió la diosa—. La Alta Magia que os trajo aquí puede ser algo maravilloso, pero también puede emplearse para hacer el mal. Lo comprobaréis si visitáis Atornash. Vosotros, que nunca tuvisteis razones para desconfiar de la magia, debéis aprender a ser cautelosos con ella y con los que la ejercen.

—¿Atornash? —osó preguntar Cornaith.

—Es una gran ciudad a menos de tres días de marcha hacia el sur. Allí hallaréis grandes riquezas, magia poderosa y posibles aliados en vuestra lucha contra los dragones. Sopesad cuidadosamente esos regalos, pues algunos esconden un precio.

Eilistraee se levantó de repente y alzó la vista al cielo. La luna llena brillaba y sus rayos de luz se filtraban a través del techo de árboles que resguardaban el campamento de los elfos. La diosa extendió los brazos y su rostro mostró la intensa concentración de alguien que escucha voces lejanas.

—Debería haberme ido ya. Hay algo más que debéis saber, pero no puedo

entretenirme. Sed precavidos. —Dicho esto la diosa brincó hacia el rayo de luz de luna y desapareció. Un leve resplandor flotó en el aire un momento y luego se desvaneció, como una vela que se apagara.

A Sharlario la oscuridad nunca le había parecido tan opresiva como después de la partida de Eilistraee. Pese a la brillante luna y el resplandor de las brasas, y pese a la compañía de su querido hijo, el elfo nunca se había sentido más desolado.

El elfo de la luna echó un vistazo a su hijo y leyó en los ojos del joven tanta pena como si hubiera perdido a un ser querido. «Supongo que por eso los dioses raramente se aparecen a su Pueblo; porque son conscientes del vacío que dejan después», pensó Sharlario.

De pronto se levantó y pisoteó las brasas hasta convertirlas en cenizas.

—Vamos —exhortó a su hijo—. Tenemos casi tres días de marcha hasta Atornash.

—¿Es que no has oído lo que nos ha dicho la diosa Eilistraee? —contestó Cornaith, totalmente perplejo—. Nos advirtió de la maldad que reina allí.

—También nos habló del poder. Además —añadió—, no nos prohibió que fuésemos.

Sharlario era un elfo honesto y sabía que con esas palabras no sólo pretendía silenciar las objeciones de su hijo sino también su propia inquietud.

Antes de que el sol se pusiera en el tercer día después de su encuentro con la Doncella Oscura, padre e hijo llegaron a las puertas de Atornash. Cornaith, que nunca había visto una ciudad de tal tamaño y esplendor, lo miraba todo con la boca abierta, por lo que su padre tuvo que recordarle más de una vez que no olvidara ni su misión ni su dignidad.

Pero esta vez los reproches de Sharlario no eran muy severos, pues él mismo se sentía abrumado por la ciudad ilythiiriana. En Faerie ya había visto las maravillosas moradas que la magia elfa podía tallar en cristal, coral o incluso en árboles vivos, así como imponentes castillos hechos de mármol u ópalo. Pero nunca había visto algo semejante a Atornash.

La ciudad ocupaba una posición privilegiada a la misma orilla del mar y se extendía por los lados de una larga y estrecha bahía que se adentraba en la tierra. Muchos de los edificios habían sido construidos con piedra negra, no tallados en la roca (como las ciudades enanas), ni con pilas de manipostería (como les gustaba a los halflings), sino que habían sido extraídos, ya acabados, de las profundidades de la tierra. Refulgentes gemas componían precisas cenefas en la piedra lisa y, en ocasiones, formaban intrincados mosaicos que cubrían muros enteros o incluso el pavimento de las calles. Pero lo más maravilloso de todo era un enorme castillo de desnuda piedra negra con torreones que se erguían hacia las nubes del crepúsculo.

Una alta muralla rodeaba la fortaleza, que comprendía una vasta porción de terreno. Una muralla similar, pero más baja, de granito negro rodeaba toda la ciudad, y tenía la particularidad de que no mostraba ni una sola grieta ni juntura. Por su aspecto, parecía una única pieza de roca sólida. Para Sharlario era todo un misterio, el primero de los muchos que les aguardaban.

En los días siguientes Sharlario empezó a hacerse una idea de cómo podrían haber sido creadas las extrañas murallas y moradas.

Lo primero que notó fue que había algo muy raro en la bahía. Las aguas eran demasiado turbulentas para ser un lugar tan resguardado, ya que aparecían agitadas incluso con la marea baja y en los días de tiempo más calmado. Cuando caía la noche y soplaban vientos cálidos procedentes del sur, la bahía chillaba como un alma en pena. Los ilythiiris la llamaban bahía de la Banshee, el Hada Maligna que anuncia la muerte y probablemente con razón. Entre susurros se decía que la poderosa magia que desgajó la tierra para crear la ciudad causó la muerte a muchos elfos, y otros tantos perecieron cuando las aguas del mar llenaron violentamente el vacío. Sharlario podía percibir la inquietante presencia en la voz del mar de esas almas sin reposo.

Pero en el ocaso que cayó a la llegada de los dos Flor de Luna no había nada que sugiriera esa tenebrosa historia. Los guardias de las puertas les preguntaron qué asunto les traía a la ciudad y escucharon cortésmente la petición de Sharlario de entrevistarse con los líderes de Atornash, para tratar de una posible ayuda a los elfos de Tintageer que habitaban en las montañas del norte. Los guardias enviaron al punto mensajeros al alcázar de Ka'Narlist —el castillo negro que dominaba la ciudad— y antes de que los colores del crepúsculo se extinguieran, los Flor de Luna ya se habían instalado en los lujosos cuartos de invitados del archimago de la ciudad.

En realidad, no vieron a Ka'Narlist durante bastantes días. El archimago les transmitía excusas y les aseguraba que los recibiría tan pronto como su trabajo lo permitiera. Mientras tanto, podían disfrutar de la casa de invitados y de su jardín, así como explorar la ciudad como sus invitados. Sharlario se dio cuenta muy pronto de que ese último honor hacía que fueran tratados con inmensa deferencia y tuvieran crédito ilimitado allí adonde fueran. En los mercados aprendieron a no regatear nunca ni detenerse demasiado ante un puesto, ya que inmediatamente les obsequiaban con cualquier cosa que admiraran. El elfo de la luna sabía que todas las culturas elfas compartían la antigua costumbre de intercambiar regalos, y que en muchos lugares se juzgaba a un elfo por el valor del regalo que ofrecía. Pero esta generosidad sobrepasaba todo lo que Sharlario había visto. Y lo más curioso era que ni un solo ilythiiri aceptaba ningún obsequio a cambio.

La curiosidad del elfo de la luna crecía a medida que iban pasando los días. Muchos de los elfos de Atornash tenían la piel tan negra como la diosa Eilistraee, y justamente éstos ocupaban la mayoría de las posiciones de influencia en la ciudad. Por

su parte, las razas de piel más clara guardaban las puertas, regentaban tiendas o eran sirvientes. Sharlario nunca había visto divisiones tan rotundas entre los distintos pueblos elfos, y eso le preocupaba. También lo hacía la plétora de seres de singular apariencia que abarrotaban los mercados y las calles. Sharlario había encontrado muchas criaturas extrañas y maravillosas a lo largo de sus viajes, y nunca dejaba de admirarlo la diversidad de la vida en Faerun, pero esto iba más allá de todo lo que conocía. Su sensibilidad natural hacia la magia lo llevaba a sospechar de que el Arte había tenido algo que ver en la génesis de tales criaturas. Asimismo se fijó en el temor que asomaba a los ojos de los ilythiiris cuando trataba de hablar de estos asuntos.

También era extraño que Ka'Narlist mantuviera a sus invitados aislados. La casa de invitados era suntuosa, y los jardines estaban llenos de flores exuberantes y de fuentes ornamentales como no había vuelto a verlas desde que abandonara la isla de Tintageer. Un pequeño ejército de servidores cuidaba de que nunca les faltara de nada; tenían a su alcance lujos y diversiones de todo tipo. Nada podía reprocharse a la perfecta hospitalidad del archimago. Pero los aposentos de los huéspedes se encontraban fuera de las murallas del alcázar de Ka'Narlist. Incluso el jardín, las edificaciones anexas y los cercados que rodeaban el castillo estaban separados de la zona de invitados por altos muros negros.

Por todo esto, a Sharlario Flor de Luna no le sorprendió en lo más mínimo que cuando al fin les comunicaron que Ka'Narlist iba a recibirlos, la audiencia no se celebrara dentro del recinto del alcázar sino en los jardines de la casa de invitados.

Para la entrevista, Sharlario y Cornaith se engalanaron según las costumbres locales con algunos de los suntuosos vestidos y gemas que los desprendidos comerciantes les habían regalado. Cornaith llevaba también una pequeña arpa de oro, un instrumento mágico de precio incalculable que se paró a admirar antes de aprender cuál era el inevitable resultado de mostrar interés. El joven elfo nunca olvidaría la desolada expresión del comerciante cuando insistía gentilmente en que se quedara con el arpa.

Cuando la sombra del reloj de sol cayó sobre la runa que marcaba la hora de la cita, Ka'Narlist hizo acto de presencia sin previo aviso ni fanfarria. Junto al archimago montaba guardia un wemic macho, un ser con la mitad superior de un fornido hombre y la mitad inferior de un enorme león. Con su piel leonada, su nariz gatuna y su espesa melena ondeante de pelo negro, el wemic ofrecía un aspecto insólito e impresionante. Pero, después de la primera mirada de asombro, los dos Flor de Luna centraron toda su atención en el archimago.

Ka'Narlist era un elfo oscuro. Como la mayoría de la élite de la ciudad poseía ojos carmesíes y cabello blanco, que contrastaba con su tez. Pero, a diferencia de muchos de ellos, no hacía ostentación de su riqueza y posición social. El mago iba vestido

como un aventurero: con una sencilla túnica blanca, pantalones y botas. No llevaba anillos en las manos y se recogía el cabello en una trenza anudada con una cinta de cuero. Era más pequeño y delgado que Sharlario, pero proyectaba una aura de inmenso poder.

El archimago los saludó amablemente y les hizo muchas preguntas sobre los elfos del norte. Al percatarse del arpa que llevaba Cornaith, le pidió una canción, y pareció realmente complacido con la ejecución del joven elfo. Luego escuchó con gravedad la petición de Cornaith de que el arpa fuera devuelta a su dueño y dio instrucciones a su sirviente wemic para que así se hiciera ese mismo día.

No obstante, pese a todas estas cortesías, Sharlario desconfiaba. Respondía a las preguntas de su anfitrión con una reserva que no le era propia e instintivamente buscaba un doble sentido en todas las palabras del archimago. El elfo de la luna se dijo que probablemente se hubiera comportado de igual modo aunque Eilistraee no los hubiera prevenido; había algo en el elfo oscuro que le inspiraba prudencia.

—Qué daga tan hermosa —comentó Ka'Narlist, señalando con la cabeza el cuchillo largo que Sharlario llevaba en una bota—. Creo que nunca he visto una igual.

Recordando la costumbre local, el elfo de la luna se sacó el arma de la bota y se la tendió al mago, cogiéndola por la hoja.

—Es suya, si quiere hacerme el honor de aceptar un pequeño obsequio.

—Encantado —respondió el elfo oscuro. Entonces apartó un pliegue de la túnica y reveló un cinto del que pendían una daga adornada con piedras preciosas y dos pequeñas bolsas de seda. El mago desenvainó la daga para meter en ella el regalo de Sharlario y le ofreció la suya a cambio.

Se trataba de un objeto maravilloso, con una hoja de lustre satinado y un gran rubí engarzado en su empuñadura, profusamente grabada.

Sharlario hizo una reverencia y aceptó el obsequio, preguntándose por qué el archimago había admirado de manera tan significativa un arma muy inferior a la daga que Sharlario llevaba al cinto. Ésta era claramente visible, y casi tan magnífica como la que Ka'Narlist le había dado. Habría sido un intercambio más justo, y el elfo se preguntaba qué significaba la desigualdad.

—En nuestro país, un intercambio de armas es un signo de confianza —explicó el archimago con una débil sonrisa—. Y en algunas circunstancias, también es una promesa de servicio o ayuda.

Eso era algo que Sharlario no había previsto, pero tenía sentido, por lo que inquirió:

—¿Y qué servicio espera de mí?

Los ojos carmesíes de Ka'Narlist brillaron de regocijo.

—No me refería a eso, se le aseguro. Al contrario; los dos han viajado de muy

lejos y, sin duda, con un propósito. Hable libremente y yo les ayudaré, si puedo. Al menos, puedo responder a algunas de sus preguntas. Sospecho que tienen muchas —añadió astutamente.

El elfo de la luna asintió pensativo. Como diplomático conocía el valor que tenían las noticias de lugares remotos, y lo que acababa de ofrecer a Ka'Narlist podía valer mucho más que la daga con el rubí en la empuñadura. Asimismo, le tentaba la oferta de obtener información a cambio y ansiaba escuchar las posibles explicaciones del archimago sobre algunas de las costumbres de Atornash.

—Tengo entendido que en este país muchos miembros del Pueblo adoran a Vhaeraun. Sé muy pocas cosas de ese dios y me gustaría aprender cualquier cosa que usted pueda enseñarme.

—¡Vhaeraun! —Las comisuras de los labios de Ka'Narlist se elevaron en expresión de desprecio—. No es más que un dios menor, un advenedizo. Sus seguidores son, en su mayoría, ladrones, bandoleros y todo tipo de rufianes. Por mi parte, yo no tengo nada que ver con él.

—Eso me tranquiliza —murmuró Sharlario.

—Para aquellos que quieren entender la fuente de poder, llegar a la misma fuerza, sólo está Ghaunadar, el Prístino —prosiguió Ka'Narlist. El archimago lanzó una irónica mirada al wemic, como si intercambiaran un secreto—. Tal vez tendrán la oportunidad de asistir a una ceremonia en honor al Dios Elemental.

Aunque nada sabía de Ghaunadar, a Sharlario le inquietó la invitación del archimago.

—Hay otra cosa que me intriga. No he podido dejar de notar la división que existe entre los elfos oscuros y los de piel más clara. En otros lugares, los elfos se dividen en reyes, nobles y plebeyos, pero es una división que depende del nacimiento y la educación.

—¿Y la división en Atornash no obedece a esos mismos criterios? —replicó el hechicero—. Realmente es muy simple. La naturaleza está gobernada por leyes inmutables. Por el poder de sus garras y sus fauces, el león siempre triunfa sobre el cordero. Con tiempo, el mar que golpea contra una roca acaba por desmenuzarla. Y cuando los elfos oscuros se mezclan con las razas más claras, invariablemente su prole sale al padre de tez oscura. Todo se reduce a lo mismo: lo más fuerte prevalece. Nuestro número aumenta constantemente, tanto por nacimiento como por conquista. Los elfos oscuros son la raza dominante por decisión de los dioses —concluyó Ka'Narlist con total naturalidad—. Espero que no se lo tomen a mal.

Era tan obvio que tan sólo eran palabras vacías, que Sharlario prefirió no contestar. En vez de eso comentó:

—Ciertamente la naturaleza está llena de maravillas. Ante la increíble diversidad de los habitantes de Atornash, uno no puede por menos de admirarse de los

prodigios que puede conseguir la naturaleza.

En los ojos rojizos del archimago apareció un divertido centelleo.

—Lo ha expresado muy delicadamente. Sí, como ya sospecha la naturaleza tiene poco que ver con la mayor parte de las ridículas criaturas que abarrotan nuestras calles —admitió Ka'Narlist en tono ligeramente áspero.

—¿De dónde han salido entonces?

—En esta ciudad son muchos los magos que experimentan con magia muy poderosa, y en el proceso crean todo tipo de seres monstruosos. Tales cosas están sujetas a un arte y una ciencia, pero la mayoría de los magos actúan como si fueran mozos de cocina que echaran al tuntún trocitos de hierbas aromáticas y carne en el puchero. El resultado es la terrible mezcolanza que ha visto.

—¿Y usted también hace lo mismo? —quiso saber Cornaith.

—Sí, jovencito, pero no deberías decir «lo mismo». Yo lo hago mejor, mucho mejor. Lo hago como debe hacerse. Mis estudios son exhaustivos, y obtengo resultados bastante notables.

Ka'Narlist se quedó unos momentos en silencio para dar más peso a sus palabras.

—Quizá me crean un arrogante por decir esto —prosiguió con voz falsa—. Pero sólo he mencionado mi trabajo porque se rumorea que, además de comerciantes, ustedes también son diplomáticos y creí que podrían estar interesados en adquirir unos esclavos realmente excepcionales. En mis establos guardo algunas variedades únicas.

Sharlario buscó la mirada de su enfurecido hijo y le lanzó una silenciosa advertencia para que se contuviera. En realidad, él se sentía tan horrorizado por todo ese asunto como Cornaith, pero sabía que hablar de ello sólo les traería problemas. Si algo había aprendido en sus siglos de vagabundeos era a observar atentamente, reflexionar largamente y hablar sólo después de pensar mucho. Sin embargo, mientras se recordaba que no debería emitir juicios precipitados sobre una cultura que desconocía, el elfo de la luna empezó a comprender cómo podría llegar a cumplirse la profecía de la Doncella Oscura.

—Estoy seguro de que, pese a las divisiones de clase, todo el Pueblo de Atornash se uniría para hacer frente a una amenaza común —comentó Sharlario. En su opinión, debía llevar rápidamente la conversación hacia cauces más seguros.

—¿Qué tipo de amenaza? —inquirió el mago, enarcando una nivea ceja.

—Dragones, por ejemplo. ¿Está Atornash amenazada por sus guerras?

—En realidad no. En Atornash se usa mucho la magia, lo que disgusta a la mayoría de los dragones. Por esa razón la eluden. Desde luego, de vez en cuando hacen de las suyas en las rutas comerciales pero, excepto en la sabana y en el bosque, los dragones no causan más que pequeñas molestias. Todos menos ése —se corrigió el mago, haciendo una leve mueca y señalando con la cabeza un pequeño punto rojo

en el cielo.

Sharlario levantó la vista y el corazón le dio un vuelco.

—El Señor de las Montañas —musitó atemorizado.

—Supongo que se refiere a Mahatnartorian. Sí, es un problema. Su apetito me ha costado un buen número de cabezas de ganado; por desgracia las defensas mágicas de mis pastores son inútiles contra un gran wyrm. Crearé mejores guardas cuando el trabajo me deje tiempo. Pero estoy seguro de que Mahatnartorian no representa ninguna amenaza para su lejano país.

—El dragón vuela hacia el norte, y creo que sé adonde se dirige —repuso el elfo de la luna en tono sombrío—. Tenemos que partir al instante.

—Ah. —Ka'Narlist asintió comprensivamente—. Ya han tratado con él, ¿no es cierto?

—Fue vencido y desterrado por un clan de avariels. Yo los ayudé, pues tenía con ellos una deuda de gratitud.

—¿Avariels?

—Elfos alados —contestó Sharlario de mala gana, y por alguna razón deseó no haberlos mencionado.

Pero Ka'Narlist parecía haberse tomado el comentario con calma. Sin duda estaba más que harto de los seres exóticos que él mismo creaba.

—Y ahora el dragón regresa para desquitarse. Deben partir, desde luego. Pero si pueden esperar una hora más, mi wemic se encargará de que un grupo de guerreros los acompañe. Un dragón vengativo es un adversario formidable.

Por un momento Sharlario se sintió tentado. No obstante, no podía olvidar la despreocupación con la que el archimago había expuesto la actitud de los elfos oscuros respecto a la conquista y la dominación. El instinto le decía que si aceptaba la oferta de Ka'Narlist, estaría sellando el destino de los elfos del bosque.

—Gracias, pero no podemos esperar—rehusó el elfo de la luna—. No sólo está en peligro mi familia sino que estoy obligado por un juramento a...

Ka'Narlist lo interrumpió levantando una mano.

—Lo comprendo perfectamente. Hagan lo que deban lo más aprisa posible. —El mago se volvió hacia sus siempre atentos servidores, situados por el jardín, y les ordenó que escoltaran a sus invitados hasta la puerta norte sin demora—. O mejor aún —se corrigió—. Yo mismo los trasladaré al camino. ¿Pasaron cerca de los acantilados blancos, a varios días de viaje hacia el norte? Bien. Voy a enviarlos allí.

El hechicero extendió una mano, la cerró e hizo un rápido y amplio movimiento hacia un lado. Hubo un breve estallido de luz, y los elfos de la luna desaparecieron.

—Hummm —gruñó el wemic, en absoluto impresionado por este modo de solucionar el problema de los visitantes—. No van vestidos de modo apropiado para emprender viaje.

—Ahora sí. Han recuperado todas sus pertenencias originales, además de la mayoría de las cosas que adquirieron en la ciudad. Excepto esta arpa. —Los labios de Ka'Narlist se curvaron en una burlona sonrisa mientras evaluaba el instrumento—. Deshazte de este horror a la primera oportunidad.

—Como deseáis, mi amo. Pero los elfos... los habéis dejado marchar. —En los ojos gatunos del wemic se leía una pregunta—. Creí que pensabais ofrecerlos en sacrificio a vuestro dios.

—Tráeme otro par de elfos blancos del mercado de esclavos —dijo Ka'Narlist encogiéndose de hombros—. A Ghaunadar no le importará. Tengo otra cosa preparada para los norteños.

El mago esperó que el wemic le preguntara, pero el esclavo se limitó a clavar la vista en él, o más bien a través de él. Ka'Narlist rió entre dientes.

—Eres obstinado, Mbugua. Veo que quieres saber pero dejarías que te arrancara la piel a tiras antes que preguntar. Muy bien entonces. Como sabes, los elfos oscuros no son los únicos miembros del Pueblo que manejan la poderosa Alta Magia. Es posible que últimamente nuestros guerreros hayan demostrado un exceso de celo, y el conflicto entre las razas élficas se intensifica. Con el tiempo, estallará la guerra y las razas de piel más clara querrán vengarse. Tal como están ahora las cosas, el resultado de la guerra sería incierto, pero si nuestro visitante dice la verdad...

Aquí Ka'Narlist hizo una pausa y enarcó una ceja interrogativamente. El wemic sabía qué se esperaba de él: entre su propia gente había sido un chamán y aún conservaba la capacidad de leer los corazones y los espíritus de quienes lo rodeaban.

De mala gana el esclavo asintió.

—Dice la verdad.

—En ese caso, me encantaría atrapar a un par de esos elfos alados. Sharlario Flor de Luna es un comerciante. Quizá podría convencerlo para que me proporcionara unos cuantos.

El wemic no necesitaba preguntar qué pensaba hacer su amo con esas exóticas criaturas: las mazmorras del castillo y los jardines hervían de los frutos de los experimentos mágicos del hechicero. Además, conocía suficientemente bien a su amo para intuir qué le rondaba por la cabeza.

—Queréis crear elfos oscuros alados.

—Voladores nocturnos —confirmó Ka'Narlist, con sus ojos carmesíes empañados con la visión de glorias futuras—. ¡Qué fabuloso ejército! ¡Invisibles en el cielo nocturno, equipados con la magia y con nuestras magníficas armas!

El wemic meneó la cabeza, no sólo para expresar sus dudas sino para quitarse de la cabeza tan horrible visión.

—Pero el piel bermeja es un elfo honrado. No os entregará a sus hermanos alados para que sean vuestros esclavos.

Ka'Narlist se limitó a sonreír.

—Es un comerciante poco común al que será imposible convencer con oro ni gemas. Pero pongamos que no te equivocas con él. ¿Has olvidado cómo llegaste tú a mi castillo? ¿Has olvidado el ataque que esclavizó a tu clan y destruyó tu sabana? ¿Ya se han borrado de tus muñecas y de tus zarpas las cicatrices de mis cadenas? ¿Ha desaparecido de tus sueños el hedor que desprendía el pelaje de tu compañera muerta al arder?

El wemic no se dejó provocar. Era demasiado listo para eso, aunque la garganta le dolía por el esfuerzo que debía hacer para contener los rugidos de angustia y furia.

—¿Habéis enviado asaltantes en pos de los elfos de piel bermeja? —murmuró Mbugua cuando volvió a recuperar el control de sí mismo.

—No he sido tan burdo. El mayor lleva encima una joya adivinatoria. ¿Por qué si no cambiaría un arma digna de un príncipe por la baratija de un campesino? Si Sharlario Flor de Luna dice la verdad, Mahatnartorian tratará de recuperar su reino en las montañas y vengarse de los elfos alados, los avariels. Será interesante observarlos en la batalla, averiguar con qué fuerza cuentan y cuáles son sus costumbres. Si los elfos alados resultan prometedores, seguiré a Sharlario hasta sus escondites. Y entonces, cuando necesite a los avariels en mi propia guerra, enviaré guerreros para capturarlos.

—¿Esa guerra de la que habláis... estallará pronto?

A su pesar, el wemic no pudo evitar que su voz dejara traslucir una brizna de esperanza. En una guerra existía la posibilidad de que su amo fuera derrotado, y él y sus congéneres serían libres.

Pero la astuta sonrisa del elfo oscuro echó por tierra esos sueños.

—No en miles de años, mi leal servidor —repuso Ka'Narlist suavemente—. Pero no te preocupes por mí; estaré vivo y seré aún poderoso, y los míos lucharán con destreza. Y tú, mi querido wemic, seguirás vivo para presenciar nuestra victoria, de un modo u otro. ¡Te lo prometo!

El sol que asomaba por las colinas orientales sorprendió a Durothil agachado en la quemada meseta que en otro tiempo había sido una sagrada colina de la danza. El mago se mantenía completamente inmóvil, excepto por los ojos verdes que oteaban los cielos del sur. Desde hacía años se pasaba horas y horas en esa montaña, vigilando y consolidando sus planes y su determinación.

Le había costado mucho tiempo comprender qué estaba haciendo Sharlario Flor de Luna. El elfo de la luna viajaba incesantemente en busca de otras comunidades elfas, a las que pedía ayuda en la batalla que se avecinaba. Por lo que Durothil pudo colegir, el enorme dragón rojo que fundió la cima de la montaña había sido derrotado por los elfos alados y desterrado; y todo eso con la ayuda de Sharlario. Por lo que se

contaba, los dragones seguían ciertos códigos de lucha y comportamiento, aunque los rojos eran traicioneros y se plegaban a ellos con renuencia; normalmente se vengaban más adelante. El tiempo de destierro casi había expirado.

La mañana había amanecido brillante y despejada, pero el cortante viento anunciaba el próximo invierno. Durothil se levantó y empezó a caminar arriba y abajo, agitando los brazos para calentarse. Entonces se acercó al borde de la meseta y escudriñó el cielo, más allá de las estribaciones meridionales. Aún no había ni rastro del dragón.

Del escarpado precipicio de la montaña ascendió una brisa que llevó hasta el vigilante elfo un extraño olor. Perplejo, Durothil arrugó la nariz y trató de ubicarlo. El mago percibió el penetrante aroma del musgo con un toque dulzón que le recordaba los limoneros que antaño florecieran en los jardines de Tintageer.

De pronto, se encontró mirando fijamente un par de enormes ojos amarillos. La impresión lo dejó paralizado, pero su mente bien entrenada tomó nota de todos los detalles: cada uno de esos ojos eran tan grandes como su propia cabeza, presentaban una pupila vertical que los hendía, brillaban con inteligente malevolencia y estaban encajados en una aterradora cabeza de reptil armado con escamas semejantes a placas, del color de la sangre reseca.

Las fauces del leviatán esbozaron algo parecido a una sonrisa dirigida al estupefacto elfo, que no podía apartar la vista. Los colmillos húmedos y relucientes del dragón emanaban vapor.

—Todavía tienes mucho que aprender sobre los dragones, microbio —gruñó estentóreamente el monstruo, salpicando sus palabras con una exhalación de humo sulfuroso—. Tenemos alas, es cierto, pero también tenemos patas. Todos creen que nos oirán llegar por ej estruendo en la maleza y el entrechocar de nuestras escamas, cuando, en verdad, ni los gatos monteses se mueven con más sigilo que nosotros.

El aturdido Durothil negó con la cabeza. No era así como había planeado que fuera su primer encuentro. La parálisis producida por el miedo al dragón había relegado toda su magia y todos sus cuidadosos preparativos a un rincón inaccesible de su mente. Al mago elfo nunca se le hubiera ocurrido mirar al dragón a los ojos si el leviatán no lo hubiera sorprendido. Ahora estaba tan indefenso como un ratón atrapado que espera el golpe de gracia del cazador.

El dragón desplegó las alas con atronador sonido y las batió rítmicamente para elevarse en el aire. Mahatnartorian revoloteó lentamente, sin apartar su hipnótica mirada de los ojos de Durothil y obligando a éste a girar para seguir su vuelo circular. Finalmente, gravitó sobre el centro de la meseta, levantó su astada cabeza y husmeó el aire.

—Percibo una magia muy interesante por aquí. ¿Es tuya, elfo?

Pese a sus desesperados intentos por resistirse a la magia de Mahatnartorian,

Durothil asintió.

El dragón se posó en el suelo, colocó las garras delanteras bajo su pecho y enrolló la cola alrededor de su escamoso cuerpo. Curiosamente al elfo le recordó un gato doméstico que estuviera aburrido.

—Me gustaría ver qué magia has preparado contra mí —prosiguió Mahatnartorian, en el tono que usaría un rey para dirigirse al último bufón de la corte—. Muéstrame qué sabes hacer, elfo. Oh, no me mires tan sorprendido, ni esperanzado. Los más grandes hechiceros del sur no lograron dañarme. Mi resistencia a la magia es demasiado poderosa —añadió con complacencia.

—¿Entonces cómo te venció Sharlario Flor de Luna?

La pregunta se le escapó antes de considerar las consecuencias. Mientras maldecía su lengua trabada por el miedo, el dragón entrecerró los ojos hasta que no fueron más que dos rendijas.

—Tienes suerte de que hoy esté de buen humor —dijo Mahatnartorian con un inquietante retumbo—. Diviérteme. Ojalá que tu ataque mágico me produzca cosquillas; me temo que no estoy acostumbrado al frío aire del norte, y unas buenas risas podrían calentarme.

Durothil sintió que el dragón aflojaba lentamente la tenaza con la que sujetaba su mente. Tan pronto como recobró el control sobre sus movimientos, apartó la mirada de esos ojos que rezumaban maldad. El elfo metió la mano en una bolsa revestida de musgo y sacó con cuidado un pequeño cubo. Entonces respiró hondo y se dispuso a entonar el canto que había preparado durante años.

El dragón escuchaba, marcando desdeñosamente el ritmo del canto élfico con su maciza cabeza. No obstante, cuando las fuerzas mágicas confluyeron, frunció su astada frente lleno de perplejidad y consternación. El elfo centraba sus esfuerzos no en el dragón, sino en un objeto y en algo más que Mahatnartorian no conseguía identificar.

Cuando su canto se hizo más rápido hasta culminar en su climax, Durothil echó la mano hacia atrás y arrojó contra el dragón un pequeño objeto. Un globo verde y viscoso, de pequeño tamaño, se estrelló contra las escamas de un costado del monstruo. Mahatnartorian miró la mancha y enarcó incrédulamente una ceja.

—¿Esto es lo mejor que sabes hacer? Me decepcionas, elfo. Al menos, podrías...

El dragón se interrumpió bruscamente cuando un escalofrío, tan punzante como los colmillos de un rival, atravesó las escamas protectoras. El leviatán bajó la vista y vio que la mancha verde empezaba a extenderse. Entonces movió la cola y con la punta trató de arrancar la extraña sustancia, pero al punto la cola se le quedó pegada en ella y, por mucho que lo intentó, no logró desprender la elástica sustancia.

Con un rugido de rabia, Mahatnartorian se sentó sobre las ancas y trató de desgarrar con las patas delanteras el l i mazo que se esparcía rápidamente. Pero ni

siquiera sus poderosas garras podían detener su avance. Frenético, el dragón batió las alas en un instintivo intento por alzar el vuelo y refugiarse en su guarida. El viento que levantó lanzó hacia atrás al elfo, que rodó peligrosamente hasta el borde de la meseta.

Pero era demasiado tarde. Los cuartos traseros del dragón ya estaban pegados a la montaña. En cuestión de momentos, Mahatnartorian se encontraba encerrado en un enorme cubo que ocupaba casi toda la cumbre.

Durothil se puso de pie con dificultad. Respiraba entrecortadamente y el pecho le subía y bajaba. El elfo, esquivando cuidadosamente la mirada del leviatán, caminó con cautela alrededor de la bestia, que seguía debatiéndose. Finalmente, Mahatnartorian pareció resignarse y su enorme mandíbula se movió ligeramente, como si hablara. Hubo un momento de silencio mientras una ondulación atravesaba una pared del cubo.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Qué magia posees?

La voz del dragón sonaba rara —sorda y alterada por el paso a través del cubo—, hasta el punto de que sus temblorosas cadencias recordaban más los balbuceos de un enano borracho que la potente y resonante voz de bajo del leviatán, que infundía tanto terror como su aspecto. Pero a Durothil esas palabras le sonaban más dulces que el canto de una sirena.

—Yo no soy el dueño de este poder, simplemente rezo. En vista de que la magia elfa es inútil contra un enemigo tan poderoso, busqué el poder de un dios ancestral para luchar contra el poderoso Mahatnartorian. —Había dado demasiados detalles, pero Durothil se sentía con ganas de ser generoso. Además, conocía la legendaria vanidad de los dragones rojos.

—Un dios. Hmmm. —Esta información aplacó un tanto al dragón—. Muy bien. Ahora que me has sometido, aunque quiero que sepas que es una manera muy poco tradicional de hacerlo, ¿qué servicio requiere de mí tu dios?

—Información. He oído rumores de la existencia de dragones plateados más al norte.

—Lo confirmo.

—Eso no es todo. Necesito saber dónde se esconden. Y necesito un huevo. Cuando consiga un huevo viable y esté empollado, serás libre de marcharte.

Él dragón se encogió de hombros, haciendo que el cubo se estremeciera. Un instante después, un desdeñoso bufido atravesó la gelatinosa barrera. Las siguientes ondulaciones fueron muy rápidas y presagiaban la fuerza de las palabras:

—En ese caso, elfo estúpido, me quedaré en este ridículo cubo para siempre. Nunca vencerás. ¿Has visto alguna vez cómo una dragona protege sus huevos? No, claro que no, pues estás vivo delante de mí con esa molesta sonrisita en los labios.

Aunque le costaba admitirlo, Durothil sabía que Mahatnartorian tenía razón. La

consecución de un huevo vivo era el punto débil de su plan.

—¿Tienes otra sugerencia? —inquirió el elfo.

—Yo te conseguiré el huevo —ofreció Mahatnartorian—. Suéltame y yo cazaré y mataré a una hembra de dragón plateado. Lo haré gustoso, pues quiero incorporar a mis dominios el territorio de caza de los plateados. Considera el huevo el cumplimiento de los términos de mi rendición. No es muy ortodoxo, ¿pero acaso este encuentro lo es?

—¿Qué garantías me das de que me entregarás un huevo viable? ¿O, ya puestos, un verdadero huevo de dragón? —quiso saber Durothil después de unos momentos de reflexión—. Podrías endilgarme un cachorro de manticora sin darme ni cuenta. ¿Y qué impedirá que te vuelvas contra mí y contra mi gente después de entregar el huevo?

La risa que emergió del cubo tenía un matiz de genuino respeto.

—Estás aprendiendo, elfo. Vamos a hacer un trato: tú no harás nada hasta que tengas en tus manos tu huevo de dragón plateado. Entonces, atraerás a Sharlario Flor de Luna aquí con alguna treta. Hazlo y estaremos en paz. No molestaré a los demás elfos del bosque.

—¡No puedo traicionar a uno de mi Pueblo! —protestó Durothil.

—¿De veras? Pero tú quieres que te entregue a uno de los míos. Por lo que sé, podrías querer un mocoso plateado para hacer uno de tus hechizos, o para sacrificarlo a ese dios tuyo. Ghaunadar, ¿verdad? —dijo el astuto dragón—. Ahora que lo pienso, tú eres justamente el tipo de persona en la que se fijaría el Dios Elemental: ambicioso, más listo que la mayoría de tus congéneres, y quizás un tanto villano. Deseas probar nuevas cosas, saltarte los límites. Estás lleno de la fuerza vital que Ghaunadar venera... y ansia.

»Supongo que estás al corriente de ese insignificante requisito, ¿no? —prosiguió el dragón. Por el rabillo del ojo vio el rostro perplejo de Durothil. Una ronca risita agitó el viscoso limazo, que era un regalo del ancestral dios maligno.

»¡No lo conoces! ¡Por las garras de Tiamat, eres más estúpido de lo que pareces! ¿Crees que alguien como Ghaunadar te ayudaría a cambio de nada? Puedes apostar que querrá algo a cambio. Exigirá el sacrificio de una fuerza vital; la tuya o la de otro. Así pues, ¿por qué no persuadir a Ghaunadar de que acepte el sacrificio de Sharlario Flor de Luna? De este modo contentarás a dos deudores a la vez. ¿Estamos de acuerdo?

Durothil se quedó en silencio, confundido y profundamente avergonzado. Él sólo sabía que Ghaunadar era un poder ancestral, un poder que lo buscó y se ofreció a ayudarlo a reinar sobre su gente. Debió de haberse dado cuenta de la naturaleza perversa de Ghaunadar; debería haber sabido qué tipo de servicio le exigiría a cambio. Sí, debería, pero el deseo de poder lo cegaba. Pero ese deseo en sí no era

maligno; no podía serlo.

—Voy a liberarte —se oyó decir Durothil—, y todo será como has dicho, con una condición adicional. Te entregaré a Sharlario Flor de Luna cuando haya enseñado al dragón a llevarme en sus espaldas. O, si no lo consigo, regresaré veinte años después de que la cría salga de su cascarón. Y ese día, Ghaunadar tendrá su elfo.

—Trato hecho —tronó el dragón satisfecho.

Sintiendo un peso en el pecho, el elfo entonó la plegaria que invertiría el hechizo divino y liberaría al dragón de las garras de Ghaunadar. Mahatnartorian alzó el vuelo inmediatamente, batiendo con todas sus fuerzas las alas que lo llevarían al cubil del dragón plateado.

Durothil miró al cielo con ojos sin vida, pues no veía al triunfante Mahatnartorian que huía, sino su propio honor perdido.

Cuando Sharlario y su hijo regresaron a su hogar en el bosque, todos se deshicieron en elogios al héroe Durothil. Al parecer, el hechicero había atrapado al dragón rojo en un poderoso encantamiento y lo había desterrado de nuevo. A muchos elfos los alertaron los rugidos del dragón aprisionado, y presenciaron la escena, pues la mañana era despejada y la meseta se veía claramente desde el bosque.

Sharlario suspiró aliviado al comprobar que su gente se había salvado, pero estaba desconcertado. ¿Acaso Ka'Narlist, el archimago de la pujante Atornash no había dicho que la magia elfa no conseguiría vencer al dragón? El elfo de la luna respetaba la capacidad de Durothil, pero nunca hubiera creído que su magia fuera más poderosa que la de los magos del sur.

Sharlario concluyó que Durothil simplemente usaba su poder con mayor comedimiento y responsabilidad. Después de todo, la marca de los realmente grandes no es que tengan poder, sino que saben cuándo y cómo usarlo.

A Sharlario no le sorprendió que Durothil rehuyera los elogios de la gente y cada vez pasara más tiempo solo. El elfo de la luna también había pasado por ello; tras su encuentro con Mahatnartorian nunca había vuelto a ser el mismo. Durante los trescientos años transcurridos desde ese día, no había pasado ni una sola noche sin que el dragón se le apareciera en sueños. Todas las noches, Sharlario tenía visiones en las que volvía a ver cómo la hermosa doncella avariel a la que amaba recibía el fuego de dragón que iba destinado a él, y se desplomaba al suelo con las alas destrozadas. Lleno de una cólera asesina más intensa de la que nunca hubiera sentido, o visto, Sharlario obligó a dos avariels a que lo alzarán por encima del dragón y luego lo dejaran caer sobre el lomo del animal. Mientras el monstruo sobrevolaba las montañas devorando leguas, Sharlario se encaramó a la cabeza del animal y se ató a un cuerno. Entonces, suspendido del cuerno, se descolgó sobre la cara del leviatán y apretó su espada —y su propio rostro— contra la brillante superficie del ojo del

dragón. La furia del elfo era tal que ni siquiera lo afectaba el temor que sabía inspirar el monstruo.

Pero ahora el recuerdo de ese ojo maligno lo atormentaba, así como la promesa del dragón de que se vengaría cuando transcurriera el plazo de su destierro. Lo perseguía en sueños y ensombrecía la felicidad que había encontrado más tarde. Sharlario se había desposado con una elfa de Faerie a la que amaba. Su vida en común había estado llena de pequeños y tranquilos placeres, y de risas compartidas. No obstante, cada noche Sharlario caminaba en sueños sobre los cuerpos de los avariels caídos» lamentando la pérdida de tantos miembros de tan maravilloso pueblo. Y todas las noches veía los rostros de su amada esposa y de sus hijos superpuestos sobre esos cuerpos rotos y calcinados. Sí, Sharlario comprendía perfectamente que Durothil necesitara estar solo para curarse las heridas.

Por esta razón se mantuvo a respetuosa distancia del mago durante varias lunas. Transcurrido este tiempo, pensó que quizás al elfo dorado lo ayudaría hablar con alguien que lo entendiera.

Así pues, se dirigió a la torre del mago. Lo sorprendió un poco que Durothil se mostrara con él tan amigable y cordial. El elfo dorado le sirvió vino élfico con sus propias manos y le hizo muchas preguntas sobre sus últimas andanzas. A Durothil le interesaba especialmente oír noticias acerca de la guerra de dragones y qué repercusiones tenían en la gente elfa.

—¿A ti, como diplomático, no se te ha ocurrido nunca lo que podríamos lograr con una alianza entre los elfos y los dragones bondadosos? —le preguntó Durothil.

Sharlario parpadeó, desconcertado por la sugerencia.

—Es demasiado peligroso. No todos los dragones son malvados, eso es cierto, ¿pero qué razones podría tener un dragón para aliarse con el Pueblo? ¿Qué beneficio podríamos ofrecer a criaturas tan poderosas?

—La magia elfa es poderosa y sutil —replicó el mago—. Aunque es muy distinta de un ataque de dragón, podría complementar y aumentar las armas naturales de un wyrm. Juntos, un mago y un dragón formarían un equipo formidable. Hace mucho tiempo que sueño con un ejército de jinetes de dragón.

—¡Piensa en los reproches que nos ganaríamos si nos entrometiéramos en las guerras de dragones!

—Eso es cierto —admitió Durothil—. Pero si un número suficiente de elfos y de dragones bondadosos se unieran en un propósito común, podrían ayudarse mutuamente a sobrevivir. El número de dragones decrece y no podrán seguir luchando unos contra otros a tal escala, o se destruirán por completo.

En la mente de Sharlario se formó una imagen terrible: el elfo oscuro, Ka'Narlist, montado a lomos de un enorme wyrm negro.

—Pero si los elfos nobles se alian con dragones, los hechiceros malvados no

tardarán en imitarlos. ¿Y qué haremos entonces?

El cuerpo de Durothil dio una sacudida, como si el elfo de la luna lo hubiera golpeado. Entonces se quedó en silencio, sentado y mirando largamente el rostro de su visitante.

—¿Conoces algún mago elfo que se haya vuelto malvado? —preguntó al fin en voz baja.

—Oh, sí —respondió Sharlario sombrío. Entonces le habló del elfo dorado de Atornash y de su encuentro con el hechicero elfo oscuro Ka'Narlist. Durothil escuchaba con horrorizada fascinación.

—¿Y esa daga que te dio... la llevas ahora?

—No. No sé por qué no me gusta tenerla cerca de mí y la guardo en un arcón en mi casa. ¿Por qué?

El elfo dorado no respondió, sino que permaneció sentado, sumido en sus propios pensamientos. Al rato se puso en pie e invitó a su visitante a que lo siguiera.

Durothil vivía en una torre dentro del tronco de un árbol vivo. De los elfos del bosque había aprendido magia silvana para que los árboles crecieran de determinada manera, así como los secretos de cómo vivir en armonía con las necesidades de su viva morada. Su hogar era espléndido, comparado con la media de la aldea, con varias habitaciones apiladas unas encima de las otras dentro del enorme árbol, y otras escondidas entre las ramas, aunque éstas eran más bien portales dimensionales. Durothil condujo a su invitado a una de estas torres construidas por arte de magia.

Sharlario siguió a su anfitrión hasta una amplia habitación que parecía ser una réplica exacta de la meseta situada en la cumbre de la montaña, aunque con una excepción. Protegido de la extremadamente realista ilusión del sol y el viento por la roca, se veía un enorme nido que cobijaba un huevo moteado, de grandes dimensiones y con una cascara correosa.

Sharlario se acercó con cautela y clavó una incrédula mirada en el rostro del elfo dorado.

—¡Es un huevo de dragón!

—De dragón plateado —admitió Durothil—. Muy pronto saldrá del huevo, y yo seré el primer ser en el que la cría posará los ojos. Creerá que yo soy su madre, al menos durante un breve tiempo. Después, lo criaré de modo que sea consciente de su naturaleza y se comporte como lo que es. Pero también le enseñaré las artes elfas: música y danza, astronomía y el arte de la guerra. Por último, le enseñaré a que me lleve a su espalda y a trabajar conmigo en equipo.

El elfo dorado se aproximó al huevo y le dio unas palmaditas cariñosas.

—Tienes ante ti el primer jinete de dragón de Faerun, y habrá otros. Por esta razón necesito tu ayuda, Sharlario.

El elfo de la luna, que pugnaba por asimilar lo que veía, inquirió:

—¿Para qué?

—Yo tengo herederos, pero parece que tenemos poco que decirnos. En cambio, tú tienes buena mano con los elfos jóvenes y un buen número de hijos muy inquietos. Ayúdame a entrenar a este dragón y después enseña a los jóvenes. Juntos alcanzaremos el conocimiento; yo como jinete del dragón y tú como maestro de los que me seguirán. Hace muchos años que trabajo para ello —añadió Durothil muy serio—. Ésta es la mejor manera que se me ha ocurrido para vencer de una vez por todas a los dragones malvados.

La imagen de los avariels caídos pasó como una centella por la mente de Sharlario. Entonces asintió pensativo, se situó junto al mago y colocó una mano sobre el huevo, como si hiciera una promesa.

El tiempo transcurrió y el dragón de Durothil satisfizo todas las expectativas del mago, y mucho más. En una lamentable falta de originalidad, sin duda causada por la emoción que le causó el nacimiento de la hembra dragón, Durothil le impuso el nombre de Ala de Plata, y llegó a encariñarse tanto con ella que, a veces, Sharlario sospechaba que el mago amaba más a su hija plateada que a sus propios retoños dorados. Ciertamente, parecía entenderse mucho mejor con la dragona, y ambos se comunicaban telepáticamente, de una manera muy similar a como solían nacerlo los elfos.

Rápidamente, la criatura pasó de ser una simpática cría a un ser considerado e inteligente que aprendía todo lo que sus tutores le enseñaban con un placer que sobrepasaba incluso el ansia innata de los elfos por el conocimiento y la belleza, y también el arte de la guerra. Ala de Plata y Durothil aprendieron a trabajar juntos para crear hechizos y lanzar ataques que ningún elfo ni dragón solos pudieran contrarrestar. A medida que los años iban transcurriendo, los tres aprendieron que elfos y dragones podían ganar otra cosa aliándose: amistad.

La dragona hizo prácticas de vuelo durante casi veinte años dentro de los confines de una de las dimensiones mágicas de Durothil. Ala de Plata veía el mundo exterior a través de bolas de cristal que ella y su mentor creaban juntos, y trataba de ocultar la inquietud que sentía y que cada vez era más fuerte. Finalmente, llegó el día en el que Durothil proclamó que estaba lista para aventurarse en el mundo exterior.

Por petición del elfo dorado, Sharlario fue el primero en dirigirse a la cima de la montaña. Durothil había preparado un conjuro que transportaría a la dragona y a su jinete desde su hogar mágico al mundo exterior. Pero primero necesitaba información sobre los vientos, que no percibía en sus bolas de cristal adivinatorias. Sharlario iría delante y le comunicaría la información.

El elfo de la luna abandonó la aldea en el bosque antes del amanecer, pues Durothil creyó más adecuado que Ala de Plata tratara de volar al alba, cuando el aire

estaba en relativa calma. Sharlario escaló la montaña con la misma seguridad que un gato en la oscuridad. Mientras andaba, trataba de no pensar en la batalla iniciada allí mismo tres siglos atrás.

Apenas había llegado a la cumbre cuando un rugido familiar resonó en el aire. La pesadilla se hacía realidad: Mahatnartorian se separó de las nubes del amanecer y se lanzó hacia él como una centella de alas color de sangre.

No tenía tiempo de huir; Sharlario ya sentía el calor que emanaba del aliento del gran wyrm. Puesto que no podía hacer otra cosa, desenvainó la espada y se dispuso a morir luchando.

Pero el dragón no iba a contentarse con un golpe rápido; interrumpió el descenso en picado y arrojó al elfo un objeto de grandes dimensiones. Sharlario cayó y rodó a un lado, al tiempo que fragmentos de cristal y de magia multicolor !XXXestallaban contra la montaña. Un disco redondo rodó hacia el elfo; un pedazo de mármol verde de excelente calidad y suficientemente pequeño para que le cupiera en la palma de la mano. Los ojos de Sharlario se abrieron desmesuradamente al reconocer la base de una de las bolas de cristal que Durothil y Ala de Plata habían creado.

La risa burlona del dragón rojo resonó por las laderas de las montañas, y Sharlario supo que había sido traicionado.

Al elfo de la luna le sorprendió que esa traición le causara un dolor tan intenso. Pese a que el antiguo príncipe nunca había ocultado que creía a los elfos dorados superiores a todos los demás, durante los años de trabajo en común habían llegado a crear un vínculo cercano a la amistad, o al menos eso creía Sharlario.

El elfo de la luna se levantó y anduvo hasta el centro de la llana cumbre. Entonces, desenvolvió la esfera que Durothil le había dado para transmitir la información que necesitaba y la colocó en el suelo, para que el traidor pudiera contemplar y saborear su triunfo. A continuación, desenvainó de nuevo la espada y se aprestó a recibir al dragón, y la muerte.

Mahatnartorian empezó a describir círculos. Sharlario había aprendido lo suficiente sobre dragones para saber qué se avecinaba; el dragón rojo estaba concentrando poder, alimentando su fuego interior para soltar un flamígero aliento de tremenda magnitud.

El elfo de la luna miró y se resignó a su fin. Había tenido una larga vida y se aproximaba el momento en el que recibiría la llamada para regresar al hogar de Arvador. Él no hubiera elegido esta manera de presentarse ante los dioses, pero no tenía elección.

De pronto dio un respingo y contempló con ojos entrecerrados una banda plateada, apenas visible contra las nubes.

Un instante más tarde ya no hubo duda: Ala de Plata se lanzaba en picado contra el dragón rojo, disparada como una flecha contra su congénere de mucho mayor

tamaño.

Los labios del elfo de la luna musitaron una angustiosa negación, mientras la magnífica criatura a la que él había entrenado y a la que tanto amaba se precipitaba sobre la espalda del dragón rojo. Pero antes de desgarrar las correosas alas de Mahatnartorian, el wyrm giró sobre sí mismo en pleno vuelo y atrapó a la joven hembra en un abrazo. Los dos dragones giraron al unísono, ambos buscando la oportunidad de hundir sus garras en el rival.

Era una lucha desigual, por lo que pronto se dirimió. La cabeza de Ala de Plata cayó hacia atrás y los colmillos del wyrm rojo casi partieron el grácil cuello de la hembra. Sus refulgentes alas se agitaron sin fuerza, mientras su cuerpo se desprendía de las garras del dragón rojo y empezaba a caer.

Pero la caída se detuvo de repente y el cuerpo de Ala de Plata pareció rebotar, como si estuviera suspendido de las garras de Mahatnartorian por una cuerda flexible. La piedra que pisaba Sharlario se estremeció con el grito de rabia que lanzó el dragón rojo al tratar, en vano, de deshacerse de su víctima.

Sharlario contempló perplejo cómo el vuelo del gran wyrm se hacía cada vez más lento hasta que las alas carmesíes dejaron de moverse y ambos dragones, entrelazados, cayeron en picado hacia las montañas.

En concreto, hacia la montaña donde estaba Sharlario.

El elfo de la luna giró sobre sus talones y huyó, medio corriendo medio deslizándose por la ladera. Al llegar al primero de los árboles, se agarró y se dispuso a luchar para salvar la vida. El impacto hizo que se estremeciera la montaña, y el elfo a punto estuvo de salir despedido.

Cuando de nuevo reinó la calma y el silencio, Sharlario escaló la montaña para dar su último adiós a su querida amiga. Al llegar a la cumbre, contempló asombrado la extraña sustancia verde y viscosa que unía los tres cuerpos que se habían estrellado contra la roca.

Mahatnartorian había sido el primero en chocar contra la montaña y Ala de Plata lo había aplastado bajo su peso. Durothil aún la montaba. El elfo dorado se movió levemente y su mirada moribunda se posó en el rostro de Sharlario.

—No —advirtió al elfo de la luna cuando éste hizo ademán de acercarse para ayudarlo—. Las cadenas de Ghaunadar no son para los que son como tú. Espera... pronto se desvanecerán.

Y era cierto, la sustancia pegajosa desaparecía rápidamente. Tan pronto como el mago quedó libre, Sharlario se acercó a él para ver qué podía hacer. Al desgarrar la túnica del elfo dorado, destrozada y empapada de sangre, supo que no había remedio. Durothil tenía aplastados todos y cada uno de los huesos del pecho, y moverlo sólo aceleraría el final.

De la comisura de los labios empezaba a manar una espuma roja.

—Enseña a los demás —murmuró—. Júralo!

—Lo juro —dijo el elfo de la luna, sintiéndose culpable por haber sospechado del mago—. Amigo mío, lo siento. Creí que...

—Lo sé. —Durothil sonrió apenas, burlándose de sí mismo—. No te preocupes. Todo está bien, amigo mío. Ya ves, Ghaunadar ha tenido su sacrificio.

Tuvieron que pasar muchos años antes de que Sharlario entendiera qué había querido decir Durothil. El elfo de la luna nunca habló a los demás elfos del pacto entre el mago y el pérfido dios Ghaunadar, ni de sus sospechas de que Durothil había estado a punto de dar un final muy distinto a las cosas.

Pero no había ninguna necesidad de empañar la fama de alguien a quien todos consideraban un héroe, ni tampoco enfriar el entusiasmo de los elfos más jóvenes, que vieron cómo incluso un dragón apenas salido del nido, si estaba bien entrenado, podía abatir a un wyrm grande y malvado. Finalmente, se dijo Sharlario, no sólo importaba que uno tomara decisiones honorables, sino también las tentaciones que debía vencer para llegar a tomarlas.

Según esto, el príncipe Durothil era un héroe.

Desde el abismo

En el fango gris que cubría el Abismo se formó de repente una gran burbuja, que estalló, vomitando vapor y hedionda mugre al aire frío y húmedo. El ser que en otro tiempo fue la diosa Araushnee esquivó instintivamente las salpicaduras e hizo caso omiso de la erupción. Ya estaba más que acostumbrada a tales cosas, pues moraba en el Abismo desde hacía mucho tiempo.

Como la mayoría de *tañar'ris*, Araushnee había adoptado un nuevo nombre. Ahora era Lloth, la Reina Demoníaca del Abismo o, para ser más precisos, había conquistado una porción considerable del Abismo y era una de los *tanar'ris* más poderosos de ese mundo gris. Las aterradoras criaturas que temblaban ante ella y cumplían sus órdenes sin rechistar eran legión.

Lloth no sólo dominaba a los moradores del Abismo, sino también a algunos de los dioses que habían terminado allí, ya fuera por voluntad propia o por la fuerza. Su lucha con Ghaunadar había sido larga y encarnizada.

El Mal Elemental no fue uno de los dioses que Araushnee reclutó para tratar de derrocar a Corellon. El mal que anidaba en el corazón de la diosa franqueó a Ghaunadar la entrada al Olimpo, adonde acudió de motu proprio, movido por las ambiciones y el orgullo de la diosa. La expulsión de ésta de Arvandor lo llenó de alegría, ya que codiciaba la agitada energía que era Araushnee y deseaba asimilarla.

El dios ancestral la siguió desde el Olimpo y, una vez en el Abismo, trató de atraerla y conquistarla. Pero no consiguió ni una cosa ni la otra. Presa de rabia, Ghaunadar acabó con muchos de sus más poderosos adoradores y a otros les arrebató el ser. De este modo exterminó a especies enteras y redujo a otras a lastimosas criaturas rastreras, sin capacidad de raciocinio ni voluntad. Pero, haciéndolo, Ghaunadar sacrificó asimismo gran parte de su poder.

De eso culpaba a Lloth. Ahora era su enemigo y rival en todo. Pese a que él era uno de los dioses ancestrales, tenía que reconocer que Lloth era más poderosa. Y no era el único, incluso la pavorosa Kiaranselee rendía homenaje a la Reina Demoníaca.

Lloth lanzó una mirada de aversión hacia el rincón del Abismo donde reinaba la diosa de los no muertos. Kiaranselee era también una elfa oscura, aunque ella gustaba de llamarse «drow». Sus seguidores no eran más que lamentables sombras de lo que en otro tiempo habían sido; perversos elfos procedentes de un antiguo mundo, a los que Kiaranselee mató y convirtió en autómatas que la servían. Cuando no estaba en remotos mundos hostigando a sus hijos drows, la diosa de los no muertos se contentaba con reinar en su gélido rincón del Abismo. Kiaranselee se sometía a Lloth,

porque no le quedaba otro remedio. En ese lugar mandaba la que fuera diosa del destino de los elfos oscuros.

Y así, acaeció que la que había sido Araushnee poseía todo lo que en otro tiempo codiciaba: poder inimaginable, un reino propio, dioses que se arrodillaban ante ella, poderosas criaturas que temblaban ante sus antojos.

Lloth reprimió un bostezo.

Todo era tan predecible en el Abismo. Reinaba por derecho de conquista, pero se aburría tanto que en una o dos ocasiones había estado tentada de tratar de entablar conversación con algunos de los sicarios no muertos de Kiaranselee. Lloth tenía poder, pero se sentía insatisfecha.

—Te maldigo, Corellon, a ti y a los tuyos —murmuró Lloth por enésima vez en los muchos siglos que habían transcurrido desde que fuera expulsada.

La *tanar'ri* de misteriosa belleza se dejó caer en un trono que sus servidores habían tallado en un hongo seco. Apoyó el mentón en las manos y, una vez más, reflexionó sobre su destino.

Todo el poder que había adquirido en el Abismo no la compensaba por su pérdida de posición. Ya no era una diosa, sino una *tañar'ri*. Ahora tenía un aspecto más seductor y gozaba de más poder que la mayoría de las criaturas que poblaban el Abismo, pero ya no era lo que había sido. Por grande que fuera su poder en ese plano gris e infestado de hongos, aún tenía una cuenta pendiente con Corellon.

De pronto, Lloth se irguió en el trono y sus ojos carmesíes centellearon. ¡Pues claro! Ahora que tenía poder reivindicaría su condición divina. El mismo Ghaunadar le había mostrado la manera de conseguirlo; el Prístino buscaba nuevos adoradores para reconstruir su poder. ¿Por qué no hacía ella lo mismo?

Como *tanar'ri* Lloth nunca podría regresar al Olimpo, e incluso como diosa es posible que nunca llegara a acumular suficiente poder para conquistar Arvador. Pero golpearía el Seldarine allí donde pudiera.

Destruiría a sus hijos mortales.

Habían pasado siglos desde la muerte del gran mago Durothil y desde que el maestro jinete de dragones, Shar-lario Flor de Luna, fuera llamado a Arvador. Para los descendientes de uno y de otro, Faerie era únicamente un lugar de leyenda. Faerun era su verdadero hogar y allí habían desarrollado una magnífica cultura a partir de la herencia de todos los mundos de los que tuvieron que huir sus antepasados.

Algunos elfos del bosque seguían viviendo tal como lo habían hecho durante tiempo inmemorial, pero muchos miembros del Pueblo se alejaron de la vida del bosque y construyeron ciudades que nada tenían que envidiar al esplendor de Atornash. Ocultas entre los árboles y encaramadas en las montañas, se erguían

maravillosas moradas de cristal y ópalo, calles pavimentadas con piedras preciosas, y comunidades de artesanos, eruditos, magos y guerreros. Esos elfos producían maravillosas obras de arte, armas mágicas, y alcanzaban una deslumbrante destreza en la lucha.

En esos centros de estudio florecía el arte de la Alta Magia. Se establecieron Círculos, que eran pequeños grupos de archimagos, de gran poder, que juntos eran capaces de lanzar hechizos inimaginables para un elfo solitario. Cada Círculo tenía su sede en una torre, que pronto se convertía en el punto central de cualquier comunidad elfa. Una de las funciones más útiles de dichas torres era la de enviar rápidamente mensajes de un enclave elfo a otro, lo que impedía que hubiera comunidades aisladas. Pese a los crecientes problemas con los ilythiiris del sur, parecía que el Pueblo sería capaz de alcanzar una considerable unidad en Faerun.

Pero esa riqueza y poder también trajeron muchos nuevos peligros. Los elfos oscuros del sur realizaban incursiones en las rutas comerciales y comunidades agrícolas. Algunos de esos asaltantes se establecieron en el extremo norte, donde durante el día se escondían en cuevas, de las que salían para atacar bajo el manto de la oscuridad.

Los ataques de dragones continuaban, aunque gracias al esfuerzo conjunto de la Alta Magia y los jinetes de dragón, los elfos tal vez se convertirían en la raza dominante de Faerun, en sustitución de los dragones. Pero lo que más temían los elfos no era la poderosa magia del sur ni la amenaza de los wyrms: sus enemigos más peligrosos eran los orcos.

Durante muchos años, los orcos atacaban como lobos solitarios y de vez en cuando robaban una cabra de un remoto prado. Asimismo atacaban a todo elfo con el que se toparan. Pero la mayoría de las comunidades elfas —incluso las pequeñas aldeas habitadas por campesinos— poseían armas y magia, así como destreza en el manejo de ambas para repeler esos ocasionales ataques.

Pero los orcos eran una raza muy prolífica y, de vez en cuando, su número crecía hasta tal punto que los clanes abandonaban sus guaridas situadas en las tierras altas y formaban hordas que se desparramaban como una plaga de langostas, devorando todo lo que encontraban a su paso.

En el otoño del Año de las Sirenas Cantoras, la oleada de orcos sobrepasó todo lo ocurrido. Invadieron las llanuras del norte y se internaron en el corazón de los bosques. Después de conquistar Occidian —el gran centro de la música y la danza élficas— los orcos llegaron a las mismísimas puertas de la antigua ciudad Sharlarion.

En ese tiempo, la Torre de Durothil estaba habitada por la archimaga Kethryllia. Esta hermosa maga-guerrera también era conocida por el nombre de Amarilis —como la flor—, en parte por sus cabellos rojizos y en parte por el ardor que demostraba en la batalla.

Como la mayoría de sus congéneres, Kethryllia se dedicó al estudio de muchas artes en su larga vida, pero concentró sus habilidades en una única obra: durante décadas había trabajado para forjar y encantar una gran espada. Precisamente hacía dos noches, en un rito en el que invocó luz de estrellas y magia en la meseta situada en la cima de la montaña, que ahora se conocía como Salto de los Jinetes de Dragón, lo logró. Hacía años que los místicos predecían que esa espada —*Dharasha*, que significaba «destino»— desempeñaría un importante papel en la historia del Pueblo.

¿Y qué otra cosa podría ser que la protección de la ciudad?

Desde su torre, Kethryllia oía los desesperados murmullos de su gente y sus frenéticos preparativos para la guerra. Ya sólo podían confiar en su destreza con las armas, pues la Torre de los Magos estaba vacía y silenciosa. En el pasado, el Círculo había establecido lazos de unión con sus hermanos magos de la lejana Torre de Occidian para ayudar y contribuir a la defensa de la ciudad. Pero, inexplicablemente, los orcos y sus desconocidos aliados habían penetrado en las defensas mágicas y destruido la Torre. La reacción mágica que se produjo acabó asimismo con los archimagos de Sharlarion. Así pues, los elfos dependían de sus armas y de su magia en la lucha, y de aquellos de habilidad probada en ambas lides. Kethryllia Amarilis era una maestra en una y otra arte; las canciones y leyendas sobre sus proezas la precedían.

En sus siglos de vida, la elfa de la luna había ayudado a repeler hordas de orcos, había hecho frente a las incursiones de elfos oscuros y había ayudado a su gente a encontrar y matar a un dragón verde que acosaba a los viajeros que pretendían llegar a la ciudad del bosque. Kethryllia incluso había plantado cara a la magia negra, capaz de levantar a los muertos y convertirlos en guerreros sin voluntad propia pero prácticamente imparable. La maga-guerrera había perdido a su hermana, y casi la vida, contra las incansables -espadas de una hueste de zombis. Su manera de responder a todos esos males fue depositar en *Dharasha* sus conjuros más potentes. Ya era hora de poner a prueba los poderes del arma.

Pero habían pasado muchos años desde la última vez que Kethryllia luchó. Últimamente había estado pensando que quizá le había llegado la hora de sentar la cabeza y formar su propio clan, antes de que la llamada de Arvador se hiciera tan intensa que no pudiera hacer oídos sordos.

Los labios de Kethryllia se curvaron en una sonrisa al pensar en Anarallath, el alegre clérigo de Labelas Enoreth con quien la unía un lazo más profundo que la amistad o la pasión, aunque, entre ellos había ambas cosas. Ya era hora de que se casaran. Ella ya no era joven, ni siquiera para ser elfa, aunque conservaba la misma agilidad que cuando era una doncella elfa, y los mismos cabellos rojo fuego. Sí, ya era hora de que formalizaran su amor.

Mientras se preparaba para la batalla, ni se le pasó por la cabeza la posibilidad de

que sus lazos de amor pudieran romperse ese día, o que el clan que esperaba fundar pudiera morir antes de nacer.

La elfa se puso una armadura de cuero acolchado, sobre la cual se colocó un largo chaleco de diminutas piezas de bronce y plata; una magnífica armadura casi tan flexible como si fuera una cota de malla. Era un homenaje a los dragones de bronce y de plata que guardaban la ciudad. Pero los jinetes de dragón, la segunda defensa más fuerte de Sharlarion, se encontraban muy al sur, donde una pareja de dragones negros asolaba la campiña a fin de conquistar un nuevo territorio para su prole.

Con los archimagos muertos y los jinetes de dragón lejos, ésta era la batalla de Kethryllia, y la elfa se dio cuenta de que se sentía impaciente. La maga guardó la espada en su nueva vaina e introdujo cuchillos en fundas que llevaba en las botas y alrededor del antebrazo. En un impulso, cogió una antigua daga, una maravillosa arma adornada con piedras preciosas que había descubierto hacía poco envuelta y guardada en un arcón en un rincón de la Torre de Durothil. La leyenda decía que, en otro tiempo, perteneció a uno de los fundadores de la ciudad. Kethryllia la llevaría para defender Sharlarion y el legado que Sharlarion Flor de Luna dejó tras de sí. Una vez estuvo lista, la elfa metió sus rojas trenzas bajo un yelmo alado y salió al patio.

Pese a que casi todos sus habitantes estaban prestos para la batalla y en posición, un extraño silencio se había apoderado de la ciudad. Los elfos se mantenían en una disciplinada formación. En primera línea, fuera del perímetro de la villa, había una barrera de contención, formada por gran número de defensores. Sharlarion no tenía murallas de piedra ni de madera, pues se fusionaba con el bosque. Detrás de esa primera defensa, venían los arqueros. Ante ellos, el suelo estaba erizado de flechas listas para ser disparadas, y sus aljabas eran tan grandes y se veían tan repletas como la cesta de un campesino en la época de la cosecha. Inmediatamente detrás de los arqueros, había elfos armados con espadas y lanzas. Ese grupo acabaría al instante con cualquier orco que lograra traspasar las defensas anteriores. El siguiente anillo de defensores lo formaban magos que, pese a no tener la categoría de archimagos, resultaban no menos temibles. Los clérigos esperaban para atender a los heridos, e incluso los niños se movían con silenciosa eficiencia: acarreando cubos de agua, machacando hierbas para hacer cataplasmas o enrollando vendas.

Kethryllia asintió mientras contemplaba a los elfos a punto para la batalla. La elfa ocupó su lugar entre los guerreros, y con ellos escuchó el inquietante retumbo, cada vez más intenso, que precedía a la horda de orcos.

Al ver al primero de ellos, se levantó un murmullo de consternación en las filas elfas. Los orcos avanzaban decididos por la ruta comercial, en perfecto orden. A los costados marchaban otros escuadrones, siguiendo el paso que marcaban los primeros y en formación tan apretada como lo permitía la densa vegetación.

No era el comportamiento usual de los orcos. Kethryllia, que conocía de primera

mano sus tácticas, supo que había un cerebro dirigiendo sus movimientos. Y puesto que los orcos respetaban mucho más la fuerza bruta que la inteligencia, era muy probable que sus desconocidos comandantes dispusieran de una cantidad considerable de ambas.

Por primera vez, la seguridad de Kethryllia en el resultado de la batalla flaqueó.

De repente, los orcos se detuvieron y pudo observarse movimiento en la retaguardia, pero ningún elfo fue capaz de determinar su causa. Súbitamente un áspero ruido sordo resonó entre los árboles. Una descomunal flecha en llamas pasó por encima de las cabezas de los orcos, siseando, y descendió hacia la ciudad dibujando un arco.

—Una balista —murmuró Kethryllia incrédulamente. Los orcos apenas empezaban a manejar los sencillos arcos largos que habían copiado de sus enemigos, los elfos. ¿De dónde habían sacado la balista?

Afortunadamente, los magos esperaban flechas de fuego, si bien de tamaño mucho menor. Una elfa de cabello rubio muy claro apuntó al proyectil en llamas con una vara de cristal y gritó una única palabra. Una llamarada blanca salió disparada de la vara en dirección al proyectil. El fuego de éste se congeló al instante y flotó en el aire un momento, brillando como una gigantesca antorcha mágica de ámbar y rubí. Después cayó en el patio de una morada elfa y se hizo pedazos sin causar daño a nadie.

Los orcos dispararon más proyectiles incendiarios, pero todos corrieron la misma suerte. Cuando los atacantes se dieron cuenta de que esa táctica era inútil, una orden retumbó entre la horda oreca, y una avalancha de las bestiales criaturas cargó con un bramido.

La barrera defensiva de elfos se agachó y los arqueros descargaron una tormenta de flechas contra los atacantes. Su puntería era tan certera que los orcos caían como las espigas cortadas por la guadaña.

Los proyectiles elfos diezmaban una oleada tras otra de atacantes. Muy pronto, éstos andaban sobre una gruesa alfombra de compañeros muertos, que contribuían a hacer más gruesa con sus propios cadáveres. Las bajas oreas eran tan numerosas que los elfos que formaban la barrera defensiva tuvieron que retroceder hacia la ciudad.

Kethryllia frunció el entrecejo al contemplar la continuada matanza. Pese al gran número de orcos muertos que yacía sobre el suelo del bosque, aún quedaban muchos atacantes. Era posible, pensó la elfa, que ese éxito condujera a los suyos a la derrota.

La pila de cadáveres empezaba a rodearlos y empujaba a los defensores hacia la ciudad. No pasaría mucho tiempo antes de que los edificios más exteriores de la misma quedaran al alcance de los orcos. Y, una vez que los invasores los ocuparan, podrían conquistar la ciudad fácilmente, pues la mayoría de los edificios estaban conectados mediante una intrincada y casi invisible red de pasarelas que iban de árbol

a árbol.

Por si fuera poco, la espeluznante pared de cadáveres mermaba la efectividad de los arqueros. Los elfos ya no podían ver sus objetivos y disparaban a ciegas, por encima de la pila de orcos muertos, con la esperanza de dar en el blanco. Pero el ruido de flechas contra escudos de madera y de piel sugería que esa táctica no estaba teniendo éxito.

De pronto, Kethryllia comprendió la estrategia de los orcos; usaban deliberadamente los cuerpos de sus hermanos como un puente hacia la victoria. En pocos minutos, una avalancha de enemigos bajaría por la pila de muertos y los arqueros elfos no podrían contenerlos.

Bueno, pues los elfos los ganarían por la mano.

—¡Seguidme! —gritó Kethryllia, enarbolando la espada—. ¡Seguidme todos los que queráis luchar contra los orcos!

Los elfos se quedaron atónitos y guardaron silencio unos segundos, mientras contemplaban a la suicida guerrera. Entonces Anarallath se abrió paso a empujones entre las filas de clérigos y se puso a su lado.

La elfa le lanzó una mirada de incredulidad. Desde luego Anarallath no era un cobarde, pero tampoco estaba entrenado para este tipo de lucha. El clérigo sonrió y se encogió de hombros.

—Quizá ya echo de menos Arvador —comentó con forzado sentido del humor. Pero enseguida su rostro se puso serio y alzó la voz para que llegara hasta las últimas filas de guerreros—: ¡Si no luchamos todos, Arvador será el único hogar que le quedará a nuestra gente!

Las palabras de Anarallath tuvieron la virtud de galvanizar a los guerreros, que, todos a una, se pusieron al lado de la elfa plateada. Si un clérigo desarmado tenía el valor de cargar contra una horda de orcos, ellos no podían ser menos. Kethryllia sospechaba que ésa había sido precisamente la intención de Anarallath.

El clérigo dirigió una sonrisa de autosuficiencia a su amada, al tiempo que aceptaba una espada corta de uno de los guerreros.

—Bueno, Amarilis, ¿diriges tú el ataque o prefieres que lo haga yo?

—Lo haremos juntos —respondió ella con profunda gratitud. Entonces no pudo resistirse a devolverle la broma y añadió—: Pero trata de no quedarte atrás.

La carcajada de Anarallath fue ahogada por el sonoro grito de guerra de Kethryllia. La elfa de la luna trepó por el muro de orcos muertos y se lanzó contra la siguiente oleada de atacantes.

Los orcos quedaron tan sorprendidos que detuvieron su embestida, pero por poco tiempo. Las bestiales criaturas sonrieron con ferocidad, dejando al descubierto los colmillos, y arremetieron contra los elfos con renovado vigor. Los orcos disfrutaban matando elfos, en cualquier número y de cualquier forma, aunque la más satisfactoria

era en el combate cuerpo a cuerpo.

Los ágiles elfos luchaban con gracia y rapidez en medio del barullo, dando varias estocadas por cada una que asestaban los orcos, mucho más lentos. Kethryllia parecía estar en todas partes. Su gran espada centelleaba al desviar las hachas de guerra de sus enemigos. Y allí adonde iba, la seguía Anarallath. El clérigo no era un guerrero tan diestro como ella, pero la comunión entre sus mentes y sus almas les permitía luchar juntos con tanta facilidad y eficacia como si fueran magos unidos para lanzar un solo hechizo.

Pero a medida que la batalla se prolongaba, Kethryllia empezó a preguntarse si había hecho lo correcto. Los guerreros elfos se encontraban inmovilizados entre los orcos muertos y las hordas atacantes. Por suerte, el gran número de orcos se había convertido en una desventaja, ya que tal era su ansia por entablar combate con sus enemigos elfos que rivalizaban con sus propios por ver quién atacaba. Además, en muchas ocasiones las hachas y espadas oreas se hundían en carne oreas, ya fuese por accidente o por la impaciencia.

Al fin la batalla acabó. La mayoría de los defensores elfos habían caído, y los pocos supervivientes de los centenares de orcos que atacaron Sharlarion huían atropelladamente hacia el bosque.

—Espero que los lytharis os den la bienvenida con sus dientes —mascullo Kethryllia, al tiempo que envainaba su espada.

Entonces vio al comandante orco. Una mancha oscura, que la elfa había tomado por una sombra del bosque, se separó del denso follaje y se elevó hasta alcanzar el doble de altura que un elfo. Era una criatura con cuernos y un rostro que a Kethryllia le recordó un babeante jabalí salvaje sediento de sangre. Su macizo cuerpo tenía la forma de un orco, aunque de su torso sin vello brotaba un par extra de musculosos brazos. En los hombros tenía alas semejantes a las de un gigantesco murciélago. Excepto por sus ardientes ojos carmesíes, la criatura era del color apagado y sin vida de la madera reseca.

El ser del Abismo soltó un rugido mucho más terrible que el de un dragón y levantó sus cuatro garras, preparado para lanzar un ataque mágico.

—¡Aún no habéis vencido a Haeshkarr!

Kethryllia no esperaba nada semejante. Mientras la perpleja guerrera permanecía inmóvil, Anarallath gritó a sus hermanos clérigos que lo siguieran. Entonces se lanzó hacia adelante, enarbolando el símbolo sagrado de Labelas Enoreth y entonando el hechizo de expulsión más poderoso que conocían los sacerdotes de Sharlarion.

Uno a uno, los clérigos se unieron al canto. Por efecto de su ataque combinado, el bosque que había tras el *tanar'ri* pareció disolverse en un remolino de niebla gris. La sólida figura de la criatura empezó a temblar y a desvanecerse, hasta convertirse en translúcida bruma que, inexorablemente, era absorbida por el remolino.

El *tanar'ri* Haeshkarr lanzó un grito de furia mientras era impelido hacia la puerta. Entonces, súbitamente y con una rapidez tal que incluso a los ojos elfos les costó seguir sus movimientos, el *tanar'ri* se abalanzó sobre el clérigo que lo había derrotado y lo atrapó. Después, con la misma rapidez, Haeshkarr y Anarallath desaparecieron.

Kethryllia actuó instintivamente. Sin dudarlo ni un momento corrió como un gamo hacia la puerta, que ya empezaba a cerrarse, y se lanzó de cabeza al Abismo.

La guerrera se encontró sola en un mundo de brumosos remolinos grises. En el aire frío y húmedo resonaban gritos lejanos y gruñidos, pero los únicos signos de vida eran los achaparrados hongos gigantes que crecían en el lodo.

De pronto, la neblina dejó al descubierto al *tanar'ri*. Haeshkarr llevaba a Anarallath sobre los hombros, como haría un cazador con un venado, y con dos de sus manos sujetaba al clérigo, que se debatía. La criatura levantó una de las manos que le quedaban libres y señaló a Kethryllia.

—Mátala y después ven —gruñó a alguien oculto a la vista de la elfa. Nada hubiera importado que conociera a su rival, pues Kethryllia ya corría hacia el *tanar'ri*. Pero la densa niebla gris envolvió al demonio y a su presa como si fuera un denso manto.

Un chillido ahogado, semejante a un ulular, resonó por encima de la cabeza de Kethryllia. La guerrera se agachó a tiempo de esquivar a una criatura del tamaño de un águila, que surgió de pronto de la niebla y que se abalanzó sobre ella con un furioso aleteo.

Kethryllia se hizo a un lado y levantó la mirada hacia la inmunda niebla entrecerrando los ojos. Seis taimadas criaturas aladas volaban sobre ella en círculos, como cuervos que evaluaran el ágape que les ofrecía un reciente campo de batalla. Kethryllia desenvainó la espada y asestó una estocada al segundo de los demonios que la atacó. Pero la criatura era ágil y pudo cambiar de dirección antes de que el arma la tocara. Entonces empezaron a hostigar a la elfa desde todos lados. Kethryllia no tardó mucho en darse cuenta de que nunca podría vencerlas mientras volaban.

Deliberadamente, disminuyó el ritmo de sus movimientos, falló paradas y aceptó algunos mordiscos y zarpazos de las criaturas. Tan pronto como las creyó convencidas de que habían vencido, la elfa se derrumbó y cayó de bruces sobre el efervescente suelo, con la espada cerca de sus dedos.

Los demonios aterrizaron y empezaron a dar vueltas a su alrededor con precaución. Uno de ellos avanzó y le desgarró la mano con una zarpa, a modo de prueba. Kethryllia pugnó por mantenerse inmóvil. Entonces, con risas socarronas de malvado júbilo, los demonios se acercaron para devorarla.

Kethryllia agarró rápidamente a *Dharasha* y ejecutó un amplio y potente cortapie, al tiempo que aprovechaba el impulso para sentarse. La poderosa espada

atravesó a dos de las sorprendidas criaturas, pero las demás graznaron y aletearon, dispuestas a alzar el vuelo. Kethryllia completó el círculo a su alrededor mientras se iba poniendo de pie. Después de dibujar tres círculos describiendo una espiral ascendente con la espada, cinco demonios yacían sin vida.

La guerrera elfa se abalanzó sobre el único demonio que había conseguido alzar el vuelo, y a duras penas pudo agarrarlo por el tobillo. Pero la criatura era más fuerte de lo que Kethryllia se imaginaba y tiró de la guerrera. Ambas cayeron al lodo. Pero el demonio se puso instantáneamente en pie y, renqueando a una velocidad asombrosa, arrastró a la elfa.

Kethryllia trató de levantar la espada y resistirse, pero el espeso lodo por el que era arrastrada le mantenía el brazo derecho inmovilizado contra el costado. La elfa se abrazó al tallo de un hongo con las botas, tratando de frenar el precipitado vuelo del demonio. La frágil planta cedió inmediatamente, lanzando al aire una lluvia de irritantes y fétidas esporas. A Kethryllia le ardían los ojos, le dolían tanto como si una mofeta le hubiera lanzado en plena cara su líquido.

No obstante, aunque estaba cegada y todos los músculos del cuerpo le dolían, la elfa de la luna no se dio por vencida. Tenía una posibilidad de someter a ese demonio y obligarlo a que la condujera a su amo. O, al menos, podía destruir a los secuaces del *tanar'ri* y esperar que así atraería su furia hacia ella. A Kethryllia no se le ocurría otro modo de dar con el *tanar'ri* y con su amado en ese vasto y sombrío lugar.

Súbitamente, el brazo de la elfa recibió una sacudida tan fuerte que se dislocó. El demonio había desistido de tratar de desembarazarse de ella y había alzado otra vez el vuelo.

La dolorida Kethryllia seguía sin poder ver, pero sabía hacia dónde blandir la espada. El demonio batía desesperadamente las alas e, involuntariamente, ayudó a la elfa a ponerse en pie. Entonces Kethryllia trazó un arco con *Dharasha*. Se oyó un chillido breve y terrible, seguido por un torrente de icor hirviendo.

La guerrera arrojó a un lado el pedazo de demonio al que seguía agarrada y se apartó bamboleándose del humeante charco maloliente. La elfa prefirió envainar su espada antes que dejarla en el suelo, pues temía que el revuelto lodo que pisaba pudiera arrebatarla. Entonces empezó a curarse las heridas.

Primero se agarró el hombro con la mano sana y volvió a colocar el hueso en su sitio. Se hizo mucho daño y, además, el hombro le dolería horrores durante días. Pero Kethryllia sabía que en la lucha iba a necesitar todo el servicio que ese hombro pudiera prestarle. Hecho esto, rebuscó en su bolsa la poción curativa que todos los guerreros de Sharlarion llevaban. Retiró el tapón con los dientes, vertió una pequeña cantidad en una mano y se lo aplicó. Luego se dio un masaje con él sobre los párpados de los ojos, que le ardían.

El terrible y entumecedor frío que reinaba en el Abismo la ayudó, pues,

extrañamente, parecía paliar el dolor y acelerar la recuperación de la vista. O quizás era que ahora que el dolor disminuía, empezaba a notar el frío. Fuera como fuese, el húmedo y fresco aire se había convertido en ráfagas de viento glacial que llevaban consigo un hedor mucho peor de lo que Kethryllia hubiera creído posible.

Por entre la bruma de sus ojos, aún doloridos, la guerrera vio ante ella a una hermosa elfa de piel oscura, más alta y más terrible que cualquier mortal. La criatura temblaba presa de una rabia apenas contenida. Pese al frío, se cubría únicamente con vaporosas telas negras y un tesoro en joyas de plata digno de un dragón.

Flanqueaba a la diosa, en perfecta formación, un escuadrón de elfos de mirada vacua, algunos de los cuales estaban en estado de putrefacción. Pese a que todos habían tenido la piel oscura, la tez de la mayoría de ellos era ahora de un gris reseco y apagado. La carne verdosa, incluso el hueso, asomaba allí donde la piel muerta había caído.

A Kethryllia se le hizo un nudo en la garganta de horror y pavor, mientras observaba a esos seres sobrenaturales. Todos los muertos en vida iban bien armados y aunque lucharían sin pasión, harían gala de toda la destreza que poseían en vida. Kethryllia ya se había enfrentado a elfos oscuros vivos, y sabía que eran unos formidables guerreros.

La elfa de la luna se volvió hacia la figura de la elfa alta y le dijo:

—Excelsa señora, no tengo nada contra de vos ni vuestros guerreros. Si lo deseáis, abandonaré vuestro reino al instante, pero primero debéis decirme dónde puedo encontrar al *tanar'ri* Haeshkarr.

—¿Haeshkarr? —repitió la figura elfa con voz estridente e iracunda—. Es un esbirro de Lloth. ¿Por qué lo buscas?

—Para vengarme —respondió Kethryllia en tono grave. Para su sorpresa, los ojos escarlata de la diosa se iluminaron con perverso júbilo. Pero, tan rápidamente como apareció, éste volvió a apagarse.

—Una mortal —se burló la diosa—. ¿De qué puedes servirle a la gran diosa Kiaranselee? ¡Muchos desean venganza, pero pocos tienen los medios o la voluntad para llevarla a cabo!

—Entonces permitid que demuestre qué soy capaz de hacer —dijo la elfa con calma, pues estaba urdiendo un plan—. Lucharé contra tres, o mejor contra cinco, de vuestros guerreros muertos en vida. Si los venzo, quizá pueda seros de utilidad en vuestra venganza contra Lloth.

Era una suposición, pero dio en el clavo. La diosa aplaudió encantada, tras lo cual señaló con el dedo a varios de sus esclavos.

—¡Matadla! ¡Matadla! ¡Matadla! —les gritó.

Cinco zombis levantaron sus armas y avanzaron hacia Kethryllia. La elfa de la luna desenvainó su espada encantada y arremetió contra el muerto en vida más

cercano. La criatura efectuó una parada precipitada, pero también precisa. Kethryllia impulsó hacia arriba los aceros entrelazados, giró a un lado y propinó una soberana patada a las rodillas de su rival. El hueso reseco se hizo añicos, y su contrincante se derrumbó. Kethryllia hizo un barrido hacia debajo, de revés. En el momento en que *Dharasha* tocó al elfo oscuro, éste se convirtió en polvo.

La diosa Kiaranselee chilló, aunque Kethryllia no supo si de rabia o de excitación. Y tampoco tenía tiempo para decidirlo. La guerrera paró el arco alto que otro zombi dibujaba con su espada, y luego giró sobre sus talones para detener la estocada de otro, que se le había acercado sigilosamente por la espalda. Kethryllia se agachó y abatió a sus dos contrincantes con un hábil cortapies. Entonces hundió la espada primero en uno y después en el otro, antes de que tuvieran oportunidad de levantarse.

Los dos zombis que seguían en pie se abalanzaron sobre

Kethryllia mientras ésta continuaba en el suelo. La guerrera rodó a un lado y después hacia atrás, blandiendo su acero y golpeando al muerto en vida que tenía más cerca con la parte plana del arma. El zombi se desplomó instantáneamente. La elfa de la luna se puso de pie de un salto y se encaró con el último esclavo en liza. Pocos segundos después, éste también descansaba en paz, si es que un montón de fétido polvo que ya empezaba a dispersarse puede considerarse paz eterna.

Respirando entrecortadamente, Kethryllia hizo frente a la diosa elfa oscura. La guerrera sabía que ni siquiera en condiciones óptimas —esto es, descansada e ilesa— hubiera podido vencer a cinco elfos oscuros. Pero *Dharasha* estaba encantada para destruir criaturas no muertas con sólo tocarlas. No obstante, sus hechizos nada podían contra los moradores del Abismo. Kethryllia se dijo que la diosa no tenía por qué saberlo.

La diosa de la venganza y de los muertos en vida aplaudió.

—¡Bravo, mortal! ¡Ni siquiera los *tanar'ris* son capaces de vencer a mis servidores con tanta facilidad!

Kethryllia se llevó la espada a la frente en señal de respeto.

—Entonces disponed de mí y decidme cómo puedo servir a vuestra venganza y la mía.

La diosa cambió de humor al instante y adoptó una pose regia.

—Primero júrame lealtad. Sigúeme en la vida y más allá, y siempre serás la primera de mis servidores.

La elfa de la luna vaciló. Su primer instinto fue acceder a cualquier cosa que esa diosa demente y malvada le pedía —después de todo, la vida de Anarallath estaba en juego—, pero no podía hacerlo.

—Yo sigo a Corellon Larethian, señor de la magia y de la lucha —proclamó Kethryllia con firmeza—. Te serviré lo mejor que pueda solamente en este asunto, pero no puedo jurar lealtad a ningún otro dios.

Sorprendentemente, la chispa de ira que apareció en los ojos de la diosa no estalló en una cólera incontrolable.

—Corellon Larethian —repitió Kiaranselee astutamente—. ¡Cómo va a escocerle! De acuerdo, mortal, te diré dónde encontrar a Haeshkarr. A cambio, sólo te pido que cada vez que mates a un *tanar'ri* proclames que lo haces en nombre de tu dios.

Lloth se aferró a los reposabrazos de su trono, esculpido en un hongo, y clavó la vista en la poza adivinatoria que había creado a sus pies a partir del limo negro. La diosa contempló airada e incrédula cómo una elfa mortal se abría paso a la fuerza entre una horda de poderosos *tanar'ri*. Cada vez que acababa con uno, la elfa ofrecía la victoria a Corellon Larethian. Y cada victoria era una cuchillada al orgullo de Lloth.

Sin ser consciente de sus actos, la hermosa *tanar'ri* abandonó el trono y fue a arrodillarse al borde de la poza, donde contempló, sin dar crédito a sus ojos, cómo la elfa de cabellos rojos luchaba con su única espada contra las cuatro del poderoso Haeshkarr, un *tanar'ri* al que Lloth únicamente podía controlar usando la diplomacia. Las uñas de la diosa se clavaron en el barro cuando el poderoso *tanar'ri* se desplomó y la victoriosa elfa cayó en los brazos de otro mortal, cuya belleza dorada le recordaba demasiado al mismo Corellon.

El primer impulso de Lloth fue salir en busca de los mortales que habían osado hollar su reino y matarlos. El deseo de destruir a la dama de Corellon le quemaba en la sangre. Hacía muchos años que no sentía un calor verdadero en ese mundo de penumbra y eterna desesperación. Pero en la *tanar'ri* aún quedaba bastante de la taimada Araushnee, al menos lo suficiente para reprimirse hasta que decidiera cuál era la mejor manera de lograr sus propósitos.

Lloth observó pensativamente a los dos amantes, que se ponían en camino en la dirección de la que había venido la elfa. Tarde o temprano encontrarían una puerta para regresar a su mundo mortal. Si ella no lo impedía, probablemente escaparían del Abismo. Pero no escaparían de ella.

A la *tanar'ri* se le desbocó el corazón al considerar las posibilidades. Seguiría a esa formidable paladina de Corellon Larethian y al clérigo, cuya pureza de corazón era una ofensiva mancha de luz en el paisaje del Abismo. Si esos dos mortales eran representativos de su Pueblo, ¿qué lugar mejor para iniciar su venganza contra Corellon y sus amados hijos?

Los labios de Lloth se curvaron en una sonrisa. Donde había elfos, había potenciales adoradores. No creía ser capaz de corromper a elfos como los dos mortales que había visto. ¿Pero acaso la perversa y demente Kiaranselee no tenía seguidores? Lloth pensaba seguir a los dos amantes a su mundo, y allí reivindicar sus derechos.

La *tanar'ri* volvió a consultar la poza adivinatoria, en la que conjuró la imagen de la guerrera de cabello rojo y el elfo dorado al que la elfa había rescatado. Lloth contempló a la pareja mientras emergían triunfantes en un bosque arrasado y caminaban entre la carnicería provocada por Haeshkarr. Lloth estaba intrigada; no tenía ni idea de que su vasallo dispusiera de juguetes tan interesantes como salvajes hordas de orcos. El daño que habían infligido a los elfos era de lo más gratificante. Lloth recordó a Malar, el Gran Cazador, y su deseo de atraer a adoradores orcos. La *tanar'ri* se preguntó si lo habría conseguido, y si no sería hora de hacerle otra visita.

Mientras contemplaba ese mundo, Lloth sintió una presencia que le era familiar. Era una sensación débil, pero Lloth reconoció a un dios elfo del que no estaba completamente distanciada por su nueva naturaleza de *tanar'ri*. Era Vhaeraun, su hijo. Llena de curiosidad la *tanar'ri* ordenó a la poza adivinatoria que le mostrara el territorio del joven elfo.

La escena cambió del pisoteado bosque elfo a una ciudad que rodeaba una bahía larga y estrecha. También allí había guerra, pero en sus inicios. La antigua diosa contempló con intenso interés a una multitud de elfos oscuros que se preparaba para la batalla. En el aire flotaba un delicioso sabor a maldad, una urdimbre de magia negra que confluía en un solo elfo.

Lloth observó interesada al líder del ejército, un elfo oscuro llamado Ka Narlist. Pese a su aspecto joven y vital, la *tanar'ri* supo que se trataba de un ser más que centenario, que había vivido mucho más de lo que le correspondía a un elfo, gracias a la fuerza de su magia. La fuente de ese increíble poder fascinó a Lloth: el mago llevaba un chaleco astutamente tejido con malla y perlas negras, cada una de las cuales contenía la esencia y la magia de un elfo marino asesinado. ¡Qué personaje tan encantador!

Lloth penetró en los pensamientos del elfo y comprobó que su mente no estaba cerrada a seres como ella. Los pensamientos que leyó eran tenebrosos: Ka'Narlist era muy codicioso y disponía del poder necesario para satisfacer sus deseos, sin miramientos ni limitaciones. Lo que ahora quería era poder, poder mágico y el poder que podía conseguir conquistando y sojuzgando a las razas de elfos de piel más clara. Pero, para alcanzar su objetivo final, necesitaría el poder de un dios. Y era tan presuntuoso que creía poder conseguirlo.

A Lloth le cayó bien.

La *tanar'ri* contempló sonriente al longevo e ingenioso hechicero. Después de dar el visto bueno a sus ambiciones, consideró las cosas que él podía ofrecer: un poderoso ejército listo y ansioso por aplastar a los elfos de piel más clara, magia casi comparable a la de un dios, seguidores que podrían perfectamente seguirla a ella. La perspectiva de apartar al mago de su actual devoción por Ghaunadar era un atractivo añadido, y no el menor de ellos.

Una súbito acceso de ira se adueñó de la antigua diosa al pensar en el Mal Elemental, pero en esa ocasión dirigía su ira más contra sí misma que contra otros. Mientras ella había estado ocupada construyendo un reino en el Abismo, sus subditos habían encontrado cosas más interesantes que hacer.

Pero eso se había acabado. Lloth vio ante ella posibilidades mucho más atractivas que atormentar a las criaturas del Abismo. Creía que podría llegar a disfrutar con el elfo oscuro Ka'Narlist. Quizá ya era hora de que tomara un nuevo consorte. Sin duda, él la aceptaría encantado; ambos se parecían como dos perlas negras. Incluso podría darle hijos, ¿por qué no? No sería la primera diosa en ser tentada por un mortal, y seguramente tampoco sería la última. Y los hijos que engendrarían... ¡Ah, qué magnífico sería introducir seres tan deliciosamente malvados en una raza de elfos! ¡Sus hijos aplastarían a los hijos mortales de Corellon, conquistarían el mundo y darían a luz a nuevos adoradores de Lloth, seguidores que podría reivindicar con orgullo!

Las oscuras e insaciables ambiciones de Ka'Narlist reavivaron las propias ambiciones de Lloth. Volvería a ser una diosa. Ella, que antaño devanara el hilo del destino de los elfos oscuros, sentía que tenía otra vez entre sus manos el telar de la fortuna.

La escena en la poza adivinatoria volvió a cambiar. Ahora veía de nuevo el bosque y la pareja de enamorados. Con una sonrisa cínica, Lloth contempló que los supervivientes de la ciudad recibían a la guerrera y al clérigo como héroes.

Había pocas cosas que divirtieran más a Lloth que la ironía, que resultaba más satisfactoria que el odio y más sutil que la venganza. ¡Y allí la había a montones! ¿Qué pensarían esos elfos si supieran que los ojos de Lloth habían seguido a su amada Kethryllia hasta su hogar en el bosque? ¿Qué pensarían si conocieran el mal que el coraje y el amor de la guerrera de cabellos rojos les había traído?

Mientras pensaba en eso, Lloth sintió el familiar pulso del mal que emanaba de la poza. La *tanar'ri* buscó inmediatamente de dónde procedía: una antigua daga que Kethryllia llevaba al cinto emitía una sutil y perversa energía.

Superada la sorpresa inicial, Lloth identificó la fuente de ese mal: el mismo Ka'Narlist había enviado esa daga al norte muchos siglos atrás, y después había esperado pacientemente hasta que alguien encontró la daga oculta y decidió llevarla como muestra de respeto hacia su antiguo propietario. Ka'Narlist había percibido la energía y preparaba a sus guerreros para la conquista. ¡Otra ironía más!

Lloth echó hacia atrás la cabeza y rió con perverso deleite. ¡Ah, qué bien había elegido a su nuevo consorte! Por una vez no envidiaba la posición que Sehanine Moonbow o Angharradh ocupaba al lado de Corellon Larethian. ¡Ella, Lloth, había encontrado un compañero que le agradaba mucho más!

El desgajamiento

Los siglos pasaron, siglos durante los cuales los hijos de Lloth acosaron cada vez con más ahínco y ferocidad a los hijos de Corellon. Tan intensa era la mutua animadversión, que los elfos dorados, plateados y verdes dejaron de lado su eterna rivalidad y se aliaron para luchar contra el enemigo común: los elfos oscuros.

Los archimagos elfos se reunieron a centenares en el mismo corazón de Faerun. Todas las razas elfas de piel clara —excepto los elfos marinos, cuyo poder había disminuido hasta casi desaparecer— enviaron a sus mejores y más poderosos magos al Lugar de Reunión.

Los hechiceros se congregaron en un vasta llanura, un lugar preparado desde hacía tiempo para tal fin. Allí debían lanzar el conjuro más poderoso que ninguno de ellos conocía. En las tierras que circundaban la llanura, se habían fundado granjas y una comunidad de comerciantes, únicamente con el propósito de prepararse y hacer posible el acontecimiento. Los elfos del Lugar de Reunión —nombre por el que los elfos más ancianos conocían la llanura desde su infancia— habían convertido ese día en la razón de su vida. Pese a la afluencia de cientos de magos, cada uno de ellos encontró una bienvenida digna de un avatar del Seldarine.

Durante siglos, los elfos establecidos alrededor del Lugar de Reunión trabajaron para construir la mayor torre que hubiera visto el mundo. Para ello utilizaron granito blanco, que reflejaba los esquivos colores del cielo, y superaba en altura al más venerable roble. Una gran escalera de caracol circundaba el muro interior de la torre. En cada peldaño se había esculpido un asiento y grabado el nombre del mago que lo ocuparía. Juntos, lanzarían un único hechizo.

Nunca se habían reunido tantos archimagos en un mismo lugar. Juntos tenían suficiente poder para crear mundos, o para destruir uno.

A partir de la urdimbre de magia, del mismísimo Tejido, los elfos habían planeado crear una nueva y maravillosa patria, un lugar sólo para ellos.

No todos los elfos de Faerun aplaudían esa visión. A cada estación aumentaban las tensiones entre los ilythiiris y los elfos de piel clara del norte. La decisión de impedir que los magos elfos oscuros participaran en el bordado del gran tapiz de hechizos aumentó aún más la animosidad racial. Pero los elfos dorados se mantuvieron firmes; pretendían crear un reino en una isla. En esa isla, que los oráculos llamaban Siempre Unidos, no habría elfos oscuros, y sería un refugio para los hijos de Corellon Larethian. Para los seguidores de piel oscura de la diosa Eilistraee eso era una dolorosa ironía, pero sus voces se perdían en el insistente coro

de elfos dorados que ansiaban recuperar la gloria de Faerie.

También se alzaban voces de protesta entre los estudiosos de la sabiduría popular, pues conocían los antiguos relatos transmitidos de generación en generación. En todas las aldeas se contaba, a modo de advertencia, la historia de cómo Tintageer fue destruida por un encantamiento tan poderoso que su estela podía tragarse una enorme isla. Pero la mayoría de los elfos la tomaban por pura leyenda. Y, aunque fuera verdad, ¿qué tenía que ver con ellos? Tenían plena confianza en su magia y en las visiones de los ancianos, que preveían el verdadero destino del Pueblo en una isla.

Finalmente, llegó el día del gran conjuro. En las tranquilas horas previas al amanecer los magos fueron llegando a la torre en silencio y ocuparon sus respectivos puestos, a la espera del elfo que canalizaría y daría forma al proceso.

Mucho tiempo atrás se celebró una reunión de clérigos que oraron y echaron a suertes quién sería el Centro, es decir el mago que recogería los hilos de magia de todos los puntos del Círculo y los tejería en un único propósito.

Por curioso que pudiera parecer, la persona elegida fue una chiquilla que no sabía nada de magia, una doncella elfa conocida sólo como Hojaestrella. La muchacha aceptó gustosamente su destino y, aunque la entristeció tener que abandonar el bosque, se convirtió en una estudiante aplicada, que respondía muy bien a las enseñanzas de los magos. No había ni un solo elfo entre los congregados que no admitiera, por mucho que le pesara, que Hojaestrella era el mejor y más poderoso Centro que habían conocido.

La elfa del bosque ocupó su lugar en el suelo de la torre e inició la larga y lenta meditación que le permitiría concentrarse y encontrar en el Tejido el lugar que correspondía a cada mago de la torre. Con los ojos cerrados, la joven fue girando lentamente, recogiendo cada hilo de magia, que acto seguido fluían a través de ella y confluían en un único punto de poder. Mentalmente veía el reluciente tejido con tanta claridad como si estuviera grabado en el cielo nocturno. Cuando todos los magos estuvieron en sintonía, Hojaestrella inició el gran canto.

La cadencia del canto subía y bajaba como una gran ola, al tiempo que los elfos reunían el poder del Tejido y le daban forma. El canto se prolongó durante ese día y su larga noche. Al amanecer del Día del Nacimiento, el conjuro empezó a aproximarse a su climax. La misma torre tembló cuando la fuerza de la magia extraída del Tejido fluyó a través de los magos. Tan absortos estaban en el hechizo, que al principio no se dieron cuenta de que el flujo de poder adquiriría ímpetu por sí mismo.

Hojaestrella fue la primera en notarlo. Los elfos no sólo utilizaban el Tejido, también eran parte de él, y la joven sintió que las almas de los archimagos empezaban a desprenderse peligrosamente del tejido de la vida.

En ese momento, el conjuro ya estaba completado, pero el flujo de poder mágico

no se interrumpió. Los elfos eran incapaces de liberarse.

La torre se tambaleó, como si fuera un juguete que dos dioses titánicos se disputaran, y al bramido del hechizo se sumaba la algarabía que reinaba fuera de la torre. Con sus sentidos agudizados, Hojaestrella percibió la agonía de la tierra, que era rasgada por temblor tras temblor. La elfa vio que Faerun se fragmentaba y que grandes porciones del mismo eran arrastradas y se desgajaban una y otra vez, dando lugar a islas dispersas en el otrora impoluto océano. Hojaestrella presencié la destrucción de ciudades, el hundimiento de cordilleras en el mar, así como las mareas que arrasaban a aterrorizados elfos y a otras criaturas en un centenar de playas recién creadas. Hojaestrella lo vio todo, pues en esos momentos era una con el Tejido.

No obstante, estaba sola. La magia había consumido las formas mortales de los magos y había absorbido su esencia vital, que alimentaba el cataclismo que habían desatado.

Pero Hojaestrella aún percibía las débiles y resplandecientes líneas del entramado de magia que habían creado. La joven ahuecó las manos e invocó el poder que habían sido los archimagos de Faerun. Los llamó, les suplicó, les imploró y les exigió, usando todo el Arte al que había consagrado su vida. Hojaestrella se aferró a ellos mientras desaparecían lenta e inexorablemente.

Cuando el postrer destello de su luz colectiva se apagó en su mente y la oscuridad cubrió incluso el brillante dibujo del Tejido, el último pensamiento de Hojaestrella fue para el antiguo bosque, el hogar que había abandonado impelida por su obligación de crear otro.

Hojaestrella despertó sobre el frío suelo de la oscura y silenciosa torre. Hizo un esfuerzo por levantarse, tratando en vano de liberarse de la bruma de dolor y total agotamiento que la aprisionaba. Lo primero que le vino a la mente es que la Reunión había fracasado.

A medida que el sordo estruendo que oía en su cabeza se fue acallando, notó a su lado un sonido inaudible, un silencioso zumbido. Hojaestrella parpadeó para librarse de las lucecitas que revoloteaban ante sus ojos y posó la mirada en el objeto.

En un cuenco poco profundo, que parecía haber sido tallado a partir de una única gema azul verdosa, había plantado un pequeño árbol. Era un perfecto roble adulto en miniatura, con diminutas hojas verdes y doradas que relucían. La sorprendida elfa rozó con un dedo la corteza plateada y sintió una oleada casi abrumadora de amor y reconocimiento. Instintivamente, supo que el árbol albergaba las almas de los archimagos, y que éstos estaban contentos.

—¿Pero cómo es posible? —murmuró—. ¿Están contentos pese al fracaso?

—No ha sido ningún fracaso —dijo una voz suave a su espalda—. Al menos, no del todo.

Hojaestrella se volvió y se quedó boquiabierta. Tenía ante ella dos elfos de cabello dorado, demasiado bellos para ser mortales. El hombre llevaba armadura, y alrededor de la fabulosa espada que le colgaba a un costado revoloteaban lucecillas, como estrellas que giraran vertiginosamente. Su compañera, ataviada con un maravilloso vestido y adornada con piedras preciosas del color de la luz de las estrellas, se adelantó y ayudó a la estupefacta elfa del bosque a ponerse de pie.

Hojaestrella supo, sin lugar a dudas, que sus ojos contemplaban a las deidades elfas más poderosas, por lo que se inclinó en una reverencia.

—Levántate y escucha lo que hemos venido a decirte —declaró la diosa Angharradh—. Nosotros te elegimos para esta tarea. En otro tiempo, en un país en el que se me veneraba, los sacerdotes y magos lanzaron un conjuro que casi los destruyó a todos. Hay cosas que los dioses no pueden impedir, ya que si lo hicieran privarían a sus hijos mortales de la posibilidad de elegir. No obstante, hicimos lo que pudimos. Con tu ayuda.

—¿Qué es esto? —inquirió la elfa mirando el diminuto árbol.

—El Arbol de las Almas —respondió Corellon Larethian con seriedad—. Cuídalo bien, pues será importante para asegurar que el Pueblo tenga un hogar en este mundo. Guárdalo en Siempre Unidos, en un lugar oculto.

—¿Siempre Unidos? ¿Es que existe? ¿Dónde está? —preguntó Hojaestrella, con la esperanza brillándole en los ojos.

Corellon tocó la frente de la elfa con un dedo e, instantáneamente, ésta vio en su mente un mundo rotatorio en el que reconoció los fragmentos rotos y desperdigados de lo que había sido Faerun, un único continente. Una pequeña isla relucía como una esmeralda en el mar, rodeada por enormes extensiones de agua. Al tiempo que miraba, el desgarrado Tejido empezó a recomponerse por sí mismo, y si bien es cierto que sobre la mayor parte del mundo era muy tenue, sobre la isla era brillante y luminoso.

De pronto, Hojaestrella se encontró en la isla. Tal era su hermosura que los ojos se le llenaron de lágrimas. En ella había todo lo que un elfo podía desear: bosques antiguos y profundos, fértiles claros, alegres ríos, inmaculadas playas blancas, la compañía de criaturas del bosque y de seres mágicos, así como magia jubilosa y vibrante que colmaba el aire como la luz del sol.

Hojaestrella tocó el Árbol de las Almas para compartir esa visión con los elfos que habían dado su vida para crearla.

—Después de todo, lo conseguimos —murmuró feliz.

—De eso no estoy tan segura —la corrigió Angharradh con tono grave—. Cuando abandones esta torre, enseguida verás qué quiero decir. ¿Tienes idea de cuántos elfos han muerto? ¿Te imaginas hasta qué punto ha cambiado el mundo?

»Siempre Unidos es, en parte, fruto de la magia que tú y los demás magos

arrancasteis del Tejido de la Vida, es cierto. Pero eso no habría bastado; gran parte del poder fue absorbido en la destrucción que desencadenó vuestro hechizo. A falta de una explicación mejor, podríamos decir que Siempre Unidos es una parte de Arvador, un puente entre los mundos así como el trabajo combinado de elfos mortales y de sus dioses. No te atribuyas demasiado mérito, ni asumas toda la culpa —añadió la diosa en tono más suave—. Lo sucedido estaba escrito. Tu labor será procurar que el Pueblo halle su camino hacia esa patria que tan cara se ha conseguido. ^

—Plantaré, el Árbol de las Almas en Siempre Unidos con mis propias manos —prometió Hojaestrella.

—No —la advirtió Corellon—. Debes cuidarlo y protegerlo, pero el Árbol de las Almas tiene otra finalidad. Quizá llegue el día en que los elfos deseen regresar al continente, o se vean obligados a ello. Este árbol contiene el poder de la Alta Magia, un poder que ya empieza a desaparecer de Fae-run. Con el tiempo, sólo existirá en Siempre Unidos. Las almas que moran en el interior del árbol y las almas de los' elfos aún no nacidos que decidan entrar en él en vez de regresar a Arvador darán al Pueblo una segunda oportunidad en Faerun. Cuando se plante, ya no se moverá nunca más. El poder de su interior permitirá a los elfos conjurar Alta Magia a su sombra, que se hará mayor y más poderosa con cada año que pase.

«Recuerda lo que te he dicho y transmite mis palabras a aquel que reciba la custodia del árbol de tus manos —advirtió Corellon gravemente—. El Árbol de las Almas no debe ser tomado a la ligera, ni plantado por impulso.

—Lo recordaré —prometió la elfa, y mientras lo hacía rogó en silencio que nunca fuera necesario plantarlo. Su corazón y su alma se regocijaban con la visión de Siempre Unidos y con la seguridad de que nada a este lado de Arvador podría reemplazarlo en los corazones del Pueblo.

La vuelta a casa

Pese a la devastación causada por el Desgajamiento, los pueblos elfos se fueron recuperando lentamente. Con el tiempo, prosperaron otra vez en las múltiples tierras que antaño conformaran Faerun. El antiguo nombre se conservó, pero ahora sólo describía un continente.

Cientos de comunidades elfas desaparecieron en el caos y la destrucción del Desgajamiento, y otras cambiaron para siempre. Pero Sharlarion, en el bosque, fue una de las pocas que sobrevivieron intactas. Sus afortunados habitantes aumentaron en número y se extendieron por los bosques, las colinas y las tierras bajas del entorno, y llegaron a crear un reino conocido como Aryvandaar.

Fue una era de magia poderosa, y las torres de los archi-magos salpicaban todo Aryvandaar como ranúnculos en un prado estival. Fueron innumerables las grandes obras de magia que estos Círculos crearon: armas para la guerra, estatuas de los dioses que daban la bienvenida al alba cantando o que bailaban a la luz de las estrellas, o piedras preciosas que guardaban poderosos hechizos. Pero quizá la obra más sobresaliente fueron las puertas mágicas que unían las comunidades del continente con Siempre Unidos.

Aunque la mayoría de los elfos se sentían a gusto en sus comunidades, siempre tenían presente Siempre Unidos. Esta isla, hogar de los elfos, conformaba en gran medida su identidad elfa así como su destino individual. Una de las bendiciones más usuales era: «Que puedas ver Siempre Unidos», para expresar el deseo de que ese elfo gozara de una larga vida mortal, que acabaría en el momento y el lugar que el aludido eligiera. Ciertamente, muchos elfos iban en peregrinación a la isla elfa antes de responder a la llamada de Arvador.

Pero por importante que fuera Siempre Unidos en los corazones y las mentes del Pueblo, el Consejo de Ancianos decretó que aún no había llegado el momento de colonizar la isla. Los elfos del continente tenían otros asuntos de los que ocuparse.

En esos momentos, casi todo el poder en Aryvandaar recaía en manos de los elfos dorados, aunque en el Consejo de Ancianos había asientos reservados a dignos miembros de todas las razas de elfos de piel clara. Los gobernantes dorados se sentían orgullosos de los logros de su reino y ansiaban expandirse con el fin de aumentar y compartir las maravillas de Aryvandaar. Pero lo que empezó como una gran visión fue degenerando en encarnizadas y brutales guerras.

Las Guerras de la Corona asolaron el país durante siglos, desde los bosques más septentrionales a las soleadas tierras bajas. La destrucción fue tan enorme y generali-

zada, que no sólo estaba en juego la gloria de Aryvandaar, sino su propia existencia.

Para acrecentar aún más la aflicción de los elfos, una nueva y poderosa diosa mandaba en el sur. Se trataba de una diosa elfa de piel oscura que parecía empeñada en exterminar a las demás razas élficas. Bajo su mando, los ilythiiris empezaron a ejercer presión contra el norte en grandes números, deslizándose a través de los túneles y hendiduras que el Desgajamiento creó en las profundidades de la tierra.

En su avance hacia el corazón de las colinas y montañas, los ilythiiris toparon con la resistencia de muchos de los clanes de enanos que desde tiempos inmemoriales luchaban por implantar un cierto orden en el caótico mundo subterráneo. Las batallas entre ambas razas fueron largas y cruentas, y muchos enanos perecieron. Algunos de esos robustos seres huyeron hacia el norte, buscando dónde establecerse en las colinas de Aryvandaar. Los elfos les dieron la bienvenida, aunque con reparos. El reino de Aryvandaar era ahora muy débil y era preferible soportar a aliados enanos antes que sufrir un destino que muchos de los mayores temían: la total destrucción.

Así llegó la hora en que Siempre Unidos se convirtió en un reino al que los elfos pudieran escapar si era necesario, un refugio fácilmente defendible. El Consejo fue el encargado de elegir a varios clanes nobles para iniciar la colonización del hogar de todos los elfos.

Como todos suponían, el clan Durothil fue el primero en ser seleccionado. Lo acompañarían otros dos poderosos clanes de elfos dorados, Evanara y Alenuath y, por parte de los elfos de la luna, los Amarilis, Flor de Luna y Le'Quelle. En cada una de estas casas recaía el honor y la responsabilidad de elegir a los miembros que irían a Siempre Unidos. Las familias nobles no estarían solas: cada una de ellas llevaría sirvientes del pueblo llano, guerreros pertenecientes en su mayoría a clanes menos poderosos que eran fieles a las grandes familias nobles, así como representantes de diversos oficios, como zapateros, toneleros o talladores de gemas, y que serían tan importantes para el nuevo reino como los nobles que los gobernarían y protegerían.

Después de mucho debatir, se decidió que Siempre Unidos sería gobernado por su propio Consejo de Ancianos, formado por dos representantes de cada clan noble. La líder del Consejo sería Keishara Amarilis, una archimaga considerada digna descendiente de la famosa heroína elfa plateada. Aunque muchas de las familias de elfos dorados quedaron decepcionadas de que ese honor no recayera en sus casas, la mayoría de ellas convinieron en que Keishara era la más adecuada para ser la Alta Consejera. Además, los elfos dorados y los plateados no aceptarían por unanimidad a otro candidato.

El día señalado, una larga hilera de colonizadores —aproximadamente doscientos— partió hacia el oeste. Viajaban ligeros de equipaje y sólo llevaban consigo lo imprescindible para el trayecto, además de objetos únicos que habían heredado de sus antepasados, como libros de saber popular, armas mágicas y delicados instrumentos

musicales. Siempre Unidos les ofrecería todo lo que necesitaran, y estaban seguros de que pronto construirían una ciudad que podría rivalizar con cualquiera de Aryvandaar. En Siempre Unidos ya había presencia elfa; elfos silvanos la habitaban desde el día de su creación, muchos siglos atrás. Según los clérigos del Seldarine, los dioses habían ordenado que fuera así. Los elfos del bosque vivían en armonía con la tierra y ajustaban el Tejido a una única cadencia elfa. La presencia de elfos dorados y plateados acabaría de refinar y estructurar esa magia.

Durante una luna los elfos elegidos viajaron hacia el oeste. Finalmente, sus oídos percibieron el murmullo del mar, y se dirigieron al sur siguiendo una costa salpicada de rocas, hasta que se encontraron con una enorme montaña que se alzaba ante ellos, solitaria.

En ese lugar, una llanura al abrigo de dos bosques, había un magnífico puerto de aguas profundas. Los elfos marineros solían tomar tierra en él y amarraban sus barcos a muelles submarinos con la ayuda de los habitantes del mar y de los elfos marinos que poblaban la costa.

Los elfos de Aryvandaar contemplaron el puerto con gran interés. A diferencia de las ciudades de su reino, poco distinguía ese lugar de la espesura que lo rodeaba. Un caminante que pasara por allí por casualidad no vería nada especial, pero entre los elfos había algunos que habían acudido a la feria de primavera y comprobado con qué rapidez podía instalarse un animado mercado a la sombra de la montaña. El interior de la montaña albergaba un antiguo reino enano, y en las colinas y bosques de más allá vivían hal-flings. Incluso un puñado de comerciantes humanos procedentes de las primitivas tribus del norte se aventuraban hasta el mercado del puerto, cuando parte del hielo que cubría los mares se fundía. Pero ahora era pleno verano e incluso las embarcaciones que los llevarían a Siempre Unidos estaban ocultas en cuevas marinas, más al sur.

Los elfos no tuvieron que esperar mucho hasta que la primera embarcación rompió el interminable azul del mar y del cielo. Rolim Durothil contempló sobrecogido cómo el barco elfo entraba en el puerto. Era una elegante embarcación construida con madera ligera, y con una proa que reproducía la cabeza de un gigantesco cisne. Sus dos velas se alzaban como alas sobre la batayola, y su aspecto general era el de un ave lista para emprender el vuelo.

La excitación le aceleró el corazón. Era la aventura, la oportunidad que había esperado toda su vida. Rolim era el tercer hijo del patriarca Durothil, por lo que no le correspondía heredar ni la posición social ni el poder de su familia en Aryvandaar. Todo lo que tenía se lo había ganado con su espada y su ingenio. Rolim era un guerrero, un superviviente de las terribles Guerras de la Corona y poseía riqueza y honor propios. Y ahora él, que había luchado para expandir el reino de Aryvandaar,

estaba dispuesto a labrarse su suerte en la selvática Siempre Unidos.

Desde el momento en que se anunció el nombre de la Alta Consejera, una elfa de la luna, a Rolim lo consumía la rabia. Ese título debería haber sido suyo por derecho de nacimiento, además de por sus talentos y logros. Un Durothil tenía que gobernar Siempre Unidos. En la mente de Rolim era así de simple.

El elfo dorado miró de refilón a Keishara Amarilis, que observaba atentamente la aproximación del barco con las manos apoyadas en sus estrechas caderas. Keishara ya no era joven, tenía ya cinco o seis siglos de vida, pero aún resultaba atractiva. Era esbelta, alta, con ojos grises de audaz mirada y los clásicos rizos rojizos de su clan. Los suyos los llevaba muy cortos y cubrían su cabeza, exquisitamente moldeada, formando un prieto y brillante casquete.

Mientras examinaba a la Alta Consejera, Rolim empezó a considerar una posible vía para alcanzar el poder. En el curso de sus viajes, el elfo dorado había gozado de la compañía de un impresionante número de hermosas doncellas, y se enorgullecía de sus dotes de seductor. Esa belleza, ya un poco pasada, caería en sus brazos con mucha más facilidad que una jovencita. Sería muy sencillo conquistarla y, después, influir en ella.

Como si hubiera oído las cavilaciones de Rolim, Keishara se dio la vuelta y clavó en él su típica mirada intensa y resuelta. Rolim sospechó que su rostro reflejaba claramente sus pensamientos. «Bueno, no importa», se dijo tras superar el embarazo inicial. Aunque no tenía previsto iniciar la campaña para ganarse los favores de Keishara de un modo tan directo, quizá no era tan mala idea darle algo en que pensar durante la travesía.

Pero Keishara no se sonrojó ni sonrió tontamente como solían hacer las mozas pueblerinas a las que Rolim seducía. La Alta Consejera parecía más bien divertida. ¡Divertida!

En ese mismo instante, Rolim Durothil le declaró la guerra, una guerra privada y secreta, pero no por eso menos seria. Ningún elfo del clan Amarilis lo mandaría a él con impunidad. En un principio pensaba permitir que Keishara conservara su puesto, pero ahora era imposible. Rolim se haría con el poder mediante cualquier medio que tuviera a su alcance.

Una mano vacilante se posó en su manga y lo arrancó de sus oscuros pensamientos. Rolim giró sobre sus talones y bajó la vista hacia su futura esposa, una criatura anodina y de aspecto ratonil, perteneciente a una rama secundaria del clan Flor de Luna. Supuestamente era una archimaga, y puesto que Rolim carecía de toda aptitud para la magia que pudiera transmitir a sus hijos, su padre sugirió que tomara como esposa a una mujer que supliera esa carencia. Pese a que ella no era una elfa dorada, Rolim aceptó porque había sabiduría en las palabras de su padre. Si quería que los Durothil de Siempre Unidos adquirieran más poder e influencia, era preciso

aportar magia a sus descendientes. No obstante, si Rolim hubiese visto a la joven antes de firmar los papeles de compromiso, es muy posible que se lo hubiera pensado dos veces.

—Mi señor Rolim —empezó a decir la elfa en tono de disculpa.

—¿Qué deseas, mi señora...? —Se interrumpió bruscamente, pues tan absorto estaba en sus ambiciones que en esos momentos no recordaba el nombre de su futura esposa.

La elfa se sonrojó, pero no comentó la descortesía.

—Nuestra escolta está lista para llevarnos al barco —anunció, al tiempo que señalaba un bote y los dos elfos marinos que los esperaban sentados a los remos.

La futura esposa de Rolim dirigió una sonrisa al elfo de extraña apariencia que los ayudó a subir al bote.

—Gracias, hermano. Tú y tus parientes sois muy amables al ayudar a los elfos de Aryvandaar a llegar a nuestro nuevo hogar. Si algún día necesitáis los servicios de un elfo terrestre, por favor, recurrid a nuestra familia. Os presento a Rolim Durothil, que va a convertirse en mi señor esposo. Y yo —añadió lanzando al elfo dorado una mirada cargada de intención— soy la maga Ava Flor de Luna.

Las comisuras de los labios de Rolim sugirieron una sonrisa. Tal vez la esposa que le había enjaretado su clan y el Consejo no era tan insustancial como parecía. Desde luego, había cautivado a los elfos marinos y no estaba totalmente desprovista de encanto, con sus grandes ojos grises de mirada grave y la abundante mata de cabello que no era del todo plateado, sino que tenía el suave matiz grisáceo del pelaje de un gatito. No, con ese ligero sonrojo de resentimiento en las mejillas, ya no le parecía tan anodina.

«Quizás esta travesía marítima será más interesante de lo que creí», se dijo Rolim Durothil contemplando a su futura esposa.

La travesía a Siempre Unidos fue larga, y los primeros días transcurrieron sin novedad. De hecho, los elfos de Aryvandaar tenían poco que hacer. La tripulación estaba formada por un gran número de elfos marinos, que se turnaban para desempeñar las tareas de navegación y mantenimiento así como explorar la ruta en busca de posibles peligros. Tan sólo el capitán del barco era un elfo terrestre, un plebeyo plateado cuyo nombre Rolim nunca se molestó en aprender.

El futuro patriarca del clan Durothil en Siempre Unidos pasaba la mayor parte del tiempo estableciendo sutiles contactos con las otras familias de elfos dorados. Estos nobles se dedicaban durante horas a trazar los planos de la ciudad que pensaban construir. Puesto que el clan de Rolim era la casa más ilustre, los demás aceptaban su lide-razgo y secundaban sus sugerencias.

Rolim no sabía qué hacía Ava Flor de Luna durante el día, y tampoco le

importaba demasiado. Por la noche dormía bajo cubierta, en compañía de otras elfas. A bordo del barco había poca intimidad, y Rolim sabía que tendrían que esperar a llegar a su nuevo hogar para consumar la unión. Sin embargo, lo que no se esperaba es la impaciencia que se apoderaba de él cada vez que entreveía fugazmente la menuda forma de su mujer. También lo cogió por sorpresa que el pálido y serio rostro de Ava lo persiguiera en sus horas de descanso y hallara la manera de introducirse en sus sueños de ambición y de gloria.

Una noche, ya tarde, Rolim soñaba despierto cuando el barco interrumpió su suave balanceo. El elfo se irguió y notó que, aunque la embarcación cabeceaba, no se oía ningún sonido de lluvia ni viento.

Lleno de curiosidad, se cubrió a toda prisa con su capa, se ató el cinto y subió a cubierta. Junto a la batayola vio a un puñado de marineros, tensos y vigilantes, con sus manos palmeadas cerradas sobre sus armas, listos para utilizarlas. También se reunieron en cubierta unos cuantos elfos de Aryvandaar aún con ojos soñolientos. Rolim se dio cuenta de que eran todos los archimagos que viajaban en el barco, entre los cuales estaba Ava, con la mata de pelo suelta y ondeando a su alrededor como una pequeña nube de tormenta.

Rolim corrió hacia los magos, cogió del brazo a su futura esposa y se la llevó a un aparte. —¿Qué pasa? —inquirió.

—Nos están atacando —murmuró Ava, apenas prestándole atención. La atribulada mirada de la elfa se posó en los preocupados hechiceros—. Nos preparamos para formar un Círculo si es necesario. Déjame volver junto a los demás; yo soy el Centro.

~¿TÚ?

A Ava se le encendieron las mejillas ante la incredulidad que se reflejaba en la voz de Rolim.

—Sí, yo. No será mi primera batalla, aunque supongo que esto también te sorprende. —La ira de la elfa se desvaneció al instante, y su atención se centró de nuevo en el grupo de hechiceros—. Por desgracia, los magos sólo pueden atacar si el enemigo atraviesa nuestras defensas y amenaza directamente el barco. ¡Ojalá pudiera hacer algo para ayudar a los elfos marinos que luchan por nosotros!

—Les pagamos generosamente por sus servicios —comentó Rolim—. Además, me parece que poco puedes hacer para cambiar el curso de una batalla que ni siquiera ves. Guarda la magia para ayudar a aquellos a los que está destinada, señora maga, y no desperdicies tu tiempo ni tus pensamientos en esos peces de dos patas.

La cólera prendió en los ojos de Ava, que abofeteó a Rolim con tanta fuerza que el elfo volvió la cabeza hacia un lado. Los instintos guerreros de Rolim entraron en acción y, antes de pensárselo dos veces, trató de devolver el golpe.

Pero no llegó a tocarla. La menuda elfa le cogió la muñeca con ambas manos y

pronunció una sola palabra. Al instante, el avezado guerrero elfo estaba tendido de espaldas contra la dura madera de la cubierta y su futura esposa le aplastaba la garganta con una rodilla.

—Las siguientes palabras que digas contra alguien del Pueblo serán las últimas que pronuncies —le informó Ava sin levantar la voz—. Todos los que viajan en este barco fueron elegidos al azar, bajo la guía de los dioses, y todos tienen un propósito y un destino. ¡Pero juro por el Selda-rine que no permitiré que reproduzcas en nuestro nuevo hogar la confusión y la devastación de las Guerras de la Corona! Si lo intentas, lucharé contra ti, mi señor.

Dicho esto, se marchó. Rolim se puso trabajosamente en pie y escrutó furtivamente la cubierta. Al parecer, nadie había presenciado la humillación que había sufrido a manos de su esposa, que aún no era tal. Todos estaban demasiado ocupados arrastrando a bordo a los elfos marinos heridos que habían emergido a la superficie del mar, bañada por la luz de la luna.

Arrodillada cerca de la barandilla, Ava atendía a una guerrera moribunda. Con sus pálidas manos la maga trataba, en vano, de cerrar la herida mortal que la elfa marina había recibido en el pecho. Pese a que las lágrimas le rodaban por las mejillas, Ava entonaba con voz fuerte y tranquilizadora antiguas plegarias que guiarían el alma de la guerrera a Arvador, el hogar de todos los elfos, tal como debía de ser Siempre Unidos.

Mientras contemplaba cómo la elfa plateada atendía a la moribunda de manera tan desinteresada y sentida, Rolim sintió una desgarradora punzada de dolor, como si algo que aprisionaba su corazón acabara de romperse. Una oleada de calor y luz lo invadió, trayéndole una paz que no imaginaba que le faltara.

Sin dudarle, buscó en su bolsa la poción sanadora que todos los guerreros de Aryvandaar llevaban; su última esperanza de salvación si las cosas se ponían feas en la batalla. Se acercó a Ava y le ofreció la preciada ampolla. —Para nuestro Pueblo —le dijo suavemente. Sus miradas quedaron prendidas sólo un instante, pero en ese breve lapso Rolim vio en aquellos ojos grises el elfo que podría llegar a ser. Era una imagen muy distinta de la que habían pintado sus ambiciones pero, de todos modos, se sintió contento.

Aunque aún tendrían que pasar muchos días antes de que Rolim Durothil pisara las playas de Siempre Unidos, en ese momento la isla se convirtió en su hogar.

La diosa Lloth se encontraba en un dilema. Durante siglos se había dedicado a hostigar a los elfos de Aber-toril y disfrutaba haciéndolo.

En raras ocasiones recordaba que en otro tiempo llamó hijo al dios Vhaeraun. Ahora eran rivales. En cuanto a Ei-listraee, Lloth jamás le dedicaba ni uno solo de sus pensamientos, ni para bien ni para mal. La vida de la Doncella Oscura era muy

semejante a la que había llevado en Arvador: moraba en el bosque donde, según decían, malgastaba la poca magia divina que conservaba para ayudar a viajeros perdidos y cazadores elfos.

Lloth prefería las florecientes ciudades del sur de Faerun, donde la agitación y la intriga se propagaban como piojos. Asimismo, le cogió gusto a los oscuros y tortuosos túneles, que parecían hechos a propósito para esconder tesoros, tender emboscadas y dedicarse a otras deliciosas actividades clandestinas. Después de la tediosa monotonía del Abismo, el conflicto latente entre los ilythiiris y los hijos de Corellon, de piel clara, resultaba un tónico. Las Guerras de la Corona habían sido fuente de una perversa alegría. Si hacía balance, Lloth no había sido tan feliz desde hacía milenios.

Pero, en cuanto al Desgajamiento, no sabía qué pensar. Las terribles inundaciones habían arrastrado el cuerpo mortal de Ka Narlist, y la magnífica ciudad de Atornash ya no era más que una leyenda. Lloth no lloraba la pérdida de su consorte, ya que hacía tiempo que estaba harta de él. Los machos, concluyó, no eran más que un fastidio. Si bien no lamentaba la muerte de Ka'Narlist, sí que le dolía la pérdida del maravilloso chaleco confeccionado con la magia de elfos marinos. Existía la posibilidad de que Ka'Narlist se las hubiera arreglado para capturar su propia esencia en una de las perlas negras, y a Lloth no le gustaba pensar que, tal vez, su perverso y ambicioso consorte no estaba tan muerto como ella creía.

Las demás consecuencias del Desgajamiento también le despertaban sentimientos encontrados. Por una parte, había destruido a muchos de sus seguidores. Pero, por la otra, por cada uno de sus elfos que se había precipitado al mar o había sido aplastado por las rocas, habían muerto al menos tres seguidores de Vhaeraun. Lloth era ahora la principal diosa de los elfos oscuros.

Así se conseguían las victorias en los campos de batalla, como bien sabía Lloth. En los últimos siglos, había adquirido una considerable experiencia en el arte y la práctica de la guerra elfa.

Tan interesante era esa nueva afición, que la diosa había abandonado por completo su antigua ocupación de tejer bordados encantados. Los seres vivos eran hebras mucho más interesantes para su telar, y las intrigas, siempre distintas, que urdía le resultaban infinitamente más atrayentes que los ordenados destinos de los elfos oscuros mortales, que antaño hilara y cuidara. En el tiempo pasado en el Abismo se había aficionado al caos.

No obstante, no le hacía ni pizca de gracia que hubiera un refugio para los elfos. Podía aceptar que se le prohibiera la entrada en Arvador, pero no estaba dispuesta a tolerar que hubiese un lugar en este mundo fuera del alcance de sus oscuros seguidores.

Pero, por mucho que cavilara, no se le ocurría ningún modo de atacar la isla.

Siempre Unidos estaba tan lejos de su alcance como el mismo Arvador; las mismas barreras mágicas que protegían el Bosque Sagrado del Olimpo de los dioses del mal guardaban la isla de los elfos.

Eso la enojaba, pues era un insulto más de Corellon La-rethian. La diosa oscura juró que, con el tiempo, hallaría el modo de destruir Siempre Unidos. Toda la antigua animosidad que sentía hacia Corellon se concentró en ese nuevo objetivo.

Pero había otros asuntos que requerían su atención inmediata. Los elfos oscuros habían sido expulsados de la superficie, y había un nuevo territorio por conquistar, nueva magia por aprender. Ahora los descendientes de Ka'Narlist y Lloth recibían el nombre de drows, y eran un pueblo tan malvado y temible como Lloth había deseado. Con el tiempo, tendrían suficiente poder para abandonar su mundo de oscuridad y reclamar todo Aber-toril. Entonces, exterminarían a los hijos de Corellon que habitaban en la superficie. Una vez hecho esto, sería un juego de niños invadir y conquistar Siempre Unidos, por muy encantada que estuviera. Sí, Lloth tenía mucho que hacer en las madrigueras y las cavernas de la gran Antípoda.

Mientras tanto, necesitaba un agente a su servicio en el mundo de la superficie. Los ilythiiris que hacían incursiones en las regiones más septentrionales regresaban a menudo con información sobre la existencia de tribus de bárbaros humanos — temibles guerreros que adoraban tótems tallados con figuras de animales— y a veces del Señor de las Bestias, que mandaba sobre ellos. Al parecer, a su viejo amigo Malar las cosas empezaban a irle bien.

Quizá, se dijo Lloth, ya era hora de que hiciera una visita al Gran Cazador, para avivar de nuevo en su corazón la llama de la venganza. «Dejemos que gaste su energía y sus esfuerzos en acosar el "hogar de los elfos" mientras yo me ocupo de otros asuntos.»

¿Y por qué no? Sólo tenía que darle un ligero empujón en la dirección correcta. Malar contaba con los suficientes recursos para hacer un buen trabajo, pero Lloth no creía ni por un instante que el Señor de las Bestias fuera capaz de completar la tarea y arrebatarse a ella el momento de la venganza. Aunque Malar había ganado en astucia y fuerza desde que atacara a Corellon, le faltaba poder para desafiar él solo a las fuerzas del Seldarine.

No obstante, unos cuantos siglos de tormento a manos del Señor de las Bestias le facilitarían a ella la conquista de Siempre Unidos.

Saludos, Dando Thann, amado sobrino de mi amado Khel-ben, de parte de Laeral Manoplata Arunsun.

Dan, querido amigo, gracias por tu carta y por la maravillosa y tonta cancioncilla que compusiste para mí. No te imaginas con qué alegría recibo cualquier escrito que me anime, pues mi estancia en Siempre Unidos no fue de color de rosa.

No me mal interpretes; me considero afortunada de poder contarme entre elpuñado de humanos a los que se permite acceder a la isla. Ya sabes que desde hace tiempo me une una relación de amistad con su reina. No soy la única de las Siete Hermanas que tiene tratos con la reina Amlaruil. El hijo de mi hermana Tórtola fue acogido aquí, y lo protegieron de los muchos que pretendían hacerle daño para perjudicarla a ella. Mi sobrino fue educado en las costumbres elfos y ahora vive de manera pacífica y honorable como vigilante de las florestas cercanas al Valle de las Sombras. Lo que no sabes es que también mi hija encontró refugio en la isla de los elfos.

Ojalá hubiera podido ver tu cara al leer esta última fiase. Supongo que no sabías que tengo una hija; muy pocos lo saben. Pensé que sería mejor ocultarlo. Lo que no podía prever, aunque quizá debería haberlo hecho, es que mi indómita y hermosa Maura hallaría la manera de darse a conocer a todos. El hecho de que lo hiciera sin ser consciente de ello aún empeora más la situación.

Pero estoy empezando la casa por el tejado. Voy a empezar de nuevo, y esta vez por el principio.

Tú conoces mi historia mejor que la mayoría. Durante muchos años viajé con la banda de aventureros conocida como los Nueve. Juntos encontramos la Corona Astada y yo, en mi orgullo, decidí que con fuerza de voluntad y con mi magia podría contrarrestar el mal que percibía en ella. Me puse la Corona, y ésta me esclavizó. Pasaron los años, años terribles durante los cuales me convertí en la Mujer Salvaje, en la Bruja del Norte. Recuerdo muy poco de esos años, y lo prefiero así. No obstante, hay cosas por las que daría siglos de vida por recordar. Y una de ellas es Maura.

No me acuerdo de cómo fue engendrada. No sé quién fue su padre ni recuerdo nada de los meses que la llevé en mi seno. De su nacimiento, no puedo decirte gran cosa; sólo recuerdo una terrible tempestad fiera de mi cueva, una voz tranquilizadora a mi lado y los berridos de un bebé, que no sé qué cara tenía. Mi hermana Tórtola me encontró en esa penosa situación y me ayudó, y luego se llevó al bebé a

Siempre Unidos para que lo protegieran y cuidaran. En mi locura, yo no podía hacerme cargo de mi hija, y nadie en Faerun osaba hacerlo. Nadie sabía cómo podría haber afectado a la pobre pequeña la Corona Astada. Ése fue el legado que di a mi hija.

Pero en Siempre Unidos Maura salió adelante. La magia sanadora de ese fabuloso país limpió cualquier mácula que pudiera haberle transmitido la maléfica corona. Maura creció tan fiera e indómita como cualquier elfo del bosque, aunque conservando su personalidad. Posee una belleza radiante, tan viva y extraordinaria que sobresale entre los elfos como una rosa escarlata entre campanillas de invierno. Maura no heredó el cabello plateado que poseemos mis hermanas y yo; ella es morena y de aspecto exótico. Quién sabe cómo era su progenitor. Elpálido tono dorado de su piel y sus exuberantes curvas me sugieren sangre meridional; pero sus pómulos pronunciados y sus ojos almendrados remiten a un antepasado elfo, aunque también es posible que los haya heredado de mí. Me avergüenza confesar que tiene un poco de mi vanidad y de mi tendencia a dramatizar. Su comportamiento y su gusto en el vestir resultan muchas veces extravagantes. Aparte de su amor por la esgrima —es una magnífica luchadora— tiene muy poco en común con los elfos. De hecho, fui a Siempre Unidos con la idea de traerla a casa, ahora que ya es una mujer hecha y derecha.

Pero, para mi consternación, me encontré con que mi inquieta e impaciente Maura ya no desea marcharse. Se ha enamorado de un elfo, un elfo cuyo nombre y posición sugieren que nada bueno puede salir de su unión. Recientemente has conocido a ese elfo a través de carta: Lamruil, príncipe de Siempre Unidos.

No necesito decirte lo disgustada que está la reina Amlaruil. Sabes perfectamente que la reina perdió a su hija favorita, Am-nestria, por el amor a un humano, y que durante muchos años se negó a aceptar la existencia de la hija semielfa de ésta. Incluso ahora, aunque en privado sólo tiene elogios para Arilyn, no puede reconocerla como nieta, ni permitir que ponga un pie en la isla. Los elfos de Siempre Unidos, sobre todo los elfos dorados, se tomarían la presencia de Arilyn como una terrible amenaza hacia todo lo que aprecian, especialmente porque por sus venas corre sangre real. No creas ni por un instante que mi amistad con la reina, o mi posición como amiga de los elfos, ni siquiera el hecho de ser una de las Elegidas de Mystra, convierte a mi hija en una esposa aceptable para un príncipe de Siempre Unidos. Maura le daría hijos semielfos, y eso se consideraría una tragedia.

En tu carta me pedías que te ayudara a comprender por qué los elfos repudian a los seres de sangre mezclada. Es una pregunta muy complicada, pero la respuesta dice mucho sobre la naturaleza y el modo de pensar de los elfos de Siempre Unidos.

Tú amas a una semielfa, por lo que habrás sido testigo del dolor que sienten todos los seres que viven a caballo entre dos mundos. Es algo que conozco bien, pues

mi madre era una semielfa y tan desesperada estaba por encontrar su lugar, que accedió con regocijo ser el avatar de Mystra, a fin de que sus hijas fueran —como ella misma— más y menos que humanas.

Si a mí me aceptan en Siempre Unidos es porque mi sangre elfa no se manifiesta; quizás está oculta bajo el manto de Elegida de Mystra. Por amor a mí, Amlaruil accedió a acoger al hijo de Tórtola y a mi hija, pero sólo a condición de que su sangre elfa se mantuviera en secreto.

Deja que te cuente cómo nos conocimos la reina y yo. Yo estaba ensimismada, en un estado elfo parecido a soñar despierto y que resulta más reparador que dormir. Cuando era niña caía a menudo en ese estado. Para mí no era una simple siesta, sino toda una aventura. Ya entonces los fuegos plateados de Mystra ardían con fuerza en mi interior, y era capaz de hacer cosas fuera del alcance de un mago completamente humano. En mis ensoñaciones solía deslizarme dentro del mismo Tejido y podía sentir a los seres que formaban su urdimbre. La mayoría eran elfos, claro está, ya que aunque los magos humanos usan el Tejido, los elfos forman parte de él de un modo que un humano no puede llegar a comprender.

En uno de esos viajes conocí a Amlaruil. Debes tener en cuenta que el vínculo que une a Amlaruil con el Seldarine es tan fuerte como el mío con Mystra. La reina se sorprendió al encontrarse con una niña en estado de ensimismamiento y se quedó perpleja de que alguien tan joven poseyera tanto poder. Después de esa primera vez, nos reunimos a menudo y, antes de llegar a vernos cara a cara, ya nos teníamos un cariño fraternal.

Recuerdo mi primer viaje a Siempre Unidos. Amlaruil me envió una runa elfa, un anillo que me permitiría desplazarme a la isla con el pensamiento. Nunca olvidaré la desconcertada mirada de la reina la primera vez que me vio.

Ya sabes qué vio: una muchacha más alta que muchos hombres, pero esbelta, con ojos color verde plata y abundante cabello plateado. Probablemente soy distinta de la mayor parte de mujeres pero, aun así, soy evidentemente humana. Por primera y última vez vi cómo la futura Reina de Todos los Elfos perdía la compostura.

«¡Una N"Tel-Quess! —me espetó, dedicándome el encantador epíteto de "no persona".»

«Soy Laeral —respondí yo mentalmente. No necesitaba decir más. Yo soy como soy, y no puedo ser de otro modo.»

Amlaruil asintió, como si lo hubiera oído y hubiera seguido mi mudo razonamiento.

«¡Pero viajas por el Tejido, y hablas élfico!»

«Mi madre era medio elfa —le contesté para explicar tales proezas.»

Su rostro se convirtió al punto en una máscara de cortesía y dijo con mucho sentimiento: «Cuánto lo siento».

Yo rompí a reír, no pude evitarlo. Amlaruil había hablado con el tono que cualquier persona bien educada utilizaría cuando se le comunica una tragedia personal o una desgracia familiar. Así era como Amlaruil consideraba a los semielfos. Supongo que no ha cambiado, y en eso actúa como una típica elfa de Siempre Unidos.

¿Qué voy a hacer con mi Maura? Es tan testaruda y obstinada como yo, y eso no presagia nada bueno para ella ni, puestos a ello, para Siempre Unidos. ¿Qué pasará si Lamruil debe asumir el trono? Todos los elfos, sobre todo los clanes de elfos dorados, la rechazarán como reina. En realidad, es poco probable que acepten a Lamruil, con o sin Maura. Al igual que su amor, el príncipe es «demasiado humano».

Dan, amigo mío, si supieras cuánto temo por el pueblo de Siempre Unidos... Su espléndido aislamiento es algo frágil y delicado. Al igual que tú, yo no creo que pueda durar; el cambio es inexorable, inevitable. Con tiempo, las olas erosionan incluso las rocas más sólidas. Y los elfos, pese a su sabiduría y su longevidad, parece que no lo entienden. Tal vez una unión entre Lamruil y Maura los obligaría a abrir los ojos al mundo que los rodea.

O tal vez aceleraría lo que muchos elfos tanto temen: el fin de Siempre Unidos y el ocaso de los elfos.

¡Oh, Dan, ojalá lo supiera! Ojalá hubiera podido conservar a mi hija, ojalá la hubiera podido criar yo misma, lejos de esa isla en apariencia inviolable, pero en realidad tan frágil. Ojalá me la hubiera llevado antes, antes de que su indómita belleza cautivara a Lamruil. Y ojalá estuvieras aquí para contarme historias, cantarme estúpidas cancioncillas y hacerme reír, como siempre haces.

Mucho temo que mi carta no responde a tus preguntas, pero quizá mi historia sirva para arrojar un poco de luz sobre el carácter de Siempre Unidos. Los elfos crearon Siempre Unidos porque deseaban seguir siendo lo que son. Pero su historia es una lucha constante entre aquellos que se afierran a las antiguas tradiciones y aquellos cuyos atrevidos cambios han dado forma a Siempre Unidos. Incluso la monarquía fue en un principio una idea radical. Todavía quedan elfos que lo creen, y que secretamente desean el restablecimiento del Consejo de Ancianos. La batalla entre permanencia y cambio sigue vigente.

Es una constante que se repite a lo largo de toda la historia elfa. En ningún lugar es más evidente que en Siempre Unidos, y en nadie se encarna mejor que en la figura de un semielfo. Empieza por aquí para comprender la naturaleza de este país.

Muy pronto regresaré a Aguas Profundas, sin Maura me temo. Mientras tanto, da un beso de mi parte a tu tío Khel-ben. A él le sentará fatal y tú te divertirás. Espero que así estés de humor para cantar para mí. Hablando de cantar, prepárate para hacerlo lo mejor, y lo peor, que puedas. Después de mi estancia en Siempre Unidos, necesito desesperadamente escuchar una interpretación entusiasta de «Sune y el

Sátiro». Créeme si te digo que, aunque viviera las parrandas que allí se describen, mi desesperación no disminuiría ni un ápice. Dime, ¿crees que podríamos persuadir a Khelben para que se uniera a la fiesta? No, yo tampoco lo creo.

Con todo mi cariño,

Laeral

Preludio

La llegada del ocaso

13 del mes del Mirtul, 1369 CV

El príncipe Lamruil entró tranquilamente en la gran sala en la que su madre recibía a la corte, perfectamente consciente de los muchos pares de ojos que lo seguían con mirada reprobadora.

No había pasado mucho tiempo en Siempre Unidos, pues, a instancias de la reina Amlaruil, partió para el continente para embarcarse en una aventura que le despertaba muy poco entusiasmo. Pero el tiempo que pasó fuera estuvo más lleno de incidentes y su tarea había sido más absorbente de lo que creyó que sería. No obstante, eso no enfrió la pasión que él y Maura sentían, que es lo que su madre esperaba. Pero, al menos, la reina tenía la satisfacción de saber que había impedido que la noticia se propagara. Los dioses eran testigos de que Lamruil ya había hecho suficiente para escandalizar a la corte.

Desde su regreso, el príncipe se las había apañado para empañar aún más su reputación. De pronto, tuvo el antojo de dedicarse al estudio de la magia y, durante el tiempo que pasó como estudiante en las Torres, se ganó la enemistad de muchas familias influyentes de elfos dorados. Ninguno de esos nobles pareció darse cuenta de que el príncipe lo hizo a propósito. En el curso de sus viajes, Lamruil observó que algunos elfos dorados del continente mantenían unos puntos de vista tradicionales y radicales. Así pues, consideró prudente descubrir qué elfos de Siempre Unidos podrían aliarse con esos extremistas. Los más ofendidos por las payasadas del príncipe, un elfo de la luna,

eran posibles sospechosos y debían someterse a un examen más sutil.

La reina Amlaruil estaba al corriente de las tácticas de su hijo, y no las aprobaba. En realidad, no aprobaba casi nada de lo que Lamruil hacía o decía. El príncipe tenía la sombría certidumbre de que tampoco le haría ni pizca de gracia la noticia que iba a darle, y que le prohibiría hacer lo que él ya había decidido que debía hacerse.

Lamruil avanzó hasta el estrado e hincó una rodilla ante el trono de su madre.

—Raramente acudes al Consejo, hijo mío —lo saludó la reina con una voz que no revelaba nada de la curiosidad que Lamruil sabía que debía sentir—. ¿Has decidido abandonar el estudio de la magia para aprender algo del arte de gobernar?

—No exactamente —respondió el príncipe con pesar—. Debo hablarte de un asunto personal. Es algo muy delicado.

Lamruil percibió un parpadeo casi imperceptible lo que, en la siempre controlada Amlaruil, equivalía a un grito de pánico. Tal como él había previsto, la reina pensaba que iba a hablarle de su relación clandestina con Maura.

Con brusca cortesía la reina mandó desalojar la sala del Consejo. Una vez solos, presentó una severa faz a su hijo errante.

—Por favor, no me digas que otra semielfa bastarda está a punto de mancillar la dinastía Flor de Luna —dijo fríamente.

—Eso sería toda una tragedia—repuso él en igual tono—. Que los dioses sean testigos de la fortaleza con la que soportamos la desgracia que nos traen los bastardos semielfos, como Arilyn, la hija de mi hermana.

Amlaruil suspiró. Ella y Lamruil habían discutido a menudo sobre ese tema, y nunca habían conseguido ponerse de acuerdo.

—La hija de Amnestria ha prestado buenos servicios al Pueblo —admitió la reina—. ¡Pero eso no te da licencia para incrementar el número de semielfos!

—Entonces, conténtate con saber que no lo he hecho —repuso Lamruil sombríamente—. La noticia que te traigo es mucho más grave. .

La expresión de la reina sugería sus dudas al respecto. La respuesta de Lamruil fue entregarle una carta.

—Es una misiva del compañero de Arilyn, un Arpista a quien considero un amigo. Es humano, pero escribe bien.

La reina echó un vistazo a la elegante letra élfica y alzó bruscamente la mirada.

—¡Kymil Nimesin se ha escapado de sus carceleros Arpistas! ¿Cómo es posible?

—Kymil Nimesin tiene poderosos aliados, aliados inesperados —contestó Lamruil con una mueca—. Los sabios cuentan que, en el pasado, Lloth y Malar decidieron aliarse contra el Pueblo, aunque su odio es casi tan grande como el que sienten por los hijos de Corellon. Es posible que hayan renovado su alianza.

—Debería haber sido juzgado en Siempre Unidos. ¡Eso nunca habría ocurrido! —La faz de la reina tenía la palidez de la nieve recién caída.

—En esto estamos de acuerdo.

—¿Dónde está ahora?

—Los Arpistas no lo saben.

—¿Aún tiene aliados elfos en Siempre Unidos? ¿Has removido cielo y tierra buscándolos?

—Le quedan unos pocos, pero no en Siempre Unidos; al menos ninguno que yo conozca. Todos están en el continente. Y hay inquietantes alianzas. En el pasado Kymil hizo negocios con los zhentarims. Cerró un trato con los magos de Thay. Podemos imaginar para qué.

—Sí —dijo la reina. Sus ojos se llenaron con un dolor y una pérdida que el transcurso de varias décadas no había logrado paliar—. Conozco demasiado bien el precio que pagamos por las ambiciones de Kymil Nimesin.

De pronto, el joven príncipe se sintió incómodo ante la manifestación de un dolor tan intenso, pero colocó ambas manos sobre los hombros de su madre y juró,

mirándola a los ojos:

—Encontraré al traidor y, sea como sea, lo traeré a Siempre Unidos para que sea juzgado.

Amlaruil se estremeció, como si previera un profundo dolor.

—¿Cómo lograrás encontrarlo, si los Arpistas no pueden? —preguntó la reina.

—Lo conozco —repuso el príncipe con una triste sonrisa—. Sé qué necesita y adonde debe ir para encontrarlo. Para conseguir sus ambiciones necesita riquezas. El y yo robamos de las ruinas elfas una fortuna equiparable al tesoro de un dragón rojo. Kymil la escondió y tratará de recuperarla. Pienso ir allí y enfrentarme con él.

—Él esperará que lo hagas.

—Por supuesto —convino Lamruil—. Y me preparará una trampa. Pero no espera que yo lo prevea y que caiga en la trampa voluntariamente.

—¿Por qué quieres hacerlo? —le preguntó Amlaruil, mirándolo de hito en hito.

—Kymil Nimesin desprecia a todos los elfos plateados en general, y a mí en particular —contestó el príncipe con franqueza—. Cree que voy a caer torpemente en sus trampas para defender a mi reina y a mi país. Pero, lo que no espera, es a un torpe príncipe que le ofrezca ser su aliado.

—¡No! —gritó su madre sorprendida, sin poderlo evitar.

Lamruil acusó el golpe.

—¿En tal mal concepto me tienes? ¿Crees que podría aliarme con el traidor que mató a mi padre y a mi hermana?

—Nunca lo creí, pero no puedo permitir esa treta. ¡Si lo haces, nunca reinarás en Siempre Unidos tras mi muerte!

—Jamás lo he esperado —replicó Lamruil—. Ilyrana es la heredera al trono, y el Pueblo la ama. Pero, puesto que yo no gozo de la consideración del Pueblo, soy libre de correr riesgos por su bien. Deja que me entere de los planes de Kymil y que los frustré. Es mi obligación —añadió seriamente cuando la reina quiso protestar—. ¿Crees que un elfo solo, por poderoso que sea, osaría actuar sin ayuda? Si tiene la intención de acabar la tarea que ha empezado, puedes estar segura de que cuenta con poderosos aliados. Y tales alianzas suelen poner en marcha complejos procesos, procesos que pueden continuar perfectamente con o sin Kymil Nimesin. Creo que debemos saber más.

La reina escrutó la cara de su hijo como si tratara de hallar en ella un argumento para refutar esas palabras. Finalmente suspiró, derrotada.

—Hay verdad en lo que dices, incluso sabiduría. ¡Pero desearía que otro emprendiera tal empresa!

—¿Temes que no esté a la altura? »

—No —respondió ella con voz suave y triste—. Tú eres el único en Siempre Unidos capaz de hacerlo. Ningún otro elfo conoce tan bien como tú a nuestro

enemigo. Es una carga terrible, creo.

—Pero necesaria.

—Sí —admitió la reina después de un largo silencio—. Sí, lo es. *

—¿Entonces me das tu permiso? —inquirió el príncipe, sorprendido.

Su asombro fue todavía mayor cuando los labios de su madre se curvaron en una sonrisa cierta, aunque ligeramente irónica.

—¿Acaso te quedarías si te lo prohibiera?

—No —admitió Lamruil.

La reina soltó una breve carcajada, pero enseguida adoptó una expresión nostálgica.

—Te pareces mucho a tu hermana Amnestria. No la creí capaz de hacer lo mejor para ella y para el Pueblo. Deja que aprenda de mis errores.

La implicación de estas palabras conmovieron a Lamruil.

—¿Estás diciendo que confías en que tendré éxito?

—Pues claro que sí —respondió Amlaruil con toda naturalidad—. ¿Es que no lo sabes? Siempre he confiado en ti. A pesar de tus travesuras, te pareces mucho a tu padre.

El príncipe hincó una rodilla y tomó ambas manos de la reina en una de las suyas.

—Entonces, confía en mí hasta el final, te lo ruego. ¡Confía en mí cuando tus consejeros te digan lo contrario, incluso cuando tu sentido común insista en que receles!

—Tráeme a Kymil Nimesin —se limitó a decir la reina.

Lamruil asintió. La respuesta de Amlaruil a su exhortación le decía que comprendía qué pretendía hacer. El riesgo era enorme, y Amlaruil estaba en lo cierto cuando decía que, aun en el caso de que tuviera éxito, nunca sería aceptado como rey de Siempre Unidos. En su mente, ése era un precio nimio que debía pagar.

—Entonces, con tu permiso, emprenderé la tarea.

La reina hizo un gesto de asentimiento, extendió las manos y cogió el rostro de su hijo menor. Entonces se inclinó hacia adelante y le estampó un beso en la frente. Luego susurró:

—Realmente eres hijo de Zaor. ¡Qué rey hubieras sido!

—¿Con Maura como reina? —bromeó el príncipe.

—Supongo que no pudiste resistirte —replicó la reina con una mueca—; no obstante, deberías haberlo intentado. Ve y despídete.

El joven príncipe se levantó e hizo una reverencia. Entonces dio la vuelta y abandonó el palacio. Recogió su caballo de luna del mozo de cuadra, que lo sostenía por la brida, y cabalgó veloz hacia Ruith. En los bosques situados al sur de la ciudad fortificada encontraría a su enamorada.

No existía en Siempre Unidos un entorno más adecuado para Maura. La humana

había sido educada por los elfos silvanos de las Colinas de las Águilas, pero ahora que era una mujer adulta vivía sola en la península densamente arbolada al norte de Leuthilspar, en una pequeña cámara horadada en el corazón de un árbol. La escarpada costa y la barrera de cimas cubiertas de nieve que rodeaban el bosque casaban a la perfección con la naturaleza salvaje de la joven. La proximidad de Ruith, una ciudad fortificada centro del ejército elfo, le proporcionaba contrincantes cada vez que deseaba batirse. No obstante, pese a enfrentarse a auténticos campeones, raramente era derrotada.

La joven alzó la mirada cuando Lamruil entró en su árbol.

—¿Qué has averiguado? —preguntó expectante—. ¿Todavía puedes detener esa estúpida charada entre los habitantes de la ciudad?

Durante su estancia en Leuthilspar, Lamruil se había ganado la confianza de determinados elfos dorados y les insinuó que estaba ansioso por llegar al trono. El príncipe dio a entender que esperaba con impaciencia que su madre abdicara y que estaría dispuesto a conseguirlo por cualquier medio. Maura conocía los tejemanejes de Lamruil y se lo había recriminado en unos términos que hacían que la desaprobación de Amlaruil pareciera algo sin importancia.

—He averiguado algunas cosas —respondió Lamruil con vaguedad—. Pero, en estos momentos, no tienen importancia. Debo abandonar Siempre Unidos enseguida.

El príncipe le mostró la carta y le comunicó sus planes. Lamruil se armó de valor para soportar el acceso de furia de la joven, y ésta no le decepcionó. .

—¿Por qué tomarte la molestia de traer a ese Kymil Nimesin a Siempre Unidos y correr un riesgo? Mátalo directamente y acaba de una vez. ¡Por todos los dioses, él mató a tu padre! Tienes derecho a vengarte.

Por un instante, Lamruil se sintió tentado de hacer lo que Maura sugería, pero dijo:

—Yo no soy el único que sufrió una pérdida. Kymil Nimesin debe ser juzgado por el Pueblo. El mejor servicio que puedo prestar a mi gente es entregar al traidor. También debo esperar el momento oportuno y hacer todo lo que esté en mi mano para descubrir otras amenazas al trono.

La mirada de la doncella se apagó y fue sustituida por un naciente temor.

—Ya hablas como un rey —comentó, medio en chanza medio preocupada.

—En esta isla hay miles de elfos que te lo discutirían —replicó el príncipe con una amplia sonrisa y sin pizca de rencor.

—Ya, pero puedes llegar a serlo.

Lamruil se encogió de hombros. La repentina gravedad de la mujer lo desconcertaba.

—Soy príncipe y, en teoría, sí, es posible. Pero el pueblo ama mucho más a Ilyrana, y probablemente ella ocupará el trono. Y, si lo rechaza, seguramente

preferirán que el puesto lo ocupe un elfo de casa noble que un joven sin experiencia.

—Tal vez para que sea tu regente —insistió Maura—. El resultado se aplazaría, pero al final sería el mismo —añadió con vehemencia.

—¿Qué es lo que realmente te preocupa? —quiso saber el príncipe, y le cogió las manos.

La mirada de la mujer era furibunda, pero en la profundidad esmeralda de sus ojos brillaron dos lágrimas.

—Un rey necesita una reina. Una reina adecuada.

Lamruil se quedó momentáneamente sin palabras. Sabía que Maura estaba en lo cierto; incluso si los nobles llegaban a aceptarlo como su rey, insistirían en que tomara por esposa a una de su clase. Nunca tolerarían que la indómita Maura reinara en Siempre Unidos, ni aunque fuera una elfa pura. Por otra parte, se dijo Lamruil, ella también se consumiría en el palacio de ópalo de Leuthilspar.

El príncipe deseaba con todas sus fuerzas secar los ras

tros plateados en las mejillas de la joven, pero sabía, con la absoluta certeza del amor, que ella no le agradecería que se diera por enterado de sus lágrimas.

—Espera aquí —le pidió de pronto. El elfo le dio la espalda, se agachó para salir del árbol y se adentró en el bosque a todo correr. A los pocos momentos encontró lo que andaba buscando: laurel silvestre. La planta aún conservaba algunas flores y el aire estaba impregnado de su embriagadora fragancia. El príncipe cortó algunas ramitas con el cuchillo y rápidamente hizo con ellas una corona. No era una corona perfecta, pero serviría.

Luego regresó junto a Maura y le colocó en la cabeza la corona de hojas y flores.

—Tú eres la reina de mi corazón —dijo con dulzura—. Mientras vivas, no tomaré a otra.

—¿Y por qué tendrías que hacerlo? Ya las has tenido a todas —replicó ella.

—¿Te parece apropiado sacar a relucir mi pasado de calavera en el día de nuestra boda? —inquirió el joven enarcando una ceja—. Yo creo que no; debemos estar por encima de esas cuestiones.

Maura se cruzó de brazos y lo miró fijamente.

—No pienso casarme contigo.

Lamruil sonrió. Colocó un dedo bajo el mentón de la testaruda mujer y alzó su rostro.

—Demasiado tarde —dijo con un susurro—. Acabas de hacerlo.

—Pero...

El elfo silenció sus protestas con un beso. Maura se puso tensa, pero no se apartó. Un instante más tarde la joven rodeó con los brazos el cuello del elfo y le devolvió el beso con una urgencia rayana en la desesperación.

Finalmente él se liberó del abrazo y anunció:

—Ya es la hora. Debo irme.

Maura asintió. Lo acompañó hasta la linde del bosque y contempló cómo el joven descendía el empinado sendero que conducía al puerto. No apartó la mirada hasta que el barco de Lamruil no fue más que un punto dorado que se perdía en el horizonte. Maura miraba con ojos empañados por un dolor que no sólo era fruto de la separación, sino también de la comprensión.

Por vez primera se dio cuenta del amor que sentía. El destino de Lamruil era ser rey, y cada día que pasaba estaba más cerca de cumplir su destino, aunque sus métodos eran tales que pocos elfos de Siempre Unidos se percataran de ello. Pero llegaría el día en el que el príncipe estaría listo. Y ese día, Siempre Unidos se lo arrebataría.

—Larga vida a la reina Amlaruil —susurró la joven con un fervor que no tenía nada que ver con el auténtico respeto a la monarca de Siempre Unidos.

El regreso de Lamruil se hizo esperar más de dos años. Para los elfos, dos años no eran nada, pero para Maura cada día, cada instante se hizo eterno. La doncella tenía una tarea que cumplir. Ella y Lamruil perseguían un mismo objetivo, y la joven llevaba a cabo su parte con una determinación que desconcertaba a sus instructores elfos. Maura se dedicó a practicar la esgrima con una dedicación comparable a la de los artistas de la espada más entregados. Maura tenía un corazón de luchadora y amaba la danza de la batalla, y además, a diferencia de los elfos, estaba convencida de que se avecinaba una guerra. La joven se entrenaba para la confrontación, la esperaba, vivía para ella. No obstante, cuando llegó la cogió por sorpresa.

A todos los orgullosos elfos de Siempre Unidos los cogió por sorpresa. La amenaza llegó de donde menos lo esperaban, de un enemigo que todos creían demasiado lejano para preocuparse por él. De las profundidades llegó lo impensable: los drows.

El ataque se produjo en la costa más septentrional de la isla. Durante la larga noche otoñal, en los túneles situados por debajo de las antiguas ruinas del alcázar Craulnober resonó el ruido de las armas y los débiles gritos instintivos que ni siquiera los guerreros más valerosos podían contener cuando un acero se hundía en sus carnes. Pero ahora los sonidos habían dejado paso a un tenebroso silencio, la prueba evidente de que la primera batalla llegaba a su fin.

Y estaba a punto de perderse.

Los refuerzos llegaron del alcázar de la Lanza de Luz en Ruith y de las solitarias fortalezas de las Colinas de las Águilas. Maura iba con ellos, para luchar junto a los elfos que la habían criado y entrenado.

É

Los defensores pugnaban por recuperar el antiguo castillo, que vomitaba

invasores drows como lenguas de lava hirviente y mortal. El anuncio del amanecer dio un giro a la batalla, pues mientras los drows empezaron a retroceder para que la luz del sol no los sorprendiera, los elfos de la superficie lograron atravesar el antiguo muro de la torre del homenaje. Los elfos se lanzaron con renovada ferocidad contra los drows, que controlaban la plaza. Entre los caídos de Siempre Unidos había muchos cuerpos oscuros. Al alba, los supervivientes drows huyeron hacia los túneles de los que habían venido.

Los orgullosos elfos cantaron victoria demasiado pronto. A una orden de Shonassir Durothil iniciaron la persecución. Casi todos los elfos abandonaron sus posiciones en los acantilados y en las colinas cercanas al castillo, decididos a perseguir y destruir a los invasores. No obstante, apenas entraron en el castillo las puertas se cerraron tras ellos y quedaron precintadas, de modo que parecieron fundirse con los muros para formar una única superficie de piedra.

Una nube de oscuridad cayó sobre el castillo, envolviendo a los guerreros elfos en una bruma impenetrable y en una gélida aura de pura maldad.

Amparados en la oscuridad regresaron los drows, silenciosos e invisibles, equipados con terribles armas y magia para sembrar la confusión. Aquí y allá relucían pequeños puntos de luz roja, como maléficos fuegos fatuos. Los elfos los confundían con los ojos sensibles al calor de los drows y los perseguían, pero daban caza a una ilusión. Su recompensa era, invariablemente, una daga en la espalda y risas burlonas, una música tan hermosa y horrible como las campanillas encantadas de las cortes de Unseelie.

Los elfos seguían luchando en medio de la oscuridad y la desesperación. Eran guerreros duchos y arrojados, pero de todos modos murieron.

Un puñado de ellos logró dar con las entradas a los túneles y persiguió a los drows, que se replegaban hacia la isla de Tilrith, a través de túneles que siglos de magia y de trabajo de los elfos oscuros habían vuelto a abrir.

En la oscuridad los elfos de Siempre Unidos hallaron la muerte, pues en los túneles les aguardaban dos criaturas más temibles si cabe que los drows. Una era una hermosa elfa, que expresaba su júbilo cada vez que un hijo de Core-lon Larethian caía.

Finalmente Lloth estaba en Siempre Unidos. Pese a que la magia le impedía poner el pie en la isla, los túneles subterráneos eran suyos.

La criatura que la acompañaba no estaba sujeta a tales limitaciones. Era un ser horrible, muy parecido a una enorme cucaracha de tres patas. El monstruo avanzaba veloz hacia el alcázar, con el morro pegado a las paredes del túnel, husmeando, y accionando sin cesar sus mandíbulas, fuertes como el hierro, para abrirse un camino a través de la piedra. Era casi tan grande como un dragón y lo cubría una armazón impenetrable. Desgraciadamente, era muy familiar a muchos elfos de Siempre

Unidos.

Ityak-Ortheel, una criatura de Malar, había seguido a Lloth desde su hogar en el Abismo. El Señor de las Bestias y la Reina de las Arañas habían hallado la manera de unir fuerzas para atacar conjuntamente Siempre Unidos. El atroz devorador de elfos necesitaba una puerta para salir del Abismo, y Lloth podía proporcionársela.

El devorador de elfos se lanzó hacia arriba y cruzó el suelo de piedra del alcázar. Sus múltiples tentáculos palparon el aire buscando el rastro de una presa. Ityak-Ortheel no se dio por satisfecho hasta haber devorado tanto a los elfos vivos como a los muertos. Cuando el alcázar quedó vacío y en silencio, embistió el viejo muro con la velocidad de un caballo al galope. La piedra se hizo añicos, levantando una nube de polvo y escombros, que se alzó por encima de la negrura que envolvía el castillo y amenazaba con cubrir todo Siempre Unidos.

Un guerrero sobrevivió, el único cuya sangre no era lo suficientemente elfa para atraer al devorador de elfos. Maura miró con desesperación cómo el monstruo salía del alcázar y se dirigía hacia el sur a una velocidad que ni siquiera el vuelo de un cuervo podría igualar. La luchadora imaginaba adonde se dirigía, y para qué.

El devorador de elfos se encaminaba a la Arboleda de Corellon, el asentamiento elfo más cercano y uno de los centros del poder de Siempre Unidos. Allí se reunían los más poderosos clérigos para estudiar, orar, ayudar al Pueblo con su magia y contemplar las maravillas que les aguardaban en los reinos de Arvandor. Allí, en medio de los templos, el devorador de elfos buscaría más comida.

Por si esa perspectiva no fuera suficientemente horrible, un detalle despertó en Maura la sensación de urgencia que necesitaba para hacerla olvidar su agotamiento y desesperación: la princesa Ilyrana, sacerdotisa de la diosa An-gharradh, vivía en la Arboleda.

De los labios de la joven brotó un grito que orejas humanas hubieran tomado por la llamada de un águila. Maura, que había crecido en las Colinas de las Águilas, conocía la existencia de las gigantescas aves y había oído a los elfos llamarlas muchas veces. Pero ella nunca lo había hecho, y tampoco había montado ninguna. Ni siquiera estaba segura de ser capaz de hacerlo, aunque no sería la primera vez que un guerrero montaba tal corcel en la batalla sin contar con el entrenamiento adecuado.

No tuvo que esperar mucho. Una enorme águila bajó del cielo en medio de un enervante silencio y fue a posarse sobre la pila de escombros que el devorador de elfos había dejado tras de sí al atravesar el muro. El águila era tan grande como un caballo de guerra, y también hermosa. A la luz de los sesgados rayos del sol del amanecer, sus plumas parecían de oro. También resultaba temible, con un pico ganchudo más grande que la cabeza de Maura y garras del tamaño de la daga de la guerrera.

El pájaro ladeó la testa inquisitivamente.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —preguntó con voz aguda.

—Soy Maura de Siempre Unidos, esposa del príncipe Lamruil e hija política del rey Zaor —respondió la joven, con orgullo—. Llévame a la batalla, tal como tu antepasado llevó al rey. Siempre Unidos corre un peligro mayor que entonces; se enfrenta al mayor peligro conocido.

—No eres elfa —comentó el águila.

—No. Y tú tampoco. ¿Pero acaso defiendes tu hogar con menos bravura por eso?

Esas palabras parecieron complacer al ave. El águila desplegó las alas hasta que sus plumas doradas abarcaron casi por completo el patio manchado de sangre.

—Vamos, vamos —dijo impaciente—. Súbete a mi espalda y agárrate fuerte. ¡Demostraremos con qué coraje luchamos los no elfos por Siempre Unidos!

Tercera parte

Constancia y Cambio

«Según algunas leyendas, Siempre Unidos es una parte de Arvador que descendió al mundo mortal. Para algunos es un puente entre los dos mundos, un lugar en el que la frontera entre lo divino y lo humano se desdibuja. Para otros es simplemente un premio que ganar. Pero todos tienen algo muy claro: desde el día que fue creado, Siempre Unidos se convirtió en el hogar ancestral de todo el Pueblo de Faerun. Es algo que no puede entenderse ni explicarse, pero ¿desde cuándo la verdad y la paradoja son irreconciliables?»

Fragmento de una carta de Elasha Evanara,
sacerdotisa de Labelas,
custodia de la Biblioteca de la Reina

Inviolado

Malar, el Señor de las Bestias, reivindicaba para sí todas las tierras salvajes. Los densos bosques de Siempre Unidos debían ser su coto de caza, y todos los seres vivos que los poblaban, sus presas por derecho. Y, si entre dichas presas había elfos, mejor que mejor.

Pero el Gran Cazador tenía prohibido el acceso al refugio de los elfos. La red de poderosa magia que cubría la isla impedía a los dioses enemigos del Seldarine atacar directamente a los hijos de Corellon Larethian. Y, esta vez, no había ninguna diosa traicionera que le abriera la puerta desde dentro.

No, reflexionó Malar, él no podía llegar a la isla, pero quizás otros sí podrían. Una vez, hacía mucho tiempo, una coalición había estado a punto de derrotar al panteón elfo en su propio bosque sagrado. ¿Qué le impedía a él reunir un grupo similar de dioses y aunar los esfuerzos de sus respectivos seguidores mortales? De este modo aplastarían de una vez por todas a los elfos mortales, cuya existencia le recordaba la humillante derrota sufrida a manos de Corellon Larethian.

El mar era la primera barrera que se interponía en el camino del éxito. ¡Y vaya barrera! La mayor parte de sus seguidores eran orcos, humanos que disfrutaban del placer de la caza y seres pertenecientes a las otras razas depredadoras. Eran cazadores que vivían en tierra firme y que no tenían embarcaciones ni la habilidad necesaria para cruzar el ancho mar. Tal vez, algún día, podría encontrar aliados divinos y mortales para suplir esa carencia. El primer paso para forjar esa alianza era conseguir el apoyo de los poderes y las criaturas de las profundidades marinas.

Así fue como el Señor de las Bestias se dirigió a una remota y rocosa isla, situada muy al norte de Siempre Unidos, y adoptó su forma avatar. Entonces lanzó su llamada y se sentó en un escatpado acantilado a esperar.

Los vientos marinos que barrían la isla se convirtieron en un vendaval, al tiempo que el cielo se oscurecía y adquiría una coloración añil. El mar se encrespó, y las olas se estrellaban contra la base del acantilado, haciéndose más y más altas, y empapando de agua salada el pelaje negro de Malar. Justo cuando creía que el furioso mar iba a tragarse la isla, y su forma avatar con ella, sobre la superficie de las aguas se formó una enorme ola que adoptó la forma de una bella mujer de mirada salvaje.

La diosa Umberlee gravitaba sobre la isla, temblando en la cresta de una ola enorme que se ondulaba peligrosamente.

—¿Qué quieres de mí, terrestre? —preguntó con una voz que era como un rasgueo.

Malar miró a la diosa con cierta aprensión. Los poderes de ésta y su reino marino estaban fuera de la comprensión o la experiencia del Señor de las Bestias. No obstante, podía tratar de hallar un terreno común o, al menos, halagar sus oídos y así amoldar los propósitos de la diosa a los suyos propios. Desde luego, eso tenía sus riesgos. La diosa de las olas tenía fama de peligrosa y caprichosa.

—Vengo en paz, Umberlee, para advertirte. Los elfos surcan tus océanos para establecerse en la isla de Siempre Unidos.

De los ojos de Umberlee salieron rayos, y los retorcidos arbustos de la playa que daban ciruelas estallaron en llamas.

—¿Osas llamarme y me hablas como si no supiera lo que ocurre en mis dominios? —bramó la diosa—. ¿Qué me importa que los elfos surquen los mares, siempre que me rindan tributo?

—Pero es que no se limitan a surcar tus mares. Su intención es gobernar el océano, teniendo como base Siempre Unidos —insistió Malar—. Una diosa de los elfos me lo ha dicho.

La diosa marina retrocedió ligeramente, como por sorpresa, y en sus ojos prendió un tipo diferente de cólera.

—¡Sólo Umberlee gobierna los océanos!

—Los elfos te rinden homenaje, eso es cierto, pero sólo adoran a sus dioses. Ni siquiera los elfos marinos te veneran a ti, sino a la Gran Oceánide.

—Así son las cosas —replicó la diosa, huraña—. Muchas son las criaturas que pueblan mis océanos y todas adoran a sus propios dioses. ¡Pero todos los que viven en el mar o viajan sobre sus olas me pagan tributo y me dirigen plegarias para suplicar mi tolerancia y evitar mi cólera!

—¿También te rezan los elfos que ahora viven en Siempre Unidos, o están demasiado satisfechos con la protección de sus dioses? —la pinchó Malar—. Aerdrie Faenya ha derramado sobre la isla sus bendiciones para que ni vendavales ni ninguna otra inclemencia puedan destruirla jamás. Los elfos del Seldarine creen que Siempre Unidos está a salvo del poder de los demás dioses. ¡Pero estoy seguro de que Umberlee, una de los grandes Dioses de la Furia, puede hacer algo para castigar a esos presuntuosos elfos!

Malar comprobó que sus palabras daban en el blanco, tal como Lloth había predicho. El Señor de las Bestias hubiera preferido meter a Umberlee en vereda usando la fuerza bruta y sus garras pero, como la diosa oscura señaló, en muchas cacerías llega el momento en el que el cazador debe conducir a su presa al lugar que él ha elegido.

—Hay muchas cosas que podría hacer —alardeó la engreída diosa—. ¡Si en los mares que rodean Siempre Unidos reina el caos, los elfos aprenderán a conocer mi poder y a reverenciarme!

Malar escuchó mientras UMBERLEE urdía planes para el Reino Coral, un amplio y heterogéneo grupo de enemigos que se dedicarían a hostigar a los elfos cada vez que se hicieran a la mar. Algunas de estas criaturas podrían aventurarse incluso hasta la misma isla, pues la protección de los dioses elfos no excluía a todos los seguidores de otros dioses.

Mientras escuchaba a la diosa del mar alardear y maquinando, Malar se admiró de la astucia de Lloth, que tan hábilmente había planeado cómo volver el poder de UMBERLEE contra sus enemigos, los elfos. El Señor de las Bestias trató de no pensar demasiado en los resultados de la última campaña de la diosa oscura y desechar las sospechas de que, tal vez, Lloth le había manipulado a él con la misma facilidad, entonces y ahora.

Estos pensamientos oscuros le fueron más útiles cuando se convirtieron en rabia, una rabia precisa y mortal que podía concentrar contra los hijos de Corellon.

En los años siguientes, empezaron a formarse en las cálidas aguas que rodeaban Siempre Unidos grandes colonias de extrañas y malvadas criaturas.

Los pellejados eran los peores. Eran trolls marinos de unos tres metros de estatura y casi invencibles, pues ellos mismos podían curarse sus heridas de guerra a una velocidad increíble. Enjambres de ellos invadían los barcos elfos y se regeneraban con la misma rapidez con la que los elfos los abatían. Cuando los elfos les prendían fuego, sólo conseguían que la embarcación ardiera y que la tripulación quedara a merced de los pellejados del mar. Pocos eran los que podían sobrevivir en unas aguas infestadas de tales bestias. Las travesías entre el continente y Siempre Unidos se hicieron muy peligrosas, y eran más los barcos que se perdían que los que llegaban a puerto.

Además de trolls marinos, también había sahuagin, espantosos hombres pez, de piel oscura, que odiaban a muerte a los elfos marinos. Bajo las aguas se libraron interminables batallas entre estos dos acerbos enemigos. En unas pocas décadas, los pacíficos elfos marinos que poblaban las aguas cercanas a Siempre Unidos, y que solían guiar a los barcos elfos y explorar la ruta para detectar posibles peligros, fueron casi exterminados.

Fue una época muy difícil para los elfos de Siempre Unidos. Aislados del poderoso reino de Aryvandaar —excepto por los mensajes que enviaba y recibía la torre—, y privados de la formidable barrera protectora de los elfos marinos, se dieron cuenta con horror de que su sagrado hogar no era inmune a los ataques.

Habían transcurrido casi cuatrocientos años desde que los primeros barcos que zarparon de Aryvandaar dejaron atrás la isleta montañosa conocida como Sumbrar y

fondearon en la abrigada bahía situada en la costa ^meridional de

Siempre Unidos. Allí, en la desembocadura del río Ardu-lith, fundaron Leuthilspar, el «Bosque Patrio».

A partir de piedras preciosas y cristal, de piedra viva y enormes árboles centenarios, los archimagos de Aryvandaar levantaron en los bosques de Siempre Unidos una ciudad que podía rivalizar con cualquiera de los reinos de Faerun. Los edificios surgieron de la misma tierra e iban aumentando de tamaño con el transcurso de los años para acomodar a los clanes, cada vez más numerosos, que albergaban, así como a los nuevos colonizadores. Desde un principio, Leuthilspar fue una ciudad de incomparable belleza. Torres en forma de espiral se alzaban hacia el cielo como gráciles bailarinas, e incluso las simples calzadas se construían con gemas extraídas de las profundidades de la tierra.

Pese a que nunca alcanzó a estar en una completa armonía con la nobleza elfa, Keishara Amarilis hizo una buena labor a la hora de aproximar las posiciones de las facciones en conflicto. Cuando tuvo que responder a la llamada de Arvador, Rolim Durothil aceptó el puesto de Alto Consejero con una humildad y determinación que hubiera dejado perplejos a quienes lo conocieron como orgulloso guerrero dorado de Aryvandaar.

Rolim y su esposa, la maga y elfa plateada Ava Flor de Luna, dieron ejemplo de armonía entre los clanes y las razas elfas. Tuvieron una familia extraordinariamente numerosa, y sus hijos pasaron a engrosar tanto el clan Durothil como el clan Flor de Luna. Los que se parecían al patriarca dorado se consideraban Durothil; y los que salían a la madre, aumentaban el número y el poder de los Flor de Luna.

Todos los elfos de Leuthilspar convenían en que era una solución sabia y un ejemplo. No obstante, pocos siguieron los pasos del Alto Consejero, y las uniones entre las diferentes razas de elfos cada vez eran menos frecuentes. Pese a que las relaciones entre elfos dorados, plateados y silvanos eran cordiales, poco a poco se fueron alejando.

Con el transcurso del tiempo, algunos de los elfos más intrépidos abandonaron Leuthilspar y se establecieron por toda la isla. Unos pocos se mezclaron con los elfos silvanos, que vivían en las profundidades de los bosques, y adoptaron un estilo de vida en completa armonía con la isla sagrada. Sin embargo, la mayoría se estableció en las anchas y fértiles llanuras del noroeste, y se dedicaron al cultivo de la tierra o a adiestrar veloces y ágiles caballos de guerra.

El extremo más septentrional de la isla era una zona de colinas y montañas escarpadas densamente arboladas. No era sencillo sobrevivir en una zona tan agreste, pero era la tarea adecuada a las energías del pujante clan Craulnober.

Ésta era una familia poco importante que llegó a Siempre Unidos como guardia de honor de la familia feudal a la que servía, los Flor de Luna. La cabeza de familia

era Allan-*nia* Craulnober, una guerrera que, pese a su menudo tamaño, había sobrevivido a las Guerras de la Corona y luchado contra las hordas de monstruos, orcos y elfos oscuros que amenazaban Aryvandaar. Allannia conocía demasiado bien los horrores de la batalla y la necesidad de no bajar nunca la guardia.

A la elfa le preocupaba la creciente complacencia de los elfos del Leuthilspar y su absoluta seguridad de que Siempre Unidos era un refugio inviolable. Por este motivo, eligió una zona que pondría a prueba su resistencia y le exigiría que mantuviera en forma el cerebro y su acero siempre afilado. Así, luchando por sobrevivir en tan inhóspito lugar, Allania crió a sus hijos para que fueran guerreros.

El primero entre ellos era Darthoridan, su primogénito. Era extraordinariamente alto para ser elfo y más corpulento que la mayoría de sus congéneres. Cuando aún era un muchacho y no había alcanzado su estatura definitiva, Allania previo que ninguna espada del arsenal Craulnober haría justicia a su fortaleza. Así pues, encargó al mejor armero de Leuthilspar que forjara un sable de un tamaño y un peso poco común en las armas elfas. Por razones que no pudo explicarse, Allania decidió llamar al sable *Mar-en-medio*.

En la adolescencia, Darthoridan se fue haciendo cada vez más inquieto. Se pasaba el día practicando sin descanso, preparándose con su madre guerrera y con sus hermanos para una batalla que nunca llegaba. Aunque no se quejaba, le frustraba el tipo de vida que llevaban en el alcázar Craulnober. Sí, él y sus hermanos se estaban convirtiendo en excelentes guerreros, incluso según los harems elfos, pero el joven deseaba mucho más. Darthoridan tenía la premonición, cada vez más acuciante, de que ser buen espadachín no era suficiente.

Un día, al acabar sus prácticas, Darthoridan envainó a *Mar-en-medio* y bajó a la playa. Solía pasar muchas horas allí, poniendo a prueba su fuerza y agilidad trepando por los empinados acantilados, sin importarle el dolor sordo que sentía en los músculos tras realizar sus ejercicios de lucha. Aunque se pasaba sentado casi todo el tiempo contemplando el mar, reviviendo las historias que contaban los viajeros de las maravillosas ciudades del sur.

Esa tarde Darthoridan estaba especialmente pensativo, pues su madre había decidido que muy pronto su hijo tendría que ir a buscar esposa en Leuthilspar. Al joven no le desagradaba la idea, pero la perspectiva de hacer realidad un sueño lo asustaba un poco.

Después de todo, las tierras del clan Craulnober estaban aisladas, y su alcázar era una simple torre de piedra construida sobre los rocosos acantilados. En su empeño por disponer de una defensa fuerte, Allania Craulnober había dejado de lado todo lo demás y sólo había enseñado a sus hijos el arte de la guerra. Darthoridan no estaba preparado para el estilo de vida que se llevaba en Leuthilspar, y él mismo no confiaba en ser capaz de cortejar y conseguir una novia adecuada.

Para contentar a Allania, se decía el joven con una mezcla de frustración e ironía, simplemente tendría que entrar con paso marcial en la ciudad, desafiar a una joven de aspecto guerrero, vencerla y llevársela al norte.

Darthoridan suspiró. Por ridícula que resultase la idea, era lo único que realmente sabía hacer.

El joven guerrero se juró a sí mismo que cuando él fuera el jefe del clan, las cosas serían distintas. Si pudiera hacer su voluntad, se casaría con una dama de alta cuna y de exquisita gracia. Ella enseñaría a sus hijos cosas que él no sabía. Además, todos los jóvenes del clan Craulnober serían enviados con familias nobles del sur, donde aprenderían las artes y las ciencias mágicas que florecían en Leuthilspar. Así aprenderían a dominar la magia innata de los elfos, con resultados mucho mejores que los modestos experimentos mágicos que él realizaba en su escaso tiempo libre.

Pese a soñar despierto, Darthoridan permanecía alerta ante lo que lo rodeaba. El joven elfo notó una pequeña mancha negra en una ola que se aproximaba a la arena y entrecerró los ojos a la luz del atardecer para tratar de distinguir de qué se trataba. Las olas arrastraban el objeto adelante y atrás, como si quisieran jugar con él antes de depositarlo en la playa.

Con un suspiro Darthoridan se levantó y empezó a descender por el acantilado hacia el borde del agua. Estaba bastante seguro de qué se encontraría; de vez en cuando el mar arrojaba a las playas del norte el cuerpo sin vida de un elfo marino, como lúgubre testamento de las guerras que se libraban bajo las aguas. No sería la primera vez que el elfo entregaba los despojos de un hermano marino a las llamas purificadoras y que cantaba las plegarias que llevarían el alma a Arvador. En momentos como éste, Darthoridan daba por bien empleadas todas las horas dedicadas al entrenamiento con la espada y la lanza.

Tal como sospechaba, se trataba de otra víctima del Reino Coral, a la que las olas mecían muy cerca de la playa. Darthoridan se metió en el agua, cogió en sus brazos a la elfa muerta y la condujo con honor a su lugar de eterno descanso. Mientras amontonaba las piedras y recogía ramas para depositarla encima, trataba de no fijarse en las terribles heridas de la elfa marina, que ya no sangraban y que el mar había limpiado hacía tiempo, ni de pensar en lo joven que era la pequeña luchadora.

—Si la batalla no ha acabado antes de que los niños tengan que luchar, ya está perdida —murmuró Darthoridan, citando las palabras de su madre. Mientras preparaba la pira funeraria, y después contemplaba las llamas que se alzaban para saludar al ocaso, el joven rezó para que ni sus hermanos pequeños, ni los hijos que esperaba tener un día, corrieran la misma suerte. Pero si en los mares no había paz, ¿cómo podría evitarse?

Finalmente, cuando sólo quedaban brasas, el joven se alejó y empezó a caminar por la playa, con la esperanza de que el relajante ritmo de las olas calmaría su

atribulado corazón. Al retirarse, la marea dejaba sobre la arena restos del mar: conchas rotas, pedazos de barcos naufragados o largas tiras de algas de aspecto gomoso. Por aquí y allá se veían pequeños animales, que se escabullían rápidamente hacia el mar, o que se sumergían para pasar la noche en las pequeñas lagunas, formadas por la retirada de las aguas, y que salpicaban la playa.

Al saltar por encima de uno de esos lucios, Darthoridan se fijó en la extraña forma de un rama cubierta de musgo que sobresalía del agua. Se parecía a una enorme y horrible nariz con anchos orificios nasales. El elfo la observó más de cerca, así como la maraña de algas que flotaban en la superficie del agua.

Una silenciosa alarma sonó en su mente, y su mano buscó a *Mar-en-medio*. Pero antes de poder desenvainarla, la pequeña laguna explotó con una erupción de agua salada y un rugido semejante a un rabioso león marino.

Era un pellejudo. Darthoridan miró con horror y sobrecogimiento cómo el ser se levantaba tan alto como era. El troll marino medía casi tres metros y estaba protegido por un duro pellejo moteado gris y verde, así como por una extraña cota de mallas confeccionada con conchas. Esa insólita armadura repiqueteó inquietantemente cuando el pellejudo alzó sus ciclópeas manos para atacar.

Por instinto, Darthoridan dio un salto hacia atrás. Pese a su estatura, por mucho que estirara el brazo derecho, el que empuñaba la espada, nunca podría llegar tan lejos como los brazos del pellejudo. El monstruo casi arrastraba los nudillos por el suelo y, aunque no iba armado, sus garras eran temibles. Si el pellejudo lo alcanzaba, lo mataría, como sin duda había hecho con la elfa marina.

El joven sostuvo a *Mar-en-medio* en posición defensiva, presta para el ataque. El pellejudo arremetió y trató de propinarle un tremendo zarpazo con la mano abierta. Darthoridan se agachó y rodó para alejarse de la bestia. Entonces, alzó el arma por encima de la cabeza y la descargó con fuerza contra el larguirucho brazo del troll, aún extendido. El acero elfo se hundió en la carne y cercenó el antebrazo. El miembro cayó sobre la arena y se sacudió.

Después de limpiarse el icor que le había salpicado la cara, Darthoridan levantó de nuevo a *Mar-en-medio*. Y justo a tiempo, pues el pellejudo atacó con furia, chasqueando sus potentes mandíbulas y farfullando por el dolor y la rabia. La única mano que le quedaba buscó la garganta del elfo. Darthoridan logró desviar la manaza del troll, luego se lanzó entre las piernas del ser y rodó para ponerse de pie.

Haciendo acopio de toda su fuerza, el joven elfo agarró la espada como si fuera un hacha y la descargó contra una de las pantorrillas de la bestia, al tiempo que lanzaba un grito de batalla.

Mar-en-medio conectó un buen golpe; el pellejudo perdió el equilibrio y se derrumbó. Ahora fue Darthoridan quien atacó con furia. Su espada centelleaba a la luz del ocaso mientras subía y bajaba una y otra vez. A medida que cortaba en

pedazos a su enemigo, alejaba los ensangrentados trozos con el pie lo más lejos que podía. El pellejudo podía curarse a sí mismo, pero le costaría más esfuerzo y tiempo si tenía que reunir las partes desperdigadas.

Una súbita presión en el pie lo distrajo de su truculenta empresa. Darthoridan bajó la vista justo cuando una mano cercenada le aferraba el tobillo. Cuando las garras le atravesaron las botas y se hundieron en la carne, Darthoridan lanzó otro grito de batalla, pugnando por concentrar su dolor y su miedo en algo que le fuera útil. El elfo clavó a *Mar-en-medio* entre él y la mano; la punta del acero se hundió en la arena húmeda, y el elfo siguió empujando con toda su energía. La espada cortó la palma del pellejudo, pero ésta lo tenía bien cogido y se negaba a soltarlo. Para empeorar las cosas, una de las garras se aproximaba peligrosamente a un tendón de su pantorrilla.

Desesperado, Darthoridan se tiró a la arena de bruces y, con el pie que tenía libre, dio un puntapié a la espada para impedir que cayera también. *Mar-en-medio* continuó clavada, y finalmente el elfo logró separar los dedos del pellejudo de su bota.

Al punto la mano cercenada se escabulló, corriendo lateralmente sobre los dedos, como una espantosa especie de cangrejo. La mano fue de un lado a otro, como si buscara a tientas el brazo del que la habían desgajado.

Entre jadeos, Darthoridan se puso en pie y liberó la espada de la arena. El elfo hizo caso omiso del intenso dolor que sentía en la pierna y se obligó a vencer el impulso de dar caza a la mano y aplastarla bajo sus pies para vengarse de las heridas sufridas. A su pesar, sabía que no serviría de nada. Algunas partes del pellejudo ya habían conseguido reagruparse y la carne de color gris verdoso crecía rápidamente para rellenar las partes que faltaban. Y lo que era peor, a partir de las partes más diseminadas se formaban nuevas criaturas. Darthoridan no había previsto tal eventualidad; muy pronto todo un ejército de pellejudos se le echaría encima.

El joven lanzó un rápido vistazo a las lejanas torres del alcázar Craulnober, visibles desde la playa. Entre sus muros, todos sus parientes se preparaban para paladear la cena y disfrutar de una o dos horas de relax antes abandonarse al sueño. Sus hermanos no eran en modo alguno criaturas indefensas, pero no estaban preparados para ese tipo de batalla, y él tampoco. Pese a que Darthoridan no era un experto en pellejudos, sospechaba que un troll —del tipo que fuera— no se daría por satisfecho con la muerte de un solo elfo.

El joven dio media vuelta y corrió hacia la pira funeraria de la elfa marina. Agarró una rama aún encendida y regresó a todo correr hacia el creciente ejército de pellejudos. El elfo se detuvo fuera del alcance del troll original y cogió una bol-sita que llevaba al cinto. Era la hora de poner a prueba sus escasas nociones de magia, y también su coraje.

Darthoridan vació el contenido de la bolsa en la mano: varias conchas de caracoles marinos abandonadas por sus propietarios. El joven había llenado los

caparazones con aceite volátil y después había sellado las aberturas con una delgada capa de ámbar gris, parecido a la cera. De cada una de las conchas sobresalía una delgada mecha de lino. De niño, Darthoridan solía jugar con esos pequeños proyectiles incendiarios, pero nunca había probado el efecto de la magia que había derramado en el aceite. En realidad, era posible que se prendiera fuego a él mismo antes de poder arrojar una sola de las conchas a los pellejudos.

Sin embargo, estaba decidido a intentarlo. En el peor de los casos, se abalanzaría contra ellos y les contagiara su fuego. Si conseguía impedir que esas bestias saquearan las tierras de los Craulnober, su muerte no sería en vano. Darthoridan acercó la primera mecha a las llamas de la rama.

Un sonoro estallido de luz y calor lanzó al elfo hacia atrás, y aterrizó sobre el trasero con tanta fuerza que un intenso dolor le recorrió las extremidades y casi enmascaró el fuerte dolor que sentía en las manos.

No obstante, se sentía feliz, pues el explosivo había hecho bien su trabajo. El elfo contempló con sombría satisfacción cómo partes de troll en llamas rodaban sobre la arena en la agonía de la muerte. Darthoridan se puso en pie y recorrió la playa decidido a destruir hasta el último vestigio del enemigo. Una y otra vez arrojó conchas incendiarias, hasta que lo único que quedó del pellejudo invasor fueron manchas de grasa y hollín diseminadas por la arena.

Esa misma noche, Allania Craulnober guardaba un extraño silencio mientras vendaba las manos llenas de ampollas de su hijo y le ofrecía un vaso de vino especiado, en el que había vertido una poción sanadora. Darthoridan, acostumbrado a que su madre le diera interminables instrucciones con una vehemencia que una arpía envidiaría, quedó desconcertado ante ese comportamiento.

Cuando ya creía que no podría soportar ni un minuto más la tensión de esperar la diatriba de su madre, la matiarca elfa habló.

—Los trolls marinos volverán, y toda nuestra fuerza con las armas no nos servirá de nada —dijo con un tono tranquilo y reflexivo que sorprendió a su hijo.

—Él fuego los destruye —le recordó Darthoridan. —¿Y si nos atacan en masa? A no ser que estemos dispuestos a correr el riesgo de quemar el alcázar y arrasar los bosques y los páramos, no podremos avivar suficiente fuego para reprimirlos.

La guerrera elfa enderezó los hombros y fijó la vista en la mirada de confusión de su hijo.

—Parte a Leuthilsparr al rayar el alba y quédate allí todo el tiempo necesario para aprender todo aquello que ansias conocer, todas esas cosas que finges que no te importan. Y cuando escojas esposa, ten en cuenta que sería muy acertado traer al norte a alguien capaz de enseñar magia a los jóvenes Craulnober. Ya es hora de que cambiemos algunas cosas —añadió, y sonrió levemente ante la atónita expresión que

se pintaba en el rostro de su hijo.

«Cierra la boca, hijo mío. Un buen guerrero ve muchas cosas y sabe cuándo ha llegado el momento de pedir refuerzos.

En los años siguientes, los ataques a elfos por parte de los pellejados y de sus aliados, los sahuagin, se hicieron más frecuentes y crueles. No obstante, del Pueblo surgieron líderes, entre ellos, Darthoridan Craulnober y su esposa, Arnazee Flor de Luna, hija del Alto Consejero Rolim Durothil.

Aunque no era archimaga sino sacerdotisa de la Gran Oceánide, Arnazee poseía una magia considerable. Asimismo tenía un amplio conocimiento del mar y de sus moradores. La sacerdotisa y el guerrero aunaron capacidades para crear y entrenar a un ejército de elfos que protegieran las costas con espadas y magia.

Pero a medida que el tiempo transcurría, Arnazee tenía la impresión de que eso no era suficiente. Para vencer al Reino Coral, los elfos deberían batallar en el mar. En todo Siempre Unidos no había otra persona más adecuada, por lo que en ella recayó la difícil empresa.

Durante toda su vida, Arnazee había sentido una especial afinidad con el mar; notaba su ritmo del mismo modo que la mayoría de sus congéneres percibían los ciclos lunares. Incluso su aspecto era marino, con cabello de un insólito tono azul profundo y cambiantes ojos verde azulados. Cuando era niña, le encantaba jugar en las blancas arenas de Siiluth con aves marinas, crías de foca y los niños elfos marinos que vivían cerca de la costa.

Pero ahora, la mayoría de esos niños estaban muertos. Incluso el mentor de Arnazee, un anciano elfo marino sacerdote de la Gran Oceánide había perecido en las interminables batallas contra los pellejados. También las focas habían desaparecido, camino del norte, donde podían criar a sus pequeños con seguridad. Así fue como, pese a haber nacido en el seno de un clan numeroso, bullicioso, y pese a estar rodeada por las maravillas de Leuthilspar, desde muy joven Arnazee se sintió sola.

La llegada a la ciudad del joven guerrero Darthoridan Craulnober lo cambió todo. Lo suyo fue un flechazo. Arnazee lo siguió gustosa a la costa septentrional, y juntos lucharon contra las criaturas que habían destruido el mundo de la sacerdotisa y que amenazaban al del guerrero. Con el nacimiento de Seanchai, su primogénito, Arnazee adoptó como propio el mundo de su esposo y decidió que haría todo lo necesario para asegurar el futuro de su hijo.

Los ojos de la elfa quedaron prendidos en las torres del alcázar Craulnober mientras el barco abandonaba la seguridad del muelle. Le había costado mucho dejar a Sean-chai, aunque ahora el niño ya estaba destetado y empezaba a dar sus primeros pasos. Si estuviera en sus manos, Arnazee disfrutaría de cada momento de la breve infancia de su bebé, cantándole las canciones que a él más le gustaban y contándole cuentos que hacían brillar sus ojos. ¡Después de todo, dentro de pocas décadas dejaría

de ser un niño!

La elfa suspiró. Sólo la consolaba pensar que Darthoridan se había quedado en la costa, al frente del ejército. Arnazee había insistido en que su esposo se quedara. Si ese primer ataque fracasaba, sería necesario proteger al clan —especialmente a su hijo— de las represalias que sin duda tomaría el Reino Coral.

Pero, aunque esa misión fallara, no sería la última. El barco que transportaba a Arnazee sería el primero de muchos. Era una embarcación especialmente diseñada para resistir el ataque de los pellejados, armada con poderosa magia elfa y más de cien guerreros. Se esperaba que ese navio diera el primer golpe decisivo contra los trolls marinos e iniciara el proceso de recuperación del mar. Arnazee pasó la mano sobre los cristales finos y translúcidos que corrían a lo largo de la batayola del barco. Es posible que los pellejados notaran que ese barco era diferente, pero nunca sospecharían lo que les esperaba. ¿Cómo podrían saberlo? Sería la primera vez que un barco elfo se prendía fuego deliberadamente.

La costa todavía estaba a la vista cuando el primer pellejudo atacó. La embarcación se detuvo con una sacudida y enseguida empezó a cabecear y balancearse por efecto de poderosas manos invisibles ocultas bajo las aguas.

Arnazee sabía perfectamente qué pretendían los pellejados. Si era necesario, esas criaturas abordaban los barcos, pero preferían hundirlo perforando el casco y así lanzar a los elfos al agua. Pero el exterior de ese barco en concreto era perfectamente liso y muy duro —pues se había construido con cristal— y los pellejados no tenían dónde agarrarse. Tampoco podían atravesarlo con los dientes ni con las garras. Tendrían que luchar en las condiciones que dictasen los elfos.

Los labios de Arnazee dibujaron una leve sonrisa sombría y dirigió un cabeceo, primero al pequeño Círculo de archimagos, y después a los arqueros listos junto a recipientes con llamas.

—Falta poco —murmuró la elfa—. Empezad a entonar el hechizo. Encended las flechas... ¡Ahora!

Mientras hablaba, varios pares de manos cubiertas de escamas se agarraron a la batayola. Los arqueros sumergieron las flechas en el fuego y apuntaron. Arnazee levantó una mano sin desviar la mirada de los pellejados que abordaban el barco. La sincronización era crucial; si los arqueros disparaban demasiado pronto, los pellejados caerían al agua, el fuego se apagaría y ellos se curarían las heridas de las flechas.

Los trolls marinos se movían rápidamente y por lo común lo hacían juntos, como un enorme pez amaestrado. En un abrir y cerrar de ojos, todos los pellejados habían subido a bordo. Era una numerosa partida de caza, compuesta por más de una veintena de individuos adultos.

Arnazee bajó la mano y gritó:

—¡Ahora!

Las flechas encendidas salieron disparadas hacia los pellejudos, que recularon tambaleantes hacia la borda del barco. Al gunos empezaron a subirse a la batayola, buscando instintivamente la seguridad de las aguas.

Pero en ese momento entró en acción el encantamiento de los magos. Con un sonido que sugería un centenar de copas que se estrellaran contra un muro, las ampollas de cristal fijadas a la batayola estallaron y liberaron su burbujeante contenido. A lo largo de toda la borda se alzó un muro de llamas que impedía a los pellejudos escapar y que prendía fuego a muchos de los que se habían librado de los proyectiles incendiarios de los arqueros.

Instintivamente, los trolls se apartaron de las llamas mágicas, chillando y agitando los brazos. Entonces, guerreros elfos, armados con hechizos que los protegían del calor y el fuego, arremetieron contra ellos. Los elfos lucharon con furia, decididos a que ningún pellejudo rompiera sus líneas. Lenta pero inexorablemente, fueron empujando a los agonizantes trolls hacia las llamas.

Arnazee tenía la impresión de que el fuego y la batalla hacía horas que duraban, aunque sabía que no podía ser así. Los trolls ardían rápidamente. Detrás de los guerreros elfos, el Círculo continuaba entonando la magia que sostenía tanto las llamas como a los luchadores, y que impedía que el fuego se extendiera más allá del muro de guerreros elfos. Antes de lo que Arnazee hubiera creído posible, la batalla parecía estar a punto de acabarse.

Entonces llegaron los sahuagin. El primero en abordar el barco no lo hizo voluntariamente ni por medios propios, sino que sus camaradas lo eligieron y lo lanzaron contra el fuego mágico. El sahuagin, que chillaba y se agitaba, cayó sobre los defensores elfos como una bomba viva.

Un asombrado elfo logró levantar a tiempo la espada, y el sahuagin se clavó en ella al caer. Pero el peso del hombre-pep empujó al elfo en su caída.

Quizás al principio el sahuagin había actuado obligado, pero ahora sabía qué debía hacer. Sus garras y dientes se clavaron en el rostro y el cuello del elfo inmovilizado y le desgarraron la carne. Cuando los guerreros lograron apartarlo de su hermano, la horda de sahuagin ya se había anotado la primera víctima.

Una espantosa lluvia de sahuagin se abatió sobre cubierta, una lluvia compuesta de invisibles criaturas. Algunos sobrevivieron a la caída, y la batalla recomenzó.

—¡Las llamas los frenan un poco pero no consiguen detenerlos! —gritó Arnazee a los magos—. ¿Qué más podéis hacer?

El elfo de cabellos blancos que actuaba como Centro respondió tras reflexionar un momento:

—Podemos calentar el agua que rodea el barco hasta que hierva. Esto matará a las bestias, o al menos las ahuyentará.

—¿Y el barco? —quiso saber Arnazee con el entrecejo fruncido.

—Será arriesgado —admitió el mago—. El casco de cristal será mucho más quebradizo y frágil a causa del calor. Pero aunque los sahuagin se dieran cuenta, no podrán soportar el calor el tiempo suficiente para sacarle partido.

—Hacedlo —ordenó Arnazee lacónicamente, pues no había tiempo que perder. Un sahuagin había logrado abrirse paso entre los defensores y sus negros pies palmeados batían contra la cubierta mientras corría hacia el Círculo de magos.

La sacerdotisa cogió a toda prisa un arpón del armero y se lo apoyó en la cadera. En el último segundo, la criatura cambió de dirección y sus garras no atacaron a la elfa armada, sino a uno de los magos que seguían cantando.

Arnazee se abalanzó sobre el sahuagin e impulsó el arpón con todas sus fuerzas. El arma hizo diana. La elfa soltó la fisga al punto, asqueada ante los agónicos gritos de la criatura, que encontraban eco en el infernal coro de los sahuagin, que se estaban escaldando en el mar.

Por un momento Arnazee creyó que no sería capaz de soportar el olor a carne de troll quemada, la cubierta de cristal resbaladiza por la sangre elfa derramada y por repugnantes secreciones, o la potente nube de maldad que rodeaba a esas criaturas marinas. La sacerdotisa cerró los ojos y respiró profundamente.

En ese breve instante todo se perdió.

El sahuagin agonizante agarró el arma que tenía más a mano, justamente la mano cercenada y aún humeante de un troll tirada en cubierta. Con las últimas fuerzas que le quedaban, la arrojó contra el mago de cabello blanco que actuaba como Centro del Círculo. Dio en el blanco, y la mano del pellejudo rodeó la garganta del elfo con intenciones asesinas. Unas garras negras y humeantes buscaron los vasos vitales, y se hundieron profundamente.

Cuando el Centro murió, el Círculo se disolvió. Las llamas que protegían el barco se elevaron para desaparecer. La nube de vapor que emanaba del mar, calentado mágicamente, tremoló hasta convertirse en una nube algodonosa más en el cielo estival. En el súbito silencio, los magos elfos miraron a su alrededor perplejos y desorientados, mientras pugnaban por liberarse del hechizo interrumpido.

En esos momentos un sordo tintineo resonó por todo el barco, seguido por otro. Los sahuagin supervivientes habían regresado para reemprender la lucha. El mar era una extensión de agua demasiado vasta y viva para que el agua caliente pudiera detenerlos mucho rato.

El capitán de los guerreros corrió hacia Arnazee.

—Los sahuagin tienen armas de metal —le informó en tono de urgencia—. Es posible que logren atravesar el casco debilitado. Si nos lanzan al agua, no podremos luchar contra ellos.

—Tal como somos, no —convino la sacerdotisa.

En pocas palabras expuso al capitán el plan desesperado que se le acababa de ocurrir. Sin dudar, el guerrero expresó su aquiescencia con un cabeceo, y corrió hacia sus hombres para prepararlos. El barco y los elfos que viajaban en él estaban condenados, pero si los dioses se mostraban propicios, quizás aún podrían servir al Pueblo de Siempre Unidos.

Arnazee se arrodilló y empezó la oración más solemne de toda su vida; invocaba a la Gran Oceánide no para que los salvara, sino para que los transformara.

Mientras rezaba, el aire que la rodeaba pareció cambiar, enrareciéndose y resecaándose hasta límites que no eran naturales. También su sentido del oído cambió; ahora percibía los terribles golpes y crujidos que anunciaban la inminente rotura del casco, así como los gritos de júbilo y las crepitantes carcajadas de triunfo de los sahuagin. A esa algarabía que le llegaba por el aire se le unían otros sonidos más sutiles y lejanos, sonidos submarinos.

El mar lamía ya la cubierta y empapaba las ropas de Arnazee, pero la sacerdotisa descubrió que no temía las profundidades marinas ni a las criaturas que las habitaban. Se puso en pie de un salto y se despojó de las ropas de elfa terrestre, que ahora le estorbaban. Con una mano, ahora palmeada, la nueva elfa marina agarró un arpón y abandonó el agonizante barco para lanzarse a las olas.

A su alrededor, los nuevos elfos marinos atacaban a los sahuagin con armas y magia. Esa maravilla animó a la sacerdotisa y le dio ánimos para la lucha, ¡pues los elfos marinos nacidos de manera natural no poseían magia! Ése era el modo de derrotar al Reino Coral. ¿Cómo no lo había visto antes? Como elfos marinos con magia, ¡qué gran fuerza serían para la defensa de Siempre Unidos!

Mucho más tarde, después de derrotar a los sahuagin y obligarlos a huir, cuando la excitación de la batalla se calmó y la euforia de la victoria se desvaneció, Arnazee se dio cuenta del sacrificio que había hecho.

No lo lamentaba, y ninguno de los otros elfos le recriminó nada. Todos habían jurado proteger Siempre Unidos y se resignaban a hacerlo del modo que el destino dispusiera. ¡Pero lo que había perdido!

Al atardecer la elfa marina emergió de las olas y caminó en silencio hacia la rocosa playa situada bajo el alcázar Craulnober. Tal como había previsto, Darthoridan estaba allí, con una mirada pesarosa fija en el mar. Arnazee se detuvo a unos pasos de distancia y lo llamó suavemente.

Darthoridan se sobresaltó y giró sobre sus talones, con una mano posada en la empuñadura de su espadón. Durante un largo instante simplemente miró. Entonces, su rostro expresó primero desconcierto, luego temeroso reconocimiento y, finalmente, horror incipiente.

Arnazee comprendió esas emociones. No la sorprendió que su amado no la reconociera al principio, pues estaba muy cambiada. Su cuerpo, que siempre había

sido esbelto, ahora era exageradamente estilizado y tan delgado como un junco; y su piel blanca ahora aparecía moteada con remolinos azules y verdes. Los costados del cuello estaban hendidos por varias líneas de branquias, y los dedos de manos y pies eran más largos y estaban unidos por una delicada membrana. Ni siquiera conservaba su espléndido cabello color zafiro; ahora se recogía sus mechaz azules y verdes en una sola trenza que le caía por la espalda. Lo único que no había cambiado eran sus ojos verdemar.

—El resurgimiento de Iumathiashae ha comenzado —dijo Arnazee suavemente, fiel a su costumbre de hablar primero de asuntos de guerra y gobierno antes de pasar a los temas personales—. Una gran ciudad se alzarz en el fondo del mar entre el Reino Coral y Siempre Unidos, pues los elfos marinos de Siempre Unidos han recuperado la Alta Magia. Nosotros repoblaremos los mares y seremos el equilibrio de las fuerzas del mal. Las costas de Siempre Unidos serz seguras y se podrz surcar otra vez el mar. Comunícalo al Pueblo —concluyó la elfa con un susurro.

Darthoridan asintió. El ardiente dolor que sentía en el pecho lo impedía hablar. No obstante, abrió los brazos y Arnazee se refugió en ellos.

—Acepto mi deber y mi destino —dijo la elfa marina con voz lacrimosa—. ¡Pero, por todos los dioses, cuánto te echaré de menos!

—Estoy seguro de que podrz pasar mucho tiempo en tierra firme —logró decir Darthoridan.

Arnazee se apartó de él y negó con la cabeza.

—No puedo soportar el sol, y por la noche es cuando las criaturas malignas son más activas y mi deber más me reclama. Haré todo lo que pueda, y lo que deba. Por breve que sea, el crepúsculo será nuestra hora.

—El tiempo siempre es breve —la consoló Darthoridan levantando con delicadeza su mano palmeada y besándole los dedos moteados—. La única diferencia entre nosotros y los otros enamorados es que nosotros sabemos lo que otros tratan de ignorar. La felicidad siempre se mide por momentos. Eso tendrá que bastarnos.

Y así fue. Todas las noches, cuando los dorados rayos del crepúsculo iluminaban las olas, Arnazee aparecía para hablar con su amado y jugar con su bebé. Cuando debía entregar a Seanchai a la niñera, la madre permanecía bajo el alcázar y, desde el mar, cantaba nanas a su hijo.

En los años siguientes los enamorados pudieron pasar cada vez menos tiempo juntos. Darthoridan debía acudir a menudo a los consejos en el sur, y Arnazee recorría los mares en defensa de Siempre Unidos. Sin embargo, regresaba a la accidentada costa septentrional siempre que podía. A su hijo le dio el único regalo que podía darle: las canciones que le enseñaron los pueblos marinos, las sirenas y las grandes ballenas; historias de honor y misterio recogidas en cientos de playas.

Así fue como ese niño llegó a convertirse en uno de los mayores bardos que nunca existieron, y no sólo por sus incontables historias y canciones de triste belleza. Su mismo nombre, Seanchai, pasó a calificar a los narradores con un talento especial. Pero nunca hubo otro que igualara su particular magia, pues el noble espíritu de Arnazee fluía por todas sus historias como aire y agua.

La alianza Ala de Estrella

La promesa del alba bañaba con luz plateada el puerto de Leuthilspar cuando Rolim Durothil y Ava Flor de Luna abandonaron silenciosamente el hogar que habían compartido durante tantos años. Dejaban atrás una numerosa familia —elfos dorados y plateados—, así como una multitud de elfos de todos los clanes y razas, que se habían reunido para honrar al Alto Consejero de Siempre Unidos y a su esposa, la lady archimaga.

Durothil no podía evitar pensar en lo que dejaba atrás. Él y Ava habían sido bendecidos con una familia extraordinariamente numerosa; juntos criaron a diecisiete hijos sanos, que a su vez les habían dado nietos y bisnietos. Esa numerosa prole acrecentó tanto el clan Durothil como el clan Flor de Luna. Algunos establecieron alianzas con otras casas antiguas así como con recién llegados, elfos que llegaron a Siempre Unidos por mar o a través de las puertas mágicas que unían la isla con lugares ocultos en los reinos elfos. Él y Ava habían sido afortunados al tener esa familia, y en tenerse el uno al otro. También habían sufrido pérdidas; su hija Arnazee, por ejemplo, aunque seguía sirviendo a Siempre Unidos en el mar como elfa marina, y algunos nietos, que perecieron en batallas marinas que, aunque menos frecuentes que en el pasado, seguían siendo una triste realidad en la isla elfa. Pero a Rolim le había resultado más fácil superar esas pérdidas gracias a la fortaleza de su esposa.

El elfo miró cariñosamente a Ava, que contaba con más de setecientos años. Los ojos grises de la elfa reflejaban serenidad, y el insólito tono gris apagado de su cabello, tan suave como el de un gatito, presentaba al fin mechones plateados.

Aparte de eso, su rostro apenas mostraba el paso de los años. Ava tenía un aspecto casi tan juvenil como el día de su boda, y a los ojos de Rolim era mucho más hermosa.

La venerable pareja subió la suave ladera de la montaña desde la que se dominaba el río y la ciudad. Durante un largo rato contemplaron el lugar que había sido su hogar.

Ése era su último día en Siempre Unidos, y el corazón de Ava rebosaba de una dolorosa mezcla de alegría y tristeza. Había amado esa tierra y al Pueblo que la habitaba, pero estaba preparada para abandonarla. Se había despedido en una celebración que duró tres días. Nadie los acompañó a la montaña para decirles adiós. Fue un momento para ellos solos. Ava sonrió a Rolim y se sorprendió al ver las arrugas de preocupación en la frente de su marido. Rolim parecía preocupado, algo extraño teniendo en cuenta la paz que les aguardaba.

—Has servido a Siempre Unidos con honor, mi señor —le recordó Ava, al tiempo que se le colgaba del brazo—. Tammson Amarilis será un magnífico Alto Consejero. Lo has enseñado bien.

—No me preocupa Tammson —replicó el elfo dorado con un suspiro—. Son nuestros descendientes, y sus jóvenes y apasionados amigos, los que me dan que pensar.

No era la primera vez que Rolim le exponía esa inquietud. Entre sus descendientes dorados había unos cuantos que no eran inmunes al creciente orgullo que sentían los autoproclamados *Ar-Tel'Quessir* —«altos elfos»—. Ésa había sido una de las mayores preocupaciones de Rolim. Los sentimientos de superioridad de los elfos dorados estaban creciendo, hasta el punto de que los más jóvenes amenazaban con repetir las peligrosas actitudes de la élite gobernante de Aryvandaar. A muchos miembros de las generaciones más jóvenes les amargaba la decisión de que el Consejo de Ancianos volviera a estar en manos de un elfo de la luna. Pese a sus talentos, a Tammson Amarilis le esperaba una tarea muy complicada.

—Ya no es responsabilidad tuya —le recordó Ava—. Has cedido tu puesto a Tammson.

—Lo sé. Pero incluso sabiendo que Arvador me espera, me cuesta abandonar Siempre Unidos —contestó él con pesar.

—Pero ha llegado la hora.

Sí, era la hora, y Rolim lo sabía. Los espíritus de Rolim y Ava estaban unidos por unos profundos lazos, que no eran comunes ni siquiera entre los elfos, y ambos habían sentido la llamada de Arvador durante muchos años. No obstante, tan apremiantes eran sus deberes y tan firme su sentido de la responsabilidad, que habían pospuesto la partida durante demasiado tiempo. La dulce y persuasiva voz de Arvador los llamaba cada hora que pasaban despiertos, y les cantaba por la noche en sueños. Finalmente, la necesidad de regresar al hogar fue demasiado fuerte para resistirse.

Los elfos cerraron los ojos y se sumieron en una profunda meditación. La conciencia de Rolim se avivó y con creciente agudeza empezó a ver, oír y sentir cosas que sobrepasaban las capacidades de sus sentidos mortales. A medida que las barreras iban desapareciendo, el elfo notaba, maravillado, que la relación que había compartido con Ava se extendía más y más, hasta englobar todo Siempre Unidos. Y después más allá; los sentidos de Rolim se ampliaron hasta las comunidades elfas situadas en lejanas costas.

Era una comunión que iba más allá de cualquier cosa que Rolim hubiera sabido o imaginado, y se sentía impresionado y a la vez humilde. En ese estado de conciencia superior era capaz de percibir los pensamientos y las emociones de Ava. Como archimaga participante en los Círculos Mágicos, ella estaba más acostumbrada que él

a tales maravillas. No obstante, también ella ocupó el lugar que le correspondía en la gran comunidad elfa con una mezcla de gozo y humildad.

Finalmente, Rolim entendió qué era Arvador: una llamada al mismísimo corazón de la magia, del Tejido de la Vida. A medida que los siglos de vida mortal les empezaban a pesar, los elfos ya no podían hacer oídos sordos a la llamada, del mismo modo que un niño pequeño es incapaz de resistirse al deseo de empezar a andar y a hablar. La llamada para fundirse en una comunidad más profunda debía ser atendida. Ahora a Rolim ya no le extrañaba que, cada vez más, sólo hubiera archimagos ancianos, es decir, personas de edad que aplazaban durante siglos la llamada de Arvador para servir al Pueblo, y que encontraban en los Círculos la comunión que necesitaban. Los jóvenes practicantes de la Alta Magia —como su biznieto Vhoori— eran cada vez más escasos.

Vhoori. Por un momento sus pensamientos regresaron al mundo mortal, arrastrados por la preocupación que sentía por el brillante y ambicioso joven mago.

«No temas. El hijo del hijo de tu hijo traerá grandes maravillas al Pueblo y un poder mayor del que los mortales de este mundo puedan imaginar.»

Por extraño que pudiera parecer, a Rolim no le asombró demasiado la voz que resonó en su mente, y que resultaba tan tranquilizadora como el ritmo de las olas del mar. El elfo ya había rebasado los límites de su mundo mortal y empezaba a entrar en comunión con los Ancianos, los elfos que lo habían precedido. Ahora Rolim los sentía más claramente, pero no como un bullicio de voces que hablaran al mismo tiempo. Era más bien como entrar en una gran sala y que los amigos lo saludaran con sonrisas de bienvenida. En ese regreso al hogar había una paz —una unidad— que llenaba un rincón no identificado de su alma; el lugar en el que nacían todos los anhelos que había tenido en su vida.

Débilmente, Rolim notó que Ava lo cogía de la mano, pero no sintió apenas calor ni presión, pues sus cuerpos se desvanecían y se convertían en relucientes sombras translúcidas. Sin embargo, era consciente de que la menuda mano de Ava estaba segura en la suya, pues ambos eran uno con el Pueblo.

El sol del amanecer atravesó las copas de los árboles con sus brillantes rayos sesgados. Las últimas motas plateadas y doradas revolotearon juntas en un efímero pero vertiginoso torbellino, mientras danzaban para dar la bienvenida a la luz.

La mansión Durothil era una de las más espléndidas y caprichosas de todo Leuthilspar. Desde lejos, parecía una bandada de gráciles cisnes sorprendidos en pleno vuelo. Con sólo mirar sus altas torres uno ya sabía que albergaba un gran número de poderosos magos, pues levantar cualquier tipo de edificio del suelo exigía mucho poder.

La última adición a la mansión era también una de las más altas e imaginativas.

Dos torres de cristal en espiral entrelazadas de un modo que sugerían, que no retrataban, dos bailarines elfos entrelazados. De la torre brotaban contrafuertes grácilmente curvados, algunos de los cuales anclaban la estructura a la isla sagrada, y otros alzaban manos suplicantes hacia la luz de las estrellas. El interior de la torre no era tan fantasioso. Estaba dividido en gran número de cámaras de pequeño tamaño, cada una con un propósito concreto, determinado por su creador.

En una de esas habitaciones, el joven guerrero dorado Brindarry Nierde paseaba sin descanso arriba y abajo, devanándose los sesos para tratar de instilar un poco de sentido común en la mente del joven mago que estaba sentado tranquilamente delante de él. En realidad, flotaba en el aire con las piernas cruzadas y las manos posadas sobre las rodillas. Sin embargo, a Brindarry le costaba enfadarse con su amigo, pues Vhoori Durothil era el epítome de todas las cualidades que Brindarry apreciaba.

Para empezar, representaba la quintaesencia de la belleza de los elfos dorados: tez bronceada, pelo negro azabache, grandes ojos almendrados del color de un prado estival. Sus manos delicadas de dedos largos, sus rasgos angulosos, finamente moldeados, así como su rostro triangular, recordaban las antiguas esculturas encantadas de los dioses, que sus antepasados trajeron de Aryvandaar. Vhoori Durothil era alto, como su insigne bisabuelo Rolim, y tan ágil como el afamado guerrero. Pero Vhoori sobresalía en otro campo; desde edad muy temprana había dado muestras de su excelente potencial mágico. Ya era el Centro de un pequeño Círculo y sus coetáneos le mostraban una deferencia exagerada para su edad y sus logros. La mayoría de los elfos daban por sentado que, con el tiempo, Vhoori Durothil se convertiría en el ar-chimago más poderoso de todo Siempre Unidos, y lo trataban en consonancia. Pero, en opinión de Brindarry, el joven mago se contentaba con muy poco.

—Es un ultraje —explotó Brindarry cuando se le acabó la paciencia—. ¡Por la sangre sagrada de Corellon! Los elfos grises mandan en Siempre Unidos, y tú te dejas llevar por los acontecimientos tan despreocupadamente como las nubes que arrastra una brisa estival.

El mago enarcó una ceja, y Brindarry se sonrojó al recordar que la bisabuela de su amigo, la archimaga Ava Flor de Luna, había formado parte de esa vilipendiada raza.

«Elfo gris» era un término despectivo para referirse a los elfos llamados normalmente elfos de la luna o plateados. Una ligera inflexión de la palabra «gris» en lenguaje élfico transformaba el insulto en el término «escoria», es decir la sustancia de desecho que quedaba al crear objetos de metal precioso, implícitamente una referencia a los elfos «de oro». De labios de otro elfo, «gris» era el peor de los insultos.

Pero Vhoori pareció dispuesto a no darle importancia. Con mucha gracia descruzó las piernas y apoyó los pies en el suelo.

—¿Y qué quieres que haga, mi impaciente amigo? ¿Qué acabe con el nuevo Alto Consejero con una bola de fuego, o que lo abata de una sola estocada con una espada fantasma?

—Sería mejor que quedarse de brazos cruzados —masculló Brindarry—. ¡Desde luego tienes poder para hacer algo!

—No, no lo tengo. Al menos, todavía no.

Esas enigmáticas palabras eran lo más cerca que había estado Vhoori de expresar en voz alta las ambiciones que compartían. Brindarry contempló a su amigo con ojos brillantes de excitación.

—¡Ya es hora de que pienses en tomar lo que te corresponde! —exclamó—. ¡Llevas demasiado tiempo haciendo de chico de los recados!

—Chico de los recados —repitió Vhoori con tono suave, y una irónica sonrisa asomó en las comisuras de sus labios—. Nunca había oído decirlo así. Supongo que debería replicar que enviar mensajes de una torre de archi-magos a otra es una parte importante del trabajo de los Círculos. Ciertamente es mi principal tarea pero, teniendo en cuenta mi edad, los Ancianos creen que es mejor que aprenda poco a poco, una cosa después de la otra.

—¿Cómo esperas llegar a gobernar Siempre Unidos si todo lo que haces es charlar con los magos de Aryvandaar? —inquirió un Brindarry exasperado.

—La información es poder.

—Un poder que comparten todos los elfos de tu Círculo —objetó Brindarry.

—Eso da igual —repuso Vhoori con una leve sonrisa de misterio—. Llegará el momento en el que eso ya no será así. Ven, quiero mostrarte algo.

Con su amigo a la zaga, el mago ascendió por una estrecha escalera de caracol que conducía a lo más alto de la torre. En el centro de la pequeña cámara abovedada había una columna de alabastro, de la que sobresalía un objeto semejante a un cetro. Medía aproximadamente lo mismo que un brazo elfo y estaba construido con un metal satinado que no era ni dorado ni plateado, sino de un matiz sutil, para el que el preciso vocabulario elfo no tenía nombre. Bajo la superficie, completamente lisa, parecía haber intrincadas tallas. Era una maravillosa obra de arte y magia, rematada por una gema dorada de gran tamaño.

—El Acumulador —explicó Vhoori, mientras acariciaba con mano amorosa el liso metal—. Con esto puedo acumular poder de cada hechizo que lanzo. Con el tiempo, habré acumulado tanto que seré capaz de actuar solo y tejer Alta Magia como un Círculo de uno.

Brindarry profirió un grito de victoria. —¡Y entonces ya no tendrás que rendir cuentas a esos viejos chochos que limitan el uso de la magia! Tendrás un poder tremendo. Será muy fácil derrocar al usurpador Amarilis —concluyó alegremente.

—No es tan sencillo como piensas —le advirtió Vhoori—. La tradición, amigo

mío, es algo muy poderoso. Tammson Amarilis no sólo tiene la ventaja de sus propios méritos, que son considerables, sino también de los méritos de todos sus ilustres antepasados. Incluso en el caso de que todos los elfos dorados de Siempre Unidos que están descontentos me apoyaran, tendríamos pocas esperanzas de dar un golpe con éxito, si utilizamos las tácticas guerreras tradicionales. Es hora de buscar no sólo nuevos poderes, sino nuevos métodos. Y tal vez —reflexionó el mago—, nuevos aliados.

El vastago Nierde resopló.

—¿Y cómo piensas buscar a esos aliados?

—Haciendo lo que hago mejor—respondió Vhoori secamente—, siendo el mejor «chico de los recados» que Siempre Unidos ha tenido.

La nave elfa estaba condenada. La capitana Mariona Hojaenrama lo sabía, pero aun así dio la orden de contraataque.

La muerte de la nave le dolía. Llevaba décadas viajando por las estrellas y nunca había encontrado otra que se le pudiera igualar. En apariencia, era como una colosal mariposa, con dos juegos de velas que brillaban con luz trémula y mostraban todas las tonalidades de verde conocidas en su mundo esmeralda. Tan grandes eran esas velas, semejantes a alas, que casi ocultaban el cuerpo del barco, una sólida estructura con una quilla de más de treinta metros de longitud. El elegante buque de guerra era herencia de su tío, que lo había creado y cuidado personalmente, y ahora Mariona continuaba la tradición de la familia de explorar, comerciar y viajar por placer. La elfa conocía su embarcación tan bien como un caballero conoce su pegaso y sentía su agonía final tan intensamente como si fuera su corcel favorito.

La capitana observó estoicamente cómo su tripulación colocaba las balistas en posición de disparo y cargaba la catapulta con metralla. La nave estaba armada con dos balistas, capaces de arrojar enormes proyectiles metálicos con la misma precisión que un arquero elfo, así como una catapulta que podía disparar una devastadora lluvia de piedras o saetas. No obstante, no sería suficiente, y ella lo sabía. La nave estaba condenada, y también la tripulación. Pero, por lo menos, se llevarían por delante a algunos q'nidars.

Mariona maldijo por lo bajo al ver la bandada de q'nidars que se aproximaban al barco en perfecta formación de a uno. Los q'nidars —espantosas criaturas semejantes a murciélagos, con una envergadura de más de cuatro metros y una cola larga provista de púas, como las de los wy-vern— eran tan negros como el espacio inhabitado en el que cazaban, pero en sus alas cristalinas relucían todos los colores del espectro luminoso y térmico. Los q'nidars eran devoradores de calor que viajaban por el vasto espacio entre las estrellas. Se comunicaban exhalando intrincados diseños de calor y energía, que otros miembros de la especie detectaban y comprendían.

Pero el desastre estaba servido cada vez que trataban de «comunicarse» con naves estelares. En realidad, el calor, la luz y la actividad de las naves solían atraerlos.

Pero estos q'nidars no eran únicamente curiosos. Constituían una partida de caza y, a juzgar por su compacta forma de volar, necesitaban alimentarse desesperadamente. Los monstruos alados volaban en fila, casi tocándose unos a otros para así poder alimentarse del calor que emitía el compañero que los precedía.

Su primer ataque contra la nave había sido inesperado. Desde la distancia habían lanzado su aliento, tan caliente que inflamó la burbuja protectora que rodeaba la nave e impedía que la envoltura de aire y calor, necesarios para vivir, se escapara. El timonel que no estaba de guardia, un mago de considerable poder, había empleado toda su energía para apagar las llamas. Y sí, lo había conseguido, pero no antes de que la reserva de aire se calentara y enrareciera peligrosamente.

Todavía hacía calor en la embarcación. A la capitana se le pegaban en la frente lascias mechadas de cabello plateado, y el dolor que le causaban las ampollas en las manos y la cara se intensificaba al ser consciente de los daños que había sufrido su nave. La súbita descarga de calor había resquebrajado el casco de cristal y chamuscado las alas, dejándolas muy frágiles. El barco aún aguantaba, pero no podría sobrevivir a un segundo ataque. Mientras tanto, los q'nidars se acercaban, ansiosos por prenderle fuego y alimentarse de la energía de las llamas.

Mariona esperó hasta que el q'nidar que iba en cabeza estuvo a tiro y entonces gritó la orden de disparar. La primera balista arrojó con un ruido sordo un gigantesco proyectil, que fue a estrellarse contra la parte superior del pecho del q'nidar y lo lanzó violentamente contra los que lo seguían. Unos pocos q'nidars que volaban al final de la formación lograron apartarse, pero la mayoría se debatía y revolcaba en una maraña de alas de murciélago y colas armadas con púas.

En ese momento, los elfos dispararon la catapulta. Una lluvia de bolas metálicas con pinchos, trozos de cadenas, restos de clavos y fragmentos de metal cayeron sobre el enjambre de q'nidars. Los chillidos de los monstruos heridos y agonizantes reverberaron por la atmósfera del barco como un coro del Abismo. Los q'nidars que habían salido mejor parados emprendieron un rápido y desesperado vuelo hacia la estrella más cercana, mientras que un puñado de sus compañeros, destrozados y silenciosos, empezaban a flotar hacia la negrura del espacio vacío. Uno de ellos se dirigía directamente hacia el buque de guerra.

—¡Atrás toda! —gritó la capitana por el tubo que conectaba la cubierta con la sala de navegación. El timonel (un mago que añadía su magia al poder del timón mágico, semejante a un trono, que impulsaba el barco), se dio por enterado. Mariona notó, con gran preocupación por su parte, que la voz del mago sonaba débil y fatigada. Passilo-rris llevaba demasiado tiempo al timón y apenas le quedaban fuerzas ni magia.

La renqueante nave empezó a trazar lentamente un bordo hacia estribor, siguiendo la maniobra de evasión dirigida por el timonel. Pero no fue lo suficientemente rápida. El q'nidar se desplomó sobre la envoltura del barco. Sus negras alas se extendieron como un paño mortuorio y su cuerpo rebotó ligeramente por el impacto contra el escudo protector. La envoltura de aire se había reducido tanto, que la criatura quedó colgando a muy poca distancia del barco, oscilando suavemente entre las velas gemelas.

Para horror de Mariona, el q'nidar abrió los ojos, los enfocó y después los entrecerró con malevolencia, y la miró fijamente. El pecho de la criatura creció lentamente, como si se preparara a gastar su último aliento en una exhalación mortal.

—¡Disparad! —gritó la capitana Hojaenrama señalando hacia el q'nidar.

Con todo el peso de sus cuerpos, los servidores de la balista hicieron girar la enorme arma y la inclinaron hacia arriba para apuntar contra la nueva amenaza. El proyectil salió disparado como un rayo y atravesó el corazón del q'nidar.

Del monstruo muerto emanó un intenso resplandor que pretendía envolver la burbuja protectora. La superficie de ésta empezó a agitarse y borbotar como si fuera agua que rompe a hervir. Una ráfaga de aire caliente atravesó la abertura y abrasó a los servidores de la balista antes de que el escudo mágico pudiera repararse y tapar la brecha.

Mariona respiró aliviada porque, aunque le dolía la pérdida de esos elfos, el proyectil había atravesado al q'nidar y gran parte del aire caliente que almacenaba en sus pulmones se había escapado al espacio. De no ser así, la fuerza de su aliento podría haber acabado con muchos más elfos. Desde luego, habían salido mejor parados que si el q'nidar hubiera «chillado»; a tan poca distancia, el calor podría haber reducido el barco a cenizas.

Pero la amenaza no desapareció con ese único q'nidar. Sus compañeros, que se habían dispersado, se reagrupaban. Mariona podía distinguir el lejano destello de la luz de las estrellas al reflejarse en sus alas, mientras volaban hacia la nave para descargar el ataque final.

Desde luego sería el final, de eso no había duda.

—¡Capitana, estamos recibiendo una comunicación! —La voz de la navegante que resonaba en el tubo, sonaba estridente, rebotante de excitación y esperanza renovadas.

El corazón de Mariona se aceleró. Que ella supiera, no había ninguna nave interceptora de hechizos en esa zona del espacio exterior, ni ninguna civilización en el mundo más cercano capaz de realizar viajes estelares. ¡Ojalá se equivocara!

—Ahora mismo voy —dijo, y echó a correr hacia los estrechos escalones que conducían a la bodega.

Lo primero que vieron sus ojos fueron al timonel, un elfo plateado de mediana

edad, casi gris por el agotamiento. Pas-silorris se aferraba a los radios del timón con tanta fuerza que sus nudillos se veían blancos. Parecía que tratara de extraer hasta las últimas gotas de poder. Mariona le puso una mano sobre la espalda e inmediatamente se volvió hacia la navegante.

Shi'larra se inclinaba sobre una bola de cristal, con los ojos negros fijos en ella. La elfa de rostro tatuado alzó la vista hacia la capitana.

—La bola latía, como si estuviera recibiendo un mensaje. Es una magia poderosa, desde luego elfa, pero ligeramente distinta de todo lo que conocemos. Según el último informe de la Flota Imperial, no hay naves elfas en esta zona.

Mariona captó al instante las implicaciones de las palabras de la navegante. De vez en cuando, una civilización elfa situada en un remoto mundo aprendía el arte del vuelo estelar. En los primeros contactos entre esas naves novatas y la sólida flota elfa que dominaba el espacio, debían realizarse algunos ajustes. Había estrictos protocolos sobre cómo debía actuarse en esas situaciones. Sin embargo, en este caso el protocolo era un lujo que la desesperada tripulación de la nave no se podía permitir.

La elfa colocó su palma sobre la bola de cristal para que el poderoso material absorbiera su magia personal. La bola era realmente poderosa, pues se había creado a partir de los restos cristalizados de un q'nidar que se estrelló contra una estrella. Esos objetos eran muy poco corrientes, por lo que la capitana se consideraba afortunada de haberlo encontrado entre los desechos que flotaban por una ruta comercial bastante transitada. Ahora, gracias a la bola, tal vez podría evitarse la total destrucción de la nave y de sus tripulantes. Más tarde reflexionaría sobre la ironía de todo ello.

—Capitana Mariona Hojaenrama, del *Monarca Verde*, un buque de guerra de la Flota Imperial Elfa —se presentó resueltamente—. Nos están atacando y hemos sufrido graves daños. Nos encontramos cerca de la luna de Aber-toril. La navegante te dará nuestras coordenadas estelares exactas. ¿Puedes ayudarnos?

Hubo un momento de silencio.

—¿Estáis volando? ¿Estáis cerca de Selüne? —preguntó una melodiosa e incorpórea voz masculina.

—Sí, seguimos navegando por las estrellas —contestó Mariona, desconcertada por la nota de incredulidad en la voz del elfo—. Identifícate a ti y a tu nave.

—Soy Vhoori Durothil, archimago de Siempre Unidos —respondió el elfo invisible—. Y no estoy en una nave, sino en tierra firme. En Sumbrar para ser precisos, una isla situada justo delante de la bahía de Leuthilspar.

Mariona y Shi'larra intercambiaron miradas de incredulidad. La comunicación tierra-nave era increíblemente complicada y requería tecnología mágica muy avanzada. No tenían ni idea de que los elfos de Aber-toril poseyeran tal magia.

—¿Tenéis naves interceptoras de hechizos en esta área? —inquirió la capitana.

—No, pero puedo guiaros a una bahía resguardada cerca de la isla.

Otra vaharada de un q'nidar chocó contra el escudo, cada vez más débil, y otro estruendoso chasquido sacudió el casco. Mariona se estremeció.

—Nuestra nave se está partiendo. No tenemos tiempo de aterrizar. Y, aunque lo hiciéramos, nos perseguirían las criaturas que quieren el barco.

—Me temo que no puedo ayudaros en esa batalla. ¿No podéis dejar el barco en manos de vuestros enemigos? ¿Tenéis botes salvavidas?

Shi'larra, con una expresión sombría, asintió y dijo:

—Es eso o nada, capitana.

Mariona miró con preocupación al exhausto mago sentado al timón. El elfo irguió bruscamente la cabeza, como si pugnara por mantenerse despierto a fuerza de voluntad.

—Passilorris no podrá bajarnos. Ghilanna ha muerto y Llewellenar no está mucho mejor. No tenemos ningún otro timonel.

—¿Para qué? —inquirió la voz del elfo.

La capitana bufó exasperada. Su nave volaba hacia el desastre y ese mago terrestre quería un curso en tecnología estelar.

—Es el mago que dirige el timón con su magia, y el timón, que es una especie de silla mágica, impulsa el barco —respondió la capitana entre dientes.

—Ah. Entonces tal vez pueda ayudaros. Ordena a la tripulación que suba a los botes salvavidas y coloca el artefacto comunicador sobre esa... silla-timón.

—No se puede dirigir un timón a distancia. ¡Ni siquiera el timón de un pequeño bote salvavidas! Nunca se ha hecho —protestó Mariona.

—Pero vale la pena intentarlo. Además, percibo el hilo de magia entre mi artefacto comunicador y el vuestro. Yo os haré bajar sanos y salvos —añadió el elfo con confianza.

Puesto que no se le ocurría una idea mejor, la capitana dio instrucciones a la atenta navegante:

—Da la orden de que todo el mundo suba a los botes salvavidas. Yo te seguiré con Passilorris.

Shi'larra cogió la bola de cristal y subió corriendo la escalera. La capitana le daría unos minutos para reunir a los supervivientes y montarlos en un bote salvavidas, una pequeña embarcación abierta que más bien parecía una enorme canoa. Pero era ligero y rápido; siempre y cuando un poderoso mago manejara el timón.

Pocos momentos después, Shi'larra le informó con su señal característica —el agudo grito de un halcón de caza— de que todo estaba listo. La capitana respiró hondo, apartó al mago, que estaba casi en estado comatoso, del timón y se lo echó a la espalda.

Cuando la débil conexión mágica entre el hechicero y el timón se rompió, la sala se convirtió instantáneamente en un horno. En pocos momentos la envoltura de aire

también se disiparía. Mariona subió los escalones tambaleándose bajo el peso del mago y fue hacia la borda, donde esperaba el bote.

A la capitana le costó una gran fuerza de voluntad mantener los ojos fijos en el bote salvavidas y no mirar las velas en llamas, ni la bandada de q'nidars que volaban en círculos alrededor del buque, lanzando chillidos y cacareos triunfantes mientras se alimentaban con la pira funeraria del *Monarca Verde*.

«Al menos esos malditos están distraídos», pensó Mariona mientras descargaba a Passilorris y lo tendía a las manos expectantes de los supervivientes.

El bote salvavidas únicamente contenía diez elfos, todos los supervivientes del último ataque. Mientras ocupaba su sitio, la capitana notó el miedo en cada uno de los rostros, vueltos hacia la bola de cristal colocada en el centro de la silla mágica. En el interior de la bola brillaba un intenso poder. Al parecer, el mago terrestre era capaz de hacer lo que había prometido: el aire que rodeaba el bote era fresco, lo que indicaba que el timón recibía energía.

—Tal vez salgamos de ésta —murmuró Mariona.

—Ni lo dudes, capitana. —La voz de su salvador sonaba diferente, más sonora, quizás orgullosa por el poder que fluía a través de la bola de cristal—. Con tu permiso, no volveré a hablar hasta que nos veamos en persona, a no ser que sea necesario. Necesito concentrarme para mantener el hilo de magia.

—Por supuesto —repuso Mariona—. Dime si hay algo que podamos hacer para ayudarte.

Después de una breve pausa, el elfo pidió en tono nostálgico:

—Sí, hay una cosa. Háblame de las estrellas y dime qué ves durante el viaje a Siempre Unidos.

Mariona cortó los cabos que unían el bote a la nave e hizo una indicación con la cabeza a Cameron Sondestre-llas, un bardo que había adquirido un pasaje a bordo. Mientras la canoa flotaba por la oscuridad del espacio, Mariona se recostó en el asiento y escuchó al bardo tocar la lira, que había insistido en llevar consigo, y declamar en cadencias rítmicas y musicales una improvisada oda a las maravillas del vuelo estelar.

Mientras escuchaba, la capitana se dio cuenta de que la vida que para ella era normal y corriente, a un elfo como Vhoori Durothil le parecería de leyenda. ¡Y pensar que se dirigía a un mundo tan primitivo!

Rápidamente la elfa evaluó la situación; su nave estaba perdida. Con suerte, pasarían muchos, muchos años antes de poder construir otra, aunque también era posible que ella y la tripulación tuvieran que pasar el resto de sus vidas mortales en Aber-toril.

La elfa suspiró y volvió la cabeza para mirar al barco en llamas. Pero, para su sorpresa, el *Monarca Verde* ya no era más que un punto de luz roja. Entonces miró a

Shi'larra, que seguía con ojos entrecerrados la luz que palidecía velozmente.

—¿A qué velocidad nos movemos? —preguntó.

—No puedo calcularlo sin mis instrumentos y mapas —contestó la navegante encogiéndose de hombros—. Pero puedo decir que avanzamos al menos al doble de velocidad que el *Monarca Verde* a todo trapo. ¡Mira abajo! —exclamó de pronto, al tiempo que cogía a la capitana del brazo y señalaba hacia el mundo que se acercaba a ellos rápidamente—. Ahí está Aber-toril y ya veo la isla. ¡Por todas las estrellas, nunca había visto tal verdor! ¡Y desde esta altura!

—Pronto aterrizaréis —anunció Vhoori Durothil con voz débil por el agotamiento—. Hay botes listos para recogeros, y los sanadores están preparando hechizos y hierbas para atender a los heridos.

—Hierbas y sanadores —masculló Mariona en dirección a Shi'larra, poniendo los ojos en blanco—. ¡Hemos ido a parar a un mundo infernal!

En la faz tatuada de Shi'larra se pintó una sonrisa.

—No empieces a despotricar hasta que lo veas —le susurró—. Es posible que te guste tanto que ya no desees marcharte.

—Apuesto a que me encantará —replicó la capitana mordazmente—. ¿Y qué hay de ti? Tu mundo es casi único porque no tiene océanos. Tú estás acostumbrada a bosques sin fin, regados por una red de caudalosos ríos. ¿Me estás diciendo que podrías ser feliz en esa diminuta isla?

La elfa silvana se encogió de hombros, con la mirada clavada en la mancha de bosques verdes y aguas color zafiro que se aproximaban velozmente, y murmuró:

—No sé. Tengo la extraña sensación de que me dirijo al hogar.

Antes de que Mariona pudiera decir algo acerca de esa extraña afirmación, el bote sufrió una súbita sacudida cuando el mago que lo controlaba, y que no tenía experiencia en ello, trató de frenar el descenso. Al momento siguió una segunda sacudida, y el bote empezó a dar vueltas lentamente. La capitana cogió la bola de cristal y la sostuvo con firmeza contra el timón, al tiempo que gritaba a los demás que la ayudaran a mantener en su sitio el mágico artefacto.

El pequeño bote continuó dando sacudidas y bandazos mientras Vhoori Durothil frenaba torpemente su descenso sobre el mar. Sin embargo, la embarcación chocó contra el agua con tanta fuerza que el casco de madera se hizo pedazos y los ocupantes cayeron al mar.

Mariona se hundió, agitando los brazos a su alrededor y tratando instintivamente de encontrar y salvar el timón. El agua que se arremolinaba a su alrededor se veía oscura por la sangre, y el furioso latido en las sienes le dijo a la elfa que se había hecho una herida en la cabeza, quizá grave. Sin embargo, sólo podía pensar en que tenía que encontrar el timón. Si se perdía, nunca más volvería a viajar por las estrellas.

De pronto, sintió unas manos pequeñas pero fuertes que le cogían las muñecas y, al levantar la vista, sus desesperados ojos se posaron en la cara de la elfa más extraña que había visto en toda su vida. La elfa de cabello azul y piel verde le dirigió una mirada tranquilizadora y empezó a tirar de ella hacia la superficie. Mariona observó las manos de su salvadora y vio que presentaban ondas azules y verdes y que sus dedos, de longitud excepcional, estaban unidos por delicadas membranas. Aunque durante sus largos años de viajes y sus encuentros con fantásticas criaturas de una docena de mundos había visto de todo, a Mariona le pareció que esa elfa marina era la criatura más extraña de todas.

Su último pensamiento antes de sumirse en la oscuridad fue que había ido a parar a un mundo infernal.

Lo siguiente que percibió la capitana Mariona Hojaen-rama fue el sonido suave y cantarín de voces elfas que entonaban una canción. La música poseía un poder sanador que parecía absorber el dolor que sentía en la cabeza y en sus entumecidos miembros.

Abrió cautelosamente los ojos. Llevaba ropas de seda y descansaba en un lecho caliente y seco que, si era como el que tenía al lado, flotaba sobre el suelo con un movimiento leve y ondulante.

—Capitana Hojaenrama.

Mariona reconoció esa voz. Volvió penosamente la cabeza y contempló la sonriente faz de un elfo dorado. La capitana no estaba tan grave como para no darse cuenta de que, probablemente, era el elfo más apuesto que había visto nunca. No obstante, tenía otras preocupaciones.

—El timón...

—No te apures —la tranquilizó Vhoori Durothil—. Los elfos marinos ya han hallado la mayor parte de las piezas. Con tiempo, podremos reconstruirlo.

—No. No poseéis la tecnología que se necesita —protestó ella con una voz apagada por la desesperación.

—Creo recordar que ya dijiste algo parecido antes —replicó Vhoori con un deje de ironía—. Y, ya ves, estás aquí.

—Admito que tu magia es impresionante —dijo Mariona, después de tratar en vano de encogerse de hombros—. Tal vez podamos aprender unas cuantas cosas uno del otro.

—Eso espero. —Vhoori hizo una pausa y miró a los elfos que rodeaban el lecho de la herida, y que discretamente se marcharon. Una vez solos, añadió—: Quieres abandonar este mundo. Lo has repetido muchas veces durante los días que has pasado sumida en un ensueño reparador.

—¿Días? —repitió ella incrédulamente.

—Sí. La mayoría de los miembros de tu tripulación ya se ha levantado y se encuentra bien. Pero lamento comunicarte que un elfo murió al aterrizar en el mar.

—Passilorris —dijo inmediatamente la elfa sin sombra de duda—. Por muy suave que fuera el aterrizaje, no estaba segura de que pudiera sobrevivir. —La capitana clavó en el mago una furibunda mirada, como si lo desafiara a osar acusar al timonel de debilidad—. Fue un héroe. ¡Sin su esfuerzo, todos habríamos perecido!

—Ha tenido un funeral digno de un héroe —le aseguró Vhoori—, y ocupa un puesto de honor en la historia de Siempre Unidos. Lamento profundamente su muerte. Hay muchas cosas que podría haber aprendido de él sobre la magia de los viajes estelares.

Mariona sorbió por la nariz. No hacía mucho tiempo que ella y Passilorris eran amantes, por lo que estaba excusada de simpatizar con Vhoori por la pérdida de un potencial maestro.

La capitana tragó el inesperado nudo que se le había formado en la garganta y recorrió la alcoba con mirada inquisitiva. Era una habitación grande y de forma perfectamente circular. Las paredes parecían estar hechas a partir de una única piedra, y grandes ventanas arqueadas daban al centelleante mar.

—¿Dónde diablos estoy?

—En una isla llamada Sumbrar. Esta casa es mía, y los elfos que te curaron forman parte de mi Círculo. No obstante, la magia que se puso en contacto con tu nave era enteramente mía. —Y añadió tras una pausa—: Creo que lo mejor será que este hecho no salga de aquí, al menos durante un tiempo.

—¿Por qué?

Vhoori se sacó un cetro de los pliegues de su túnica y se lo mostró, diciéndole:

—Durante años he almacenado poder mágico en este objeto. Usé gran parte del poder acumulado para traeros a Siempre Unidos. .

-¿Y?

El elfo vaciló y sus ojos verdes examinaron su rostro, como si evaluara hasta qué punto podía fiarse de ella.

—Mis colegas magos no conocen este objeto. Ellos no tienen ni idea de que soy capaz de conjurar solo una magia tan poderosa. Y preferiría que no lo supieran hasta que el Acumulador vuelva a recuperar su poder.

—¡No quieran los dioses que los ancianos te despojen de tu juguete! —exclamó Mariona, y soltó una risita totalmente desprovista de humor—. Por cierto, ¿cuántos años tienes? ¿Noventa? ¿Cien?

—He vivido más de doscientas primaveras —contestó el elfo con dignidad—. Te lo aseguro, te conviene tanto como a mí guardar silencio.

La capitana asintió cautelosamente. No era estúpida y sabía que no podía tratarse a la ligera a un elfo capaz de conjurar una magia tan poderosa. Si Vhoori Durothil

quería proponerle algo, al menos tendría que escucharlo.

—Todos los elfos de Sumbrar vieron caer vuestro bote y harán preguntas. Diles lo que quieras, pero no menciones mi participación. Al menos, por ahora.

La viajera estelar entornó los ojos con recelo e inquirió:

—¿Qué planeas? Espero que no pienses lanzar algún tipo de ataque contra la isla principal porque, si es así, ya puedes olvidarte de mí. Nunca he luchado contra elfos, y nunca lo haré.

—No tendrás que hacerlo.

Un leve crujido en la puerta abierta llamó la atención de Vhoori. Rápidamente escondió el Acumulador y miró con impaciencia mal disimulada a la joven elfa en el dintel.

—¿Qué pasa, Ester?

—Un mensaje de Aryvandaar, lord Durothil. Se os requiere en el Círculo.

—Ygrainne puede actuar como Centro en mi lugar —dijo Vhoori ceñudo—. Avísame si el mensaje es urgente.

La elfa hizo un reverencia y se marchó.

—Aryvandaar —repitió Mariona. En su tono había una pregunta implícita.

—Es un gran reino, muy antiguo, situado al este, a muchos días de navegación por mar —explicó Vhoori—. Muchos de nuestros antepasados provenían de allí.

—Cuéntamelo —le pidió la elfa. Los párpados empezaban a pesarle y, en esos momentos, deseaba oír la balsámica y melodiosa voz del joven elfo. La capitana se recostó en los almohadones mientras Vhoori relataba historias de maravillas y guerras, y del país más hermoso y peligroso que ella hubiera conocido o imaginado. Acunada por la voz del elfo, Mariona fue sumiéndose progresivamente en un estado de ensueño que su espíritu inquieto raramente le permitía alcanzar, segura de que los sueños que le aguardaban serían agradables.

Una repentina y terrible explosión la devolvió a la cruda realidad. La elfa se sentó erguida, atónita ante una fuerza que empequeñecía los tremendos golpes contra el casco del *Monarca Verde*. Sin embargo, no veía ningún signo de destrucción. El lujoso mobiliario de la alcoba seguía intacto, y los pájaros continuaban cantando en la ventana. Tampoco se oían ruidos de batalla ni olor a humo o muerte. Únicamente en el rostro de Vhoori Durothil se leía la devastación; la cara del mago aparecía tan pálida como el pergamino y retorcida en una indescriptible agonía.

—¡Por todos los infiernos!, ¿qué ha sido eso?

Antes de que Vhoori pudiera responder, un guerrero elfo irrumpió en la habitación, con sus blondos cabellos despeinados y unos ojos negros desorbitados.

—¡Vhoori, el Círculo está destruido! ¡Todos los elfos capaces de tejer Alta Magia han desaparecido! ¡Desaparecido! No queda ni rastro. ¡No lo hubiera creído si yo mismo no hubiera estado en la sala de hechizos y no lo hubiera visto con mis propios

ojos!

—¿Oíste el mensaje de Aryvandaar? —preguntó Vhoori en un ronco susurro.

—Sí —contestó el guerrero con expresión sombría—. Era una llamada de socorro desde la torre de Sharlarion: nos pedían que enviáramos inmediatamente guerreros y magos por las puertas. Entonces hubo esa explosión que casi me volvió loco y después... nada. Tal como suena. Nada. Yo era el único elfo que quedaba en la sala. ¿Qué significa esto?

Vhoori se apartó bruscamente del aturdido y balbuciente elfo y se acercó a la ventana. Durante un largo instante contempló en silencio el mar en dirección a Siempre Unidos pero, por una vez, sus ojos no captaban la belleza de su patria. Ahora era una belleza aún más conmovedora, ya que los acontecimientos del día habían aumentado la importancia de la isla.

—Brindarry, es posible que el día que tanto has esperado esté ya muy cerca. Siempre Unidos tendrá que decidir su camino como nunca antes se ha hecho, y quién sabe si ese camino no correrá parejo al que tú imaginas. Y en cuanto a ti, capitana Hojaenrama, tu situación será mucho más sencilla. Todos los que vieron el bote caer del cielo están muertos, exceptuando la tripulación, los tres que estamos en esta habitación y los elfos marinos, que sólo saben que tu barco fue destruido por una potente explosión. Será fácil inventar una explicación que los satisfaga. De este modo podremos trabajar aquí, en Sumbrar, en secreto, sin temor a que nuestra tarea sea descubierta o frustrada —concluyó en voz baja.

—Cuánto he esperado para escuchar esas palabras —dijo Brindarry con el entrecejo fruncido por el desconcierto—. Pero ¿por qué será que no comprendo qué quieres decir?

—Entonces hablaré sin tapujos —contestó Vhoori, dándose la vuelta para mirar a la cara a su viejo amigo y a su nueva aliada—. Brindarry, nuestro momento está cerca. Capitana Hojaestrella, tu destino está indisolublemente unido al mío. Sólo yo puedo ayudarte. Como ves, después de tantos siglos de batallas, la Guerra de la Corona finalmente ha pasado factura. El antiguo reino de Aryvandaar ha caído y, para bien o para mal, Siempre Unidos está solo.

Mareas de furia

Un viento glacial azotaba el islote, transportando carámbanos de aroma salobre que cubrían el pelaje negro del Señor de las Bestias. Malar encorvó sus enormes hombros en un vano intento de protegerse del frío, mientras escuchaba con una paciencia insólita en él cómo la diosa Umberlee gemía y chillaba de frustración. La diosa marina golpeaba las olas con los puños una vez y otra, y a cada golpe el agua bañaba la rocosa costa.

Los secuaces de Umberlee, las temibles criaturas del Reino Coral que se suponía que harían entrar en vereda a los elfos del mar, habían sido si no vencidos, al menos contenidos. Los elfos marinos de Siempre Unidos habían recuperado la magia, ¡y todo por la intervención de una deidad elfa! Desde tiempos inmemoriales Umberlee sentía unos celos terribles de la Gran Oceánide, y su rabia por ese hecho era temible.

—Hay otras criaturas en el mar que te obedecen, ¿verdad? —inquirió Malar cuando su voz resonante pudo hacerse oír por encima del rugido y el estrépito de las olas.

Umberlee se interrumpió en medio de un lamento y se hundió en la cresta de la ola que montaba, mientras reflexionaba sobre esa cuestión. Su rostro se suavizó ligeramente al considerar las posibilidades.

—Sí, hay muchas —convino—. En las profundidades marinas habitan terribles criaturas que, sin duda, acudirían a mi llamada. ¡Voy a hacerlo enseguida!

—Y tempestades —añadió Malar, al tiempo que rompía un carámbano, semejante a una daga, que le colgaba del peludo mentón, y que daba prueba de la gélida potencia de la furia de la diosa—. No puedes conquistar la isla, pero estoy seguro de que puedes perturbar el tráfico marino. Muchos elfos querrán huir hacia Siempre Unidos para escapar de los conflictos en el continente. — En los ojos rojos del Señor de las Bestias brilló una luz intensa y perversa—. ¿Crees que deberíamos permitir que llegaran a la isla?

—No, tienes razón —repuso encantada la diosa del mar. De pronto se lanzó sobre Malar y lo abrazó, dejándolo empapado de fría agua salada. Al marcharse, dejó tras de sí un mar tan en calma como la charca de una ninfa en el bosque.

Malar soltó una risita chirriante, como un bufido. El gélido abrazo de la diosa no era más que una molestia menor, una pequeña vejación. En su opinión, las cosas iban bien.

La devastación causada por las seculares Guerras de la Corona había sido profundamente satisfactoria. Al Gran Cazador no le decepcionó del todo la derrota de

los elfos oscuros, o drows, como ahora se llamaban. Pese a su alianza con la diosa Lloth, a Malar no le gustaba ningún elfo, oscuro o no. Disfrutaba con las guerras de los drows contra los leales hijos de Corellon, pero las muertes de asaltantes drows lo complacían tanto como la matanza de pacíficos elfos del bosque. De hecho, estaba encantado con que los elfos se enfrentaran entre sí, ya que las luchas internas no sólo servían a sus propósitos, sino que se lo pasaba en grande observándolas.

Los elfos de Faerun habían sufrido una serie de devastadores reveses. Sus seguidores —en su mayor parte orcos y goblins— continuarían hostigando todas las comunidades elfas diseminadas por los bosques. Había llegado la hora de volcar su odio en la isla de los elfos. Dejaría que Umberlee hiciera lo que pudiera, es decir, lo que pudiera para él. También había humanos, que se llamaban a sí mismos Lobos de las Olas, con un considerable talento para realizar incursiones, y que serían unos magníficos instrumentos de la cólera de la diosa. Aunque, estrictamente hablando, esos humanos no eran seguidores de Malar, el tlios estaba seguro de que lograría convencerlos para que se unieran a la caza del elfo. De momento, eso bastaría.

No obstante, Malar, el Gran Cazador, era consciente de que nunca cedería de buena gana a otros el reto de la caza o el placer de matar.

Arnazee, elfa marina, en otro tiempo hija y matrona de una de las familias nobles de elfos de la luna de Siempre Unidos, nadaba hacia el sur, hacia la ciudad de Leuthilspar tan deprisa como podía.

Habían transcurrido muchos años desde el extraño naufragio ocurrido frente a la costa oriental de Sumbrar y, desde entonces, no había pasado un solo día sin que ella reflexionara sobre los insólitos acontecimientos de ese día. No era que los naufragios fueran algo poco común. Al contrario, las tempestades desatadas fuera de los límites de protección de Siempre Unidos enviaban a un buen número de embarcaciones elfas al fondo del mar. Los elfos marinos de la gran ciudad de Iumathiashae no paraban, rescatando a todos los elfos que podían y llevando malas noticias sobre la suerte que habían corrido otros. Pero ese naufragio, ocurrido hacía tanto tiempo, había sido algo especial. La increíble fuerza que había destrozado la embarcación sugería que un poder nuevo y muy intenso había tenido algo que ver en ello.

A Arnazee le había costado mucho tiempo hallar una respuesta a las preguntas que la acosaban. Y ahora que la había encontrado, no sabía qué hacer.

Mientras nadaba hacia el sur, Arnazee apartó con su mano de dedos largos unidos por delicadas membranas unos filamentos de algas que flotaban. Ya se había acostumbrado al aspecto de sus propias manos. Ahora era una elfa marina en pensamiento y espíritu, además de por su apariencia física. No obstante, conservaba fuertes vínculos de lealtad hacia los clanes terrestres. Para bien o para mal, Vhoori Durothil era pariente suyo, el hijo del hijo de su hermano, y acusarlo iba contra todos sus

antiguos valores.

Pero era su deber.

No saber qué uso pensaba dar Vhoori a su nuevo poder hizo aún más difícil la decisión. La magia elfa conocía innumerables variantes y era habitual que los elfos la usaran para hacer volar objetos comunes. Sin embargo, ningún elfo debería acumular el inmenso poder que se necesitaba para que todo un barco volase, o para que lo rodeara una cápsula de aire que le permitiera viajar bajo las olas o entre las estrellas.

Lo que más preocupaba a Arnazee era el secretismo con el que el elfo dorado había rodeado su trabajo. No era natural en ningún elfo —especialmente en un archimago— aislarse de sus hermanos, tal como hacía Vhoori. Para los magos de una torre poderosa, era peligroso no permitir que la comunidad de magos tuviera noticia de sus experimentos, al menos en parte. Vhoori Durothil podría estar planeando hacerse con el poder en Siempre Unidos. Y, aunque en su hogar marino podía enterarse de muchas cosas, había poco que pudiera hacer.

Después de pensárselo mucho, Arnazee decidió confiarse a Darthoridan. El sabría qué hacer. Pese a que ya no eran marido y mujer, Arnazee iba a verlo siempre que podía y comprobaba que, con cada año que pasaba, se volvía más sabio.

En los años transcurridos desde que Arnazee se impusiera voluntariamente su exilio marino, Darthoridan se había convertido en un diplomático tan hábil como diestro era en el manejo de la espada. Con él como patriarca, el clan Craulnober había adquirido poderes y honores, y ahora ocupaba asientos en el Consejo de Ancianos. De hecho, el nombre de Darthoridan era uno de los que sonaban como posibles sucesores del Alto Consejero Tammson Amarilis. Así pues, Darthoridan cada vez pasaba más tiempo en Leuthilspar atendiendo cuestiones de gobierno.

Allí estaba ahora, tal como su hija —la segunda y última que había tenido con Darthoridan —le había informado en tono cortante. La elfa marina no se quedó más tiempo del imprescindible en el alcázar Craulnober, y emprendió inmediatamente viaje al sur. Y no sólo por la urgencia del mensaje que llevaba.

El recuerdo del encuentro con su hija le provocaba en el corazón un dolor más agudo que el del aguijón de una raya. Arnazee había dado a luz a su hija dos años después de su transformación en elfa marina. Pero los hijos nacidos de elfos de razas distintas no heredan características de ambos. Por esa razón, la hija de Darthoridan y Arnazee no fue una mezcla de elfo de la luna y elfa marina, sino que era una genuina elfa plateada. Arnazee tuvo que entregarla a una niñera para que le diera amor y la criara.

Tener que abandonar a otro hijo casi le partió el corazón, por lo que insistió en que su matrimonio con Darthoridan se disolviera. No hubiera podido soportar perder otro hijo.

A Darthoridan lo veía cada vez menos, aunque su amor por él no había sufrido

ninguna alteración por su cambio de forma. Ni el transcurso del tiempo ni la pena por vivir apartada de sus hijos pudieron apagar ese amor. Sólo de vez en cuando hacían el amor, aunque ya hacía tiempo que no sucedía. Pese a todo, Darthoridan siempre sería su amor. Arnazee confiaba en que él sabría qué hacer con lo que ella había averiguado sobre Vhoori Durothil, del mismo modo que confiaba en él en todas las cosas.

El sol salió y se puso varias veces durante el viaje de Arnazee del alcázar Craulnober a la ciudad meridional, aunque ella apenas se detenía para comer o descansar. Cuando, por fin, la cansada elfa dejó atrás la isla de Sumbrar y salió a la superficie, vio un puerto completamente iluminado. Pese a que era casi medianoche, los muelles y las calles de Leuthilspar brillaban con la luz de faroles de fiesta, globos de luz mágica y los revoloteantes parpadeos que revelaban la presencia de diminutas criaturas mágicas, seguramente duen-decillos y quizás uno o dos dragones en miniatura.

Ninguna de esas luces era más bella que las que adornaban un barco amarrado justo enfrente de los muelles. En su velas, flameantes por la brisa, aparecía un motivo siempre cambiante de luces de colores, y su casco de cristal relucía como el tesoro de un dragón bajo la luz.

Una nostálgica sonrisa se pintó en los labios de la elfa marina al contemplar tan espléndido espectáculo. Entonces cayó en la cuenta de que debía de ser el solsticio de verano, la época en la que los elfos se divertían y celebraban alianzas de todo tipo, por ejemplo, matrimonios. Era probable que ese barco estuviera engalanado para transportar a una pareja de recién casados al que sería su hogar. Así había sido cuando Darthoridan se la llevó de Leuthilspar a su alcázar situado en la escarpada costa septentrional.

La sonrisa de Arnazee desapareció al evocar otro recuerdo, menos feliz. Había algo inquietantemente familiar en ese barco. La elfa marina penetró en el puerto y nadó alrededor de la embarcación para leer el nombre grabado en el cristal de proa. Su corazón latió dolorosamente cuando sus ojos se posaron en las marcadas runas.

El barco se llamaba *Mar-en-medio*.

Arnazee se sumergió bajo el agua y buceó hacia los muelles de la ciudad. La cabeza le daba vueltas. ¡Sin duda era una coincidencia que ese barco llevara el mismo nombre que el sable de Darthoridan! Sin embargo, era innegable que la embarcación era muy parecida a la primera nave que construyeron juntos para luchar contra los trolls marinos; el barco en el que Arnazee navegó en su último día de existencia como elfa de la luna. El barco que casi había sido su tumba había renacido y estaba engalanado para una boda.

Tal vez Seanchai había elegido esposa. Ya casi estaba en edad de hacerlo, se dijo Arnazee mientras subía por la escalerilla que conducía a los muelles. Mientras lo

pensaba, percibió el débil y lejano sonido de una música, aunque no tan débil que no se diera cuenta de la insólita belleza de la canción. Todo encajaba. Su hijo ya era un bardo reputado, y su boda había atraído a los mejores músicos de Siempre Unidos, que querían rendirle tributo.

Pero ¿por qué no se lo habían dicho a ella? Su hija la rehuía, pero con Seanchai la unía un profundo cariño. ¡Él no se casaría sin avisar a su madre!

Desde su posición privilegiada en la escalerilla, Arnazee escrutó los muelles, buscando una cara desconocida. No quería enterarse de la boda de su hijo por boca de alguien que la hubiera conocido como elfa de la luna. Había soportado muchas cosas pero, para una orgullosa elfa, la compasión era una carga demasiado pesada.

Su inquisitiva mirada se posó en un joven elfo dorado. Parecía una buena elección, pues su sencillo atuendo indicaba su condición plebeya. Iba descalzo y desnudo hasta la cintura, dejando al descubierto el torso magro y fuerte de alguien que se gana la vida con el sudor de su frente. Su cabeza rapada y los grandes aros de oro que llevaba en una de sus puntiagudas orejas le daban una apariencia de pillo, casi de pirata. Pero ni ese aspecto ni el copón que sostenía en las manos podían disimular el hecho de que era muy joven, casi un adolescente. Ese elfo aún no había nacido cuando ella era Arnazee Flor de Luna, hija del Alto Consejero Rolim Durothil y esposa de Darthoridan Craulnober. Tampoco era probable que frecuntaran el mismo círculo. Es posible que el joven conociera la historia de su transformación, pero no tenía ninguna razón para establecer una conexión entre la heroica sacerdotisa, a la que se ensalzaba en canciones y narraciones, y la cansada elfa marina de mediana edad.

Arnazee subió al muelle y llamó suavemente al joven. Los ojos de éste se iluminaron al verla, y se acercó con paso inseguro. Para sorpresa de Arnazee, el joven estibador la rodeó con un apasionado abrazo.

—Bienvenida, bella doncella —la saludó con gran entusiasmo y dicción extremadamente confusa—. Has salido del mar para celebrar el solsticio de verano conmigo, ¿verdad? Pues echa el ancla y no me vayas a aguar la fiesta —improvisó con una sonrisa de oreja a oreja, orgulloso del juego de palabras, que se le antojó muy inteligente. Estaba bastante achispado.

Arnazee arrugó la nariz, molesta por el aliento alcohólico que le echaba el joven.

—Si me tomas por una doncella, es que has bebido mucho más que el contenido de ese copón —replicó ella secamente, al tiempo que trataba de desasirse.

—No eres joven —admitió el joven, después de apartarse un poco de ella y clavar sus ojos empañados en el rostro de la elfa—. Pero eres muy bonita. Y tienes el pelo azul —añadió maravillado, y la soltó ligeramente para acariciar con uno de sus dedos los húmedos rizos azules.

La elfa marina ágilmente esquivó al joven, que trataba de atraparla de nuevo. Con

una mano, cogió la muñeca del mozo y, con la otra, sacó una ristra de perlas rosadas de su bolsa y la hizo oscilar ante los ojos del elfo.

—¡Ya basta de tonterías! Son tuyas a cambio de información. Un bonito regalo de solsticio para una hermosa elfa —sugirió, con la esperanza de borrar la alicaída expresión del joven—. ¡Créeme, vas a necesitar una baratija así! La noche todavía es joven.

—Pregunta lo que quieras y te responderé lo mejor que sepa —dijo el joven, ya más animado.

—¿En honor de quién es este desfile nupcial? —preguntó, alzando la voz para hacerse oír por encima de los músicos, que se aproximaban.

—Para un señor del norte. Del clan Craulnober. ¡Brindo a su salud! —Dicho esto, el joven elfo levantó la copa para beber un sorbo. Pero se quedó momentáneamente perplejo al darse cuenta, de nuevo, que la copa estaba vacía.

—De modo que Seanchai se casa —murmuró Arnazee tristemente.

—No, el bardo no —la corrigió el mozo—. El consejero Darthoridan. ¿No has oído hablar de él? Es un afamado guerrero. ¡Arrojó a los pellejudos al mar, sí señor, y dio razones a los sahuagin para que temieran a los elfos de Siempre Unidos! Algunos dicen que será el próximo Alto Consejero —añadió dándose importancia, satisfecho de estar en posesión de esta información.

Pero Arnazee ya no lo escuchaba. Tenía la impresión de que le oprimían el corazón con unas tenazas. En simpatía, sus dedos se cerraron agónicamente en torno al collar que sostenían. El delicado hilo se rompió, derramando perlas como pétalos que cayeran de una flor.

—¡Eh, cuidado! —protestó el joven al ver que su recompensa se diseminaba. Se tiró al suelo y empezó a recoger las perlas.

Arnazee dio media vuelta y corrió hacia el extremo más alejado del muelle. La jubilosa muchedumbre casi había llegado al puerto, y ella no quería ver el rostro de la mujer que la había suplantado en el corazón de Darthoridan.

La elfa marina se zambulló en las aguas del puerto y se sumergió hasta el fondo. Entonces nadó con desespero, como si no quisiera darse cuenta de todo lo que había perdido.

Cuando estuvo segura de que el corazón le iba a estallar por el dolor y la fatiga, se detuvo y se sujetó a un tupido macizo de plantas marinas para recuperar el aliento. Tan pronto como fue capaz, silbó y chasqueó la lengua para llamar a cualquier delfín que nadara cerca.

A los pocos minutos, apareció una rauda y elegante forma gris. Los delfines eran amigos de los elfos marinos y, ése en particular, era un viejo conocido. El animal jugueteó alrededor de la elfa, dándole suaves topetazos e imitando el comportamiento de los gatos cuando buscan compañía y mimos. Pero, por una vez, el inveterado gesto

picaro del delfín no logró arrancar ninguna sonrisa a Arnazee.

El animal pareció percibir el estado de ánimo de la elfa, pues inclinó la cabeza y después la ladeó en un extraño gesto inquisitivo.

«Llévame lejos de aquí», le suplicó la elfa en su lenguaje.

En respuesta, el delfín giró ligeramente para ofrecerle la aleta dorsal. Arnazee la cogió y se mantuvo agarrada mientras el cetáceo salía disparado hacia el mar abierto.

La perpleja y acongojada elfa marina no se daba cuenta del transcurso del tiempo ni de la distancia recorrida, pero le pareció que no había pasado mucho tiempo cuando el delfín se detuvo. El animal levantó la mirada hacia el lejano cielo y parloteó, sorprendido y alarmado.

Arnazee siguió su mirada. Pese a la gruesa capa de agua que los cubría, veía claramente la luna llena. Pero, de pronto, una enorme forma circular pasó sobre ellos, eclipsando la luz tan rápidamente que pareció que se hubiera tragado la luna. Luego, tan súbitamente como había desaparecido, la luz regresó rielando a las agitadas aguas. A la asustada Arnazee le recordó la imagen de un niño que temblara.

La aparición había pasado por encima de ellos a una increíble rapidez, pero la elfa tuvo una fugaz visión de las cuatro enormes patas que se agitaban y de la cola, semejante a un látigo, que propulsaba a la criatura a tal velocidad.

«¿Tortuga dragón?», preguntó al delfín. El cetáceo asintió con nerviosismo. Tras un momento de vacilación, indicó con chasqueos y gritos agudos que tenía que salir a la superficie a respirar.

Aunque Arnazee podía respirar bajo el agua, acompañó al delfín. Él no se lo pidió, pero la elfa notó que temía acercarse al lugar por el que la tortuga dragón había pasado. Los delfines las temían, y con razón. Eran seres muy poco comunes, pero todos los habitantes del mar conocían su poder. Las tortugas dragones eran astutas e inteligentes, aunque la suya era una inteligencia insondable. No era nada agradable pensar qué habría atraído a ese ejemplar tan cerca de las costas de Siempre Unidos. De hecho, parecía que se dirigía a la isla.

Poco antes de emerger, Arnazee notó una extraña turbulencia que barría la superficie del mar, y que era demasiado intensa para deberse al paso de la tortuga dragón. Al salir a la superficie, una ráfaga de frío aire del norte la golpeó en el rostro, y las agitadas y altas olas la zarandearon. No obstante, el cielo se veía claro y sin nubes, y las estrellas brillaban casi con tanta intensidad como las luces festivas de Leuthilspar. Fuera lo que fuese lo que alborotaba las aguas, no era una tormenta natural.

Una enorme ola arremetió contra Arnazee y la lanzó hacia arriba. Justo antes de caer de nuevo al mar, divisó en la distancia un barco muy iluminado que navegaba hacia el norte por un mar en calma.

La elfa marina se quedó sin respiración al reconocer la embarcación de

Darthoridan. Pero el dolor fue sustituido al punto por una sensación de profundo alivio: la mismísima Aerdrie Faenya protegía de las tormentas las aguas que rodeaban Siempre Unidos. Su amado estaba seguro en las manos de la poderosa diosa elfa. La tormenta no podría hundir su barco, a no ser que, deliberadamente, se aventurara en las agitadas aguas.

O a menos que lo obligaran.

De pronto, la elfa sospechó cuál era el plan de la tortuga dragón. Se sumergió y llamó frenéticamente al delfín para que regresara a su lado.

«Tengo que ver ese barco. ¡Debemos saltar sobre las olas!», le urgió.

No fue nada fácil persuadir al delfín. Durante largos momentos discutieron con vehementes chasquidos y parloteos, que convirtieron las aguas que los rodeaban en una vertiginosa espiral de sonidos. Finalmente, el delfín accedió y permitió que Arnazee se agarrara de su aleta dorsal. Ambos, elfa y delfín, nadaron hacia la superficie con todas sus fuerzas y, entonces, se lanzaron hacia arriba en un último esfuerzo.

Agarrada a la aleta del delfín, Arnazee vio cómo el barco de su amado daba de pronto un bandazo hacia el este. Era lo que se había temido: la tortuga dragón conducía a la fuerza a Darthoridan a mar abierto.

Sin pararse a pensar, Arnazee dejó atrás al delfín y nadó velozmente hacia el barco.

La noche casi tocaba a su fin cuando el esquife de Vhoori Durothil atracó en los muelles de Sumbrar. En la isla principal, el festival para celebrar el solsticio de verano seguía en su apogeo. Todos los habitantes de Siempre Unidos, no sólo los elfos de todas las razas sino también otras criaturas mágicas que poblaban la isla, festejaban el día más largo de verano con música, danzas, fiestas y jolgorio. Vhoori Durothil no se oponía a la alegría, pero estaba deseoso de regresar a su isla, a su torre y a su absorbente trabajo.

La capacidad de Vhoori como mago había sobrepasado las predicciones que se hicieran sobre su potencial en su juventud. Particularmente, su habilidad para las comunicaciones mágicas era asombrosa. Muchas veces había previsto un peligro y dado la voz de alarma. Su tarea había sido tan efectiva, que ahora controlaba todo el puesto avanzado de Sumbrar, incluido el nutrido contingente de guerreros acuartelados allí y la veintena de barcos de guerra que se mantenían en alerta. Pero quizá la defensa más potente de Sumbrar era la magia capaz de conjurar su Círculo. La torre de Vhoori Durothil se había convertido en una de las mayores de Siempre Unidos, y muchos magos jóvenes se disputaban el honor de aprender con el archimago de Sumbrar.

Pero en Siempre Unidos también había muchos elfos que temían el creciente

poder de Vhoori Durothil y que advertían del riesgo que suponía aislar una torre de archi-magos y de la imprudencia de depositar en manos de un único elfo una fuerza combativa tan considerable. El portavoz de esas voces discrepantes era Darthoridan Craulnober.

A Vhoori le rechinaron los dientes al pensar en su rival. En la última reunión del Consejo, hacía menos de quince días, Darthoridan había pronunciado un largo y elocuente discurso sobre las peligrosas divisiones, cada vez eran más acusadas, entre las razas de elfos. Incluso tuvo la frescura de recordar que en la torre de Sumbrar sólo se aceptaban elfos dorados, y que la guardia de ese puesto avanzado estaba compuesta asimismo exclusivamente por dorados.

Era cierto. A los ojos de Vhoori, se trataba simplemente de una cuestión de preferencia y conveniencia, pero Darthoridan lo pintaba como un siniestro complot. Las semillas de la sospecha habían arraigado en las mentes, demasiado imaginativas, de muchos elfos de la luna, y eso era algo que Vhoori no podía tolerar. El mago no podía permitirse llamar la atención sobre su trabajo y no tenía ninguna intención de rendir cuentas, bajo ninguna circunstancia, a un elfo gris.

Y eso no era lo peor que Darthoridan había hecho. El advenedizo Craulnober tenía cada vez más peso en el Consejo, e incluso se hablaba de él como posible sucesor del Alto Consejero. Vhoori Durothil ambicionaba ese honor para sí y había elegido el regalo de bodas para Darthoridan en consecuencia.

Un poco más animado, Vhoori descendió del esquife y se dirigió a toda prisa a la habitación más alta de la torre, donde guardaba el Acumulador y muchos otros objetos mágicos que había ido reuniendo o creando. Incluso ahora, en lo más oscuro de la noche, la habitación brillaría con la tenue luz combinada de un centenar de esferas.

Al entrar en la cámara se dio cuenta de que no estaba solo. Mariona Hojaenrama miraba fijamente una de las esferas, y su pálido rostro mostraba una expresión de intenso anhelo.

Vhoori se paró en seco, sobresaltado por la presencia de la capitana en su sanctasanctórum. Su pensamiento fue de preocupación, por lo que la elfa pudiera haber visto. Cada esfera mágica era una ventana, y algunas de las vistas que mostraban estaban reservadas sólo para él.

Pero, como era de prever, la capitana tenía la mirada prendida en la esfera que mostraba las estrellas más allá de Selüne.

El mago carraspeó.

—Si deseas ver las estrellas, capitana Hojaenrama, sólo tienes que salir fuera. Ésta es mi habitación privada y aquí no tienes nada que hacer.

Mariona lo miró, y una comisura de sus labios se alzó en una sonrisa irónica al percibir la consternación de su anfitrión. *

—¿Nada que hacer? —repitió secamente—. Hoy es el solsticio de verano, Vhoori. Tal vez vine aquí con la esperanza de celebrarlo contigo.

El mago se quedó momentáneamente sin habla, antes de comprender el comentario de la elfa. No podía imaginarse ningún tipo de intimidad con esa fémina de lengua viperina, pero sabía perfectamente que a ella le gustaba decir cosas para desconcertarlo. En el pasado había funcionado, pero ahora el mago le respondía de igual modo.

—Me sorprende que te des cuenta del cambio de las estaciones, y mucho menos de la llegada del solsticio —comentó en tono ligeramente irónico—. Quizá te has adaptado a este mundo más de lo que quieres admitir.

—¡Ni lo sueñes! —replicó Mariona con expresión desdeñosa—. ¡Cuanto antes me sacuda de las botas la arena de este condenado lugar, mucho mejor! —La elfa se puso en pie bruscamente y se acercó al mago, con las manos en jarras—. Y hablando de marcharme, ¿cuándo podré hacerlo?

—¿Marcharte?

—¡No te hagas el tonto! El primer barco ya está casi listo. El timón original se ha reconstruido y ha sido probado bajo las olas. La cápsula de aire aguantó; el barco es perfectamente maniobrable. Puedo abandonar este lugar y quiero hacerlo de inmediato.

Vhoori suspiró.

—Hemos tenido esta conversación cientos de veces, capitana. Sí, hay un barco listo para emprender el viaje a las estrellas. Pero ¿quieres decirme quién va a tripularlo? ¿Quién, aparte de ti, está dispuesto a hacer ese largo viaje? ¿Shi'larra?

Mariona fulminó al mago con la mirada, pero no pudo refutar sus palabras. Hacía años que la elfa no veía a su antigua navegante. Shi'larra era feliz en su nuevo hogar y tiempo atrás había desaparecido en los tupidos bosques de Siempre Unidos.

La elfa silvana no había sido la única tripulante del *Monarca Verde* en adoptar las costumbres de los elfos nativos. Uno a uno, los miembros de su tripulación se habían ido marchando a la isla principal con cartas de presentación escritas por el mismo lord Durothil.

La capitana bufó frustrada. Probablemente esos locos se habían pasado la noche bailando a la luz de las estrellas, sin recordar los días en que viajaban por ellas.

Bueno, ¡al Abismo con ellos! Seguro que había otro modo de salir de este peñasco.

—¿Y qué hay de tus hechiceros? —inquirió la elfa de mala gana.

En los años transcurridos desde su aterrizaje, Vhoori aprendió algunos de los secretos de los viajes estelares, en gran parte experimentando, y los transmitió a varios magos jóvenes de su Círculo. Cualquiera de los magos dorados podría llevarla donde ella deseara. Mariona había visto mejores timoneles, pero también peores.

Además, los guerreros estacionados en Sumbrar eran un grupo de élite, bien entrenados y muy hábiles en asuntos de barcos y navegación. Sin duda, a algunos les encantaría viajar por las estrellas. Había gloria, aventuras e incluso tesoros a manos llenas al servicio de la Flota Imperial Elfa.

—Mi gente conoce cuál es su papel, y lo acepta gustoso —contestó Vhoori. Y era cierto, Mariona tenía que admitirlo aunque le pesara. En ese momento la capitana comprendió la futilidad de un sueño que había acariciado durante tanto tiempo.

Soltó una maldición y golpeó con el revés de la mano la esfera que tenía más cerca. La bola de cristal mágico, de incalculable valor, fue a estrellarse contra la pared del otro lado de la habitación.

Los ojos del archimago se encendieron de cólera. Mariona alzó el mentón y lo miró de hito en hito, como si lo desafiara a que la golpeará. En ese momento de furia, desesperación y frustración, la muerte rondó por la habitación. Pero la cara de Vhoori se dulcificó, se acercó a ella y le colocó una mano sobre el hombro.

—No has perdido las estrellas. Si abrieras tu corazón, volverías a sentir de nuevo su maravilla.

La elfa se apartó bruscamente de él y se dejó caer en una silla. Nunca se había sentido tan derrotada.

—Todos estos años en esta isla dejada de la mano de los dioses, ¿para qué? Nunca podré marcharme. ¡Estaré atrapada en Sumbrar hasta que muera!

—Este mundo es muy grande, capitana Hojaenrama.

He llegado a conocerte a ti y tu naturaleza, y tu antigua tripulación me ha hablado de la reputación de tu intrépido clan. No te sientes satisfecha estando siempre en el mismo lugar. ¿Pero no crees que merece la pena explorar los mares de Aber-toril, sus tierras diseminadas y sus culturas? Si lo deseas, te proporcionaré un barco y una tripulación.

Una chispa de interés saltó en la embotada mente de Mariona. No era el espacio, pero incluso así...

—Supongo que sería demasiado pedir que tuvieras mapas y cartas de navegación decentes —masculló.

—Juzga por ti misma —repuso Vhoori, apenas pudiendo reprimir una sonrisa—. Mi biblioteca está a tu disposición. Sí, tenemos cartas de navegación, pero probablemente tú puedas mejorarlas. Ciertamente, posees un conocimiento de las estrellas que nadie en Siempre Unidos puede igualar. Tu trabajo guiará a las nuevas generaciones de elfos durante muchos siglos. —El mago hizo una pausa, como si de pronto lo asaltara una duda—. Es decir, si eres capaz de capitanear un barco sobre el agua. Yo diría que es más sencillo navegar por el vacío infinito que tener que lidiar con las mareas y los vientos.

Los ojos de la capitana relampaguearon.

—Yo ya surcaba los mares a bordo de barcos cuando tú aún ibas en pañales, y además.... —Mariona se interrumpió de repente, pues el mago había prorrumpido en carcajadas. Al darse cuenta de que Vhoori le tomaba el pelo y, lo más importante, que le había recordado deliberadamente una época y un trabajo que le gustaban, Mariona sonrió a regañadientes.

—Ahora que lo mencionas, creo que no me importaría surcar esas aguas.

Con estas palabras, la capitana cogió una de las muchas esferas, que mostraba un paisaje marino, y la lanzó alegremente al mago. Vhoori la atrapó y bajó la mirada. Entonces sus ojos se abrieron por la sorpresa y volvió a fijarlos en la imagen de la bola.

—Caramba. Parece que mi regalo a Darthoridan Craulnober ha sido de lo más oportuno.

Curiosa, Mariona se levantó para echar un vistazo a la esfera mágica por encima del hombros de Vhoori. En su interior vio la imagen de un barco de cristal, semejante a un buque elfo de guerra. Pese a los esfuerzos de los marineros, que se afanaban con las sogas, las velas, que brillaban con luz multicolor, colgaban flojas y ondeaban al viento en vano. A popa, otro grupo de elfos disparaba contra una enorme criatura que zarandeaba y empujaba la nave hacia una franja de extrañas turbulencias que no eran normales. La apariencia de la criatura, una colosal tortuga, era ciertamente insólita. Pero lo que más extrañaba a Mariona era el límite invisible que separaba abruptamente el mar de calma de la tormenta.

—La tortuga dragón quiere destruir el barco —razonó Vhoori. El mago no parecía muy disgustado.

—No creo —objetó la capitana—. ¡Mira qué enorme es! Podría romper el casco de cristal con unos pocos coletazos. Y apostarí a mi daga favorita a que ese dragón tiene otras armas.

—Su aliento —admitió Vhoori—. Si la tortuga dragón quisiera, podría lanzar una nube de vapor hirviendo contra el barco y matar a la mayoría de sus tripulantes.

—Pero también dañaría el barco —replicó Mariona—. No es eso lo que quiere.

—¿Qué entonces? —inquirió el mago, al que no le gustaba la dirección que tomaba el razonamiento de la elfa.

—Tres barcos —dijo Mariona, tamborileando sobre la bola con los dedos e indicando tres manchas de calor y color en la distancia—. Creo que esa gente quiere tu barco. La tortuga dragón se ha confabulado con ellos o, más probablemente, ambos han acudido a la llamada de quienquiera que ha conjurado esa tormenta sobrenatural.

—Esto no es el trabajo de un mago —caviló Vhoori, mientras estudiaba con atención la tormenta desatada dentro de la esfera. Los barcos que la aguda vista de Mariona había divisado eran ahora mucho más visibles. Eran largos y bajos, y cada uno llevaba una única vela cuadrada. No era la primera vez que Vhoori veía

embarcaciones como éstas. Eran piratas del norte, humanos primitivos que no poseían la magia necesaria para crear una tormenta como ésta.

Sólo había una explicación para tal tempestad: era cosa de la mismísima Umberlee. Por la razón que fuera, la caprichosa diosa se había aliado con los piratas.*

Gracias a su poder, los pequeños y robustos barcos avanzaban a gran velocidad, con las velas hinchadas al máximo que podían soportar sin desgarrarse. Incluso los mástiles parecían estar a punto de quebrarse.

—Yo diría que son piratas y quieren capturar el barco elfo intacto —dijo Mariona, respondiendo la pregunta de Vhoori antes de que éste la formulara—. A bordo de un barco elfo les será más fácil superar las defensas de Siempre Unidos, para atacar a otros barcos o incluso saquear ciudades costeras.

—No podemos permitirlo —afirmó Vhoori. El mago miró a los ojos de Mariona Hojaenrama y vio en ellos reflejada su propia determinación, como si fueran un espejo.

—Me has prometido un barco. Yo puedo navegar por esas aguas —dijo la capitana, señalando con la cabeza la imagen del turbulento mar conjurada en la esfera.

—No lo dudo —replicó Vhoori—. Pero nunca llegaríamos a tiempo para ayudar al barco elfo. Al menos, no si vamos por mar. Ven. —El hechicero dio media vuelta y abandonó la habitación de la torre.

La elfa frunció el entrecejo, desconcertada, pero entonces comprendió el sentido de las palabras de Vhoori y una feroz sonrisa iluminó sus ojos. Siguió al mago.

—Has dicho «nosotros». ¿Acaso me acompañarás en esa batalla?

—Esta noche el primer barco Ala de Estrella hará su vuelo inaugural —anunció el mago—. ¿Quién mejor que yo para llevar el timón?

—De acuerdo —consintió la capitana—. Tu tienes más poder que cualquier timonel con el que haya navegado. Pero recuerda: yo soy la capitana y esa batalla es mía. ¿Crees que recordarás cómo recibir órdenes?

—No es lo que mejor sé hacer —repuso Vhoori secamente—. Pero sí, esta batalla la librarás tú, y la ganaré yo.

Mariona lanzó una larga y aguda mirada de soslayo al mago. A ella no le importaba quién se atribuyera la victoria. La perspectiva de pisar de nuevo la cubierta de un barco volador era suficiente. Sin embargo, había algo en la voz de Vhoori que no le había gustado, y desconfiaba. Se estaba cociendo algo más que una inminente batalla contra una tortuga dragón, tres barcos piratas tripulados por humanos y una enfurecida diosa marina. ¡Como si no fuera suficiente!

Para tranquilizarse, Mariona recordó una de sus máximas favoritas: «Si fuera fácil, no valdría la pena hacerlo». Según esto, mucho se temía la elfa que lo que la esperaba esa noche merecería mucho la pena.

Mientras Arnazee nadaba desesperadamente hacia la embarcación de su amado, una larga sombra proyectada por la luna cayó sobre ella. A ésta la siguió inmediatamente otra. La elfa marina hizo una pausa en su precipitada carrera, a tiempo de ver el tercer barco que pasaba sobre ella.

Barcos humanos. Arnazee había visto antes embarcaciones como éstas, y sabía perfectamente qué tipo de personas transportaban.

—Piratas —murmuró. Un racimo de burbujas flotó hasta la superficie del agitado mar.

Ahora comprendía qué papel desempeñaba la tortuga marina. Ninguna nave humana podría atravesar las barreras mágicas que protegían a Siempre Unidos, por lo que los piratas habían cerrado un trato con el monstruo. Arnazee se preguntó qué le habrían ofrecido a cambio de entregarles el barco elfo. Seguramente riquezas, pues cederle a los elfos para que los devorara hubiera sido una promesa vana; si ése hubiera sido el único propósito de la tortuga dragón, no hubiera necesitado ayuda de los piratas.

Arnazee giró en el agua y nadó hacia arriba con brazadas rápidas y potentes. Su cabeza emergió a la superficie, y la elfa se balanceó en las turbulentas aguas mientras evaluaba la situación.

Los guerreros elfos del *Mar-en-medio* luchaban desesperadamente contra su gigantesco enemigo. A tan corta distancia, la magia no era una solución viable; cualquier hechizo suficientemente potente para hacer daño a la tortuga también destruiría el barco. Sus flechas, incluso los enormes proyectiles de la balista, rebotaban contra la coraza del monstruo, y todas sus partes vulnerables estaban ocultas bajo el agua.

Probablemente Darthoridan había seguido la misma línea de pensamiento que Arnazee, pues saltó por la borda y se lanzó contra la monstruosa tortuga. En la mano empuñaba un largo tubo metálico, del que sobresalía la punta de una lanza provista de púas. A la espalda llevaba atada otra lanza.

Arnazee contuvo la respiración; el ataque de Darthoridan era una acción valiente y desesperada. El caparazón de la tortuga era una masa repleta de protuberancias y pinchos, por lo que era como si se lanzara de cabeza contra una fila de armas afirmadas y prestas.

Pero el elfo cayó de pie e, inmediatamente, empezó a trepar por la cresta central del caparazón, tachonada de púas, con la intención de llegar a la cabeza del animal.

La elfa marina dejó escapar una exclamación de alivio. Un hombro del elfo sangraba mucho, pero al menos había sobrevivido al salto. Arnazee nadó hacia la tortuga dragón sin apartar la mirada del intrépido guerrero a quien amaba.

Ése fue el momento que la tortuga eligió para volver a embestir contra el barco.

El impacto hizo perder el equilibrio a Darthoridan. El elfo se tambaleó y rodó por el irregular lomo del animal, haciéndose mucho daño. Finalmente, chocó contra una de las protuberancias del borde del caparazón. Sin molestarse en ponerse en pie, el elfo empezó a avanzar penosamente alrededor de la macabra mole, usando las púas como asideros, y dirigiéndose hacia la abertura de la que salía una enorme pata delantera.

Arnazee asintió sombríamente. El arpón que Darthoridan llevaba podía dispararse con una potencia considerable y si conseguía atravesar limpiamente los pliegues de piel dura y curtida de la pata, podría llegar al corazón.

Pese a estar herido, Darthoridan se movía con rapidez. En cuestión de segundos alcanzó su objetivo. Entonces afirmó los pies en una protuberancia ósea y, arpón en mano, se sumergió en el agua. El aguzado oído de la elfa marina captó el chasquido seco del arpón al ser disparado bajo el agua.

Un terrible bramido hendió la noche. La tortuga dragón se encabritó como un semental enfurecido, se volvió y giró la maciza cabeza ora a un lado ora al otro, buscando la causa del ataque. Sus iris amarillos localizaron al elfo, que pendía del borde de su caparazón. El reptil entrecerró los ojos con malevolencia y estiró el cuello hacia atrás, al tiempo que accionaba las mandíbulas. Pero Darthoridan había vuelto a rodar sobre el caparazón y ahora trepaba por el centro, fuera de su alcance.

La tortuga dragón cambió de táctica y giró sobre sí misma. Una vez, dos veces, el pálido caparazón del abdomen brillaba a la luz de la luna mientras trataba de desembarazarse del molesto elfo. Los giros del monstruo provocaron dos grandes olas, que levantaron el barco elfo y lo aproximaron aún más al mar turbulento y a los piratas, que cada vez estaban más cerca.

Arnazee gimió y nadó todavía con más rapidez, aunque era consciente de que poca cosa podría hacer. Cuando Darthoridan cayera al agua, la tortuga acabaría con él de un solo mordisco.

Pero cuando el reptil se enderezó, el guerrero elfo seguía pegado como una lapa a la cresta central de su caparazón. No obstante, no podría aguantar mucho más, pues su sangre se mezclaba con el agua que descendía por el costado del caparazón. Ningún guerrero podía resistir con esas heridas.

De pronto, el mar que rodeaba a Arnazee se encalmó. Los vientos sobrenaturales amainaron y las altas olas coronadas de espuma se hundieron en el mar, provocando pequeñas ondas que rizaban la superficie. Arnazee oyó el gutural grito de sorpresa de los piratas, que reducían el velamen para adaptarse a la disminución del viento. Ya no necesitaban tanto; pronto abordarían el barco de Darthoridan.

La desesperación invadió momentáneamente a la elfa marina, pero al contemplar el mar encalmado, le llegó la inspiración, tan claramente como si la voz de la Gran Oceánide le hubiera susurrado al oído la solución.

¡Sin la señal del furioso oleaje que señalaba la posición de los peligrosos escudos,

los humanos no tenían manera de saber dónde estaban!

La sacerdotisa empezó a entonar un encantamiento clerical, pidiendo un espejismo que convirtiera las serenas aguas que rodeaban Siempre Unidos en un espejo; un espejo que reflejara el mar aún picado de la tormenta de Umberlee. »

Una vez completado el hechizo, Arnazee se sumergió, un instante antes de que uno de los barcos piratas chocara contra el escudo protector.

Una llamarada luminosa convirrió la noche en pleno día, y al barco en una antorcha. La elfa se sumergió aún más para escapar del repentino calor, y esquivar a los piratas que, después de sobrevivir a la primera explosión, se lanzaron o fueron arrojados al mar, y ahora luchaban por salir a la superficie.

El rugir y crepitar del fuego, los furiosos bramidos de la tortuga dragón, el ruido de los humanos heridos; todos estos sonidos componían un coro triunfante que colmaba los sentidos de Arnazee. Demasiado tarde captó las vibraciones que anunciaban una nueva presencia en las aguas. Instintivamente se hizo a un lado, y una esbelta forma gris pasó rozándola.

Por un momento Arnazee creyó que el delfín había regresado para unirse a la batalla. Pero la piel áspera que le arañó el brazo sólo podía pertenecer a una criatura. Los tiburones, atraídos por el alboroto de la batalla y el olor de sangre derramada, habían acudido a alimentarse.

La elfa marina desenvainó un cuchillo y se sumergió más profundamente. Con el arma cortó un trozo de alga kelp y, rápidamente, se vendó el rasguño causado por el roce del escualo. No sangraba mucho, pero unas pocas gotas de sangre en el agua que la rodeaba podrían causarle la muerte. En esos momentos, los tiburones parecían haberse vuelto locos ante la abundancia de carne a su disposición y estarían entretenidos con los piratas un cierto tiempo. Pero era poco probable que se saciaran hasta el punto de renunciar a la caza de su presa favorita: un elfo marino herido.

Arnazee se colocó el cuchillo entre los dientes y se impulsó hacia arriba, hacia las enormes formas que se perfilaban contra el cielo rojizo. La tortuga dragón volvía a acosar al barco elfo y lo empujaba implacablemente hacia mar abierto, hacia los dos barcos piratas que aguardaban el premio. La parte posterior de la pata del monstruo sangraba, pero el hilo de sangre era cada vez más débil. El arpón de Darthoridan apenas había logrado penetrar en el pellejo de la tortuga. Ahora le tocaba a la elfa intentarlo.

Arnazee fue a por la enorme cola. La cogió por el extremo, tiró de ella para darse impulso y la rodeó con sus piernas tan fuerte como pudo. Con una mano empuñó el cuchillo y lo hundió en la cola. Entonces, tiró de él hacia abajo con firmeza y le hizo un corte profundo.

La tortuga dragón bramó de nuevo. El sonido reverberó por el agua y fue tan terrible que incluso los tiburones interrumpieron su macabro festín. Arnazee se agarró

a la cola, que se agitaba furiosamente en el agua. Al ver que ese método no era eficaz, la tortuga la sacó del agua y dio un brusco coletazo hacia arriba. La elfa marina se soltó y fue a estrellarse contra el caparazón erizado de púas.

No tuvo tanta suerte como Darthoridan. Oleadas de dolor recorrieron su cuerpo al chocar de cara contra la protuberancia ósea del centro. No obstante, logró erguirse, desclavarse de la corta púa que le había penetrado hasta el hueso de la cadera y ponerse de rodillas. Arnazee trató de hacer caso omiso al punzante dolor que la entumecía y se obligó a mirar la herida. Sangraba mucho y eso, en un mar infestado de tiburones, sería su sentencia de muerte. Pero quizá podría sobrevivir el tiempo suficiente para acabar lo que había empezado.

Gateando, la elfa marina fue acercándose al lugar en el que yacía Darthoridan. El elfo estaba casi inconsciente y más malherido de lo que ella había creído en un principio. Arnazee lo abofeteó, le gritó y le suplicó hasta que la miró.

—Arnazee —susurró Darthoridan—. Oh, mi pobre amor perdido. Hay tantas cosas que debo decirte...

—No hay tiempo para eso —replicó ella sombría. Con una mano ensangrentada señaló la embarcación elfa. Ya había pasado la barrera y los piratas abordaban sus cubiertas de cristal—. ¡Debemos impedir que los humanos capturen el barco! Ya sabes qué uso harían de él.

Un estridente chillido femenino, preñado de dolor y terror, se impuso a los ruidos de la batalla. Darthoridan maldijo al contemplar a dos humanos que arrastraban fuera de la bodega a una elfa que se debatía. El brillante vestido de la mujer y la corona de flores estivales que le pendía de lado en la despeinada cabeza no dejaban lugar a dudas de quién era.

Darthoridan se puso trabajosamente en pie, pero no acudió enseguida en ayuda de su esposa. En vez de eso, cogió el arpón e introdujo una segunda lanza en el tubo metálico. Arnazee supo qué pretendía, tan claramente como si lo hubiera dicho en voz alta; su deber primordial era impedir que el barco elfo cayera en manos humanas. Mientras la tortuga dragón siguiera con vida, el barco estaba perdido.

La elfa marina bajó la mirada hacia las agitadas aguas, donde los tiburones continuaban alimentándose ávidamente. Ningún elfo terrestre, por ágil que fuera, podría esquivarlos en el agua. Si Darthoridan trataba de detener de nuevo a la tortuga dragón, seguramente resultaría muerto y sus esfuerzos no habrían servido para nada.

Arnazee agarró el arpón con su mano sana.

—Vete —le pidió a Darthoridan, señalando con la cabeza la escala de cuerda que los piratas habían colgado del casco de cristal.

—Estás herida —protestó el elfo, dándose cuenta al fin de las manchas de sangre en la piel moteada de Arnazee.

—Me muero —dijo simplemente ella—. Vete y déjame morir por un buen fin. Tú

tienes que salvar el barco y a la tripulación.

Antes de que Darthoridan pudiera responder, la elfa marina se descolgó del caparazón de la tortuga y se sumergió en el agua. El elfo de la luna respiró hondo, se estremeció y, acto seguido, avanzó por el caparazón hasta situarse justo en la nuca del monstruo. Aunque la tortuga dragón ya había cumplido su cometido —que era conducir al barco elfo más allá de los escudos mágicos—, no se marchó, sino que continuó dando vueltas alrededor del barco como un tiburón al acecho.

Darthoridan esperó hasta que la tortuga pasara otra vez junto a la escala que los piratas habían utilizado para abordar el barco. Entonces saltó y logró agarrarse a los últimos peldaños. El choque contra el casco de cristal le produjo un dolor punzante y casi abrumador en el hombro desgarrado, pero se impulsó hacia arriba y saltó por encima de la borda.

En cubierta se libraba una batalla sangrienta y feroz. Los elfos luchaban para salvar sus vidas, pero no eran guerreros, sino un puñado de amigos y familiares de Darthoridan, que habían querido acompañar a los recién casados al norte.

De pronto una ola golpeó el barco, y éste dio un bandazo. Darthoridan se agarró a la batayola para no caer y, de repente, se encontró mirando a los ojos de la tortuga dragón. El monstruo tenía una mirada enloquecida y un arpón clavado en el paladar que le impedía cerrar su gigantesca boca. Si cerraba las mandíbulas, la lanza le llegaría al cerebro.

Darthoridan vio unas finas manos palmeadas que aferraban la base de la lanza. Arnazee no había conseguido asestar un golpe mortal, pero, pese a estar herida, no iba a soltar a su presa. ¡Ni siquiera si para ello debía introducirse en la tremenda boca! Por un momento el guerrero tuvo esperanzas; la lanza no iba a moverse, y quizás Arnazee se diera por satisfecha con eso y escaparía. Mientras lo pensaba, el dragón lanzó una nube de vapor, que a la luz del sol del amanecer se tiñó de color carmesí. El monstruo gritó algo indescifrable y echó la cabeza hacia atrás. Las flojas manos de Arnazee soltaron la lanza y desapareció en la niebla carmesí.

Darthoridan se pasó una mano por los ojos anegados en lágrimas y volvió la atención hacia la batalla. Todos los piratas de uno de los barcos invadían la cubierta del *Mar-en-medio*, y el otro buque se acercaba. Muy pronto, los elfos serían superados.

De las nubes salió disparada una línea plateada dirigida hacia el segundo barco pirata. El guerrero miró boquiabierto cómo un proyectil de balista impactaba contra el único mástil de la embarcación y lo hacía pedazos. El palo cayó, destrozando una amura de la nave de madera y enterrando a los piratas bajo un montón de lona.

El elfo levantó la vista en la dirección de la que había partido el ataque. No podía dar crédito a sus ojos: su salvador era un barco volador, una reluciente nave elfa que descendía en picado sobre los piratas como una mariposa vengadora.

Mariona Hojaenrama soltó un grito de alegría cuando el proyectil de la balista hizo diana. Los años de frustración pasados en Sumbrar desaparecieron como por ensalmo cuando la capitana sintió de nuevo la maravilla de volar y la emoción de la batalla.

—Buen tiro —comentó tras ella una voz que le era demasiado familiar.

La capitana giró sobre sus talones y vio a Vhoori Durothil, que observaba impasible el desarrollo de la batalla, sosteniendo en las manos una vara coronada por una refulgente gema dorada.

—¿Quién está al timón? —preguntó Mariona bruscamente.

—Chandrelle es muy capaz —respondió el mago—. Nadie hubiera podido traer el barco hasta aquí con mayor rapidez que yo, pero ahora debo emplear mis talentos en otra cosa.

—¡No necesito tu ayuda en esta batalla!

—¿Ni siquiera para vencer a eso? —El mago señalaba con la vara la furiosa tortuga dragón—. Cuando uno se enfrenta con dos enemigos, lo más prudente es volverlos el uno contra el otro.

—Pero...

—¡Silencio! —bramó Vhoori—. Haré lo que deba hacer. Lleva esta batalla como quieras, pero no me molestes.

Mariona retrocedió un paso, asustada por la vehemencia con la que el mago se había expresado y por el poder que dejaba traslucir su voz. Por una vez, no se sentía tentada a discutir.

El hechicero apuntó con la vara a la criatura marina y empezó a cantar. La luz de la gema fue haciéndose cada vez más intensa. Para sorpresa de Mariona, el elfo dorado entonó un poderoso encantamiento de llamada y sometimiento, envolviendo en magia palabras de amistad y promesa. ¡Y dirigía esas tranquilizadoras palabras a la tortuga dragón!

Ahora el barco volador estaba más cerca, y Mariona pudo ver la lanza clavada en la gigantesca boca del animal. La criatura no representaba una amenaza inminente para los elfos, pero tampoco resultaría una aliada eficaz. ¿Qué pretendía Vhoori?

La elfa no tuvo tiempo para pensar en ello. Aunque el barco pirata contra el que habían disparado había sufrido graves daños y empezaba a hundirse, muchos piratas habían logrado abrirse paso con sus armas a través del velamen. El otro barco pirata estaba virando para acudir en su ayuda. Muy pronto los elfos serían aplastados.

—¡Timonel, posa la nave en el agua, tan cerca del barco elfo como sea posible! —ordenó Mariona, hablando por el tubo de comunicación.

Entonces dio media vuelta, lista para gritar sus órdenes a la tripulación. Pero los tripulantes ya habían empezado a izar las alas inferiores de las velas, a preparar picas

y sogas de abordaje y a reunir armas. Mariona no pudo evitar lamentar todas las aventuras que podría haber vivido, y que no viviría, con una tripulación como ésta en el espacio. Pero el momento pasó, sustituido por la perspectiva de la inminente batalla.

Ahora el agua cabrillaba en remolinos y se dirigía hacia ellos. La capitana separó los pies y se preparó para la sacudida que se produciría cuando el barco entrara en contacto con el agua, y que fue sorprendentemente suave. Rápidamente fue a la borda. Allí cogió un cabo enrollado, hizo girar un extremo en el aire unos momentos y lo lanzó. El gancho de tres dientes sujeto al cabo se fijó en el costado del barco en el que se libraba la batalla. Otras cuerdas fueron lanzadas del mismo modo, y la mayoría de los elfos dorados que componían la tripulación del barco tiraron con todas sus fuerzas, con lo que acercaron las dos embarcaciones.

Mariona no esperó a que los dos cascos de cristal se tocaran. En cuanto vio la oportunidad, saltó sobre el agua para intervenir en la refriega.

El mar se iluminó con los rayos dorados y rojizos del sol, que acababa de salir por el horizonte. La noche se había ido y, con ella, su última brizna de fuerza. Darthoridan ya no podía luchar. Estaba extenuado, por el dolor y el esfuerzo físico, y también atormentado por los remordimientos y la pena. Arnazee le había sido fiel, mientras que él solamente pensaba en aumentar el clan Craulnober y su poder personal. Por esas razones había tomado una nueva esposa, una joven de excelente cuna y adornada con muchos talentos. Su belleza y maestría con el arpa la convertían en un ornamento para el castillo Craulnober y para la corte. Además, era joven —más que Seanchai— y contribuiría a incrementar el clan engendrando muchos hijos. Bajo sus ajadas galas, su abdomen ya presentaba una incipiente redondez.

Darthoridan la buscó con la mirada. Su esposa tenía la espalda apoyada contra el mástil y contemplaba con ojos enloquecidos la batalla que se libraba a su alrededor. Se tapaba la boca con las manos, como si reprimiera gritos de horror. No era una guerrera.

El elfo percibió el repiqueteo de una espada al caer y, después, un golpe sordo y apagado, pero esos sonidos le llegaban de muy lejos. Apenas se daba cuenta de que había soltado la espada y que él mismo había caído de rodillas.

Darthoridan oyó a su esposa gritar su nombre. Penosamente alzó la vista y vio una espada curva que buscaba su garganta. No podía hacer nada para detenerla.

El chirrido de metal contra metal resonó por encima del ruido de la batalla. Una alta y delgada elfa de cabello plateado había logrado parar en el último segundo la estocada mortal del pirata. La guerrera impulsó hacia arriba los aceros entrelazados. Antes de que el filibustero pudiera recuperarse de la parada, la elfa embistió. Le golpeó la cara con su frente y, acto seguido, le propinó un rodillazo. La mujer se

retiró ágilmente, mientras el hombre se doblaba sobre sí mismo, gimiendo una ahogada maldición.

La guerrera enarboló la espada y descargó una feroz estocada contra la nuca del pirata. Mientras completaba el floreo, rechazó de un puntapié el asalto de otro barbudo filibustero. El hombre se tambaleó y agitó los brazos como aspas de molino, tratando de recuperar el equilibrio. Pero antes de poder apoyar los pies con firmeza en el suelo y ponerse en guardia, la elfa dibujó un estrecho y preciso círculo. Darthoridan no llegó a ver el golpe, pero sí vio al hombre caer con un tajo en la garganta.

La temible guerrera corrió en busca de otro rival, pero ya no quedaba ninguno. Los salvadores —todos ellos elfos dorados que llevaban el uniforme de la guardia de Sumbrar— arrojaban los últimos piratas al mar.

La lucha había acabado y, por fin, Darthoridan se permitió arrojar en los acogedores brazos de la oscuridad. Mientras ésta lo invadía, sintió unas manos menudas y frías que le acatocaban la cara.

—Arnazee —murmuró.

—Arnazee está muerta, mi señor —dijo su nueva esposa, que retiró bruscamente las manos—. La tortuga dragón la mató. ¡Ha sido horrible!

Darthoridan lo recordó todo. La pena vendría más tarde. Incluso la oscuridad tendría que esperar, pues debía librar aún otra batalla.

—Ayúdame —pidió con aspereza—. ¡Tenemos que reunir a los guerreros y acabar con el monstruo!

—Tómalo con calma, lord Craulnober —le aconsejó una voz familiar—. El monstruo, como tú lo llamas, está sano y salvo, y ahora es un aliado de los elfos. — Para demostrarlo, Vhoori Durothil le tendió los pedazos del arpón, ahora roto, que Arnazee había clavado en el dragón a tan alto precio.

Darthoridan contempló el rostro calmado del archi-mago de Sumbrar sin dar crédito a sus oídos.

—¡Ese monstruo mató a Arnazee Flor de Luna, a tu pariente!

—Es una gran pérdida y me uniré a los muchos elfos que llorarán su muerte. No obstante, necesitamos aliados como la tortuga dragón y no podemos permitir que nuestro dolor pese más que la razón. Si me perdonas, voy a consolidar nuestra alianza.

El mago se acercó a la borda y gritó:

—Aún queda una cuestión, poderoso Zhorntar, ¿qué te ofreció la diosa marina a cambio de tu ayuda? Es posible que el Pueblo pueda igualar o superar esa oferta.

—Umberlee me prometió que podría gobernar a mi antojo un rico territorio —contestó la tortuga dragón con voz profunda y sonora—. ¡Todos los barcos que pasaran por él me rendirían tributo y me divertiría mucho cuando decidiera ir a la

caza!

—Tendrás eso y más —le prometió el mago—. Los mares que rodean Siempre Unidos serán tuyos. Patrullarás por ellos y podrás cazar cualquier embarcación que no lleve runas elfas grabadas en la parte inferior del casco. Todos los tesoros que arrebatas a esos posibles invasores serán tuyos. Serás el dueño de este territorio y podrás cedérselo a tus hijos. Tendrás fama o anonimato, como prefieras. ¿Estás de acuerdo?

—¡Estás loco! —exclamó Darthoridan acaloradamente—. ¿Abrirás al zorro las puertas del gallinero? ¡El dragón actuará según su naturaleza y atacará también a los barcos elfos!

—Zhorntar dejará en paz a todas las embarcaciones elfas —le aseguró el mago—. ¿Cómo lo sabes?

En respuesta, Vhoori alargó el brazo y tomó del cintu-rón de Darthoridan una antigua daga adornada con joyas. El mago murmuró unas palabras arcanas y, acto seguido, arrojó el arma al mar.

Darthoridan escrutó las aguas. Allí chapoteaba la tortuga dragón. Tenía la daga incrustada en el caparazón y sólo era visible la reluciente empuñadura, con sus gemas en las que latía la magia.

—Ahora podré observar qué hace —explicó Vhoori—. No temas, incluso si mis ojos no lo ven, la hoja se hundirá hasta el corazón de Zhorntar si algún día cede a la tentación de cazar elfos.

—Un bonito adorno —admitió la tortuga dragón, estirando el cuello para contemplar las gemas—. ¿Pero y mis herederos?

—Cuando mueras te la podrán arrancar del caparazón. Está encantada, y el sucesor que tú elijas podrá liberarla.

—De acuerdo, trato hecho —dijo la tortuga, y se sumergió en el océano.

El mago dio media vuelta y se encaró con la furibunda mirada de Darthoridan.

—¡Me diste esa daga como regalo de boda para poder vigilarme!

—Y deberías alegrarte de que lo hiciera —replicó el elfo dorado—. De otro modo, ahora estarías muerto y el barco habría caído en manos humanas.

Era cierto, pero el guerrero miró receloso al mago.

—No puedo creer que me dieras ese regalo porque me quisieras bien.

—He acudido en tu rescate, ¿no?

Darthoridan asintió.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—En primer lugar, tu silencio. Nadie tiene por qué saber de la existencia de la

flota Ala de Estrella —respondió

Vhoori, cabeceando hacia el mar, ahora en calma—. Y, en segundo lugar, tu apoyo. Quiero ser el próximo Alto Consejero.

Darthoridan lanzó una breve carcajada totalmente desprovista de humor.

—Mandas barcos voladores, posees magia suficiente para someter a uno de los monstruos marinos más poderosos...

—En realidad, son dos —interrumpió el mago—. Ya hay un kraken que patrulla las aguas al norte de Sumbrar.

—¿Para qué necesitas mi apoyo? —El elfo de la luna se llevó las manos a la cabeza—. ¡Simplemente podrías tomar lo que deseas!

—No —objetó Vhoori, meneando la cabeza—. No lo comprendes. No deseo conquistar, sino servir. Deseo utilizar mis poderes en bien de Siempre Unidos.

—Naturalmente, según tu entender —replicó Darthoridan con sarcasmo.

—Según mi derecho. —La voz del mago, por lo general calmada, se encendió con súbita pasión—. Él clan Durothil es el más antiguo y prestigioso de toda la isla. Nuestros antepasados gobernaron Aryvandaar y, antes que eso, el mismo Faerie. El tiempo del Consejo toca a su fin. Siempre Unidos debe tener un solo gobernante, un gobernante digno que pertenezca a una dinastía asimismo digna, y con experiencia en el mando. ¿Y quién mejor que yo y los míos?

—Quieres ser rey —afirmó Darthoridan estupefacto. Vhoori no lo negó.

—He gobernado bien Sumbrar y me merezco Siempre Unidos. Pero hay más —añadió, cortando la protesta del elfo de la luna—. Con mi magia, puedo ver más allá de las estrellas, bajo los mares y asimismo los Círculos que se reúnen en cualquier rincón del mundo. A veces alcanzo a ver fugazmente el futuro y puedo asegurarte que Siempre Unidos tendrá un rey.

—¿Y también has visto que ese rey serás tú?

El mago se encogió de hombros.

—Quizá soy demasiado engreído al intentar alcanzar el trono de Siempre Unidos. Pero, probablemente, lo único que hago es acelerar mi propio destino. Te digo esto porque eres una voz poderosa en el Consejo y a ti te escucharán. Júrame fidelidad y, a cambio, administrarás tus territorios en el norte en nombre de la Corona. Poseerás más poder y honores de lo que ningún clan de elfos plateados pueda imaginar.

Antes de tener oportunidad de responder, Darthoridan notó una suave presión en el hombro. Bajó la mirada y encontró las hermosas facciones de su esposa. La elfa asintió decidida.

—Si hacer ese juramento supone para nuestra casa honores y una buena posición, entonces hazlo enseguida, mi señor.

El elfo de la luna estaba demasiado cansado para discutir. No se sentía con

fuerzas para cuestionar la visión de Vhoori, ni el deseo de su esposa de ocupar un lugar de poder en la corte. ¿Acaso él no deseaba lo mismo? ¿No era lo que había deseado toda su vida?

—De acuerdo —accedió lacónico—. Pero pobre de ti si no eres un buen gobernante.

—No creo que eso suceda —replicó Vhoori con una sonrisa pagada de sí misma—. Siempre Unidos se está convirtiendo en lo que debía ser. Éste es el amanecer de una nueva era. Si se me permite la expresión, el amanecer de una era dorada.

El vuelo de los dragones

Los árboles del bosque temblaron cuando Malar, el Señor de las Bestias, descargó su cólera contra el cielo nocturno. El dios recorrió el bosque gruñendo y renegando, haciendo que las montañas de Faerun se estremecieran con los ecos de su cólera.

Ahora esas tierras boscosas del interior eran su coto de caza. Las islas remotas y las furiosas olas del mar no eran para él. Había acabado con Umberlee, y ella con él.

La diosa del mar le había fallado en dos ocasiones. No era que Umberlee no tuviera el suficiente poder, sino que, simplemente, era demasiado caprichosa. A diferencia de Malar, era incapaz de concentrarse en una sola cosa. Ella se divertía tanto atormentando a los marineros frente a las soleadas costas de Chult como azuzando a piratas humanos para que atacaran Siempre Unidos. Si una empresa no tenía éxito, simplemente encogía sus hombros coronados de espuma blanca y pasaba a otra cosa. Los mares de Aber-toril eran vastos, y una única isla de elfos no podía acaparar la atención de la diosa por mucho tiempo.

Pero Malar se preguntaba si, algún día, él sería capaz de pensar en otra cosa. El transcurso de los siglos no había hecho nada para aplacar el odio que sentía por los elfos, ni por atemperar su deseo de vencer a Corellon Larethian. No obstante, cada vez veía con mayor claridad que invadir Siempre Unidos era una ardua tarea.

Cuando se cansó de echar pestes, el Señor de las Bestias se arrojó al suelo. Se sentó, apoyó su cabeza de pelaje negro

contra el tronco de un roble venerable y contempló con una malévolamente miranda carmesí la negrura de una noche sin estrellas. Era la noche más oscura que había visto. Una delgada capa de nubes tapaba los astros. Malar se alegró, pues la luz de las estrellas era una fuente de gozo y magia para los condenados elfos. En el humor en el que se encontraba, lo último que necesitaba era algo que le recordara a sus escurridizos enemigos.

Un débil punto de luz rosado en el cielo oriental interrumpió las cavilaciones del dios. Malar entrecerró los ojos, tratando de averiguar por qué le resultaba tan familiar. De pronto, los años desaparecieron y el Señor de las Bestias recordó una época remota; la época en la que los cazadores más poderosos de ese mundo causaron una terrible destrucción.

El dios se puso de pie de un salto y corrió por el bosque. Se dirigía a la montaña más próxima y no se detuvo hasta que dejó atrás la línea de los árboles. Cerca de la cima se paró y escrutó el cielo nocturno, un oscuro vacío desplegado ante él en el que únicamente brillaba una luz.

La nueva estrella ya estaba muy alta, y era tan grande y brillante que sus rayos atravesaban la bruma. El lucero colgaba entre las montañas, centelleando como un ojo de color rubí. Malar alzó los brazos y gritó su triunfo. Era lo que había imaginado: el Rey Asesino había vuelto.

Algunos dioses comprendían el ritmo de las estrellas y celebraban la ocasional aparición de la brillante estrella roja. Pero Malar no era de éstos. Sin embargo, recordaba una cosa, algo de suma importancia. Por razones desconocidas, cuando el Rey Asesino relucía sobre Faerun, los dragones se reunían y emprendían el vuelo.

Malar había encontrado la mejor manera de vengarse de Siempre Unidos.

El dios se puso a bailar a la suave luz roja del Rey Asesino, lanzando delgados hilos de magia divina, que buscarían a sus seguidores y se deslizarían en los sueños de aquellos dispuestos a escucharlo. Malar envió el mismo mensaje a todos los sacerdotes y chamanes:

«Reunid a los fieles. Ha llegado el momento de iniciar la gran caza.»

La horda de orcos avanzaba por el bosque con gran estruendo, sin molestarse en lo más mínimo en disimular su presencia o su llegada. No era necesario. El vuelo de dragones había pasado por allí, dejando una ancha franja de bosque quemado y sin vida.

—No entiendo por qué vamos por este camino —masculló un joven orco de pellejo gris, que caminaba arrastrando los pies casi a la cola del desorganizado ejército. Ésa era su primera incursión y, hasta ahora, había sido una decepción. ¡Vaya con la gran caza! Todavía no habían matado a ningún elfo, e incluso las presas de cuatro patas eran escasas.

Su compañero se encogió de hombros y se puso la lanza, todavía sin manchas de sangre, al otro hombro.

—Vapgard dice que vayamos; nosotros vamos.

—No encontraremos nada —gruñó el orco gris—. A ver, ¿por qué los dragones tenían que quemar el bosque?

—¡Hmmm! ¿Es que ya no recuerdas el invierno del hambre? Nieve dura. Demasiados lobos llegados del sur. Era difícil encontrar caza.

El orco gris gruñó. Pues claro que lo recordaba. Por aquel entonces él todavía era demasiado joven para ser considerado un guerrero, pero ya era un cazador. Los oídos aún le dolían por los golpes que le propinaba su madre cuando, un día tras otro, regresaba a la cueva con la bolsa vacía.

—¿Y qué hicimos entonces? —preguntó su compañero.

—¡Ah! —El orco comprendió y sonrió dejando al descubierto los colmillos—. Algunos orcos quemaron el bosque. Otros, muchos, esperaron junto al río.

—He oído que el hermano de Vapgard viene por el río. Las barcas transportan muchos orcos, más que muchos. Ellos esperan. Nosotros vamos detrás. —El orco se

detuvo y clavó la lanza en una gruesa capa de cenizas. Entonces levantó sus garras, moviendo primero una mano y después la otra, dijo—: Ellos, nosotros. —Con una feroz sonrisa, dio un fuerte manotazo.

—Los aplastaremos —convino alegremente el otro orco.

Animado por esa perspectiva, el joven orco marchó sin ninguna queja el resto del día. Al caer la tarde, la horda salió del devastado bosque. Primero la Maleza y luego prados reemplazaron a los carbonizados árboles centenarios.

Un excitado aullido nació en la cabeza de la turba y se fue extendiendo hacia la cola como una onda. Los orcos se precipitaron hacia adelante. El orco gris esperó a que la onda de movimiento le llegara, y tuviera espacio para correr y matar.

—Ya era hora —gruñó cuando, por fin, pudo bajar la lanza. Entonces salió disparado por el prado. La hierba que pisaba no sólo estaba reseca y frágil por el fuego de los dragones, sino también resbaladiza por la sangre. El orco tuvo que frenarse para no tropezar con lo que parecían haber sido las ancas de un búfalo del bosque. Probablemente un bocado que se había caído de la boca de algún dragón.

Cuando la horda se dispersó, el orco tuvo una mejor visión del campo de batalla. No era lo que había esperado encontrar.

Vio montones de cuerpos diseminados, algunos de criaturas del bosque que los dragones no habían devorado, aunque la mayoría eran elfos. Algunos habían muerto destrozados por enormes garras y colmillos; otros abrasados por el fuego de los dragones; y otros consumidos hasta los huesos por el aliento ácido de un dragón negro. La carnicería era todo un espectáculo, pero no ofrecía ni diversión ni satisfacción. El joven orco quería matar. Necesitaba matar.

Con los colmillos al descubierto, empezó a zigzaguear por el campo, imitando a sus compañeros de más edad, que propinaban puntapiés a los cuerpos de los elfos y los alanceaban. De vez en cuando, uno de ellos encontraba a un elfo que aún respiraba, y cada vez el hallazgo era anunciado con alaridos de triunfo así como el sonido sordo de los palos y las lanzas al golpear.

Pero, a causa de su juventud, el orco ocupaba una posición cercana a la cola de la horda y, cuando llegó, ya no quedaba ningún trofeo que reclamar. Finalmente, el campo de batalla pisoteado por cientos de otros pies quedó en silencio, y el orco pensó que eso no era cazar. Ellos actuaban más bien como cuervos y lobos, arrebañando los restos de los dragones.

El gris se encogió de hombros. Bueno, tampoco era tan terrible ser como los cuervos y los lobos. Además, si hoy no mataban elfos, ya lo harían mañana. El río quedaba sólo a medio día de marcha hacia el sur, y a su orilla vivía una gran comunidad elfa. Pese a estar fortificada con una muralla y magia, caería fácilmente. No podía ser de otro modo. Todos los defensores avanzados de la ciudad —elfos del bosque arqueros y guerreros— estaban muertos. Además, el vuelo de los dragones

solía seguir el curso de los ríos y, seguramente, el fuego de los leviatanes ya había derrumbado parte de la muralla y quizás incluso esas infames torres. Había una cantidad ingente de orcos en movimiento, exaltados por ese primer derramamiento de sangre elfa.

Mañana, la ciudad de los ellos caería... Mañana, el placer de la caza y el orgullo de conseguir muchos trofeos serían suyos.

Chandrelle Durothil, la poderosa hija del Alto Consejero de Siempre Unidos, actuó como Centro en otro encantamiento de llamada. Pese a que esa tarea requería una absoluta concentración, la elfa percibía los inconfundibles sonidos del vuelo de los dragones: el estruendoso batir de alas gigantes y los gritos y rugidos que lanzaban las enormes criaturas al revolotear alrededor de la torre y descender en picado.

La maga también sentía el sonoro crujido de la magia que resonaba en el aire. En todo Aber-toril no había criaturas más mágicas que los dragones, incluidos los elfos. La única esperanza de sobrevivir al ataque de las hordas oreas era hacer renacer a los jinetes de dragón; la increíblemente poderosa unión de la magia de los dragones y los elfos.

Los elfos de Faerun no eran los únicos seres vivos que sufrían los estragos del vuelo de los dragones. Las guerras entre las diferentes razas de dragones habían sido largas y cruentas. Ahora, los dragones malvados del sur —en su mayoría rojos y un puñado de negros, más pequeños pero igualmente letales— se habían reunido en un número sin precedentes para emigrar hacia el norte. Durante el viaje, se dedicaban a arrasarse las tierras de los pacíficos wyrms. Los dragones de bronce encontraban los lagos reducidos a vapor y los lechos resecos y sin vida. Asimismo, los rojos fundían la roca con su flamígero aliento y sellaban la entrada a las cuevas de los dragones plateados y dorados, atrapando dentro a muchos de ellos.

Chandrelle había sido una de las primeras elfas en viajar a través de las nuevas puertas, creadas recientemente, y que conectaban Siempre Unidos con el continente. Su esposo, un pariente lejano suyo recién llegado a la isla, y que también se apellidaba Durothil, había ayudado a crear la puerta entre Siempre Unidos y su ciudad natal.

Ahora esa ciudad estaba casi en ruinas. En el pasado, había sido una hermosa villa situada a orillas de un caudaloso río, abundante en truchas, y protegida por murallas y poderosa magia. Pero el fuego de los dragones había destruido las tierras de cultivo y los bosques de la zona, y había abierto enormes boquetes en las murallas. Un barrio entero era ahora una pila de humeantes cenizas y sólo el Mythal, un poderoso escudo mágico, impedía que la ciudad fuera arrasada.

Pero la torre seguía en pie. Sus archimagos sumaron sus fuerzas con los numerosos hechiceros enviados desde Siempre Unidos para defenderla. Ahora, todos

juntos entonaban poderosos encantamientos que llamaban y sometían a los dragones. En un pasado remoto, los jinetes entrenaban a sus monturas desde la cuna e iban creando entre ellos profundos lazos mágicos. Sin embargo, ahora no había tiempo para eso.

Por los gritos que le llegaban desde la ciudad, los magos supieron que habían tenido éxito. Hábilmente Chandrelle disminuyó el flujo de poder y deshizo el Círculo de magos.

—Han venido otros siete —anunció con una voz en la que aún resonaba el poder—. Ahora hay suficientes dragones para todos.

Todos los magos corrieron a dar la bienvenida a los recién llegados. Uno de los dragones, una hembra dorada, avanzó e inclinó su enorme cabeza ante la archimaga en señal de respeto.

—Hemos oído lo que planeáis hacer —anunció con voz que hizo temblar la torre—. Es una locura.

—No hay más remedio —insistió Chandrelle—. Vosotros solos no podéis vencer a los dragones del mal, y nosotros tampoco. Os necesitamos para alcanzar a los dragones que se dirigen al norte y rodearlos. Necesitamos vuestra Alta Magia para detenerlos.

—Y después de acabar con ellos, ¿qué?

—Entonces podréis vivir en paz de nuevo y los elfos podremos reconstruir nuestras ciudades.

La hembra de dragón meneó su dorada cabeza.

—Tanto poder y tan poca sabiduría —murmuró.

—¿No nos ayudaréis? —inquirió Chandrelle.

—No tenemos elección. Vuestra magia nos ha obligado a venir y nos obliga a la mayoría a serviros.

No era el tipo de apoyo que esperaba obtener Chandrelle, pero tendrían que conformarse con eso. La maga explicó rápidamente a los dragones recién llegados cuál sería su parte en el plan. Entonces se trajeron sillas de montar construidas a toda prisa y se colocaron sobre las criaturas. Ése sería el vuelo de ensayo, y no habría otro.

Chandrelle montó su dragón con una mezcla de emoción y temor. Los jinetes de dragón habían usando magia durante siglos, ¡pero ésa era la primera vez que un Círculo trataba de tejer encantamientos en el aire!

El leviatán desplegó las alas con estrépito. Antes de que la maga pudiera recuperar el aliento, ya estaban en el aire.

Durante los años que había pasado como archimaga en la torre de Aryvandaar, la elfa había visto muchas maravillas, pero ninguna le había producido una sensación de euforia mayor que volar a lomos de un dragón. Ambos se elevaron verticalmente como una estrella fugaz al revés. En pocos instantes, la ciudad era tan vaga como un

sueño olvidado, y el río una mera cinta. La elfa echó atrás la cabeza y rió, sintiendo el fuerte viento de cara.

Cuando las nubes fueron montículos de nieve y bruma bajo ellos, el dragón se niveló y empezó a volar en círculos. Más dragones emergieron de las nubes y, uno a uno, fueron incorporándose a la formación. Era hora de lanzar el hechizo.

Chandrelle se concentró y buscó en su interior la magia que fluía a través de ella y que le permitiría conectar con las mentes de los demás magos. Entonces, uno a uno, fue atrayéndolos hacia el Tejido. La elfa reunió los hilos y los tejió en un único hechizo de destrucción; el más poderoso desde el que, en tiempos legendarios, desgajara la Tierra Única.

Al rayar el alba del día siguiente, los archimagos y sus monturas se reunieron para concluir los preparativos. El humor general era sombrío, pese al éxito de la prueba del día anterior, o quizá precisamente por eso. No era fácil aceptar la magnitud de la destrucción que iban a desencadenar.

Más de un centenar de dragones y jinetes alzaron el vuelo esa mañana. Los leviatanes ascendieron por encima de las nubes del amanecer, y entonces volaron con velocidad mágica hacia el norte.

No era difícil seguir la trayectoria del vuelo de los dragones. A veces quemaban la tierra y mataban a todas las criaturas que encontraban, en busca de presas que les dieran energía para seguir volando, pero otras veces actuaban sólo por el mero placer de destruir. Los dragones malignos eran rojos y negros, y en la tierra carbonizada y anegada en sangre hallaban un truculento reflejo de sí mismos.

Antes del mediodía, los jinetes de dragón adelantaron a sus enemigos. Los dragones malignos volaban muy bajos, engolfados en su orgía de destrucción. A esa altura los vientos eran caprichosos y el aire estaba impregnado de una mezcla de bruma matinal y humo de los bosques quemados. Los rojos y negros no podían volar tan rápidamente como sus perseguidores.

A una señal de Chandrelle, los jinetes se dispersaron y empezaron a formar un amplio círculo sobre la horda de dragones malvados. Los dragones perseguidores volaban en precisa formación, como una enorme bandada de gansos de relucientes plumas doradas y plateadas.

Los magos elfos iniciaron el canto, conjurando magia y haciéndola girar en un vertiginoso Círculo. Juntos crearon un torbellino de aire y magia, una tormenta mayor que cualquiera que el mundo hubiese visto, y la lanzaron contra los dragones que volaban más abajo.

No hubo ningún aviso, ni tiempo para que los dragones migratorios eludieran el ataque. En el aire resonaban los sonidos de la destrucción: el bramido y el crepitar del incendio del bosque, los distantes gritos de miedo y dolor de las criaturas del bosque, y sus propios rugidos triunfales. Súbitamente, todos estos sonidos se apagaron

cuando el cono de magia descendió sobre ellos.

El violento viento que se arremolinaba arrastró a los dragones, que nada pudieron hacer para resistirse. Muchos murieron en el primer estallido súbito de sonido y energía, y sus cuerpos actuaron como cachiporras que el viento blandía contra sus compañeros aún vivos.

Pero la destrucción no acabó aquí. El vórtice arrancó árboles de cuajo y los absorbió hacia su interior. En pocos momentos, el brumoso remolino presentaba un espantoso tono gris rojizo, mezcla de humo y sangre.

Instintivamente, los dragones dorados y plateados se apartaron de la fuerza de su núcleo pues, pese al éxito del día anterior, temían que los succionara el vórtice mágico.

Tan repentinamente como se había formado, el torbellino desapareció. Una terrible tormenta negra y carmesí descargó sobre la arrasada tierra. Eran los cuerpos de los dragones, quizá doscientos.

E, igual de repentinamente, Chandrelle empezó a caer. La magia que había conjurado se había evaporado y, por primera vez en su vida, un encantamiento había concluido tan rápidamente que no tuvo tiempo de prepararse. Débilmente, la elfa notó que sus manos seguían aferrando las riendas del dragón y vio la borrosa mancha del bosque, que continuaba desfilando a sus pies. Su cuerpo mortal no había sufrido herida alguna y, sin embargo, estaba cayendo.

La maga supo qué había ocurrido. La muerte de tantos dragones, de tantas criaturas mágicas, había desgarrado el material del que se componía el Tejido. Como consecuencia, su propia esencia mágica, que había estado indisolublemente unida al hechizo, había abandonado el mundo mortal junto con los dragones a los que su magia había matado. Estaba muerta, pero su cuerpo aún no había tenido la oportunidad de darse cuenta.

Vagamente, Chandrelle vio que su cuerpo se volvía translúcido y que se disolvía en motas de luz dorada. El dragón que montaba parecía aturdido y confuso por la inesperada ruptura del lazo mágico que los unía. El leviatán viró bruscamente hacia un lado, interponiéndose en la trayectoria de un venerable dragón plateado.

El estruendo del impacto resonó por la asolada tierra. El mago que montaba el dragón plateado salió despedido de la silla y cayó dando vueltas, exánime. Los dos dragones forcejearon inútilmente para intentar deshacer la maraña de alas y libreas elfas.

Lo lograron, pero demasiado tarde. Justo cuando el dragón de Chandrelle conseguía desplegar las alas, el tronco recortado de un enorme pino lo atravesó como si fuera una lanza. El dragón empalado se debatió, pero enseguida flaqueó y se convirtió en un destello de oro deslustrado en un paisaje carbonizado. Antes de chocar contra el suelo, el dragón plateado logró planear, pero no había adonde ir. A su

alrededor altas llamaradas, alimentadas por los vientos, rugían furiosas. El corto y desesperado vuelo del dragón terminó en la densa cortina de humo negro, y los vientos lo arrastraron hacia un chisporroteante infierno.

Vhoori Durothil, el Alto Consejero de Siempre Unidos, escuchó en silencio las malas noticias que llegaban de la torre de Sumbrar.

Una bandada de dragones se dirigía al norte, atravesando Faerun, arrasando todo lo que encontraban a su paso. Muchas comunidades elfas habían sido destruidas, bien por los dragones o por los voraces orcos y goblins, que seguían la estela de los leviatanes.

—¿Y qué hay de los jinetes de dragón? —inquirió—. Mi hija Chandrelle me comunicó su plan, y enviamos muchos archimagos para ayudarla.

La respuesta fue un largo silencio.

Su viejo amigo, Brindarry Nierde, había llegado casi tan alto como él en el trabajo que había elegido. Ahora, el elfo dorado no sólo estaba al mando de los guerreros de Sumbrar, sino de todos los de Siempre Unidos.

El mago suspiró y se recostó en el respaldo de la silla. Conocía demasiado bien esa luz que ardía en los ojos de Brindarry; un entusiasmo casi maníaco por entrar en batalla. Era evidente que el guerrero tenía un plan.

—¿Qué recomiendas? —le preguntó.

—No podemos hacer oídos sordos al sufrimiento del Pueblo. Las puertas mágicas entre la isla y el continente son escasas. Yo digo que creemos más, muchas más.

—No es nada fácil crearlas, y nunca deberían usarse a la ligera. Los viajes mágicos exigen un alto precio.

—¿Y el precio pagado por los elfos del continente no lo es? —objetó Brindarry—. Tenemos que enviar guerreros para detener a los orcos y Círculos de Archimagos para luchar contra los dragones.

—¿Y Siempre Unidos? Si seguimos tu sugerencia, reduciremos peligrosamente las defensas de la isla.

—No creo —repuso Brindarry con un cierto desdén—. Contigo como Alto Consejero, hemos asegurado la isla contra cualquier ataque posible. ¿Cuándo fue la última vez que alguien vio un pellejudo o un sahuagin? ¿Cuándo fue la última vez que un barco hostil trató de aproximarse a nuestras costas? Entre los Guardianes y la flota Ala de Estrella, ningún enemigo puede acercarse.

—Pongamos que te diera la razón. Incluso así, es casi seguro que el Consejo se opondría —objetó Vhoori.

—En ese caso disuelve el Consejo. Ha quedado obsoleto.

El mago reflexionó. Por tradición, los elfos habían creído durante mucho tiempo que la mejor forma de gobierno era un Consejo de Ancianos, un organismo cuyo

objetivo no era imponer nada por la fuerza, sino aconsejar basándose en la sabiduría de sus miembros. Pese a que el Pueblo casi siempre seguía las recomendaciones del Consejo, valoraba en gran medida el pensamiento individual y la libertad personal en la toma de decisiones. Los elfos de Siempre Unidos se opondrían de plano al mínimo intento de recortar esos derechos ancestrales.

Pero, por otra parte, muchos elfos se apresurarían a empuñar las armas al enterarse de las malas noticias del continente. Algunos hacía poco que vivían en Siempre Unidos y muchos de esos recién llegados tenían familiares cercanos en las áreas asoladas por el vuelo de los dragones. Otros elfos se mantenían firmes en el principio de unidad del Pueblo y lucharían con tanto ímpetu por un extraño como lo harían por su propia familia. E, independientemente de las circunstancias personales, todos los elfos de Siempre Unidos compartían una misma idea sobre el destino y su papel en él. Siempre Unidos representaba esperanza y un refugio para todos los elfos. En épocas tan oscuras, ellos tenían el deber de llevar esperanza a los elfos que estaban demasiado atribulados para buscarla. Incluso con el voto en contra del Consejo, con tan sólo un poco de estímulo era seguro que los elfos se unirían en gran número para acudir al rescate de sus parientes lejanos.

Cuando en Siempre Unidos apenas quedaran guerreros y magia, cuando los clanes nobles representados en el Consejo estuvieran ocupados en el continente, Vhoori Durothil se proclamaría rey. Y ni siquiera el elfo gris más fastidioso podría alzar la voz con éxito.

—Empieza a reunir tus fuerzas —dijo Vhoori—. Convocaremos a los Círculos y empezaremos inmediatamente a crear puertas.

De regreso a la ciudad elfa acosada, Brindarry Nierde aprestó a sus guerreros para la lucha. En los primeros momentos del vuelo de los dragones, Chandrelle Durothil había descubierto el avance orco y se lo había comunicado a través de una de las gemas de comunicación de su padre. Brindarry estaba preparado para la batalla e incluso ansiaba que empezase.

El elfo se había pasado toda la vida en Siempre Unidos, por lo que nunca había tenido oportunidad de combatir contra el enemigo tradicional del Pueblo. Brindarry estaba convencido de que, ese día, él y sus guerreros iban a revivir la legendaria batalla de Corellon Larethian y Gruumsh el Tuerto. Sus elfos vencerían, tan seguro como lo hizo Corellon, y pasarían a formar parte de las leyendas y la gloria del dios elfo de la batalla.

De pronto, Brindarry sintió un extraño hormigueo. Algo había cambiado, algo importante. Era como si, en pleno chaparrón estival, la lluvia y las nubes desaparecieran, dejando los cielos totalmente secos y despejados. Para su sensibilidad mágica, el aire era menos denso, estaba casi... vacío.

—El Mythal —murmuró, comprendiendo qué había sucedido. El escudo mágico

que impedía la total destrucción de la ciudad se había esfumado.

El guerrero tuvo un acceso de pánico. Tenía confianza en sus habilidades y en las de sus guerreros, pero se daba cuenta de que si fracasaban, el precio sería enorme. Si los defensores caían, la puerta a Siempre Unidos quedaría abierta. Brindarry nunca se había imaginado que los orcos pudieran llegar a poner un pie en la isla.

El guerrero cogió la gema de comunicación que lo unía a Chandrelle Durothil. La piedra estaba fría y silenciosa; sin magia. Chandrelle había muerto. Ya no se podía contar con que los jinetes de dragón regresaran y participaran en la batalla con su mezcla de magia elfa y de dragón.

Brindarry poseía otra gema mágica, que era incluso más poderosa que la anterior. El elfo tiró del colgante de oro que llevaba bajo la túnica y se concentró en la gran piedra lisa que pendía de él. En pocos momentos apareció el anguloso rostro de Vhoori Durothil.

No había tiempo para palabras ni para largas explicaciones. En la ciudad ya se luchaba junto a las brechas en los muros y resonaba el ruido de los proyectiles con los que los orcos trataban de derribar las puertas del margen del río.

—¿Qué ocurre, amigo mío? —inquirió Vhoori—. Oigo ruido de batalla. ¿Necesitas ayuda? ¿Más guerreros, magia? Dime qué puedo hacer.

Justo entonces la enorme puerta de madera se hizo añicos y los orcos desbordaron las murallas de la ciudad, como el agua en una presa rota. Brindarry enarboló el arma y dirigió sus últimas palabras a su mejor amigo:

—Sólo hay algo que puedas hacer. Cierra las puertas a Siempre Unidos.

Dos días después, siete dragones con sus correspondientes jinetes regresaron renqueando a la ciudad. Los supervivientes se encontraron con un río infestado de cadáveres, calles rojas por la sangre seca y hermosos edificios reducidos a ruinas. Incluso la orgullosa torre, una de las últimas manifestaciones de la tradición de la Alta Magia del antiguo Aryvandaar, había sido saqueada.

Esa noche los elfos acamparon en la ciudad reducida a escombros. Incluso los dragones se acomodaron en patios vacíos y plazas de mercado en ruinas, y trataron de curarse las heridas y recuperarse mentalmente. Los leviatanes que habían sobrevivido a la batalla se encontraban aturdidos y desorientados como consecuencia del potente hechizo.

Los magos no lograban ponerse de acuerdo sobre qué hacer. Las puertas mágicas estaban cerradas y no podrían regresar a Siempre Unidos a través de ellas. Tampoco era probable que pudieran crearse nuevas pronto. Siempre Unidos se había quedado casi sin magos ni soldados. Los pocos archimagos que seguían en la isla tendrían cosas más urgentes que hacer que abrir nuevas puertas; y el número de soldados no bastaba para proteger los nuevos accesos de una posible invasión. Una cosa estaba

clara: el poder personal de cada uno de los magos supervivientes ya no era el de antes. Seguramente la destrucción de los dragones malignos había salvado muchas vidas, pero el Tejido había sufrido un gran destrozo.

En los años siguientes, los magos de Siempre Unidos atrapados en el continente se dispersaron como hojas de otoño. Algunos permanecieron en las cercanías del río para reconstruir la ciudad o se adentraron en el bosque en busca de otras comunidades elfas. A otros les sedujo hasta tal punto su primer vuelo a lomos de un dragón que permanecieron junto a los leviatanes para estrechar lazos.

Poco después de que la estrella carmesí conocida como Rey Asesino se esfumara sin que nadie se lamentara por ello, un nuevo prodigio apareció en los cielos: por la noche, una ristra de pequeñas luces brillantes seguía la estela de la luna, como polluelos que corretearan tras su madre sin perderla de vista.

Los poetas llamaron a este fenómeno las Lágrimas de Selüne. Nadie sabía a ciencia cierta qué eran ni cuál era su significado. Algunos elfos se animaron, pues recordaban las leyendas sobre el origen del Pueblo, según las cuales los elfos eran los hijos de la sangre de Corellon mezclada con las lágrimas de la luna. Para ellos, este fenómeno anunciaba el fin del exterminio de los elfos y de tantas de sus culturas ancestrales.

Otros argumentaban que las Lágrimas de Selüne eran un símbolo del favor de los dioses, de que veían con buenos ojos el espectacular grado de dominio que habían alcanzado sus hijos en la magia.

Pero, en verdad, si algo representaban esos cuerpos celestes era el final de una era.

Lenta, pero inexorablemente, la Alta Magia estaba desapareciendo del mundo. Todavía quedaban algunos enclaves en los que se practicaba, como el bosque Darthiir, el bosque de Invierno, los árboles Enmarañados y Siempre Unidos. Algunos adivinos predecían que, muy pronto, la Alta Magia sólo podría conjurarse en Siempre Unidos. A medida que esa lúgubre predicción se iba cumpliendo, la isla adquirió una importancia aún mayor como refugio elfo.

Vhoori Durothil se había equivocado en muchas cosas. Nunca accedió al trono de Siempre Unidos, aunque él y sus descendientes controlaron el Consejo durante muchos siglos. Tal como demostró el intento de rescate, los recursos de la isla no eran ilimitados.

Pero en una cosa sí que dio en el clavo: empezaba una nueva era para los elfos, aunque no sería la era dorada que él había previsto, sino un tiempo de graves conflictos y confusión. Siempre Unidos iba adquiriendo más importancia a medida que las tribulaciones de los elfos del continente aumentaban.

Para muchos elfos, las lágrimas de la luna —que según las leyendas habían engendrado a los elfos— podrían muy bien señalar su fin en Faerun.

Athol del alcázar de la Candela te envía sus renuentes saludos, Danilo Thann.

He leído tu última carta y la anterior a ésta, y las muchas precedentes. Si debo serte sincero, me estremezco al pensar en lo que debes de gastar en tinta y pergamino.

Pero bueno, supongo que no hay otro remedio. Si realmente quieres realizar esta tarea y hacerla bien, debes ser insistente en la busca de información. Pero eso no quita para que seas breve.

Puedes empezar por ahorrarme tus palabras bonitas y tus lisonjas. Aunque no dudo de tu sinceridad, tus cumplidos sólo consiguen sacarme de mis casillas. Tal vez porque recuerdo demasiado bien cómo solías hacer mofa de mi nombre

Aún no he descubierto por qué te resultaba tan gracioso.

Lamento no poder enviarte el libro que me pedías en tu última carta. Es muy viejo, tal vez uno de los cinco más antiguos de la biblioteca, y sus frágiles páginas y cubiertas no resistirían el viaje. Lo mejor que he podido hacer es contratar a una escriba para que haga una copia. Adjunto algunas páginas de muestra. Si te complace el trabajo, le encargaré que copie todo el libro a cambio de unos honorarios razonables, 5.000 piezas de oro. En realidad, el trabajo vale bastante más, pero la escriba es una estudiante de quinto año.

Yes que sí, remedando una de tus pullas de juventud, aún soy más barato que una cortesana fea. No obstante, debo admitir que no comprendo la razón de tal parquedad. Después de todo, estoy gastando tu dinero y no el mío.

Junto con esta misiva te devuelvo la tinta en polvo que me enviaste. Es posible que, ciertamente, brille en la oscuridad, pero no tengo ninguna intención de quedarme quieto en el lugar en el que me alcanzó un rayo.

A continuación sigue el extracto del libro de saber popular De Espadas y del Honor de la Sangre, que me pedías.

Saludos,

Athol el Sin Barbas

Era la época de los humanos.

A muchos elfos les parecía que hombres y mujeres florecían en todas las cosas, mientras que ellos, los hijos de Corellon, decaían.

A medida que el número de elfos menguaba, como los granos de arena de un reloj, los humanos proliferaban a un ritmo indecente. Las comunidades elfas tuvieron que retirarse a los bosques para dejar paso a los humanos, que se propagaban por todas las tierras y todos los climas. Mientras la Alta Magia se convertía en algo insólito y secreto, los magos humanos descubrieron antiguos pergaminos que les permitían alcanzar en su corta vida niveles de poder increíble. Pujantes reinos humanos se crearon, y cayeron. El legendario Netherilya no era más que un recuerdo, pero de sus cenizas surgieron los señores de la magia para dominar los poblados y las ciudades del norte. Finalmente, los humanos avanzaron hasta el corazón de los bosques para establecerse entre los árboles milenarios y los agradables valles, que eran las últimas fortalezas elfas en Faerun.

Por todas partes se acrecentaba el contacto entre humanos y elfos. Los semielfos —antaño poco frecuentes seres dignos de lástima, invariablemente fruto de crímenes de guerra— se convirtieron en una presencia casi habitual. El pueblo elfo, como colectividad, no sabía qué actitud adoptar ante esos cambios, y tampoco había unanimidad sobre la mejor manera de tratar con los omnipresentes humanos. Pero en algo sí estaban todos de acuerdo: Siempre Unidos debía seguir siendo exclusivamente de los elfos.

Pocos humanos sabían de la existencia de la isla. La mayoría de los que oían los relatos sobre ella creían que era una fantasía elfa, un lugar legendario lleno de maravillas, belleza y armonía. Pero había unos pocos, en su mayor parte marineros, que tenían razones de peso para creer que había algo en los remotos mares occidentales. Los barcos que se aventuraban demasiado hacia el ocaso se topaban con terribles tempestades, bandas de belicosos elfos marinos y barreras mágicas de todo tipo. Esos arrojados hombres —los pocos que lograban regresar— hablaban cada vez con más frecuencia de una rica isla en el mar.

La imagen que los humanos se hacían de Siempre Unidos estaba muy influida por su experiencia con los elfos de Faerun. Creían que la isla, de existir, era un lugar de serena belleza y total armonía, en la que los elfos se dedicaban a cultivar la magia y el arte de la guerra, además de contemplar las maravillas del cielo y el bosque. La verdadera un poco distinta.

Durante milenios, las familias nobles de elfos dorados de Siempre Unidos habían rivalizado por el control del Consejo de Ancianos. Normalmente el cargo de Alto Consejero lo ocupaba un miembro del clan Durothil, pero los Nierde, los Nimesin y los Starym le disputaban ese derecho. Tampoco los clanes de elfos de la luna se mostraban dispuestos a ceder sin lucha los puestos de poder e influencia.

Los conflictos entre las distintas razas y clanes nunca llegaron a desembocar en una guerra, pero la isla se convirtió en un nido de intrigas. La cultura elfa, en el pasado dedicada a la creación de belleza y el establecimiento de una fuerte defensa, ahora se centraba en el arte de las maniobras políticas. Los clanes competían entre ellos por la riqueza, la fuerza de armas y las reservas de armas mágicas.

Como era de esperar, en esa época el centro más importante de cultura elfa no era Siempre Unidos, sino el bosque de Cor-manthyr. Cuando los ambiciosos elfos dorados se dieron cuenta de ello, muchos abandonaron la isla para establecerse en las florecientes ciudades de Cormanthyr.

Pero ni allí se solventaron las diferencias entre los clanes. Los Nierde, en general, no se mostraban reacios a llegar a un entendimiento con los elfos de la luna y los elfos silvanos que los habían precedido. Incluso toleraban la presencia de humanos, halflings y enanos en la comunidad del bosque. Pero los más xenófobos de los clanes dorados —entre ellos los Starym, Nimesin y Ni'Tessine—proclamaban la necesidad de permanecer aislados.

Después de muchas polémicas, el Consejo Elfo de Cormanthyr abrió el bosque a los humanos y se erigió la Piedra Alzada como monumento de paz y cooperación entre las diferentes razas. Esta es la parte de la historia que se conoce. Pero mucho antes de ese año, en el que ocurrieron acontecimientos tan cruciales que el tiempo se contó a partir de entonces, habían ocurrido otras cosas, cosas secretas, que marcarían el destino de los elfos.

Cuando, finalmente, las devastadoras y largas Guerras de la Corona acabaron (aproximadamente en el 9000, según el Cómputo del Valle) a algunos elfos les preocupaba que ese período de luchas pudiera repetirse. Para evitarlo estaban dispuestos a hacer todo lo que estuviera en sus manos.

Por aquel entonces vivía en Cormanthyr un anciano adivino elfo llamado Ethlando, un superviviente del antiguo reino de Aryvandaar. El creía que la creciente división entre los elfos podría conducir a la destrucción de todo. Ethlando había alcanzado una edad muy avanzada incluso para los elfos, pues tenía más de dos milanos, y se le atribuía un especial vínculo con el Seldarine. Sus visiones eran infalibles y su voz respetada por todos incluso en los asuntos más nimios. Muchas veces lo buscaban para que actuara de arbitro entre los clanes más beligerantes.

En los años en los que el destino de Cormanthyr aún se debatía acaloradamente, Ethlando declaró que la voluntad de los dioses era que Siempre Unidos fuese gobernada por una única familia real. Su plan para elegir al clan adecuado era tan complejo, tan supeditado a una magia fuera del alcance de los magos mortales, que el Consejo decidió que, verdaderamente, el Seldarine había hablado por boca del adivino.

No obstante, hubo algo en lo que no transigieron: Ethlando insistió en que sólo

los elfos de la luna podían reclamar ese honor. Pero los elfos dorados ejercían el poder en Cormanthyr, por lo que la clase gobernante decretó que todos los clanes nobles —por supuesto con excepción de los drows— que lo desearan, podían reclamar el trono de Siempre Unidos.

Se eligieron trescientos maestros armeros, a los que se les encomendó forjar cada uno una sola espada. Pese a que todos los artesanos tenían licencia para trabajar a su gusto, debían cumplir ciertas condiciones. Todas las armas debían ser sables de doble filo y la empuñadura debía adornarse con un gran ópalo. De todas las piedras preciosas conocidas por los elfos, el ópalo era el conductor de magia más puro y eficaz. No obstante, los espaderos tenían prohibido imbuir cualquier tipo de poder mágico a las armas. Esto, insistió Ethlando, se haría a su debido tiempo.

Las espadas se acabaron justo antes del Año de la Piedra Alzada. Cuando llegara el momento, se dirimiría, sin dudas ni disputas, qué clan se convertiría en el clan real.

Preludio

Las sombras más profundas, 1371 CV

La hembra dragón plateada descendió en picado hacia Sumbrar, volando directamente hacia la alta torre circular. La dragona era una Guardiana y su tarea consistía en advertir a los elfos de un peligro inminente. La Guardiana tenía razones para pensar que su aviso llegaría demasiado tarde.

El animal batió sus relucientes alas para frenar su desesperado vuelo, al tiempo que sus garras de los pies se aferraban a las caprichosas esculturas que rodeaban el techo abovedado de la torre de Sumbrar. Entonces, cubrió con sus alas la lisa piedra para estabilizarse y estiró el cuello hacia abajo para mirar por la alta ventana arqueada de la sala superior de la torre. Allí los magos se reunían para formar su Círculo de magia. ¡La hembra dragón sólo esperaba que no se murieran del susto al ver aparecer de pronto en la ventana un enorme rostro plateado cubierto de escamas!

Pero, para su sorpresa, la sala estaba vacía. Silencio. No había ningún mago para hacer frente a la inminente amenaza. El primer pensamiento de la dragona fue que no lo sabían, pero sus finos oídos captaron un ruido sordo procedente de las cuevas de Sumbrar, y sus sentidos se avivaron con el reverbero mágico que emanaba de las profundidades de la isla.

Seis antiguos dragones despertaron de su largo sueño y alzaron el vuelo. La dragona contempló con respeto reverencial cómo los legendarios héroes de su gente echaban a volar como salidos de un libro de leyendas. Pero, aun así, una profunda sensación de temor se impuso a su asombro; estaba escrito que los Durmientes sólo serían convocados en el caso del más grave peligro.

La Guardiana desplegó sus alas plateadas y echó a volar, poniendo rumbo a las Colinas de las Águilas. Allí buscaría a los jinetes de dragón y averiguaría qué suerte había corrido su compañero elfo. Shonassir Durothil no había respondido a su silenciosa llamada y, aunque temía saber la respuesta, debía saber a qué se enfrentaban.

Muy lejos de las costas de Siempre Unidos, en una torre muy distinta situada a la sombra de la única montaña de Aguas Profundas, otra de las guardianas de la isla echó hacia atrás su cabeza argentada y lanzó un lamento de angustia y frustración.

La mujer se aferraba al marco dorado de su espejo encantado, con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Khelben Arunsun, el mago humano dueño de la torre, se acercó a ella y, dulcemente, le separó los dedos.

—Es inútil, Laeral —le dijo con firmeza, cogiéndola por los hombros y haciendo

que se diera la vuelta—. En todas partes es lo mismo. Todas las puertas de Siempre Unidos están bloqueadas. No hay nada que tú, ni yo ni nadie podamos hacer.

—¡Pero esta puerta es diferente! Se suponía que nadie podría cerrarla. ¿Te acuerdas de lo que nos costó ocultarla y moverla?

—Si algún día las cosas en este mundo llegan a suceder como se supone que deben hacerlo, es posible que todos muriéramos del susto —replicó Khelben completamente serio—. Laeral, daría cualquier cosa para que fuese de otro modo. Debes aceptar que la batalla por Siempre Unidos está en manos del Pueblo.

La mujer gimió y se refugió en los brazos del archimago.

—Nosotros podríamos hacer algo, Khelben. Tú y yo, mis hermanas. ¡Tiene que haber algo en lo que podamos ayudar!

El mago acarició la plateada melena de Laeral. Su singular tono revelaba su herencia elfa y servía para recordar los vínculos que unían a la mujer con Siempre Unidos. Por extraño que pudiera parecer, hacía mucho tiempo que la maga humana y la reina elfa eran casi amigas, y Laeral llevaba en un dedo una de las runas elfas que la proclamaban agente de confianza de la reina de Siempre Unidos. Pero, ahora, incluso la magia del anillo se había esfumado. El extraño sudario que había caído sobre la remota isla también tapaba su luz sobrenatural.

Siempre Unidos se había quedado solo.

—Confía en los elfos —la exhortó el archimago—. Han capeado muchos temporales y su nave aún no se ha hundido.

—Hay más —susurró Laeral, abandonando el refugio que le ofrecían los brazos de Khelben y con lágrimas que empezaban a correrle por las mejillas—. Oh sí, hay más. Nunca te he dicho nada de Maura...

Maura se agarraba a las plumas doradas de la gigantesca águila y se inclinaba sobre su cuello, mientras volaban muy alto sobre los árboles de Siempre Unidos. El fuerte viento hacía ondear furiosamente su negra melena, y con expresión sombría escrutaba el suelo en busca de cualquier signo del paso del devorador de elfos.

Finalmente lo vio. Estaba cruzando un arroyo y levantaba cortinas de agua a su paso. Las gotas de agua centelleaban en el aire a la brillante luz matutina.

—¡Allí abajo! —gritó Maura al águila, osando soltar una mano para señalar—. ¡Sigue a ese ser!

—Ohhh. Es un bicho grande —comentó el águila, mientras sus ojos recorrían el abovedado caparazón del monstruoso devorador de elfos—. Rompemos conchas y carnes para muchas águilas. ¿Por qué no luchamos contra él?

—Después. Primero tenemos que ir a la Arboleda de Corellon y avisar a los elfos del peligro. ¿Sabes dónde está?

—¿Tú qué crees? Sé dónde está la madriguera de cada conejo. Tú dices, yo voy.

Luchamos. ¿De acuerdo?

—Sí, pronto — accedió Maura.

El águila viró bruscamente cuando el devorador de elfos se volvió hacia el este. Maura se aferró a las plumas del ave mientras ésta tedoblaba sus esfuerzos. Volaban a tal velocidad que a la joven se le cortaba la respiración, y tenía que agarrarse con fuerza para que el potente viento que producían las alas no la arrastrara.

Pero, por rauda que volara el águila, pasaron varios minutos hasta que logró rebasar al monstruo. A Maura le pareció que pasaba una eternidad antes de divisar los templos elfos.

—Déjame allí —gritó, señalando un santuario abovedado de cristal verde.

—No posar allí —replicó el águila—. Veo enemigos junto al río, muchos, muchos. Hombres-pep, muy malos. Ahora luchamos, ¿sí?

—¡No, ahora no luchamos! —gritó Maura, soltando una mano y golpeando con ella las alas del animal—. ¡Primero avisar a los elfos!

—Hablas raro —dijo el águila, al tiempo que lanzaba una mirada perpleja por encima del hombro.

Maura gritó de frustración. Se inclinó hacia adelante y habló alto y rápido a la oreja del ave.

—¿Saben los tuyos quién fue el rey elfo? Bien, pues su hija está allí, en uno de esos edificios. ¡Si no la sacamos de aquí, el bicho grande se la comerá!

El águila lanzó un penetrante chillido, que igualó al de Maura en cuanto a la rabia, aunque lo sobrepasó en potencia.

—Bicho no comerá a polluelo de Zaor —prometió solemnemente. Y, sin aviso previo, voló en un estrecho círculo y después se lanzó en picado, profiriendo un grito.

Maura hundió la cara en las plumas del cuello del águila y se aferró a ella con todas sus fuerzas. El viento hacía flamear sus ropas y las desgarraba, y los ojos le escocían tanto que apenas veía nada. El repentino y frenético batir de las alas del animal la advirtió del inminente aterrizaje. Alzó la cabeza y entrecerró los ojos. Pero enseguida los abrió desmesuradamente, sin importarle el aguijón del viento.

Volaban directamente hacia las fauces que el devorador de elfos abría y cerraba sin descanso.

Poca cosa podía hacer Maura, pero instintivamente cogió un cuchillo del cinto para arrojarlo contra esa caverna abierta y voraz, aunque no creía que el monstruo lo sintiera en lo más mínimo. Tampoco creía que el ataque del águila tuviera éxito. Al parecer, el ave creía que sus enormes garras y su fuerte pico bastaban. Claro que, a diferencia de Maura, ella no había visto al devorador de elfos en acción.

—¡Sube! ¡Sube! —gritó Maura. .

El ave respondió a la urgencia del grito. Inclinó las alas para aprovechar el flujo de viento bajo ellas y se dispuso a alzarse verticalmente en el aire.

Pero era demasiado tarde. Un largo tentáculo salió disparado y agarró al águila por una pata. Ésta frenó de repente, pero Maura no. Salió despedida por encima de la testa del animal y aterrizó con un tremendo impacto entre las flores del jardín de uno de los templos.

Haciendo caso omiso de las oleadas de dolor que le recorrían todo el cuerpo, la joven se puso de pie de un salto, con la daga puesta.

El aire se llenó de plumas doradas y de los furiosos chillidos del águila apresada. La gigantesca ave se batió con bravura pero, pese a sus denodados esfuerzos, el monstruo la fue arrastrando lenta e inexorablemente hacia su voraz boca. Maura enarboló la daga y se precipitó hacia él.

—¡No! —gritó el águila al ver a su compañera no elfa—. ¡Ve a buscar al polluelo de Zaor!

La mujer vaciló un instante. Iba en contra de sus principios abandonar a un aliado o eludir un combate.

—¡Vete! —gritó el águila. El monstruo tiró de ella bruscamente. Se oyó un horrible crujir de dientes, tras el cual sus enormes alas colgaron inertes.

Maura dio media vuelta y echó a correr hacia la torre que albergaba el templo de Angharradh. Mientras corría, pensó que, seguramente, ya era demasiado tarde. Si Ilyrana se parecía en algo a su hermano menor, no usaría sus poderes clericales para huir. La princesa trataría de detener al devorador de elfos, aunque eso le costase la vida.

Maura se dio cuenta de que aprobaba por completo esa actitud, aunque si Ilyrana moría, los deberes del clan y el trono recaerían en Lamruil, y Maura muy probablemente lo perdería.

Con sólo pensarlo la joven sintió un dolor sordo y un vacío en el corazón, pero su pesar parecía poca cosa comparado con el peligro que amenazaba su hogar de adopción. Entonces Maura comprendió con todo su corazón la elección que Lamruil había hecho, y que probablemente Ilyrana también haría. Maura tampoco tenía opción; si podía ayudar a la princesa, lo haría.

Los invasores sahuagin llegaron a las costas de Siempre Unidos en una oleada tras otra, superando ampliamente a las naves elfas y deslizándose entre éstas para luchar cuerpo a cuerpo contra los elfos en las playas manchadas de sangre.

La batalla estuvo en su apogeo durante dos días. Finalmente, algunos invasores lograron superar a los defensores elfos, se internaron en la isla y remontaron el río Ardulith hasta llegar al corazón de Siempre Unidos. Los seguían los pellejudos, unas terribles criaturas que devoraban con morbosos deleites cualquier ser vivo que hubiera caído víctima de las garras y los tridentes de los hombres-pep.

A lo largo del Ardulith, los campesinos y pescadores presentaron batalla. Las orillas del río se veían salpicadas de fogatas a las que los elfos arrojaban los cuerpos

de los trolls marinos, y de las que se alzaban nubes de grasiento humo.

Los elfos marinos luchaban en las aguas que rodeaban Siempre Unidos para tratar de contener la marea de invasores. Pero también a ellos les había cogido por sorpresa un ataque tan tremendo y desde tantos frentes distintos. Los elfos marinos que estaban patrullando se batieron con bravura, pero todos los demás quedaron sitiados dentro de su ciudad de coral por un ejército de enormes dimensiones. El kraken y la tortuga dragón que patrullaban las aguas se dieron un festín, pero ni siquiera ellos eran capaces de frenar los enjambres de criaturas marinas que afluían a las playas de la isla.

La flota elfa, la maravilla de los mares, tenía mejor suerte. Más allá de los escudos mágicos de Siempre Unidos, buques de guerra elfos y barcos cisne se enfrentaban a una vasta flota pirata. Los elfos fueron lanzando un barco tras otro a los brazos de Umberlee. Y, lo que era mejor, despejaron la ruta a varias naves elfas que huían hacia Siempre Unidos y a las que los piratas seguían de cerca, o al menos eso parecía.

—Estúpidos —comentó Kymil Nimesin mientras contemplaba la encarnizada batalla que se libraba a su espaldas.

El capitán Blethis, el humano que comandaba el buque insignia *Legítimo Soberano*, se pasó nerviosamente la lengua por los labios. .

—Nuestra flota está casi acabada, lord Nimesin. Muy pronto sólo nos quedarán seis barcos.

—Bastarán —contestó el elfo dorado con calma—. Tal como acordamos, las naves elfas pondrán rumbo a diferentes puertos. Una encallará en las playas de Siiluth, y desde allí nuestras fuerzas se internarán en la isla para tomar Drelagara. Una segunda nave contorneará la isla hasta la ciudad de Nimlith y la tomará. Después, seguiremos más al norte y conquistaremos Los Prados Lejanos. Esta victoria es crucial, tanto para conseguir alimentos como caballos, que necesitaremos para cabalgar hacia el sur y al interior. Desde el este atacaremos por tres puntos: los thayvians navegarán al norte, a Elion, para destruir a la chusma drow que ha ocupado el alcázar de la ciudad. Los elfos oscuros ya no nos son útiles.

—Por lo que he oído sobre los drows, no creo que sea tan sencillo como tus palabras sugieren —masculló Blethis.

—¿Y también has oído algo acerca de la magia de los magos rojos? —le espetó el elfo, dirigiéndole una mirada altiva—. Hacen buena pareja; ambos son igual de poderosos y detestables. Después nos desembarazaremos fácilmente de los pocos indeseables que sobrevivan al encuentro. El problema de esta invasión —concluyó secamente— no es tanto conquistar, sino hallar la mejor manera de librarnos de nuestros aliados.

El capitán guardó silencio aunque, tras escuchar las palabras del elfo, se

preguntaba qué suerte correrían él y los otros humanos cuando la isla cayera.

—Aceptaremos la rendición del alcázar de la Lanza de la Luz en Ruith — prosiguió el elfo—. Y este barco, como planeamos, entrará en la bahía de Leuthilspar para tomar la corte.

—Haces que parezca fácil —comentó Blethis.

—¡Lo mío me ha costado! —saltó el elfo—. Me he pasado toda la vida, más de seiscientos años, planeando este ataque final. ¡He ganado y he gastado docenas de fortunas para financiarlo, he formado alianzas que corromperán mi alma por toda la eternidad! Te he dicho lo que debes saber. Créeme, estas naves arribarán a una isla asolada casi irremediabilmente.

»Casi, pero no del todo —añadió—. En el pasado, los elfos han reconstruido a partir de menos de lo que nosotros les dejaremos. Esto los purificará y, finalmente, los dorados se alzarán por encima de la escoria gris. Siempre Unidos renacerá a imagen del antiguo Aryvandaar. Y, desde aquí, los elfos volverán a expandirse y conquistar tierras.

Blethis se dio cuenta de que el elfo ya no hablaba con él. Kymil Nimesin estaba recitando una letanía, evocando una visión que había guiado y determinado sus siglos de vida. Pero el humano no era capaz de decir si había alguna verdad en esa visión o si era un delirio.

Si Kymil Nimesin hubiera contemplado la batalla que se desarrollaba entre los templos de la Arboleda de Corellon, es posible que él mismo hubiera dudado de la cordura de su empresa. Ni siquiera su furia ciega podía justificar que soltara la venganza de Malar en la isla de los elfos.

El devorador de elfos se abría paso entre piedras alzadas, mientras sus numerosos tentáculos se retorcían y trataban de atrapar a los chamanes elfos, que entonaban hechizos de defensa. Con la misma despreocupación con la que una cortesana podría ir comiendo los granos de un racimo de uva, el monstruo fue devorando a los elfos uno a uno. Algunos lograron escapar hacia el bosque, aunque la mayoría se quedó para combatir al monstruo con cualquier arma que tuviera a su alcance: espadas, fe o magia.

La princesa Ilyrana contemplaba horrorizada esa carnicería desde su ventana de una torre de gran altura del templo de Angharradh. En su memoria evocó la imagen de la última vez que había visto a esa bestia: durante la terrible destrucción de los elfos synnorian de las islas Moonshaes. Fue un día de horrores, y el peor fue ser testimonio de cómo esas voraces fauces se tragaban a un muchacho elfo de cabello azul. Ilyrana nunca supo cuál de sus hermanos menores había corrido esa suerte, ni tampoco si el otro gemelo había conseguido sobrevivir. La princesa revivió la sensación de fracaso que tuvo entonces, la impotencia de una sacerdotisa aún joven e

inexperta.

Una joven humana, vestida de escarlata y con el pelo alborotado, irrumpió en la habitación. A Ilyrana le costó unos momentos reconocerla como la hija de Laeral, Amiga de los Elfos. .

—Tal como lo veo yo —dijo la joven, con los brazos en jarras y mirando desafiante a la princesa—, puedes luchar o huir. ¡Pero tienes que decidirte ya!

—Maura, ¿verdad? —murmuró la princesa Ilyrana con su dulce voz.

—No lo seré por mucho tiempo si no haces algo. —La humana desenvainó la espada y se encaminó a la puerta.

Por un momento, la sacerdotisa creyó que Maura iba a obligarla a huir y, de pronto, se dio cuenta de que no deseaba hacerlo. No, se quedaría y lucharía.

Maura, que observaba atentamente el rostro de la princesa, asintió satisfecha.

—Haz lo que debas. Yo te cubriré tanto tiempo como pueda.

La sacerdotisa buscó los hilos de magia que la unían a Arvador. Una presencia familiar invadió su mente en silenciosa reprimenda, al tiempo que un fino hilo de calor y fuerza se introducía sinuosamente en su embotado cerebro. Ilyrana se sumió por completo en una plegaria mágica y se entregó por completo a Angharradh, su diosa.

De repente, a la elfa le pareció que el misterio sobre el que había reflexionado toda su vida se le exponía claramente ante sus ojos. Angharradh, la diosa que era tres y al mismo tiempo una, no era tan distinta de las otras divinidades del Seldarine. Y tampoco era tan distinta de la magia única que sustentaba Siempre Unidos. Muchos y, al mismo tiempo, uno. Tal vez los magos no eran los únicos elfos capaces de conjurar la fuerza mágica combinada de un Círculo.

Ilyrana cerró los ojos y se sumió aún más profundamente en su plegaria meditativa, hasta que el poder de la diosa pareció fluir por su cuerpo como aire, uniéndola con hilos de plata al tejido. Entonces, la princesa se puso en contacto con el poder de otros sacerdotes y sacerdotisas, que rezaban desesperadamente. Uno a uno fue tocando las asustadas mentes de los clérigos de Hanali Celanil, Aer-drie, Sehanine Moonbow, de todas las diosas cuya esencia se reflejaba en Angharradh. Pese a ser muchas, se convirtieron en una sola, tal como fue engendrada Angharradh.

A medida que la conciencia del hechizo de Ilyrana se iba extendiendo por la arboleda asediada, los sacerdotes y las sacerdotisas de todas las deidades elfas se unieron a la princesa, prestando a esa hija de Angharradh, no del todo mortal, la fuerza de sus oraciones y de su magia.

Ilyrana reunió todo ese poder y formó con él una nueva y terrible diosa. En respuesta a la plegaria colectiva, del suelo de Siempre Unidos surgió una doncella guerrera, ataviada con una reluciente armadura. Era alta como un roble y enarbolaba una lanza del tamaño del mástil de un barco.

La guerrera se mantuvo firme mientras el devorador de elfos cargaba contra ella y, entonces, hundió la punta de la lanza en la boca del monstruo. Con toda su fuerza empujó hacia abajo el extremo romo de la lanza, haciendo palanca contra el suelo. Entonces, clavó los talones y aguantó.

La lanza frenó bruscamente la terrible carga del monstruo. Pese a que la impresionante vara se dobló como un arco y la madera crujió por el esfuerzo, la doncella no la soltó. Entonces, de repente, se lanzó hacia atrás y soltó la lanza.

El extremo romo del arma salió disparado con fuerza hacia arriba, arrojando al devorador de elfos en la dirección opuesta. El monstruo voló, aterrizó sobre su redondeado caparazón y empezó a balancearse como una tortuga puesta del revés. Sus tres enormes patas se agitaban y sus tentáculos azotaban el aire furiosamente, pero era incapaz de enderezarse.

Uno de los tentáculos atrapó a la doncella, se le enrolló alrededor de un brazo y tiró. La guerrera mágica sacó un cuchillo y cortó el apéndice, tras lo cual se arrancó el trozo que se le había quedado pegado a la carne. Allí donde las ventosas se habían adherido, aparecieron círculos de sangre, pero la guerrera no prestó atención a esas heridas.

La doncella cogió del cinturón una red tejida con tela de araña y la hizo girar sobre su cabeza. Acto seguido la arrojó sobre el monstruo, y lo atrapó en una mágica telaraña plateada. Entonces se volvió hacia la torre y dirigió un asentimiento a la atenta princesa, que le había dado forma. Un momento después se esfumó, y el devorador de elfos con ella.

También habían desaparecido muchos clérigos, pues sus espíritus estaban unidos al hechizo. De todos los elfos que habían creado a la diosa guerrera aunando su poder, sólo quedaba Ilyrana.

Pero también su espíritu había huido. Al arrodillarse junto a la inmóvil princesa, Maura se fijó en los círculos de sangre que se le marcaban en un brazo.

La mujer corrió hacia la ventana y gritó pidiendo socorro. Los clérigos supervivientes corrieron en su ayuda, pero nada de lo que hicieron logró arrancar a la princesa de su profundo sueño.

Finalmente, decidieron con ánimo sombrío llevar a la princesa a Leuthilspar. Si había alguien capaz de entender esa incomprensible fusión de lo mortal y lo divino, ésa era la reina Amlaruil.

Maura los acompañó. Mientras atendía a la princesa notó con una mezcla de temor y fascinación que en el cuerpo silencioso de Ilyrana aparecían otras heridas. Era como si la elfa aún estuviera luchando en algún lugar, librando una batalla que sólo los dioses podían presenciar.

Cuarta parte

La familia real

«El deber hacia el clan y la familia, hacia la gente y la tierra natal, ésta es la verdad que guía la vida de losffolk de las Moonshaes y que hace arder su sangre guerrera. Pero, a lo largo de mi vida, he aprendido que el honor que tanto aprecian mis parientes de las tierras altas no es nada comparado con el honor de los elfos. Por esta razón me siento humilde ante ese maravilloso pueblo y, con toda sinceridad, admito que también me inspira más que un poco de miedo.»

Extracto de una carta de Carreigh Macumail,
capitán del *Caminante en la Niebla*,
Amigo de los Elfos

Las Hojas de Luna, 9000 CV

La ceremonia de reivindicación de las espadas reales se fijó para el atardecer de la víspera del solsticio de verano, un día de poderosa magia. Elfos nobles procedentes de todos los rincones de AbeMoril se reunieron en los bosques de Cormanthyr para la ceremonia. Con ellos llegaron trescientos archimagos, uno para cada espada.

Cuando el sol empezó a ponerse, todos se congregaron en un ancho valle. Ethlando los esperaba de pie, rodeado por un amplio círculo formado por las espadas con las empuñaduras hacia fuera. Los magos procedieron a ocupar su lugar dentro del círculo, sin tocar las puntas de los relucientes aceros.

Un sentimiento de expectación pesaba en el aire, e incluso los pájaros parecieron enmudecer y escuchar la voz de Ethlando, ampliada por la magia, que describía el papel que desempeñarían las espadas mágicas.

—Hace muchos años, Corellon Larethian me dio un encantamiento —anunció con voz resonante y segura, pese a su avanzada edad, y sazonada con el pintoresco acento del desaparecido reino de Aryvandaar—. Yo he enseñado ese encantamiento a estos magos. La magia del hechizo conferirá a las espadas dos cosas que ninguna otra arma mágica posee: la capacidad para determinar qué poderes tendrá y para elegir quién es digno de ejercerlos.

El anciano mago examinó lentamente a los elfos congregados. Ninguno de ellos parecía creerse indigno de ese honor. Ethlando esperaba que no tuvieran que morir muchos antes de que otros cambiaran de opinión.

—Cada clan ha elegido a sus representantes y los ha enviado aquí. Muchos de los que hoy reclamarán las espadas pertenecen a antiguos linajes y pueden enumerar con orgullo muchos antepasados ilustres. Eso está muy bien, pero no es el rasero por el que las espadas elegirán.

Unos cuantos entrecejos se fruncieron perplejos o desconcertados al ponderar esas palabras. ¿Qué otro criterio, excepto el linaje, podía utilizarse para elegir una casa real?

Ethlando lo interpretó como una buena señal. Por fin empezaban a pensar.

—Hoy las espadas escogerán a sus primeros poseedores. Con el tiempo, elegirán un clan merecedor de ellas, y una sucesión probada. Así pues, son espadas hereditarias, que pasarán a dignos descendientes mientras el linaje perdure. Con el transcurso del tiempo será cada vez más difícil reivindicar una espada, ya que ésta elegirá sólo a aquellos que posean la fuerza potencial y el carácter necesario para ejercer todos y cada uno de sus poderes. Con cada generación que pase, será una tarea

más complicada.

—¿Cómo sabremos si la espada nos elige?

—Si sigues vivo es que te ha considerado digno —contestó Ethlando al joven elfo.

El adivino guardó silencio unos momentos para que los congregados asimilaran esas palabras.

—Sí —prosiguió—, las espadas, las hojas de luna, quitarán la vida a los que no consideren merecedores de ellas. Quizás os parezca cruel, ¡pero pensad en el poder que tendrán las armas después de diez generaciones! Es preciso asegurarse de que no caerán en malas manos y que no se les dará un mal uso. Una vez que la espada elija, sólo su legítimo poseedor podrá desenvainarla sin peligro.

Los elfos asintieron, evaluando los aspectos prácticos de esa garantía en armas potencialmente tan peligrosas. No obstante, nadie habló, pues no querían perderse ni una coma de las palabras del adivino.

—Cualquier elfo puede declinar el honor de heredarla. Nadie está obligado, ni hoy ni en el futuro. Pero sabed una cosa: los poseedores de una hoja de luna se comprometen a servir al Pueblo. Y lo harán con gran sacrificio.

»La magia que cada poseedor añade a la espada representa la parte del Tejido que le corresponde. Servirán a la espada y al Pueblo después de muertos, renunciando al gozo de Arvador. No obstante, ésta no es una sentencia definitiva —se apresuró a añadir—. Cuando la espada concluya su tarea, se adormecerá, perderá su magia y la esencia de todos los que la empuñaron viajará a Arvador.

El adivino hizo una pausa para que todos los elfos comprendieran la magnitud del compromiso y después pasó al asunto que los había congregado:

—Las hojas de luna seleccionarán a una familia real de dos maneras. En primer lugar, restringirán el campo. En pocos milenios, sólo un puñado de clanes continuarán en posesión de las hojas. Éstas indicarán si hay una sucesión de elfos dignos. Quizá, dentro de unos milenios, algunos clanes tengan más de una hoja al servicio del Pueblo.

»Los poderes de los que se imbuya a cada espada determinarán si ese clan merece gobernar. Algunas espadas se convertirán en armas formidables para diestros guerreros, otras serán semejantes a la vara de un mago, tendrán poder para lanzar hechizos. Y una, o quizá dos o tres, se convertirán en la espada adecuada para un rey.

Ethlando dejó que sus palabras resonaran largo rato.

—Me gustaría pedirlos algo a título personal, y no por indicación de los dioses. No dejéis que en el día de hoy caigan más de dos elfos de un mismo clan. Si un clan lo desea, puede guardar en depósito una espada no reivindicada, para que un futuro descendiente la use al servicio del Pueblo. Pero debéis tener presente que los clanes que hoy no consigan reivindicar una espada con éxito tienen pocas probabilidades de

aspirar al trono de Siempre Unidos.

«Ahora es el momento de hablar, si tenéis alguna pregunta. No es una elección que pueda hacerse a la ligera. No se menospreciará a ningún elfo por no reivindicar una espada, ni ahora ni nunca. Hay muchos modos de servir al Pueblo, y éste es sólo uno de ellos.

Como era previsible, no se oyó otro sonido que el nervioso rebullir de pies, y todos los rostros reflejaban confianza en el resultado e impaciencia por empezar de una vez.

—Muy bien, entonces —dijo Ethlando con una sonrisa triste—. Éstas son mis últimas palabras. Una vez lanzado el hechizo, los magos dirigirán la ceremonia de elección. El anciano elfo cerró los ojos y empezó a balancearse, al tiempo que tarareaba una inquietante melodía. Uno a uno, los magos del Círculo se fueron uniendo al extraño hechizo. Ante los asombrados ojos de los elfos, Ethlando empezó a brillar con una débil luz azul. A medida que acumulaba poder, su cuerpo se fue haciendo translúcido y reluciente. Los magos, arrastrados al hechizo, empezaron a añadir palabras al encantamiento, aunque eran palabras que ningún elfo mortal había oído ni pronunciado anteriormente. La figura de Ethlando se fue haciendo más alta y poderosa a medida que el encantamiento absorbía magia del Tejido y sabiduría de los dioses.

El conjuro concluyó con una única nota, aguda y sonora. El cuerpo de Ethlando estalló, como cristal hecho añicos por el sonido. La luz que era Ethlando alumbró como rayos de un sol cerúleo. Flechas azules de magia y poder impactaron en las hojas de luna que, de pronto, se colmaron de magia y relucieron con una intensa luz azul.

Los elfos se taparon los ojos con las manos para resguardarse de la súbita luminosidad. Cuando sus ojos se ajustaron a la luz mágica, vieron que, aunque las hojas de luna aún brillaban, Ethlando había desaparecido.

Todos comprendieron lo ocurrido. Era como Ethlando había dicho: el poder de las hojas de luna se alimentaba de la esencia de los elfos nobles que las poseyeran. El primer poder, que constituía la base de todos los que seguirían, era la capacidad de ver y juzgar. ¿Y quién mejor para ello que el venerable adivino?

Se hizo un reverente silencio antes de que uno de los ar-chimagos hablara:

—Trescientas espadas, trescientos elfos. Que den un paso al frente los clanes que aspiran al trono de Siempre Unidos.

Los primeros representantes de los clanes avanzaron. Formaron un círculo alrededor de las relucientes armas, se arrodillaron para implorar la gracia de los dioses y jurar que consagrarían su vida al Pueblo. A una señal de los magos, todos extendieron el brazo para empuñar las espadas.

El valle se inundó de luz azul y se produjo un estallido que hizo temblar los

antiguos árboles. En el opresivo silencio que siguió, menos de doscientos elfos se levantaron con una reluciente espada en la mano. Los demás yacían muertos, destrozados por el fuego mágico. ,

En los semblantes de todos los presentes se leía la incredulidad y el horror. ¡Entre los muertos había algunos de los guerreros más avezados y de los magos más importantes! Si ellos no eran dignos, ¿quién lo sería?

La respuesta estaba ante sus ojos: ciento setenta y dos elfos deslizaron sus hojas de luna en las vainas vacías y, después, se alejaron de los círculos. Sus rostros estaban iluminados no por el orgullo, sino por un temor reverencial.

—Los clanes que deseen intentarlo de nuevo pueden hacerlo ahora —dijo el archimago—. Retirad a vuestros muertos y recordadlos con orgullo. Su muerte no ha sido deshonrosa. A algunos les es dado volar, a otros nadar, y a otros cazar. No todos los elfos poseen el talento para reinar, y no todos los clanes llevan la simiente de futuros reyes y reinas.

Sin embargo, era evidente que la mayoría de los elfos presentes creían que el destino de su clan era reinar. Todas las familias que habían fallado enviaron a un segundo representante. Esta vez, sólo quedaron en pie dos.

—Elfos de la luna —murmuró Claire Durothil, una joven maga que ocupaba el cuarto lugar en la lista para tener el honor de demostrar el derecho al trono de su clan—. Todos los elfos que llevan hojas de luna son plateados. ¿Por qué?

Su pregunta se fue repitiendo por la multitud y levantó murmullos que adquirieron rápidamente la furia de una tempestad. Finalmente, el Primer Consejero de Corman-thyr trató de apaciguar a los enojados elfos.

—Es cierto que Ethlando sugirió que únicamente elfos de la luna se sometieran a la prueba —admitió—. Según él, por su carácter e inclinación, en general están mejor preparados para tratar con otras razas. Los elfos nos hemos convertido en una minoría. Ethlando temía que si los gobernantes cerraban los ojos a la realidad de un mundo en cambio, les faltaría la perspicacia y el conocimiento necesarios para asegurar la pervivencia de Siempre Unidos.

—¿Y, sabiendo esto, has permitido que todos probáramos? —le recriminó Claire Durothil.

El Primer Consejero suspiró.

—¿Habríais desistido de saberlo? Y ahora, ¿hay alguno entre vosotros que quiera intentarlo por tercera vez?

Se hizo un silencio largo y embarazoso, y diez elfos dorados se adelantaron para reivindicar el honor de su clan.

Con el corazón en un puño, los espectadores contemplaron cómo los diez eran reducidos a cenizas y huesos carbonizados.

Después de que sus parientes retiraran sus restos, Claire Durothil se adelantó y

dijo:

—Reivindico una hoja de luna en nombre del clan Durothil. Según Ethlando, estoy en mi derecho. Aunque no pretendo comprender todo lo que ha ocurrido hoy, es posible que el destino de los elfos dorados no sea reinar en Siempre Unidos. No obstante, estoy segura de que en mi familia ha habido elfos dignos y de gran valía, y que habrá muchos más. Dame una espada, para que un elfo de mi clan pueda reivindicarla cuando llegue el momento.

El archimago introdujo un arma en una funda y tendió la hoja de luna, ahora apagada, a la elfa dorada. Claire la tomó sin vacilaciones ni temores y regresó junto a sus sombríos parientes.

Varios elfos dorados siguieron su ejemplo: los Nimesin, Ni'Tessine y Starym se llevaron a casa espadas sin dueño legítimo.

Sin palabras, todos los elfos admitieron que eso también era un honor, porque sin duda llegaría el momento en el que la espada elegiría a su digno poseedor. Además, Ethlando no había dicho que fuese imposible que un elfo dorado ganara el trono, sólo que era improbable.

La ceremonia de las espadas se prolongó hasta bien entrada la noche. Algunos clanes de elfos plateados reclamaron varias hojas, e incluso unos pocos plebeyos ganaron esa noche una espada mágica y, con ella, el derecho a fundar una casa noble. No hubo protestas ni discusiones sobre los resultados, pues nadie podía negar el poder que los había dictado. La mayoría de los elfos dorados estaban dispuestos a aguardar y esperar el proceso de sucesión, del cual pocos creían que estuvieran completamente excluidos.

El alba no encontró en el valle ningún signo de magia ni de muerte ni de elfos. Todos habían regresado a sus hogares para reflexionar sobre lo ocurrido. Tendrían que pasar muchos años antes de que los gobernantes de Siempre Unidos fueran elegidos, pero todos y cada uno de los elfos dueños de una hoja de luna estaban convencidos de que, fuera cual fuese el proceso de selección, el trono sería suyo.

La espada de un rey, 715 CV

Una débil nevada caía sobre los bosques de Siempre Unidos. Los copos, grandes y aterciopelados, revoloteaban y giraban mientras caían entre las ramas desnudas de los árboles. Algunos quedaron adheridos al cabello de Zaor Flor de Luna y centellearon como estrellas de hielo, resaltando contra el lustre que poseían los abundantes rizos del elfo, de un color azul oscuro.

Pero Zaor era ajeno a la belleza del bosque y de la magnífica estampa que él mismo presentaba. Era un elfo en la flor de la vida y en sus dos siglos de existencia había visto y hecho mucho. Pese a que el paso del tiempo apenas le había dejado marca, nadie que lo viera pensaría que se trataba de un joven bisoño.

Para empezar, Zaor era extremadamente alto —superaba en más de un palmo el metro ochenta de estatura— y casi tan fornido como un guerrero humano, todo lo cual lo convertía casi en un gigante entre los suyos. El color de su pelo también era de lo más insólito entre los elfos de la luna: un azul brillante y profundo, que evocaba zafiros o mares tempestuosos.

Los ojos de Zaor tampoco eran los de un joven. Eran azules con motitas doradas, pero una honda y profunda tristeza atenuaba su brillo natural. Esos ojos habían presenciado más batallas, más muerte y más horror que la mayoría de elfos en toda su vida.

Zaor no llevaba mucho tiempo en Siempre Unidos. Era uno de los pocos supervivientes de Myth Drannor que habían buscado refugio en la isla.

Pero en Siempre Unidos no había hallado la paz. Ya había pasado un año desde el cerco final, pero en sus oídos aún resonaban los gritos de la moribunda Myth Drannor y todavía sentía como un dolor físico el vacío que dejó la destrucción del Mythal que protegía la espléndida ciudad.

Lo cierto era que la compañía de los elfos de Siempre Unidos no había sido más que una fuente de amargura. Las gentes de la legendaria Leuthilspar, con sus interminables y mezquinas intrigas y su arraigado sentido de superioridad, lo irritaban. ¡Quizá si hubieran destinado a la defensa de Myth Drannor una cuarta parte de la riqueza que acumulaban y de la energía que desperdiciaban, la ciudad no habría caído!

Pero aún no había acabado de formarse ese pensamiento en su mente cuando se dio cuenta de que era falaz. Durante toda su vida, Zaor había luchado contra unos enemigos que no dejaban de acosar la espléndida ciudad. Esa era su tarea y su vocación. Zaor era un guardián de los bosques que rodeaban Myth Drannor y,

precisamente por eso, porque no se encontraba dentro de los muros de la ciudad, había sobrevivido a la última y terrible batalla.

Zaor Flor de Luna había sobrevivido, pero el sentimiento de culpa por seguir vivo no lo dejaba vivir en paz.

No le parecía justo seguir viviendo cuando tantos miles de elfos —toda una civilización— habían perecido. El joven sentía que no podría soportarlo una segunda vez. Pero los elfos de Siempre Unidos —tan orgullosos y satisfechos de sí mismos como lo habían sido los de Myth Drannor— corrían el mismo riesgo.

Zaor suspiró y posó la mirada en el manto de nieve fresca, deseando con todas sus fuerzas que su mente fuera igual que esa superficie lisa e intacta.

Sus ojos se entrecerraron al reparar en una extraña huella. El elfo hincó una rodilla para examinarla de cerca. Era una marca parecida a la de un casco de caballo, aunque ligeramente hendido y mucho más delicado. En realidad, no era propiamente una huella sino una reluciente sombra en la nieve.

Sólo una criatura podía dejar tal rastro. Una sensación de maravilla —que Zaor creía que nunca más volvería a sentir— invadió todo su cuerpo. En silencio y cuidadosamente, el guardián se adentró en el bosque siguiendo las huellas plateadas, hasta llegar a un claro nevado.

Lo que vio lo dejó sin respiración. Dos unicornios —maravillosas criaturas de pelaje tan blanco que eran casi invisibles en medio de la nieve impoluta— destacaban en el prístino paisaje. Los fabulosos animales avanzaron elegantemente hacia el centro del claro, sacudiendo sus argentados cuernos y piafando suavemente.

Contemplar esas singulares criaturas mágicas era prodigioso, pero la mirada de Zaor quedó prendida en las dos doncellas elfas que aguardaban a los unicornios con las manos extendidas.

Ambas eran elfas de la luna y, por su aspecto, iniciadas en una orden religiosa. Iban ataviadas con sencillos vestidos blancos y se cubrían con capas igualmente blancas. Emanaban un aura de quietud que tan sólo se alcanza con un agotador entrenamiento y férrea disciplina. Con su ropa de un blanco niveo, su pálida tez y sus brillantes trenzas rojizas, parecían estatuas hechas de hielo y fuego.

Casi sin atreverse a respirar, Zaor contempló cómo los unicornios se acercaban a las doncellas y les acariciaban las manos con sus hocicos. Una de ellas, una muchacha con una enmarañada melena rizada que le caía desordenadamente sobre los hombros, saltó al lomo de uno de ellos.

—Vamos, Amlaruil —apremió a la otra, que no la había imitado—. ¿A qué esperas? Los unicornios nos han aceptado. ¡Por fin podemos salir de una vez de esas asfixiantes Torres y lanzarnos a la aventura!

El rostro de su compañera expresaba nostalgia, pero negó con la cabeza sin dejar de acariciar las sedosas crines del segundo unicornio.

—Sabes bien que no puedo, Ialantha. Éste es tu sueño, y yo te deseo lo mejor. Pero mi lugar está en otra parte. —La doncella sonrió a su amiga y añadió—: Piensa en mí de vez en cuando, cuando seas capitana de los jinetes de unicornio.

La muchacha llamada Ialantha bufó, como si se riera de tales visiones de gloria.

—¡Todo lo que quiero es un poco de emoción y el cielo sobre mi cabeza! Un unicornio sólo concede un año y un día de servicio. Después, buscaré nuevas aventuras.

—Podemos elegir un camino, pero no siempre sabemos adonde nos llevará —dijo Amlaruil con gravedad. Entonces alargó la mano y dio unas palmaditas a la mágica montura de su amiga—. Creo que no sólo has encontrado un compañero por un año, sino un destino.

—¿Has tenido una visión? —inquirió Ialantha con los ojos muy abiertos.

Amlaruil vaciló, pero acabó respondiendo:

—Se necesitan jinetes de unicornio. Creo que este unicornio ha elegido bien. ¡Tú aprendiste a cabalgar antes que a caminar y antes de eso ya deseabas empuñar una espada! No hay en las Torres mejor jinete ni mejor luchadora que tú. ¿Quién mejor, entonces, para revivir los viejos tiempos y entrenar y dirigir a las doncellas guerreras?

—¿Quién mejor? —repitió Ialantha en tono de chanza. Pero entonces su cara se puso seria y tendió la mano a su amiga. Las muchachas se agarraron por las muñecas con la gravedad de dos guerreros.

Ialantha se cubrió con la capucha blanca para ocultar su cabello rojo y después espoleó su montura. Él unicornio se empinó y corveteó con unos cascos tan delicados como la nieve que caía. Rápidos como el rayo, animal y jinete se perdieron en el bosque. El segundo unicornio, sin jinete, los siguió como una sombra blanca.

Después de un momento, Amlaruil se volvió hacia el matorral tras el que se agazapaba Zaor y dijo con voz clara y cristalina:

—Ahora ya puedes salir. No te haré ningún daño.

La primera reacción de Zaor fue una mezcla de sorpresa y desilusión porque la doncella hubiera percibido su presencia tan fácilmente. Entonces cayó en la cuenta de lo irónico de sus palabras. La muchacha parecía casi una niña, tan delgada como un junco y, por su aspecto, tan frágil como un sueño. Debía de pesar la mitad que él y eso estando empapada.

De todos modos, se puso en pie, entró en el claro y se detuvo a varios pasos de la elfa, tal como exigían las buenas maneras. El guerrero logró inclinar la cabeza sin ponerse en ridículo y la saludó con estas palabras:

—Zaor Flor de Luna, a vuestro servicio, *etrielle*. —Zaor utilizó la manera adecuada de dirigirse a una elfa de buena cuna y carácter honorable. m

—¡Oh! ¡Entonces somos parientes! —exclamó la elfa, y sus ojazos azules se iluminaron como estrellas—. Yo también pertenezco al clan Flor de Luna. ¿Cómo es

posible que no nos conozcamos?

—Acabo de llegar de Cormanthyr —respondió Zaor, sosteniéndole la mirada a duras penas.

Acto seguido se preparó para aguantar la habitual tormenta de preguntas o las expresiones tradicionales de pesar o las alabanzas a los «héroes» de Myth Drannor. Pero, para alivio suyo, la doncella se limitó a asentir.

—Eso lo explica. Me llamo Amlaruil.

—Ya lo he oído.

—Lo sé. —La súbita sonrisa que apareció en su rostro le confirió tal belleza que Zaor tuvo que hacer esfuerzos para no comérsela con los ojos. Un momento antes tenía todo el aspecto de una niña esmirriada, con largas trenzas cobrizas y enormes ojos de mirada seria. Pero esa fugaz sonrisa la transformó en una diosa.

—Dijiste algo de unas torres —dijo Zaor, después de tomarse un momento para poner en orden sus pensamientos.

—Sí. Estudio Alta Magia en las Torres del Sol y la Luna. No están lejos de aquí.

—Nunca las he visto —repuso el guerrero con el entrecejo fruncido.

—Y no las verás, a no ser que sepas dónde mirar. —La muchacha rió ante la expresión herida que apareció en el rostro de Zaor—. No te ofendas. La magia que protege las Torres impide verlas incluso a los pájaros y a las ninfas del bosque. Pero te aseguro que un día las verás.

El elfo enarcó las cejas ante esa insólita afirmación. La voz de la joven había sonado distinta al pronunciar esas últimas palabras; con un tono abstraído que no había estado allí un momento antes.

—Pareces muy segura de lo que dices. ¿Lees augurios? —preguntó Zaor, pero sólo para seguirle la corriente.

—A veces —contestó ella muy seria—. Es más sencillo si la persona lleva un objeto de poder. No sé por qué, pero es así.

Los ojos de la elfa se posaron en la espada que pendía de la cadera de Zaor. Incluso envainada, la ornamentada empuñadura coronada por el ópalo resultaba claramente visible. Antes de que Zaor adivinara sus intenciones, la joven alargó la mano y pasó los dedos sobre la superficie lisa y lechosa de la gema.

Zaor se apartó, lanzando una maldición. Nadie, excepto su dueño, podía tocar una espada como ésa. ¡Era increíble que esa estúpida chiquilla no lo supiera!

Pero, al parecer, así era. Amlaruil lo miró sorprendida y con los ojos muy abiertos. Zaor se dio cuenta entonces de que la elfa estaba ilesa. Sus delgados dedos, que deberían estar quemados por un estallido de magia letal, seguían siendo tan tersos y blancos como la nieve invernal.

Por alguna razón, eso impresionó casi tanto al guerrero como pensar que, por su descuido, la joven podría haber resultado herida.

—Nunca toques una espada como ésta —la advirtió severamente—. Es una hoja de luna y causa la muerte a cualquiera que no sea su propietario.

—Una hoja de luna —repitió Amlaruil, abriendo aún más los ojos—. Oh, entonces eso explica que... —Su voz se fue apagando, insegura, y desvió la mirada.

—Realmente viste algo, ¿verdad? —preguntó Zaor, intrigado.

La muchacha asintió con cara seria.

—Ésta es la espada de un rey. Quien la controle, también controlará Siempre Unidos.

Zaor se la quedó mirando, negándose a creer las palabras que la joven había pronunciado con tan extraña certeza. No obstante, había algo en ella que daba peso a sus palabras. A su pesar, Zaor la creyó.

—Yo no tengo madera de rey —objetó con voz apagada. Era imposible. El deber último de cualquier rey elfo era morir por su gente. Myth Drannor había muerto y él seguía sano y salvo, a medio mundo de distancia, en los claros de Siempre Unidos—. Tal vez mis hijos, algún día, sean adecuados, siempre y cuando su madre compense mis defectos.

—Tal vez —repitió ella, en un tono que nada revelaba de sus pensamientos.

Zaor desechó la inquietante declaración de la elfa y abordó un tema al alcance de su capacidad de comprensión.

—¿Cómo es posible que hayas tocado la espada y no te haya pasado nada?

Súbitamente, Amlaruil perdió su aire infantil y un ligero rubor cubrió sus niveas mejillas.

—No puedo decirlo.

—¿No puedes o no quieres? —insistió Zaor.

—Sí —repuso, de nuevo con esa sonrisa que hacía hervir la sangre del guerrero.

Ambos prorrumpieron en carcajadas. De pronto, a Zaor le pareció que la carga que tanto tiempo le había oprimido el corazón era más fácil de soportar.

Cuando las risas se apagaron, sus miradas se quedaron prendidas largo rato. Amlaruil rompió el silencio:

—Debo regresar a las Torres. He estado fuera demasiado tiempo.

—¿Nos volveremos a ver?

La joven vaciló, como si no supiera qué responder. Entonces, lenta y deliberadamente, alargó una mano y cerró los dedos alrededor de la empuñadura de la espada de Zaor.

Un instante después desapareció en el bosque, tan rápida y silenciosamente como los esquivos unicornios.

Zaor agachó la cabeza en la blanca quietud del claro de bosque, tratando de asimilar todo lo sucedido. En el curso de unos momentos, su vida había cambiado por completo. La terrible carga de culpa y profunda pena había desaparecido, pero otra

carga —aún más pesada— había ocupado su lugar.

Lo que Amlaruil le había predicho sobre su futuro iba más allá de lo que él nunca hubiera imaginado. Sin embargo, no sentía el deseo de eludirlo.

El guardián dio media vuelta y echó a andar hacia el sur con paso rápido y decidido. Compartiría todo lo que había visto y sufrido, todas las lecciones que, muy a su pesar, había tenido que aprender. Hallaría el modo de que los engreídos elfos de Leuthilspar oyeran lo que tenía que decir. Siempre Unidos no correría la misma suerte que Myth Drannor; mientras Zaor viviera, no.

Mientras pronunciaba ese silencioso juramento, Zaor desenvainó la hoja de luna: la espada de un rey. No lo sorprendió comprobar que había una nueva runa grabada en la hoja. Ahora la visión de Amlaruil también era la suya, y la espada mágica que llevaba había respondido adquiriendo el poder necesario. Zaor ya no temía al destino que lo aguardaba, ni dudaba de cuál sería.

—No funcionará, Zaor —dijo tristemente Keryth Yel-mobruno, meneando la cabeza—. Soy demasiado joven. ¡Si ni siquiera he cumplido los cien! Y tampoco soy de familia noble. ¡Por los dioses, no sé el nombre de mi padre y mucho menos el de mis antepasados de Faerie! La guardia de Leuthilspar nunca aceptará a alguien como yo, y lo sabes perfectamente.

—Lo sé es que posees la mente guerrera más aguda que jamás he conocido —insistió Zaor.

—Por no hablar de que soy el mejor espadachín —añadió Keryth con una irónica sonrisa, al tiempo que alzaba una copa para brindar en su honor.

—Eso ya lo decidiremos otro día —replicó Zaor sonriendo afablemente—. Pero si no te atreves a iniciar una batalla que tienes esperanzas de ganar, tal vez tendré que retirar mis palabras.

Ambos amigos soltaron una risita. El tercer miembro del trío, un menudo elfo de la luna de cabello plateado y aproximadamente de la edad de Keryth, dirigió a Zaor una mirada pensativa y afirmó:

—Tienes un plan.

—¿Un plan? Yo no lo diría de ese modo —replicó Zaor—. Es más bien una idea. Si funciona, entonces podremos llamarla plan.

—Entendido. ¿Y cuál es esa idea?

—A mí me parece que un elfo debe demostrar su valía, y éste es el momento adecuado.

Myronthilar Lanza de Plata asintió, como si fuera lo más natural del mundo. Dejó la copa sobre la mesa y escrutó la taberna con sus tranquilos ojos plateados.

—¡Por Corellon, parece que la mitad de los guardias de la ciudad vienen aquí a empinar el codo!

—Sin duda, la mitad que está de servicio —apostilló Keryth.

—Tanto mejor. ¿Tú primero, Myron? —preguntó Zaor Flor de Luna.

—Por supuesto —respondió éste, enarcando una plateada ceja.

El menudo elfo se levantó del taburete con un ágil brinco y se dirigió tranquilamente hacia un grupito de guardias, todos elfos dorados. Los guardias se apoyaban con indolencia en una mesa atestada de botellas y copas. Uno de ellos dirigió al elfo de la luna una mirada altanera, dio un codazo a su vecino y dijo algo que provocó la hilaridad general.

Al verlo, Zaor se llevó la mano a la boca para ocultar una sonrisa satisfecha. Esos engreídos iban a recibir una lección sobre la importancia de mantener una mente abierta y ser observadores. Si no se hubieran quedado con la primera impresión, nunca hubieran desdeñado al menudo elfo de la luna.

En cada movimiento de Myronthilar había una extraordinaria economía; y en cada paso y gesto, precisión y un propósito. Era como una daga: esbelto, cuidadosamente afilado, perfectamente equilibrado, y mortal. Zaor pensó que los resultados del encontronazo serían un buen principio en el necesario proceso de reeducación de los elfos de Siempre Unidos.

Myronthilar se detuvo y contempló seriamente a los reunidos.

—Saludos, Saida Evanara —dijo cortésmente, dirigiéndose a una elfa dorada que, súbitamente, adoptó una actitud recelosa—. Me temo que soy portador de malas noticias: Myth Drannor ha caído.

—Lo sé perfectamente —replicó la elfa, entrecerrando los ojos—. ¡Yo estuve allí hasta la batalla final!

—Sí, he oído cómo los juglares lo cantaban. Pero eran juglares pagados. Hay otros que cuentan que huíste como una rata. —El elfo de la luna echó un vistazo a la elegante sala y proclamó—: Desde luego, son del tipo que nunca actuarían en un local tan selecto.

—¡Cómo te atreves! —gritó Saida, roja por el ultraje—. ¡Nunca me había sentido tan insultada!

—Eso no es del todo cierto. Creo que deberías oír un repertorio más amplio de canciones bárdicas —le sugirió Myron amablemente.

Uno de los guardias se levantó de un salto y se encaró con el menudo elfo.

—Mide tus palabras. Saida Evanara es pariente mía —dijo en tono bajo y ominoso.

—Tienes toda mi simpatía —replicó el elfo de la luna—. Y puesto que nadie puede escoger a sus parientes, no te lo tendré en cuenta.

El guardián arrugó el ceño y su mano fue a la espada con ademán elegante. Pero su rostro expresó un total desconcierto cuando sus dedos se cerraron en torno a una vaina vacía. El gesto desconcertado fue reemplazado por una expresión de pánico al

mirar el acero que le amenazaba la garganta. Era un arma muy familiar. ¡Myron había desenvainado antes que él su propia espada!

El elfo de la luna alzó la espada que había tomado «prestada» hasta la frente, parodiando un saludo.

Saida siseó enfurecida y se puso de pie de un brinco. Antes de que pudiera desenvainar, Myron le lanzó el acero robado. Instintivamente, la elfa la cogió, y atacó. El elfo de la luna la esquivó, giró y paró el segundo ataque de Saida... con la espada de ésta.

Con la mano libre, la elfa se palpó la funda que llevaba a la cadera, incapaz de creer lo que veían sus ojos. La funda estaba vacía. Saida entornó los ojos con malevolencia.

—Eres rápido, gris —admitió la guerrera Evanara, al tiempo que adoptaba la posición de batalla—. ¡Pero cuando acabe contigo, creerás que un caballo de batalla te ha pasado por encima!

—Algo de eso he oído —replicó Myron sin darle importancia—. Creo que deberías elegir amantes menos inclinados a lamentarse de sus experiencias.

—¡Ya basta! —gruñó el guardia a quien Myron había desarmado—. ¡Por Corellon, te voy a hacer pedazos!

El enfurecido elfo arremetió contra Myronthilar, pero no se le llegó ni a acercar. De hecho, ni siquiera tocó el suelo. En vez de eso, se encontró jadeando suspendido en el aire, mientras miraba directamente a los ojos del elfo más grande que nunca hubiese visto; un gigante de cabello azul que lo mantenía en vilo agarrándole con una mano el cuello del uniforme, del mismo modo que un niño levantaría un cachorro por el cogote.

—Como ves, el *quessir* está ocupado —dijo Zaor, dándole a Myron el tratamiento reservado a los elfos nobles—.

Pero si la guardia tiene por costumbre luchar dos o tres contra uno, por favor, elige a algunos de tus camaradas y empecemos.

El rostro del elfo, que ya estaba rojo por la falta de aire, se volvió púrpura de rabia. Tres guardias se pusieron bruscamente de pie y corrieron a ayudarlo. El elfo de la luna les arrojó el cautivo con toda tranquilidad, derribando a los cuatro de vez.

Mientras, Myron y Saida luchaban frenéticamente, y el resonar y entrechocar de sus espadas llenaba la taberna con su inquietante música. Los últimos dos guardias sentados a la mesa se levantaron para hacer frente al desafío del elfo de pelo azul. Pero, cuando fueron a empuñar sus aceros, se dieron cuenta de que sus fundas también estaban vacías.

Giraron sobre sus talones y vieron a Keryth, con una espada en cada mano.

—Perdón —murmuró educadamente, mientras pasaba junto a los dos desconcertados guardias para entregar una de las armas a Zaor. Entonces dio la vuelta

a la otra espada y se la ofreció por la empuñadura a su propietario.

—Disculpad las molestias, pero, como veis, mi amigo no puede luchar con vosotros usando su propia espada. No estaría bien usar una hoja de luna en una reyerta de taberna, especialmente contra unos contrincantes tan honorables como vosotros.

En un movimiento casi cómico, los guardias se volvieron al unísono para contemplar, boquiabiertos, la espada que colgaba de la cadera de Zaor. Sus rostros reflejaron una mezcla de desilusión y respeto. Uno de ellos, un elfo de pelo negro azabache que llevaba la insignia de capitán, se levantó. Después de limpiarse con la manga un hilo de sangre de la mejilla, miró a Zaor con curiosidad.

—¿Qué ocurre aquí?

—Desearía solicitar mi admisión en la guardia —respondió Zaor.

El capitán no pudo contener una áspera risita.

—¡Pues has elegido una manera muy extraña para hacerlo! ¿Por qué no viniste y dijiste que eras un luchador de hoja de luna? Ninguna orden ni regimiento te hubiera rechazado.

—¿Habrías aceptado también a mis amigos?

—No —admitió el capitán—. Aunque son tan rápidos y hábiles como cualquier elfo de los que tengo a mi mando.

Zaor declinó diplomáticamente expresar qué opinión le merecía la comparación. En vez de eso, insistió:

—Los tres, entonces.

—De acuerdo —accedió el capitán, encogiéndose de hombros.

En ese momento un ruido sordo resonó por toda la taberna. Ambos se volvieron y contemplaron a Saida, que, haciendo rechinar los dientes, tiraba de la espada incrustada en la madera de una pared de la taberna. Myronthilar, que acababa de esquivar la acometida de la elfa, se examinaba las uñas haciendo gala de una extrema paciencia.

—Una cosa más. Ordena a tu teniente que cese el combate antes de que se estropee el filo del acero de su colega

—exigió Zaor.

El capitán accedió con gesto desdeñoso y lanzó una mirada sesgada al elfo de pelo azul.

—Lo que dijo tu amigo sobre el valor de Saida Evanara en la batalla... ¿Era cierto o sólo la provocaba?

—Eso deberás juzgarlo tú mismo —replicó Zaor, levantando los hombros—. Las palabras de Myronthilar Lanza de Plata tenían un propósito y lo cumplieron. Saida Evanara está bajo tu mando. No soy yo quien debe juzgarla.

—Muy cierto. —El capitán hizo bocina con las manos y gritó—: ¡Quietos!

Myron obedeció al instante, poniéndose lejos del alcance de su rival con elegancia y bajando la guardia. Acto seguido dirigió una inclinación de cabeza a Saida, en un gesto respetuoso de un luchador a otro para marcar el final de un honorable ejercicio con la espada.

Pero Saida Evanara se quedó inmóvil, el acero presto para el ataque y todo el cuerpo temblando por la furia y la indecisión.

—¡He dicho que ya basta! —bramó el capitán. Se acercó a la elfa y le agarró la muñeca. Saida lo miró a la cara. Los ojos de la elfa expresaron recelo y después cautela.

—A sus órdenes —dijo, y añadió—: No hubiera atacado, mi capitán.

—Yo no estoy tan seguro —murmuró el capitán, escrutando la faz de la guerrera. Entonces le soltó la muñeca y dio media vuelta.

—Seguidme a los barracones. Me parece que tenéis mucho que aprender.

Los tres elfos de la luna intercambiaron sonrisas de triunfo y se apresuraron a seguir al capitán. Pero el elfo dorado giró y clavó la mirada en la compañía de guardias.

—Hablaba con vosotros —les dijo con tono grave.

Lady Mylaerla Durothil, la formidable matriarca del clan de elfos dorados más poderosos de la ciudad, estudió a su visitante con interés.

Ya no era joven. En realidad, hacía muchos veranos que había pasado por el ecuador de su vida mortal. Pero tampoco era tan vieja como para no apreciar la belleza del elfo sentado frente ella. Si ese joven capitán estaba dispuesto a desperdiciar sus encantos con una vieja elfa, ¿por qué no darle la oportunidad de hacerlo? Además, el plan del joven la intrigaba.

—¿Estás seguro de que Ahskahala Durothil pertenece a mi familia?

—No hay duda —contestó Zaor—. He hecho un estudio del linaje Durothil y le aseguro que, al igual que usted, es descendiente directa del Rolim Durothil, que fue uno de los primeros pobladores de Siempre Unidos. Sus antepasados combatieron el vuelo de los dragones en el año de la Gran Caza de Malar. Ahskahala es una digna descendiente de todos esos ilustres elfos. Además, es la jinete de dragón más espléndida y temible que he visto en mi vida.

—¿De veras? ¿Entonces por qué sobrevivió a la caída de Myth Drannor, mientras que tantos otros arrojados guerreros perecieron?

Era una pregunta difícil, e importante. Casi tan importante como el modo en que Zaor presentó la respuesta.

—Ahskahala no comulga con los hábitos y las inquietudes de los habitantes de las ciudades —contestó cuidadosamente—. Ella prefería vivir en plena naturaleza y servir al Pueblo de Cormanthyr vigilando los puestos avanzados. Si no hubiera sido

por ella, la ciudad hubiera caído mucho antes. Gracias a su celo, más de una banda de merodeadores orcos y goblins fue neutralizada. Pero su dragón resultó herido durante los primeros días del cerco, y ambos quedaron atrapados en su guarida de las montañas. Cuando, por fin, el dragón pudo alzar el vuelo, la batalla ya había acabado.

—Hummm. ¿Cómo podemos ponernos en contacto con esa jinete de dragón?

—La habilidad de la casa Durothil para comunicarse es legendaria —respondió, inclinando la cabeza en señal de respeto—. No creo que sea una tarea demasiado complicada para sus magos.

—Bien dicho. ¿Pero qué te hace pensar que Ahskahala vendría a Siempre Unidos? —inquirió astutamente la ma-triarca—. ¿Qué tendría aquí que ganar? ¿Poder? ¿Honor? ¿Riquezas?

—Ahskahala ha sido testigo de la caída de una civilización elfa. Seguro que no desea que le ocurra lo mismo a otra.

Mylaerla parpadeó; no estaba acostumbrada a tal franqueza.

—¿Crees posible que Siempre Unidos corra la misma suerte que Myth Drannor? —¿Usted no?

Durante un largo momento ambos elfos se sostuvieron la mirada. Entonces Mylaerla se recostó en la silla y pareció que su rostro se desprendía de una máscara.

—Tienes más razón en muchas cosas de lo que te imaginas, Zaor Flor de Luna —dijo la elfa amargamente—. No tienes ni idea de lo harta que estoy de que los Durothil sólo se dediquen a chismorrear con ayuda de la magia. No siempre fue así. El primer jinete de dragón fue un Durothil, el Durothil por excelencia. ¿Lo sabías?

Sin esperar respuesta, la elfa masculló una gruesa maldición y, frustrada, sacudió la cabeza.

—Mi clan descende de ese Durothil, ¿y en qué nos hemos convertido? ¡En haraganes decadentes, encerrados en nuestras torres y satisfechos de desperdiciar nuestros breves siglos de vida usando la magia para intercambiar coti-lleos y espiar alcobas lejanas! ¡Bah!

—Quedan dragones en Siempre Unidos, ¿verdad? —inquirió Zaor, inclinándose hacia adelante. .

—Sí, creo que sí —repuso Mylaerla tras una breve reflexión—. He oído historias de que, recientemente, se han visto un dorado y dos plateados sobrevolando las Colinas de las Águilas. —La matriarca enarcó una inquisitiva ceja—. Si Ahskahala es todo lo que dices, dudo de que le cueste mucho entrenar a esos dragones. Lo que me preocupa es: ¿cómo se llevará con los Durothil de Siempre Unidos y con los de su clase?

—Sus parientes no lo tendrán nada fácil —reconoció Zaor.

—Perfecto —dijo la elfa, asintiendo y sonriendo con maliciosa satisfacción—. En ese caso, voy a llamarla al instante.

Zaor comprendió que esas palabras eran de despedida, y se levantó para marcharse.

Mylaerla exhaló un hondo suspiro. Algo en él hizo que Zaor se quedara inmóvil en medio de su cortés inclinación de despedida. Se irguió, buscó los ojos de la elfa y asintió para animarla a proseguir.

—Esta visita me ha traído a la memoria muchas cosas. Para empezar, llevo demasiado tiempo en esta ciudad. Han pasado muchos años desde la última vez que subí a las Colinas de las Águilas. ¡Ni siquiera sé si todavía quedan dragones en Siempre Unidos! —La mujer miró a Zaor con una sonrisa extrañamente tímida—. Dime algo, joven, ¿crees que soy demasiado vieja para montar un dragón?

Mientras hablaba, sus ojos adoptaron una expresión de nostalgia y su avejentado rostro se suavizó. Pero la conmovedora añoranza no hizo su voz menos acerada ni su presencia menos impresionante.

—Milady, no creo que ningún dragón vivo se lo pueda impedir —replicó Zaor, sin poder contener una sonrisa.

La elfa, encantada y sorprendida, se echó a reír. Aún sonriendo cálidamente, se levantó y tendió la mano al joven guerrero, como si fueran dos aventureros.

—Los jinetes de dragón serán los guardianes de Siempre Unidos. Nadie violará sus costas.

—Con la voluntad de los dioses —respondió Zaor con fervor.

—Hablaba en serio al decir que deseo aprender esa habilidad —dijo Mylaerla, ladeando la cabeza—. ¿Pero y tú? ¿Te unirás a los jinetes que surquen los vientos?

—Lamentablemente no. Mi responsabilidad es otra.

Tras una prolongada e inquisitiva mirada, lady Durothil asintió pensativa.

—Sí. Creo que tienes razón.

Herederos del destino

Para muchos elfos de Siempre Unidos, las Torres del Sol y la Luna eran el epítome de la cultura elfa.

Las Torres, construidas con piedra blanca extraída por medios mágicos de corazón de la tierra elfa, se alzaban en lo más profundo de un denso bosque y estaban rodeadas por espléndidos jardines. Las Torres albergaban algunos de los objetos mágicos más poderosos conocidos por el Pueblo, además de hechiceros y archimagos dedicados al estudio, la contemplación, la formación de Círculos y la educación de estudiantes prometedores.

De todos los estudiantes de las Torres, ninguna era más prometedora que Amlaruil Flor de Luna. La magia fluía por la muchacha de manera tan natural como la lluvia de una nube de verano. Secretamente, los magos creían que Amlaruil podría convertirse en la maga más poderosa desde el legendario Vhoori Durothil. Ya la preparaban para ser la sucesora de Jannalor Nierde, el Gran Mago de Siempre Unidos.

Sin embargo, en las Torres también había quienes dudaban de que el destino de la doncella fuera tan claro. Entre ellos se contaba Nakiasha, una elfa verde y hechicera de considerable habilidad que había asumido el papel de men-tora y confidente de Amlaruil.

Una vez acabado el trabajo del día, las dos elfas tenían por costumbre pasear por los serpenteantes senderos que recorrían los jardines de las Torres. Caminaban en silencio para gozar más de la belleza de esa hora del día. En el aire

ya fresco del atardecer resonaban el canto de los pájaros y de los grillos, así como los sonidos de otras criaturas del bosque.

Era el momento del día preferido de ambas, cuando los últimos y largos rayos del sol lo bañaban todo con un resplandor dorado. Pero a Nakiasha no se le escapó que su joven amiga tenía un aire distraído y parecía estar muy lejos de su pequeño y reservado mundo de magia y estudio.

—¿Dónde estás hoy, pequeña? —le preguntó.

Amlaruil bajó la mirada hacia el sendero de gravilla, aunque no porque deseara regalarse la vista con él. Era una maravilla; pequeños fragmentos de mármol en todos los tonos de las razas divinas de elfos: dorados, plateados, verdes para los elfos del bosque y azules para los marinos. Pero en esos momentos Amlaruil tan sólo pretendía sustraerse a la inquisitiva mirada de su maestra.

—Lo siento, Nakiasha —murmuró—. Por favor, perdona mi falta de atención.

—Las lecciones han terminado por hoy. Sólo me preguntaba si te pasa algo — repuso la hechicera. Mientras hablaba, alzó los ojos hacia el rostro de la joven, lo cual no fue nada fácil, pues Amlaruil era extremadamente alta. La sagaz Nakiasha se fijó en el rubor de la joven.

—¡Por Hanali! Estás enamorada, ¿verdad?

—¿Sería eso tan terrible? —preguntó a su vez Amlaruil, mirando de soslayo a su maestra.

—Quizá no. —Nakiasha se encogió de hombros—. Aunque estoy segura de que a algunos magos les inquietará que tus fantasías de amor puedan interferir en tus estudios. ¡Es un milagro que, pensando así, los dorados no se hayan extinguido ya! —añadió con aspereza—. ¿Quién es él? ¿Laeroth? Una buena elección. Tiene mucho talento.

La joven respondió encogiéndose de hombros. Laeroth era un compañero de estudios y un buen amigo. Amlaruil no pudo evitar imaginarse al joven mago al lado de Zaor Flor de Luna. Aunque Laeroth medía casi un metro ochenta, parecía un enano en comparación con el guerrero. Amlaruil sospechó que, a sus ojos, siempre sería así.

Pero sus juveniles anhelos poco tenían que ver con su estado de ánimo. Durante todo el día se había sentido inquieta. Su espíritu se compadecía por todo el mundo, como si fuera un halcón que volara contra vientos demasiado fuertes.

Con un suspiro, se detuvo a los pies del Tótem, un monumento que honraba la magia animista peculiar de los elfos verdes. Los ojos de Amlaruil recorrieron la maciza estatua, deteniéndose en cada uno de los impactantes animales retratados con crudeza. El Tótem protegía la tierra de las Torres de un modo que pocos elfos comprendían. Amlaruil solía sentirse cómoda y segura a su sombra, pero ahora, por razones que era incapaz de definir, se preguntó si el Tótem, o cualquier otra cosa, sería suficiente.

—Según los elfos dorados, es una muestra de arte primitivo —observó Nakiasha con un deje de sarcasmo—. ¡Pero nadie puede negar su poder! El Tótem ha protegido las Torres de encantamientos ofensivos durante muchos siglos.

Amlaruil asintió, pese a que en esos días de magia limitada, las batallas de hechizos entre torres únicamente sucedían en los relatos de los bardos. En el pasado, antes del Desgajamiento, quizás habían sido comunes, pero Siempre Uñidos nunca había sido el escenario de una batalla mágica.

—Es casi la hora de la cena —dijo Nakiasha, dándole palmaditas en un brazo—. Ve a reunirte con tu galán.

—¿Tú no vienes? —Amlaruil clavó la mirada en la elfa de más edad. Nakiasha raramente comía ni descansaba, por lo que los huesos se le marcaban como ramas de invierno. La doncella a menudo se preguntaba qué alimentaba la inagotable energía

de la hechicera. Un día se lo preguntó, pero Nakiasha se limitó a sonreír y contestar que, a su debido tiempo, ella misma averiguaría el secreto.

Como era de esperar, Nakiasha negó con la cabeza.

—Me espera trabajo. Ya conoces el Acumulador y también sabes que absorbe las energías mágicas de Siempre Unidos. Por alguna razón, su poder está aumentando rápidamente. ¡Tiene tanta energía que casi zumba! Aún no sabemos por qué y debemos averiguarlo.

—Yo he notado algo fuera de lo normal —admitió Amlaruil.

—¿De veras? —La hechicera observó atentamente a la joven—. Si notas algo más, ven a decírmelo enseguida.

Pero ahora ve a reponer fuerzas. Es posible que necesitemos tu juventud y fortaleza.

Nakiasha concluyó sus palabras con una sonrisa, pero a Amlaruil le sonaron más como una advertencia que como un halago.

La doncella descendió por el sendero que conducía a la Torre de la Luna. Mientras que la Torre del Sol estaba dedicada a la creación de magia y al lanzamiento de hechizos, la Torre de la Luna satisfacía necesidades más humildes y personales: albergaba las alcobas, pequeñas salas dedicadas al estudio o la contemplación así como la cocina y el comedor. Todas las comidas se hacían en la estrecha mesa en forma de espiral que ocupaba toda una sala de la planta baja.

Laeroth la esperaba a la puerta. Amlaruil notó, por enésima vez, que el joven tenía algo de sobrenatural. No era sólo su aspecto, aunque eso hacía mucho. Laeroth mostraba una impresionante semejanza con las antiguas estatuas de los elfos de Faerie: alto, muy esbelto, de rasgos angulosos e inquietante gracia en sus movimientos. Tenía los ojos negros almendrados y las cejas marrones semejantes a alas. Únicamente su mata de cabello rubio, por lo general revuelto, parecía igualarlo con el común de los mortales.

El joven mago corrió hacia Amlaruil y la cogió por ambos hombros.

—¿Dónde te has metido? ¡Llevo más de una hora esperándote!

La intensidad que reflejaban sus ardientes pupilas negras turbaron a la joven, especialmente tras su reciente conversación con Nakiasha.

—Si querías tenderme una emboscada, lo has hecho mal —replicó con una sonrisa, tratando de que la conversación tuviera un tono más ligero—. Lo normal es no mostrarse hasta el momento del ataque.

—La luna ya ha salido —comentó Laeroth, al tiempo que la soltaba y se pasaba una mano de largos dedos por sus rebeldes cabellos—. Pronto será demasiado oscuro para ver.

—¿Ver qué?

—Aquí las luces son demasiado brillantes y tapan las estrellas —le explicó,

cogiéndola del brazo y alejándola de las Torres—. Creo que debemos ir al bosquer

Amlaruil lo siguió sin protestar, contagiada por la urgencia del mago. Ambos se internaron en la floresta hasta llegar al valle en el que la elfa se reunió con los unicornios y tuvo una perturbadora visión de su improbable destino.

Laeroth se detuvo y señaló al cielo.

—Debería estar entre la cuarta y la quinta Lágrima de Selüne, un poco hacia el norte.

Amlaruil escrutó el cielo y no vio nada más que las luces que ya eran sus viejas amigas. Pero, al mirar con más atención, vio algo nuevo; débil y lejano, más bien como el fantasma de una estrella, una sombra carmesí agazapada entre las relucientes lágrimas.

—¡Por todos los dioses! —musitó—. ¡El Rey Asesino!

Laeroth asintió, con una sombría expresión en su estrecho rostro.

—De modo que tú también la ves. Ya me lo parecía, pero tenía que estar seguro. Normalmente su trayectoria pasa sobre Eaerun y después se dirige al este, a Kara-Tur. Nunca se ha visto sobre Siempre Unidos.

—¿Qué significa?

—Ojalá lo supiera. Es un misterio que pondrá a prueba a los magos.

—¿Pondrá a prueba? ¿Todavía no se lo has dicho a nadie? —Amlaruil lo miró con fijeza.

—La he descubierto esta misma tarde. De hecho, tú viste su luz antes que yo. —Laeroth vaciló—. Es difícil de explicar, pero creo que sentí la presencia de la estrella. Al menos, sentí algo. Me he pasado el día en la biblioteca, leyendo libros antiguos tratando de encontrar alguna pista. Es casi llegado el tiempo de que el Asesino de Reyes vuelva a aparecer, así que.... —La voz del joven se fue apagando, y se encogió de hombros.

—¡El Acumulador! —exclamó de pronto Amlaruil—. Tal vez la aparición del Asesino de Reyes pueda explicar el incremento de magia. ¡Tengo que decírselo enseguida a Nakiasha!

Los dos elfos corrieron a la Torre del Sol y contaron a la hechicera qué habían visto. Nakiasha los condujo a la Sala de los Mil Ojos.

Jannalor Nierde miraba por un largo tubo de observación. La lente apuntaba a la pared más alejada, pero Amlaruil no creyó que Jannalor estuviera estudiando el tapiz que la cubría. Se trataba de un instrumento mágico capaz de ver casi cualquier lugar de Faerun.

Jannalor se apartó del tubo y los escuchó con gravedad.

—Ojalá os equivoquéis —dijo finalmente—. De todos modos, vamos a echar un vistazo.

El Gran Mago lanzó un encantamiento y, acto seguido, arrastró el instrumento

hasta una alta ventana en forma de arco. Tras estudiar la imagen un largo momento, movió la lente a un lado y al otro, como si escudriñara lejanos cielos.

De pronto se detuvo, se envaró y lanzó por lo bajo una fogosa maldición. Entonces se irguió e indicó con un gesto a Amlaruil que mirara.

La joven lo hizo y se encontró con la brillante luz plateada de Selüne. Entonces, una sombra semejante a un enorme murciélago se interpuso entre ella y la luna. Aparecieron más sombras, tantas que taparon la luz por completo.

Amlaruil se dio cuenta de que estaba contemplando el fenómeno más letal y temido de Aber-toril, y sintió que el horror le atenazaba la garganta con mano de hierro.

—Un vuelo de dragones —murmuró con voz ronca.

Así que eso era lo que había notado. Los dragones eran criaturas mágicas con una poderosa aura, y algunos magos podían percibir su presencia en las cercanías. Y, al parecer, también el Acumulador la percibía, pues no había duda de que el artefacto absorbía parte del poder de los dragones.

—¿Dónde están? —preguntó Amlaruil, apartándose del tubo para que Laeroth pudiera mirar.

—Sobre el mar, todavía muy lejos, gracias a los dioses —contestó Jannalor en tono preocupado—. Pero vuelan directamente hacia Siempre Unidos. ¡Tenemos que dar la alarma en todos los rincones de la isla!

—Pero Siempre Unidos está protegida por escudos mágicos fabricados por el mismo Corellon —protestó Laeroth.

—¡Piensa un poco, chico! —gruñó el mago—. ¿Qué criatura es más mágica que un dragón? Cualquier escudo diseñado para detener la magia de un centenar de dragones también interrumpiría el flujo del Tejido. Con una protección así, no podríamos hacer magia; de hecho, bajo ese escudo los elfos pereceríamos, tan seguro como las luciérnagas que algunos pihuelos atrapan y dejan demasiado tiempo dentro de un vaso. Oye bien lo que te digo: el ataque es inevitable.

—Vamos, pequeña—dijo Nakiasha a Amlaruil, cogiéndola del brazo—. Dejemos que el elfo dorado envíe mensajes, es lo suyo. Nosotras tenemos que formar un Círculo y proporcionar a los guerreros toda la ayuda que podamos.

La puerta del despacho de Horith Evanara se abrió de golpe y golpeó con fuerza contra la piedra viva de las paredes.

Al capitán Horith no lo sorprendió demasiado que Zaor Flor de Luna entrara como una tromba. El alto elfo de la luna de pelo azul había escalado rápidamente puestos en la guardia de Leuthilspar y solicitado que lo trasladaran a la fortaleza de Ruith. Zaor había logrado convertir su unidad tal vez en la mejor de las que se entrenaban y se alojaban en el alcázar de la Lanza de la Luz. Zaor caía bien a los

guerreros, aunque no siempre mostraba el debido respeto al rango ni a la sabiduría de los comandantes del alcázar.

—Me he enterado de que se aproxima un vuelo de dragones. ¿Por qué no ha convocado a los jinetes de dragón? —inquirió el joven guerrero.

El capitán miró fríamente a su más prometedor oficial, y también el más problemático.

—¿Te refieres al escuadrón que está al mando de esas viejas brujas Durothil? No, gracias. Esa batalla, si es que realmente llega a producirse, es mía.

—¡No puede hablar en serio! Nunca ha visto la devastación que puede causar una horda de dragones. Yo sí. ¡Tenemos que olvidarnos de las rivalidades entre clanes y del orgullo personal!

—Cuidado con lo que dices —replicó fríamente el elfo dorado—. Te aseguro que la situación está bajo control. No es necesario informar a los jinetes Durothil.

—¿No los ha avisado? —inquirió Zaor, incrédulo.

El capitán Horith, ahora enfadado, se levantó, aunque lamentó al instante haberlo hecho. Era difícil imponer su autoridad a un elfo al que apenas llegaba al pecho. Además, sospechaba que Zaor Flor de Luna seguiría siendo un guerrero formidable aunque midiera la mitad.

—La situación está bajo control —repitió el elfo dorado con voz tensa—. No necesito a los jinetes de dragón y tampoco a usted, capitán Zaor, en mi despacho. ¡Puede retirarse!

—Los guerreros a pie no tienen ninguna oportunidad contra un solo dragón y mucho menos contra un centenar —insistió el elfo de la luna, sin dar su brazo a torcer—. Lo sabe tan bien como yo. ¿Qué piensa hacer entonces?

Ante la vacilación de Horith, Zaor se indignó y golpeó el escritorio con el puño.

—¡Esto es tanto cosa suya como mía! ¡Tengo un centenar de elfos a mi mando, y que me aspen si voy a dejar que marchen a una muerte segura! ¡Si tiene un plan, dígallo!

—La flota Ala de Estrella —contestó Horith de mala gana—. Naves estelares, buques de guerra que surcan los aires con la misma destreza que los barcos normales surcan las aguas. Se guardan en secreto en las grutas marinas de Sumbrar. Excepto los miembros del Consejo y de las tripulaciones, pocos elfos conocen su existencia.

—¿Cuántos hay? —preguntó Zaor, que retrocedió un paso, tratando de asimilar tal maravilla.

—Diez. Todos con una excelente tripulación y bien armados —respondió el elfo dorado con orgullo—. No existen mejores barcos de guerra ni en este mundo ni en otros. Si es necesario, yo personalmente dirigiré la batalla desde el buque insignia.

—¿Qué posibilidad tienen diez barcos contra cien dragones? —inquirió Zaor, sacudiendo la cabeza—. No, debemos avisar enseguida a lady Mylaerla. —El elfo

plateado dio media vuelta y abandonó el despacho.

—Si lo haces, serás degradado —amenazó el capitán entre dientes.

—Y si no lo hago —replicó Zaor con sombría certeza y voz que resonó por los corredores—, todos moriremos.

El elfo de la luna dejó al capitán farfullando de indignación y recorrió rápidamente los corredores del alcázar en dirección a los establos. En el prado adyacente le aguardaba su caballo. No era un semental normal, sino un caballo de luna, una criatura mágica capaz de cabalgar a gran velocidad. Lo necesitaría, porque las Colinas de las Águilas se encontraban a casi ochenta kilómetros al oeste, y ya había perdido demasiado tiempo por culpa del orgullo de Horith Evanara.

Zaor se subió de un brinco al lomo del semental y lo azuzó con un pensamiento. Mientras cabalgaba por las calles en dirección a las puertas occidentales, el elfo se fijó en una torre circular de mármol blanco, uno de los edificios más sobresalientes de Ruith. Era el Nido de los Pegasos. Los caballos alados y sus jinetes seguían sobrevolando la ciudad, aterrizando en el tejado plano de la torre y practicando sin descanso las complejas maniobras que los convertían en una legendaria fuerza de defensa.

Por un momento, Zaor se sintió tentado de detenerse y tratar de persuadir al comandante de los pegasos, un elfo dorado, que se uniera a su motín. Sin embargo, sabía que no tendría éxito y, además, dudaba que una veintena o más de caballos alados pudieran hacer mucho contra una horda de dragones.

Así pues, el elfo de la luna abandonó Ruith por una de las puertas, que se desplazaban al azar, de las murallas transparentes. Zaor notó el alivio de su montura cuando dejaron atrás la ciudad. El caballo de luna salió disparado hacia las colinas y subió la primera pendiente escarpada tan fácilmente como una cabra montesa.

Al llegar a la entrada de una cueva, Zaor le ordenó detenerse. Entonces desmontó e instó a su caballo a que se refugiara en los prados situados al oeste de las montañas. Si todo salía como esperaba, no lo necesitaría en la batalla que se avecinaba.

Cuando el mágico animal estuvo a salvo y fuera de la vista, el elfo de la luna cogió un cuerno curvo de bronce que colgaba de un gancho en la entrada de la cueva. Entonces se lo llevó a los labios y sopló tres veces.

Antes de que el eco de la llamada se apagara, Zaor se encontró mirando fijamente dos pares de ojos dorados. Uno correspondía a Ahskahala Durothil y el otro a Haklashara, el venerable wyrm dorado que era su compañero. En esos momentos, Zaor no hubiera sabido decir cuál de los dos resultaba más temible.

La elfa tenía ojos casi como de reptil, que eran la única nota de color en ella. Blanca de cabello y tez, ataviada con una pálida cota de malla y una túnica gris plateada, Ahskahala se parecía a la lanza que portaba: alta, delgada y letal. La mirada ámbar del dragón era más cálida y menos amenazante que la que le obsequiaba la

elfa.

La elfa escuchó el aviso de Zaor sin decir palabra.

—Puedo reunir treinta jinetes de dragón —dijo al fin—. Pero no serán suficientes. La mayoría de los dragones son jóvenes. Y, aunque no lo fueran, estamos en clara desventaja numérica.

—Quizá los barcos Ala de Estrella harán que la balanza se incline a nuestro favor —comentó Zaor. Pero él mismo se dio cuenta de lo falsas que sonaban sus palabras.

Haklashara carraspeó. Fue un horrible sonido que recordó a Zaor el chirrido que precede a un alud de rocas.

—¿Y qué hay de las águilas gigantes que anidan en los riscos? —sugirió—. Te he repetido muchas veces, elfa, que podríamos convencerlas para que se dejaran entrenar por los elfos. ¡No veo por qué la carga de defender Siempre Unidos debe recaer únicamente en los dragones!

—¡No es el momento de volver otra vez sobre eso! —Ahskahala fulminó con la mirada a su montura—. Suponiendo que tuvieras razón, y sólo es una suposición, ya no tenemos tiempo. Tendríamos que entrenarlas desde el momento que salen del huevo. Un águila no entrenada no podría trabajar con un jinete elfo.

—O viceversa —apostilló el dragón con aire de superioridad.

Pese a que elfa y dragón habían hablado en tono de broma, las palabras de Haklashara dieron a Zaor una idea desesperada. Sabía que todas las criaturas que poblaban Siempre Unidos se sentían íntimamente unidas a la isla. Un águila común que defiende su nido es un adversario temible. Unas cincuenta águilas gigantes vivían en las colinas a las que daban nombre. Si pudiera convencerlas para que se unieran a la batalla, quizá tendrían una oportunidad.

—¿Quién es el cabecilla de las águilas? —preguntó a Haklashara.

—Hmmm. —El dragón levantó una pata y se dio golpecitos en su escamoso mentón con una garra, mientras pensaba—. Creo que es Flecha Dorada.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo? ¿Puedes llevarme hasta él?

—Hasta ella —lo corrigió el dragón—. Flecha Dorada es una hembra y tiene tan mal genio como la otra que tenemos aquí. En cuanto a tus preguntas, sí y sí. Sé dónde tiene el nido y voy a llevarte allí. —El leviatán se deslizó fuera de la cueva, con movimientos sinuosos como los de una serpiente, y se agachó para permitir que Zaor lo montara.

—¿Vas a dejar que te monte otro elfo? —preguntó una perpleja Ahskahala.

Él dragón dirigió a su compañera elfa una mirada de puro placer y regodeo, y repuso irónico:

—Sólo un elfo que tiene el suficiente sentido común para reconocer la sabiduría cuando la oye. —Una críptica expresión cruzó por su escamoso rostro, y añadió en tono más serio—: Y sólo un elfo que lleve tal espada.

Antes de que Ahskahala pudiera protestar de nuevo, el dragón dobló las alas y se elevó.

La súbita ráfaga de viento y la velocidad estuvieron a punto de hacer caer a Zaor. Él elfo se agarró con ambas manos a la perilla de la silla, pues en ello le iba la vida, y maldijo como un soldado. La grave y chirriante risa del dragón resonó por encima del aullido del viento.

—Acostúmbrate, rey elfo —le aconsejó Haklashara—. ¡Por mucho que me duela reconocerlo, en vertical, Flecha Dorada vuela más deprisa que yo!

Haklashara fue ascendiendo hasta que por debajo sólo tuvieron un banco de nubes. De pronto, curvó las alas en un arco ceñido y bajó describiendo círculos.

Cuando emergieron de las nubes, a Zaor casi se le salieron los ojos de las órbitas por el pánico. El dragón iba lanzado a una velocidad increíble contra la pared de roca de una montaña.

La profunda y atronadora risa del wyrm rebotó en la montaña y resonó una y otra vez en las colinas. Cuando Zaor ya estaba convencido de que iba a ver ante él los árboles de Arvador, Haklashara viró bruscamente a un lado para planear y posarse, con increíble ligereza, sobre un saliente rocoso de tamaño considerable.

El viento aún rugía en sus oídos cuando bajó de un salto de la silla de montar. No obstante, casi se queda sordo por un agudo chillido, tan intenso que desprendió unas rocas, las cuales rodaron por la escarpada ladera de la montaña. Flecha Dorada se lanzó contra los invasores agitando furiosamente las alas.

Zaor desenvainó su hoja de luna con un sonido sibilante. Entonces la enarboló en posición defensiva y se puso en guardia.

Un aura de poder, semejante a una brillante neblina azul, rodeaba al elfo. La magia de las runas grabadas a lo largo de la espada relucía, como si hubieran atrapado rayos en su interior. Pero Zaor no atacó al espléndido animal.

El águila gigante, recubierta de plumas doradas, era más alta que un caballo de batalla y presentaba una estampa magnífica en su furia. Zaor confió en que, al igual que Haklashara, Flecha Dorada reconociera la trascendencia de la espada mágica y el destino del elfo que la empuñaba.

Flecha Dorada se detuvo ante la reluciente aura, batiendo salvajemente las alas y mirando con furia al dragón con sus ojos dorados. El viento que levantaba amenazaba con arrojar a Zaor al vacío, pese al mágico escudo protector de la espada.

—¿Por qué has venido a mi nido, dragón? —preguntó el águila con voz aguda y sonora—. Traes mucha magia azul, elfo, en esa espada. ¿Por qué vienes? ¡Si quieres robarme los huevos, llegas tarde! Los huevos se rompen, las crías ahora son aguiluchos. ¡Ya no están aquí, vuelan lejos y son fuertes!

—¿Me tomas por un estornino o una ardilla? ¡Yo no robo nidos, y tú lo sabes! —resopló el dragón.

—No culpes a Haklashara por esta intrusión, reina Flecha Dorada —intervino Zaor, avanzando un solo paso—. Siempre Unidos te necesita a ti y a tus fuertes hijos.

—¿Quién eres? —preguntó el águila, ladeando la cabeza.

—Para ser alguien con una buena vista legendaria, eres sorprendentemente lenta para ver lo que tienes ante las narices —le espetó el dragón secamente—. ¿No reconoces el poder de la espada? ¡Late como si fuera el corazón de Siempre Unidos! «Mucha magia azul», puedes apostar por ello. ¡Éste es el rey de los elfos, cabeza de chorlito! Al fin ha venido.

Zaor no se hubiera atrevido a hacer tal anuncio y tampoco deseaba confirmarlo. Para su alivio, comprobó que Flecha Dorada aceptaba la afirmación del dragón sin protestas.

—¿Por qué vienes a mi nido, rey de los elfos?

—He venido a avisarte de un gran peligro para tu gente y la mía. Como no eres un ave nocturna, es posible que aún no te hayas enterado. En el cielo oriental ha aparecido una brillante estrella roja. Cuando eso sucede, los dragones malvados se reúnen para volar juntos y sembrar la desolación. Esta vez se dirigen a Siempre Unidos. Tenemos que detenerlos antes de que lleguen a la isla.

—¿Qué quieres que haga Flecha Dorada, rey de los elfos? —preguntó el águila tras una breve reflexión.

—Tú eres la reina de las águilas gigantes. Quiero que las conduzcas a la batalla. El riesgo será grande —añadió gravemente—, y muchas no regresarán. Lo mismo sucederá con todos aquellos que luchen, sean águilas, dragones o elfos. Pero, si no queremos morir todos, no tenemos otra opción.

—Hmmm. Las águilas nunca luchan con los dragones —caviló Flecha Dorada, pero su voz no reflejaba ningún miedo.

—Yo lo he hecho —afirmó Zaor—, y sé, estoy convencido de ello, que estaréis a la altura de las circunstancias. Creo que juntos podemos contenerlos.

—¿Convencido, rey elfo?

Flecha Dorada clavó en Zaor una mirada inescrutable. Entonces se abalanzó sobre él, y su aguileno pico buscó la garganta del elfo.

Zaor se dejó guiar por el instinto y no retrocedió ni trató de parar el golpe. El enorme pico se cerró con un chasquido a tan sólo un dedo de distancia de su cara. Águila y elfo se sostuvieron la mirada.

—Eres valiente, rey de los elfos —lo elogió el águila, al tiempo que se apartaba—. Confías en Flecha Dorada, Flecha Dorada confía en ti. Hoy las águilas lucharán con los elfos y los dragones.

—Ahora que ya os habéis puesto de acuerdo, yo debo irme —intervino el dragón—. Ahskahala no es un dechado de paciencia y, con una batalla en puertas, aún menos. Majestades. —Sin ni pizca de ironía, Haklashara inclinó su astada cabeza ante el

águila y el elfo, tras lo cual saltó al vacío.

—Supongo que no piensas ir andando, ¿verdad? —comentó Flecha Dorada, desplegando sus alas.

Eso solucionó el siguiente problema de Zaor: cómo persuadir al águila gigante para que le permitiera montarse en ella. El elfo trepó a sus anchos hombros y se sentó justo detrás de su enorme testa. El ave lanzó un estridente chillido y alzó el vuelo.

En la Torre del Sol, Amlaruil se unió a los otros archi-magos en un hechizo de busca. Los miembros del Círculo aunaron fuerzas para ver a kilómetros de distancia, a mar abierto, y localizar a los dragones que volaban directamente hacia Siempre Unidos.

Eran unos setenta. Muchos de ellos mostraban los efectos de un largo vuelo: escamas sin brillo o a punto de desprenderse; alas maltratadas por las tormentas y los vientos marinos; y tal delgadez que el correoso pellejo del cuello les colgaba en lacios pliegues. Los leviatanes no habían podido resistirse a la llamada del vuelo de los dragones y recorrían largas distancias sin descansar ni comer.

Pero el cansancio de los dragones no animó demasiado a los elfos. Ahora los reptiles estaban desesperados y necesitaban imperativamente llegar a Siempre Unidos. Para conseguirlo lucharían con todas las fuerzas que les quedaran contra los defensores de la isla.

Los elfos trataban aún de asimilar la terrible imagen mental del vuelo de los dragones, cuando una nueva maravilla apareció en su amplio campo de visión mágica. Amlaruil contuvo la respiración, sobrecogida, al contemplar por vez primera a la flota Ala de Estrella.

La formaban diez buques de guerra, que volaban hacia los dragones invasores como una bandada de gigantescas mariposas. Sus esbeltos cascos de cristal hendían el aire tan rápidamente como las elegantes figuras de los dragones y sus relucientes velas dobles multicolores aprovechaban hasta el último soplo de viento.

Mientras Amlaruil miraba, el barco color rojo sangre que iba en cabeza disparó la balista. Un enorme proyectil con punta de hierro voló raudo como un rayo hacia el dragón negro más próximo.

Para asombro de la elfa, el oscuro wyrm agarró hábilmente la flecha en el aire con una de sus zarpas delanteras e, inmediatamente, la enderezó contra su cuerpo, para que todo el impacto del proyectil no repercutiera sólo en la pata. Acto seguido, giró el proyectil de la balista, tan hábilmente como un guerrero elfo haría con una vara. El dragón sacó su enorme lengua y lamió la pérfida punta.

El aire se llenó de un corrosivo siseo y la fetidez del metal ardiendo cuando el ácido del dragón negro empezó a comerse la punta de hierro. Entonces, sosteniéndola como si fuera una jabalina, el monstruo retrasó la zarpa que la sostenía y la lanzó

hacia el buque insignia.

La nave elfa viró bruscamente hacia un lado, pero no pudo impedir que la flecha envenenada atravesara la amura de estribor y abriera un boquete. El agujero empezó a hacerse más grande a medida que el ácido se extendía, comiéndose la vela carmesí. Los trozos caían sobre la cubierta como gotas de sangre. Los gritos de los elfos heridos resonaban de un modo horrible. La nave empezó a tambalearse y a caer hacia el mar.

Rápidamente, los otros barcos se abrieron en abanico para formar una línea defensiva entre la isla y los dragones. Las catapultas descargaron un auténtico aluvión de proyectiles contra los leviatanes.

El letal fuego dio resultado. Cuatro dragones se precipitaron en espiral a las aguas, con las alas destrozadas. Pero los demás, incluso los heridos, continuaban avanzando. Su líder era un enorme rojo macho. La coraza natural que rodeaba su poderoso pecho se hinchó cuando el monstruo se dispuso a lanzar su fuego mortal.

«¡Alzad escudos, ahora!»

La imperativa y desesperada voz de Jannalor Nierde sonó en las mentes de todos los elfos que componían el Círculo. Todos a una, los archimagos entonaron las palabras del hechizo protector.

De las fauces del dragón brotó una llamarada que parecía no acabarse nunca. El inmenso escudo curvo de magia que protegía a los barcos repelió el calor y salvó a las naves de la destrucción, aunque en pocos segundos la otrora barrera invisible se puso al rojo y la superficie borboteaba como cristal que se fundiera.

La mayoría de los dragones se agacharon para esquivar las lenguas de fuego reflejadas. Entonces, se deslizaron bajo los barcos, dejando que el calor abrasador y las llamas se elevaran en el aire sin causarles ningún daño. Sólo uno o dos fueron atrapados por la corriente ascendente y lanzados hacia arriba.

«No ha estado del todo mal», pensó Amlaruil aliviada. La peor arma de los dragones no había destruido los barcos, y ahora volaban por encima de la mayoría de wyrms, en una posición más fácilmente defendible.

De inmediato los buques de guerra empezaron a maniobrar para cambiar de formación. Las naves situadas en los extremos viraron al oeste, seguidas por las demás, hasta que las nueve formaron un círculo. Pero los dragones nada sabían de formaciones y lanzaron contra los barcos un repentino, terrible y despiadado ataque en masa desde todos los lados.

Esto dio al traste con cualquier esperanza de una defensa organizada. Los magos que iban a bordo de los barcos contraatacaron. Enormes bolas de fuego volaban hacia los dragones rojos y eran respondidas por ráfagas de luz multicolor y tremendos estallidos de sonido. Arcos heredados de antiguos héroes disparaban flechas encantadas, dirigidas a los puntos vulnerables de los wyrms, que eran los ojos y las

fauces, cuando estaban totalmente abiertas.

Bajo la guía de Jannalor, el Círculo hacía lo que podía, aportando su energía combinada para fortalecer un ataque elfo tras otro. Pero había demasiados dragones. Éstos atacaban las naves elfas con su magia, se lanzaban en picado y atrapaban guerreros elfos con las garras, desgarraban las velas con sus temibles colmillos y rompían los cascos de cristal con sus enormes cuerpos. Los wyrms luchaban frenéticamente, aguijoneados por un hambre desesperada y el misterioso impulso irresistible del vuelo de los dragones.

La actitud defensiva de los barcos voladores tampoco ayudaba a los magos, pues no había ataque que pudieran apoyar. Uno tras otro, los buques sucumbieron ante el fuego de los dragones y las terribles nubes de ácido que los fundían, o quedaron tan maltrechos y perdieron tantos tripulantes que se vieron obligados a descender al mar.

Una súbita oleada de magia, como el sol que atraviesa de pronto las nubes, inundó las mentes de los magos unidos en el Círculo. Uno a uno, remontaron el aire mentalmente en busca de la fuente.

Treinta dragones dorados y plateados, todos montados por un guerrero elfo, volaban hacia la batalla en precisa formación.

Los labios de Amlaruil se curvaron en una sonrisa triunfante. Había reconocido a la temible lady Mylaerla Durothil. A lomos de un venerable dragón plateado, la matrona tenía el aspecto de una guerrera nata. La sombría elfa plateada que cabalgaba a su derecha sólo podía ser la legendaria Ahskahala. ¡Con heroínas como ésas defendiendo Siempre Unidos no podían perder!

Pero mientras miraba y aportaba su magia al Círculo, para que Jannalor tejiera una poderosa red que ayudara a los jinetes como un viento favorable, Amlaruil se dio cuenta de que la batalla no iba a ganarse fácilmente.

Los dragones dorados y plateados atacaron a los invasores desde arriba, con audaces picados y descargas de energía mágica. Pero los malvados wyrms contraatacaron con sus propias armas letales. Entre la terrible confusión de sangre, acero, fuego, humo y magia, las gigantescas criaturas se enzarzaban en combates cuerpo a cuerpo. Aquí y allá dragones entrelazados caían en picado desde un cielo en llamas y eran tragados por el mar.

Una voz estridente y lejana, que pronunciaba gritos de guerra elfos, se impuso a los rugidos de los dragones en combate y el clamor de los guerreros elfos. Águilas gigantes, casi tan grandes como algunos de los dragones, se unieron a la batalla. Los lideraba una espléndida hembra dorada que montaba Zaor Flor de Luna. Su rebelde cabello azul ondeaba tras de él como una nube de tormenta, y la hoja de luna que blandía brillaba con fuego arcano.

Por puro acto reflejo, Amlaruil lo buscó con el pensamiento. Zaor se disponía a enfrentarse con su espada a un dragón que amenazaba con devorarlo, y la elfa le

transmitió fuerza con su magia. La espada lo obligó a que ladease la cabeza y, entonces, el pico curvo del águila de Zaor se hundió en el vulnerable cuello del wyrm.

La joven maga percibió muy cerca una acumulación de magia y su atención voló hacia un dragón negro de pequeño tamaño que inspiraba para lanzar su aliento contra el mortífero jinete del águila. Amlaruil detectó el escudo protector de la hoja de luna y le envió magia para activarlo. El negro leviatán escupió un fétido flujo de ácido, que se estrelló contra el escudo de la hoja de luna y se disolvió, sin más, en una nube hedionda, como se evaporara el agua que se arroja a una forja.

Amlaruil se sumergió en la magia de la espada de Zaor, descubriendo sus secretos y prestándole su magia y su fuerza. Inconscientemente, la elfa abandonó su lugar en el Círculo y se unió a unos lazos cada vez más profundos y mágicos. No obstante, en un lejano rincón de su mente aún podía oír la voz de Jannalor, aún sentía los pensamientos de asombro de los magos, que dedicaban sus esfuerzos a reforzar el nuevo y poderoso Centro, que inesperadamente había tomado las riendas de la batalla.

Zaor parecía estar en todas partes, esgrimiendo como un rayo la espada contra los invasores. Él y su magnífica águila trabajaron juntos como si fueran uno. Amlaruil percibía débilmente la voz del elfo, que animaba y daba instrucciones a la bien llamada Flecha Dorada. Pero, sobre todo, sentía que la singular magia de Siempre Unidos latía en la hoja de luna de Zaor y unía a todos sus defensores. Era una magia que la elfa conocía muy bien, pues fluía por sus venas y por todo su cuerpo.

Amlaruil no era la única en percibir el poder de Zaor y de su espada. A medida que la magia de la espada de rey sutilmente llegaba a todos los hijos de Siempre Unidos y los inspiraba, las otras águilas, incluso los jinetes de dragón, se congregaron alrededor del guerrero elfo de la luna.

Las águilas atacaban sin tregua, hundiendo sus ganchudos picos en los invasores y desgarrando sus correosas alas con garras tan largas y afiladas como una espada. Las aves se lanzaban en picado en grupos de dos y de tres contra los leviatanes, que a su vez atacaban a los barcos elfos.

No todas las águilas sobrevivieron. Las llamaradas expelidas por un dragón sorprendieron a una de ellas en pleno picado, y el aire se llenó de plumas doradas y del hedor de carne carbonizada. Otra cayó al mar, con un ala rota que le colgaba inerte sobre el largo tajo que tenía en el costado, tan profundo que dejaba al descubierto el hueso.

Pero, finalmente, la batalla acabó. Un único barco elfo, una docena de dragones con sus respectivos jinetes y menos de una veintena de águilas gigantes volaron a ritmo cansino hacia la isla. Dejaban atrás un cielo aún negro por el humo y un mar que aún echaba vapor y hervía por el fuego que había acabado con los barcos y los

gigantescos guerreros.

Lenta y suavemente, Jannalor recuperó de manos de la joven maga el control del Círculo.

«Aún nos queda otra tarea que pondrá a prueba las pocas fuerzas que nos quedan. Todos estáis ligados a la magia de los dragones bondadosos y sabéis que los pocos supervivientes se encuentran gravemente heridos. Debemos sumirlos en un sueño profundo y reparador, o todos morirán», dijo telepáticamente el Gran Mago en tono lúgubre.

«Yo me llevaré la mitad del Círculo, por ejemplo, todos los hombres, a la torre de Sumbrar. Sin duda, algunos de los dragones heridos de más gravedad se detendrán allí, pues es la tierra más cercana. En Sumbrar hay cuevas en las que podrán dormir. Nakiasha, ve con las demás a las Colinas de las Águilas y haz lo mismo.»

Los elfos rompieron la comunidad con el Círculo y reordenaron los lazos mágicos en dos grupos. Junto con las otras elfas, Amlaruil se concentró en tejer el encantamiento que crearía un plateado sendero mágico que las conduciría a todas a las Colinas de las Águilas.

Fue su primer viaje mágico. Una luz blanca la envolvió en un súbito y vertiginoso remolino. Amlaruil fue arrastrada hacia el vórtice y se aferró a los hilos mágicos que la unían con el Círculo y a ese vínculo más profundo y personal que la guiaría allí adonde quería ir.

Cuando la magia se disipó, la elfa sintió una ráfaga de frío viento en la cara. Abrió los ojos cautelosamente y comprobó que se encontraban más menos a medio camino de la cima, en la vertiente occidental de una montaña. Sobre sus cabezas giraban y planeaban cinco dragones plateados y un gran dorado. Los seguían las águilas como brillantes sombras.

Era evidente que el dorado estaba en apuros. Tenía un ala destrozada y la carne le asomaba por una herida en el flanco, donde las escamas fundidas goteaban como líquido dorado. Ahskahala no había corrido mejor suerte. Tenía el rostro cubierto de hollín y sangre seca y el pelo y la túnica en gran parte carbonizados. Zaor y el águila permanecían al lado del dragón herido. Los sentidos de Amlaruil seguían conectados con los del guerrero, por lo que oía la voz de Zaor y percibía la magia de su espada. Guerrero y hoja de luna unían sus esfuerzos para animar al wyrm a continuar.

El dragón, al que Zaor llamaba Haklashara, aterrizó pesadamente, demasiado bruscamente, y se deslizó de forma lastimosa por la ladera sembrada de rocas. La cabeza del leviatán, en la que faltaba uno de sus altivos cuernos curvos, se volvió para mirar a su compañera elfa, y una extraña sonrisa se dibujó en sus fauces de reptil al comprobar que Ahskahala seguía sentada en la silla.

Amlaruil corrió hacia ellos para evitar que la elfa herida se golpeará contra el suelo al caer.

—Habla con el dragón. Haz que entre en la cueva —le urgió, al tiempo que bajaba a Ahskahala—. Lo sumiremos en un sueño mágico y profundo para que se cure y viva. Así podrá servir de nuevo a Siempre Unidos.

—Yo iré con él —murmuró Ahskahala con voz ronca. La guerrera clavó sus ojos enrojecidos en Amlaruil.

—Pero...

—Yo iré con él —repitió Ahskahala con una voz más fuerte, concluyente y definitiva—. Haklashara y yo nos curaremos juntos, y nos despertaremos juntos. ¡Tienes que hacerlo, maga!

Una mano se posó suavemente en el hombro de Amlaruil y, sin necesidad de mirar, supo que era Zaor.

—De otro modo, se negará a vivir —dijo el guerrero dulcemente.

La joven maga asintió. Zaor cogió a la jinete de dragón en brazos, y los tres penetraron en la cueva, seguidos por el dragón gravemente herido.

Se internaron profundamente en la montaña, hasta que Ahskahala les dijo que se detuvieran. La elfa apretó con fuerza los dientes cuando Zaor la dejó cuidadosamente en el suelo y después miró satisfecha la sala de piedra y al dragón, que se hizo un ovillo a su lado, como un gigantesco gato dispuesto a echarse una siesta.

—Aquí está bien. Nos quedaremos hasta que el peligro que amenace Siempre Unidos sea tan grave como el de hoy. Si llega ese día, llamadnos.

La guerrera se quitó un anillo y se lo entregó a Zaor, diciéndole:

—Pronunciad mi nombre, mi señor, y los jinetes de dragón responderán a vuestra llamada. Si los dioses son propicios y ese día tarda en llegar, entregad este anillo a vuestro sucesor.

—Lo sabes —dijo Zaor asombrado.

—Si alguien tan obtuso como Haklashara puede ver lo que sois, ¿creéis que yo no? —replicó la elfa, con una ligera sonrisa en su faz ennegrecida.

—Lo he oído —gruñó el dragón.

Ahskahala se rió débilmente, se recostó contra el escamoso costado de su compañero y dijo a Amlaruil:

—Ya puedes empezar. Estamos muy cansados.

Por un momento, Amlaruil se sintió invadida por el pánico. El hechizo que le pedían era Alta Magia y tan poderoso que no podía lanzarse con seguridad sin la fuerza y el apoyo de un Círculo. Y eso sólo para dormir al dragón; sumir a un elfo en estado de sueño eterno aún era más complicado.

Sin embargo, qué otra opción tenía. Los valientes dragón y elfa morirían antes de que Amlaruil tuviera tiempo de reunir a sus compañeras magas, sin contar con que ellas también debían de estar ocupadas atendiendo a otros dragones.

La hechicera respiró hondo para tranquilizarse y entonces se sumergió por entero

en la magia. Su cuerpo se balanceaba y sus manos se movían en gráciles ademanes mientras entonaba las palabras del hechizo y tejía los hilos de magia para darles la forma que necesitaba. Mientras trabajaba, sentía cómo la telaraña plateada iba tomando forma y, por último, cubría a dragón y elfa como una cómoda manta.

Tan ensimismada estaba en el poder de la magia que no notaba el transcurso del tiempo. Tampoco sentía el hambre y el cansancio que solían sobrevenir a los magos tras trabajar en un Círculo. Al contrario, el flujo de magia le daba nuevo ímpetu.

Casi con pesar interrumpió el encantamiento y dejó a Ahskahala y su amigo dragón sumidos en un profundo sueño. Sin hablar, Zaor y ella abandonaron la cueva.

Al salir al exterior, la ladera se veía desierta, y los colores del atardecer teñían las lejanas colinas.

—Las otras deben de haber regresado a las Torres —murmuró Amlaruil—. Trabajando juntas, habrán completado antes la tarea que yo sola.

Tras un momento de silencio, Zaor le cogió una mano y le dijo:

—Te sentí junto a mí en la batalla. Percibí tu magia, tu fuerza.

La elfa asintió. El vínculo que se había formado entre ellos aún recorría su cuerpo y llenaba su espíritu. Una tímida sonrisa curvó sus labios al encontrar la mirada del guerrero, que la buscaba, y comprobó que a él le ocurría lo mismo.

Esa noche Amlaruil no regresó a las Torres, y tampoco Zaor se dirigió al sur, a la fortaleza de Ruith. En una sala de piedra situada en el corazón de Siempre Unidos, bañados por la tenue luz de la espada de rey, se confesaron mutuamente lo que ambos sabían desde el momento en que se conocieron. Esa noche se comprometieron con palabras y actos de amor. Zaor y Amlaruil se pertenecían el uno al otro y, juntos, a Siempre Unidos.

Al romper el alba, los enamorados se despidieron sin pesar, convencidos de que su destino común los volvería a lanzar el uno en brazos del otro.

Desde la entrada de la cueva, Amlaruil contempló largo rato cómo el guerrero descendía por la montaña para reunirse con un puñado de jinetes de dragón supervivientes, agrupados en el valle.

Zaor le había contado cómo abandonó el alcázar de la Lanza de la Luz, pero Amlaruil dudaba de que alguien lo censurase. Para empezar, el capitán Horith Evanara había muerto cuando su barco fue aplastado bajo el peso de un dragón que caía. Y, aun en el caso de que hubiera sobrevivido, no podría haber negado que Zaor Flor de Luna había sido uno de los verdaderos héroes de la batalla. Sin los jinetes de dragón, sin las águilas gigantes, el vuelo de los malvados dragones hubiera superado los escudos de Siempre Unidos y hubiese devastado la isla.

Además, Amlaruil confiaba en el destino que le había susurrado la hoja de luna que portaba Zaor. Su destino era ser el rey de Siempre Unidos, con ella como reina.

Con la mente llena de brillantes sueños, Amlaruil invocó el sendero plateado que

la conduciría de vuelta a las Torres. Pero cuando el remolino y el torbellino de magia se disipó, lo primero que oyó fueron angustiados lamentos elfos.

Los elfos de las Torres daban rienda suelta a su dolor con agudos lamentos sin palabras. Amlaruil se remangó la falda y corrió hacia la Torre del Sol. Allí irrumpió en la sala de la planta baja, en la que había un único elfo, envuelto en la túnica y la capucha del Gran Mago de las Torres.

—¡Jannalor! ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Chsss. —Para sorpresa de Amlaruil, la voz no pertenecía a Jannalor sino a Nakiasha. La elfa silvana se volvió hacia la joven y se quitó la capucha que ocultaba un rostro bañado en lágrimas—. No pronuncies su nombre mientras su espíritu aún está tan cerca de Siempre Unidos, pues podría alejarse de Arvador por el amor que siente por ti.

Amlaruil no podía creerlo. Durante toda su vida de elfa, casi trescientos cincuenta años, Jannalor Nierde había gobernado las Torres del Sol y la Luna. Su serena presencia parecía tan constante y predecible como el alba.

—¡Pero no puede estar muerto! —exclamó.

—Lo está, al igual que los otros magos que hechizaron a los dragones —repuso Nakiasha tristemente—. La tarea era demasiado grande y la magia que nos unía estaba debilitada por la batalla y por la distancia que nos separaba. Tú no formabas parte del Círculo, por lo que no puedes saberlo. Cada una de las cinco magas que fueron con nosotras a las Colinas de las Águilas atendieron a los dragones plateados en diferentes cámaras subterráneas, lejos unas de otras. Yo sentí cómo morían una vez completado el conjuro, pero no pude hacer nada para salvarlas.

Amlaruil miró fijamente a su mentora, con la mente presa de confusión, perplejidad y dolor. Algunas de las magas muertas eran muy amigas suyas, incluso parientes.

—¿Cómo es posible que tú y yo sigamos con vida? No me parece posible. No me parece...

—¿Justo? —se adelantó la elfa de más edad—. Yo me he hecho esa misma pregunta muchas veces. Pero no debemos dudar de la voluntad de los dioses. Tú y yo, Amlaruil, gozamos de la bendición especial del Seldarine. ¿Cuántos años crees que tengo?

La joven parpadeó, sorprendida ante el giro que había tomado la conversación.

—Ya has pasado el ecuador de tu vida —respondió—. Tal vez unos quinientos años.

—Di mil y estarás más cerca —gruñó Nakiasha—. Y contigo pasará lo mismo. ¡No me mires con esa expresión de duda! Has vivido más de trescientos años, y la mayoría aún te tomaría por una joven doncella que acaba de dejar atrás su infancia. ¿Y tu poder? Se supone que no deberías haber sido capaz de tejer tú sola el hechizo

para el dragón, pero lo hiciste. Tú sobreviviste, mientras que otras unidas en un Círculo no pudieron soportar el flujo de magia. Es duro aceptarlo, pero debes acostumbrarte a ello, pues es tu destino. Por ejemplo, esto.

La elfa del bosque se desprendió del manto de Gran Mago y envolvió con él a Amlaruil.

—La voluntad de quien gobernaba estas Torres fue que tú le sucedieras. Yo sólo te lo reservaba hasta que llegases.

Amlaruil clavó la mirada en su mentora, incapaz de asimilar todo lo que la elfa silvana le decía.

—Pero ya estoy comprometida —susurró la joven.

—¿De veras? —Nakiasha la observó con astucia—. Ah, ya comprendo. El joven guerrero al que ayudaste en la batalla, ¿verdad?

»Da igual —insistió la hechicera bruscamente, sin esperar que Amlaruil respondiera—. ¿Fue tu promesa simplemente la de una enamorada o la de alguien que desea servir al Pueblo?

—¿Tengo que elegir?

—Tal vez.

Amlaruil jugueteó con los pliegues del manto de Gran Mago, como si tratara de decidir si arrebujaarse en él o quitárselo. No obstante, Nakiasha había dicho la verdad. En su corazón todavía resonaban las promesas que ella y Zaor se habían intercambiado durante las largas y dulces horas de esa noche, y no pensaba incumplirlas. Se habían comprometido el uno con el otro, y ambos al servicio de Siempre Unidos.

Amlaruil sabía que ella era la verdadera reina de Zaor. Pero, sin duda, al guerrero le aguardaba un largo y difícil camino antes de acceder al trono. Tal vez la mejor manera de ayudarlo era aceptar ser la sucesora de Jannalor Nierde.

—Tenemos que reunir a los magos —dijo la doncella, irguiendo la cabeza inconscientemente en gesto de autoridad—. Después de perder a tantos de nosotros, hay mucho que hacer para devolver a las Torres su fuerza y levantar el espíritu de los supervivientes.

Una fugaz sonrisa, a la vez orgullosa y triste, apareció en el rostro de Nakiasha. Jannalor Nierde había tomado una sabia decisión: Amlaruil llevaba el manto de poder como si se lo hubieran hecho a medida. La hechicera inclinó la cabeza ante Amlaruil en gesto de respeto y siguió a la nueva Gran Maga al patio de la Torre.

Por el bien del Pueblo

Los elfos sentados a la mesa del Consejo de Ancianos presenciaron, estupefactos, cómo lady Mylaerla Durothil se quitaba la capa de su cargo.

—No me miréis así —dijo la elfa secamente—. Ultima-mente, el título de Alta Consejera era meramente honorario. Y, la verdad, no necesito tal honor.

—Los Durothil nunca han eludido la responsabilidad —le espetó Belstram Durothil con voz tensa y airada.

—Yo no eludo la responsabilidad —replicó la matrona—. La reciente batalla me ha hecho ver cuál es el mejor servicio que puedo prestar al Pueblo y a mí misma. No sirvo para vivir en la corte y, sin ánimo de ofender a nadie, admito que prefiero la compañía de un dragón a la de cualquier elfo de esta habitación —añadió, mirando significativamente a su sobrino nieto en segundo grado. Belstram se ruborizó, enfadado, y desvió la mirada.

»Dimiuto del cargo de Alta Consejera —prosiguió lady Mylaerla Durothil—. No sugiero que el Consejo deba disolverse, pero, escuchadme bien, su papel, como el mío, debe cambiar.

—Lady Durothil —interrumpió Saida Evanara en tono altanero—. Con o sin usted, el Consejo ha gobernado Siempre Unidos desde tiempos inmemoriales. Es la tradición. Lo que sugiere es absurdo.

—¿De veras? —replicó la elfa con aspereza—. Tal vez el tiempo que pasé en las Colinas de las Águilas me ha dado la distancia necesaria para ver las cosas con claridad. ¿Quiere-

res que discutamos de absurdos? Perfecto. ¡Mientras, en mi ausencia, este Consejo debatía qué línea de acción seguir, mientras los comandantes de las diferentes fuerzas se peleaban por su gloria personal, un vuelo de dragones llegó a un día de barco de nuestras costas! Tu propio pariente, Horith Evanara, murió en la batalla. ¡Si no hubiera actuado como lo hizo, lanzándose a la batalla sin consultar al Consejo ni convocar a los jinetes de dragón, ahora no tendríamos que buscarle sustituto!

—No veo por qué el Consejo tiene que debatir ese asunto. El mando me corresponde a mí —afirmó Saida, refiriéndose a la única parte del discurso de lady Durothil que le despertaba un interés—. No llevo mucho tiempo en Siempre Unidos, pero en mi clan, yo ocupaba la posición siguiente a Horith en rango militar y experiencia.

—El clan Nierde no es el único que da buenos guerreros —señaló Francesca

Lanza de Plata—. ¡Y tampoco eres la única elfa de esta sala que luchó por Myth Drannor!

—Es cierto, ¿pero quieres que echemos por la borda todas las tradiciones en una sola tarde? —repuso Saida acaloradamente—. ¡Durante siglos los Nierde han dominado Ruith y han gobernado Sumbrar!

—¿Y qué será de Ruith ahora? —terció Montagor Amarilis, un joven noble con el brillante cabello bermejo típico de su clan—. ¿Y de Sumbrar? La flota Ala de Estrella ya no existe, muchos de los magos de la Torre de Sumbrar perecieron en el intento por salvar a los dragones supervivientes, nuestras reservas de armas y magia han quedado peligrosamente reducidas por las acciones del último Evanara, empeñado en seguir mandando en el alcázar de la Lanza de Luz. ¡La verdad, no me apetece ver cómo el legado de Horith Evanara continúa!

—Los Amarilis siempre han sido ambiciosos, Montagor —respondió Saida, lanzando una gélida y furiosa mirada al elfo de la luna—. Te encantaría que los elfos dorados perdieran el control militar de Siempre Unidos. ¡Lo siguiente que vas a decir es que ya es hora de que Siempre Unidos sucumba a una monarquía de elfos de la luna!

—Eso es precisamente lo que yo creo, y ésta es la razón por la que os he convocado aquí hoy —anunció lady Durothil con firmeza, convirtiendo la mofa de Saida en una afirmación.

La matrona dejó que el silencio se prolongara unos momentos, a fin de que las próximas palabras que pronunciara tuvieran más peso.

—Sé que muchas familias nobles, especialmente clanes de elfos dorados como el mío, se opondrán a la idea. ¡Pero todos sabíamos que llegaría el momento! Yo digo que es aquí y ahora.

—Es cierto que si todas las fuerzas de Siempre Unidos dependieran de un único elfo, podríamos responder mejor a una amenaza repentina —admitió Yalathanil Symbaern—. Según lo que ha contado lady Durothil, el curso de la batalla cambió cuando el joven Zaor Flor de Luna tomó el mando. Yo sólo puedo hablar por lo que he visto, pero creo que si Myth Drannor hubiera estado guiada por un solo gobernante capaz, su destino podría haber sido muy distinto. Siempre Unidos debe aprender y avanzar.

Varios miembros del Consejo asintieron pensativamente. Si la idea hubiera partido de un elfo de la luna, no habría caído en terreno tan receptivo. Pero la casa Sym-baern era antigua y honorable, aunque el mago Yalathanil fuera una voz nueva en el Consejo. Él y otros supervivientes de su clan se habían salvado de la destrucción de Myth Drannor y habían buscado refugio en Siempre Unidos. El elfo dorado gozaba del respeto general tanto por sus aptitudes mágicas como por su sabiduría.

—Comparto la opinión de lady Durothil sobre Zaor Flor de Luna—añadió Keerla

Canto de Halcón, el anciano bardo que era jefe de un clan de elfos plateados—. Su idea de reclutar a las águilas gigantes fue brillante. Algunos miembros de mi casa, espoleados por esta victoria, ya están discutiendo con la reina Flecha Dorada la posibilidad de formar una tropa permanente de jinetes de águila.

—Nos estamos apartando del tema —señaló Montagor Amarilis—. La Alta Consejera afirma que ha llegado el momento de que el Pueblo elija una familia real. ¡Propongo que el Consejo decida hoy mismo por votación quién será!

—Los jóvenes respetan muy poco la historia —intervino lady Durothil en tono cortante—. ¿Olvidáis que no es algo que pueda elegir el Consejo, sino los dioses a través de las espadas encantadas?

—¿Cómo podríamos olvidarlo? —dijo Saida desdeñosamente—. ¡Como tampoco olvidamos que el clan Amarilis conserva una hoja de luna activa! Se comenta por ahí que Montagor Amarilis tiene algo de adivino. Tal vez sueña con convertirse en el futuro rey.

—Eso es algo que deberán decidir los dioses —repuso el aludido en tono fingidamente piadoso—. Es cierto que la hoja de luna de los Amarilis aún no ha sido reivindicada. Mi abuela, Chin'nesstre, fue una de las comandantes del alcázar de la Lanza de la Luz que combatió contra los invasores con la flota Ala de Estrella. El fuego de dragón la mató, y su espada fue recuperada de los restos quemados de su barco.

—La espada de tu abuela no es la única hoja de luna de los Amarilis que todavía presta sus servicios al Pueblo —afirmó Francesca Lanza de Plata. Mientras hablaba, la guerrera tocó el ópalo que adornaba la empuñadura de su acero—. Lo sé porque luché al lado de muchos parientes tuyos. En la caída de Myth Drannor murieron muchos héroes, incluyendo muchos poseedores de hojas de luna. Algunas de ellas no han sido reclamadas y otras se perdieron.

—¿Cómo podemos saber si una de estas espadas perdidas no es la del futuro rey? —inquirió Saida Evanara—. ¿Cómo se puede tomar una decisión si no se conoce el paradero de algunas hojas de luna?

—Tendremos que confiar en los dioses —repuso firmemente Mi'tilarro Aelorothi. Las palabras del elfo dorado tenían tanto peso que todas las voces discrepantes enmudecieron, pues el patriarca del antiguo clan Aelorothi era también sumo sacerdote de Corellon Larethian.

—Entonces, está decidido —afirmó con tono concluyente lady Durothil—. Mandaremos aviso a todos los clanes de Siempre Unidos y a todos los elfos del continente que sean portadores de hojas de luna. El día del solsticio de verano todos deberán reunirse en los prados que rodean Drelagara.

—Como habéis señalado, lady Durothil, mi conocimiento de la historia deja mucho que desear —dijo Montagor, de pronto muy interesado en la copa que tenía

delante—. Decidme, ¿qué ocurrirá si más de un clan posee una hoja de luna y demuestra su derecho al trono?

—Sucederá lo que siempre ha sucedido: los dioses decidirán —repuso Mylaerla Durothil, con expresión sombría—. Cada espada ha desarrollado determinados poderes, y el elfo o la elfa que la empuñe debe estar a la altura del reto que la espada le plantea. Aquel que empuñe el arma más poderosa y que mejor la use ganará el trono.

—¿Estáis diciendo que elfos de sangre noble deberán luchar entre sí? —preguntó un consternado Montagor.

—¿Y qué crees que hemos hecho hasta ahora, joven Amarilis? —La sonrisa de la elfa fue toda ironía.

Pocos lugares en Siempre Unidos eran tan hermosos como Drelagara. Era una pequeña ciudad que compensaba la falta de grandiosidad con su simetría y serena belleza. Todos los edificios eran de mármol blanco, erigidos de las profundidades de Siempre Unidos por arte de magia. Drelagara ocupaba el centro de una zona de prados suavemente ondulados de casi cien kilómetros de anchura. La campiña estaba rodeada por bosques y se encontraba a un día a caballo de las espléndidas playas de arena blanca de Siiluth.

En los prados de Drelagara pastaban los caballos luna, esas magníficas criaturas aliadas y amigas de los elfos. Al romper el alba del día del solsticio de verano, la atención se repartía entre ellos y los elfos. Su lustroso pelaje relucía a la pálida luz del amanecer mientras hacían cabriolas entre la gente y las brillantes tiendas de seda, aceptaban las caricias de los niños o sacudían sus crines adornadas con flores, como anfitriones que dieran cortésmente la bienvenida a sus visitantes.

En los prados de Drelagara se reunieron elfos llegados de todos los rincones de Siempre Unidos, además de muchos representantes de lejanas comunidades elfas. La elección de la casa real de Siempre Unidos era un asunto que concernía a todo el Pueblo.

Incluso un buen número de elfos silvanos abandonó la espesura de los bosques para la ocasión, aunque nadie podía hacerse una idea de cuántos eran, pues permanecían ocultos en las sombras de la linde del bosque o agrupados bajo los árboles dispersos por la campiña. Eran casi invisibles y únicamente delataban su presencia al moverse, como si fueran escurridizos venados.

También había unos representantes de los elfos marinos, con amuletos que les permitían respirar aire y así poder observar la ceremonia.

Los elfos de la luna eran, desde luego, los que más se hacían notar. Los clanes se congregaron bajo los vistosos estandartes de sus respectivas casas. Los que poseían hojas de luna y, por lo tanto, aspiraban al honor de convertirse en la casa real, ocupaban los mejores lugares, muy cerca del centro del lugar de reunión.

Asimismo estaban presentes todos los clanes dorados, aunque muchos no parecían muy contentos ante la perspectiva de tener un elfo de la luna como rey. Esto era un hecho que se comentaba en voz baja.

Todas las otras razas faéricas acudieron igualmente a Drelagara, pues el rey de Siempre Unidos también las gobernaría a ellas. Impresionantes guerreros centauros ocupaban el perímetro del bosque, contemplando con receloso respeto las grandes figuras plateadas de los lytharis, los esquivos elfos-lobo capaces de cambiar de forma. Unicornios y pegasos cotorreaban en silencio. Diminutos dragones revoloteaban por el prado; algunos de ellos se divertían gastando bromas a los elfos y otros no dejaban de reírse mientras perseguían a la delegación de duendecillos como si estuvieran llevando al redil a un rebaño de diminutas ovejas voladoras. Los geniecillos descansaban cómodamente en las ramas de un frondoso árbol custodio de tamaño gigantesco, un anciano ser muy sensible, medio árbol medio persona, que velaba con solemne paciencia.

Se había reservado un lugar de honor, muy cerca del centro, para la delegación de las Torres del Sol y la Luna. Dentro de su pabellón privado, Amlaruil se preparaba con más cuidado del habitual para participar en la celebración. Como Señora de la Torre, ocupaba una posición casi igual a la que ocuparía el futuro soberano. Ésa era su primera aparición de Estado y sería el centro de muchas miradas.

Amlaruil deseaba honrar a las Torres, pero también se acicalaba por un motivo más personal. Habían pasado varios meses desde que ella y Zaor se comprometieran en las emocionantes horas posteriores a la batalla y desde entonces no se habían visto. Ese primer encuentro tenía que ser perfecto.

La elfa dispuso con esmero su cabello cobrizo en complicados rizos y se adornó con antiguas joyas, herencia de familia. El vestido que llevaba era hermoso y hecho con seda del color del cielo estival, aunque no era tan importante, pues lo cubriría el manto largo y suelto de Gran Maga.

—Mucho mejor así —murmuró Amlaruil. Una leve sonrisa secreta asomó en su rostro mientras se alisaba con las manos la seda del vestido, que se tensaba sobre el abdomen. Aunque saber que llevaba en su seno una diminuta vida era un motivo de profunda alegría, deseaba que Zaor se fijara primero en ella, y no en el niño que sería su heredero.

El príncipe heredero.

Amlaruil estaba tan segura de eso como de que el sol sale todos los días. En sus pocos meses como Gran Maga, que había pasado bajo la atenta tutela de la hechicera Nakiasha, Amlaruil había aprendido a aceptar el insólito vínculo que la unía con los dioses del Seldarine. La joven estaba en armonía con Siempre Unidos de modos que aún no comprendía, por lo que era consciente del poder de la espada de Zaor y lo reconocía. Asimismo percibía la innata nobleza del elfo que la empuñaba. En su

mente, Zaor era ya el rey de Siempre Unidos. Ese día simplemente se confirmaría lo que ella ya sabía.

—¿Milady?

La voz de Nakiasha desde fuera del pabellón sobresaltó a Amlaruil. Rápidamente cogió el manto y se envolvió con él.

—Adelante —dijo, obligando a su rostro a adoptar una expresión serena antes de volverse para mirar a su mentora y amiga.

Nakiasha retiró la tela de entrada y examinó a la joven elfa con orgullo de madre.

—Estás muy hermosa, pequeña —le dijo, olvidándose por un momento del trato formal que debía a la Gran Maga—. La ceremonia está a punto de empezar. Debes ocupar tu lugar junto a los miembros del Consejo.

Amlaruil asintió y abandonó el pabellón detrás de la hechicera. En el estado de gran excitación en el que se encontraba, la joven era muy consciente de los ojos que se posaban en ella, que la seguían mientras ascendía la plataforma. Era la primera ceremonia a la que asistía desde que ocupaba el cargo y, comprensiblemente, los elfos sentían curiosidad por la Señora de las Torres.

Incluso sin el manto de su cargo, Amlaruil hubiera despertado miradas admirativas. La joven era muy alta, le sacaba una cabeza a la mayoría de los elfos, y se movía con una gracia etérea que realzaba su personalidad. Tenía unos llamativos cabellos cobrizos de un tono poco habitual y sabía, sin ser vanidosa, que se la consideraba hermosa. Incluso Laeroth, su compañero mago y el elfo menos romántico y más pragmático que conocía, le dijo un día que poseía un rostro que se grababa en la memoria de las personas como una melodía pegadiza. Amlaruil confiaba en que lo mismo hubiera sucedido con la memoria de Zaor.

La Gran Maga tomó asiento junto a la matrona del clan Nimesin, una elfa dorada en avanzado estado de gestación. Amlaruil le dirigió una sonrisa de simpatía, pero sus felicitaciones murieron en su garganta cuando la otra elfa respondió a su amigable sonrisa con una mirada tan gélida que podría congelar las aguas.

—Bueno, ahora que te veo comprendo por qué una elfa gris manda en las Torres —comentó la matrona fríamente—. Jannalor Nierde se perdía por una cara bonita y por un buen revolcón en una noche de verano! Supongo que tú eras su juguete preferido.

—Usted no me conoce, señora, pero Jannalor Nierde era respetado por todos por su sabiduría y honor. Sus palabras no le hacen justicia—replicó Amlaruil, ruborizada.

Las líneas de amargura que rodeaban la boca de la matrona Nierde se hicieron más profundas, y continuó mirando fijamente a la Gran Maga con el desdén que se suele mostrar ante los insignificantes trofeos de caza de un gato doméstico.

—¿No basta con que tengamos que tolerar un rey plateado? ¿Por qué tenemos que permitir que las Torres también sean mancilladas?

—No he deshonrado ni deshonraré las Torres —se defendió Amlaruil. Su voz era serena y suave, pero timbrada de poder.

—La ceremonia está a punto de empezar —comentó la matrona de mala gana, aunque sonaba como si se alegrara de poder cambiar de tema y desviar la atención de la inquebrantable dignidad de la joven. También sus ojos reflejaban menos animosidad, como si ya no estuviera segura de que fuese una presa fácil.

Los herederos de las espadas no reivindicadas dieron un paso al frente, y Amlaruil olvidó los amargos comentarios de la Nimesin. Pese a que su propio hermano poseía una hoja de luna, ella nunca había presenciado la ceremonia de reivindicación.

Fue hermosa y a la vez terrible. Las recientes batallas habían dejado varias espadas sin dueño. Diez elfos, todos nobles y de antiguos clanes y excelente reputación, juraron servir al poder de las espadas y estar al servicio del Pueblo. De ellos, sólo sobrevivieron seis.

Para dos de esos seis no fue ninguna victoria, pues al empuñar la armas la magia de éstas se desvaneció. Las espadas los habían considerado indignos de ejercer los poderes de las hojas de sus familias, pero, por ser los últimos descendientes de los dueños originales, les fue perdonada la vida. La expresión de atónita incredulidad que se pintó en sus rostros sugería que acaso hubieran preferido la muerte.

En el incómodo silencio que siguió a la primera reivindicación, los cuatro clanes de elfos de la luna que habían perdido su primera y mejor esperanza para el futuro trataron de nuevo de reclamar su derecho a ocupar el trono de Siempre Unidos.

Los ojos de Amlaruil se llenaron de lágrimas de orgullo y pesar mientras contemplaba cómo, uno tras otro, los jóvenes elfos avanzaban hacia la muerte, como mariposas nocturnas incapaces de resistirse a la luz y el calor de un farol.

Ninguna de las casas elfas se dio por vencida hasta que sólo quedó un representante de cada clan, vivo pero derrotado. Una vez completada la labor de selección, las respectivas hojas de luna perdieron su poder.

En el silencio sombrío y reverente que siguió a la ceremonia, lady Mylaerla Durothil se levantó y tomó la palabra por última vez como Alta Consejera.

—El Consejo de Ancianos honra a todos los que han acudido aquí hoy para someterse a la magia de las espadas ante el Pueblo y los dioses del Seldarine. Las casas que no han sido seleccionadas no han sido deshonradas, y a todos los que mostraron el coraje de empuñar una hoja de luna les espera un lugar en Arvador. Felicitamos a los luchadores de hoja de luna que siguen entre nosotros.

«Ahora comienza lo más difícil —prosiguió la elfa dorada, mirando al pequeño grupo de plateados que había ante ella—. Todavía quedan veinticinco hojas de luna vivas. La leyenda dice que cuando queden veinticuatro, la espada del rey se dará a conocer, así como su poseedor. Como sobra una, la familia real deberá elegirse por su

fuerza colectiva. Luchadores y luchadoras de hoja de luna, por favor, agrupaos por clanes.

Los aludidos se movieron y fueron a colocarse junto al estandarte de su familia. Todos los clanes, excepto dos, poseían sólo una espada. El clan Flor de Luna era, claramente, el que más derechos tenía.

El estandarte de la rosa azul cobijaba a tres guerreros. Giulio, un hermano de Amlaruil mucho mayor que ella, parecía muy incómodo al ser el centro de tantas miradas. Era bajo y tímido, un estudioso solitario dedicado al culto de Labelas Enoreth, el dios de la longevidad. Giulio era un digno poseedor de su espada mágica, que poseía poderes de curación e inspiración, pero no era un rey. Había costado mucho convencerlo de que se presentara en Drelagara. Thasitalia, una pariente lejana, era una aventurera que nunca antes había puesto un pie en la isla y, según ella misma admitía, ardía en deseos de marcharse. Thasitalia poseía un espíritu inquieto, y su espada estaba hecha para los duelos solitarios. El tercer guerrero era Zaor, que descollaba por encima de cualquier otro elfo presente. El joven guerrero esperaba con tranquila confianza una decisión que se había empezado a gestar muchos siglos atrás.

El clan Amarilis poseía dos hojas de luna vivas. Una había sido recuperada recientemente de las ruinas de Aryvandaar y había sido reivindicada por una muchachita de encendida melena llamada Eco. El otro era un mago de los árboles Enmarañados, en el continente.

—El clan Flor de Luna es el que posee mayor número de hojas de luna, por lo que ha demostrado una sucesión fuerte y pasa la primera prueba para ser designado clan real —anunció lady Durothil.

—Con vuestro permiso, señora, debo protestar —interrumpió una voz.

Un grave murmullo recorrió la multitud cuando Montagor Amarilis se adelantó y se sumó a sus dos parientes. El rostro del elfo de la luna presentaba una extraña palidez, que contrastaba con la abundante mata de pelo rojo característica de su familia. El elfo se desabrochó el cinto, levantó una espada envainada y giró lentamente para que todos vieran el reluciente ópalo de la empuñadura.

—Esta espada perteneció a mi abuela, y ella me la legó a mí. Por tanto, el clan Amarilis posee tres hojas de luna vivas, el mismo número que los Flor de Luna.

—¿Por qué no has participado en la ceremonia de reivindicación? —inquirió lady Durothil, mirando desconcertada al joven noble.

—Todo elfo tiene el derecho a renunciar a su hoja de luna hereditaria —contestó Montagor sin alterarse—. Me acojo al derecho a guardar esta espada para mi primogénito, que aún no ha nacido.

«Estos dignos elfos no son de Siempre Unidos y me han dicho que no desean quedarse ni reinar —prosiguió Montagor, volviéndose hacia sus familiares—. Si un Amarilis debe ser rey, será de mi propia sangre. ¿Han llegado los Flor de Luna a un

acuerdo similar? —inquirió mirando a los tres elfos situados bajo el estandarte de la rosa azul.

—Yo no reclamo el trono y declinaría si me lo ofrecieran —anunció Thasitalia con voz clara y grave.

—¿Y tú, Giulio? —preguntó lady Durothil.

En respuesta, el clérigo desenvainó la espada y saludó a Zaor.

—Está claro —dijo Montagor con una sonrisa de satisfacción—. Yo, por mi parte, apoyaré a Zaor Flor de Luna, siempre y cuando reconozca los derechos del clan Amarilis y los honre.

Zaor se adelantó para encararse con el noble de pelo bermejo y replicó, desconcertado:

—El honor Amarilis está fuera de toda duda. ¿Pero de qué derechos hablas?

—De los derechos de realeza. Las espadas de Myth Drannor proclaman que ese derecho es tanto nuestro como vuestro. Si no lo reconoces, debes saber que nos oponemos a que un Flor de Luna se sienta en el trono.

—¿Pretendes que divida el reino? —preguntó Zaor.

—Pretendo que unas los dos clanes. Que mi hermana, Lydi'aleera, sea tu reina, y la disputa quedará zanjada.

El noble se volvió y tendió perentoriamente la mano. Una menuda elfa rubia, situada bajo el emblema del delfín verde que señalaba el pabellón de los Amarilis, avanzó. Montagor le cogió la mano y, en claro simbolismo, se la ofreció a Zaor.

El atónito guerrero miraba fijamente a la joven sin poder moverse. Lydi'aleera era realmente hermosa, aunque no había heredado el color de cabello típico de los Amarilis. Llevaba un vestido verde primavera —que según una antigua leyenda era el símbolo de la realeza elfa— y en la cabeza una corona de flores, como si fuese una novia.

Mientras la miraba, Zaor maldijo en silencio a Montagor por ponerle en ese brete. El guerrero lanzó una fugaz mirada a la Gran Maga de las Torres. Los ojos azules de Amlaruil no dejaban traslucir nada, y su rostro estaba inmóvil. Ni siquiera su postura revelaba qué le pasaba por la cabeza, pues el amplio manto de Gran Maga cubría su cuerpo por completo.

Puesto que no tenía más remedio que saludar a la doncella, Zaor tomó su mano y se inclinó sobre ella. Sin embargo, tan pronto como fue posible soltó los delgados dedos blancos de Lydi'aleera y fijó de nuevo su atención en Montagor.

—Me siento muy honrado por tu oferta de unir nuestros dos clanes y por el consentimiento de esta noble dama —dijo, midiendo muy bien sus palabras—. Pero yo no soy quién para decidir qué casa reinará en Siempre Unidos. Eso deben hacerlo las hojas de luna.

—¿Acaso prefieres que nuestros clanes luchen a casarte con Lydi'aleera? —

preguntó Montagor incrédulamente—.

¿Qué precio tendría que pagar Siempre Unidos por una guerra tan sangrienta? Los Flor de Luna y los Amarilis son dos antiguas familias a las que unen lazos con muchas otras casas. Los Craulnober sin duda os ayudarían y arrastrarían a los plebeyos del norte que les han jurado lealtad. Algunos recién llegados, como Lanza de Plata, se pondrían de vuestro lado, así como el plebeyo capitán de la guardia de Leuthilspar. Pero los Canto de Halcón, los Eroth y los Ale-nuath están emparentados con nosotros y nos serían leales. Reflexiona lo que estás a punto de provocar.

—¡No veo por qué la lucha entre nosotros tiene que implicar a las demás casas! —protestó Zaor—. Sólo deben competir por el trono los poseedores de una hoja de luna.

—Yo he cedido la mía a favor de mi heredero. ¿Piensas dejar este asunto sin resolver hasta que tenga un hijo que pueda retarte? ¿Aplazarías un siglo o más tu servicio a Siempre Unidos?

Zaor se contuvo con dificultad. Se daba cuenta de que la argumentación de Montagor era falaz, pero no podía competir con él con palabras. Además, en parte exponía una inquietante verdad. Su rechazo quizá no desencadenaría una guerra civil a gran escala, pero provocaría un profundo resentimiento y la división de los elfos de la luna. Muchos elfos dorados apoyarían rápidamente la sugerencia de Montagor, con la esperanza de seguir mandando en el Consejo algunas décadas más.

—Creo que este asunto no podemos resolverlo nosotros dos solos. Tengo que consultar con el Consejo de Ancianos y con mis propios consejeros —dijo finalmente Zaor—. Propongo que nos volvamos a reunir esta noche, cuando las Lágrimas de Selüne estén en medio del cielo. Tal vez el recordatorio de que todos somos hijos de la sangre de Co-rillon y las lágrimas de la Dama Luna hará que nos unamos, como debe ser.

Montagor apretó los dientes, lleno de furia, pero no podía negar una petición tan razonable y piadosa. Así pues, saludó a Zaor con una inclinación de cabeza de igual a igual y respondió:

—De acuerdo. Será como propones.

El joven noble giró sobre sus talones y se marchó, dejando sola a Lydi'aleera con Zaor. El guerrero le hizo una leve reverencia y se alejó del prado, sin estar muy seguro de adonde ir. Pero lady Myronthilar lo cogió por el brazo y lo condujo al pabellón de los Durothil.

—He enviado mensajes a algunos miembros del Pueblo a los que querrás consultar: ancianos, líderes guerreros, unos cuantos clérigos y magos, y tu círculo de amigos más íntimos —dijo la elfa mientras se sentaba en una silla—. Llegarán enseguida, pero antes quiero hablar contigo a solas.

—¿Qué opina de la reivindicación de Montagor? —inquirió Zaor, que paseaba

intranquilo por la tienda.

—Ha mostrado más sutileza de la que lo creía capaz —admitió lady Myronthilar—. Podría perfectamente cumplir su amenaza de postergar la elección de una casa real.

—¿Y la posibilidad de una guerra entre los clanes Amarilis y Flor de Luna?

—No es probable, pero ya sabes que a muchos elfos dorados les molesta haber sido excluidos del proceso de selección. La mayoría apoyarían a los Amarilis. Los Altos Consejeros han sido invariablemente Durothil o Amarilis. Esa familia posee una línea casi ininterrumpida de guerreros, magos y héroes legendarios. Si rechazas la alianza con ellos, te distanciarás de la mayor parte de Siempre Unidos. Hazme caso, Montagor sabe qué implica el rechazo de Lydi'aleera. Si lo haces, ofenderás no sólo a la familia Amarilis sino a la mayoría de los elfos de Siempre Unidos.

—Mi intención no es insultar a Lydi'aleera —replicó Zaor, profundamente frustrado—. ¡Pero aún deseo menos casarme con ella!

—Montagor no debió ponerte ni a ti ni a su hermana en esta situación —convino la elfa—. Pero, aunque no fuera una Amarilis, Lydi'aleera es una elección razonable para reina. Es hermosa y tiene buenos modales, canta maravillosamente y es buena concedora de las artes. Muchos la considerarían un adorno para la corte. Ah, aquí están los demás —dijo, haciendo señas para que se acercara al pequeño grupo de elfos que, con cara larga, aguardaba en la puerta abierta de la tienda.

Mientras entraban, Zaor se fijó en las posiciones que tomaban. Los miembros del Consejo formaron un grupo en el extremo más alejado. Su amigo Keryth Yelmobruno, que ahora mandaba la guardia de Leuthilspar, y Myronthilar Lanza de Plata, capitán de la guardia, se colocaron a ambos lados para ofrecerle su mudo apoyo.

Sólo Amlaruil permanecía separada y sola, tan aislada y solitaria como las Torres que gobernaba. Zaor no se atrevió a mirarla a los ojos por miedo a ponerse en evidencia delante de los demás. ¡Ya se imaginaba qué haría Montagor Amarilis si descubría que ya estaba comprometido, y para más inri, con una elfa de su mismo clan!

—¿Vosotros, como grupo, apoyaréis al clan Flor de Luna? —preguntó al Consejo.

—Es imposible; las hojas de luna no han completado la selección —contestó Yalathanil Symbaern.

—¡Pues que la completen! —bufó Francesca Lanza de Plata, cruzándose de brazos—. ¡Que el pipiolo Amarilis desenvaine la espada, si se atreve y que luche con Zaor por el trono!

—No podemos obligarlo —se opuso Mi'tilarro Aelorothi con firmeza. Sus dedos dorados se cerraron alrededor del símbolo sagrado de Corellon Larethian que llevaba prendido en el corazón—. Las normas de elección de la casa real fueron dictadas por

los dioses. Montagor Amarilis está en su derecho.

—Ya ves —intervino lady Durothil en tono seco, lanzando una mirada exasperada a Zaor—. El Consejo no se pone de acuerdo en este asunto, ni en ningún otro. ¡Montagor Amarilis lo sabe y se aprovecha de las divisiones que hay en su seno!

Zaor asintió y preguntó a Keryth Yelmobruno:

—Tú sabes qué piensan los soldados de Leuthilspar. ¿Qué crees? ¿Puedo reinar sin el apoyo del clan Amarilis?

—Los soldados te respetan —respondió Keryth tras un momento de reflexión—. No hay duda de que te seguirían en la batalla. Lo que me preocupa es la paz. Tú y yo somos guerreros, Zaor, y no comprendemos el tipo de guerra incruenta que libran las casas nobles. ¿Quieres la verdad? No. No creo que puedas reinar sin los Amarilis. Al menos, no del modo adecuado.

Zaor se quedó en silencio, con la cabeza gacha, tratando desesperadamente de hallar el modo de salir de aquel embrollo. Al fin, levantó la mirada y sus ojos se posaron en Amlaruil.

—Amigos míos, desearía consultar con la Señora de las Torres —dijo suavemente—. Gracias a todos por vuestros consejos. No tardaré en tomar una decisión.

Lady Durothil contempló primero la faz inescrutable de Amlaruil y luego volvió su inquisitiva mirada al guerrero Zaor. Lo que vio pareció alterarla profundamente y se puso de pie con precipitación.

—Salgamos todos —dijo bruscamente—. Cuanto antes nos marchemos, antes tomará Zaor una decisión.

Amlaruil esperó sentada y en silencio a que la elfa dorada hiciera salir a todos del pabellón, tan implacable y eficazmente como un sabueso Craulnober conduciría a un rebaño de ovejas del norte fuera de un pasto.

—Lady Durothil lo sabe —comentó simplemente cuando, por fin, ella y Zaor se quedaron solos—. Lo sabe y no lo aprueba.

—Lady Durothil ha sido la Alta Consejera durante muchos años —se apresuró a decir Zaor—. Sabe perfectamente cómo reaccionarán los clanes nobles cuando se enteren de que nos queremos. Se ha pasado media vida lidiando con los nobles y sus mezquinas intrigas.

—Lo cual aún da más peso a su opinión.

—No importa. Nada importa. —Zaor salvó en pocas zancadas la distancia que los separaba y cogió las frías manos de la elfa entre las suyas—. ¡Amlaruil, hicimos una promesa solemne y, pase lo que pase, yo pienso cumplirla! Para mí no puede haber otra.

—Si no aceptas la alianza con los Amarilis, puede estallar una guerra entre los clanes, justo lo que las hojas de luna pretendían evitar —repuso Amlaruil. Su mirada era triste, pero firme—. Incluso en el caso de que puedas reinar en paz, si ofendes al

clan Amarilis no podrás realizar tu tarea, que es unir a todos los elfos. Debes comprender que los Amarilis actúan como lazo de unión y amortiguador entre elfos dorados y plateados. Si pretendes reinar sin ellos, ya puedes coger la corona y el cetro y entregarlos directamente a los Durothil. —La elfa se desasíó con delicadeza de las manos de Zaor.

»Los dioses te han elegido como rey de Siempre Unidos. A mí me han elegido para ayudarte; es mi deber. —La

Gran Maga de las Torres se arrodilló ante el consternado elfo—. Juro lealtad personal a Zaor, rey de Siempre Unidos y a Lydi'aleera, su reina, y pongo a disposición de ambos todo el poder de las Torres del Sol y la Luna. Os deseo un largo y fructífero reinado. —En los ojos de la elfa brillaban lágrimas, pero su voz no flaqueó.

Antes de que Zaor pudiera decir nada, Amlaruil desapareció. Tan sólo una débil chispa plateada de magia, que flotaba en el aire, y la diminuta marca de dos lágrimas caídas en el suelo de tierra del pabellón delataban que Amlaruil había estado allí.

El elfo plateado se precipitó fuera de la tienda y recorrió frenéticamente con la mirada la multitud, tratando de vislumbrar el hermoso cabello cobrizo de la elfa. Pero no la encontró.

Lady Mylaerla Durothil se acercó a él y lo cogió por los antebrazos.

—Has elegido bien —le dijo dulcemente, estudiando su acongojada faz.

—¡Yo no he elegido! —explotó el guerrero. Por un momento, sus ojos reflejaron claramente su sentimiento de pérdida y dolor.

—La Señora de las Torres ha actuado de manera honorable —dijo lady Durothil con la misma voz dulce—. Y te ha librado de la peor carga: la carga de tener que elegir. Ha hecho lo que debía, y ahora tú también debes hacerlo.

El elfo se quedó en silencio.

—Siempre he oído que, a veces, los gobernantes deben hacer grandes sacrificios. ¡Pero si hubiera sabido qué se me exigiría, jamás habría reclamado el trono! —exclamó.

La matrona suspiró.

—¡Espero que los dioses sean benevolentes y que no tengas que soportar nada peor! Pero vamos, mi señor, los demás esperan.

Durante el resto del verano, los archimagos de la Torres del Sol y la Luna no escatimaron magia para erigir del mismo corazón de Siempre Unidos una residencia real. El Palacio de Ópalo era un maravilloso edificio de mármol y ópalo, con tejado de oro.

Para Amlaruil fue una tarea agrídulce. Aunque su corazón se alegraba de ver a Zaor proclamado rey, el papel que ella desempeñaba no era el que había imaginado.

Pasó el verano y los brillantes colores del otoño ya se apagaban cuando Amlaruil se recluyó para preparar el nacimiento de su hija. Sólo Nakiasha la atendió la noche en que dio a luz a la heredera de Zaor y fue testigo de las lágrimas de alegría y pesar que Amlaruil derramó.

En los meses siguientes, su hija se convirtió en un gran consuelo. No obstante, tenía la sensación de que sólo la tenía en préstamo. Los lazos que unían a Amlaruil con el Seldarine eran profundos y místicos, pero a ella le parecía que su propia hija era más divina que mortal.

Desde el día de su nacimiento, Ilyrana fue extrañamente silenciosa, y sus grandes ojos azul marino tenían la grave mirada de quien ya ha vivido mucho. La niña no se parecía a ninguno de sus progenitores: era muy menuda y de una palidez etérea; su tez blanca mostraba un matiz casi azulado y en sus bucles albinos de bebé se descubría un leve toque verde. Amlaruil le puso el nombre de Ilyrana, que en idioma élfico significaba «ópalo».

Amlaruil no dijo a nadie quién era su padre. Ella era una elfa de familia noble, archimaga y gobernaba las Torres, por lo que nadie le iba a echar en cara nada. La niña era su hija y, si alguno de los elfos de las Torres especularon con la identidad del padre, lo hicieron con su habitual discreción. Amlaruil se había ganado el amor y el respeto de la mayoría de los magos jóvenes, que entendían que su señora deseara mantener la existencia de la niña en el máximo secreto. Estos magos protegían a la Gran Maga y a su hija del mismo modo que protegían los tesoros de las Torres.

Pero lo que ninguno de ellos podía saber era que la reticencia de Amlaruil respondía a motivos más oscuros que la discreción y el deseo de intimidad.

Las maquinaciones que se revelaron en la ceremonia de elección del rey, celebrada en el solsticio de verano, le habían abierto los ojos sobre los nobles de Siempre Unidos. La Señora de las Torres se mantenía informada sobre los complejos asuntos de la corte y, cuanto más sabía, mayor era su preocupación, no sólo por Zaor sino por todo Siempre Unidos.

—Francamente, Montagor, tu oferta me parece de una ignorancia supina, incluso viniendo de un elfo gris —dijo con desprecio Vashti Nimesin—. ¡Me eres de menos utilidad que lo que Lydi'aleera es para el clan Amarilis! Supongo que sabes que cualquier retoño de Zaor será un Flor de Luna. ¡Puedes acordarte de todos los héroes muertos de tu familia, pero esto es un hecho que no cambiará!

El heredero del clan Amarilis tomó unos sorbos de vino élfico, ganando así tiempo para poner en orden sus pensamientos. Se había pasado muchos días tratando de ganarse el favor del acaudalado y cada vez más poderoso clan Nimesin y, finalmente, se las arregló para que lo invitaran a una de las exclusivas fiestas de Vashti. No obstante, a juzgar por el tono de desdén de la elfa, le quedaba una ardua tarea por delante.

—¡Tal vez el hijo de mi hermana será un Flor de Luna —admitió—, pero Lydi'aleera sigue siendo una Amarilis! Hay mucho que puede hacer una reina para influir en la política real.

—¿Me estás diciendo que esa boba tiene la inteligencia suficiente para influir en política? —comentó Vashti con sorna.

—Lydi'aleera siempre se ha dejado guiar por mí —repuso Montagor categóricamente—. Le repito que una alianza con el clan Amarilis le reportaría muchas ventajas.

La matrona examinó al joven elfo de la luna de la cabeza a los pies. Vashti Nimesin estaba al corriente de las ambiciones de Montagor y, de hecho, aprobaba casi todos los pasos que había dado para consolidar la influencia y el poder de su clan en la recién fundada corte. Endilgar a esa insípida moza a Zaor Flor de Luna había sido un golpe maestro. También jugaba a su favor que intentara aliarse con los poderosos clanes de elfos dorados.

Pero, para lady Nimesin, era evidente que Montagor no podía compararse con sus ilustres antepasados. Su insaciable deseo de poder lo hacía vulnerable y lo convertía en una herramienta aún más manejable que su tonta hermana menor.

—De hecho, hay algo que puedes hacer por mí —dijo Vashti Nimesin con una sonrisa—. Mi hijo, Kymil, promete mucho tanto en la magia como en las armas. Me gustaría que fuera educado en las Torres del Sol y la Luna. Tal vez tú podrías escoltarlo hasta allí y presentarlo a la Gran Maga.

—Será un placer —repuso Montagor con sinceridad, al tiempo que hacía una profunda reverencia. No obstante, no se le escapaban los motivos de lady Nimesin. A la elfa dorada no le gustaba ni pizca que una elfa de la luna gobernara las Torres y no quería pedirle nada a Amlaruil Flor de Luna. Enviar al heredero Amarilis como su chico de los recados equivaldría a dejar constancia de la elevada posición del clan Nimesin y de su desprecio hacia los elfos plateados.

Que así fuera. Era un precio justo a cambio de los favores de los Nimesin.

Montagor posó la mirada en Kymil Nimesin, que hablaba con un grupito de jóvenes elfos dorados. Era un joven muy apuesto, con la típica piel dorada de su raza, que contrastaba con el brillo azabache de su cabello y ojos. Aún era demasiado niño para ser admitido en las Torres.

En ese momento, Kymil se volvió y devolvió la curiosa mirada de Montagor. Los ojos del dorado eran tan malévolos que el elfo de la luna retrocedió. No obstante, fue todo tan fugaz que Montagor se quedó con la duda de si había imaginado esa mirada cargada de odio. El joven Kymil respondió con presteza a la llamada de su madre y saludó al heredero Amarilis con exquisita cortesía.

—Montagor Amarilis te escoltará hasta las Torres, hijo mío —anunció lady Nimesin con voz satisfecha—. Partiréis al rayar el alba. Procura dejar en buen lugar a

tu gente y a tu clan.

—Sí, madre —contestó el muchacho automáticamente. No había nada en su voz ni en su rostro que sugiriera que no era un hijo obediente, y tampoco había burla en la inclinación que dirigió al noble plateado. Sin embargo, el muchacho despertaba en Montagor Amarilis un hondo desasosiego.

De vez en cuando el elfo de la luna era capaz de vislumbrar retazos del futuro. No había reivindicado la hoja de luna porque sospechaba que no saldría con vida, y ahora, al contemplar al joven Nimesin, tenía la misma sensación de muerte inminente. Había algo en las brumas del futuro del muchacho, que Montagor no podía ver ni aprehender, pero que le llegaba y se mofaba de él.

El elfo plateado dejó a un lado su desazón. Una hoja de luna, con su poderosa y mortífera magia inspiraba respeto y temor. Pero ese joven no era más que un mocoso. Sin duda, Kymil no sería rival para él.

Así pues, al día siguiente ambos partieron juntos hacia las Torres, tal como había decidido lady Nimesin. Kymil era un buen jinete y durante el viaje al norte se mantuvo extrañamente silencioso; no charlaba ni hacía las preguntas que Montagor había esperado de un chico de su edad.

—Yo mismo pasé un breve período en las Torres —comentó cuando ya no pudo soportar más el silencio—. Si hay algo que quieras preguntarme, te responderé gustosamente.

—Gracias. No —contestó el muchacho cortésmente, mirándolo de soslayo—. Ya me las arreglaré.

—¿Tienes amigos en las Torres? —insistió Montagor—. Imagino que no habrá muchos elfos de tu edad.

—Al menos uno —replicó Kymil con tono sombrío. Entonces hizo una mueca, como si ese lacónico comentario fuese más de lo que hubiera querido decir.

Montagor estaba intrigado.

—No sabía que los magos de las Torres aceptaban a niños.

—De vez en cuando los magos también tienen niños —replicó el muchacho con total naturalidad—. Y, otras veces, aceptan a niños prodigio. Tanyl Evanara, un primo lejano mío, tiene más o menos mi edad y está casi a mi altura en el manejo de las armas y la magia. Aprenderemos juntos.

—Ah. ¿Y qué piensas hacer con los conocimientos mágicos que adquieras? —preguntó el elfo plateado en el tono condescendiente que suele usarse con los niños.

—¿Y si le dijera que mi intención es acabar con esa farsa de un rey plateado y volver a instaurar el Consejo? —repuso Kymil suavemente, pero con expresión de dureza—. Naturalmente, es hipotético. Nunca se me ocurriría intentar algo así. Sería muy estúpido si albergara tales pensamientos de traición o se los comunicara al hermano de la reina, incluso teniendo en cuenta que usted, lord Amarilis, saldría

beneficiado. Los Amarilis nunca serían reyes, pero no hay duda de que usted sería el nuevo Alto Consejero. Pero repito, todo son hipótesis.

Montagor parpadeó. El nivel de intriga que expresaban las palabras del muchacho lo dejaba sin habla. Lo había avisado, cortejado y amenazado, todo a la vez.

Pero la mirada astuta y dura del joven desapareció al punto bajo la serena máscara dorada de su hermosa cara.

Montagor se estremeció e inmediatamente lo invadió una oleada de amargo remordimiento por llevar a Kymil a las Torres. Ocurriera lo que ocurriese, él habría participado. Así lo había dado a entender el joven.

De pronto, Montagor ya no estuvo tan seguro de ser capaz de controlar ni de prever las ambiciones del clan Nimesin. Pero las agujas de las Torres ya se veían.

Ya era demasiado tarde para regresar. Que fuera lo que los dioses quisiesen.

Transcurrieron algunos años antes de que Montagor Amarilis fuera llamado de nuevo a la mansión de lady Vashti Nimesin. Al llegar, encontró a la matrona del clan muy excitada.

—Ya ha empezado —le dijo sin rodeos—. El primer gris pretendiente al trono ha muerto. ¡Y fuiste tú, amigo mío, quien lo hizo posible!

—¿Zaor ha muerto? —preguntó Montagor, con la mirada fija en la elfa dorada.

—¡Ni siquiera tu hermana podría acercarse lo suficiente a él para obrar tal milagro! —se mofó Vashti—. No, estoy hablando de la hija de Zaor.

—La reina no tiene hijos —replicó Montagor, con un frunce de perplejidad en la frente.

—¡Eso lo sabe todo Siempre Unidos! Parece que la sangre de los Amarilis es demasiado clara. Lo mejor que puedes ofrecer en la actualidad es una reina estéril. ¡No, Zaor tiene una hija bastarda y de la Señora de las Torres, nada más y nada menos!

—¿Amlaruil Flor de Luna tiene una hija? ¿Está segura que es de Zaor?

—Oh, sí. Sospeché que estaba embarazada cuando la vi en la ceremonia de elección del rey. En esos momentos creí que le habían hecho el mocoso en un festival o que había conseguido llegar a Gran Maga ganándose el favor de Jannalor Nierde tumbada de espaldas —explicó lady Nimesin con crudeza—. Pero después me dediqué a seguir el rastro, y resultó que ella y Zaor estuvieron juntos en el momento correcto. Hay magos capaces de determinar la paternidad.

»¿Por qué crees que tenía tanto interés en que mi hijo fuera educado en las Torres? —preguntó a un Montagor consternado, dirigiéndole una ladina mirada—. ¡No era porque quisiera que aprendiera magia a los pies de una elfa gris, te lo aseguro!

—Kymil ha matado a la hija de Amlaruil —repitió el elfo plateado, aún aturdido.

—Bueno, eres lento pero parece que captas las cosas —comentó la matrona sarcásticamente—. Ilyrana Flor de Luna está muerta o lo estará pronto. Parece que la princesita prefiere ser sacerdotisa antes que maga. Ha dejado las Torres para ir a la arboleda de Corellon, en santa peregrinación. Kymil me lo ha comunicado. Y eso nos lleva a tu parte en el asunto.

—¡No pienso participar en un asesinato! —exclamó Montagor Amarilis.

—Un sentimiento admirable, pero llega un poco tarde —repuso lady Vashti secamente—. Cuando escoltaste a Kymil a las Torres, él te hizo partícipe de sus intenciones y, según él, tú no trataste de disuadirlo ni estuviste en contra. Quien calla otorga, pensamos nosotros, y lo mismo pensarán los demás. Si hablas, te condenarás.

—¿Qué debo hacer? —El elfo de la luna se dejó caer en una silla, derrotado. Lady Nimesin sonrió fríamente.

—Pasarán muchos días antes de que se eche en falta a Ilyrana. Para entonces, el veneno que primero la adormecerá profundamente ya habrá cumplido su misión. Ilyrana nunca ha salido de las Torres, por lo que todos creerán que se perdió en el bosque y murió. Es improbable que nadie sospeche nada, pero, por si acaso, tú proporcionarás a Kymil una coartada. Mi hijo abandonó las Torres el día antes de la partida de Ilyrana. Si alguien pregunta algo, tú dirás que lo invitaste a cazar en tu villa en las Colinas de las Águilas.

Montagor sentía que la cabeza le daba vueltas mientras trataba de asimilar ese rompecabezas. Él había vivido rodeado por pequeñas intrigas destinadas a ganar poder o mejorar de posición, pero nunca había creído posible que un elfo pudiera matar deliberadamente a otro para conseguir algo. No quería tener nada que ver con eso, pero mucho se temía que ya estaba tan enredado como lady Vashti afirmaba.

Sin embargo, ¿qué sería de él si los Nimesin tenían éxito? Montagor no creía que el elfo dorado se contentara con matar a la hija de Zaor. Lydi'aleera sería la siguiente víctima, ¡y quizá lady Nimesin lo obligaría a participar en el asesinato de su hermana! Después de desembarazarse de los Flor de Luna, ¿qué les impediría hacer lo propio con los Amarilis? No, ése era un camino demasiado inseguro para él. Era preciso que condujera a lady Nimesin a otro.

—Me temo que este asunto ya no puede resolverse de manera tan simple —dijo con gravedad—. Como ya sabe, mi hermana, la reina, aún no ha dado un heredero al trono. Usted no fue la única que notó las miradas que se intercambiaron Zaor y Amlaruil Flor de Luna en la ceremonia de las espadas, ni tampoco la única que busca bastardos del rey.

—¿Qué estás diciendo?

—Lydi'aleera sabe que la hija de Amlaruil es la heredera de Zaor y ya ha dado pasos para que la muchacha sea trasladada a palacio. Ahí radica el problema. La muerte de una sacerdotisa novicia puede ser tomada por un accidente; pero la muerte

de una heredera secreta al trono despertará muchos recelos, y no creo que ni usted ni yo pudiésemos sustraernos a ellos.

—¿Cómo es posible? ¡Te mostraste sorprendido cuando te dije que Amlaruil tenía una hija!

—Perdóneme por este engaño, milady —repuso Montagor, extendiendo las manos—. Tenía que fingir ignorancia para averiguar cuánto sabía usted. Es un asunto delicado. Estoy seguro de que lo comprende.

—¿Ha hablado ya Lydi'aleera con el rey? ¿Sabe él que tiene una hija?

—Sí —contestó Montagor sin dudarle, rezando para tener el tiempo suficiente a fin de avisar a su hermana a tiempo y no arruinar sus planes. *

—¡Entonces todo está perdido! —La elfa dorada se retorció las manos, desesperada—. Si lo hubiéramos sabido, Kymil hubiera hallado otra forma.

—Hay una posible solución. Kymil tiene que encontrar a la princesa antes de que el veneno haga efecto y traerla a palacio. Yo juraré que él ha actuado todo el tiempo en nombre de Lydi'aleera —propuso.

—¿Un Nimesin chico de los recados de una elfa gris? —Vashti manifestó su desprecio.

—Mejor eso que ser considerado asesino y traidor —señaló Montagor fríamente—. Y ni se imagine que me puede implicar en esto. Lydi'aleera jurará que la he ayudado a encontrar a la heredera de Zaor. ¡He demostrado mi lealtad a la familia real, aun a costa de ir en contra del interés y las reivindicaciones del clan Amarilis! En vista de esto, nadie creerá que conspiré con los Nimesin para deshacernos de la princesa real. No. ¡Los Nimesin serán los únicos culpables!

»No obstante —prosiguió después de dar tiempo a la elfa para que asimilara esa nueva amenaza—, hay un modo de que el clan Nimesin se libre del escándalo. Más de un clan de elfos dorados se ha marchado de Siempre Unidos. Precisamente la quincena pasada todos los Ni'-Tessine se trasladaron a Cormanthyr. Únanse a ellos y traten de recuperar allí el poder que han perdido en esta isla. Si se van, juro por mi vida y mi honor que nunca revelaré su secreto.

—Muy bien —dijo al fin lady Vashti, mirando a Montagor con odio no disimulado—. Kymil entregará a la bastarda y tendrá que desempeñar el papel de heroico salvador aunque le rechinen los dientes. Después, toda mi familia y yo abandonaremos esta isla. ¡Pero no pienses ni por un momento que dejaremos de trabajar por el bien del Pueblo!

Un familiar escalofrío recorrió a Montagor al oír esas palabras, pues en ellas vislumbraba la sombra de futuros desastres.

No obstante, se consoló rápidamente con el éxito que se había anotado. Una vez que los Nimesin estuvieran lejos, ya se encargaría él de prevenir futuros ataques. Después de todo, ¿acaso Siempre Unidos no era inviolable?

A Lydi'aleera no le harían ninguna gracia las nuevas, pero era una mujer pragmática. Asegurar una sucesión al trono era vital; ésa era la primera lección de las hojas de luna. Además, una mujer estéril no podría ser reina para siempre. Siempre Unidos necesitaba un heredero, incluso los elfos dorados estaban de acuerdo en ello.

—Con su permiso, lady Nimesin, debo ir a palacio —dijo Montagor, levantándose—. La reina debe saber que la princesa llegará antes de lo que estaba previsto.

Mientras se dirigía apresuradamente al Palacio de Ópalo por las calles de Leuthilspar, Montagor pensó que, irónicamente, sus últimas palabras contenían más verdad de lo que Vashti Nimesin podía suponer.

Las Torres del Sol y la Luna

Amlaruil, sola en su alcoba de la Torre de la Luna, contemplaba el retrato enmarcado que tenía entre las manos. Era una pintura de pequeñas dimensiones de Ilyrana de bebé, que uno de los estudiantes de mago le había regalado hacía pocos años.

La Gran Maga estudiaba el rostro de su única hija, buscando, como tantas veces, algún vínculo invisible entre ella misma y Zaor. Pero Ilyrana siempre había sido y siempre sería ella.

Amlaruil nunca había visto unos colores tan hermosos como los de su hija. Su rostro se asemejaba al ópalo que le daba nombre: blanco puro con leves toques de colores pastel, que casi parecían reflejos; azul muy pálido en sus angulosas facciones; una pincelada rosa en los labios y las depresiones de las mejillas; y un toque verde que brillaba entre sus rizos blancos. Ilyrana era tan hermosa, y casi tan remota, como los mismos dioses.

Con un suspiro, Amlaruil dejó a un lado el retrato y se reprochó en silencio la terrible sensación de pérdida que le provocaba la ausencia de su hija, que la había dejado como insensibilizada. ¡Probablemente no era más que egoísmo!

Ya mientras lo pensaba, Amlaruil supo que no era cierto. Si su hija hubiera ido a la arboleda de Corellon a estudiar para sacerdotisa, también la habría echado de menos, pero se hubiera consolado con la idea de que Ilyrana seguía el camino que había elegido. Pero no podía reconciliarse con el hecho de que la muchacha hubiera sido lle-

vada a la corte de Leuthilspar, en contra de sus propios deseos, para ser educada como princesa.

A Amlaruil le parecía que había motivos de preocupación. Algo sí había heredado Ilyrana de su madre: la joven estaba profundamente ligada al Seldarine, tanto que muchas veces parecía estar muy lejos de los elfos mortales que la rodeaban. ¿Cómo le iría entre los cortesanos, sólo interesados por sus frívolos y mezquinos asuntos? ¡En el palacio de la reina Lydi'aleera, la misteriosa y casi sobrenatural Ilyrana debía de sentirse como un unicornio en una jaula o un geniecillo atrapado en un vaso!

Una suave llamada a la puerta interrumpió las amargas reflexiones de la maga.

—¿Milady? Me han enviado a comunicaros que la cena está servida —dijo vacilante una voz masculina desde el exterior.

Amlaruil se sobresaltó y se sintió culpable. ¿La cena ya? Un día más había transcurrido casi sin darse cuenta.

La maga se levantó, se arregló los pliegues del manto e invitó al muchacho que había hablado a entrar. Tanyl Evanara, un joven elfo dorado con esbeltos brazos y piernas que prometían una gracia y una estatura fuera de lo corriente, se deslizó dentro.

—Perdonad que os importune, milady —dijo, y su mirada recayó inmediatamente en el retrato de Ilyrana.

—No pasa nada —dijo Amlaruil, suavizando sus palabras con una sonrisa—. Tú sólo haces lo que te piden, y muy bien, como de costumbre. ¿Estás progresando en tus estudios?

—¡Shanyrria Alenuath dice que, si quiero, puedo convertirme en un rapsoda de la espada! —La faz del muchacho se iluminó con una sonrisa—. ¡Dice que poseo la voz y la destreza con la espada adecuadas!

—Estoy segura de que tiene razón —dijo Amlaruil, pero se preguntó si las palabras de la apasionada rapsoda de la espada eran más fruto del impulso que de la reflexión. La joven Shanyrria tenía tendencia a ello. No obstante, era cierto que Tanyl prometía tanto en el uso de las armas como en el de magia cantora y, quizás, ése era su camino. Un rapsoda de la espada conjugaba magia, música y lucha en una técnica elfa única y, en muchos aspectos, era el epítome del guerrero elfo. No se trataba simplemente de un estilo de lucha, sino de una filosofía, y Amlaruil no podía imaginarse al gregario Tanyl convertido en un guerrero reservado y autosuficiente.

—Estoy segura de que Shanyrria no se equivoca sobre tu potencial —repitió Amlaruil—, pero recuerda que eres tú quien debe elegir tu camino. El que seas capaz de hacer algo no significa que tengas que hacerlo.

—Lo recordaré —dijo el joven en tono sombrío y el entrecejo fruncido. Entonces se inclinó ante Amlaruil y le ofreció el brazo con la gracia de un cortesano.

»Debo acompañaros al comedor. Tenéis que comer, bueno, eso dice Nakiasha —añadió con una amplia sonrisa. De pronto apareció como el muchacho que era. Era evidente que estaba encantado con la confianza que implicaban sus palabras. ¡Después de todo, incluso la hermosa Gran Maga de las Torres tenía que obedecer a alguien!

Conteniendo una sonrisa, Amlaruil tomó el brazo de Tanyl y juntos bajaron la escalera de caracol que conducía al comedor.

La elfa no pudo evitar preguntarse si el consejo que había dado a ese joven de gran talento se basaba en la realidad. ¿Acaso ella misma había podido elegir su camino? ¿Lo había hecho Ilyrana o Zaor? ¿De hecho, podía hacerlo alguien?

El suave murmullo de conversaciones que llenaba el comedor enmudeció casi por completo cuando la Gran Maga hizo acto de presencia. Amlaruil sonrió y dirigió una inclinación de cabeza a los elfos allí reunidos, indicando que continuaran con lo que hacían. Al lado del orgulloso Tanyl, la elfa avanzó hasta el mismo centro de la mesa

en forma de espiral. Al tomar asiento entre ellos, la asaltó de pronto una terrible y abrumadora sensación de desolación. Nada de aquello le parecía real; ni los elfos que la rodeaban, ni la comida en el plato, ni siquiera su presencia en la sala.

Amlaruil pinchó un trozo de carne de venado con el tenedor y fingió que comía. No obstante, sintió sobre ella la mirada desaprobadora de Belstram Durothil.

Un inquietante pensamiento se abrió paso en su mente. El joven noble ocupaba una posición preeminente dentro de su clan e incluso había ocupado un asiento en el Consejo, hasta que, de pronto, decidió abandonar la corte de Leuthilspar para estudiar magia en las Torres. Belstram era un pariente próximo de Mylaerla Durothil, la perspicaz matrona que había visto lo que ocurrió entre Zaor y Amlaruil el día anterior a la coronación. Ahora lady Durothil era una de las generalas de confianza de Zaor, pero era posible que le hubiera comentado a su pariente el «desastre que había logrado evitar» y que amenazaba la alianza entre los clanes Flor de Luna y Amarilis. Quizás había sido Belstram quien había descubierto quién era el padre de Ilyrana y lo había comunicado al Palacio de Ópalo. Desde luego, su llegada a las Torres había sido muy oportuna.

Amlaruil clavó la vista en su plato. De nada serviría que su mirada reflejara la amargura que la embargaba. Muchos miembros de ese clan creían que uno de ellos, o en su defecto un elfo dorado, debía gobernar en las Torres en su lugar.

—¿Os encontráis bien, milady? —preguntó Belstram cortésmente.

—No, y lo sabe muy bien.

Hubo un largo silencio antes de que Amlaruil se diera cuenta de que había pronunciado esas amargas palabras en voz alta. La Gran Maga se obligó a respirar hondo, para tratar de serenarse, y mirar al elfo dorado a los ojos.

—Perdóneme, lord Durothil y también todos vosotros —dijo con una voz clara que llegó a todos los rincones de la sala—. Hablé sin pensar, y sin ninguna mala intención. He estado demasiado absorta en mis propios asuntos, pero esto va a cambiar.

—Me alegro de oír eso, lady Amlaruil. ¿Queréis decir que dejaréis de vivir recluida en las Torres? —insistió Belstram—. Ese es un asunto que debemos tratar —continuó acaloradamente, acallando el murmullo de protesta de los magos—. Hace casi quince años que lady Amlaruil no sale de esas Torres, más o menos desde que nació su hija. De hecho, hasta hace poco, ni siquiera se sabía fuera de aquí que tuviera una hija.

—¿Y ahora que todo el mundo lo sabe? —preguntó Amlaruil con voz entrecortada, al tiempo que se levantaba con un movimiento rápido—. Es más, ¿y de qué sirve que se sepa?

—Ahora la casa real tiene una heredera —replicó suavemente el elfo dorado, levantándose para encararse con la airada maga—. Era algo necesario. Lo que

Siempre Unidos necesita ahora es una Gran Maga.

La desfachatez de Belstram provocó gritos ahogados en un buen número de elfos, mientras que otros se pusieron de pie para protestar. Como era de prever, la rapsoda de la espada Shanyrria desenvainó al punto su arma, lista para defender el honor de la Señora de las Torres.

Amlaruil miró al elfo dorado, asombrada de que osara desafiarla abiertamente ante todos los magos presentes. Pero todavía la asombró más que el rostro de Belstram no reflejara animosidad ninguna, ni siquiera ambición, sino profunda y genuina preocupación. Ella misma reconocía que el joven Durothil tenía razón.

—Gracias, lord Durothil —dijo dulcemente la elfa con una triste sonrisa en los labios—. Gracias por su sinceridad. Sus palabras son duras, pero también justas. No he sido la Gran Maga que Siempre Unidos se merece.

—Me mal interpretáis —repuso Belstram, en apariencia sinceramente consternado. Amlaruil se quedó estupefacta cuando el elfo hincó una rodilla ante ella.

—Os estáis muriendo, lady Amlaruil —le dijo con total franqueza—. Cada día que pasa os acercáis más a Arvador. Siempre Unidos necesita una Gran Maga, pero vos, deliberadamente, priváis a la isla de quizá la mayor Gran Maga que haya gobernado estas Torres. En el pasado pensé que Jannalor Nierde se había equivocado en la elección de su sucesora. No me deis la razón continuando por ese camino.

Durante un largo rato reinó en la sala un silencio total y absoluto. Finalmente, Nakiasha bufó en voz alta:

—Ya era hora de que alguien más, aparte de mí, hablara con sentido común en las Torres. Lo que me lleva a otra cuestión interesante: ¿estás completamente seguro de que no eres un elfo verde disfrazado, Belstram? —preguntó la terca hechicera.

La expresión de consternación que apareció en el rostro de Durothil despertó un ataque de hilaridad en la elfa del bosque.

La hilaridad de Nakiasha era contagiosa, de modo que, paulatinamente, todos los elfos se unieron a las risas, sintiéndose al fin liberados. Incluso Belstram esbozó una tímida sonrisa mientras se ponía en pie y volvía a su sitio.

Acicateada y también avergonzada por la verdad que encerraban las palabras del joven dorado, Amlaruil tomó de nuevo asiento e hizo un auténtico esfuerzo para tragar unos bocados. Según avanzaba la velada, el tono alegre de la cena derivó en celebración, pues la joven Gran Maga era muy amada y los elfos se sentían profundamente aliviados de haber podido expresar su preocupación por ella.

Mucho más tarde, cuando los elfos bailaban en los jardines de las Torres bajo un cielo cuajado de estrellas, Amlaruil se escabulló en dirección al bosque para reflexionar sobre lo ocurrido ese día. Siguiendo un instinto infalible, se encaminó hacia el claro en el que había conocido a Zaor.

La elfa se quedó un largo rato en silencio, recordando aquel primer encuentro y la

visión que tuvo en esa ocasión. Asimismo recordó la noche en la que Laeroth y ella distinguieron en el cielo la estrella llamada Rey Asesino, lo que, paradójicamente, desencadenó los hechos que condujeron a la coronación de un monarca elfo.

Y en el claro Zaor la encontró, guiado por Nakiasha. Al contemplar a su amor perdido, el rey comprendió por qué la hechicera lo había mandado llamar.

Amlaruil había sufrido un cambio terrible e inconfundible. En el pasado Zaor había sido testigo del tránsito de un elfo a Arvador, en concreto de su propio padre, un guardián que consagró su vida a la defensa de los bosques de Myth Drannor. Su padre simplemente se esfumó, dejando tras de sí el fugaz brillo de unas motas plateadas. Amlaruil estaba haciendo algo muy semejante. A la débil y sobrenatural luz de las estrellas, su esbelto cuerpo parecía casi translúcido. Zaor percibió las tenues sombras de aquellas brillantes motas, que en su caso no eran sólo plateadas sino también doradas, azules, verdes e incluso unos punti-tos relucientes de color obsidiana. A Zaor no lo sorprendió, pues para él Amlaruil era la reina no coronada de todos los elfos. No obstante, lo embargó una profunda tristeza al pensar no sólo en los años vacíos que había pasado en el Palacio de Ópalo, sino también en los siglos que se extendían ante él y que debería vivir privado de su único amor, de su auténtica reina.

—Vuelve a nosotros, Amlaruil —dijo suavemente.

La elfa se dio media vuelta al oír esa voz, sus ojos azules se abrieron mucho por el asombro y se llevó una mano a la garganta. Por un instante miró fijamente a Zaor, como si no estuviera del todo segura de que no fuera una ilusión. Entonces, su enjuto rostro se relajó, y sonrió.

—Sigues caminando tan sigilosamente como un guardián, mi señor.

Amlaruil hizo ademán de arrodillarse, pero Zaor se puso junto a ella con unos pocos pasos rápidos. Entonces la cogió por los brazos y la atrajo hacia él.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con voz ronca y enfadada. La elfa parpadeó.

—Pensaba hacer una reverencia al rey de Siempre Unidos —contestó.

—¡No me refiero a eso! Te estás alejando de Siempre Unidos. ¡No voy a permitirlo!

La elfa suspiró, turbada por la angustia que sonaba en la voz de Zaor y porque había dicho la verdad. Agachó la cabeza y la apoyó en el hombro del guerrero. Los brazos del elfo la rodearon.

—Prométeme que vas a quedarte —le pidió Zaor en un tono más suave—. Prométeme que te quedarás en Siempre Unidos mientras seas necesaria.

Amlaruil alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—No sé si puedo prometer algo así, mi señor. Y no creo que ni siquiera el rey de Siempre Unidos pueda pedirlo.

—Da igual. Tú tienes el poder para hacerlo.

Zaor sabía que estaba en lo cierto. Los elfos envejecían muy lentamente, pero parecía que el tiempo apenas pasaba para Amlaruil. Excepto por el peinado y por su mirada triste, seguía siendo la ágil doncella que vislumbrara hacía ya tantos años. Y desde el día que conoció a Ilyrana, le había acuciado la sospecha de que la muchacha no era del todo mortal. Su hija estaba tocada por los dioses. Zaor percibía la profunda comunión y conexión de Ilyrana con el Seldarine, aunque se escapaba a su comprensión. A través de Ilyrana había comprendido mejor la naturaleza de su madre; Amlaruil podría hacer cualquier cosa que se propusiera.

Amlaruil guardó un largo silencio, pues también ella reconocía que Zaor había dicho la verdad.

—Lo prometo —dijo al fin—. ¿Cómo está Ilyrana? —preguntó entonces con una débil sonrisa, desasiéndose del abrazo de Zaor.

Resultaba extrañamente reconfortante hablar de su hija como si fueran un matrimonio que acabara de reunirse después de un corto período de separación. Zaor tan sólo deseaba tener algo más que decir a Amlaruil.

—Es difícil conocer a Ilyrana —admitió—. No puede decirse que sea una muchacha fría ni grosera, pero se mantiene distante, reservada.

—¿Se ha adaptado a la vida en la corte?

Zaor suspiró.

—A primera vista, bastante bien. Tiene unos modales perfectos y una belleza notable; los jóvenes nobles ya hacen cola para cortejarla. Pero cuando no está en sus lecciones o en las ceremonias de la corte, casi no se relaciona con nadie.

—¿La reina es amable con ella? —inquirió Amlaruil con voz insegura. Odiaba preguntarlo, pero tenía que saberlo.

—Lydi'aleera no es desagradable, aunque no sabe qué hacer con Ilyrana. No la comprende. Y yo tampoco.

Amlaruil percibió un tono de culpabilidad.

—No te culpes. Ilyrana es una extraña para ti. Para bien o para mal, tomé esa decisión.

—Debiste habérmelo dicho —la reprendió Zaor suavemente. Pero Amlaruil negó con la cabeza.

—Si el día de la ceremonia de las espadas te hubiera dicho que llevaba a tu hija en mi seno, nunca hubieras accedido a esa alianza con los Amarilis. En la actualidad, el reino es seguro, las defensas de Siempre Unidos nunca han sido más fuertes e incluso los elfos dorados más belicosos hablan con orgullo de su rey, mal que les pese. ¿Hubiera sucedido algo de eso si hubieras rechazado a Lydi'aleera para desposarte con tu prima?

—¿Pero acaso importa, comparado con lo que hemos perdido?

—¡Claro que importa! —exclamó Amlaruil con súbito ardor—. ¡No desdeñes lo

que hemos conseguido ni rebajes los sacrificios que hemos tenido que hacer! ¡Si no creyera que lo que hice fue por el bien de Siempre Unidos, no podría soportar esta vida!

Zaor volvió a rodear a la airada elfa en sus brazos y la calmó con caricias y palabras suaves. Los años transcurridos desaparecieron, y Zaor notó gozoso que la antigua llama volvía a encenderse. Cuando creyó que no podría resistir más, Amlaruil se apartó de él y buscó sus ojos.

—¿Cómo es posible que no tengas un heredero legítimo? —le preguntó dulcemente. Zaor hizo una mueca, pero no trató de eludir la cuestión.

—Supongo que no tengo tu mismo espíritu de entrega para con Siempre Unidos. Hay algunos deberes que no puedo tolerar. Si eso me convierte en menos rey, que así sea. Lydi'aleera sabía que nuestro matrimonio sería simplemente una alianza política y nada más. Antes de casarnos le dije con toda sinceridad qué habría y qué no habría entre nosotros. No puedo ser una persona distinta a la que soy.

—¿Y qué eres? —murmuró Amlaruil, que leía la respuesta en sus ojos pero necesitaba oírse las pronunciar. —Soy tuyo. Sólo tuyo.

—Por esta noche —convino ella, cogiéndole las manos y tirando de él hacia un lecho de profundo musgo verde aterciopelado.

—No —la corrigió Zaor—. Para siempre.

En los meses siguientes Amlaruil cumplió las promesas que hiciera esa noche de modos que asombraron incluso a sus defensores más incondicionales.

Por fin salió de las Torres y recorrió toda la isla con un pequeño Círculo de magos, con el fin de evaluar a los jóvenes tanto de las casas nobles como plebeyas. Los que mostraban talento eran aceptados, con independencia de su posición social.

Eso desagradó a algunos elfos, particularmente a los descendientes de los poderosos clanes dorados, que creían que ya habían perdido suficientes privilegios. Amlaruil tenía una respuesta preparada para esos jóvenes inquietos y contrariados: organizó una confrontación. En pleno verano, un Círculo de magos se enfrentó de mentirijillas al poderoso mago guerrero Yalathanil Symbaern en los prados de Drelagara.

Pese a que todos comprendieron que esa justa mágica no era más que un entretenimiento, el poder que desplegó la vara mágica de Yalathanil ante la multitud de hechiceros, magos y nobles reunidos, tuvo el efecto deseado por Amlaruil.

La Gran Maga insistió en que los objetos mágicos no eran sólo tesoros de familia que debían mantenerse escondidos, sino una parte importante de la cultura elfa, un legado para todos los elfos. Amlaruil ofreció el apoyo de las Torres a cualquier aventurero que deseara recuperar objetos mágicos de las ruinas de civilizaciones elfas perdidas, así como ayuda a los artesanos para crear más. El resultado fue un gran

despliegue de actividad. El puerto de Leuthilspar se llenó de barcos que zarpaban hacia el este para reclamar los tesoros de gloriosos tiempos pasados.

Inspirados por el ejemplo de la Gran Maga, los elfos empezaron a cultivar las artes mágicas con mayor entusiasmo que nunca. No obstante, Amlaruil pronto aprendería que alimentar los esfuerzos de los elfos era cosa fácil, pero sobrellevar sus fracasos era muy distinto.

Los clanes empezaron a competir entre ellos para adquirir poder mágico, y a los hijos de las casas nobles se les exigía que se distinguieran en el Arte. A las Torres llegaron muchachos que, en épocas menos entusiastas, no deberían haber estado allí. El líder de todos ellos era Rennyn Aelorothei.

El joven elfo dorado se estaba convirtiendo en un problema. Al igual que muchos dorados, era arrogante y se sentía orgulloso de su alta cuna, pero, a diferencia de ellos había una barrera alrededor de su corazón que impedía que participara en ningún tipo de comunicación íntima.

El clan Aelorothei estaba empeñado en que su hijo fuera un Gran Mago, pero él nunca podría compartir la intensa unión que se establecía entre los magos de un Círculo.

Amlaruil trató de encauzar los talentos de Rennyn en otra dirección, pero el joven se negó a aprender el arte de los rapsodas de la espada de Shanyrria Alenuath, pues no quería rebajarse a ser el aprendiz de una elfa de la luna. Rennyn mostraba ciertas dotes para lanzar hechizos de batalla y crear ilusiones simples, pero a medida que su educación progresaba, se vio claramente que su talento para la magia era excepcionalmente bajo.

Había mucha demanda para entrar en las Torres y elfos muy prometedores esperaban su turno. Los demás archi-magos empezaron a exigir la expulsión de Rennyn, pero Amlaruil dudaba, y no sólo por temor a ofender a la poderosa familia Aelorothei. La elfa creía que el joven valía mucho y, aunque sus habilidades no eran las más valoradas en la cultura elfa, empezó a vislumbrar qué tarea le iba como un guante.

El día que lo llamó a sus habitaciones privadas, Rennyn llegó con la actitud de envarado orgullo de alguien que ve que su destino ha llegado y se prepara para afrontarlo con entereza.

—Ya sabes que yo me he consagrado al servicio de las Torres, pero soy la primera en admitir que Siempre Unidos es más que eso —empezó a decir Amlaruil, cogiendo inmediatamente al joven por sorpresa—. Hay otras tareas importantes que deben hacerse. Creo que un elfo con tus talentos debería poner la vista más allá de estas Torres.

—¿Y qué talentos pueden ser ésos? —inquirió Rennyn amargamente—. ¡Por mucho que me envolváis en palabras bonitas, soy un desastre como mago!

—No es cierto —objetó Amlaruil—. Has aprendido los rudimentos de muchos tipos de magia. Convengo contigo en que no tienes el potencial para convertirte en archi-mago, pero con un poco de ayuda de los instrumentos adecuados, puedes realizar cualquier tarea mágica que necesites.

La Gran Maga se quitó un anillo que llevaba y se lo ofreció, al tiempo que le decía:

—Ponte este anillo e imagínate que tienes que hablar con un elfo del bosque, con un extraño.

Rennyn le dirigió una mirada incrédula, pero hizo lo que la elfa le pedía. Entonces se volvió para mirarse al espejo y retrocedió al punto, asustado por el rostro extraño que veía reflejado. Era su propia cara, pero cobriza y cubierta de tatuajes verdes y marrones, y con unos inescrutables ojos negros. Su cabello rubio era ahora castaño y adornado con plumas y cuentas. Rennyn alzó una mano para tocarse la cara y comprobó sorprendido que el elfo silvano del espejo hacía lo propio. Amlaruil sonrió.

—La magia del anillo te va bien. Posees un talento natural para fingir ser quien no eres. He visto cómo conquistabas a una doncella elfa con una sonrisa y cómo convencías a un soldado de que eras su camarada y amigo con unas pocas palabras. Y, sin embargo, perdóname por decirte esto, tú permanecías indiferente. Te mantienes alejado de aquellos con quienes confraternizas y sólo das exactamente lo que quieres, ni un ápice más. De hecho, la descripción que podrían hacer de ti la doncella elfa y el soldado no se parecerían en nada.

Amlaruil se inclinó hacia adelante y prosiguió con expresión seria:

—Tengo en mente una tarea para ti, para la que creo que eres el elfo más adecuado. Tal vez no te parezca tan respetable como ser consejero o mago guerrero, pero es igualmente trascendental para Siempre Unidos. Quiero que seas los ojos y los oídos de las Torres. Quiero que viajes por Siempre Unidos y a tierras muy lejanas y que me transmitas las informaciones que aquí deberíamos saber.

—¿Me pedís que sea un espía? —preguntó Rennyn, más sorprendido que ofendido.

—Un diplomático de incógnito —puntualizó la elfa—. Posees un juicio agudo y una discreción excelente, y si en alguna ocasión esos talentos no te bastaran, tu destreza con las armas es tan impresionante que lo compensaría. Tu primera misión es algo de gran importancia que sólo puedo confiar a un elfo de tu talento.

Amlaruil se puso en pie y se despojó de su manto. Los pliegues de la seda de su vestido se adherían a su protuberante abdomen.

—Como ves, estoy otra vez embarazada —dijo con voz serena. Sus manos rodearon su vientre, como si acunaran la vida que albergaba—. Antes del fin del invierno daré a luz a dos gemelos, hijos del rey Zaor. Serán criados en secreto con

unos parientes lejanos y entrenados junto a los guerreros del alcázar Craulnober. Tu serás su valedor y guardaespaldas y te asegurarás de que lleguen allí. Nadie debe conocer su identidad, ni la tuya. —Amlaruil sonrió al asombrado elfo—. ¿Te encomendaría una misión tan importante para mí si no fueras el más adecuado?

—¿Y el rey? —logró preguntar al fin Rennyn.

—Zaor conoce mi decisión y la aprueba. Después de cumplir esta misión podrás embarcarte hacia el continente. Ese anillo que llevas es también una runa elfa, un dispositivo que yo he creado y que he encantado para que puedas comunicarte conmigo cuando desees. Asimismo te traerá de vuelta al instante a Siempre Unidos en tiempos de grave peligro. Ya te enseñaré cómo usar esos poderes. Pero antes —sugirió—, muéstrame qué disfraz adoptarás cuando vayas al alcázar Craulnober.

Rennyn volvió a mirarse al espejo. Una débil sonrisa sarcástica curvó sus labios al contemplarse. Ahora era un guerrero de la luna, de tez blanca y pelo plateado, casi tan corpulento como un humano y con unos brazos y hombros que sugerían una fuerza intimidadora.

—Perdonad, milady—murmuró—, pero no creo que a mis padres les hiciera mucha gracia mi transformación.

—Deja en mis manos a tu familia, del mismo modo que yo dejo a la mía en las tuyas —replicó Amlaruil con firmeza, yendo a colocarse junto al joven. Luego le puso una mano sobre el hombro—. Diré al clan Aelorothi lo que deban saber para comprender lo importante que es su hijo para Siempre Unidos. La tuya es una familia honorable; se reunirán y sólo dirán con orgullo que Rennyn viaja por encargo del rey.

—Gracias por permitir que mi familia salve la cara —dijo Rennyn, dándose la vuelta y haciendo una profunda reverencia a la Gran Maga.

—¿Todavía crees que lo hago por eso? —dijo la elfa—. Eres un elfo notable, Rennyn, con talentos poco habituales. Aunque servirás al rey Zaor, serás mi representante y el guardián de mis hijos. No creas que asigno tales tareas a la ligera.

—El caballero de la reina —murmuró Rennyn pensativamente. En sus ojos apareció una mirada de orgullo.

—No creo que a la reina Lydi'aleera le gustara oír eso —lo reprendió Amlaruil, enarcando una ceja.

—Lydi'aleera es una boba sin ningún atractivo —replicó Rennyn sin rencor. Entonces se encogió de hombros y añadió—: Perdonadme, pero para mí vos sois la verdadera reina de Siempre Unidos y no Lydi'aleera. Y no lo digo solamente por los herederos que habéis dado a Zaor.

Antes de que Amlaruil pudiera decir nada, Rennyn desenvainó su espada, la puso a los pies de la elfa y juró de rodillas:

—Os protegeré a vos y a vuestros hijos, en secreto y con honor. Seré el caballero a la sombra de una reina a la sombra.

Quizá porque el joven la miraba con una cara tan expectante o quizá porque necesitaba desesperadamente creer en su valía y en la de Amlaruil, la elfa alzó la espada y con reverente solemnidad armó caballero de Siempre Unidos a Rennyn Aelorothe. Una vez sola, Amlaruil se dio cuenta de que no lo lamentaba.

Antes de volver a sus responsabilidades, la elfa ocultó de nuevo su figura con el manto de Gran Maga y contempló pensativamente su imagen en el espejo.

Le pareció percibir la débil sombra de una corona sobre su frente y se preguntó si quizá la magia del anillo de Rennyn permitía al joven ver a través de las ilusiones, además de crearlas. El joven dorado había visto una verdad que ella se resistía a aceptar: aunque sólo gobernaba en las Torres del Sol y la Luna, en corazón y en espíritu era la verdadera reina de Siempre Unidos. Los dioses lo sabían. ¿Acaso no había podido tocar la hoja de luna de Zaor, la espada del rey, como si fuera suya?

¿Qué importaba que los elfos no supieran quién era ni la reconocieran como su reina? Ella los seguiría sirviendo como una reina en la sombra, tal como la había llamado Rennyn. En la sombra, pero reina.

Satisfecha, Amlaruil abandonó sus aposentos para continuar dirigiendo las Torres.

Ventanas al mundo

Amlaruil trató de mirar severamente a los dos bribon-zuelos que tenía delante, con sus alborotadas cabezas azules tímidamente inclinadas y sus pies desnudos rozando el suelo de mármol pulido.

Sin embargo, le costaba mucho sentir algo parecido a la cólera maternal por la última trastada de los gemelos. De hecho, tenía que contenerse para no rodearlos en un abrazo y perdonarlos de inmediato por esa falta y cualquier otra que cometieran en el futuro.

Xharlion y Zhoron eran pequeñas réplicas de su padre. Robustos y testarudos, habían heredado las marcadas facciones de su padre —incluido el hoyuelo en el centro de la barbilla—, así como los característicos rizos azul zafiro de Zaor. Amlaruil no podía evitar sonreír nostálgicamente cada vez que los veía, algo que, por desgracia, sucedía muy poco a menudo.

—Lord y lady Craulnober os han acogido —les recordó con fingida severidad—. Debéis obedecerlos como me obedeceríais a mí y estudiar aplicadamente todo lo que tenéis que aprender.

—¿También a bailar? —exclamó Xharlion, pronunciando la palabra «bailar» con un agudo desprecio—. ¿De qué les sirve bailar a los guerreros de Siempre Unidos?

—Es tradición de los Craulnober enseñar a todos los jóvenes elfos que tienen bajo su cargo los adornos de la corte además de la destreza en el campo de batalla. Y debo añadir que es una costumbre que apruebo de todo corazón. La vida no nos exige una única tarea, por lo que un elfo noble debe ser capaz de comportarse como es debido en muchas circunstancias. A ver, ¿qué tenéis contra el baile? ¡Para un elfo es algo tan importante y tan natural como la magia!

—Bueno, ambas cosas no son tan malas cuando las pones juntas —observó el pequeño Zhoron, y sus ojos azules brillaron maliciosamente. Los hombros de los gemelos se agitaron al recordar con regocijo los acontecimientos de la mañana.

Amlaruil tuvo que hacer un esfuerzo por no compartir su hilaridad. Pero la imagen de la tranquila Chichlandra Craulnober chillando y agarrándose las faldas estuvo a punto de dar al traste con su resolución.

—No deberíais haber lanzado ese hechizo para que lady Chichlandra bailara en el techo —los riñó.

—Lady patas de pollo —improvisó Zhoron, y ambos gemelos volvieron a retorcerse de risa—. ¡Tendría que llevar unos bombachos más largos!

—Y, además, baila como un pollo —añadió Xharlion. El muchacho se puso las

manos bajo las axilas y movió los brazos como si fueran alas, al tiempo que ejecutaba con amaneramiento los primeros pasos de una danza en círculo. Su imitación de la sonrisa tensa y repipi de lady Chichlandra era tan perfecta que resultaba inquietante.

Finalmente Amlaruil sucumbió y lanzó una risa ahogada, lo que le valió un par de idénticas sonrisas de complicidad.

—No penséis ni por un momento que apruebo lo que habéis hecho —advirtió a los pilludos—. Da igual qué opinéis del baile de lady Chichlandra o de sus piernas, pero debéis mostrarle el debido respeto. Aterrorizar y avergonzar a vuestra anfitriona no es el comportamiento que espero de vosotros.

El tono de auténtica decepción de su voz acabó penetrando en el ánimo bromista de los gemelos. Ambos murmuraron sus disculpas y, cuando Amlaruil los despidió, no saltaron por la ventana como tenían por costumbre, sino que salieron andando de la habitación y continuaron andando por el pasillo que conducía al jardín. No obstante, pocos segundos después ya habían encontrado sus espadas de madera y luchaban con gran entusiasmo, lanzando gritos de batalla tan fuertes que amedrentarían incluso a un ogro bien armado.

Amlaruil suspiró mientras los miraba jugar, lamentando que su trabajo en las Torres la impidiera pasar más tiempo con ellos.

—Aquí los educan bien, señora —le aseguró un Rennyn Aelrothi salido de las sombras, que se colocó junto a ella. El elfo dorado era un asiduo visitante del alcázar y se consideraba ya un segundo tutor de los gemelos—. No hay en todo Siempre Unidos mejor maestro de armas que Elanjar Craulnober.

—¡Caramba! —exclamó la maga, volviéndose hacia Rennyn para dirigirle una sonrisa—. ¡Jamás pensé que llegaría a oír de tus labios tal elogio hacia un elfo plateado!

—En los últimos diez años he visto muchas cosas —respondió Rennyn, encogiéndose de hombros—. Las cosas no son tan sencillas como yo creía y, al contrario de lo que pensamos los elfos dorados, sí tenemos parangón. Hay culturas elfas muy diferentes de la de Siempre Unidos, pero igualmente respetables.

—Eso me decías antes. Cuéntame más cosas de los elfos de las Moonshaes —le urgió. Rennyn acababa de regresar de esas islas y deseaba extenderse sobre el tema.

—Son feroces guerreros y magníficos jinetes. La verdad, a lomos de sus caballos parecen auténticos centauros —contó con entusiasmo—. Su magia también es diferente de la nuestra y está íntimamente unida a la tierra. Incluso a un elfo le costaría mucho encontrar el valle en el que moran, pues la magia lo oculta a las miradas de extraños. —Aquí hizo una pausa, y continuó—: De hecho, ese valle resguardado podría ser un lugar muy adecuado para que unos jóvenes e inquietos príncipes salieran al mundo.

Amlaruil asintió pensativamente mientras observaba a los gemelos enzarzados en

su combate. Lo que empezó siendo un exaltado juego se había convertido en feroz duelo. Amlaruil vio cómo lanzaban al suelo las espadas y se lanzaban el uno contra el otro. Cayeron juntos y rodaron sin dejar de golpearse con puños y pies. Por suerte para la atribulada madre, estaban haciendo más daño a los macizos de flores de lady Craulnober que uno al otro.

—Se parecen demasiado a su padre; necesitan buscar reinos o formar los suyos propios —pensó Amlaruil en voz alta—. Me temo que en Siempre Unidos no tienen mucho futuro, pues Ilyrana parece destinada a reinar.

—Es posible que el valle de Synnoria necesite el tipo de guerreros que Xharlion y Zhoron llegarán a ser —sugirió Rennyn—. Ahora los elfos están bastante seguros, pero temo por ellos cuando los humanos sean más numerosos en la isla. Tal vez la presencia de los jóvenes príncipes ayude a persuadir a los elfos de allí a que abran una puerta entre Siempre Unidos y su valle.

—Buena idea —lo elogió Amlaruil—. Has hecho un buen trabajo creando lazos de amistad con otras comunidades elfas y entrenando a los elfos Ahmaquissar para que sigan tu ejemplo.

—Gracias por vuestras palabras, milady —dijo Rennyn con una inclinación de cabeza—. Pero eso me recuerda que es posible que estemos a punto de perder a uno de nuestros agentes: Nevarth Ahmaquissar.

—¿Y eso?

—Desea quedarse en el bosque Elevado, en compañía de una doncella elfa.

—Ah. —Amlaruil asintió comprensivamente, aunque le costaba imaginárselo. Nevarth era un despreocupado pillo que cambiaba casi tan frecuentemente de moza como de camisa—. ¿La conoces? —preguntó.

—Sí —contestó Rennyn con cara de preocupación—. Es muy hermosa y cautivadora. Supongo que es comprensible que Nevarth haya perdido la cabeza por ella.

La maga comprendió la vacilación de su agente. Aunque era perfectamente consciente del poder del amor cuando uno es joven, también sabía que Nevarth se había entrenado duro durante mucho tiempo para llegar a ser agente de la Gran Maga. No era algo a lo que pudiera renunciar fácilmente.

—Quizá debería llamarlo y preguntarle cuáles son sus intenciones.

—Sería conveniente. Si me lo permitís, prefiero no estar presente cuando habléis con él. —Rennyn hizo una pausa y pareció otra vez preocupado—. No me agradecería que haya hablado contra su enamorada. Está muy celoso y ya me ha acusado de tratar de interponerme entre ellos para ganarme favores de su amada.

Amlaruil arrugó el ceño. Eso no parecía propio de Nevarth. Era un comportamiento más propio de un hechizado que de un enamorado.

—Voy a comunicarme con él enseguida a través de la runa que lleva. Puedes irte,

Rennyn, y te prometo que seré discreta sobre mi fuente de información.

El elfo dorado le dirigió una inclinación de cabeza y abandonó la habitación. Una vez sola, Amlaruil tocó el anillo que llevaba en el dedo meñique y pronunció el nombre de su agente, seguido por una frase arcana.

Transcurrieron varios segundos antes de que Nevarth respondiera. Su voz sonaba distinta, abstraída y casi impaciente. Amlaruil, cada vez más intranquila, insistió en que tenía que verlo al instante en el pequeño pabellón situado junto al lago de los Sueños, donde la Gran Maga y sus agentes solían reunirse.

Cuando la luz del anillo se apagó, después de que Nevarth accediera aunque de mala gana, Amlaruil se recogió las faldas y salió corriendo al jardín, convertido en el improvisado campo de batalla de los gemelos. Sólo hubo tiempo para un rápido abrazo y un breve recordatorio del comportamiento que se esperaba de ellos antes de que, una vez más, su deber la apartara de sus seres queridos.

—¿Por qué debes irte?

Nevarth Ahmaquissar dejó por un momento de tirar de sus botas, para lanzar una mirada nostálgica a la elfa acurrucada entre los cojines de seda del lecho que habían compartido. Incluso recién despertada, la joven era asombrosa: era la elfa de la luna más hermosa que jamás hubiera visto. Aún tenía la densa melena negra azabache alborotada por las caricias de Nevarth, y su cuerpo desnudo poseía un tono cremoso cálido e intenso. Como si percibiera una súbita debilidad, Araushnee hizo un lindo mohín y repitió la invitación dando golpecitos en los cojines.

—¿Qué significa para ti Amlaruil? Cuando yo te llamo, no te das tanta prisa —dijo con una voz que a Nevarth le pareció al mismo tiempo vino elfo y terciopelo negro.

—¿Prisa? —El elfo sonrió—. ¡Eso nunca! Quiero saborearte despacito, amor mío. —Pero me abandonas.

—Sólo un ratito —respondió con dulzura—. Tengo asuntos que atender en Siempre Unidos, pero enseguida volveré. Y cuando lo haga, ya no tendré que marcharme nunca más.

—¡Bonitas palabras, nada más! —se burló Araushnee—. ¿Cuántas doncellas elfas han oído la misma canción del afamado trovador Nevarth?

—Mi corazón es sólo tuyo —repuso el elfo, con una dignidad muy distinta de sus habituales bromas. Al mismo tiempo le cogió una mano y se la llevó a los labios—. Sabes que digo la verdad.

—Entonces déjame algo en prenda hasta que regreses. —Araushnee levantó la otra mano y acarició con un dedo el anillo que Nevarth llevaba en el meñique—. Por ejemplo, este anillo.

—No puedo. —El elfo vacilaba, como si estuviera decidiendo qué podía revelar.

Entonces las palabras le salieron precipitadamente—: Por mí, te daría esto o cualquier otra cosa, pero no puedo. El anillo está encantado y nadie más que yo puede llevarlo. Ni siquiera puedo quitármelo mientras viva, y cuando muera, su magia morirá conmigo.

—Eres poseedor de una magia muy poderosa para ser un trovador —comentó la doncella, enarcando una ceja negra.

—Sí —contestó él, y aunque ella esperó, no dio más explicaciones. Araushnee suspiró y se quitó una sortija.

—¡Si no quieres dejarme nada en prenda, al menos llévate una mía! Lleva esto a Siempre Unidos contigo, y piensa en mí cada vez que lo mires.

Nevarth tendió la mano de buena gana. Contempló la sortija que la joven deslizaba en su dedo corazón y se dio cuenta de que se ensanchaba para adaptarse al mayor tamaño de su mano. La piedra, un rubí, parecía mirarlo como un malintencionado ojo rojo. Nevarth parpadeó y sacudió la cabeza, como si quisiera conjurar la extraña imagen. Al volver a mirar, la sortija no era más que una hermosa piedra roja, tan brillante, vital y encantadoramente intensa como la elfa que compartía su lecho y que le había robado el corazón.

Araushnee se arrodilló y enroscó los brazos alrededor del cuello de Nevarth, al tiempo que alzaba el rostro para un beso de despedida. El elfo la besó con ansia. Cuando se marchó, su sonrisa decía que no necesitaría su prenda para recordarla siempre.

La elfa miró cómo Nevarth se escabullía por el sendero plateado de magia y esperó hasta que la sombra de calor que dejó tras de sí se esfumó por completo. Entonces empezó a transformarse. El intenso color azabache de su pelo palideció, derramándose sobre su piel como tinta vertida. Súbitamente se hizo más alta y poderosa. Su cuerpo era ahora más exuberante y relucía a la luz de la lámpara como obsidiana pulida. Araushnee se levantó de la cama y se deslizó hasta un arcón cerrado, del que sacó un cuenco de adivinación rojo sangre. Cuando se arrodilló y clavó la vista en él, sus grandes ojos azules cambiaron para convertirse en un reflejo del malévolos ojo carmesí que Nevarth llevaba en su honor.

El ser conocido mucho tiempo atrás como Araushnee examinó el cuenco con atención, mientras los últimos vestigios de su disfraz mortal se desvanecían. Ni siquiera con la aguda vista de un drow, el avatar de la diosa Lloth pudo percibir algo. Tampoco lo había esperado. La magia que protegía Siempre Unidos era poderosa y sutil, y ella no podía atravesarla ni siquiera con todo su poder. Ninguno de sus intentos, ni los de sus agentes, había sido capaz de atravesar el escudo que Corellon había tejido alrededor de sus hijos mortales.

Bueno, Araushnee —o Lloth, como ahora se la conocía— también tenía hijos y nadie tejía redes mejor que ella. Bajo las tierras que hollaban los hijos de Corellon,

bajo los mares que surcaban, los hijos de Lloth vivían en un laberinto de túneles tan intrincados y enrevesados que ni siquiera ellos conocían todos sus secretos.

Durante cientos de años los drows habían buscado una vía bajo el mar para llegar a Siempre Unidos. Hasta ahora habían fallado, pues los conjuros de desorientación que protegían la isla eran muy potentes. Más de una vez los esfuerzos de muchos años habían sido arruinados por una repentina y terrible inundación de los túneles contruidos con precipitación. Por el momento, Siempre Unidos estaba fuera del alcance de las garras de Lloth.

Pero Nevarth, ese jovenzuelo que estaba loco por ella, iba a cambiar las cosas. Al igual que tantos y tantos elfos de Siempre Unidos, estaba totalmente al servicio de esa advenediza, esa Amlaruil.

Lloth odiaba a la Gran Maga de Siempre Unidos con una vehemencia equiparable a la aversión que sentía por Corellon. No obstante, casi estaba agradecida a la elfa de la luna, ya que, después de todo, era ella quien había abierto ventanas entre Siempre Unidos y el resto de Aber-toril.

Esas ventanas, si se usaban correctamente, permitían mirar en ambas direcciones.

A Lloth no le había resultado nada sencillo adoptar una forma avatar tan distinta de su naturaleza y tampoco interpretar el papel de una seductora elfa de la luna. Pero si su táctica daba resultado, el premio la compensaría por todas esas molestias.

Y cuando Nevarth regresara para reclamar a su «amada», Lloth se daría el gusto de matarlo lentamente, dedicándole una atención exquisita para hacerle sentir todos los matices posibles de dolor.

La diosa oscura esbozó una sonrisa casi de satisfacción. Incluso comparada con las pasiones que la dominaban —un devorador odio hacia los elfos, ansia de poder y una implacable sed de venganza—, la devoción de Nevarth hacia su preciosa Amlaruil era algo poderoso. Sería un placer para ella comunicarle que no sólo había sido traicionado, sino que él había traicionado a Siempre Unidos.

El torbellino blanco que se formaba durante el vertiginoso viaje mágico desapareció y fue reemplazado por una neblina color verde oscuro. A medida que la bruma verde se fue concretando, Nevarth Ahmaquissar percibió que la familiar magia del bosque de Siempre Unidos lo envolvía, como para darle la bienvenida.

Sin embargo, esta vez había algo raro. El elfo oyó un débil sonido, chillidos y gritos como de un animal herido. Nevarth los siguió hasta el borde de ún ancho hoyo.

Dentro, sangrando por una docena de heridas había un enorme jabalí, enloquecido por el dolor y el miedo.

El elfo frunció el entrecejo. Los suyos no tenían por costumbre cazar con ese tipo de trampas, pues se corría el riesgo de que un animal quedara atrapado en ella herido e indefenso. Al examinar al animal, se dio cuenta de que aún era peor. Al parecer, las

heridas habían sido infligidas por flechas y lanzas elfas. Alguien había herido deliberadamente al jabalí y después lo había abandonado allí. ¿Pero por qué?

El débil sonido de unas botas elfas lo alertó. Quizá la respuesta se acercaba. Nevarth se ocultó raudo entre el denso follaje y se agachó, con las orejas bien abiertas.

—¿Está lista la trampa? —preguntó un elfo joven. La voz era melodiosa y refinada.

Nevarth trató de ver quién había hablado, pero la espesa cortina de hojas le impedía ver.

—Tal como quedamos —respondió otro elfo—. El rey Zaor vendrá solo. De eso estoy seguro. Cuando pase entre los robles gemelos, cosa que debe hacer para llegar al pabellón, las cuerdas elevarán la red situada bajo el jabalí. Al verse fuera del hoyo, el animal, enloquecido por el dolor, atacará cualquier cosa que tenga cerca. ¡Ningún elfo, ni siquiera Zaor Flor de Luna, es rival para un jabalí herido!

—Es un animal aterrador y dispuesto para luchar —comentó el primer elfo—. Buen trabajo, Fenian.

—Espero que el dolor y la rabia que siente el jabalí impida que caiga bajo el hechizo del rey —dijo con voz preocupada el llamado Fenian—. Mi padre conoció a Zaor en Cormanthyr y me dijo que no había otro guardián como él. ¿Crees que será capaz de domar a esa bestia?

—Lo dudo. —El primer elfo rió—. E incluso si consigue domarlo o matarlo, no encontrará despejado el camino de vuelta a Leuthilspar. Tengo otras trampas preparadas para él. En caso necesario, me encantará matarlo personalmente. Mi madre me pidió que no acabara yo mismo con el gris, pues siempre existe la posibilidad de ser descubierto, pero ojalá pudiera. ¿Acaso no he jurado acabar con todos y cada uno de los pretendientes grises al trono?

Nevarth no pudo soportar más. Salió de golpe de su escondite, desenvainando la espada al tiempo que se precipitaba hacia los traidores.

Ellos miraron al elfo de la luna con el desconcierto pintado en sus caras. Asombrado, Nevarth se dio cuenta de que conocía a uno de los traidores. Fenian Ni'Tessine había abandonado Siempre Unidos años atrás junto con su clan dorado para ir a instalarse en los bosques de Cormanthyr. El otro, un dorado algo más joven, también le resultaba familiar, pero no lograba recordar quién era.

Ambos dorados desenvainaron sus aceros. En un acuerdo tácito, se abrieron, obligando a Nevarth a elegir un solo rival. El elfo de la luna escogió a Fenian y arremetió con la espada en alto, listo para descargarla.

Como Nevarth esperaba, Fenian alzó su arma a fin de parar la estocada. El elfo de la luna golpeó con gran fuerza, y las espadas chocaron lanzando chispas hacia las sombras del bosque. Antes de que el traidor pudiera recuperarse y liberar la espada,

Nevarth se sacó un largo cuchillo del cinto y se dispuso a clavarlo por debajo de las espadas entrelazadas.

Pero el segundo elfo dorado frustró sus planes al causarle un profundo corte en la palma de la mano que sostenía el cuchillo. El elfo de la luna trazó un amplio arco con el brazo y, de un modo u otro, logró propinar a su atacante un soberano puñetazo en pleno rostro. Entonces giró para enfrentarse cara a cara con los dos dorados, apostados con las espadas en alto como gatos al acecho.

Nevarth hizo lo que pudo, pero su espada y cuchillo no podían contrarrestar las dos espadas de los traidores. Una y otra vez éstos superaban sus defensas y le dejaban largos regueros de sangre en brazos, pecho y cara.

No obstante, Nevarth seguía luchando, no sólo por su vida sino también para salvar al rey. Tenía que sobrevivir o Zaor caería en la trampa.

Una voz femenina pronunció su nombre y, de pronto, Nevarth supo que había ganado.

—Es Amlaruil, la Gran Maga —informó a los traidores, hablando entre el rápido intercambio de estocadas—. Podéis daros por muertos.

En el rostro del elfo más joven asomó una expresión de profundo odio, pero retrocedió ágilmente ante la espada de Nevarth y gritó:

—¡Fenian, a los árboles! Dejemos que la puta del rey encuentre a su campeón muerto. ¡La abatirás con una flecha mientras lamente su muerte!

A Nevarth le pareció un poco presuntuoso, teniendo en cuenta que seguía muy vivo. Pero apenas había acabado de formular ese pensamiento cuando el elfo dorado se volvió, blandiendo la espada en el aire con tal rapidez que dejaba una estela plateada. Nevarth no sintió el corte, pero le pareció que el suelo empapado de sangre iba a su encuentro. En un rincón de su mente, que se iba apagando, vio al dorado envainar la espada y fundirse con el bosque.

El elfo de la luna trató de avisar a Amlaruil, trató de alejarla de allí, trató de decirle que se marchara cuando se arrodilló a su lado. Pero sentía un frío glacial en el cuerpo, y sus brazos y piernas ya no le respondían. De su garganta sesgada no podían salir las palabras.

Tuvo un breve pensamiento para su Araushnee pero, extrañamente, no pudo evocar una imagen de su rostro. La luz se apagó ante sus ojos, hasta que lo único que vio fue una imagen del reluciente rubí que llevaba y una terrible sensación de profundo fracaso. Amlaruil moriría por su culpa.

«Sí, morirá, y con ella todos los hijos de Corellon.» Una voz exultante, que le era muy familiar, resonó en su mente.

Entonces oyó que Amlaruil tomaba aire, sobresaltada, y se dio cuenta de que también ella había oído esa voz oscura y aterciopelada. De pronto enmudeció y abandonó su desgarrado cuerpo.

Amlaruil contempló incrédulamente al elfo muerto, tratando desesperadamente de imaginarse qué habría ocurrido. Se había producido una encarnizada lucha, ella misma había oído el entrechocar de las espadas desde el cercano pabellón. Sus enemigos no podían andar muy lejos. ¿Y qué era esa terrible y perversa voz, esa sensación de magia oscura y maligna que envolvía al elfo como un aura?

Debía hallar las respuestas usando cualquier medio a su alcance. La maga respiró hondo y se dispuso a hacer algo que para todos los elfos era anatema: interferir con la otra vida. Demorar el paso a Arvador, fuera por la razón que fuese, era algo terrible. Pero Amlaruil sabía que debía hacerlo.

Ella no era una sacerdotisa, pero la unía un vínculo profundo y directo con el Seldarine. Así pues, proyectó sus pensamientos al camino a Arvador que Nevarth debía de estar recorriendo.

En la neblina gris entre el mundo mortal y el inmortal, la maga percibió el vacilante espíritu del elfo de la luna. Entonces le apremió para saber qué había ocurrido. Nevarth le respondió sin palabras, transfiriéndole sus pensamientos, sus miedos y fracasos. Le comunicó el nombre que conocía —Fenian— y le informó que había más traidores. Asimismo le reveló sus remordimientos, sus esperanzas y sus sueños más preciados. La información invadió la mente de Amlaruil y un nombre, un nombre procedente de la mitología elfa, se destacó. Una sensación de miedo y absoluto terror se apoderó de ella al darse cuenta de lo que Nevarth había traído a Siempre Unidos. No obstante, el mensaje más urgente del espíritu, que ya se alejaba, no fue sobre la diosa Araushnee sino sobre un peligro mortal más inmediato.

Actuando instintivamente, Amlaruil empujó a un lado el cuerpo de Nevarth y rodó sobre sí misma. Dos flechas se clavaron en rápida sucesión en el elfo de la luna muerto.

La Gran Maga se puso de pie de un salto. En sus ojos azules brillaba una luz guerrera, y tenía las manos extendidas. De las puntas de sus dedos brotó una pequeña descarga de energía, que chisporroteó hacia el lugar del que procedían los proyectiles. Un grito de dolor resonó en el bosque, y las hojas de los árboles crujieron cuando los enemigos ocultos huyeron.

Por un instante Amlaruil se sintió tentada de perseguirlos. Pero debía atender un asunto más urgente: Zaor se encontraba en grave peligro. Nevarth desconocía la ubicación y la naturaleza de las trampas que los traidores habían tendido al rey, por lo que ella poca cosa podía hacer para frustrarlas. Tampoco sabía dónde estaba Zaor ni contaba con los medios para comunicarse con él por medio de la magia.

Pero había alguien que sí lo sabía. Amlaruil se preparó para la confrontación que le esperaba. Nunca se había presentado ante la esposa de Zaor, ni siquiera una vez. Pero Lydi'aleera llevaba una runa sintonizada con el rey, un regalo de las Torres creado por la misma Amlaruil.

La Gran Maga se inclinó y tomó en sus brazos el cuerpo sin vida de Nevarth. Con los ojos cerrados, murmuró la frase que reuniría los hilos plateados de magia y los transportaría a ambos al mismo corazón de la corte elfa.

En el Palacio de Ópalo fue recibida por el discordante sonido de cuerdas de arpa y un grito que era una mezcla de terror y asco. La maga abrió los ojos, levantó la mirada y se encontró con la cara pálida y asustada de la reina de Zaor.

El hechizo que había tejido Amlaruil estaba pensado para llevarla a presencia de la portadora de la runa. Había sorprendido a la reina Lydi'aleera a solas y ociosa, reposando en una sala repleta de obras de arte y maravillosos instrumentos musicales. La reina se había puesto de pie de un salto, tumbando tanto el banco acolchado en el que estaba sentada como el arpa dorada que tenía delante. Tenía los ojos muy abiertos y clavados en el elfo muerto.

Amlaruil se levantó ante la esposa de Zaor con toda la dignidad de la que fue capaz. Fue perfectamente consciente del resentimiento que se reflejó en los ojos de Lydi'aleera al reconocer a su visitante, y el desdén con que miró el desaliñado aspecto de la maga y su ropa manchada de sangre.

—Pido perdón por esta intrusión, milady —dijo Amlaruil—, pero me trae un asunto de la máxima urgencia. Debéis poneros en contacto enseguida con el rey.

La reina levantó el mentón con altivez.

—¿Quién eres tú para decirme qué debo hacer? —replicó con una mezcla de odio y altanería que hubiera dejado helada a Amlaruil, de no tener preocupaciones mucho más importantes.

—Con este anillo puedes hablar con Zaor. ¡Hazlo o morirá! —exclamó la maga, agarrando con fuerza la pequeña mano blanca de la reina y dándole la vuelta, para que la runa elfa quedara bien a la vista—. Hay traidores y trampas que lo aguardan. No sé exactamente cuántas son ni dónde están. ¡Pero tiene que volver enseguida!

Finalmente la urgencia en la voz de Amlaruil empezó a traspasar la nube de resentimiento que envolvía a la reina. Una leve sonrisa taimada alzó las comisuras de sus labios.

—Muy bien, haré lo que me sugieres —accedió la reina—, pero a cambio de algo.

—¿Vas a poner precio a la vida de Zaor? —preguntó Amlaruil incrédulamente, al tiempo que retrocedía.

—¿Acaso mi propia vida no tiene valor? —repuso Lydi'aleera con voz estridente—. ¿Qué pasa conmigo? ¿Valgo tan poco que debo quedarme de brazos cruzados mientras la hija de otra mujer se convierte en la heredera de mi esposo?

—Si no haces algo ahora, Ilyrana heredará mucho antes de lo que tú o yo deseamos —señaló la maga, cambiando de táctica.

—No cargues sobre mi conciencia a esa pequeña arpía —dijo la reina entre dientes—. ¡Yo no tengo nada que ver con ella y juro que jamás subiré al trono! ¡Lo

juro!

—Eso está en manos de los dioses. Pero la vida de Zaor está en tus manos. Di lo que quieres. Rápido —dijo Amlaruil, dispuesta a hacer cualquier cosa para calmar a la reina.

Lydi'aleera se dio cuenta y una débil sonrisa felina iluminó su delgado rostro.

—De acuerdo. ¡Quiero una poción que haga que Zaor sólo me quiera a mí, y otra que me haga concebir un heredero para Siempre Unidos! ¡Mi heredero!

La espada de Zaor

—¿Cómo puedes pedir eso ahora? —Amlaruil no daba crédito a lo que acababa de oír—. ¿Cómo puedes pensar en algo más que en salvar la vida del rey?

—¡Daré a Zaor un heredero legítimo! —afirmó Lydi'aleera implacable—. Seguro que tú, la subdita más devota del rey, no deseas menos para él.

—¡Zaor ya tiene una heredera, y tú lo sabes! Me has quitado a mi hija. ¿Qué más quieres?

—Sólo un poco de magia —respondió Lydi'aleera, encogiéndose de hombros—. Una poción. Cualquier hechicera del bosque, cualquier vieja bruja podría mezclar algunas hierbas y obtener el mismo efecto.

—Si así lo crees, ¿por qué me lo pides a mí? ¿Acaso por despecho?

—¡Recuerda cuál es tu lugar, maga, y cuida tu lengua! —estalló Lydi'aleera, con su pálida faz encendida.

—Mi lugar está en las Torres —replicó Amlaruil con voz tensa—. Permittedme que regrese allí de inmediato.

La reina se adelantó con la mano extendida, de modo que Amlaruil viera el anillo encantado. Sus pálidos ojos tenían una mirada resuelta.

—Puedes irte. ¡Pero hazlo sabiendo que serás la culpable de que nuestro amado rey muera! Dame lo que quiero y lo avisaré del peligro. Si no prometes que me darás lo que quiero, Zaor morirá, y ambas lo perderemos. Lo prefiero a que las cosas sigan como hasta ahora.

Las miradas de ambas elfas quedaron prendidas en una silenciosa pero feroz batalla. Finalmente, Amlaruil inclinó la cabeza, vencida.

—Lo prometo. Avisa al rey y tendrás tus pociones.

Con una sonrisa de triunfo, la reina se llevó el anillo a los labios y pronunció una única palabra arcana. El anillo empezó a brillar con una suave magia. Un momento después la voz de Zaor se oyó en la sala.

—¿En qué puedo servirlos, reina Lydi'aleera? —preguntó el elfo en un tono formal y distante.

—Mi señor rey, tengo graves noticias —repuso la reina, sin dejar de mirar a Amlaruil y con una leve sonrisa de suficiencia—. ¿Estáis solo?

—Sí. Podéis hablar libremente.

Al oír esas palabras la inquietud de Amlaruil se acrecentó. ¿Qué había llevado al rey a internarse solo en el bosque? ¿Dónde estaba Myronthilar Lanza de Plata, su guardia personal?

—Debéis regresar enseguida —dijo Lydi'aleera—. Elfos dorados traidores os han preparado una trampa.

—Eso es muy poco probable —replicó el rey con impaciencia.

—Es cierto. —La reina se puso tensa—. Tengo ante mí a un mensajero de las Torres del Sol y la Luna. Los magos han descubierto la conspiración y me han avisado.

Hubo un momento de silencio antes de que el rey repusiera:

—No puedo regresar a palacio, pero dad las gracias a los magos por su diligencia. Amlaruil se abalanzó hacia adelante y asió con fuerza la mano de la reina.

—¡Zaor, tienes que volver! ¡Te han tendido trampas! ¡Yo misma vi una cerca del pabellón del lago de los Sueños, y uno de mis agentes oyó a los conspiradores hablar de otras! También te esperan elfos armados, dos que yo sepa, quizá más. ¿Por qué has partido solo, sin decir a nadie adonde ibas?

—¿Amlaruil? —La voz de Zaor se animó y sonó esperanzada—. ¿Tienes alguna noticia de nuestros hijos, de Xharlion y Zhoron? ¿Están vivos?

La maga comprendió qué había llevado al rey al bosque.

—Hoy mismo he estado en el alcázar Craulnober. Los chicos están sanos y salvos —le aseguró—. ¡No es más que una treta para pillarte solo!

—Gracias a los dioses —dijo Zaor con devoción—. Ahora mismo vuelvo a Leuthilspar.

La luz del anillo de Lydi'aleera se apagó.

—No hubiera hecho caso de mi aviso —se lamentó la reina amargamente—. Oh, no. ¡Él sólo escucha a la madre de sus hijos! Bueno, pronto dejarás de ser la única.

—Con vuestro permiso, debo regresar a las Torres —se limitó a decir Amlaruil—. Os haré llegar las pociones.

—Nada de eso —la corrigió suavemente la reina—. Me las traerás tú misma y me las entregarás en mano. ¡Si hubiera algún modo de hacerlo sin que fuera indecoroso, te obligaría a que te quedarás y contemplaras el resultado, desde el primer sorbo de vino que tome el rey hasta el nacimiento del legítimo heredero de Siempre Unidos!

La Gran Maga se volvió, incapaz de soportar la crueldad que veía en el rostro de Lydi'aleera. Entonces huyó de la sala, sin ninguna consideración por la dignidad, y chocó contra un elfo de pelo bermejo que entraba.

—Lady Flor de Luna —la saludó el elfo en tono ligeramente burlón, cogiéndola por los codos para evitar que cayera—. Qué sorpresa veros aquí, teniendo en cuenta que el rey no se encuentra en la corte. Espero que nada le haya ocurrido a la princesa.

Amlaruil se desasíó bruscamente de él y alzó ambos brazos en un gesto desesperado. Inmediatamente desapareció en un estallido de fuego plateado.

—Caramba —comentó Montagor Amarilis, parpadeando—. Una desaparición inusualmente llamativa para nuestra Gran Maga. Debía de arder en deseos de perder-

nos de vista. ¿Qué le has hecho, hermanita?

Sonriendo como un gato satisfecho, Lydi'aleera se colgó de su brazo y lo condujo al balcón. Mientras caminaban, le contó lo sucedido. Montagor escuchó boquiabierto. Al acabar, se rió por lo bajo y sacudió la cabeza asombrado.

—¡Bien hecho, hermanita! ¡No te creía tan astuta!

—He tenido un maestro excelente —replicó Lydi'aleera, con una sonrisa de suficiencia.

Montagor le dio las gracias con una inclinación de cabeza.

—Puesto que lo tienes todo bajo control, me marchó.

—No, quédate —le apremió la reina—. Zaor no llegará hasta mañana, como muy pronto, y me gustaría que me aconsejaras sobre el mejor modo de deshacerme de esa maldita Ilyrana. Y, puestos en ello —añadió con un tono menos agradable—, podrías explicarme por qué nadie me ha dicho nada sobre los últimos dos mocosos de Amlaruil. ¡Cuando termines de explicarte, podrás empezar a pensar en cómo asegurarte de que esos tres bastardos no despojen a tu futuro sobrino del trono que le corresponde legítimamente!

Tras huir de palacio, el primer deseo de Amlaruil fue regresar al instante al alcázar Craulnober y asegurarse con sus propios ojos de que sus hijos estaban a salvo de los conspiradores. Pero sabía que si iba los encontraría alegres y saludables, y tan sucios como dos cochinitos por sus bulliciosos juegos. No había otro motivo para hacer ese viaje que el personal.

Había hecho una promesa y la cumpliría a cualquier precio. Encerrada en una habitación de la torre, consultó antiguos libros de sabiduría popular y hierbas medicinales y combinó las viejas leyendas con el poder de su Alta Magia. Trabajó toda esa noche hasta bien entrada la mañana siguiente. El resultado fueron dos pequeños frascos que permitirían a Lydi'aleera hacer realidad sus sueños y que destruían los suyos propios.

Con el corazón en un puño conjuró la magia que la llevaría de nuevo al Palacio de Ópalo. Esta vez halló a la reina acompañada por su hermano. Ambos paseaban por los espléndidos jardines que rodeaban el palacio cogidos del brazo.

Entonces cayó en la cuenta de que cuando Zaor cayera bajo el hechizo de la reina, Montagor Amarilis tendría un poder considerable en la corte. Ya se rumoreaba que la reina dependía de su hermano para todo.

Bueno, ella no podía hacer nada al respecto. Amlaruil entregó las pociones a Lydi'aleera y se marchó tan rápidamente como había llegado. Al marcharse, se llevó consigo a Ilyrana, pues no podía confiar a Lydi'aleera la seguridad de su hija. Si era capaz de arriesgar la vida de su propio marido para lograr engendrar un heredero, ¿qué no haría para deshacerse de cualquiera que pudiera arrebatarse el trono a su hijo?

Amlaruil reunió a sus tres hijos con la mayor rapidez posible y, una vez más, los confió a su agente Rennyn. Antes del atardecer de ese mismo día, la maga contemplaba desde lo alto del alcázar Craulnober cómo el barco que iba a ponerlos a salvo en las islas Moonshae desaparecía en el horizonte.

Regresó a las Torres con gran pena en el corazón. No sólo había perdido a Zaor por una poción mágica que ella misma había preparado, no sólo sus hijos se habían marchado, sino que se sentía distanciada del mismo Siempre Unidos. Lo acaecido en el claro del bosque le había arrebatado para siempre el sentimiento de seguridad que consideraba suyo por derecho de nacimiento.

Le parecía inconcebible que un elfo fuera un asesino o que sus propios hijos no estuvieran seguros en Siempre Unidos. Ya nada era como antes. ¿Acaso los dioses no habían creado Siempre Unidos para que fuera el último refugio de todos los elfos?

Esa noche, mientras la agotada maga buscaba descanso en un estado de ensueño, tuvo una pesadilla. Estaba de nuevo en las murallas del alcázar Craulnober, pero la escena que contemplaba no era la de una embarcación elfa de alas blancas que surcaba un mar en calma. El castillo se veía quemado y ennegrecido, totalmente en silencio e inquietantemente muerto. Y en el mar flotaban los restos de una docena de barcos elfos destrozados.

La maga se despertó sobresaltada, asaltada por la horrible certidumbre de que ese sueño no era únicamente fruto de su mente inquieta. Se vistió rápidamente y conjuró la magia que la transportaría hasta el alcázar de sus parientes.

Rayaba el alba cuando salió del camino mágico para aparecer en el patio del antiguo castillo. Amlaruil tuvo la extraña sensación de que soñaba despierta.

Todo era exactamente como lo había imaginado. Los milenarios muros del castillo se veían ennegrecidos y desmoronados. No se distinguían indicios de vida. Era como si toda esa comunidad floreciente y vital hubiera sido arrasada por una ráfaga de fuego de dragón.

Un chillido débil y agudo, que parecía proceder de debajo de la tierra, cortó el frío aire de la mañana. Amlaruil corrió hacia allí y tiró de la pesada puerta que permitía el acceso a los subterráneos del castillo. Después de bajar a toda prisa una larga y curvada escalera, halló en una pequeña cámara, situada en lo más profundo del alcázar, a los dos únicos supervivientes: un elfo demasiado anciano para luchar y un bebé que berreaba.

El anciano levantó la vista cuando Amlaruil entró. Tenía los ojos inyectados en sangre y el rostro cubierto de hollín. La maga apenas lo reconoció: era Elanjar, el patriarca del clan Craulnober y el maestro de armas que había tratado de inculcar disciplina a sus dos rebeldes hijos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Amlaruil, arrodillándose al lado del elfo.

—Nos invadieron criaturas de la Antípoda —contestó Elanjar, y sus ojos se

endurecieron.

—No —murmuró Amlaruil incrédulamente—. ¿Cómo es posible? ¡Los habitantes de la Antípoda nunca han puesto un pie en la isla!

—Y no lo han hecho, aún —replicó el anciano—. Conoces la isla Tilrith, ¿verdad?

La maga asintió. Se trataba de una isla diminuta situada justo al norte de las tierras de los Craulnober y que se parecía mucho al paisaje septentrional de Siempre Unidos. Era un lugar agreste, con rocosas colinas llenas de cuevas. Los Craulnober dedicaban la isla a la cría de ovejas, y un puñado de sirvientes vivían en ella todo el año para cuidar de los rebaños. Súbitamente alarmada, Amlaruil se dio cuenta de que estaban en la época del nacimiento de los corderos de primavera y en la que se esquilaban las ovejas. Muchos aldeanos y nobles debían de encontrarse en Tilrith, bien para realizar esos trabajos o para asistir a las fiestas que se organizaban para la ocasión.

—Los atacaron en la isla —murmuró la maga aterrada.

—La mayoría fueron masacrados junto con las ovejas —dijo Elanjar con profunda amargura—. Unos pocos lograron escapar, y los drows los persiguieron, no en barcos sino con magia. Lanzaron sobre las embarcaciones y sobre el alcázar una tormenta de fuego como nunca había creído posible. Los pocos elfos que quedaban aquí perecieron calcinados. Yo conseguí sobrevivir gracias a la magia de mi espada —añadió, rozando la reluciente empuñadura de la hoja de luna de los Craulnober—. Cuando la tormenta descargó, sostenía en brazos a Elaith, mi nieto. Él y yo somos los únicos supervivientes del clan Craulnober. —La cabeza chamuscada del anciano se inclinó, como si esa revelación le hubiera robado las últimas fuerzas que le quedaban.

Amlaruil le puso una mano en el hombro para consolarlo y extendió las manos para tomar al bebé. Entonces retiró la manta medio carbonizada para mirar al niño y en sus labios apareció una sonrisa involuntaria. El pequeño Elaith era un niño muy guapo, con grandes ojos color ámbar de mirada solemne y cortos rizos plateados.

—Este niño es pariente mío —dijo la maga con dulzura—. Sus padres acogieron a mis hijos, y yo haré lo mismo por el suyo. Elaith será mi hijo adoptivo, y juro por todos los dioses que lo querré tanto como a un hijo de mi propia carne. Aprenderá magia en las Torres y será educado en la corte de Leuthilspar, tal como corresponde a un elfo noble y al heredero de los Craulnober.

»Ven —añadió mirando a Elanjar—. Debo ponerlos a los dos a salvo en las Torres. Los drows volverán a la caída de la noche.

—El alcázar Craulnober es casi inexpugnable —dijo Elanjar, y en su frente apareció una honda arruga de preocupación—. ¡Si los drows lo conquistan, tendrán un bastión desde el que atacar toda la isla!

—No lograrán poner un pie en Siempre Unidos —le aseguró Amlaruil, mientras

lo ayudaba a ponerse de pie—. ¡Los detendremos en Tiltrith y sellaremos los túneles para siempre, aunque debamos emplear todos los guerreros y todos los magos de Siempre Unidos!

Zaor cruzó solo y a pie la puerta norte de Leuthilspar y se dirigió a palacio a paso vivo. No había avanzado mucho cuando Myronthilar Lanza de Plata apareció a su lado como una pequeña sombra gris.

—Te dije que me esperaras —gruñó el rey.

—Y lo he hecho —le aseguró su amigo—. Ese asunto tan importante que tenías que marcharte solo... ¿Está resuelto?

—Parece que acaba de empezar —contestó con expresión sombría—. ¿Sigue Amlaruil en palacio? El guerrero dudó.

—Ha venido y se ha ido más de una vez desde tu marcha y desde que llegó portando noticias de que estabas en peligro. Y el hermano de la reina apenas se ha movido de allí. Mira a las doncellas de palacio como si estuviera eligiendo con cuál va a divertirse esa noche y examina los ar-cones como para tratar de decidir cuál es el mejor para guardar sus capas y botas. Te diré una cosa, mi señor, eso no me gusta nada.

—Siempre has desconfiado de Montagor Amarilis —replicó Zaor—. Si deseara reclamar el trono, lo habría hecho hace veinticinco años.

—Montagor no vale para rey y él lo sabe. Pero quizá desea ser regente —objetó Myron gravemente—. Casi ha abandonado la esperanza de que nazca un heredero Amarilis, pues la princesa Ilyrana pronto llegará a la mayoría de edad y será proclamada princesa heredera antes de que este año acabe.

—¿Crees que la princesa está en peligro? —inquirió Zaor, deteniéndose bruscamente.

—Lady Amlaruil lo cree —repuso Myron—. Se ha llevado a la princesa y ha enviado lejos a ella y a los gemelos. Ella me pidió que saliera a tu encuentro lo antes posible sin romper mi palabra. —Puso cara grave y preguntó—: ¿Es cierto? ¿Atentaron contra tu vida aquí, en el mismo Siempre Unidos?

—¿Dudas de la palabra de la Gran Maga? —le espetó Zaor secamente.

Como esperaba, el rostro de Myron adoptó una expresión casi de reverencia, y repuso con serenidad:

—No. Ni en esto ni en ninguna otra cosa.

—Gracias por tu fe, amigo mío —dijo una voz de mujer a su espalda.

Ambos guerreros dieron un salto y se volvieron. Sus semblantes mostraron pesar porque los habían pillado por sorpresa. Compadeciéndose de la poderosa combinación de orgullo masculino y elfo, Amlaruil extendió una mano y tocó el anillo que llevaba Myronthilar.

—La runa que te di me permite encontrarte cuando lo necesito —explicó—. ¡Ojalá hubiera dado otra a Zaor, en vez de preocuparme por las apariencias y el decoro! Pero hay otros asuntos que reclaman vuestra atención, señores. —En pocas palabras les puso al tanto de la invasión de Tiltrith.

—Todas las fuerzas de Siempre Unidos partirán hacia el norte al instante —decidió Zaor con rostro sombrío—. ¿Puedes conducirnos a palacio, señora?

Amlaruil tejió un conjuro que los transportó a los tres instantáneamente a las cámaras de consejo de Zaor. Con la enérgica eficiencia de un curtido líder militar, el rey envió mensajeros a todos los rincones de Siempre Unidos para reunir a los elfos para la batalla.

Finalmente, se volvió hacia Amlaruil, que se mantenía en silencio y le preguntó:

—¿Puedes llevar un Círculo a la costa norte? Necesitaremos magia muy poderosa para cerrar los túneles. Y quizá será preciso hundir Tiltrith en el mar para seguridad de Siempre Unidos.

—Así se hará —afirmó Amlaruil.

En ese preciso momento las puertas de la sala se abrieron de par en par y Lydi'aleera entró, seguida de cerca por Montagor. Los ojos de la elfa se encendieron al posarse en Amlaruil y su sonrisa se tornó felina. Deliberadamente, tomó una licorera con vino y sirvió dos copas. Entonces, sacó las pequeñas ampollas del cinturón y las sostuvo de forma que la maga las viera y supiera qué pensaba hacer.

—Bienvenido de vuelta, mi señor. ¿Querréis beber conmigo para celebrar vuestro regreso? —ronroneó.

—No puedo quedarme —contestó Zaor, meneando la cabeza—. ¿No habéis oído las noticias o sospechado que algo andaba mal? El palacio está alborotado y los soldados ocupan las calles de la ciudad. No es momento de celebraciones.

La petulante expresión en la cara de la reina se borró. —¡Pero no puedes irte ahora!

—Me marcho de inmediato. Hay amenaza de invasión en la costa septentrional. Esta vez no son los sahgain, sino criaturas de la Antípoda.

—No. Eso es imposible —objetó Lydi'aleera con miedo en los ojos.

—Ojalá —repuso el monarca en tono sombrío—. Pero no os preocupéis. En palacio estaréis a salvo —le aseguró, mal interpretando la verdadera fuente de su inquietud. Y, con una inclinación de cabeza, salió de la habitación.

—Esto es culpa tuya —siseó Lydi'aleera, volviéndose bruscamente hacia la maga—. ¡Siempre me has quitado a Zaor! ¡Y ahora conspiras contra mí, aunque sea aliándote con los drows! —La reina alzó el brazo como si tuviera intención de arrojar la copa a su rival.

—¡Ya basta! —dijo la maga.

La gélida furia contenida en esas dos palabras paralizó a la reina. Amlaruil

avanzó hacia ella con ojos centelleantes en su pálida faz.

—No oses acusarme de crímenes que sólo tú has cometido. ¿Quieres que hablemos de traición? Entonces hablemos de una reina que se negó a levantar un solo dedo para salvar a su marido hasta que logró lo que se proponía.

—Debo dar un heredero a Zaor —repitió Lydi'aleera.

—Quizá se lo des, pero no será gracias a mi poder, ni ahora ni nunca —juró Amlaruil—. La poción de fertilidad sólo es eficaz esta noche y la magia de la poción de amor también disminuirá con el tiempo. ¡Es posible que logres atraer a Zaor a tu lecho, pero nunca te amaré! Has perdido tu oportunidad y no pienso darte otra. —Con estas palabras, dio media vuelta.

—No te he dado permiso para retirarte —le espetó la reina.

La Gran Maga se volvió bruscamente, con los ojos azules más oscuros por la cólera que sentía.

—¡Tengo cosas más importantes en mente que tu vanidad y tu necesidad de recurrir a la magia para seducir al rey! ¿Has olvidado que la isla sobre la que pretendes reinar corre el peligro de ser invadida? Aunque a ti no te necesiten, a mí sí.

—Supongo que lucharás al lado de Zaor, ¿no? —se mofó Lydi'aleera.

—¿Acaso creías que los magos de las Torres sólo nos dedicamos a bailar a la luz de las estrellas? —repuso Amlaruil con una fría sonrisa—. Ésta no será la primera vez que uso mi magia en una batalla. Y, si es preciso, sí, también yo empuñaré una espada.

La Gran Maga se esfumó con un seco y airado chisporroteo mágico. Tras un momento de silencio, Montagor comentó en tono de chanza, sacudiendo la cabeza:

—¡Amlaruil luchando! ¡Caramba, lo que daría yo por ver eso!

Lydi'aleera fue rápida en propinar a su hermano un sonoro cachete.

—¡Piensa en cosas más importantes, hermano! Lo has oído todo. ¿Qué voy a hacer?

—Te das cuenta de la importancia de un heredero Amarilis, ¿verdad? —dijo Montagor, después de reflexionar.

—Pues claro que sí. ¿Acaso crees que llegaría a estos extremos si no lo supiera? Montagor asintió.

—Entonces te diré qué debes hacer. Supongo que conoces a Adamar Alenuath. ¿Has notado lo mucho que se parece a Zaor?

—No —repuso Lydi'aleera—. Es mucho más bajo que el rey, como todos los elfos de esta isla.

—Quizá decir que se parece «mucho» es exagerar —admitió Montagor—. Pero Adamar es un guerrero plateado y muy corpulento, aunque no tan alto como Zaor. Tiene el mismo extraño color azul de pelo y motas doradas en sus ojos color zafiro. Si sedujeras a Adamar, tendrías un hijo tan parecido a un Flor de Luna que podría

pasar por el hijo del rey.

—¡No lo dirás en serio! —exclamó Lydi'aleera con voz ahogada.

—¿Por qué no? ¿Se te ocurre otra forma? —¡Pero aunque yo quisiera hacerlo, Adamar nunca se avendría!

—Repito, ¿por qué no? Eres muy hermosa, y él te admira. Sé que te admira.

—¿Y eso qué más da? —replicó la elfa impaciente, encogiéndose de hombros—. Adamar es leal al rey. Yacer con la esposa de Zaor sería un acto de traición personal y política. ¡Él nunca lo haría, aunque me deseara más que el aire que respira!

—Entonces es momento de poner a prueba la potencia del encantamiento de Amlaruil —dijo Montagor con una sonrisa picara—. Haré que Adamar acuda a palacio con una excusa. Dale un poco de poción en un vaso de vino, y no podrá resistirse a tus encantos.

—¡Pero después lo confesaré! —exclamó Lydi'aleera, retorciéndose las manos.

—¿Y mancillar su honor y el de su clan? ¿Hacer público el deshonor de su reina? —Montagor esbozó una sonrisa de suficiencia—. No, creo que no.

»Pero no te apures, hermana —prosiguió el elfo, ahora con semblante serio—. Adamar cree que soy su amigo y me consulta en todo. Muchas veces sé qué piensa incluso antes de que él lo sepa. Si siente deseos de confesar, primero acudirá a mí y, si es necesario, lo desafiaré para defender tu honor. Y no dudes de que ganaría yo.

—Te he visto luchar, hermano —objetó Lydi'aleera, riéndose forzosamente—. No eres rival para Adamar.

—El duelo sería una farsa —explicó Montagor con voz calmada, aunque el centelleo de sus ojos revelaba que las palabras de Lydi'aleera lo habían afectado—. Adamar es un tonto con nobleza y creerá que merece morir, que merece ser vencido, por lo que él mismo será el artífice de su derrota. De hecho, es posible que se mate solito y que me ahorre la molestia de empuñar la espada.

—Pero, de un modo u otro, Adamar morirá.

—Y Zaor tendrá un heredero de su legítima reina.

Lydi'aleera guardó silencio un largo instante, contemplando la ciudad por la ventana abierta y mirando, aunque sin ver, los frenéticos preparativos para la batalla.

—De acuerdo —dijo al fin—. Envía a buscar a Adamar. —Cuando se volvió para mirar a su hermano, sus ojos reflejaban un intenso odio—. Pero que Lloth te lleve —murmuró con lengua viperina.

Era la injuria más devastadora y ofensiva que un elfo podía dirigir a otro, pero Montagor se limitó a sonreír.

—Que sea como desees, querida hermana. Pero no olvides que el Abismo es un lugar muy grande. Ten cuidado con quién envíes allí, pues es posible que seas juzgada por la misma medida.

Dicho esto, dio media vuelta y salió con aire altivo de la habitación. En la puerta

se detuvo, como si se le acabara de ocurrir algo. Lanzando una mirada por encima del hombro, comentó:

—Hacía mucho tiempo que no veía a Amlaruil. Es de una belleza excepcional, ¿no crees? No me extraña que el rey esté tan obsesionado con ella.

—Fuera de aquí —pronunció Lydi'aleera entre dientes. Asió un jarrón con gemas incrustadas y lo blandió. Pero Montagor aún no había acabado con ella.

—Un consejo, hermanita. Guarda un poco de esa poción para cuando Zaor regrese. Tendrás que acostarte con él para completar la farsa y, sin la magia de Amlaruil, no tienes la menor oportunidad.

La reina arrojó el jarrón a su hermano, pero falló por mucho y el jarrón se estrelló contra la pared. El tintineo del cristal al caer al suelo se mezcló con la risa burlona y triunfante de Montagor. Por fin tendría lo que quería. ¿Y qué le importaba a él si su hermana tenía que pagar por ello?

Pese a su enfado, Lydi'aleera comprendió qué pensaba su hermano. Había trabajado mucho tiempo para eso y tendría lo que deseaba: un Amarilis heredero al trono de Siempre Unidos. Lydi'aleera también tendría lo que le correspondía: un hijo propio, el respeto de su esposo legítimo y la estima de Siempre Unidos. ¿Qué era un pequeño engaño comparado con eso?

A las órdenes del rey Zaor, los drows fueron expulsados de la isla de Tilrith y los túneles sellados. Asimismo el rey envió guerreros y magos a las cuevas de Sumbrar y de las Colinas de las Aguilas para que las exploraran y cerraran cualquier puerta al mundo subterráneo. Los únicos túneles que no se tocaron fueron los que conducían a las cámaras en las que dormían los dragones guardianes de Siempre Unidos. Si, por casualidad, los drows hallaban el modo de introducirse en esas cavernas, se encontrarían con una bonita sorpresa.

Aún no había pasado un año desde la batalla cuando un niño nació en la familia real. Si había alguien que dudara de la identidad del padre, se guardó para sí sus sospechas. Zaor no habló de ello ni siquiera con sus amigos más íntimos, pero proclamó a Rhenalyrr su heredero y lo educó para que reinara tras él.

El tiempo pasó, y Rhenalyrr alcanzó la mayoría de edad. Todos los elfos de Siempre Unidos asistieron a la ceremonia en la que sería proclamado príncipe heredero, para ser testigos de que el joven príncipe juraba sobre la espada de su padre, que un día sería suya.

A medida que el día señalado se acercaba, no todos los elfos de Siempre Unidos se alegraban por el honor que iba a conferirse a su príncipe. Lydi'aleera se sumía en un total mutismo cada vez que se mencionaba la ceremonia y, en cuanto a la Gran Maga, nadie sabía qué pensaba de Rhenalyrr, pues nunca habló en contra del hijo de Zaor ni negó su derecho al trono.

Amlaruil se preparó para asistir a la solemne ceremonia, al igual que todos los elfos de Siempre Unidos. Asimismo dispensó a todos los habitantes de las Torres de sus obligaciones para que también pudieran ir.

Shanyrria Alenuath, la rapsoda de la espada que enseñaba esa combinación única de esgrima y magia en las Torres, dudaba de si ir. Era una elfa solitaria por naturaleza y no le gustaban las ceremonias solemnes ni la algazara de los festivales. De hecho, hacía muchos años que no ponía el pie en la mansión familiar, aunque conservaba un fuerte instinto de clan. De camino al sur, se detuvo en Leuthilspar para asistir a la ceremonia con el resto de su familia.

Al llegar a la mansión en la que se había criado, la encontró extrañamente silenciosa. Sólo había un elfo: su padre. Shanyrria notaba su presencia. La elfa siempre se había sentido muy cercana a Adamar y lo amaba con una intensidad casi de enamorada.

Por esa razón pudo percibir el peso de la desesperación de Adamar y el dolor penetrante y punzante que prometía la liberación. El corazón de Shanyrria palpitaba en su pecho como una alondra enjaulada mientras subía a todo correr la escalera curva que conducía a la alcoba de su padre.

Allí estaba Adamar, con las manos aferradas a la empuñadura de la hoja de luna de la familia, que sobresalía de sus costillas. Shanyrria lo miró horrorizada. ¡Era algo inaudito! ¡Un elfo nunca se quitaba la vida y, desde luego, jamás con el arma que simbolizaba el honor de la familia!

—¿Por qué? —se limitó a preguntar.

En pocas palabras, el agonizante Adamar se lo contó.

La rapsoda de la espada escuchó con una mezcla de incredulidad, desconcierto y pena cómo su padre le confesaba su deshonor y, finalmente, le revelaba el terrible secreto que había callado hasta entonces: el príncipe Rhenalyrr no llevaba la sangre de Zaor. Por lo tanto, no tenía ningún derecho a reclamar la hoja de luna del rey, la espada de Zaor, y muy pronto todo Siempre Unidos sería testigo de la desgracia de la casa Alenuath.

Cuando, finalmente, Adamar enmudeció, Shanyrria se precipitó fuera de la mansión y subió de un salto al lomo del caballo de luna que la esperaba. Quizá Rhenalyrr no era un auténtico príncipe, pero era su medio hermano y le debía la misma lealtad y protección que a cualquier miembro del clan.

Cuando el exhausto animal se detuvo en el valle de Drelagara, la rapsoda de la espada fue recibida por un coro de lamentos y no tuvo que preguntar para saber que Rhenalyrr no había sobrevivido al ritual.

Colérica, desmontó de su caballo de un salto y se dispuso a tomar venganza.

Se introdujo en el pabellón en el que la reina, sola, derramaba en silencio lágrimas de impotencia. Sigilosamente, Shanyrria se acercó a la llorosa Lydi'aleera y,

con un rápido y fluido movimiento, desenvainó su espada y apoyó la punta contra la garganta de la reina.

—Lydi'aleera Amarilis, te declaro falsa reina de Siempre Unidos, y te acuso de cobarde, mentirosa, ramera y asesina de mi padre, Adamar Alenuath, y de mi medio hermano, Rhenalyrr.

—Yo no sabía... —musitó la reina, levantando la vista hacia la temible rapsoda de la espada como un ratón que contempla las garras de un mochuelo que se abate sobre él.

—Sí lo sabías —la interrumpió Shanyrria con vehemencia—. ¡Sabías que Rhenalyrr no era hijo de Zaor, pero guardaste silencio mientras se sometía a la prueba de la hoja de luna! Tenías que saber que no sobreviviría.

—Era un joven elfo noble y valiente —insistió la reina—. Había una oportunidad de que lo lograra. ¡Y si las hojas de luna son la única medida, un Amarilis es tan digno de ser rey como un Flor de Luna!

—Se dice que sólo aquellos que merecen reinar pueden tocar la espada de Zaor —dijo Shanyrria, mirando a la reina con ojos entrecerrados—. Muy bien, veamos si es cierto.

Rápidamente apartó la espada y se sacó una daga del cinto. Con una mano agarró un mechón de pelo de Lydi'aleera y la obligó a ponerse de pie tirando de él. Entonces, rodeó con firmeza un hombro de la reina con un brazo y apretó con fuerza la daga contra sus costillas.

—Os acompaño en el sentimiento, mi reina —dijo la rapsoda de la espada con voz cargada de ironía—, y os llevaré allí adonde debéis ir.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Lydi'aleera, tratando de desasirse, pero Shanyrria era fuerte y la aguantaba con firmeza.

—No más de lo que tú le hiciste a mi hermano. Desenvainarás la espada de Zaor para demostrar si eres digna de reinar en Siempre Unidos. ¡Eres una Amarilis, por lo que tus posibilidades son tan buenas como las de Rhenalyrr!

—¡No lo haré! —exclamó Lydi'aleera con voz ahogada.

—Sí lo harás. Si no, proclamaré ante todo Siempre Unidos lo que has hecho. Zaor te repudiará, y tú y todo tu clan quedaréis deshonorados. O, si lo prefieres, te mato ahora y después hablo.

—¿Y si consigo desenvainar la espada? —preguntó la reina, con mirada completamente desesperanzada—. ¿Guardarás silencio sobre todo esto?

—La hoja de luna decidirá si vives o mueres. Yo acataré su decisión. De un modo u otro, tú ganas: un reino o una muerte honorable. Es más de lo que te mereces.

Puesto que no le quedaba otro remedio, Lydi'aleera se dirigió junto a Shanyrria al pedestal ceremonial sobre el que yacía la espada de Zaor. Él arma aún resplandecía con una débil luz azul. Antes de que nadie adivinara qué se proponía, Lydi'aleera se

adelantó, cogió la espada con dos manos y empezó a desenvainarla.

Un terrible estallido de luz azul iluminó el valle. Cuando se apagó, lo único que quedaba de la elfa era un montón de cenizas blancas que empezaban a dispersarse.

Shanyrria asintió, expresando así su conformidad con la sentencia que había dictado la hoja de luna. No sentía ningún remordimiento por el papel que había desempeñado en la muerte de la reina. Para ella, Lydi'aleera no sólo era culpable de las muertes de su hermano y de su padre, sino también de traición a la corona. Era justo que tuviera el mismo destino que había impuesto a su propio hijo por su orgullo, ambición y cobarde silencio.

Hubo muchos testigos de la muerte de Lydi'aleera. Murmullos de asombro recorrieron la multitud, y los elfos supusieron que la reina había enloquecido por el dolor o estaba decidida a demostrar la valía del clan Amarilis tras el fracaso de su hijo. A Shanyrria no le importaba qué pensaran, siempre y cuando todos aceptaran una verdad muy importante: Lydi'aleera Amarilis no merecía reinar. No era, y nunca había sido, la verdadera reina de Siempre Unidos.

La rapsoda de la espada se volvió hacia la multitud y buscó a Amlaruil. La localizó entre los magos de las Torres, pálida y anonadada. Shanyrria hizo una profunda reverencia, desnudó su espada y se la llevó a la frente en señal de respeto.

—La reina ha muerto —proclamó, y sus palabras parecieron reverberar en el estupefacto silencio. Entonces caminó hacia Amlaruil y colocó a sus pies la espada en símbolo de lealtad.

—La reina ha muerto —repitió Shanyrria—. Larga vida a la reina.

Zaor comprendió al punto la trascendencia del momento. Con paso firme se dirigió al altar y desenvainó su espada. Entonces, la sostuvo en alto con una mano y ofreció la otra a la Gran Maga.

Tras una breve vacilación, la elfa se acercó a Zaor y le cogió la mano. Acto seguido, alargó la otra mano para coger la empuñadura de la espada del rey.

Una luz azul sobrenatural se derramó de la hoja de luna y los envolvió a ambos. Allí permanecieron, juntos, delante de todo Siempre Unidos, unidos por la antigua magia.

Uno a uno, los sombríos elfos se fueron arrodillando, aceptando aquello que ninguno de ellos podía negar. Siempre Unidos tenía, por fin, una verdadera reina.

Lamruil, príncipe de Siempre Unidos, envía sus cariñosos saludos a lord Danilo Thann.

Gracias por tu última carta, amigo mío, y por la encantadora balada que enviaste para mi querida Maura. Hoy, día del solsticio de verano, se la ofreceré como regalo. No puede decirse que tenga mucha habilidad con el arpa, pero he estado practicando el sencillo acompañamiento que compusiste y espero no hacer el ridículo. Maura no tiene mucho criterio musical. De hecho, es tan tranquila como una ardilla en otoño, y muy pocas veces la he visto permanecer sentada el tiempo suficiente para escuchar una balada hasta el final. No obstante, no conozco a ninguna mujer a la que no le guste oír alabanzas a su belleza y estoy seguro de que hallará placer en ese homenaje.

Parece que progresas en tu empresa. Comprendo perfectamente que te sientas frustrado, pues la historia de los elfos de Siempre Unidos es tan larga y compleja que ninguna obra puede hacer más que ofrecer unas pinceladas. Sin embargo, merece la pena desfuerzo.

Me pedías que te hablara de la reina. Hacerlo es una tarea casi tan ímproba como la que tú te has impuesto: por mucho que se diga de ella, uno se queda siempre corto. Amlaruil de Siempre Unidos es amada y venerada por los elfos de la isla y respetada en el extranjero. Incluso muchos que no le deben lealtad política, reconocen que, en un sentido místico, es la Reina de Todos los Elfos. La reina personifica todo aquello que los elfos valoran: belleza, gracia, magia, sabiduría, poder. Y eso es sólo el principio. Del mismo modo que tu amiga Laeral es la Elegida de su diosa Mystra, Amlaruil es más que mortal y menos que diosa. Asimismo es mi madre y, como tal, muchas veces casi me vuelve loco, como suele suceder entre madres e hijos. Y, para ser sincero, confieso que yo le devuelvo el favor.

Uno de los mayores logros de la reina Amlaruil es que está por encima de la mayoría de las mezquinas divisiones entre las razas elfas: dorados y plateados se unen para cantar sus alabanzas; los elfos verdes prenderían fuego a sus bosques milenarios para servirla y protegerla; los elfos marinos la adoran; y se rumorea que el monarca del Reino Coral ha pedido varias veces su mano en matrimonio. Yo puedo confirmarlo, pues escuché a escondidas una de sus proposiciones. Incluso algunos drows reconocen a Amlaruil como su legítima reina. No hace mucho tiempo, la reina recibió en secreto a un representante de la diosa Eilistraee. Aunque nunca se tolerará la presencia de drows en la isla, ahora el clan Flor de Luna está aliado con un buen número de seguidores de la Doncella Oscura.

Permíteme que te cuente una historia que, a mi entender, ilustra a la perfección la veneración que todos los elfos, independientemente de su color, sienten por Amlaruil.

Mucho antes de que tú nacieras, cuando yo no era más que un jovencuelo al que empezaba a hervir la sangre, celebré el solsticio de verano como siempre ha hecho mi gente: con banquetes, música, jolgorio y baile. La familia real tiene por costumbre celebrarlo cada año en diferentes partes de la isla. Un año fuimos a la que se organizaba en los lozanos prados de los Campos del Caballo, que cubren gran parte del noroeste de Siempre Unidos.

El día amaneció espléndido y despejado, y yo me sentía dichoso por haber captado la atención de una de las doncellas primaverales que bailaban en los rituales de la mañana. Era una elfa dorada y de buena familia, aunque no noble. Al poco rato, ya sabía que ese año me uniría a la fiesta de un modo que nunca antes había hecho.

En nuestro ímpetu juvenil, ni ella ni yo podíamos esperar a que llegara la noche. ¡Después de todo, el solsticio de verano es el día más largo del año! Ella era mayor que yo y tenía más experiencia en esas cosas. Sus suaves sonrisas y dulces palabras de promesa me hicieron olvidar una virtud supuestamente elfa: la paciencia.

Antes de que se secase el rocío en la hierba, nos escabullimos para celebrar nuestra fiesta privada. Debo admitir con sonrojo que el lugar elegido fue el pajar de su padre, pero, en esos momentos, nada nos importaba esa singular falta de originalidad e imaginación.

Más tarde, mientras nos sacábamos uno al otro briznas de paja del pelo y reíamos por tonterías que, en otras circunstancias, no nos hubieran parecido, ni mucho menos, tan graciosas o inteligentes, fuimos interrumpidos por su padre. Sí. Hasta ahora tiene todos los ingredientes de una mediocre balada de taberna, ¿verdad?

El elfo nos miraba con grave dignidad y casi temblando de rabia. «Con vuestro permiso, príncipe Lamruil, desearía hablar con mi hija a solas», dijo en tono tenso y cortante.

Yo recogí mis ropas y salí del pajar. ¿Qué otra cosa podía hacer? No obstante, no me fui muy lejos, pues aunque respetaba el derecho del elfo a gobernar su familia como le pluguiera, no iba a permitir que hiciera ningún daño a la chica.

Así pues, sin pensarlo, me cubrí precipitadamente con mi atuendo de fiesta allí mismo, a la puerta del pajar, y, descaradamente, escuché a escondidas el pequeño drama que se desarrollaba dentro.

«Te has deshonrado a ti misma y a tu familia, Elora», dijo el granjero con el mismo tono grave pero controlado.

«¿Por qué?», replicó ella, y yo me imaginé cómo echaba hacia atrás su cabeza

dorada en un gesto descarado y desafiante. «Hoy es el solsticio de verano, y no estoy prometida con nadie. Puedo hacer lo que me plazca, y ni siquiera mi respetado padre puede inmiscuirse en estos asuntos.»

«¡No me refería a eso, y lo sabes muy bien!», bramó el elfo, perdiendo el control. «¿Cómo has podido entregarte a un elfo gris? ¿Cómo has podido?»

Se hizo un pesado silencio, al que, debo admitir, yo añadí mi absoluta sorpresa. Finalmente, mi compañera respondió: «Lamruil es príncipe de Siempre Unidos. ¿Quién es para ti digno de yacer conmigo: el rey?».

«¡No oses hablar de tal traición a la corona y a Amlaruil! ¡Sería capaz de matar con mis propias manos a cualquier elfa que traicionara a Amlaruil de Siempre Unidos, incluso si fuera mi propia hija!»

«¿Entonces por qué rechazas al príncipe Lamruil?», replicó ella muy razonablemente, o al menos eso me pareció a mí. «El es hijo de su madre.»

«¿Y qué?»

Hubo otro momento de desconcertado silencio, mientras la moza y yo tratábamos de comprender la lógica del padre.

«Bueno. La reina Amlaruil también es una elfa gris», apuntó Elora.

Un sonoro bofetón resonó en el aire matutino. «¡Cuidado con lo que dices de la reina de Siempre Unidos!», gruñó el elfo.

Yo estuve a punto de irrumpir en el pajar para impedir que la siguiera pegando, pero no fue necesario. El mismo granjero salió hecho una furia, demasiado encolerizado para darse cuenta de mi presencia allí, en paños menores, llevando una bota desatada y blandiendo una espada vengadora. Dudo que lo hubiera impresionado.

Así son las cosas. Pese a la enemistad existente entre plateados y dorados, Amlaruil es verdaderamente la Reina de Todos los Elfos. Las acciones de unos pocos fanáticos, como Kymil Nimesin, han hecho mucho daño —mi familia lo sabe mejor que nadie—, pero creo que no lograrán destruir lo que Amlaruil ha construido.

No obstante, debo admitir que ya me equivoqué en el pasado.

¡Por el sol y las estrellas! ¡Qué manera tan deprimente de acabar una carta! Deja que te dé las gracias de nuevo por la canción a Maura, que espero fervientemente añada dulzura y calor a mi noche de solsticio. Da saludos a Arilyn de mi parte. Espero veros pronto a los dos.

Tu tío y amigo,
Lamruil

Preludio

El anochecer, 1371 CV

Shanyrria Alenuath fue una de las primeras que vio la caravana que se aproximaba por el cielo. La rapsoda de la espada estaba entrenando a unos estudiantes en una colina, no lejos de las Torres del Sol y la Luna. Era un grupo muy prometedor, pues al menos la mitad de ellos poseía la combinación de talento musical, mágico y guerrero para convertirse en rapsodas de la espada. Quizá sólo dos o tres tuvieran las cualidades necesarias para seguir el entrenamiento especializado que se ofrecía en la Torre del Amanecer. Allí, rapsodas de la espada cualificados pulían sus talentos musicales con un ambicioso objetivo: revivir el antiguo y casi olvidado arte de los cantores de hechizos. Ésta era sólo una de las empresas surgidas tras el desafío de Amlaruil, cuando aún era la Señora de las Torres. Como reina, había continuado fomentando las artes elfas, y Shanyrria se sentía orgullosa de participar en esa empresa. Ella nunca sería una cantora de hechizos, pero había consagrado su vida a buscar estudiantes prometedores y llevarlos a la Torre del Amanecer.

Pero su lealtad era, en primer lugar, hacia la reina. Al ver la rosa azul pálido en el estandarte de la caravana, soltó la espada y se olvidó de sus estudiantes. La guerrera contempló con horror la parihuela cubierta por un lienzo blanco que cuatro pegasos blancos llevaban hacia el sur. Parecía un cortejo fúnebre. La rosa azul era el símbolo de los Flor de Luna, y los pegasos estaban al servicio de la reina.

Shanyrria despidió al punto a sus estudiantes y descendió corriendo la colina hacia la Torre del Sol. Laeroth

Maestro de Runas, sucesor de Amlaruil en el cargo de Gran Mago, sabría si... Shanyrria puso freno a sus pensamientos, sin querer ni siquiera dar forma a las palabras. No obstante, tenía que saber qué significaba esa parihuela cubierta de un lienzo blanco. Laeroth sabría qué ocurría.

La rapsoda de la espada encontró a todos los archimagos reunidos en la gran sala de hechizos, aguardando al Gran Mago. Shanyrria no pudo esperar, por lo que se abrió paso entre ellos a codazos para ir a buscar a Laeroth. El envejecido elfo estaba en la cámara superior de la Torre y retiraba el envoltorio que protegía el Acumulador. La elfa sintió una mano de dedos helados que le apretaba la garganta, mientras consideraba qué peligro exigía el empleo de una de las mayores defensas de Siempre Unidos. Era un antiguo objeto que acumulaba el poder de los hechizos que se lanzaban a su alrededor. Los agudizados sentidos de Shanyrria cantaron en armonía con la magia que emanaba del Acumulador en silenciosa melodía.

—Debo llevar esto a palacio —se limitó a decir Laeroth a la rapsoda de la espada—. La reina necesita a todos los defensores de Siempre Unidos.

—¡Entonces vive! —exclamó Shanyrria aliviada—. ¡Gracias sean dadas a los dioses! ¿Pero y la parihuela real?

—La princesa Ilyrana —contestó el Maestro de Runas—. Aún vive, pero su espíritu ha partido para seguir luchando en otro plano. Ahora llevan su cuerpo a la reina.

—¿Cómo...?

—Ítyak-Ortheel —la cortó el Gran Mago. Su voz, normalmente amable, estaba preñada de odio—. Malar liberó a su criatura en el mismo Siempre Unidos. Ilyrana se la llevó, a Arvador creo, pero me temo que la mayoría de los clérigos perecieron en la batalla. —El elfo posó la mirada en el Acumulador y añadió—: Y aún no ha acabado. Todos los habitantes de Siempre Unidos deben hacer frente a esta amenaza o todos moriremos. Estamos solos, pues las puertas mágicas de Siempre Unidos están bloqueadas. Los archi-magos se han reunido para tratar de hacer algo al respecto.

»Tú eres amiga de los centauros —prosiguió—. Avísalos; diles que corran hacia el río y contengan a los sahuagin y a los pellejudos que han penetrado hasta el corazón de la isla. Después, corre a la Torre del Amanecer y prepara a los cantores de hechizos para defender el valle. Se aproxima una flota invasora y, si alguno de los barcos atacantes llega a tierra, ya puedes imaginarte qué trofeos se cobrarían.

Shanyrria asintió. La Torre del Amanecer se levantaba en Drelagara, una ciudad de elfos dorados situada en los fértiles prados en los que vivían los caballos de luna. Esos bellos corceles solían jugar en el mar y en las playas de arena blanca situadas al este de los prados. Si los invasores los veían, los perseguirían hasta el valle. Un único caballo de luna valía más que el tesoro de un dragón rojo.

La rapsoda de la espada sacó de la bolsa de piel que llevaba atada al cinturón un pequeño paquete con polvo verde. Echó un poco en la palma de la mano, escupió y formó una pasta que después se extendió por las mejillas con los dedos. Era una pintura mucho más simple de lo acostumbrado, pero no había tiempo para más. El aspecto de Shanyrria era ya de por sí amedrentador y muy poco habitual en una elfa de la luna. Era alta, de hombros anchos y con ojos ámbar. Llevaba el cabello castaño rojizo recogido en docenas de trenzas y adornado con plumas y abalorios de piedra pintados. Incluso cuando estaba de buen humor, Shanyrria resultaba temible. El Maestro de Runas, que no era ni un cobarde ni un alfeñique, retrocedió.

—Transpórtame a la Torre del Amanecer —le pidió la elfa—. Yo reuniré a los cantores de hechizos y lucharemos junto a los centauros.

Laeroth asintió y empezó a tejer el conjuro que transportaría a Shanyrria a la lejana Drelagara.

La rapsoda de la espada se resignó a soportar el vertiginoso remolino del viaje mágico y salió del conjuro corriendo a toda velocidad. Cruzó precipitadamente el patio de la Torre, empujando a los guardias dorados que le cerraban el paso. Gritaban

que el Círculo estaba lanzando un hechizo y que no podía ser interrumpido.

Apenas había cruzado la puerta cuando una explosión de intenso poder la golpeó de lleno. Shanyrria retrocedió tambaleándose y se llevó las manos a las orejas, que sangraban. No había habido ningún ruido ni temblor, nada que un elfo pudiera oír o sentir, pero Shanyrria supo que todos los elfos de Siempre Unidos habían notado el impacto de esa terrible explosión muda. A ella, sintonizada como estaba con la silenciosa música de la magia, la había dejado sorda. Se horrorizó al darse cuenta de las implicaciones para la Torre del Amanecer. En el pasado, ataques mágicos habían destruido torres enteras de archimagos. Si ese conjuro desconocido tenía ese efecto en ella, ¿qué habría hecho a un Círculo de cantores de hechizos?

La elfa se golpeó varias veces la cara con la esperanza de olvidar el terrible dolor y el zumbido en los oídos, y concentrarse en la tarea que le aguardaba. Subió tan aprisa como pudo la escalera de caracol, que conducía a la cámara de hechizos situada en lo más alto de la Torre. Esperaba encontrar los cuerpos destrozados de sus amigos.

El asombro la dejó paralizada en la puerta. Un grupo de elfos dorados —todos conocidos y a la mayoría de los cuales ella misma había seleccionado y entrenado— formaban un Círculo, tocándose con los dedos de sus manos extendidas. El Círculo seguía intacto, y los labios de sus componentes se continuaban moviendo, entonando una canción que Shanyrria ya no oía. En el centro había una elfa. Shanyrria la reconoció como la cantora de Círculo, una maga guerrera capaz de armonizar el mágico sonido para tejer un único hechizo, de modo parecido a como actuaba el Centro de un Círculo de archimagos.

De pronto la rapsoda de la espada comprendió lo ocurrido. ¡Esos elfos eran traidores! La Torre del Amanecer había atacado. La fuerza demoledora que había percibido era la destrucción de las Torres del Sol y la Luna.

Tristemente, Shanyrria desenvainó su espada y entró en la habitación. Siempre Unidos no había desarrollado ninguna defensa para una traición desde dentro, pero los cantores de hechizos tampoco podían defenderse de la magia de una rapsoda de la espada. A la elfa le parecía justo que su espada se llevara por delante a muchos de ellos.

Agarró al elfo que tenía más cerca por su rubio cabello y avanzó el brazo derecho para degollarlo. Mientras trazaba el arco mortal, giró para que el elfo muerto cayera a su derecha. Shanyrria no se hacía ilusiones; moriría, pero se llevaría a Arvador muchos traidores para que comparecieran ante el Consejo de Seldarine y fueran juzgados.

Su único pesar era que moriría antes del fin de la batalla, sin saber si Siempre Unidos se salvaría.

Quinta parte

La reina de Siempre Unidos

«Amlaruil no es sólo la reina de Siempre Unidos: Amlaruil es «Siempre Unidos.»

Máxima elfa

Amlaruil de Siempre Unidos

Amlaruil y Zaor se casaron tras un período de luto oficial indecentemente corto. Pese a la indignación de la casa Amarilis y las murmuraciones de algunos clanes de elfos dorados, fue coronada reina enseguida. Era evidente para todos que la hoja de luna había elegido. Además, el hecho de que Amlaruil hubiera dado hijos a Zaor era un punto a su favor.

Montagor Amarilis estaba furioso, pero poca cosa podía hacer él sin desvelar a la luz pública sus acciones y la indecencia de su hermana. Además, la temible rapsoda de la espada Shanyrria Alenuath lo visitó en privado y le dijo sin rodeos que consideraba a Lydi'aleera responsable de la muerte de su medio hermano, el supuesto heredero del rey. La guerrera juró que lo vigilaría de cerca a él y a su casa, y que se vengaría de cualquier atentado contra la familia real. La reputación de Shanyrria con la espada era bien conocida, y lo último que deseaba Montagor era convertirse en el punto de mira de sus iras. El elfo sospechaba, aunque no tenía pruebas, que la rapsoda de la espada había tenido algo que ver en la muerte de su hermana. Lydi'aleera nunca hubiera tomado voluntariamente una decisión tan audaz y desesperada.

Amlaruil cedió el gobierno de las Torres al leal mago guerrero Tanyl Evanara y a su viejo amigo Laeroth, ahora conocido como Maestro de Runas. Aunque Tanyl no era archimago, era uno de los magos solitarios más poderosos. La nueva reina sabía que dejaba las Torres en buenas ma-

nos y se consagró por completo a Zaor y a reinar conjuntamente Siempre Unidos.

Algunos elfos temían que un guerrero y una maga formaran una pareja real algo sombría, pero las artes y la música —que eran las antiguas pasiones de la anterior reina— se fomentaron como nunca.

Bardos elfos empezaron a viajar al extranjero y traían de vuelta la tradición y la música de muchas tierras distintas. Lo que más curiosidad despertaba a los elfos era la multitud de nuevos instrumentos que habían desarrollado los ingeniosos juglares humanos. Muy pronto, a los tradicionales instrumentos elfos —el arpa y la flauta— se unieron otros humanos. Nobles y bardos competían entre sí para componer nuevos versos para las populares canciones acompañadas por el laúd, y se formaron grupos de elfos que cantaban la exaltante música a varias voces que tanto gustaba a los humanos.

Como regalo a la nueva reina, los magos de las Torres ampliaron y transformaron por arte de magia el Palacio de Ópalo. A los jardines se añadió un laberinto lleno de

fuentes ornamentales de agua rumorosa y espléndidas flores. Fue Nakiasha, la mentora de Amlaruil, quien añadió al palacio el toque que demostraba su profunda comprensión de la reina. En un alarde de magia y silvicultura, que costó tres años de diligente trabajo, los elfos del bosque transportaron a los jardines del palacio el mismo claro en el que Amlaruil y Zaor se conocieron. Fue colocado en medio de una antigua arboleda, como una joya, y muy pronto se convirtió en el refugio favorito del matrimonio real y de sus muchos hijos.

La unión de Zaor y Amlaruil fue insólitamente fecunda. Cada primavera el clan Flor de Luna solía verse aumentado con otro príncipe o princesa. Ilyrana, a quien no gustaba la vida de la corte, decidió quedarse en las Moon-shaes y, asimismo, los gemelos Xharlion y Zhoron crecieron aprendiendo las artes de la guerra de los elfos de Syn-noria. Aunque Amlaruil los echaba mucho de menos, cada nuevo hijo la llenaba de alegría, y se dedicaba en cuerpo y alma a su educación.

El cuarto hijo de la pareja, Chozzaster, mostró un talento precoz para la magia y, con el tiempo, aspiró a convertirse en Gran Mago, como su madre. La siguiente primavera nació una hija, una impulsiva niña de pelo rojo a quien llamaron Shandalar en honor a la rapsoda de la espada Shanyrria Alenuath. A ella la siguieron dos gemelas, Tira'allara y Hhora, dos encantadoras y serias jovencitas que desde una temprana edad fueron educadas para ser sacerdotisas de Hanali Celanil. Después vinieron Lazziar y Gemstarzah, otras dos gemelas que, por su naturaleza e inclinación, parecían llamadas a convertirse en guerreras.

No obstante, Amlaruil no pasaba sus días dedicada exclusivamente a sus hijos. Muy pronto tuvo la oportunidad de demostrar que era la digna esposa de un rey.

Muy al este, frente a las costas de una tierra fértil y turbulenta conocida como Tethyr, un puñado de islas atraía a los piratas como las abejas a la miel. El archipiélago, formado por una miríada de pequeñas islas y bahías ocultas, parecía hecho ex profeso para esconderse. Además, estaba situado entre los antiguos reinos del sur y las prósperas ciudades del norte. A medida que los piratas se hacían más ricos y audaces, empezaron a poner los ojos en poniente y en las legendarias riquezas de Siempre Unidos.

De vez en cuando, un barco pirata se aventuraba hacia el oeste y nunca más se volvía a saber de él. Pero otros tenían éxito y regresaban con maravillas y exóticos esclavos, si bien robados de embarcaciones elfas atacadas en alta mar. Cuando a las islas Nelanther llegó la noticia de que los elfos del continente se estaban haciendo a la mar en secreto para dirigirse a su isla, los piratas empezaron a patrullar los mares en serio.

Un día de principios de primavera, un joven dragón centinela avisó de que una pequeña flota de barcos piratas de Nelanther perseguía a una embarcación elfa. Aunque el barco cisne era veloz y ágil, los piratas se estaban acercando y lo

capturarían antes de llegar a los escudos de Siempre Unidos.

Zaor llamó al trío de jinetes de dragón para que interceptaran a los piratas. Al rey le hubiera gustado dirigir el ataque de las águilas gigantes, pero la distancia era demasiado grande para ellas.

Amlaruil tuvo una idea. Los archimagos alzaron el vuelo en un carro arrastrado por seis pegasos. La reina llevaba el antiguo cetro conocido como Acumulador, <que poseía la suficiente Alta Magia para teletransportar al buque insignia lejos de la isla. Así lo hizo, con un despliegue de fuegos artificiales mágicos que iluminó el cielo y que fue visto desde Siempre Unidos a Aguas Profundas.

La reina se negó a revelar el lugar exacto al que había transportado al buque, lo que alimentó las especulaciones de los bardos. Ahora, no sólo cantaban la belleza y la gracia de la reina sino también su valor. .

Pero, muy pronto, la familia real conoció la tristeza y a tragedia. Malar, el Señor de las Bestias, lanzó a su más aterradora criatura contra los elfos de las Moonshaesmonstruo, conocido como devorador de elfos, atacó el tranquilo valle de Synnoria. Muchos pudieron huir a Siempre Unidos por la puerta mágica.

La princesa Ilyrana fue uno de ellos, pero trajo malas noticias. Mientras los defensores elfos la empujaban hacia la puerta, vio fugazmente que el monstruo había atrapado con uno de sus muchos tentáculos a un joven de pelo azul. La elfa no supo cuál de los gemelos pereció ese día y nunca tuvo noticias del otro. Siempre Unidos había perdido a Zhoron y Xharlion.

Ésos no fueron los únicos hijos de Amlaruil y Zaor que desaparecieron en circunstancias nunca aclaradas. El barco que llevaba a las gemelas Lazziar y Gemstarzah en misión diplomática se perdió en el mar.

Otros tuvieron una muerte natural. Chozzaster partió a Arvador a una edad temprana y Shandalar, la niña con los ojos de Zaor, murió accidentalmente a manos de un compañero, un cantor de hechizos de mucho talento, mientras se entrenaba para ser rapsoda de la espada.

Zaor, apenado y envejecido, empezó a sentir en silencio la llamada de Arvador. Con el paso de los años, a medida que el rey guerrero ya no era necesario para garantizar la seguridad de Siempre Unidos e iba perdiendo a sus hijos se fue retirando de la vida cotidiana de palacio. f

Más interesado en cultivar flores que en gobernar se fue dejando el reino en manos de su capaz y, en apariencia eternamente joven reina.

Compenetración

Zaor de Siempre Unidos, ahora ya muy anciano, trabajaba en los jardines de palacio. Bajó las tijeras de podar y ladeó la cabeza para admirar el efecto. En el mismo corazón de los jardines de palacio había plantado un seto de rosas azul pálido y después le había dado la forma de media luna. A la suave luz del atardecer estival, las singulares flores parecían emitir un brillo interior.

—Muy bonitas —comentó una voz a sus espaldas, una voz que aún era capaz de acelerarle el corazón, pese al paso de los siglos.

Zaor se volvió para mirar a Amlaruil. El rey sintió una mezcla de nostalgia y dolor al contemplar su bello rostro. Amlaruil tenía el mismo aspecto que el día que se conocieron, más de cuatro siglos atrás. En cambio, él... Él era un viejo elfo, que no le servía para nada ni a ella ni a Siempre Unidos y deseaba partir a Arvador.

Amlaruil avanzó un solo paso, con los puños apretados a los lados y una expresión de irreprimible rabia.

—¡Nunca creí que tuviera motivo para llamarte hipócrita! —le espetó con voz fría—. ¿No recuerdas lo que me hiciste prometer hace tantos años? Tuve que prometer que me quedaría en Siempre Unidos por el bien del Pueblo, durante todo el tiempo que mi presencia fuera necesaria aquí.

—Soy viejo, Amlaruil —repuso Zaor—, y estoy muy cansado.

—¡Ahórrame los lamentos de que las articulaciones te crujen! —exclamó la elfa hecha una furia—. ¿Crees que para mí ha sido siempre fácil o agradable hacer lo que me pedías? Si yo pude soportar ver cómo mi juventud pasaba, cada año como un día de primavera malgastado, mientras sufría verte casado con otra, ¿por qué no hallas tú el coraje para vivir tus últimos años? ¡Te necesitamos!

—Tú eres la reina de Siempre Unidos. Los elfos no necesitan a nadie más.

—¿Y qué hay de mis necesidades, mi señor? ¿Qué sucedería con Siempre Unidos si hiciera como tú, si me ensimismara tanto en mí misma que no me ocupara del futuro? ¿Cuál de nuestros hijos ves capaz de subir al trono? ¿Tiri'allara? ¿Hhora?

Zaor negó con la cabeza. Amaba a sus hijas, pero ninguna de ellas sería una buena reina. Ambas eran sacerdotisas de Hanali Celanil y tan inmersas estaban en el culto al amor y la belleza, que a veces se preocupaba por ellas. Tiri'allara mantenía una relación potencialmente desastrosa con un joven elfo dorado con fama de vividor y gandul. Zaor sospechaba que el joven se interesaba por la princesa sobre todo por su rango y riqueza, ya que Tiri'allara pagaba sin rechistar sus deudas de juego con sus joyas y su dote. No obstante, la princesa lo amaba con toda su apasionada e intensa

naturaleza. Zaor se preguntaba si podría sobrevivir a la decepción que sin duda se llevaría. En cuanto a Hhora, se preparaba para embarcarse hacia el lejano Faerun para contraer matrimonio con un plebeyo al que conoció por casualidad en un festival.

—Siempre Unidos no tiene heredero —afirmó Amlaruil sin rodeos—. La espada de Zaor es el arma de un guerrero, pero ninguno de nuestros hijos podría desenvainarla y sobrevivir. Debemos dar a Siempre Unidos un heredero.

—Soy viejo, Amlaruil —repitió Zaor.

La elfa se lanzó sobre él y enmarcó su ajado rostro entre sus manos, tan lisas y tersas como las de una doncella. Amlaruil tenía los ojos anegados en lágrimas y un profundo pesar suavizaba su airada expresión.

—No me abandones, amor mío —rogó con sereno apasionamiento—. No podría soportarlo.

—Tú puedes soportarlo todo —replicó él, acariciándole su brillante cabello—. Nunca he conocido a nadie tan fuerte.

—¡Juntos somos fuertes! —exclamó ella con vehemencia—. ¿Es que no lo ves? Lo que hemos logrado lo hemos logrado juntos. El lazo que nos une es profundo y único, pero podría serlo más.

Zaor la miró, perplejo por la oferta que le hacía. A veces, muy pocas, entre dos elfos se establecía un profundo vínculo que los llevaba a una compenetración absoluta de sus almas. El mismo fuego divino que la unía a ella con el Seldarine lo sostendría a él, aunque Zaor no se podía ni imaginar el precio que tendría que pagar ella por eso. Él podría cumplir la promesa que ella le pedía; podría prometer que se quedaría en Siempre Unidos mientras fuera necesario.

—Es el solsticio de verano —susurró Amlaruil, aferrándose a él con una urgencia que hizo arder la sangre del fatigado guerrero y lo rejuveneció—. Es el día de las promesas. Ven conmigo al claro, amor mío.

El rey fue incapaz de resistir el ruego que leía en los ojos de su amada. La cogió en sus brazos, aún fuertes pese a la edad, y se la llevó del jardín como si fuera de nuevo una novia.

Los guardias de palacio se apartaron para dejarlos pasar, y los jardineros y sirvientes se esfumaron. Todos los rostros mostraban sonrisas de comprensión y alegría. Nadie vio nada incongruente en la imagen de la hermosa primavera en brazos del otoño. Se celebraba el solsticio de verano y las promesas que se hacían ese día eran mágicas.

Así comenzó la nueva vida en común de Zaor y Amlaruil.

En los años siguientes tuvieron cuatro hijos más. Primero, Amnestria, que heredó el pelo azul de su padre y la insólita belleza de su madre y algo que no provenía de ninguno de ellos. Ora risueña ora feroz, Amnestria poseía un temperamento que no encajaba en la serena corte de Leuthilspar.

Zandro y Finufaranell, los chicos que siguieron, se ajustaban más al patrón elfo. Ambos eran estudiantes aplicados e ingresaron en las Torres muy jóvenes. Finalmente nació Lamruil, el alegre y encantador benjamín de la familia, consentido por todos. Cuando aún era un muchacho de no más de treinta o cuarenta años, ya era un aventurero y conquistador. El príncipe siempre hacía diabluras aunque, afortunadamente, el intenso amor y la admiración que sentía por su hermana mayor Amnestria lo frenaba un poco. El año en el que el joven abandonó la isla en busca de aventuras y objetos elfos mágicos, muchos habitantes de la capital —incluidos sus propios tutores e instructores de armas— respiraron tranquilos.

La llegada de Thasitalia Flor de Luna revolucionó la vida en palacio. Ahora que se acercaba el fin, la aventurera debía realizar una última tarea antes de responder a la llamada de Arvador: como portadora de una hoja de luna, su deber era seleccionar a un heredero.

Durante las semanas que pasó en la corte, la elfa de mirada de águila y lengua afilada escandalizó a los nobles e hizo las delicias de los más jóvenes con los relatos de sus viajes.

Amnestria, en particular, escuchaba embelesada las descripciones de lugares lejanos y de extraños sucesos. El rey y la reina observaban cómo a la princesa se le iluminaban los ojos escuchando a Thasitalia, y la perspicaz Amlaruil sentía un miedo indefinible. Ni ella ni Zaor se mostraron satisfechos cuando Thasitalia cedió su arma a Amnestria. No obstante, no era un honor que pudieran desdeñar, especialmente teniendo en cuenta cómo habían sido elegidos ellos mismos. Amnestria era la escogida y la joven aceptó la hoja con pasión y gozo: la espada de una aventurera, de una luchadora solitaria. No era un buen auspicio para alguien que Amlaruil y Zaor habían esperado que se sentara en el trono de Siempre Unidos.

Sin embargo, la princesa parecía contenta con la vida que llevaba en Leuthilspar. A sus estudios de esgrima y magia de combate, la doncella añadió un estricto entrenamiento para estar a la altura del reto de la hoja de luna. Pero el mundo se le vino abajo cuando su prometido, Elaith Craulnober, la abandonó a ella y a Siempre Unidos sin ninguna explicación.

Después de eso, durante semanas todo el mundo en palacio anduvo de puntillas cerca de la princesa desairada, pues el violento temperamento de Amnestria era legendario. De todos los miembros del clan real, sólo Lamruil se atrevió a hacerle una visita.

El príncipe encontró a su hermana en su alcoba, guardando con rostro decidido y de cualquier manera ropa y objetos de valor en un baúl. Cuando Lamruil entró, la elfa lo miró e hizo una mueca.

—La puerta estaba cerrada con llave y encantada —dijo con irritación—. ¡No creí que tus conocimientos de magia alcanzaran para abrirla!

El príncipe se limitó a encogerse de hombros, tras lo cual preguntó, mirando el atestado baúl:

—¿Qué es todo esto?

—Voy a buscarlo. —Amnestria cerró la tapa de golpe. —¿A quién? ¿A Elaith?

—Me ha enviado una nota... desde Aguas Profundas —contestó la joven, dirigiendo a su hermano una mirada burlona—. Qué amable, ¿no crees? Se ha unido a una banda de aventureros, humanos en su mayoría. Dice que quiere ver mundo. Pues bien, ¡también tendrá que verme a mí!

—Oh.

—¿Oh? ¿Eso es todo? ¿No vas a tratar de convencerme de que es una locura? —
¿Serviría de algo?

Amnestria no pudo evitar que una sonrisa suavizara su expresión y lanzó un hondo suspiro.

—Bueno, es un consuelo saber que al menos una persona en este palacio me entiende.

—Te entiendo más de lo que piensas —dijo Lamruil, con voz de pronto grave. Entonces alargó la mano y tocó el cinturón que ceñía la cintura de su hermana. Amnestria lo llevaba un agujero más flojo de lo habitual.

Los ojos de la elfa siguieron su gesto. Entonces puso ceño y se encogió de hombros. Pese a ser extraordinariamente hermosa, no conocía la vanidad.

—¿Y qué? Qué más da un agujero que otro, siempre y cuando la espada y los pantalones no me caigan.

—Hablando de eso, ¿cómo te despediste de Elaith?

El rostro de la princesa se ensombreció y se dio media vuelta para echar los cierres al baúl con más fuerza de la necesaria.

—Eso no es asunto tuyo.

Lamruil vio que no lo entendía, por lo que dijo dulcemente:

—Ya han pasado cuatro lunas desde que Elaith abandonó la isla. Antes de que pasen muchas más ya no podrás llevar ese cinturón.

Amnestria se volvió hacia él, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Entonces se dejó caer en la cama y enterró la cara en las manos.

—¡Oh, qué estúpida he sido! —se lamentó—. ¿Cómo pude no darme cuenta?

El príncipe se sentó a su lado. Odiaba ser él quien se lo dijera.

—Sé por qué Elaith se marchó de Siempre Unidos. Su abuelo partió a Arvador y la hoja de luna pasó a él. Al empuñarla, la espada se adormeció, pues no hay ningún heredero Craulnober.

—¡Eso es! ¡Maldita sea! —exclamó la elfa, irguiéndose de pronto—. Si al menos hubiera esperado a desenvainarla hasta que nosotros...

—De esperar, ahora estaría muerto —la interrumpió Lamruil de modo terminante

—. Si hubiera existido un heredero, la espada lo habría matado y tú hubieras tenido que guardar la espada para tu bebé.

Ambos guardaron silencio unos momentos mientras Amnestria trataba de asimilar las palabras de su hermano.

—Aún hay más —continuó Lamruil de mala gana—. He recibido esto de un explorador humano, un camarada de Elaith —añadió, sacándose una carta de la túnica—. En ella dice que cree conocerte un poco, por las descripciones de Elaith, y te suplica que no vayas.

—No he dicho a nadie que pensaba ir —murmuró la princesa.

—Bueno, tal vez sí te conoce más que un poco. Hay más. El grupo de aventureros al que se ha unido Elaith ha abandonado la ciudad. Su intención es buscar el antiguo cementerio de Aryvandaar y... saquearlo.

Los ojos de Amnestria se apagaron por el horror, pero éste fue consumido al instante por la cólera que los inflamó.

—¿Y el humano?

—Él no lo aprueba y tratará de detenerlos por cualquier medio.

—Yo lo ayudaré —proclamó la princesa con sombría determinación. »

—¿Y qué pasa con el niño?

—Aún puedo viajar y luchar. Cuando ya no pueda, buscaré un lugar en el que no me conozcan y daré a luz en secreto. ¡Te juro por todos los dioses del Seldarine que Elaith nunca sabrá nada de este hijo! ¡Prefiero entregar a mi hijo antes de unir mi clan con un traidor y un rufián!

Amnestria fulminó con la mirada a Lamruil, desafián-dolo a que tratara de llevarle a contraria.

—Estás en tu derecho —dijo éste—. Te ayudaré en lo que pueda, pero debes prometerme dos cosas. La primera es que me dirás dónde está el niño y, la segunda, que debe educarse en los saberes que necesita un rey en potencia. Tal vez un día Siempre Unidos lo necesite.

—¡Maldita sea, Lamruil! —exclamó Amnestria, taladrándolo con la mirada—. ¡Te pareces a nuestra madre! Ya empiezas a hablar como un rey.

—Corellon no lo permita —replicó el aludido con una amplia sonrisa y sinceramente divertido por la idea—. Te ayudaré a huir —añadió suavemente—. Bran Skorlsun no ha sido el único en sospechar que te marcharías en busca de Elaith. Hay un barco que te espera frente a la costa de Ruith, y he sobornado a algunos sirvientes de palacio para que te puedas escabullir en secreto.

La princesa le dio las gracias con un breve y fuerte abrazo, tras lo cual preguntó:

—¿Quién es Bran Skorlsun?

—El explorador humano. Le he dicho dónde debe ir a recogerte. Parece un buen hombre, y creo que os vais a entender.

Lamruil recordaría mucho tiempo esas palabras y llegaría a lamentarlas. Amnestria y Bran Skorlsun se reunieron y frustraron los intentos de Elaith y sus camaradas. El antiguo cementerio de Aryvandaar, el lugar donde reposaban los restos mortales de los que murieron en defensa de ese maravilloso país, no fue profanado.

Elaith jamás supo que tenía un hijo. El bebé nació ayudado por manos humanas y fue criado en secreto. Amnestria cumplió sus promesas.

Pero no regresó a la isla. La princesa elfa encontró un amor más profundo que el que había perdido y se casó con Bran Skorlsun. Ambos crearon una relación de compenetración tan profunda como la que compartían Amlaruil y Zaor. Pero, al hacerlo, Amnestria puso involuntariamente en marcha una serie de acontecimientos que tendrían consecuencias nefastas para la familia real, y para todo Siempre Unidos.

La Elite

2 del mes de Ches, 1321 CV

El elfo emergió en un claro, un pequeño prado verde rodeado por un círculo de enormes y milenarios robles situados muy cerca unos de los otros. Su camino lo había llevado a un lugar de extraña belleza que, a unos ojos menos avezados que los suyos, podría parecer totalmente natural. El elfo nunca había visto un lugar tan verde. Unos rayos de sol matutinos atravesaban las hojas y enredaderas, e incluso el aire que lo rodeaba parecía espeso y vivo. A sus pies, gotas esmeralda se adherían a la hierba. Los inquisidores ojos del elfo se estrecharon mientras hacía cabalas. Se arrodilló y examinó la hierba hasta encontrarlo: un rastro casi imperceptible donde la hierba, que llegaba hasta los tobillos, no tenía rocío. Sí, su presa había pasado por allí.

Rápidamente siguió la estela entre dos robles gigantescos. Él elfo apartó una cortina de enredaderas, salió del claro y parpadeó al brillante sol de la mañana. Cuando sus ojos se acomodaron a la claridad, vio un estrecho sendero de tierra que serpenteaba entre los árboles.

Si su presa no sabía que la seguía, ¿por qué no tomaba el camino más directo a través del bosque? El elfo se abrió paso sigilosamente por la maleza y empezó a seguir el rastro. Casi nada indicaba que otra persona había pasado por allí antes que él, pero eso al elfo no le importaba. Pese a su vergonzoso origen, los que buscaba eran dos de los mejores exploradores que hubiera conocido. Muy pocos eran capaces de caminar sobre la densa y alta hierba de ese claro resguardado sin dejar más que un rastro de rocío.

El elfo se deslizó silenciosamente por el camino. El corazón le latía desaforadamente al pensar en la victoria que ahora tenía al alcance de la mano, y por la que tanto había esperado. Los elfos, en especial los dorados, sabían ser pacientes y tras esa misión había años de planificación, décadas de discusión y casi cuatro siglos de espera, hasta que llegara el momento oportuno y dispusiera de los medios adecuados. Por fin era el momento de golpear, y aquél sería el primer golpe.

El rastro moría junto al muro de piedra, y el elfo volvió a detenerse, alerta. Se agachó a la sombra del muro y examinó la escena que tenía ante él. Al otro lado del muro se abría el jardín más hermoso que había visto en su vida.

Los pavos reales se paseaban ufanos por un prado, algunos de ellos con las plumas de la cola extendidas en abanico, haciendo ostentación de docenas de ojos azules y verdes irisados. En las ramas de los floridos árboles, que abrazaban el estanque y se reflejaban en sus aguas, trinaban pájaros de brillantes colores. El elfo

sintió cómo su innato amor por la belleza colmaba su interior y por un momento olvidó su misión. Mientras observaba ese jardín se dijo que sería sencillo seducir a los elfos con tal esplendor.

Y, realmente, habían sido seducidos, concluyó cuando levantó la mirada del jardín para ir a posarla en un lejano castillo, una maravilla de ópalo y mármol creada por arte de magia. En sus ojos dorados apareció una mirada de odio y triunfo al darse cuenta de que el rastro lo había conducido al mismo corazón del poder de los elfos grises. Ya hacía demasiado tiempo que la antigua raza de los elfos dorados soportaba el yugo de sus inferiores. El elfo empezó a planear su ataque con renovada determinación.

Su situación no podía ser mejor: ningún guardia patrullaba por los jardines exteriores. Si atrapaba a su presa antes de que se acercara demasiado al palacio, podría golpear y marcharse sin que repararan en su presencia, y así regresar otro día y atacar de nuevo.

Entre él y el palacio había un enorme laberinto formado por setos de boj. ¡Perfecto! El elfo esbozó una fugaz sonrisa de maldad. La bruja gris y su mascota humana habían entrado en su propia tumba. Podían pasar días antes de que sus cuerpos fueran descubiertos en ese laberinto. .

El plan también tenía sus puntos débiles. El laberinto en sí no le preocupaba, pero sólo se podía entrar en él a través de un jardín de campanillas, unas flores que se cultivaban tanto por su aroma como por su sonido. El elfo percibía su suave música en la tranquila atmósfera de la mañana. Escuchó un momento y apretó los dientes. No era el primer jardín de ese tipo que veía. Los macizos de flores y las estatuas estaban dispuestos de manera que atraparan y canalizaran hasta la mínima ráfaga de viento, por lo que las campanillas tocaban constantemente una o varias melodías. Cualquier cambio en el flujo de aire, por mínimo que fuera, modificaría la melodía. Él jardín era un hermoso y efectivo sistema de alarma.

Pero su presa se dirigía a palacio por el laberinto, por lo que tendría que arriesgarse. Saltó por encima del bajo muro de piedra, pasó junto a los inquisitivos pavos reales y atravesó el jardín de campanillas con una economía de movimientos sólo al alcance de los mejores exploradores. Como se temía, el tintineo cambió sutilmente a su paso. Para sus aguzados oídos, la alteración sonó como un sonoro toque de trompeta, y se agachó detrás de una estatua, preparado para recibir a la guardia de palacio.

Tras varios minutos en silencio se relajó. Una sonrisa de desdén curvó sus labios al imaginarse a los guardias de palacio; demasiado zopencos para reconocer la alarma musical. Y, además, sin el más mínimo oído. El intruso pasó por alto el hecho de que pocos elfos, ya fuesen dorados, plateados o verdes, poseían su fino oído para percibir la sutil mezcla de magia y música. Después de todo, él era un rapsoda de la espada y

pertenecía a la élite de los cantores de hechizos. Con una risa ahogada, el elfo se introdujo en el laberinto.

No temía perderse, pues sabía que ese tipo de estructuras solían seguir un patrón común. Pero tras doblar algunos recodos, empezó a sospechar que aquél era una excepción. Jamás había visto un laberinto así. Enorme y caprichoso, sus enrevesados senderos conducían de un jardín a otro, a cual más fantástico. Cada vez más consternado, el elfo pasó junto a árboles de frutas exóticas, fuentes, pérgolas, matas de bayas, diminutos estanques en los que nadaban brillantes peces y colibríes que desayunaban entre jazmines rojos. Más impresionantes eran las ilusiones mágicas, que recreaban episodios familiares de la tradición elfa: el nacimiento de los elfos marinos, el vuelo de dragones, el aterrizaje del barco Ala de Estrella.

El intruso siguió adelante y corrió hacia la entrada de otro claro con jardín. Una sola mirada y se detuvo. Ante él se levantaba un pedestal de mármol rematado por un globo de grandes dimensiones lleno de agua. ¡No podía haber pasado por allí sin darse cuenta! Se acercó para echarle un vistazo de cerca y vio que dentro de la esfera rugía una ilusión mágica: una terrible tempestad en el mar que zarandeaba diminutas embarcaciones elfas. Ante sus horrorizados ojos, la diosa marina UMBERLEE surgió de las olas, con su blanco cabello ondeando por efecto del vendaval como estallidos de luz. ¡Por los dioses, era otra vez el nacimiento de los elfos marinos!

No había duda. Ni siquiera ese ridículo laberinto podía tener dos ilusiones mágicas iguales. Indignado consigo mismo, el elfo se mesó los cabellos dorados. ¡Él, un afamado explorador, además de reputado espadachín y cantor de hechizos, se había movido en círculos!

Antes de poder seguir fustigándose, oyó un débil chasquido no muy lejos y lo siguió hasta un gran jardín circular cercado por flores que atraían nubes de mariposas multicolores. Del jardín, dominado por un seto de rosas azul pálido en forma de media luna, partían muchos senderos. En un extremo de la media luna, un anciano jardinero elfo podaba los rosales con más vigor que pericia.

El elfo intruso sonrió de nuevo. Según todos los indicios, era el centro del laberinto y seguramente su presa había pasado por allí. El viejo jardinero le diría qué dirección había tomado, aunque tuviera que amenazarlo con su espada.

El elfo penetró lentamente en el jardín. Un enjambre de mariposas alzó el vuelo, y el jardinero alzó la vista. Sus ojos azul plateado se posaron en el intruso y se iluminaron, luego preguntó suavemente el motivo de la interrupción. No obstante, se limitó a hacerle señas y carraspeó, como si se dispusiera a saludarlo.

«¡No, eso no! —pensó el intruso en un momento de pánico—. ¡Ahora no debo alertar a mi presa!»

Una daga voló, y en el rostro del jardinero se dibujó la sorpresa. El anciano levantó una mano, buscando a tientas la hoja alojada en su pecho y entonces se

desplomó. La basta gorra que llevaba cayó y se derramó una abundante melena azul salpicada de hebras plateadas.

¡Pelo azul!

Presa de una violenta excitación, el asesino salvó a todo correr la distancia que lo separaba del jardinero. Al arrodillarse junto al cuerpo sin vida, un destello dorado le llamó la atención. De debajo de la tosca túnica de lino del anciano recogió un medallón con el emblema real. El asesino encontró el cierre y lo abrió. Contenía una pintura en miniatura de la exquisita e inconfundible faz de la reina Amlaruil, que lo miraba con una sonrisa muy personal en los labios.

¡Era cierto! El asesino soltó el medallón y se apoyó en los talones. Le invadía una vertiginosa sensación de júbilo. ¡Gracias a un afortunado error, había matado al rey Zaor!

Un penetrante grito femenino de angustia interrumpió su celebración privada. En un único y veloz movimiento, el asesino se levantó y giró sobre sí mismo, empuñando dos espadas gemelas. Tenía ante sí a su presa original. Estaba tan blanca e inmóvil que por un momento pareció una estatua de mármol, pero ningún escultor podría haber captado ese rostro pálido, crispado por el dolor y la culpa. Con los nudillos de una mano se apretaba la boca y con la otra mano se aferraba al brazo de un hombre alto que la flanqueaba.

«Ah, hoy tengo la suerte de cara», se regodeó el asesino. Rápidamente y con seguridad, avanzó hacia la pareja con las espadas prestas. Para su sorpresa, el gigantón que acompañaba a la bruja tuvo la suficiente presencia de ánimo para coger un pequeño arco de caza que llevaba a la espalda y disparar una flecha.

El asesino notó primero el contundente impacto y después un dolor lacerante cuando la flecha atravesó su armadura de cuero y se le clavó en un costado, justo debajo del tórax. Bajó la vista y comprobó que una buena parte del astil sobresalía y que el proyectil no le había alcanzado ningún punto vital. Haciendo acopio de toda su austera autodisciplina, hizo caso omiso del dolor y enarboló las espadas. Aún podía matar a la bruja —matarlos a los dos— antes de escapar. Sería un día bien aprovechado.

—¡Por aquí! —resonó muy cerca una vibrante voz de contralto.

El grito de la elfa había alertado a la guardia de palacio. El asesino podía oír los pasos de, al menos, una docena de soldados que se aproximaban. ¡No podían capturarlo e interrogarlo! Él estaba dispuesto a morir por la causa, pero los grises no le concederían la dignidad de la muerte. Usando su maldita magia, la reina gris sondearía su mente para averiguar los nombres de su maestro y de los cantores de hechizos que estaban al acecho en el mismo Siempre Unidos, esperando con proverbial paciencia dorada la señal de ataque.

Tras un breve instante de vacilación, el asesino dio media vuelta y huyó hacia el

claro y el portal mágico abierto.

Con respiración entrecortada y mareado por el dolor y la pérdida de sangre, el elfo se lanzó al círculo de humo azul que delimitaba el portal mágico. Unos brazos fuertes aunque delgados lo cogieron y lo ayudaron a posarse en el suelo.

—¡Fenian! ¡¿Qué ha sucedido?!

—El portal conduce a Siempre Unidos —dijo el elfo jadeando—. ¡El rey Zaor está muerto!

Su compañero lanzó un grito de triunfo que resonó por las montañas y asustó a una pareja de pájaros cantores.

—¿Y ella? ¿Y el arpista? —preguntó con excitación.

—Aún viven —admitió el asesino. El esfuerzo de hablar le provocó un espasmo de agonía. Hizo una mueca y agarró con ambas manos el astil de la flecha.

—No te preocupes —lo consoló su amigo—. Amnestria y su amante humano pronto se reunirán con Zaor. —Dicho esto, apartó suavemente las manos del herido y empezó a sacar la flecha—. ¿Te vieron?

—Sí —respondió el asesino entre dientes.

Las manos que aferraban la flecha quedaron quietas y después se pusieron tensas.

—No importa. Lo has hecho muy bien. —Con un rápido movimiento, hundió la flecha hacia arriba para clavársela en el corazón. Cuando Fenian dejó de respirar, el elfo extrajo el proyectil y volvió a colocarlo en el ángulo original. Entonces se levantó y miró con un cierto pesar al elfo muerto—. Pero no lo suficiente —murmuró.

El elfo huyó rápidamente, bajando la ladera de la montaña en dirección a la ciudad humana, donde desaparecería entre la multitud. Los elfos de Siempre Unidos no tardarían en seguir el rastro de Fenian por el portal mágico, pero para entonces él ya estaría lejos. Se perdería en Aguas Profundas y hallaría la manera de aprovecharse del descubrimiento que había realizado ese día. Una puerta a Siempre Unidos era justo lo que necesitaba para alcanzar el objetivo al que había dedicado su vida. Qué adecuado que fuese Amnestria, la antigua princesa heredera de Siempre Unidos, ahora caída en desgracia, quien lo ayudara a conseguirlo.

Kymil Nimesin sonrió mientras corría, ajeno a los dos pares de ojos que lo observaban.

—Podría ser él —caviló Lloth, apartando la vista de su poza adivinatoria para fijarla en su viejo aliado.

—¡Es un elfo! —gruñó asqueado Malar, el Señor de las Bestias.

—¿Quién mejor que un elfo? —replicó la diosa—. Los planes de esos elfos dorados son bastante ingeniosos y podrían ser el añadido que necesitamos para lograr lo que tanto hemos deseado. Sea como sea, vamos a vigilarlo y, si resulta prometedor,

podemos unir esfuerzos.

La venganza de Malar, 1371 CV

La diosa Lloth se sentía satisfecha. En un túnel situado bajo los océanos que rodeaban Siempre Unidos, ella y Malar contemplaban con perverso regocijo en una enorme bola de cristal cómo, por fin, podían vengarse de los hijos de Corellon Larethian.

Ni que decir tiene que hubiera sido mucho más agradable estar allí en persona, pero no podían acercarse más. El escudo de Corellon protegía la isla e impedía el acceso a todos los dioses del mal. Pero no podía impedir que los drows usaran la puerta que Kymil Nimesin había dispuesto de manera tan conveniente, ni cortar el paso a la letal criatura de Malar: el devorador de elfos.

La puerta. En ese ataque intervenían muchos elementos, pero la puerta era el que había hecho posible el golpe más mortífero. Qué gran maravilla era la magia de los círculos cantores, que usaban canciones-hechizo para combinar multitud de efectos mágicos en uno solo, sobre todo si se tenía en cuenta el uso que Kymil había hecho de ella. Siguiendo sus indicaciones, los cantores del Círculo habían reunido el poder de todas las puertas que conducían a Siempre Unidos y lo habían usado para crear una única puerta. De ese modo la isla quedaba aislada de cualquier interferencia mágica externa.

Era un plan magistral, y Lloth se sentía impresionada por Kymil. El elfo dorado había alimentado sus planes durante siglos, buscando y entrenando a todos los cantores de hechizos con talento que encontraba. ¡Si fuera capaz de

imbuir tal paciencia en sus seguidores drows! ¡Qué pronto llegarían a dominar todo Aber-toril!

Bueno, pronto invadirían Siempre Unidos y, por el momento, debería contentarse con eso. Sin duda, Malar pensaba que su monstruo también destruiría a los elfos oscuros y que así arrebataría la victoria a su aliada, Lloth. Pero la diosa siempre mantenía la guardia alta ante una posible traición. Para asegurarse, ofreció algunos de sus seguidores drows al devorador de elfos y comprobó que no eran de su gusto. Cuando se acabara la diversión en Siempre Unidos, Malar tendría que llevarse a su criatura.

La diosa echó una mirada a Malar. Aunque éste no perdía de vista la imagen de la bola de cristal, daba vueltas sin cesar, muy inquieto. Eso ponía nerviosa a Lloth. Los drows habían hecho bien su trabajo al atraer a muchos guerreros de Siempre Unidos a los túneles cuando se hizo de día y poder asesinarlos en la oscuridad. Pero necesitaba al devorador de elfos de Malar para destruir por completo la isla. El Señor de las

Bestias no se sentía cómodo bajo tierra. Si se marchaba, llevándose consigo su maravilloso juguete, el juego habría terminado antes de empezar.

—Parece que la caza es buena —apuntó Lloth. Sus ojos carmesíes relucieron al contemplar cómo dos drows cortaban en tajadas la carne de los huesos de un defensor. Mirara donde mirase, los túneles eran un campo de batalla.

—¡No soy un topo que tenga que abrir túneles en el suelo para encontrar gusanos! —bufó Malar, en modo alguno impresionado por el espectáculo.

Antes de que Lloth pudiera replicar, la imagen en la bola adivinatoria cambió. Había un nuevo actor en la batalla: una gigantesca doncella elfa rebosante de poder divino. Aún no había podido asimilar esa amenaza cuando la doncella guerrera atrapó hábilmente en su red al devorador de elfos y, ante sus horrorizados ojos, doncella y monstruo desaparecieron.

Malar también lo vio. El terrible rugido del Señor de las Bestias resonó en el túnel, provocando el desprendimiento de rocas de las paredes y deteniendo momentáneamente la orgía de sangre de los drows.

Lloth se recuperó al instante de la impresión y su rápida mente empezó a considerar las nuevas posibilidades. *

—Un nuevo avatar —dijo—. Pero no es un avatar de ninguno de los dioses que conozco. Es el espíritu de una poderosa elfa mortal, por lo que sólo puede haber ido a un lugar. ¡La doncella elfa se ha llevado al devorador de elfos a Arvador!

—Y donde vaya él, podemos ir nosotros —añadió Malar, que empezaba a comprender—. Pero sólo somos dos contra los dioses del Seldarine.

—No importa —le aseguró la diosa—. ¡Todo lo que debemos hacer es mirar y disfrutar de la devastación que causa tu monstruo! Me imagino que Ityak-Ortheel encontrará muy sabrosos los espíritus de los elfos muertos. ¡Con un poco de suerte, es posible que incluso devore a uno o dos dioses!

—Vamos —accedió Malar. Agarró a Lloth por la muñeca con una de sus enormes garras y la arrastró con él en pos del monstruo. Los dioses desaparecieron del túnel, para seguir contemplando la batalla en otro plano.

En una habitación del palacio, Maura se retorció en la silla, sumida en un sueño intranquilo. Había llegado a Leuthilspar acompañando el cuerpo aletargado de la princesa Ilyrana y ahora velaba junto a su cabecera. Pero los terribles días de la batalla finalmente le habían pasado factura, y Maura había caído en un turbado sueño.

Incluso en sueños la batalla continuaba. Maura vio a la doncella guerrera que luchaba desesperadamente para tratar de detener al monstruo que había atacado la Arboleda de Corellon. El monstruo, que aún llevaba adheridos trozos de red plateada, cruzaba dando bramidos el bosque más hermoso que la joven hubiera visto nunca y llegaba a una ciudad tan espléndida que incluso Leuthilspar palidecía a su lado. El

monstruo sólo se paraba para devorar a los valientes elfos que se quedaban retrasados para luchar contra él, de modo que los demás pudieran huir. Un elfo alto y de pelo azul, tan parecido a Lamruil que Maura sintió un agudo dolor en el corazón, avanzaba hacia la bestia.

La joven dormida sentía un irresistible deseo de empuñar su espada, aunque sabía que poca cosa podría hacer contra tal monstruo. Ni siquiera a la doncella guerrera le iban bien las cosas. Gritando una sola palabra, se interpuso entre el elfo de pelo azul e Ityak-Ortheel. Maura se encogió cuando la elfa fue despedida a un lado con la fuerza devastadora de uno de los tentáculos del devorador de elfos. La doncella se puso en pie, pero la frente le sangraba por el corte que se había hecho en la caída.

Un terrible coro de chillidos despertó bruscamente a la joven. Instintivamente, supo que no era parte de su sueño. Corrió hacia la ventana y miró al cielo.

Cientos, quizá miles, de horribles criaturas aladas sobrevolaban la ciudad, tapando el sol con sus espantosos cuerpos. Maura contempló, próxima a la desesperación, cómo un enjambre de ellas cubría a un dragón dorado en el aire. La batalla fue encarnizada y terrible, pero al final el dragón fue vencido. El leviatán cayó en picado; sus alas habían sido devoradas por las criaturas sobrenaturales que lo habían atacado. El choque del dragón contra el suelo fue tan violento que el palacio tembló y, sin duda, se dijo Maura, aplastó parte de la ciudad.

La joven escrutó el cielo, tratando de sacar algo en limpio del extraño ataque. Aquí y allí vio criaturas agrupadas, formando furiosas nubes oscuras en el cielo, lo que sugería que el resto de los jinetes de dragón —incluso los venerables Guardianes llamados para combatir a la flota pirata— pronto correrían la misma suerte.

Maura se estremeció y respiró hondo, al tiempo que se alejaba de la ventana. Sabía que ese día moriría y lo único que la consolaba era saber que Lamruil estaba muy lejos y que la terrible carnicería de elfos que acababa de presenciar era sólo un sueño.

Pero al echar un vistazo a la princesa dormida, el corazón estuvo a punto de estallarle. El cabello blanco de Ilyrana, que habitualmente relucía con los pálidos colores de un ópalo, se veía ahora oscuro y manchado de sangre, y en su frente había una herida idéntica a la que había sufrido la doncella guerrera.

Ahora comprendía esa única palabra que la doncella gritó, al igual que la semejanza del elfo de pelo azul con Lamruil. Maura giró sobre sus talones y se precipitó hacia la puerta. Si había alguien capaz de detener la carnicería, ésa érala reina.

Y, aun en el caso de que no pudiera hacer nada, tenía derecho a saberlo.

Todos los elfos de Siempre Unidos pugnaban por sacudirse el terrible letargo que había caído sobre ellos tras la destrucción de las Torres. Casi todos los archimagos de la isla se habían reunido en las Torres del Sol y la Luna o en la de Sumbrar, una

pequeña isla situada al este de Leuthilspar. Los magos habían tejido una poderosa red mágica que sostenía a los guerreros elfos y reforzaba las legendarias defensas de la isla. Por si la destrucción de esa red no fuera suficiente catástrofe, las Torres habían sido reducidas a polvo, y los archimagos habían perecido. El consiguiente daño infligido al Tejido, y a todos ellos, era devastador.

De pie en la sala del consejo, Amlaruil observaba a los desconcertados y apenados elfos, inmóviles en las calles de la ciudad y demasiado sorprendidos para reaccionar frente a la aparición de las horrendas criaturas sobrenaturales que de pronto cubrían los cielos.

—Engendros oscuros —murmuró, pues sus informadores conocían al dedillo las creaciones mágicas de los magos humanos. Ésas eran obra de los peores entre ellos, de los terribles magos rojos que gobernaban la remota Thay. Amlaruil no necesitaba preguntar qué interés podían tener esos humanos en Siempre Unidos. No era la primera vez que intentaban superar las defensas de la isla. Se habían unido en un devastador ataque con la esperanza de saquear parte de la legendaria riqueza mágica de la isla elfa.

Al pensar en los tesoros elfos —varitas, espadas, obras de arte mágicas, e incluso el Árbol de las Almas— la reina se armó de nueva determinación y fuerza.

Volviéndose hacia Keryth Yelmobruno, le pidió que continuara con el informe interrumpido por la silenciosa explosión mágica. La serena actitud de la reina pareció dar ánimos a sus consejeros. No obstante, las noticias que traía el elfo plateado no eran nada buenas.

La costa norte había caído en manos de seres de la Antípoda. Los jinetes de dragón de las Colinas de las Águilas hacían progresos contra los sahuagin y los pellejudos que infestaban el río Ardulith, pero la mayoría de los centauros y otras criaturas del bosque habían caído en la batalla. Una fuerza mixta compuesta por humanos y elfos había desembarcado en Siiluth y marchaba hacia el oeste, en dirección a Drelagara.

—¿Elfos? —inquirió la reina—. ¿Había elfos entre los piratas? ¿Y lograron cruzar nuestras defensas?

—Sí, milady —contestó Keryth, haciendo una mueca—. Nos engañaron. Esos barcos elfos tripulados por elfos que creímos que huían de los piratas, en realidad eran invasores. Las bodegas iban llenas de guerreros y hechiceros, prestos para la batalla. Pese a la ayuda de los lytharis y los caballos de la luna, los elfos de Drelagara lo están pasando muy mal.

—¿Y el resto de los barcos? —preguntó la reina, que no se perdía detalle—. Creo que eran seis.

—No lo sabemos —admitió Keryth—. Al parecer, se dividieron después de que lo que quedaba de nuestra flota los ayudara a cruzar las defensas mágicas. Nuestros

barcos siguen en el mar, luchando contra los piratas. Contra la flota señuelo —añadió, profundamente disgustado consigo mismo.

—Tú no podías saberlo, amigo mío —lo consoló Amlaruil—. Ninguno de nosotros esperaba tal traición de los nuestros. Quizá no debimos ser tan confiados.

—Eso no es todo —dijo el guerrero—. Tres de esos barcos se aproximan a Leuthilspar. Están tan cerca que su líder nos ha enviado un mensaje con las banderas.

—¿La flota Ala de Estrella no puede detenerlos? —inquirió la reina, arrugando el ceño.

—No hemos lanzado la flota contra ellos —contestó Keryth—. Creímos que vos no lo desearíais. El mensaje decía que el príncipe Lamruil viaja a bordo.

Kymil Nimesin miró con impaciencia al joven marinero humano. Para disgusto del elfo, el mozuelo apenas podía contener la excitación que lo invadía. Ya estaba harto del desbordante entusiasmo de Kaymid. Cuando acabara la batalla de Siempre Unidos, ese maldito muchacho sería el primer humano al que traspasaría con su espada.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó fríamente.

—El príncipe elfo quiere veros —respondió Kaymid, dándose importancia.

Eso interesó a Kymil. El joven Lamruil no había intercambiado más de dos palabras con su antiguo maestro de armas desde el día en que cayera en la trampa del dorado. Cabizbajo y resentido, se había comportado en todo momento como un joven príncipe mimado al que se le negaba un capricho.

El elfo dorado siguió a Kaymid a la bodega, donde Lamruil estaba encerrado. Por un momento Kymil contempló al joven elfo sentado en el suelo de su celda, disfrutando de su maltrecho aspecto. Durante la travesía apenas había recibido comida y agua. Pero, aunque mucho más delgado y más débil que al inicio del viaje, Lamruil seguía siendo más corpulento que la mayoría de los elfos que Kymil podía nombrar.

—¿Y bien? ¿Qué quieres?

Lamruil alzó la vista y Kymil retrocedió involuntariamente ante la sombría intensidad que reflejaban los ojos azules del príncipe.

—Mi vida —contestó Lamruil fríamente—. Y estoy dispuesto a pagar el precio que sea para conservarla.

—¿Qué puedes ofrecerme? —Kymil se sentía inclinado a creerlo—. Aún eres un peón útil para mí y, si juego bien, podría intercambiarlo por una reina.

—Subestimas a Amlaruil —replicó Lamruil en tono firme—. Ella haría cualquier cosa para salvar Siempre Unidos. Y, puesto que ella y yo discrepamos en muchos asuntos, dudo de que derrame muchas lágrimas por mí. —Con una sonrisa burlona, el joven elfo añadió—: ¿Simple secuestro, lord Kymil? ¿Esperas que la reina sacrifique

su reino para pagar mi rescate? Debo decir que ése es el punto débil de un plan por lo demás excelente.

A Kymil le mortificó tener que reconocer que había cierta verdad en eso.

—¿Qué me propones? —preguntó.

—Libérame. Fingiremos una batalla en la cubierta de este barco, para que la vean los que miran desde los muelles de Leuthilspar. Entonces, el victorioso y valiente príncipe logrará escapar a tierra acompañado del otro único superviviente.

—Yo, supongo —dijo Kymil fríamente, aunque, de hecho, no le desagradaba el plan de Lamruil—. ¿Y luego?

—Exigiré la abdicación de la reina. Estoy en mi derecho —añadió con calma, alzando una mano para acallar la risa sarcástica de su captor—. Soy el heredero y mayor de edad. Todo lo que debo hacer es desenvainar la espada de Zaor. —Como si fuera tan fácil.

—¿Crees que no seré capaz de hacerlo y sobrevivir? —inquirió Lamruil con una gélida sonrisa—. Muy bien, pongamos que muero. De todos modos tú habrás logrado tu objetivo: matar a todos los miembros de la familia real de Siempre Unidos.

—Excepto a Amlaruil.

—Ah. Me olvidaba de eso. Yo mismo la mataré antes de desenvainar la espada del rey.

—Nunca conseguirás acercarte a ella lo suficiente —se mofó Kymil.

—¿Quién ha dicho que pienso usar un arma? —repuso el príncipe—. Conozco a mi madre y sé la absoluta devoción que siente hacia Siempre Unidos. Si le proponemos que lance un hechizo para salvarlo, un hechizo peligroso que puede significar su muerte, ella lo hará.

—¿Qué tipo de hechizo?

—Para deshacerse de los demás barcos —respondió Lamruil en tono terminante—. Le diremos dónde están. Es posible que sea capaz de transportar lejos a dos de ellos y seguir con vida, ¿pero más? —El príncipe sacudió la cabeza—. De todos modos, ella lo intentará.

—Y yo perderé mis barcos.

—A cambio de un reino. ¿Cuántos de los supervivientes elfos de Siempre Unidos te seguirían si alzaras un solo dedo contra su amada reina? Zaor podría perdonarte, pero Amlaruil jamás. No, nosotros interpretaremos el papel de héroes. Amlaruil morirá defendiendo a su pueblo. Yo no tengo madera de rey —añadió despreocupadamente—, y no deseo ceñirme la corona. Además, los elfos de Siempre Unidos tampoco me aceptarían. Me encantará renunciar a la espada de Zaor, siempre y cuando sobreviva al desenvainarla, y trasladarme al continente para vivir una vida llena de bellas mujeres y fuerte sidra. Me sentará mejor eso que el trono. Entonces tú serás libre para restablecer el Consejo de Ancianos del modo que elijas. Ambos

tendremos lo que queremos.

Kymil miró fijamente al príncipe, atónito ante el lúgubre tono de su voz y la corrupta luz que iluminaba sus ojos. Sabía que Lamruil era un gandul egocéntrico, pero jamás lo hubiera creído tan ególatra, ni siquiera para salvar su miserable vida. No obstante, tenía que comprobar hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—Convénceme —le pidió—. Dime más.

—Tienes un barco volador. He oído que lo comentaban. No lo envíes hasta que la isla esté sometida. Sumbrar posee defensas que lo abatirían con facilidad.

—Los Guardianes. Los dragones aletargados ya han despertado y la mayoría de ellos duermen ahora para siempre. Lo mismo se aplica a sus jinetes. Un puñado de pegasos no va a inquietarme.

—En Sumbrar está la flota Ala de Estrella.

—No es cierto. ¡La flota fue destruida hace más de quinientos años, durante el vuelo de dragones!

—Cierto. Pero fue reconstruida en secreto. Hay diez barcos. —La descripción breve y concisa de Lamruil convenció a Kymil de que no mentía. Había pasado el tiempo suficiente a bordo de un barco alado para saber que el príncipe únicamente podía hablar con un conocimiento de primera mano.

Lamruil continuó describiendo las defensas de la isla y los poderes de su reina con tanto detalle que casi se ganó a Kymil por completo.

—Dame una cosa más y haremos lo que propones —dijo finalmente.

—Quizás un día, por una u otra razón, desees restablecer el trono de Siempre Unidos —dijo el príncipe, con una luz extraña, casi salvaje, en sus ojos—. Hay un heredero legítimo que dio a luz la princesa Amnestria.

—¡No me lo recuerdes! —bufó Kymil—. Una mestiza bastarda no puede aspirar a ser reina de los elfos.

—Arllyn fue la segunda hija de mi hermana. Tuvo otro, un hijo con un elfo de la luna de familia noble. Nadie en Siempre Unidos lo sabe excepto yo. El príncipe tampoco conoce su identidad. Yo puedo decirte dónde está y puedo probar que es quien digo. Podrás usarlo o matarlo, según te convenga.

El elfo dorado asintió, convencido de que lo que Lamruil ofrecía merecía la pena. Que decía la verdad, ya lo sabía. Después de todo, era muy sencillo lanzar un hechizo de veracidad.

—De acuerdo —dijo al fin—. ¡Pero ten por seguro que te clavaré una daga en el corazón antes de que una palabra de traición escape de tus labios!

—Tú sácame de este agujero y me daré por satisfecho —respondió el príncipe, encogiéndose de hombros.

Los guardias del puerto condujeron inmediatamente a Lamruil a la sala del

consejo de la reina, tal como ésta quería. Un espasmo de dolor contrajo la demacrada cara de la soberana al ver el consumido aspecto de su hijo. Pero, pese a su delgadez, a estar vestido con harapos y mostrar varias heridas sin importancia por la lucha en la cubierta del barco, se comportaba con una arrogancia que provocó fruncimientos de entrecejo en todos los consejeros de Amlaruil.

No obstante, era su hijo, su último hijo. Amlaruil corrió hacia él y lo rodeó con sus brazos. El le devolvió brevemente el abrazo, tras lo cual la cogió por los hombros y la apartó de él.

—No hay tiempo, madre —la apremió—. Sé dónde están los otros cuatro barcos. Uno transporta a sesenta magos rojos decididos a saquear los tesoros mágicos de Siempre Unidos. Los acompañan rufianes humanos, en busca de oro y doncellas elfas. Hay más humanos de la misma calaña en los otros tres barcos, además de hechiceros humanos y tantos guerreros como caben en las bodegas. Sé lo que te estoy pidiendo, pero también sé que querrías saberlo.

—Ilyrana ha partido —dijo la reina, clavando en la faz de su hijo una mirada de preocupación—. ¿Si hago esto, estás dispuesto a empuñar la espada de tu padre?

—Que me la traigan —respondió el príncipe categóricamente—. ¡Si es preciso, la empuñaré!

La reina hizo una señal con la cabeza a uno de sus consejeros, el cual fue a recoger la espada envainada de su lugar de honor, un pedestal situado detrás del trono. La reina la colocó sobre una mesa próxima.

—Todos vosotros debéis ser testigos de esto: nombro al príncipe Lamruil mi sucesor. Ahora guardad silencio mientras lanzo el hechizo.

—¡No lo hagáis, señora! —exclamó Keryth, que se puso de pie de un salto. El elfo temblaba de rabia—. Sé qué pretendéis y cómo va a acabar todo esto. ¡Os necesitamos aquí! Nosotros nos encargaremos de esos barcos. ¡Seguro que no son una amenaza tan importante como quiere hacernos creer el príncipe! La reina vaciló.

—Tú has visto los barcos, Lamruil. Dime, ¿debo lanzar el conjuro?

Antes de que el joven pudiera responder, se oyeron en el vestíbulo los sonidos de una breve refriega y la airada voz de una mujer. Maura irrumpió en la sala con ojos desorbitados. Al ver a Lamruil contuvo un grito, pero no fue hacia él, sino que corrió hacia la reina y, rápidamente, le dijo todo lo que había visto en su sueño.

—La doncella guerrera es Ilyrana. ¡Y gritaba vuestro nombre! ¡El devorador de elfos está en Arvador! Está atacando los espíritus de los fieles. Vi a Zaor entre ellos.

La cara de la reina expresó decisión.

—Os necesitamos aquí —repitió Keryth.

—Eso no es cierto —replicó Lamruil fríamente—. Lance o no lance ese hechizo, voy a pedir su abdicación. Ahora la espada es mía y el reino también.

—¿Y qué hay de tu reina? ¿Qué pasa conmigo? —le espetó Maura.

—¿Que qué pasa contigo? —En el rostro del príncipe se dibujó un leve desconcierto—. Elegiré a una doncella elfa de alta cuna para que sea mi reina.

—¡No eres más que un... un drow albino! —le espetó Maura rechinando los dientes y con ojos encendidos.

El príncipe se encogió de hombros otra vez y se volvió hacia Amlaruil.

—¿Y bien, madre? ¿Qué decides? ¿El deber, como siempre? —Lamruil soltó una breve risa desdeñosa cuando Amlaruil asintió y, acto seguido, preguntó al elfo encapuchado que lo acompañaba—: ¿Convencido, milord? ¿Le dirás dónde encontrar los barcos?

El elfo se sacó la capucha y reveló un bello rostro dorado, que a nadie resultaba familiar. El extraño fue breve y preciso. Hecho esto, Lamruil cogió una de las pálidas manos de la reina y se la llevó a los labios.

—Adiós, madre —se despidió, sin mostrar pesar.

La reina se lo quedó mirando un instante, tras lo cual dio media vuelta y se dirigió al trono. Se sentó en él y cerró los ojos. Un aura de magia la rodeó cuando empezó a tejer el hechizo que alejaría de las costas de Siempre Unidos a los peligrosos barcos y que a ella la enviaría a luchar una vez más junto a Zaor.

Los elfos contemplaron con lágrimas en los ojos cómo su reina lanzaba su último conjuro para defenderlos. La sala se llenó de un remolino de silencioso poder, que giraba como un torbellino de viento, agitando violentamente el cabello y las capas de todos. De pronto hubo una explosión silenciosa, la segunda en ese día.

Amlaruil se había esfumado.

Inmediatamente el príncipe se precipitó sobre la espada del rey y la retiró de su antigua funda. Los perplejos y apenados elfos sufrieron otro shock al ver al príncipe, sano y salvo, empuñando la espada de Zaor. La hoja de luna relucía en sus manos, y la mágica luz azul parecía zumbear con una cólera justificada.

—Kymil Nimesin, te acuso de ser un traidor a Siempre Unidos y apelo a la magia de la espada para que disipe la ilusión que has creado. Todos vosotros sois testigos.

Los rasgos del elfo dorado brillaron y empezaron a desdibujarse, para dar lugar a una cara familiar: la del elfo cuyas maquinaciones habían causado la muerte del rey Zaor y de la princesa Amnestria.

—Ha sido descubierto y acusado. Vosotros, los consejeros de la reina Amlaruil tenéis la palabra. ¿Que castigo merece?

La sentencia fue unánime: una sola palabra que pareció pronunciada por una sola garganta. El joven rey de Siempre Unidos alzó la hoja de luna para ejecutarla.

Kymil Nimesin tomó la única vía de escape que conocía. Tocó la gema que Lloth le había dado y anuló el poderoso hechizo que contenía las puertas de Siempre Unidos en una única entidad. Parte del poder liberado abrió un portal que había preparado por si tenía que huir.

La espada de Zaor trazó un sibilante arco en el aire vacío. Kymil había vuelto a escapar.

Amlaruil aterrizó en Arvador con una fuerza que la hizo tambalearse. Unos brazos fuertes la rodearon, unos brazos muy familiares. La elfa alzó los ojos y contempló el rostro de su único amor, Zaor, tan joven y lleno de vida como el día en que se conocieron en el claro. Amlaruil le tocó la cara y después tendió una mano a la nueva y poderosa forma de su hija.

—Dadme los dos vuestra fuerza —murmuró Amlaruil.

La reina de Siempre Unidos se volvió para enfrentarse al monstruo de Malar, sin saber muy bien cómo podría detenerlo. Para su asombro, dos formas divinas de ojos carmesíes, que relucían con malvado regocijo, avanzaban a la sombra del devorador de elfos.

Los labios de la Gran Maga se curvaron en una sonrisa que no auguraba nada bueno a sus enemigos, y empezó a reunir magia. Ahora que su cuerpo mortal ya no era obstáculo, podía absorber todo el poder que deseara del Seldarine, de la fuerza de la fe de Ilyrana y del amor de Zaor.

Una descarga de refulgente magia azul voló hacia los dioses, los envolvió en un estallido de brillante luz y, un instante después, desapareció. En lugar de la enorme criatura de pelaje negro que había sido Malar, ahora había un ser muy alto que, a ojos de todos, podría pasar por un elfo. A su lado había una delicada diosa elfa de piel blanca.

Lloth, que había levantado las manos para lanzar su contraataque mágico contra la odiada reina elfa, chilló al ver sus propias manos.

El devorador del elfos se volvió hacia el lugar del que procedía el sonido y echó a correr hacia la comida que veía tan cerca. Los dioses del mal, presintiendo que su propia criatura iba a destrozarlos, dieron media vuelta y huyeron. Desaparecieron con un estallido de humo sulfúreo, perseguidos de cerca por el engendro de Malar.

Amlaruil sonrió y se volvió hacia Zaor.

—El hechizo se disolverá en el Abismo; allí no tengo poder. ¡Pero, qué caras han puesto!

La familia reunida estalló en carcajadas de alivio, abrazados, compartiendo el gozo de una eternidad que acababa de empezar.

—Hay algo que debo mostrarte —dijo Amlaruil, separándose un poco de Zaor—. Es un mensaje de nuestro hijo menor, del rey. Me lo puso en la mano cuando nos despedíamos.

La elfa se sacó de la manga una nota diminuta y se la mostró. En ella había escritas estas palabras: «¡Una vez más, por el bien del Pueblo!».

La reina se dio cuenta de que su amado no comprendía qué había querido decir

Lamruil. Su hijo conocía los sacrificios que su madre había hecho. En el pasado, tuvo que hacer comprender a su amor que primero era Siempre Unidos. Lamruil le pedía que, una vez más, renunciara por un tiempo a ese amor; él también lo haría si fuera necesario.

—Sí —dijo suavemente—. Será un buen rey. Pero no de Siempre Unidos.

Epílogo

Amanecer

Los altos acantilados en los que Lamruil y Maura se dijeron adiós la última vez volvían a ser el escenario de la despedida, y ambos sabían que ésta era la definitiva. Los ojos de la doncella reflejaban tristeza, pero también determinación.

—Yo no soy una reina, y lo sabes perfectamente —dijo con serenidad—. Tú tienes un destino que cumplir y no puedes abandonar Siempre Unidos.

—Sabes que te quiero. Dije esas cosas porque era preciso; tenía que convencer a Kymil Nimesin de mi perfidia.

—Lo sé perfectamente —contestó la joven—. Y yo actué en consecuencia.

—Muy cierto. Si no recuerdo mal, me llamaste drow albino.

—Quería que fuera un insulto fuerte y de lo más convincente —dijo la joven, y se sonrojó encogiéndose de hombros.

—Pues te luciste —repuso él secamente. Ambos rieron, pero enseguida la tristeza volvió a adueñarse de los ojos de Maura.

—Ahora debo irme —anunció.

El joven elfo sabía que era inútil tratar de disuadirla. No obstante, sentía como si el corazón se le volviera cenizas que se desmenuzaban.

—¿Adonde irás?

—No sé, a algún lugar agreste. Es todo lo que me importa.

—¡Ojalá pudiera ir contigo! —exclamó Lamruil.

—Quizá puedas, hijo mío —dijo una voz familiar, una voz que sonaba como aire y música.

Lamruil volvió sus maravillados ojos hacia ese sonido. La familiar y querida forma de su madre se materializó en el aire, en el aire, más allá del borde del acantilado. Al principio era sólo una sombra titilante, una imagen transparente. Entonces empezaron a parpadear motas de luz semejantes a chispeantes gemas multicolores —plateadas, doradas, azules, verdes y oscuras—, que se arremolinaron y giraron en torno a la vitrea figura.

Lamruil y Maura se abrazaron, atemorizados, mientras la aparición iba tomando forma. Pocos instantes después una fantasmal Amlaruil surgió del aire.

Cuando posó un pie en el suelo de Siempre Unidos, recuperó el color. Su blanca piel adquirió tonos crema y su vaporoso cabello cobrizo pareció convertirse en una llamarada de fuego rojo y dorado. Una tangible oleada de poder recorrió su cuerpo cuando el latido mágico que era Siempre Unidos fluyó por ella y reclamó a su reina.

Sin decir ni una palabra, Amlaruil sacudió la cabeza.

—Has demostrado ser un digno sucesor de Zaor, hijo mío. Ha llegado el

momento de que gobiernes tu propio reino.

—Pero tú eres Siempre Unidos —objetó Lamruil—. ¿Por qué has vuelto, si no para reinar aquí, donde eres necesaria?

—No fue nada fácil dejar Arvador y a Zaor —repuso la reina, y una momentánea tristeza se apoderó de su hermoso rostro—. Pero tienes razón. Tenía que volver por el bien del Pueblo. Siempre Unidos todavía me necesita. Las defensas de la isla están muy debilitadas y los elfos han perdido la confianza. Aunque esto último quizás era necesario, tendremos que reconstruir. Mía es la responsabilidad de esta empresa. Tú, hijo mío, tienes otra muy distinta.

Amlaruil alzó ambas manos e hizo un complejo y fluido movimiento. De pronto, sus manos sostenían un cuenco verde en el que había plantado un diminuto y exquisito árbol, con hojas verdes, azules y doradas.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó la reina.

El príncipe asintió, con ojos maravillados y muy abiertos. Hacía mucho tiempo que compartía la pasión de su madre por los antiguos tesoros elfos y conocía tan bien las viejas leyendas como cualquier adivino o experto en tradiciones.

—¡Es el Árbol de las Almas, uno de los mayores tesoros de Siempre Unidos! —exclamó.

—Ha llegado su hora. El Árbol de las Almas será plantado en el continente para crear un segundo refugio para los elfos —decretó Amlaruil—. ¿Dónde lo plantarías si tuya y sólo tuya fuera la decisión?

El príncipe reflexionó.

—Mi primera idea fue restaurar la gloria de Corman-thyr —dijo al fin—. Pero esa época ya ha pasado. No, el nuevo reino debe ser más fácilmente defendible. Una isla, como Siempre Unidos, pero con protecciones y fuerzas distintas.

»Creo —añadió tras un breve silencio—, que situaría ese reino en el centro de un gran océano, uno aún más imponente que los dominios de Umberlee. Más al norte de la Columna del Mundo se extienden vastas regiones inexploradas. Una verde isla rodeada por hielo sería un buen refugio.

—Pero, a diferencia de Siempre Unidos, sería un reino secreto, sólo conocido por los elfos —agregó Amlaruil en tono aprobador—. Has elegido bien. Aunque será un valle oculto, reforzado por la presencia de archimagos y protegido por un océano de hielo, también será una tierra salvaje y peligrosa. Tal vez ése sea el reto que el Pueblo necesita.

»Y para ese reino, no puede haber mejor reina que la que tu corazón ha elegido —concluyó la reina, posando su mirada en Maura.

Amlaruil ofreció una mano a Lamruil y la otra a la joven humana.

—Maura nunca podría ser la reina de Siempre Unidos. Pero el agreste reino que has elegido, hijo mío, es perfecto para ambos. —Aquí hizo una pausa y sus ojos se

llenaron de una insondable tristeza—. Sé lo que es estar separado de la persona a quien más amas. Yo serviré a Siempre Unidos tal como es mi deber y por el tiempo que sea necesario, pero no voy a imponer la misma pesada carga sobre mi hijo.

La joven vaciló un instante pero, finalmente, sus pequeños dedos marrones se cerraron alrededor de la mano que le ofrecía la reina.

Esa noche las calles de Leuthilspar se iluminaron con luces de fiesta y en un millar de boscosas laderas parpadearon las hogueras y el aire se llenó de música y del sonido de las celebraciones. Los cansados y maltrechos elfos se regocijaban del regreso de su amada Amlaruil y confiaban en poder recuperar lo que habían perdido.

No obstante, en su corazón todos sabían que Siempre Unidos nunca volvería a ser el mismo, o quizá nunca había sido lo que los elfos habían deseado que fuera.

En último término, la promesa de un reducto inmune a los cambios, la visión de un lugar en el que el paso del tiempo no importaba y los acontecimientos lejanos no tenían ninguna consecuencia, había resultado vana.

Siempre Unidos sobreviviría, pero, tal como sus antepasados habían tenido que hacer tantas veces, los elfos tendrían que evolucionar.

Muchos se quedarían atrás y cerrarían filas en torno a su reina para recuperar la fuerza de Siempre Unidos y ampliarla de nuevas maneras. Muchos de ellos encontrarían una nueva patria, como los desesperados elfos dorados procedentes de otro mundo, a los que Lamruil sorprendió al darles la bienvenida y ofrecerles un refugio. Muchos de esos recién llegados, junto con algunos nativos de Siempre Unidos, seguirían al inquieto Lamruil y construirían un nuevo reino en la soledad de un mundo de hielo. Sin embargo, otros partirían a Arvador quizás antes de tiempo, incapaces de adaptarse a una idea más amplia del mundo mortal que los rodeaba.

Y tal vez otros hallarían antiguas puertas que conducían a otras tierras y comenzarían de nuevo, tal como sus antepasados forjaron un nuevo hogar en Faerun. Allí crearían más leyendas y sabrían que nunca morirían del todo mientras alguien contara las viejas historias y cantara las viejas canciones.

Hay magia en tales cosas y, allí donde hay magia siempre habrá elfos.

Saludos, Danilo Thann, de Khelben Arunsun.

Gracias por enviarme tu manuscrito de historias elfas. Gracias también por asegurarme que nadie lo verá antes de que yo tenga la oportunidad de leerlo y darle el visto bueno al contenido. Has demostrado una capacidad y un buen juicio de los que, en otro tiempo, te creí incapaz.

He leído tu manuscrito con gran interés. Como ya suponía, trata temas muy delicados. Si se publicara tal como está, no hay duda de que despertaría las iras de los elfos de Siempre Unidos y los pondría en peligro.

Convengo contigo en que lo mejor sería entregar una versión a Arilyn y otra, censurada, al alcázar de la Candela, para agradecer la ayuda que te ha prestado Athol. No obstante, creo que lo más prudente sería que un estudioso elfo revisara el manuscrito antes de reproducirlo en una u otra forma. Por esta razón, lo he enviado a Elasha Evanara, una renombrada escriba de Siempre Unidos y custodia de la Biblioteca de la Reina, para que lo revise.

Incluso para los elfos Elasha es muy anciana y tiene fama entre los suyos de trabajar lentamente. Sé que ardes en deseos de obsequiar a tu esposa con él en el solsticio de verano, pero no deberías contar con recuperarlo a tiempo para el festival de este año. Ni tampoco para el del año siguiente. No necesito explicarte cómo funcionan los elfos y confío en que esperarás que te devuelvan el manuscrito con la debida paciencia. No desesperes de volverlo a ver. Las familias Thann y Arunsun siempre han sido muy longevas.

Confío que al recibir esta carta te encuentres bien. Has elegido un año excelente para trasladarte con tu familia a Luna Plateada para una temporada de estudio. El invierno ha comenzado muy pronto este año y tanto las carreteras como el puerto están bloqueados por el hielo y la nieve caída en los últimos diez días. Supongo que Arilyn está teniendo buena caza en los bosques cercanos a Luna Plateada. Dale recuerdos de mi parte y el pergamino sellado que adjunto.

Asimismo te envió algunos pergaminos con hechizos que me gustaría que aprendieras. Respeto el camino que has elegido —ser bardo— pero eso no te exime de tu obligación de ocuparte de asuntos más importantes. (Laeral me dice que me he puesto, otra vez, pomposo e insufrible. Es posible, pero cuando uno tiene razón, no es preciso disculparse ni andarse con rodeos. La magia es importante, y tú no deberías desdeñar tu talento.) Deberías saber, Danilo, que no he abandonado del todo la esperanza de que, algún día, regreses al estudio serio de la magia. Alguien tendrá que hacerse cargo de la torre de Báculo Oscuro cuando a mí me llegue mi hora.

¿Yquién mejor para ello que mi sobrino y aprendiz? Sé cuál es tu postura, pero te ruego que no descartes por completo la posibilidad.

Me he divertido mucho con tu relato de los últimos acontecimientos en Luna Plateada. Estuve a punto de echarme a reír en voz alta al leer que uno de tus alumnos escribió un poema épico titulado La Escuela de Sátiros de Balladry. Es bueno saber que el renacimiento de la vieja escuela de bardos en Luna Plateada avanza a ritmo acelerado, y que no todos los cursos que se imparten son tan frívolos como los temas sobre los que tú solías malgastar tanta tinta y pergamino. ¿Qué tal si en tu próxima carta incluyes un poco de información sobre la reorganización del palacio de Alustriel y las nuevas alianzas políticas de la reina? Si eso hace que me pierda uno o dos chascarrillos subidos de tono, ¿pues qué le vamos a hacer?

Laeral os envía su cariño y te pide tus condolencias. No sé muy bien a qué se refiere, pero te transcribiré sus palabras fielmente y te dejaré a ti la tarea de descifrarlas.

Tuyo en el servicio de Mystra,

Khelben Arunsun